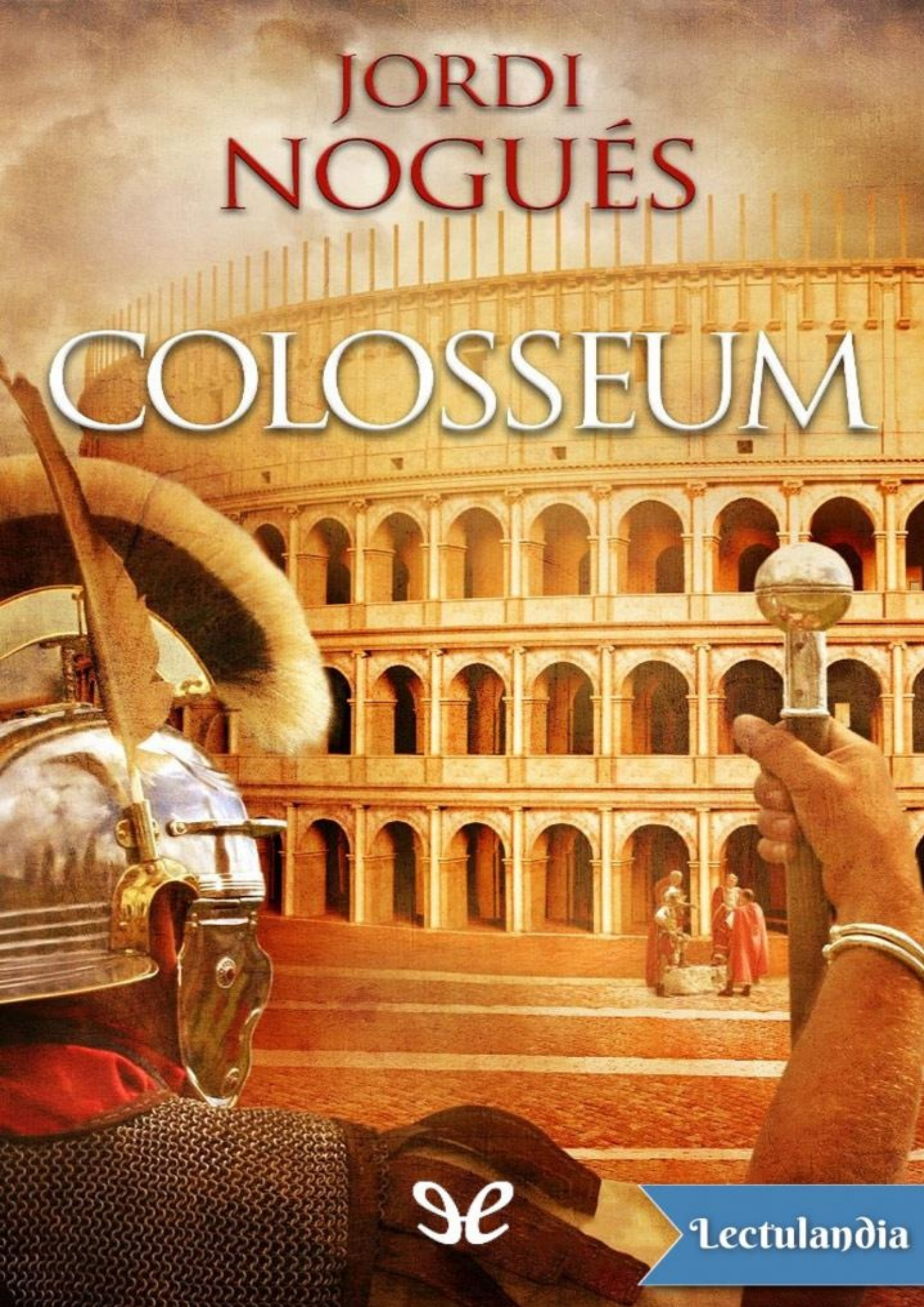

JORDI
NOGUÉS
COLOSSEUM
Lectulandia

El Imperio romano vive su máximo esplendor en tiempos turbulentos, llenos de intrigas y revueltas. Calícrates, genial arquitecto de origen griego, presenta su nuevo proyecto ante la corte de Vespasiano: un gran anfiteatro que estará a la altura de los dioses, el mayor escenario para la mayor civilización. Gran parte de la aristocracia romana, entre ella la princesa judía Julia Berenice, pretende usar el tesoro conseguido en Jerusalén para sus propios fines. Poco a poco, la rectitud y humanidad de Calícrates ponen en jaque a la rancia casta patricia de Roma. Solo Claudia Pulchra puede ser capaz de socavar su integridad; como todo ser humano, tiene un punto débil: sus hijas. No obstante, amenazado personal y profesionalmente, el arquitecto cuenta con un gran apoyo para su empresa: el prínceps Vespasiano.

Además del mortero, la piedra, la madera o el mármol, también fueron la sangre, la pasión, el amor y el odio los materiales que ayudaron a erigir el Anfiteatro Flavio. Jordi Nogués nos regala, a partir de la vida de Calícrates y sus contemporáneos, no solo una novela absorbente, sino la más fascinante y ambiciosa recreación de la vida romana en su apogeo. La historia del monumento que, a través de los siglos, las generaciones futuras habrían de identificar con la eternidad de Roma y su imperio…

Lectulandia

Jordi Nogués

Colosseum

ePub r1.0
Titivillus 15.07.2019

Título original: *Colosseum*
Jordi Nogués, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

A Lupe,
tuya fue la chispa que encendió esta idea
y mío, todo el reconocimiento

Para el lector

La presente novela es una ficción histórica —comúnmente llamada novela histórica—, y sus principales objetivos son entretener y aportar conocimientos de cómo pudo haber sido la construcción del Coliseo de Roma.

Solo la Arqueología ha sido capaz de aportar algo de luz sobre la forma en que pudo construirse el citado monumento. La Historia ni siquiera menciona al arquitecto que dirigió las obras, y aunque se han propuesto nombres como Rabirius, Severo o Gaudencio, las fuentes primarias no nombran directamente a ninguno de ellos ni a ningún otro. Así pues, el lector entenderá que los hechos relatados a continuación sean una ficción histórica. Sin embargo, y a pesar de ser ficticios, tampoco podemos descartar que algo parecido a lo relatado sucediera en realidad.

Resulta particularmente curioso que, en la época en la que vivieron algunos de los más grandes historiadores que ha dado la Roma antigua —Tácito, Suetonio, Flavio Josefo o Plinio el Viejo—, ninguno de ellos mencione aspectos concluyentes sobre el proceso constructivo de lo que ha resultado ser el principal referente iconográfico del Imperio romano. Las breves referencias sobre su inauguración o los motivos que impulsaron a su construcción no son argumentos suficientes para establecer una estructura histórica con suficiente peso. Tal vez por eso esta sea la primera novela que busque explicar algo tan complejo.

El nombre con que se conoce en la actualidad este edificio, Coliseo, le fue otorgado en la Edad Media. Dicen que la causa fue que se hallara situado junto a una colosal estatua de Nerón. En la época en que fue construido, y así se llamó durante los siglos inmediatamente posteriores, fue bautizado como el Anfiteatro Flavio, que es también como se conoce en los círculos más especializados de la Historiografía, la Historia del Arte o la Arqueología. El título de la novela obedece a la sana intención de acercar al lector al verdadero protagonista de todo el relato, pero en su interior —a partir de ahora— no hallarán ni una sola vez la nomenclatura más moderna.

Los grandes personajes históricos —Vespasiano, Tito, Julia Berenice, Lucio Licinio Sura, el abogado Larcio Licinio o el arquitecto Rabirius— son,

por supuesto, reales. Pero el resto de personajes que protagonizan esta novela son ficticios.

El concepto de Imperator —emperador— era una fórmula nominal que el Senado atribuía al primer dirigente de Roma y representante. Así, por ejemplo, el título oficial de Vespasiano era IMPERATOR•VESPASIANVS• CAESAR•AVGVSTVS. Sin embargo, era un cargo con un acusado tufo a militarismo, y por ello entre los senadores y el propio Imperator seguía usándose, de manera habitual, el tratamiento de Princeps que habían otorgado a Augusto, cuyo recuerdo como gobernante ideal permanecía inalterable. El Princeps era, en esencia, el primer senador, el primer ciudadano de Roma. Medio milenio atrás, Pericles, en Atenas, había ostentado un nombre muy parecido: *protos aner*, primer ciudadano.

Es a partir del siglo III d. C. que el emperador ya gobierna como tal con titulaturas tan monárquicas como «Deus et Dominus», entre otras. A partir de ahí, todo resto del «Princeps» de los dos primeros siglos del primer milenio queda ya diluido. Los propios ciudadanos de la *urbe* tenían verdadero pánico a las fórmulas de gobierno unipersonal imperantes en los reinos orientales, y cuyo formato también usó Roma en sus inicios.

Es por ello que en esta novela, ambientada en el siglo I d. C., para el cargo que ostentaban primero Vespasiano y después su hijo Tito se ha usado el título de Princeps.

La cronología usada por los romanos para contar los años era distinta a la actual. Ellos usaban como fecha de inicio el año 753 a. C., cuando supuestamente fue fundada la ciudad; con el consiguiente *ab urbe condita* («Desde la fundación de la urbe»). Así, por ejemplo, nuestro año 79 d. C., según su calendario, sería el 832 a. u .c. Con la intención de facilitar la comprensión de la presente novela he usado nuestra forma de contar los años: la era cristiana. Esta es, al fin y al cabo, una lectura cuya base primordial es entretener y dar una suficiente referencia histórica, y espero que el lector comprenda perfectamente este propósito.

«Quamdiu stabit Coliseus, stabit et Roma; quando cadit Coliseus, cadet et Roma; quando cadet Roma, cadet et mundus»
(Mientras el Coloso se mantenga en pie, Roma se mantendrá en pie; cuando caiga el Coloso, Roma caerá; cuando Roma caiga, caerá el mundo)

Beda, el Venerable (672-735)
(en referencia al Coloso situado junto al Anfiteatro Flavio)

LIBRO PRIMERO

Prologo

Roma, verano del año 70 d. C.

La ciudad estaba totalmente revolucionada.

Y con razón. No era muy habitual celebrar la entrada triunfal del flamante Princeps. Aunque en los últimos tiempos demasiados militares habían ostentado el *imperium maius*, las gentes de Roma esperaban que Vespasiano pusiera fin a la locura vivida el año anterior, durante el cual hasta cuatro hombres habían conseguido disfrutar del cargo supremo en el Senado de Roma, como Princeps, y de las legiones, como Imperators.

En realidad, pocos conocían a Vespasiano. Lo que la mayoría de la gente sabía de él se reducía a su brillantez como militar en Germania, Britania o Judea, o como gobernador en la provincia de África. Y alguno recordaba que, durante dos meses, obtuvo la magistratura más importante: el consulado. Aunque eso ocurrió diecinueve años atrás, y esos sesenta días apenas fueron suficientes para juzgar su labor.

En realidad, poco importaba todo eso al ciudadano de a pie. La plebe deseaba la paz. La paz que les permitiera disfrutar de todo lo que la ciudad podía ofrecerles.

Paz y fiesta. Sobre todo, fiesta.

Como si fuera un enorme triunfo, la llegada de un nuevo Princeps al poder era sinónimo de celebración, y esa celebración se dividía en dos partes perfectamente diferenciadas.

La primera era el desfile de la dignidad principesca por las principales calles de la ciudad. Su destino era el Templo de Júpiter Optimus Maximus, en la colina Capitolina, donde Vespasiano iba a ofrecer su corona de laurel al dios. Después se dirigiría a la Curia senatorial, donde sería confirmado en su cargo por el Senado.

La segunda era una gran fiesta con espectáculos y comida gratuita para todos.

El desfile se hacía en medio de una impresionante algarabía. Y no solo auditiva. La gente aplaudía y gritaba con fuerza a favor del nuevo Princeps, y también le lanzaba flores, pétalos y ramas de laurel. El recorrido había comenzado en la Porta Triumphalis. El ejército había quedado fuera de la

ciudad, en el Campo de Marte. Una vez dentro de la urbe, el máximo dignatario romano y su comitiva recorrieron el Foro Boario, el Velabrum, la Vía Sacra y la zona del Forum Magnum, y desde allí hasta la colina Capitolina.

Vespasiano iba montado en una cuadriga que él mismo conducía, y le acompañaba un esclavo. Como dictaba la tradición, el esclavo sujetaba una corona de laurel a una distancia de un par de dedos de la cabeza del nuevo Princeps, al mismo tiempo que repetía, en voz baja y solo para su amo, la siguiente frase: «*Respice post te, hominem te esse memento*». («Mira detrás de ti, y recuerda que solo eres un hombre»).

La ciudadanía en pleno estaba en la calle, pues todas y cada una de las personas que vivían en Roma, e incluso en las ciudades vecinas, habían salido a recibir al nuevo Princeps. Hoy no era día de clases sociales, nadie trabajaba —al menos mientras durase el desfile—, y ello contribuía a que las calles por donde transitaba la comitiva imperial estuvieran repletas de gente.

La ceremonia en la que Vespasiano ofrecería su corona de laurel a Júpiter sería el momento más sagrado de la jornada. Allí el jolgorio y la algarabía serían sustituidos por la quietud, el respeto y la solemnidad religiosa.

La colina Capitolina era la más alta de las siete legendarias colinas de Roma. Aun siendo su superficie mucho menor que el resto de elevaciones, su mítico pasado la convertía en el verdadero corazón de la ciudad que dominaba el mundo conocido. En tiempos monárquicos, mucho antes de la instauración de la República, la supremacía de los latinos la ejerció Júpiter Latiaris desde el santuario en los montes Albanos, muy cerca de Alba Longa. Para contrarrestar el poder de Alba Longa, los últimos reyes de Roma ordenaron construir el templo dedicado a Júpiter, Juno y Minerva: la Tríada Capitolina. Con el tiempo, se logró que, una vez al año, convergieran a ese culto hasta una cincuentena de pueblos vecinos para practicar sacrificios y rituales en común. Ello consiguió trasladar el centro de la Liga Latina a Roma, que acabaría convirtiéndose en la ciudad hegemónica.

Y la tradición se había mantenido de manera escrupulosa. Todos y cada uno de los cónsules otorgaban siempre los frutos de su victoria a las tres divinidades del Capitolio. Y, ahora, con la fórmula política del Princeps nada cambió: como un magistrado más, ante cualquier acto victorioso —como una batalla ganada o el acceso al poder, como era el caso de Vespasiano—, el Princeps ofrecía un sacrificio y un reconocimiento público de sometimiento ante los dioses.

Aunque la comitiva aún tardaría un poco en llegar. El recorrido del triunfo comenzaba al penetrar en el *pomerium* por la Porta Carmelitana. Una vez dentro del recinto de la urbe, el séquito circulaba a través del Vicus Iugarius para llegar a la zona del Forum Magnum. Tras cruzarlo, descendía por el Vicus Tuscus hasta llegar al Circo Máximo. Una vez allí, y aclamado continuamente por la multitud, Vespasiano ascendió más allá de la colina Palatina hasta llegar a la Vía Sacra y, pasando por segunda vez el Foro, llegó hasta los pies de la colina Capitolina.

La comitiva dejó el llano y enfiló por la Clivus Capitolinus, la vía sagrada que ascendía hasta la colina del Templo de Júpiter. Un espacio corto y con la rampa justa para que los carros, y sus caballerizas, no sufrieran más allá de lo imprescindible para ganar la altura.

En cuanto la pompa llegó a la explanada situada en la parte superior de la colina, Vespasiano se apeó de la cuadriga. El esclavo le siguió con la corona de laurel en las manos.

—Creo que estoy recibiendo el justo castigo por mi origen innoble —le dijo Vespasiano a ese chico joven, el esclavo, que le había acompañado durante toda la procesión—. Los dioses sin duda consideran que no merezco disfrutar de este momento, y por eso lo he encontrado tan desesperante. Gracias a Fortuna, ya estamos aquí.

No lo dijo en voz muy alta, por lo que muy pocos pudieron oírlo; apenas los que estaban más cerca.

En la cima de la colina Capitolina, destacaba majestuoso el Templo de Júpiter. Se erigía sobre un pódium con una magnífica escalinata en su parte frontal. En tres de sus lados tenía pórtico; la parte trasera era la única que carecía de él. Tres hileras de columnas formaban una profunda *pronao* que precedía a las tres *cellae*, tres espacios interiores, a modo de pequeños habitáculos, dedicados a las tres divinidades. La más ancha era la del centro, la dedicada a Júpiter.

Antes de la escalinata, y fuera del templo, un pequeño altar parecía ser el centro de toda la ceremonia sacra; apenas una estructura de mármol la mitad de alta que un hombre y algo más larga.

Aunque el Templo de Júpiter no era el único edificio que se alzaba en la colina. El templo dedicado a Fides y el de Ops eran los de mayor envergadura, y también había estatuas, altares, pórticos y monumentos conmemorativos de distintas épocas. Como lugar sagrado, cada vez que había que dar gracias a las divinidades las familias más pudientes de Roma erigían allí la constatación más visible de su agradecimiento.

Naturalmente, el Senado había impuesto algunas limitaciones. Su principal preocupación se concentraba en dejar un gran espacio abierto justo delante del templo dedicado a Júpiter y alrededor de su altar.

Y en las inmediaciones de ese altar se congregaron los recién llegados. Los senadores, lictores, tañedores de pífanos, oficialidad y soldadesca se distribuyeron en los laterales, dejando la zona de la escalinata libre —nadie osaba obstaculizar la visión de los dioses— y también la parte contraria, la que daba a la ciudad.

Todo el público permanecía ahora en absoluto silencio. Parecía increíble que los mismos que habían alzado aquella exagerada algarabía fueran capaces, apenas unos minutos después, de mostrar tanto respeto por la tradición romana.

Con toda solemnidad, dio comienzo la ceremonia.

Ayudado por un grupo de esclavos y por el Flamen Dialis —el supremo sacerdote de Júpiter—. Vespasiano abrió en canal a los seis bueyes blancos. El rojo de la sangre contrastaba vivamente con la piel clara de los bóvidos. Aquello parecía gustar a la gente, a juzgar por las expresiones de sus rostros.

Después, el Princeps cogió la corona de laurel y la alzó hacia el templo, en una clara acción de ofrecimiento a la divinidad. A continuación, dejó la corona sobre los restos de los animales, encima del altar, y el Flamen Dialis prendió fuego a todo el conjunto.

La humareda, en aquel día tan tranquilo y apacible, ascendió hasta perderse en las alturas. Fue entonces cuando Vespasiano, mirando hacia el interior del templo, empezó su discurso:

—Recibe, ¡oh, Júpiter!, mis ofrendas para agradecer tu benevolencia con todo el pueblo de Roma. Espero que sirvan para mostrarte mi humildad, pues, aunque con mi muerte me convertiré en tu hermano, ahora, en vida, no soy más que un hombre —miró de soslayo al esclavo que no había dejado de recordárselo durante todo el trayecto del Triunfo.

»Espero, ¡oh, Júpiter!, recibir tu gracia para conducir al pueblo de Roma hasta la verdadera paz y la concordia que tu infinita sabiduría merece. —Aún sin ser un excelente orador, quedaba claro que era un gran líder militar, y que había arengado en unas cuantas ocasiones a sus tropas, pues usaba un tono en el que la épica y la tradición eran sus más preciadas herramientas—. Que los hombres ambiciosos y carentes de escrúpulos reciban tu castigo si osan desafiar tu voluntad.

»Y a vosotros, pueblo de Roma —se volvió mirando hacia la multitud que escuchaba—, os pido lo mismo. Respetad la voluntad de los dioses, trabajad

con el máximo empeño, amad con toda vuestra pasión. Pero no cometáis traición, ni perjurio, ni asesinato, pues mi voluntad será firme y decidida con los criminales, los traidores y los asesinos.

»El último año ha sido difícil para todos. Roma, la ciudad que los dioses han decidido que ha de gobernar toda la Tierra, debe buscar su serenidad y la redención de todas sus faltas. El templo a Júpiter, Minerva y Juno está quemado… ¡¿Es así como queréis honrar a los dioses?! —lanzó la pregunta al aire, dejando un breve espacio de tiempo por si algún ciudadano quería replicar.

El silencio fue absoluto.

—No sé cuánto tiempo estaré en este cargo ni cómo seré recordado por generaciones futuras. Pero os aseguro que mi objetivo desde ahora mismo es convertir a esta ciudad tocada por los dioses en un lugar tan parecido al Elíseo como sea posible.

»¡Para que los dioses protejan Roma como su propia ciudad!

»¡Para que vosotros, pueblo de Roma, luzcáis con orgullo vuestro origen y disfrutéis con las maravillas de vuestra ciudad!

Esa última frase la pronunció con grave afectación, cargando sus palabras de épica.

Capítulo I

CALÍCRATES

Todos los caminos conducen a Roma

Atenas, verano del año 70 d. C.

Calícrates contemplaba, con un ojo cerrado, el mayor de los templos de la Acrópolis: el Hecatompedón, el lugar donde se guardaba la estatua de Atenea Pártenos. Parecía buscar nuevas formas de interpretar aquella estructura.

Ciertamente, estaba fascinado. A pesar de haberlo visto infinidad de veces, en los últimos tiempos su visión había adquirido tintes profesionales. Como arquitecto, no dejaba de admirar el sorprendente efecto visual que sus constructores habían logrado: mediante pequeños defectos en los fustes, habían conseguido dotar de una soberbia belleza a algo que, si se hubiera realizado tal como mandaban los cánones, habría sido terriblemente feo.

Como constructor, Calícrates conocía muy bien qué era la éntasis; él mismo la había aplicado en varias ocasiones. Con este recurso se pretendía corregir el defecto visual que provocaba un fuste en sección constante. Un ensanchamiento suave, y determinado, en un lugar de la zona media-baja de la columna, conseguía la visión que todo buen artista heleno buscaba: la belleza ideal.

Lo que realmente fascinaba a Calícrates era la perfección de la éntasis en el Templo de Atenea Partenos. Había tomado una y cien veces las medidas y, sí, allí estaba aquella fascinante curvatura. Aunque a simple vista, desde una distancia muy cercana, era imposible de ver; por más que lo intentara una vez y otra.

Conocía, como todos los de su gremio, el nombre de aquellos extraordinarios artistas: aunque Fidias había sido el supervisor, la obra fue realizada por Ictinio, con la estrecha colaboración de un hombre con quien compartía nombre, Calícrates. Eso había ocurrido poco más de quinientos años atrás, pero aquella belleza aún fascinaba a todo el mundo.

Procedentes de distintos lugares del mundo civilizado, los visitantes llegaban a Atenas con la intención de contemplar aquellas maravillas. De hecho, la mayoría de esos visitantes procedían de Italia. Aunque Roma era la dueña de todo gracias a su fuerza política y militar, los helenos habían conquistado las mentes de sus conquistadores con la belleza de sus obras. Incluso algunos Princeps habían favorecido especialmente a la provincia de Acaya, la parte más meridional de la península helena.

Y eso, aun siendo importante y motivo de satisfacción, pesaba como una losa en Calícrates. No quería que su pueblo fuera recordado solo por sus obras pasadas, pues eso significaba que su arte había quedado relegado a un momento determinado. Él quería que el arte fuera algo perdurable y constante, sobre todo constante. Pues esa constancia significaría que el genio aún se mantenía y que no era algo solo producto del pasado.

Calícrates apenas había construido edificio alguno que mereciera ser considerado como una obra de arte. Casas particulares, y algún que otro edificio público, construidos siempre bajo la premisa de la economía y la rigidez de las formas. Y aunque siempre intentaba dar un toque de belleza a sus obras, esta apenas era perceptible para la gente corriente. Solo otros profesionales de la arquitectura como él eran capaces de apreciarla.

Economía y rigidez de formas. Ese había sido el legado romano, y así le iba al mundo. A pesar de valorar positivamente el arte heleno y de vanagloriarse de poseer aquellas provincias, Roma buscaba la sobriedad en todo aquello que construía. Tal vez hubieran copiado a los artistas helenos, pero, al darle su particular visión, Roma no había hecho más que convertir el arte de antaño en una auténtica chapuza.

Esa era la reflexión de Calícrates y de la mayoría de los profesionales helenos de la arquitectura. Herederos de un pasado esplendoroso, pero atados a su presente por las cadenas de una nueva realidad conceptual.

Desde su posición en la Acrópolis, el arquitecto heleno podía ver cómo el cargamento de mármol tallado viajaba con lentitud hasta la casa que estaba construyendo, en las afueras de la ciudad. Y mientras esperaba que aquel cargamento llegara a su destino, tenía tiempo para entretenerse buscando una mejora a la belleza que sus antepasados habían conseguido.

—¿Otra vez buscando defectos en algo perfecto? —una voz lo sacó de sus pensamientos. Aun sin verlo, Calícrates supo enseguida de quién se trataba: Typhon.

Ambos eran compañeros de infancia y tenían la misma edad —veinticinco años—, aunque la vida los había conducido por caminos muy distintos.

Calícrates se centró en sus estudios matemáticos y filosóficos para llegar a ser aquello que siempre había soñado ser. Typhon, en cambio, había escogido un camino más fácil, aunque también mucho más inestable y totalmente confiado a la voluntad de los dioses: había competido como auriga en los juegos celebrados en Olimpia, y había obtenido una rotunda victoria. Aunque de eso ya hacía cinco años, aún vivía de aquella corona de olivo. Después, durante cuatro años el Princeps romano, Nerón, fue el ganador de los siguientes certámenes; aunque allí en ningún caso hubo limpieza deportiva.

Ambos eran helenos, y, a pesar de que no eran buenos amigos, se respetaban. Typhon creía que su compañero era excesivamente dogmático, y estaba convencido de que no sabía disfrutar de los verdaderos placeres de la vida. Por el contrario, Calícrates pensaba del auriga que el haber conseguido aquella corona de olivo no había hecho más que desarrollar un ya excesivamente hinchado ego.

—Nunca vas a ser nadie, Calícrates. Deberías plantearte otros oficios —le dijo con sorna Typhon.

El arquitecto estaba acostumbrado a las provocaciones de su compañero.

—Tu falta de visión te impide ver más allá de tus narices, Typhon. Yo no busco reconocimiento para mí: busco que mis obras sean recordadas durante toda la eternidad.

—¡Eso no te lo crees ni tú, Calícrates! Estoy seguro de que te dolería muchísimo construir algo como el Hecatompedón —así conocían los helenos el Templo de Atenea Pártenos— y que tu nombre no apareciera por ningún lado.

Calícrates no le aguantó la mirada. Buscó algún punto concreto en el precioso edificio que tenía enfrente.

—¡Qué sabrás tú de lo que yo quiero conseguir! —No habló con excesiva pasión, pero sí con la suficiente para mostrar firmeza a su interlocutor. Thypon siempre conseguía sacarlo de sus casillas; desde muy niños, la rivalidad siempre los había enfrentado.

—Quieres lo que cualquiera: reconocimiento y riquezas. Nadie escapa de ello, ya sea heleno, romano o sirio. El ser humano es mucho más simple de lo que todos tus estudios de matemáticas y filosofía te han enseñado.

—Vaya, veo que también te has convertido en un sofista…

Typhon soltó una carcajada al comprobar que Calícrates se había ofendido.

—¡No, por Zeus! ¡Que los dioses me guarden de semejante bajeza!

—No entiendo tu falta de respeto por todo aquello que significa lo heleno. Parece que olvidas que has nacido aquí y que eres uno de nosotros. Que tus padres lo son, igual que tus hermanos.

—No olvido mis orígenes, ni mucho menos. Pero el mundo pertenece a Roma y, si quieres ser alguien en él, has de tener eso presente. Ahora somos griegos en un mundo romano, Calícrates, y esta provincia se llama Acaya. Cuanto antes aceptes esa idea, mejor para ti y para todos. Ahora es Roma la que rige los designios del mundo.

—Pero la belleza, la retórica y la filosofía helenas han invadido la mente de esos latinos. ¡Ellos nos veneran! Y no dejan de copiarnos. Quizá lo hagan de un modo vulgar, pero nos admiran casi…, ¡casi como si fuéramos dioses!

—Tal vez admiran los edificios helenos, pero solo para poder fanfarronear ante sus vecinos de tener una casa más hermosa, o para demostrar al mundo que sus obras y su arte pueden competir con todo lo heleno, y con cualquiera que se ponga por delante. No hay nada de divino en esa admiración, créeme. El día que se ponga de moda Egipto, por ejemplo, todos querrán tener pirámides en sus peristilos —Typhon sonrió con sorna ante su propia ocurrencia.

—No. Quiero creer que va más allá de todo eso. Deben admirarnos por la lucidez de nuestras mentes, por la brillantez de nuestras apuestas…

—Puedes pensar lo que quieras —le interrumpió Typhon sin muchos miramientos—, pero eso no significa que tengas razón. Solo hay que mirar alrededor para darse cuenta de cómo va el mundo. Despierta, Calícrates. Mira más allá de tu cerrada mente de arquitecto. El mundo es de los romanos, y será siempre así, hasta el fin de los tiempos.

—No —negó Calícrates por segunda vez—. Mientras viva, pensaré que hay algo más importante más allá del mundo de los romanos. Son sus legiones las que han conquistado el mundo. No lo ha hecho ni su cultura, ni sus leyes, ni su forma de vivir. ¡Nada! No puede reducirse todo al pragmatismo y al dominio de otros territorios. Tiene que haber algo más. Algo más sustancial.

—Pues vivirás en un error toda tu vida, amigo mío…

Calícrates chasqueó la lengua como toda respuesta a la última afirmación de Typhon. Parecía haberse quedado sin argumento alguno con el que replicar a quien fuera su compañero de la infancia.

—Te propongo una jugada —dijo Typhon, con una enigmática sonrisa—. Tú quédate con tus matemáticas y tus estudios, y sigue venerando a tus antepasados. Yo me buscaré mi fortuna allí donde es necesario hacerlo para

triunfar en la vida. Y dentro de… —se detuvo unos instantes— unos diez años, nos volvemos a encontrar y valoramos cuál de los dos ha llegado más alto. Veremos quién ha conseguido triunfar y quién se ha quedado a medio camino.

Calícrates lo miró con desconfianza. Triunfar era una palabra colmada de múltiples errores. Para la mayoría, conseguir destacar socialmente o reunir una gran fortuna eran sinónimos de triunfo. Pero el joven arquitecto no pensaba así, ni mucho menos. Para él, triunfar significaba haber sido capaz de realizar su sueño: construir algún edificio hermoso y perdurable en el tiempo; una obra que fuera admirada por el resto del mundo a lo largo de los siglos. Eso era triunfar para él.

Sin embargo, estaba seguro de que para Typhon la palabra «triunfo» tenía connotaciones muy distintas.

—¿A dónde pretendes ir? —le preguntó.

—A Roma. Buscaré obtener la ciudadanía romana y elevarme socialmente a través de mis victorias y mis dotes políticas.

El arquitecto resopló de manera muy exagerada.

—¡Roma…! ¡La ciudadanía romana! ¿Eso significa para ti el éxito en la vida?

—El éxito en la vida es alcanzar aquello que uno más desea —Calícrates se sorprendió ante aquel comentario. Después de todo, sus instintos primarios no eran tan distintos; solo diferían en lo más superficial—. Y ese es mi máximo deseo. Tú tal vez te conformes con construir casitas el resto de tu vida. Pero en mi caso los dioses me han reservado algo mucho mejor.

—Mi concepción del éxito no se resume en «construir casitas», como dices con desprecio. Aspiro a que mis construcciones perduren en la historia, y que las generaciones futuras disfruten de su contemplación y belleza. Que los hombres del mañana se asombren de las maravillas del pasado y nos admiren por nuestras obras… —continuó en un tono más bajo, pero suficientemente audible para Typhon—. Me gustaría ser recordado como Fidias o como Ictinio; eso es lo que me gustaría, sí.

—Ya… —había muchísima ironía en aquella simple expresión.

—Nadie se acordará dentro de dos, de diez o de veinte siglos de un ganador en los juegos de Olimpia. Ni de alguien que simplemente alcanzó la ciudadanía romana: hay cientos, miles, muchísimos ciudadanos romanos. Dicen que Roma es una ciudad tan densamente poblada que incluso hay restricciones para el tránsito rodado. Aunque creo que eso no es más que una leyenda.

—Para ti lo único importante es que la gente te recuerde dentro de mil años o más…

—No quiero que me recuerden a mí, sino que al menos una de mis obras recorra los siglos y deje una huella en la Historia…

Aunque a Calícrates le gustaría también que su nombre fuera eterno, no lo dijo en voz alta, a pesar de que ese pensamiento henchía su corazón y su orgullo.

—¡Vaya una tontería! Me reafirmo en mi jugada, Calícrates. Dentro de diez años contrastaremos cuál de los dos ha obtenido más éxito en la vida. ¿Aceptas?

—¿Y por qué no? —contestó Calícrates apretando los labios con fuerza —. Tal vez consiga sorprenderte.

—¿Nos jugamos algo en concreto?

—No, creo que en todo esto el honor es más que suficiente. Por cierto —añadió el arquitecto—, ¿qué haces aquí? Me resulta de lo más extraño verte en este lugar. Tú necesitas siempre gente que te idolatre.

Typhon sonrió, divertido. No parecía ofendido por la burla de Calícrates. Además, era cierto: quería ser el centro de atención y sentir cómo la gente lo amaba casi como si fuera un verdadero dios.

—He venido a realizar una ofrenda a Atenea Niké. Me voy a Roma, tal vez acabe compitiendo en el Circo Máximo.

* * *

Calícrates estaba convencido de que el mármol más hermoso del mundo era el procedente del monte Pentélico, situado al norte de Atenas. La roca extraída de esa cantera había servido, desde tiempos ignotos, para levantar y esculpir la mayoría de los edificios y esculturas que habían glorificado a los artistas helenos.

Se trataba de un mármol especial, de eso no cabía duda alguna. No era necesario ser ateniense o heleno para darse cuenta de ello. Su ligera oxidación al quedar expuesto al aire libre daba como resultado una pátina dorada de increíble belleza. El sol, al impactar contra su superficie, le confería un tono muy parecido al oro, y era absolutamente imposible que los dioses no tuvieran nada que ver con ello. Aquel era, por supuesto, un pensamiento muy ateniense. Además, era una roca de excelente calidad: un buen tallista podía conseguir unas juntas tan perfectamente ajustadas que ambas piezas parecían ser una sola.

Desde siempre se había comentado que todo el sur de la Hélade era una península de mármol. Las canteras se extendían por todo el territorio, aunque con desigual nobleza. En el Peloponeso o en Argos, había yacimientos con roca de excelente calidad. Pero ninguna podía compararse a la que se extraía del monte Pentélico. Era la verdadera aristocracia pétrea.

Calícrates usaría muy poco de aquel mármol para su actual trabajo. Estaba acabando una villa para un hombre de clase alta. Situada en las afueras de Atenas, su estructura se alejaba mucho de lo que era habitual en el mundo helénico. Y es que el estilo que se imponía desde la propia Roma salpicaba todos y cada uno de los rincones de su mundo conquistado. La urbe que dominaba el mundo había cambiado la planimetría de sus propias viviendas y adaptado ideas helenas, y al final solo se había conseguido una mezcla chapucera sin una estructura armónica que favoreciera la belleza.

Al joven arquitecto no le gustaban aquellas nuevas propuestas, pero Apolonio, el aristócrata que le había encargado la villa, era un hombre duro e inflexible. Y el actual momento de construcción no estaba como para rechazar trabajos.

La nueva planimetría no era nada complicada. Al contrario, como casi todo lo de origen romano, la característica principal era el pragmatismo. Todo se reducía a dos estructuras cuadradas adosadas y alrededor de un espacio abierto cada una; el *atrium* y el *peristylum* en torno al primero, se distribuían las principales habitaciones de la casa, y el segundo espacio abierto era el dedicado al recreo familiar. Curiosamente, este *peristylum* era de origen heleno, con lo que la pureza de formas y estilos había perdido todo su sentido.

Aun así, pese a la dureza y la obstinación de Apolonio, hubo dos cuestiones en las cuales Calícrates no transigió: ambas, curiosamente, significaban el principio y el final de la obra.

La primera de ellas había sido la cimentación. Las nuevas técnicas romanas basaban la mayoría de su construcción en una nueva argamasa llamada por los latinos *opus caementicium*. En opinión del arquitecto heleno, los romanos parecían haberse vuelto locos con ese material, y lo estaban imponiendo incluso por encima de algo tan sólido y probado como era la piedra. Y ahí Calícrates impuso su mayor oficio: la cimentación estaría hecha de grandes bloques de piedra dispuestos de forma lineal, y no discontinua.

La segunda cuestión había sido la fachada. Y también por la influencia romana. En Italia, esas modernas maneras de construir, buscando la ligereza de materiales, la economía y el pragmatismo, habían llegado a dogmatizar como bellas las fachadas hechas con ese ya comentado *opus caementicium*.

Incluso se pretendía demostrar que unas retículas de distintos tamaños eran hermosas. Calícrates tenía una concepción muy distinta de lo que debía ser la fachada de un edificio. Opinaba que esa parte fundamental, ya fuera de una casa o de cualquier tipo de edificio, tenía que reflejar al máximo aquello que albergaba en su interior. Si dentro había personas sensibles y amantes de la belleza y el buen gusto, era necesaria una ornamentación exquisita. Si, en caso contrario, dentro vivían gentes de mentes grises y faltas de buen sentimiento, entonces cuanto más sobria y vulgar fuera la fachada, mejor. Naturalmente, ese argumento convenció de inmediato a Apolonio.

Ahora estaban llegando, en unos carros tirados por bueyes, las placas de mármol pentélico que servirían para decorar la fachada. Se habían retrasado unas buenas horas, pero por fin estaban aquí. Había comprobado *in situ* el magnífico talle del artesano picapedrero, y estaba seguro de que las piezas encajarían de manera perfecta entre sí.

Calícrates pasó la punta de los dedos buscando el contacto con aquella exquisita roca. Era fría, por supuesto, pero desprendía una finura al tacto que era muy agradable. Y su aspecto, con aquella tonalidad dorada, era delicioso.

El arquitecto tenía a su cargo a tres maestros albañiles y a media docena de esclavos. De los tres primeros, únicamente confiaba en uno para poder realizar aquel trabajo tan delicado: Aristófanes, un hombre algo mayor, pero con unas manos casi de seda.

A Calícrates le encantaba participar en la colocación de aquellas piezas de mármol. Era algo que hacía con sumo placer. Habitualmente, el arquitecto era el primer albañil de la obra, y a pesar de dirigirla también trabajaba en ella como el que más; aunque como responsable del proyecto su trabajo iba mucho más allá del estrictamente constructivo.

Cuando los esclavos empezaron a descargar los bloques de mármol, apareció Apolonio, el dueño de la villa y la persona que corría con todos los gastos de la obra. Su presencia extrañó a Calícrates, pues no solía aparecer por allí. No era día de pago ni se le requería para nada.

—Debemos hablar… —dijo en un tono serio y grave el recién llegado. Con aquellas palabras, quedaba claro que tenían que hacerlo en privado.

Tal vez deseara proponer un cambio estructural, o unos retoques finales distintos a los planificados. Los cambios de última hora eran muy habituales; cambios que no siempre eran bienvenidos por los encargados de levantar una obra, y que normalmente provocaban acaloradas discusiones.

Pero quizás era otra cuestión la que lo traía allí.

Ambos caminaron hasta un pequeño encinar, a pocos metros de la obra, pero resguardado de oídos curiosos.

Por la mirada del Apolonio, Calícrates supo que algo no iba bien. Tal vez se trate de otra cuestión, se repitió.

—No voy a andarme con rodeos —comenzó el aristócrata. Era un hombre de unos cuarenta años, con la piel clara y el cabello aún oscuro y espeso—. No puedo cumplir con el último pago. La casa debe quedarse tal como está…

Un sudor frío recorrió la piel del arquitecto, que frunció el ceño y miró a su patrón, lleno de nerviosismo.

—Pero… ¿Cómo…? Cómo es posible…

—Mis cinco barcos han naufragado y no he podido recuperar nada de lo invertido. Estoy arruinado. —La altivez que siempre había caracterizado a Apolonio parecía haberse esfumado, como si un mal viento se la hubiera llevado muy lejos de allí, o como si se hubiera hundido en aquel funesto naufragio—. He de venderlo todo para pagar las deudas…

—Pero… no puedes hacer eso. Llevas más de dos meses de retraso en el pago, y hay una enorme deuda en lo construido hasta ahora…

Apolonio hizo un gesto negación para detenerlo.

—Yo tengo mis propios problemas…

—¡No puedes desentenderte así como así! Voy a perderlo todo…

—Bueno, así sabrás cómo me siento ahora mismo… —respondió con cinismo su patrón.

—He avalado con mi casa toda la obra. Y lo hice como un favor para poder acabarla sin excesivos retrasos.

—Ese es tu problema. Apáñatelas como puedas.

Y dicho esto, el aristócrata se marchó sin decir nada más, dejando solo a Calícrates.

El joven arquitecto se sintió desfallecer. Apenas podía dar crédito a lo que acababa de ocurrir, y comenzó a caminar en círculos, cada vez más rápido. Tenía que hacer algo, las cosas no podían quedar así… Tenía que reaccionar, tomar la iniciativa… De pronto, tras unas cuantas vueltas más, se detuvo.

Tenía que hacer algo, pero no se le ocurría nada.

* * *

Cuatro semanas después, Calícrates entraba en lo que siglos atrás había sido la polis de Corinto. Aunque aquella ciudad había sido destruida hasta los cimientos por las legiones romanas y ahora ostentaba el flamante nombre de Colonia Laus Iulia Corinthus, todos los helenos la seguían llamando Corinto.

Y ello a pesar de que nada quedaba de la antigua ciudad, que, tras la salvaje destrucción, fue erigida de nuevo y dotada de todo aquello que se suponía que debía tener una urbe romana. Poco después, también se convirtió en la capital de la provincia romana de Acaya; una nueva distribución territorial para despedazar la siempre imposible unidad de la Hélade.

Atenas conservó su primacía cultural, pero la capital fue trasladada a Corinto, que se erigió en el nuevo centro administrativo. Allí vivían el procónsul y los pretores que impartían justicia. Y ese era el motivo de la presencia de Calícrates en Corinto.

Sus impagos por las deudas le habían convertido en moroso. Y pasar de ese estado a ser denunciado por estafa y robo fue solo cuestión de tiempo.

El aval que había cubierto con sus propiedades apenas le había valido para la mitad de la deuda contraída por la construcción de la villa de Apolonio. Su mujer y sus dos hijas habían ido a vivir a casa de los suegros de Calícrates, mientras él buscaba la forma de recuperar todo aquello que había perdido.

Ahora, su caso había llegado hasta la más alta magistratura de justicia, y esperaba que fuera resuelto, de manera favorable, ese mismo día.

La desaparición de Apolonio suponía un duro revés, pues apenas contaba con poco más que su propia palabra para defender el caso. El aristócrata, literalmente, se había esfumado. Nadie sabía, de momento, cuál era su paradero.

Calícrates estaba solo. Solo con su palabra.

Las audiencias se celebraban en la basílica, y la mayor de ellas, pues había varias, era un enorme edificio construido con todos aquellos elementos tan típicos de la romanización. Naturalmente, a Calícrates le faltaban ojos para valorar los detalles arquitectónicos de aquel edificio; pensaba que, una vez acabada la visita, y si finalmente era absuelto, podría dedicarse un buen rato a ver cómo había sido construido.

Una vez dentro, y tras dar su nombre a un funcionario, fue conminado a esperar.

El edificio estaba compuesto de una única sala dividida en tres naves. Dos largas hileras de columnas separaban aquellos tres espacios, y las paredes laterales apenas habían sido embellecidas por unas pocas columnas de aquel nuevo orden que los romanos habían creado mezclándolo todo un poco, como hacían tan a menudo.

Estaba ensimismado contemplando el edificio, cuando un esclavo reclamó su atención. Le hizo entrega de un papiro; allí, en latín, se le comunicaba que su caso se trataría en la Basílica Iulia, situada al oeste del ágora.

Bueno, lo de ágora sonaba casi a broma. Ahora tenía que llamarse foro, aunque era prácticamente la misma cosa. Solo los de origen latino lo llamaban de la nueva forma, el resto de helenos aún usaban el mismo nombre de sus antepasados.

La Basílica Iulia era un edificio mucho más pequeño. Apenas llegaba a la mitad que su compañera, y también mostraba una configuración distinta. En primer lugar, el acceso no era por un extremo, sino por el mismo centro…, en uno de sus laterales. Una vez dentro, también vio grandes diferencias: un único recinto se extendía a lo largo y ancho del interior de la basílica, y una doble hilera de columnas configuraba un pasillo interior, pero sin ninguna intención de buscar nuevas distribuciones.

El arquitecto dio un rápido vistazo a los detalles de la estructura, aunque estaba empezando a ponerse nervioso. Estaba seguro de que le darían la razón, pero moverse en los límites del propio convencimiento y la legalidad de la justicia no era lo más adecuado para disfrutar de su visita. Entregó el papiro al funcionario de la entrada, y este, nuevamente, le hizo esperar. Poco después, era conducido ante el magistrado correspondiente, un pretor que actuaría como juez.

Se trataba de un individuo de claro origen latino. Era de complexión media, delgado, y ya bastante mayor; por su aspecto, Calícrates calculó que tendría poco más de cincuenta años. Una enorme nariz ganchuda sobresalía de aquel rostro ovalado. Lo acompañaban dos guardias armados, situados ahora uno a cada lado del arquitecto, y un secretario sentado en un extremo de la mesa que tomaría nota de todo y daría fe del buen desarrollo del proceso.

—En ausencia del nuevo cuestor, yo seré el encargado de administrar justicia en tu caso. —El tipo lo miraba a los ojos, sin apartar su mirada ni por un involuntario pestañeo—. Tienes suerte. El anterior cuestor, Marco Licinio Sura, era un hombre excesivamente dado a los rodeos. Ahora el juicio será rápido y justo, como debe ser.

El juez bajó la mirada buscando los datos apuntados en el papiro.

—Calícrates, maestro arquitecto, acusado de estafa y robo —leyó el magistrado en voz alta—. El montante de su estafa asciende a…

—No se trata de una estafa —interrumpió Calícrates, nervioso, muy nervioso.

El magistrado alzó la mirada hacia él, visiblemente molesto.

—Eso, joven, he de decidirlo yo. Por eso estoy aquí y tengo más conocimientos que tú.

—Me estafaron…

—¿Así que ahora sí es una estafa? ¿En qué quedamos?

—Sí, bueno…, no. En realidad, fue una estafa, pero no fui yo…

—¿Acaso no eres Calícrates, maestro arquitecto, natural de Atenas?

—Sí, pero…

—Entonces, ¡cállate! Si vuelvo a oír tu voz, ordenaré a los guardias que te hagan callar. Y te aseguro que ellos no se pondrán a discutir contigo.

El arquitecto miró a aquellos hombres de armas que lo flanqueaban y, al comprobar las espadas que pendían de sus cintos, entendió que lo más adecuado era callarse.

—Empecemos de nuevo —suspiró el magistrado con resignación, dando muestras de cansancio—. Calícrates, maestro arquitecto. Acusado de estafa y robo por la *boulé* de Atenas. El montante de su estafa asciende a noventa y cinco mil sestercios, unos veintitrés mil setecientos cincuenta denarios. Según consta aquí —se dirigía al secretario—, con la venta de los bienes del acusado, la deuda aún asciende a treinta y cuatro mil cuatrocientos sestercios, unos ocho mil seiscientos denarios. ¿Cómo piensa pagar el acusado tal suma? —hizo la pregunta mirando directamente a Calícrates.

—Bueno… No sé… Tal vez podría…

—Secretario, tome nota: el acusado dice no saber la manera de satisfacer la deuda con la *boulé* de Atenas.

—¡Esto es injusto! No se me permite hablar.

El grito del arquitecto resonó en toda aquella sala.

El magistrado lo miró fijamente y frunciendo los labios, muy serio.

—Mira, muchacho, la ley romana es muy justa. Se aplica sobre el principio que hay que dar a cada uno lo que le corresponde. Es un principio justo y que ha servido para que la gloria de Roma llegue hasta los confines de la Tierra.

—¡Pero el estafado he sido yo! ¡Ni siquiera se me ha permitido explicarlo!

—¿Puedes aportar algún documento que pruebe tal afirmación?

El contrato con Apolonio había sido de palabra, como la mayoría. Un contrato por escrito incrementaba el valor de la obra con una grabación impositiva de más del diez por ciento; por esa razón, muchos contratantes preferían hacerlo de esa forma. Sin contrato, era solo su palabra. Y su palabra era insuficiente para demostrar nada: Roma no concedía crédito alguno a quien no pudiera demostrar nada.

Calícrates negó con la cabeza. El magistrado, sin pronunciar palabra, le invitó a demostrar su inocencia.

—Apolonio de Atenas me contrató para construir una casa de campo…

—¿Y no firmaste contrato alguno con él?

Por segunda vez, el arquitecto negó con la cabeza.

—Aunque tengas toda la razón del mundo, a lo que este tribunal aspira es a la justicia máxima. Y solo las pruebas pueden dar fe de la verdad. Sin pruebas, son solo tus palabras las que se estrellan contra estos sólidos muros, Calícrates. Secretario —dijo mirando al escribano—, tome nota de las palabras del acusado y de que no es capaz de aportar prueba alguna.

El arquitecto se veía perdido. Sabía cuál era la pena en un caso como el suyo. Lo había visto otras veces.

—Por tanto, para satisfacer su deuda, el acusado solo cuenta con su prole además de su propia persona. Tiene dos hijas, de dos y cuatro años cada una. Sentencio a que Calícrates, maestro arquitecto, sea vendido como esclavo junto con sus hijas en la misma Roma, donde su precio será más alto, de modo que con esa cuantía pueda subsanarse la deuda. En caso de que el precio no sea suficiente, el propio Princeps de Roma abonará la diferencia a la parte estafada.

Aquellas palabras resonaron en su mente como si hubieran sido esculpidas a martillo. Aunque en lo único en que podía pensar en aquel momento era en la suerte que correrían sus dos hijas.

Capítulo II

CLAUDIA PULCHRA

De esclava a *domina*

Villa de Cayo Severo, afueras de Pompeya (Italia)
Verano del año 70 d. C.

Roma tenía un nuevo Princeps.

Tras unos últimos años muy turbulentos, un hombre había conseguido imponerse a los demás y hacerse con el mando de la urbe que regía los destinos del mundo civilizado. Vespasiano era el hombre, y todos deseaban que fuera capaz de imponer un período de estabilidad y que Roma regresara, de una vez por todas, a la anhelada Pax Romana de tiempos de Augusto.

Aunque el cambio de Princeps afectaba a todas las provincias del territorio dominado por Roma, era en la urbe donde su influencia sería más notoria en los primeros tiempos. Solo con el tiempo los resultados de su política llegarían al resto de provincias.

Una semana después de la investidura del nuevo Princeps, Claudia Pulchra fue recibida por el senador Cayo Severo. Era un hombre anciano, delgado y encorvado, con la piel muy arrugada y el cabello blanco, aunque su sonrisa y sus pequeños y vividos ojos ayudaban a equilibrar aquel aspecto mortecino.

—Bienvenida, querida. ¿Cómo te trata tu nueva vida?

Claudia sonrió, agradecida. Desde que falleciera su esposo, Licinio Merula, se sentía sola y temerosa. Incluso con la sorpresa de la inesperada herencia que había recibido, apenas había tenido la suficiente alegría como para disfrutarla.

La villa donde vivía Cayo Severo constituía un recinto magnífico. Claudia ya había estado antes en ese edificio, cuando su esposo estaba vivo, y por ello aquella magnificencia apenas la sorprendió.

Situada en las afueras de la ciudad de Pompeya, al noroeste, la villa era un prodigio de belleza, amplitud, lujo y buen gusto. Aunque había sufrido daños

en los últimos tiempos debido a un temblor de tierra y había algunas zonas en reconstrucción, era una villa espléndida sin ningún tipo de dudas. Y destacaba sobremanera una exedra semicircular, con una preciosa vista sobre la bahía de Neapolis.

Aunque eso no animó a la recién llegada.

Claudia tenía veinticinco años. Lucía un excelente aspecto —muchos la calificarían como hermosa—, y su salud era buena. Parecía que no tenía motivo alguno para quejarse o para sentirse defraudada con la vida: había nacido esclava, y ahora, legalmente, era ya una ciudadana romana con todos los derechos que ello implicaba.

Pero recientemente había fallecido el único hombre que la había amado. El mismo hombre que la había liberado y que la había tratado con respeto, como a un ser humano. El hombre que ahora los dioses habían acogido en su seno.

—Esa mirada tan triste no encaja nada bien con ese rostro tan hermoso.

Las palabras de Cayo Severo la sacaron de aquel breve trance. Aquel hombre era muy agradable. Siempre lo había sido. Incluso cuando mucha gente no aprobó que Licinio Merula se casara con una liberta recién emancipada de la esclavitud, Cayo enseguida sintió un profundo respeto por ella.

Y ese sentimiento era lo que Claudia recibía en grandes cantidades de aquel anciano, lo que la hacía sentir muy bien y llegar a confiar totalmente en el senador.

—Lo siento, Cayo. Lamento…

—No te disculpes conmigo, Claudia. Es solo que me sabe mal ver la tristeza en ti. Me gustaría verte siempre contenta y disfrutando de la vida que te has ganado.

La cogió del brazo, y la invitó a acompañarlo al interior de la villa.

—Para un anciano como yo, tu felicidad es mi mayor satisfacción —siguió diciendo Cayo—. Verte sonreír me quita varios años de encima, y me hace sentir más jovial. Disfrutar de la felicidad de los seres que nos importan de verdad es el mayor de los placeres cuando se llega a mi edad. No lo olvides nunca, Claudia. Te lo ruego.

Ella sonrió, algo azorada, y movió con suavidad la cabeza un par de veces, manifestando su agradecimiento por aquellas palabras.

—Eres tan amable conmigo, Cayo…

Llegaron a la exedra semicircular, una magnífica terraza que daba al mar. Desde allí, la vista era perfecta; una ligerísima brisa marina llegaba hasta

ellos, convirtiendo aquella calurosa tarde de verano en todo un placer para los sentidos.

Cayo la invitó a sentarse en un banco de piedra, y unos esclavos les trajeron *mulsum*, vino con miel, y un entretenimiento, pasteles teñidos con azafrán.

—La visión del mar es un bien que todos los seres humanos deberían experimentar una vez al día —dijo el anciano—. Tal vez sea por su enormidad, o por su quietud, quizá por esa perfecta línea recta del horizonte. Sea como sea, verlo siempre hace que a uno se le olviden los problemas. —Miró a su invitada, que contemplaba las vistas, aparentemente extasiada—. Claro que la juventud no permite disfrutar de este paisaje. La prisa y la energía nos mueven con demasiada intensidad como para que una persona joven sea capaz de apreciarlo en toda su belleza… Sí, es una verdadera lástima que solo los ancianos seamos capaces de detenernos a disfrutar de la contemplación de la hermosura que nos ofrece la naturaleza.

Hablaba en un tono de voz bajo, muy relajante. Aunque parecía que hablaba únicamente para sí, Claudia bebió de aquella medicina contra la tristeza y se sintió algo mejor.

Como decía Cayo, desde allí uno podía ver que los problemas de cada uno apenas tenían importancia. Y que la vida era mucho más que problemas y dificultades.

El vino con miel, el *mulsum*, tenía mayor cantidad de miel que de vino, y su sabor, dulce, combinaba muy bien con la ligera amargura del azafrán de los pasteles. Durante un buen rato, ambos permanecieron en silencio. Parecía como si las palabras pudieran romper el encanto de aquella tarde estival, con la brisa, la vista, el *mulsum* y los pasteles.

Después, Cayo volvió a hablar.

—Deberías comenzar a olvidar a Licinio, Claudia. Eres joven y hermosa, y seguro que no te será difícil encontrar un hombre que te trate con el respeto y el cariño que mereces. A pesar de hablar con suavidad, lo hacía de una manera firme y decidida.

Ella negó con la cabeza y miró a Cayo. Ambos sabían qué estaba ocurriendo allí. El anciano quería decirle que él estaría dispuesto a ser ese hombre. Él sabía apreciarla, y valoraba sus virtudes y su integridad. Ella, por el contrario, sabía que él no se atrevería a decírselo abiertamente, pues Claudia no podría rechazarlo por el profundo respeto que le tenía. Y, naturalmente, ella no se lo pediría nunca.

Además del respeto que como amigos los mantenía unidos y que, al mismo tiempo, los distanciaba como pareja, había otros factores que debían considerarse. Cayo era viudo, y eso no era un problema. Pero tenía dos hijos ya mayores, y ellos no verían nada bien que su padre se casara de nuevo. A la vida del senador le quedaban muchos menos días de los ya vividos y, aunque valoraban a su padre, ambos esperaban la herencia con verdaderas ganas. Y no querrían ver disminuidos sus bienes al tenerlos que compartir con una madrastra, o peor aún, con un futuro hermanastro.

Claudia tenía eso muy claro. Y no quería que aquel hombre se sintiera obligado a nada.

—Aún tengo muy presente a Licinio en mis plegarias —respondió ella—. No sería muy noble por mi parte aceptar un nuevo marido mientras aún retengo a mi amado en mis recuerdos.

Cayo sonrió ante aquella demostración de lucidez.

—¡Qué buen senador se ha perdido Roma contigo, Claudia! ¡Si hubieras nacido hombre! A algunos miembros del Senado les iría muy bien un ápice de tu lucidez para el buen gobierno de la ciudad. Los dioses han repartido mal la sabiduría…

—Tal vez el Senado debería contemplar otros factores, aparte del masculino, para elegir a los senadores de Roma —replicó ella con una sonrisa amplia, mostrando su blanca y perfecta dentadura.

—Eso sería un cambio que pocos hombres estarían dispuestos a tolerar. Jamás contemplarían la posibilidad de que las mujeres pudieran gobernarlos. Pero hay otros errores que podrían enmendarse. Creo que es una gran equivocación que sea el nivel de riqueza el que capacite a un hombre para formar parte del Senado, más allá de sus propias capacidades…

Ella no contestó. Sabía que algunos límites no debían cruzarse. El anciano se dio cuenta de su leve incomodidad, y prefirió cambiar de tema:

—No sufras por tus negocios, querida. En la cantera de travertino, en Tibur, las extracciones no han sufrido apenas contratiempo alguno. Mis administradores me comentan que todo marcha sobre ruedas. Además, tengo confianza en Vespasiano. Por sus palabras, me da la impresión de que se aproximan tiempos excelentes para los negocios de la construcción.

Cayó miró a Claudia. La joven, incluso sintiéndose satisfecha con su informe, no parecía del todo contenta.

—¿Qué te ocurre, Claudia? Sé que hay algo más…

Ella se sinceró.

—Me gustaría llevar por mí misma los negocios que habían sido de Licinio. Te agradezco enormemente tu labor, y sé que nunca podré ser lo suficientemente rica como para devolverte todo cuanto haces por mí.

—Pero tú eres una mujer, Claudia. No entiendes nada de negocios. —A pesar de las palabras, el tono de Cayo manifestaba un profundo respeto hacia la joven.

—Sin embargo, puedo aprender. Hace unos instantes, has dicho que era lo suficientemente lúcida para poder incluso ser senadora. ¿Acaso insinúas que son más listos los administradores de negocios que los senadores?

Cayo soltó una carcajada elegante, nada grosera.

—No, aunque ciertamente alguno de los que calientan las gradas de la Curia deberían dedicarse a picar piedra o a limpiar letrinas —mientras el senador decía esto, una sonrisa iluminó el rostro de Claudia—. Perdóname por mi falta de tacto. No serías la primera mujer de Roma que se ponga al frente de sus negocios. En el pasado, ya lo hicieron otras. De hecho, me parecer recordar que el concepto de economía lo inventaron las mujeres griegas; las de una ciudad llamada Esparta, hace ya unos cuantos siglos.

—Y otra cosa más…

Cayo afirmó con rapidez, conminándola a continuar.

—Me gustaría vivir por aquí, lejos de Roma. La ciudad se ha convertido en un lugar incómodo para mí. Me preguntaba si cabría la posibilidad de poder adquirir una villa. Por supuesto, no es necesario que sea como la tuya. Con algo más pequeño me apañaría.

El senador se levantó del banco de piedra y avanzó hasta llegar al extremo de la exedra, como si quisiera estar más cerca del mar. Apoyado con los brazos en la balaustrada de piedra, pareció reflexionar durante unos breves minutos. Claudia también se levantó y se puso junto a él, pero no interrumpió el pensamiento del anciano.

Allí de pie, la brisa marina era más perceptible y agradable. El verano acarreaba multitud de fragancias, quizá no tan intensas como las primaverales, pero igualmente reconfortantes para el espíritu. El olor del mar penetraba en sus fosas nasales, colmando de bienestar sus satisfacciones más primarias.

Ella cerró los ojos y se dejó llevar por aquella sensación de paz y plenitud. No sabía el tiempo que había transcurrido, pero, cuando abrió los ojos, el anciano la estaba mirando.

—¡Oh! Lo siento, Cayo…

—No, tranquila. Te veías llena de paz, y no quise interrumpirte.

—Es que es increíble lo agradable que resulta esta brisa. Y cómo reconforta sentir la paz a nuestro alrededor…

Él sonrió levemente, como si con aquel comentario hubiera confirmado algo que el senador ya tenía en la cabeza.

—Te voy a hacer una proposición, Claudia. Casi es un favor que te pido, pues me acabas de dar la solución a un tema espinoso y muy complejo. Ya soy un hombre mayor, eso es más que obvio. Y tengo dos hijos que se pelean por mi herencia. He intentado ser justo, y les he dejado por escrito qué parte de mis riquezas percibirá cada uno. Quiero evitar una lucha fratricida a toda costa.

»Mi gran dificultad en todo esto, sin embargo, radica precisamente en esta villa. Ambos la quieren, y no puedo dividirla. Y tampoco quiero venderla a cualquiera; he puesto todo lo mejor de mí mismo en esta casa, y lamentaría que un desconocido hiciera un mal uso de ella. Es casi como una hija para mí. Me gustaría vendértela a ti.

—Pero… no puedo…

—Sí que puedes, escúchame, te lo ruego —él la tranquilizó con un gesto de la mano—. Con lo que te ha legado Licinio, tienes dinero de sobra para comprarla a muy buen precio, sin que por ello dejes de continuar siendo una persona muy rica. Voy a repartir el dinero de la venta entre mis dos hijos, ahora mismo, en cuanto hayamos cerrado el trato. Ellos seguro que estarán más que contentos, pues podrán gastárselo ahora, cuando son jóvenes y tal vez más lo necesitan.

—Pero yo no quiero privarte de vivir aquí…

—Ahora llego a eso. Me gustaría pedirte otro favor. A cambio de concederte la venta de la villa, quisiera poder vivir aquí hasta el fin de mis días y terminar de arreglarla a mi gusto. Soy un hombre mayor, y no creo que dure mucho —sonrió de manera irónica.

—Bueno. No sé muy bien qué decir. Claro que querría que vivieras aquí. Me sentiría muy halagada de poder disfrutar de tu compañía y de tus conversaciones. No sé… Necesito tiempo para pensarlo, Cayo. Me has sorprendido.

—No lo pienses, es una buena oferta. Y a mí me quitarás un buen dolor de cabeza, te lo aseguro.

Ella reflexionó unos segundos.

—Bueno…, tal vez sí —dijo titubeante—. ¡Sí, claro que sí! —en su rostro volvió a dibujarse aquella sonrisa que la favorecía tanto—. Pero quiero dejar una cosa clara —aquí se puso muy seria.

—Por supuesto, dime…

—Mientras vivas, y que los dioses te mantengan con vida por muchos años, tú serás el *dominus* de la villa. Quiero que la disfrutes al máximo hasta el último de tus días.

Cayo sonrió, y sus pequeños ojos se llenaron de vida. Alargó la mano derecha.

—¿Trato hecho, pues?

Ella respondió con un apretón de manos.

—Trato hecho.

⁂

Dos semanas después de que Claudia y Cayo cerraran el trato, ella estaba en Tibur, inspeccionando la cantera de travertino que le había legado su difunto marido.

La acompañaban los dos esclavos que siempre la protegían y Curtius Cinna, el administrador de Cayo, que ahora asesoraba a Claudia en la gestión de sus negocios.

Una veintena de personas trabajaban allí. Cinco eran maestros de la piedra, y el resto esclavos que ayudaban en las tareas más pesadas.

—El trabajo no se interrumpe nunca —comentaba Cinna, un hombre algo rechoncho y de un hablar rápido—. Haya o no pedidos, lo más prudente es que la extracción no se detenga. Los bloques se acumulan allí —señaló hacia un espacio abierto en la montaña tiempo atrás, donde se acumulaba el travertino perfectamente cortado—, a la espera de ser transportados hasta el lugar solicitado.

Claudia asintió con la cabeza.

La cantera era, en esencia, una montaña a la que se le estaban extrayendo las entrañas a golpe de cincel. El color predominante era el ocre y los pardos amarillentos de aquella roca tan idónea para la construcción. No era un lugar para descripciones extraordinarias ni para pasar el tiempo en largas contemplaciones.

—¿El contrato de extracción nos impone alguna limitación?

—No —contestó Cinna—. Podemos extraer todo lo que nos plazca. El único apéndice sobre este tipo de cuestiones es el undécimo: solo en caso de construcción pública en Roma, la prioridad hacia esa obra será preferente y las demás deberán esperar.

—Comprendo. Así evitan retrasos innecesarios.

—Exacto.

—Bueno, he visto y comprendido el tema. Pero quiero hacer algunos cambios. Vamos a doblar la extracción de piedra; contrata cinco nuevos maestros picapedreros y algunos esclavos más.

—Pero, señora, hay mucha acumulada…

—Cumple mis órdenes. El nuevo Princeps quiere una Roma lujosa, y creo que en los próximos meses vamos a necesitar todos y cada uno de los bloques que tengamos almacenados para satisfacer todos los pedidos. No quiero perder ni un solo cliente por falta de bloques.

Lo dijo de una forma tan decidida y contundente que Cinna no pudo hacer otra cosa más que obedecer. Además, ella era la dueña del negocio, tampoco tenía otra alternativa.

⁎ ⁎ ⁎

—¡No sabía que esto de ser mujer de negocios fuera tan agotador! —lo dijo con una amplia sonrisa y completamente satisfecha.

Cayo, echado en un *kline*, la escuchaba asintiendo complacido mientras ingería unas uvas recién vendimiadas. Claudia se había tumbado en otro *kline*, a pesar de que eso no estaba muy bien visto en la sociedad romana, que limitaba su uso a los hombres y prefería que las mujeres permanecieran solo sentadas.

—Estás poniendo mucho empeño en tu aprendizaje, ya casi eres una experta.

—¡Uy, no! Experta aún no. Me falta mucho para llegar a eso. Pero sí me doy cuenta de que cada vez entiendo mejor las cosas y soy capaz de retener la información.

—Algún error de vez en cuando tampoco te vendría mal. Errar es humano…

—Y caer en el mismo error, diabólico —concluyó ella.

—Veo que conoces a Séneca.

—Sí, conozco bien la obra del senador hispano. Licinio lo tenía en gran estima, y tengo una copia de buena parte de sus escritos. Lamenté profundamente su fallecimiento, hace ya cinco años.

Cayo sonrió.

—Tengo la impresión de que pronto habrá pocas cosas que enseñarte, Claudia. Pero ten cuidado en mostrar todos tus conocimientos en público; a nuestra sociedad, aun siendo la más avanzada del mundo, le cuesta digerir los cambios.

—Creo que últimamente las mujeres han dado un paso enorme para acercarse al hombre. Livia Drusilla, por ejemplo, se está convirtiendo en casi una diosa. No hay más que ver cómo se levantan estatuas en honor a ella por todas partes.

—Sí, tienes razón. El mundo está cambiando, y no podemos permanecer ajenos a esos cambios. Algunos creen que estos cambios se deben a la bajeza de la moralidad romana…

—Y seguro que esos mismos hombres opinan que todo es culpa de este resurgimiento de la mujer.

—No. Todo no, pero sí que es una de las consecuencias negativas. Muchos temen perder algo más que el poder en el Senado. —Cayo soltó una de sus peculiares y elegantes carcajadas, y Claudia sonrió. Sí, era cierto, la sociedad romana estaba cambiando. Y los cambios no siempre eran bien recibidos.

—Me gustaría recomponer el ala sur —continuó Cayo, cambiando de tema y refiriéndose a las nuevas obras en la villa.

La zona sur era el espacio que más había sufrido los rigores de aquel temblor de tierra de unos años atrás, y que aún no se había arreglado convenientemente.

—¿Qué te gustaría hacer?

—No lo sé exactamente, pero me gustaría apartarme un poco de las últimas modas. Tal vez algo parecido al mundo griego.

—Tienes muy buen gusto para estas cosas, Cayo. Aquello que decidas seguro que ayudará a que la villa sea aún más hermosa.

—¡Es que contigo es imposible enfadarse! Qué afortunado soy de poder compartir los últimos años de mi vida contigo; eres una verdadera bendición de los dioses para un anciano como yo… Cambiando de tema. Esta semana llega una nueva remesa de esclavos a Roma. Quiero ver si hay algún arquitecto griego.

—Los artistas están muy buscados. Y más un arquitecto.

—Sí, lo cierto es que encontrar uno convertido en esclavo no tendría precio.

Capítulo III

CALÍCRATES

La belleza es el conjunto de las partes
Forum Magnum, Roma
Finales de verano del año 70 d. C.

En apenas un mes, Calícrates había pasado de ser un hombre libre, con un notable presente y un brillante futuro, a un esclavo.

Y no es que ser esclavo fuera malo del todo. En muchas ocasiones, para gentes sin recursos era la mejor opción. Uno podía tener suerte y, si el patrono no era un hombre cruel o despótico, vivir una vida tranquila; solo era necesario hacer de manera responsable el trabajo que le encomendaban, y el resto corría de parte del dueño. Era cierto que en todo ello había una pérdida de libertad, y que un esclavo estaba subordinado a la voluntad de otro hombre, pero aun así no era del todo malo.

Tal vez incluso, como arquitecto, Calícrates pudiera encontrar nuevas oportunidades laborales en Roma. Llegaban rumores de que el nuevo Princeps había prometido una ciudad dorada a los habitantes de la capital del Imperio, y eso significaba mucho trabajo en construcciones de gran envergadura.

Sin embargo, lo que realmente afligía a Calícrates era el destino que sufrirían sus hijas. También habían sido vendidas como esclavas, y no había podido siquiera despedirse de ellas como le habría gustado. En cuanto a su esposa, el arquitecto estaba seguro de que estaría bien; en la casa donde ella se crio no le faltaría de nada, ni siquiera el amor y el cariño de los suyos ante la pérdida del marido y de las hijas.

El ánimo optimista de Calícrates le decía que, en un par de años, incluso menos, todo podía volver a la normalidad. Tal vez tendría suerte y caería en manos de un acaudalado ciudadano de la misma Roma que, tras un breve período, le recompensara por su buen hacer y le diese la libertad. En caso de no tener a la diosa Tyké de su lado, estaba seguro de que en cinco años podría

regresar. Ese era al menos el tiempo que fijaba el Estado romano para el pago de su deuda.

La deuda. Ahora incluso el propio Calícrates sonreía ante esa palabra. Aún no entendía muy bien qué había sucedido realmente, pero tenía claro que Apolonio le había metido en una encerrona; aquella estafa no era normal, y menos aún que fuera tan rápidamente juzgado y condenado. Detrás de todo aquello había algo más. Si hubiera sido un hombre vengativo, habría intentado tomarse la justicia por su mano, eludiendo a las autoridades romanas. Pero él no era así; incluso estaba convencido de que él también se había equivocado. Confió en la persona equivocada, y ahora tenía que pagar por ese error. De modo que aceptó su castigo.

En los últimos días, el viaje y los distintos tipos de transporte hicieron algo amenas las jornadas. Había sido declarado mercancía de lujo, y le cuidaron bien. Al menos podría decirse que no le trataron mal. Era un esclavo con un talento especial, y ese talento le hacía merecedor de un buen trato. Estaba claro que, si llegaba hasta su destino con muestras visibles de haber sufrido algún maltrato, su precio habría descendido notablemente. No hizo ningún trabajo forzado, y en ningún momento fue golpeado. Naturalmente, lo trataban como a un objeto, sin preguntarle su opinión para nada. Pero no le faltó comida en ningún momento ni fue agredido físicamente.

Cruzó el mar en un barco mercante que lo llevó a la península Itálica. El puerto de Ostia fue lo primero que vio de esa sociedad que había conquistado al mundo entero. En realidad, el recinto portuario se llama Portum. La ciudad de Ostia estaba situada un poco más al sur.

El puerto estaba abarrotado. El barco tuvo que esperar su turno para poder desembarcar las mercancías que transportaba. Una vez en tierra, apareció un hombre de poca estatura. Era muy delgado y no paraba de moverse, como si todo lo pusiera nervioso, y se acercó al grupo que acababa de desembarcar con paso decidido. Junto a Calícrates también viajaban una veintena de hombres y mujeres en condiciones parecidas a las suyas: eran esclavos de alta categoría. Ahora todos ellos estaban de pie, y aquel hombre delgado e inquieto empezó a examinarlos atentamente.

—Esclavos de categoría, ¡sí señor! Esto sí que se llama un buen lote. —A pesar de que le acompañaban un par de hombres de armas, quedaba claro que hablaba para sí mismo—. ¡Y veo que habéis llegado en excelentes condiciones!

Mientras decía esto, los inspeccionaba uno a uno igual que si fueran ganado. Cuando se dio por satisfecho, alzó la plancha de bronce en la que

parecía haber una lista con los nombres de todos ellos y se presentó:

—Mi nombre es Arrius Pústula, y soy cuestor. Mi trabajo consiste en sacar el mejor precio posible por todos vosotros. Ahora voy a pasar lista. Quiero comprobar si estáis todos y si los datos que están aquí anotados son correctos.

Acto seguido, fue diciendo nombres, edad, origen y talento u ocupación de cada esclavo.

—Calícrates, veinticinco años, griego… Eres arquitecto. ¿Quién de vosotros es ese tal Calícrates? —levantó la vista del bronce.

—Soy yo —respondió Calícrates de forma escueta, dando un paso hacia Arrius.

El cuestor superó el espacio que los separaba y le palpó los hombros y la espalda. Por su rostro, parecía satisfecho.

—Tú eres un caso especial. A menos que un hombre muy rico necesite un arquitecto, va a ser difícil sacar lo que vales. Eres un tipo con suerte, seguro que Fortuna te ampara, pues a pesar de lo que hayas hecho te ha traído aquí, a la cuna del Imperio.

Calícrates no dijo nada. Aquel hombre movía la cara de un modo extraño, como si fuera incapaz de dominar sus emociones.

Sus hombres les colocaron un cordel de cuero alrededor del cuello a modo de cadena, en la que colgaba una placa de madera, y Arrius anotó en ella el nombre, el origen, la edad y las virtudes de cada uno de los esclavos. Los defectos, si los hubiera, no se anotaban allí. Era un requisito del sistema esclavista y una ventaja para los vendedores.

Al ser esclavos de alto nivel, no se los humillaría con la desnudez pública. Al fin y al cabo, más que el buen estado de sus cuerpos se les exigía una excelente salud de sus mentes. El propio sistema establecía que el vendedor debía ofrecer otro esclavo de idéntica categoría si el primero moría durante los seis meses posteriores a su venta.

Educación, contabilidad, medicina o arquitectura. Esos eran algunos de los oficios de la mayoría de los integrantes de aquel lote. Esclavos de alto nivel que supondrían precios muy caros y grandes beneficios para los intermediarios. Todos fueron sometidos a un riguroso examen previo. Dientes, extremidades, músculos… Era preciso descartar imperfecciones o enfermedades. Después, preguntas de todo tipo sirvieron para certificar la valía de sus oficios.

Y una vez superado ese examen previo, fueron conducidos en un carro hasta la propia Roma. El trayecto duró apenas cuatro horas. Era media tarde

cuando cruzaban la Porta Flumentana.

Calícrates se había pasado todo el viaje observando algunos detalles de la arquitectura romana. Sobria, siempre, y con un cierto atisbo de elegancia en alguna ocasión. Desde la lejanía, el arquitecto apenas podía valorar otra cosa más que estructuras y algún que otro detalle en la distribución.

Ahora, a punto ya de entrar en Roma, tenía un nudo en el estómago. No solo por la magnificencia de la ciudad de la que todos hablaban y que él no conocía más que por esos comentarios. Ni siquiera estaba nervioso por poder ver todo aquel tropel de arquitecturas que podrían llenarlo de satisfacción y curiosidad durante unas cuantas semanas. No, su estómago protestaba porque pronto sabría cuál sería su destino. Y de él dependerían gran cantidad de cosas; sobre todo, cuándo podría recuperar su antigua vida.

Los hicieron bajar de los carros.

Según les explicó Arrius Pústula, una ley impuesta un siglo atrás prohibía el tráfico rodado en el interior de la ciudad durante las horas diurnas de la jornada. Las calles se habían quedado pequeñas para la multitud que debían encauzar.

Los esclavos fueron atados unos a otros y conducidos hasta el interior de la ciudad. Sin embargo, Calícrates apenas fue consciente de todo aquel proceso, pues todos sus sentidos estaban concentrados en poder ver por sí mismo aquella ciudad que había dominado al mundo y que, según decían, era una verdadera maravilla arquitectónica.

Las murallas de Roma lo defraudaron. Una pátina oscura cubría la mayoría de sillares, que a pesar de todo estaban bien cortados y perfectamente alineados. Aun así, podían tener más de trescientos años, y se veían algo viejos y sin gracia alguna en su diseño. La ciudad, además, había traspasado los límites impuestos por aquellas estructuras defensivas, y Calícrates estaba convencido de que, debido a la poca utilidad y a la molestia que podían significar aquellas murallas, pronto las derribarían.

Y las primeras calles lo defraudaron aún más. Había muchas casas con el techo aún de heno o de madera, aunque también había muchas con tejas. Por otro lado, apenas se entreveía una planimetría lógica; parecía que quien había dictaminado aquella estructura hubiera bebido demasiado vino sin aguar. Aquello era un verdadero sinsentido.

Por lo que había visto en ciudades romanas de nuevo cuño, la planimetría impuesta era rigurosa y muy metódica. Se copiaba la misma estructura de un campamento militar. En el centro se dejaba un rectángulo vacío; aquello que para los griegos era el ágora y el foro para los romanos. Y a partir de esa

plaza, dos ejes transversales la cortaban en cuatro partes; eran las dos calles principales: el *cardus* y el *decumanos*. Esas dos vías serían las que dictaminarían el resto del trazado, pues las siguientes calles serían paralelas o transversales a ellas. Y siempre cortándose en ángulos de noventa grados, en una cuadrícula perfecta.

Calícrates era consciente de que en ciudades muy antiguas resultaba imposible adoptar una planimetría de este tipo. La propia Atenas era un buen ejemplo de carencia de una estructura lógica.

Fuera como fuera, por el momento Roma lo estaba defraudando.

Sin embargo, Calícrates sabía bien que no debía precipitarse en sus juicios. Tal vez aquel primer barrio que atravesaban ahora fuera el más pobre, y después encontrase las maravillas que todo el mundo afirmaba que poseía la ciudad que dominaba el mundo.

La calle que estaban siguiendo disponía de un pavimento en condiciones; las aceras permitían la libre circulación de los peatones, y la calzada por la que circulaban los vehículos y la mayoría de gente se había acondicionado con unas gruesas placas de una piedra sin cortar. Aunque, viendo otras calles transversales de tierra, pensó que la zona por la que pasaban en absoluto era un barrio marginal. De hecho, era una de las entradas principales de Roma; desde el oeste y el sur, era el acceso más usado, según pudo saber más adelante.

El denso tránsito de personas impedía que avanzaran con celeridad. Los dos guardias que acompañaban a Arrius se colocaron delante y detrás, respectivamente; ellos se encargaban de abrir paso a gritos o a golpes de bastón, si era necesario.

Circulando a pie era difícil observar los edificios y la planimetría con el detalle que él hubiera querido; las cabezas de los otros transeúntes le impedían ver más allá; además, él tampoco era muy alto. Caminando de puntillas, Calícrates observó que aquella calle no era totalmente recta; trazaba una ligera curva en su parte central, para volver después al mismo trayecto.

A medida que penetraban más y más en la ciudad, se dio cuenta que las casas eran de mayor calidad. Ahora todas lucían hermosos tejados de tejas de barro cocido. También se había fijado en que, en un intento por embellecer las fachadas, se habían adornado con el llamado *opus reticulatum*, unos pequeños bloques de forma piramidal y base cuadrangular que se insertaban en el conglomerado de cemento que previamente se había dispuesto. Aquel procedimiento conseguía un efecto curioso: toda una retícula se extendía a lo largo de la fachada. «Al menos no es tan soso como la piedra sin labrar»,

pensó. Por fin podía valorar aquellos acabados en persona, y no a partir de las burdas copias que abundaban en las distintas provincias, en un intento de imitar la moda que marcaba la capital.

También vio alguna casa hecha enteramente de ladrillos cocidos. Normalmente, las distintas culturas del mundo conocido usaban el tapial o los adobes para la construcción de las casas particulares. En los edificios públicos, en cambio, se buscaba obtener la máxima ostentación, por lo tanto, la piedra —en forma de mármol o de bloques bien labrados y elegantes— o el ladrillo eran los elementos más usados. El procedimiento de hornear las piezas de arcilla, que previamente se había amasado con paja, encarecía aquellos elementos constructivos hasta el punto de que solo el Estado o un ciudadano muy pudiente era capaz de pagar su precio. La proliferación de casas particulares con ladrillos demostraba, sin duda alguna, la magnificencia de una ciudad como Roma.

Calícrates ansiaba contemplar el centro de la urbe; allí donde el gobierno romano mostraba su ostentación y generosidad hacia sus súbditos. Aunque para llegar a esa zona aún les faltaba un buen trecho.

En aquella parte de la ciudad, diversas casas estaban siendo reparadas, reconstruidas o levantadas de nuevo. Los incendios estaban a la orden del día, y no había ciudad en el mundo que fuera capaz de eludir la contrariedad que suponía ver cómo las llamas consumían los propios hogares. El arquitecto griego había pensado en ello en infinidad de ocasiones, y no halló solución alguna. El mismo fuego que calentaba o iluminaba las estancias, o que servía para cocinar, podía escapar al control y esparcirse como la más cruel de las enfermedades.

Los andamios se erigían como frágiles muros allí donde los operarios se afanaban en levantar la nueva edificación. Los que se empotraban sobre los propios muros eran los mejores: más estables y, por tanto, más adecuados para asegurar la integridad de la gente que trabajaba en la obra. Aunque tenían como inconveniente que después quedaban los agujeros en el muro, un arquitecto con buen gusto sabía disimularlos.

Calícrates observó varias situaciones que no le gustaron. Se lamentó en silencio, pero no pudo evitar chasquear la lengua en un par de ocasiones cuando vio a varios esclavos trabajando en una posición peligrosa. Aun así, lo que más le molestó fue confirmar que los arquitectos romanos siempre buscaban la sobriedad y la eficacia en la construcción, antes que la belleza o la armonía entre sus partes.

La comitiva fue avanzando por aquella larga calle hasta que un atasco la obligó a detenerse; por lo que podía ver desde su posición, el eje de un carro dedicado al transporte de madera se había roto, y el vehículo estaba inclinado en medio de la calzada, con toda la carga esparcida en medio de la calle.

—Pero ¿no estaba prohibido el tráfico rodado durante las horas del día? —Calícrates no lo dijo en voz alta, pero Arrius pudo oír su comentario perfectamente.

—Por supuesto, toda prohibición conlleva el beneficio de la compra del privilegio para superar esa restricción —replicó con una sonrisa irónica.

El arquitecto se sorprendió del buen trato que aquel hombre les dispensaba. No era normal.

De hecho, los esclavos estaban considerados como meras herramientas parlantes. Y a una herramienta no se le dan explicaciones de nada. Se la usa y punto.

«Tal vez se deba a la calidad del cargamento —pensó Calícrates—. Querrá que luzcamos nuestras mejores sonrisas en el momento de la venta. Eso le dará mayores beneficios».

En aquel punto, se encontraron con unos guardias que se encargaban de regular el orden del *cursus publicus*, y el grupo de esclavos tuvo que esperar su turno. Para poder observar mejor, Calícrates subió a la acera. Desde allí, la vista era mucho mejor. La gente circulaba en múltiples direcciones, concentrada en sus tareas particulares. El gentío era impresionante, y a pesar de no ser un día especial y de que aquella no era una de las avenidas más importantes, estaba claro que Roma era una ciudad muy populosa y que sufría por ello. Los guardias daban paso alternativo a uno u otro sentido, y poco después la comitiva de Calícrates comenzó a moverse.

El arquitecto volvió a bajar a la calzada.

Un trecho más adelante la calle se terminaba, y por la estructura de los edificios quedaba claro que estaban acercándose al centro neurálgico de la ciudad.

A su izquierda se levantaba una colina en la que se habían erigido una serie de templos; uno de ellos destacaba sobre los demás por su tamaño. La armonía de aquel templo mayor hizo fruncir el ceño al griego: los ángulos que formaban la estructura externa del techo eran excesivamente cerrados y, por el contrario, el que marcaba el justo centro del edificio y su parte más alta era demasiado abierto. Era algo muy típico de todas las construcciones latinas —heredado de sus antepasados etruscos— y, en opinión de Calícrates, afeaba el edificio en demasía.

Antes de llegar a su altura, el heleno pudo distinguir la parte trasera de los edificios que se encaraban a ese centro neurálgico; edificios públicos, llenos de columnas, con techos adintelados y estructuras racionales que buscaban la plena armonía entre sus partes. Esos edificios se levantaban como gigantescas cajas rectangulares, llenas de brillo por los mármoles que adornaban sus partes más externas, cuyo contraste con el vulgar ladrillo era notorio.

Tras dejar atrás una diminuta callejuela —apenas un paso entre dos augustos edificios—, el grupo llegó a un amplio espacio: el Forum Magnum.

El semblante de Calícrates se iluminó: aquello era edilicia pura.

El blanco más brillante casi le deslumbró. El pavimento y los edificios estaban construidos con mármoles muy blancos y puros; sin apenas vetas. Quedaba claro que la intención era impresionar al recién llegado.

Y con Calícrates había surgido efecto.

Como si fuera un bosque, las columnas constituían el elemento predominante de aquella espectacular ágora, como la llamó el heleno. Todos los edificios que cerraban aquel espacio abierto podían considerarse de utilidad pública, y por tanto se habían construido buscando la máxima belleza posible. El mármol, las esculturas y la proporción se arremolinaban formando un caos ordenado. Probablemente, cada Princeps y el propio Senado habían levantado allí sus propios edificios, buscando ser el más destacado en cada momento. Estaba claro que su intención no había sido buscar la integridad en el espacio, sino solo la suntuosidad y la magnificencia.

El Foro constituía el verdadero corazón de Roma. Allí se comerciaba y se negociaba. La prostitución y la religión tenían su propio apartado, al igual que la administración de justicia. Algunos habían conferido a aquel espacio abierto el título de hogar comunal, y como tal era el sitio más visitado de la ciudad, y también el lugar en que la propaganda de quien dirigía los destinos de la ciudad y de todas las provincias impactaba con más fuerza en los ciudadanos de la urbe. En las últimas décadas, durante los tiempos de Julio César y Augusto, se habían construido dos foros más, ambos al norte del actual Forum Magnum. Aun siendo más modernos y con elementos decorativos más lujosos, el Magnum seguía siendo el verdadero ombligo de la ciudad.

Aunque el Foro era de todos y allí se podía hacer de todo, cada zona, espacio y rincón, amparados por la costumbre, tenían sus propias funciones. La venta de esclavos, por ejemplo, se efectuaba en las cercanías de la Vía Sacra, la calle principal de Roma que cruzaba el Foro por su parte más meridional; de esta forma, quien quería comprar esclavos ya sabía el lugar

exacto al que dirigirse. Aunque no solo en el Foro se vendían esclavos. El Campo de Marte era quizá la zona con más renombre y donde las subastas eran más multitudinarias. También se comerciaba en otras calles no tan populosas, con servicios más delicados y que pedían la máxima discreción.

Dos enormes edificios acotaban aquel centro, por el norte y por el sur: las basílicas Iulia y Aemilia. Las fachadas que miraban al Foro estaban llenas de columnas.

Y hasta seis templos, según pudo contar Calícrates, se erigían alrededor de aquel espacio público. Aun sin ser tan exagerados como el de la colina que se levantaba muy cerca de allí, todos tenían esa esencia etrusca tan alejada de las bellas formas helenas. Todos excepto uno, de planta circular, situado algo alejado del Foro pero bien visible, con un techo cónico del que emergía humo de manera continua.

Antes de llegar a la zona del Foro propiamente dicha, los esclavos se detuvieron. Arrius los situó en hilera —uno al lado de otro— y les echó un último vistazo. Arregló, de manera burda, cabellos, ropas y posturas. Cuando estuvo satisfecho, dio de nuevo la orden de marcha.

Caminaron hasta llegar a la Basílica Iulia, junto al Templo de Saturno. Allí los esperaba otro personaje peculiar.

Arrius estrechó las manos de aquel hombre, y este lo recibió con una espléndida sonrisa. Era Vernius Abito, el *praeco*, el conductor de la subasta.

—Vamos a sacar muy buen precio por ellos —comentó Arrius—. Son unos ejemplares magníficos.

Abito observó a los recién llegados como quien examina una pequeña reata de bueyes, y asintió satisfecho al tiempo que apretaba los labios con fuerza.

—Este griego, sin embargo, puede suponer un problema… Es arquitecto —le dijo Arrius señalando a Calícrates.

—No va a serlo, casi lo tengo arreglado. Parece como si el propio Júpiter se hubiera encargado de todo —contestó Abito de forma lacónica.

Arrius lo miró pero no le preguntó nada. Calícrates no entendía muy bien de qué iba todo aquello, aunque por el silencio y la mirada de Arrius dedujo que tenía plena confianza en el *praeco*.

—Mira, tu salvación… —le dijo Abito señalando más allá del otro extremo del Foro.

Un grupo de cinco personas se acercaban a buen paso. Incluso desde aquella distancia podía distinguirse perfectamente que uno de ellos era una mujer y que otro lucía la toga senatorial.

—¿Es Cayo Severo? —preguntó Arrius.

—Tienes buena vista… —respondió con una sonrisa el *praeco*.

—¿Quién es la mujer que lo sigue? No sabía que tuviera concubina o que se hubiese casado de nuevo, lo tenía por un hombre más bien púdico.

Abito avanzó un paso, como intentando ver mejor, y después negó con la cabeza.

—No la conozco… —dijo finalmente.

A apenas dos o tres pasos tras ellos, Calícrates era bien consciente de todo lo que ocurría, y observó con detenimiento a los romanos que caminaban hacia ellos. Al frente, caminaba un hombre mayor con la toga *praetexta*, blanca con el borde púrpura. Aquel era un claro indicativo de la dignidad del romano que la portaba: era un senador. Además, pensó Calícrates, aun sin haber llevado esa toga aquel hombre hubiera parecido alguien muy digno y distinguido. Su elegante prestancia era más que evidente.

Al lado del senador caminaba una mujer. Por su forma de moverse no parecía de la misma clase y dignidad, pero sus ropas, joyas y peinado indicaban lo contrario. Hablaban entre ellos con mucha educación, y por el espacio que dejaban entre ellos y la manera de comunicarse quedaba claro que no eran marido y mujer. Calícrates sabía bien qué le ocurría a una pareja por culpa del matrimonio.

Los seguían tres esclavos; dos eran altos y fuertes, y el tercero parecía más bien un administrador, a juzgar por su porte y avispada forma de mirar.

El arquitecto apenas tuvo tiempo de pensar nada más, porque el grupo había llegado ya hasta ellos.

—¡Senador Cayo Severo! Su visita es toda una sorpresa —comentó Arrius al tiempo que sonreía y alargaba su mano.

El recién llegado estrechó la mano del cuestor y sonrió lacónicamente, sin mucha simpatía.

—Gracias, cuestor —después miró a Abito—. Espero que hayas cumplido con tu palabra. ¿Cuál de ellos es?

Abito fue hasta Calícrates y, cogiéndolo por el brazo, lo llevó hasta el senador.

—¿Seguro que es arquitecto? ¿Y griego?

—Pregúntele a él; habla latín perfectamente.

A pesar de que cada cual conservaba el idioma de su lugar de origen, el latín se había convertido en la lengua hablada por la mayoría de nativos de las provincias conquistadas por Roma.

Cayo Severo se acercó hasta Calícrates.

—¿Y bien? ¿Eres griego?

—Sí, soy heleno, *domine*.

Por su acento, estaba claro que era extranjero. Habló sin alzar la voz, mostrando una actitud firme pero nada desafiante. Los nacidos en las polis de aquella montañosa península se consideraban helenos porque pertenecían a la Hélade, el conglomerado de polis que compartían idioma, cultura y costumbres. En cambio, para los latinos, y sobre todo para los romanos, eran simplemente griegos, *graecci* en su forma más primitiva.

—¿Y eres arquitecto?

Calícrates afirmó con la cabeza, pero no dijo nada.

—¿Qué delito cometiste? ¿Por qué eres esclavo?

—Me estafaron y debo pagar mi deuda, al igual que mis hijas. En cuanto haya satisfecho lo que debo, regresaré a mi tierra.

Aquel anciano lo miraba fijamente con sus pequeños ojos, analizando cada respuesta y cada gesto.

—Tengo que restaurar una villa rural, y necesito a un hombre que tenga gusto por lo griego y tenga conocimientos de arquitectura.

—Los romanos no buscáis siempre la belleza —miró a la lejanía, con cierta tristeza en sus ojos, casi melancólico—. Preferís la sobriedad y la mezcla. Únicamente buscáis la belleza para la ostentación.

—¿Y cuál es el fin de la belleza? —preguntó la mujer que acompañaba al senador.

Ahora Calícrates podía verla bien. Era joven, de más o menos su misma edad, unos veinticinco años.

—Una fachada de mármol no hace que un edificio sea más bello; solo consigue que brille más y que oculte las virtudes, o los defectos, de su arquitectura. La verdadera belleza nace del conjunto que ofrecen todas y cada una de las partes que componen el edificio. Es como… —intimidado e incómodo por su condición de esclavo, Calícrates no se atrevía a expresarse con libertad.

—¿Es como qué? —le conminó Cayo Severo.

—Dada mi condición de esclavo, creo que no me está permitido decir según qué cosas.

La mujer redujo la distancia entre ambos a solo dos pasos.

—No temas, yo fui esclava hasta hace poco. Di lo que piensas, te lo ruego.

Calícrates se sintió algo azorado y miró al suelo. Las losas del pavimento le parecieron extrañamente bellas.

—Me refería a vos, *domina* —le habló como lo haría un esclavo a su dueña—, no tenéis… No tenéis ningún rasgo particularmente hermoso. Vuestra nariz, ojos, labios y pómulos podrían calificarse de normales, nada llamativos. En cambio, en conjunto, forman un hermoso rostro, lleno de armonía y belleza.

La mujer sonrió ante aquel comentario. Sus labios y sus ojos mostraron una gran satisfacción por la respuesta del griego. De manera inconsciente, ladeó la cabeza de forma tierna.

Calícrates se dio cuenta de que el anciano senador también sonreía.

—Bien, creo que servirá para mis propósitos —comentó Cayo Severo a Abito—. Falta discutir el precio…

—Ya has visto que es un hombre inteligente y honesto —dijo Arrius—. Un griego de pura cepa, capaz de remodelar tu casa con toda la belleza que desees.

Calícrates entendió que había llegado el momento de regatear.

—¿Y bien? —preguntó Cayo.

—Tiene una deuda que satisfacer, de modo que dispondrás de sus servicios durante diez años. Después recuperará la libertad, a menos que antes pueda devolverte la suma que ahora pagues por él.

—No me des lecciones, Arrius. Conozco el procedimiento mejor que tú. Solo necesito saber el precio.

—Setenta mil denarios —repuso Abito con rapidez.

Cayo anduvo un par de pasos en dirección al heleno, dejando a Arrio y al *praeco* a sus espaldas.

—Tu deuda debe de ascender a treinta y cinco mil, puede que menos —dijo Cayo mirando a Calícrates—. Y estos dos quieren enriquecerse a tu costa. Así funciona el mundo romano; el dinero todo lo vale: tanto tienes, tanto vales.

El arquitecto sonrió ante aquella crítica que él mismo habría formulado sin apenas ningún rubor.

—Vas a llevarte un esclavo extraordinario —dijo Arrius, situado de nuevo junto a Cayo—. Incluso podrás ganar dinero con él, su arte está muy buscado. Y más en estos tiempos que corren.

—Mira, cuestor —comenzó a decir Cayo muy serio—, si vamos ante un tribuno con esta cuestión, ambos vamos a salir perdiendo. Tú acabarás sin nada más allá de tu legal y exiguo porcentaje, al igual que tú, Abito —añadió mirando al *praeco*—. Y yo perderé mi tiempo, aunque me ahorraré una buena

suma pues, aparte de la deuda con el Estado de Roma, únicamente deberé abonar vuestros dispendios.

»Sin embargo, estoy dispuesto a darte cuarenta y cinco mil denarios por él. Ganaréis casi cinco mil denarios cada uno; una cifra estupenda para una operación tan fácil y sencilla como esta: no todos los días seréis capaces de ganar tanto.

Calícrates observaba a aquel anciano. El hombre tenía una voz firme, y por sus gestos quedaba claro que su dignidad iba más allá del uso de la toga *praetexta*. También miró a la mujer. Ella observaba atentamente aquel regateo, como si estuviera aprendiendo o quisiera analizarlo todo muy a fondo.

Arrius se había puesto de malhumor, al igual que Abito, aunque el *praeco* parecía claramente enfadado.

—Me has engañado, Cayo —le comentó Abito—. Dijiste claramente que no te importaba pagar un buen precio a cambio de un buen ejemplar. Creo que queda claro que el ejemplar es de excelente calidad.

Cayo Severo avanzó un par de pasos hasta situarse a menos de un palmo del *praeco*.

—No te he engañado, Vernius Abito. Pagaré un buen precio por él. No pretendas dar lecciones de honestidad cuando pretendías estafarme claramente. Podría denunciaros a los dos por estafa. Y os aseguro que, por mi posición, me aseguraría de que el juicio fuera totalmente justo —la voz de Cayo sonó dura y carente de suavidad alguna.

Abito dio un paso atrás. Tenía los puños cerrados con fuerza, y casi parecía estar a punto de saltar sobre aquel anciano, por muy senador que fuera.

—Tal vez… —intervino la mujer—, tal vez podríamos añadir tres esclavos más y llegar a la cifra de setenta mil denarios. Podrían ser esclavos sin ninguna calificación especial.

Calícrates miró al senador. Este sonrió ante la respuesta de la mujer, ciertamente complacido.

—¡Hecho! —exclamó Arrius—. El griego y tres más por setenta mil.

El cuestor miró al *praeco* y le calmó con la mirada. Evidentemente, era un buen trato para todos.

—Yo pagaré la diferencia, Cayo —dijo la mujer—, no te preocupes.

—Aprendes demasiado deprisa, Claudia —respondió en un tono lleno de cariño el senador.

Calícrates no entendía bien a qué obedecía el comentario de aquel anciano; supuso que entre ellos habría alguna especie de juego.

Poco después, montado al fin en un carro, Calícrates abandonaba Roma. Salieron por la Porta Capena, a través de la vía Apia, y la dirección tomada en esta ocasión fue el sur, hacia Pompeya.

Muchas de sus incertidumbres habían quedado atrás. Ahora ya era propiedad de alguien; su cuenta con Roma estaba saldada, y solo se debía a su propietario. Diez años de servicio bastarían para conseguir su libertad.

Viajaban en dos carros. En el primero, mucho más lujoso, iban los señores con sus acompañantes. En el de detrás, Calícrates y los otros tres esclavos que habían completado el lote. El joven heleno sonreía. Un par de miradas de aquella mujer que el senador Cayo Severo había llamado Claudia le hicieron sentir bien. No eran miradas de desafío, ni de pertenencia, ni de superioridad. Destilaban amistad y calidez por los cuatro costados.

Capítulo IV

LUCIO LICINIO SURA

Hombre rico, hombre pobre

Residencia Sura, Roma
Finales de verano del año 70 d. C.

Como toda casa perteneciente a un senador de alto linaje, el atrio de la residencia de los Sura estaba repleto de gente. Clientes, en su mayoría, y algunos acompañantes.

Clientes que, en el término más apropiado de la costumbre romana, eran individuos que estaban bajo el amparo de su patrón. Este último debía *fides* (lealtad y confianza) a su cliente, y el cliente a su patrón, *pietas* (devoción).

El patrón necesitaba de sus clientes para mantener su prestigio; cuantos más clientes, más elevada era la influencia del patrón. El cliente, por su parte, recibía protección y ayuda económica.

Una institución creada en tiempos del mismísimo Rómulo que iba más allá de la política o del Estado: el patrón consultaba los designios y hacía ofrendas a los lares para todo aquello que pudiera afectar a sus protegidos.

Como era costumbre, cada mañana el patrón se debía a sus clientes en la ceremonia llamada Salutatio Matutina; un intercambio de bendiciones y una habitual solicitud de ayuda de algún tipo por parte del cliente.

Sestercios, comida, ropa y consejo legal eran las peticiones más frecuentes. Aunque, de vez en cuando, había solicitudes que demandaban una negociación.

—¿Y me dices que necesitas quinientos sestercios para la boda de tu hijo? Como comprenderás, necesito saber más detalles de estos esponsales. —Lucio Licinio Sura, el patrón, miraba a Marco Crato, su cliente, con una ceja levantada y una clara expresión de molestia en el rostro.

—Mi hijo se ha encaprichado de la hija de un comerciante muy rico de Neapolis. Mi futuro consuegro me ha comunicado que, para aceptar la boda,

debo sufragar la mitad de los gastos del convite; y me ha señalado que necesitaré esa cantidad: quinientos sestercios.

Lucio se acariciaba la barbilla mientras su mente buscaba una solución. Encontrar el punto medio entre la ayuda y el abuso era siempre lo más complicado. El *atrium* estaba repleto de gente a la espera de formular nuevas peticiones. No convenía mostrarse excesivamente duro, pero ofrecer una imagen de debilidad aún era peor.

—Este es un tema demasiado serio como para dejar que los hombres decidan; que sean los dioses quienes nos digan qué debemos hacer. Vuelve en una semana y te daré la solución.

Marco no pareció muy satisfecho. Debía aceptar la palabra de su patrón y seguir su consejo; esa era la costumbre y lo que se esperaba de él.

Un leve suspiro, en cuanto Marco se alejó, fue la única muestra del alivio de Lucio. En realidad, aquella solución solo había sido una forma de salir adelante, una escapatoria provisional, con la esperanza de encontrar pronto una solución al tema que le tenía preocupado en extremo.

Estaba casi arruinado.

Los Sura eran aristócratas de origen provincial. Originarios de Hispania, los padres de Lucio consiguieron sumar —al casarse— la cantidad de un millón de sestercios. Con ello, tras la ley que impuso el divino Augusto, el padre de Lucio se convirtió en senador de Roma. Al morir el padre, naturalmente la fortuna y el cargo pasaron a su hijo.

Entre padres e hijos se había establecido una costumbre: el padre debía transmitir su fortuna al hijo y este, a cambio, debía engrandecer la fortuna heredada y transmitirla en mayor cuantía al próximo heredero. Pero en estos últimos años el patrimonio de Sura había menguado de forma importante.

Como senadores, debían su fortuna a las rentas que les ofrecían sus tierras e inversiones. El comercio o el trabajo eran considerados indignos a su condición.

Y en los últimos tiempos las enormes fincas de los Sura habían sufrido casi todas las penalidades imaginables. Dos terremotos, sequías, lluvias torrenciales, incendios y hasta una pequeña revuelta de esclavos que arruinó lo poco que ofrecía buenos beneficios. Como si los dioses quisieran castigarles por alguna falta desconocida, las rentas que percibía Lucio apenas eran suficientes para mantener al ingente número de clientes que daba prestigio a su casa.

De continuar mucho tiempo así, tendría que despedir a la mayoría de clientes. Y ello le ocasionaría una gran deshonra que sería imposible de

recuperar hasta muchas generaciones después.

Hacía solo un año que había regresado a Roma, tras una magistratura en Acaya como censor. Antes, dos años en el ejército le habían servido para situarse al lado de Vespasiano; el vencedor en el conflicto civil que asoló Roma durante aquellos largos meses.

Recuperar el tiempo perdido e incrementar su influencia política eran sus objetivos a corto plazo. Con su familia en Hispania y su padre fallecido, Lucio Sura —como prefería que lo llamaran, saltándose la moda de los tres nombres— era un senador de mediana edad bien situado en Roma y con un brillante presente y un mejor futuro.

Pero antes debía arreglar el tema de sus finanzas. El liberto de confianza que llevaba sus cuentas no dejaba de repetírselo una y otra vez: los dispendios eran muy superiores a los ingresos. La situación no era del todo crítica, pero, de no cambiar uno de ambos valores, en los próximos meses la coyuntura económica sería de extrema gravedad.

Tenía que encontrar una solución.

Hasta la hora *tertia* no se libró de los últimos clientes que atestaban el atrio de la *domus* Sura. Era costumbre que los clientes sin nada especial que solicitar acompañaran durante todo el día al patrón allá adonde fuera. En determinadas situaciones, era importante hacer una entrada pública con cientos de acompañantes. Pero en otras, cuando la discreción era necesaria, solo los sestercios eran capaces de dejar solo al patrón.

Y ahora llegaba el momento de la máxima discreción.

El barrio más oscuro de Roma era el de la Subura. Situado al norte de la ciudad, entre las colinas de Viminal y Esquilino, y cercado por el Argiletum y la zona de los foros, era un área ruidosa y sucia, con calles angostas y poco iluminadas de día, y oscuras y temibles de noche. Allí se concentraban las personas de clase más baja de la ciudad; desde comercios a artesanos, pasando por criminales, pobres y prostitutas. Pero también era el lugar idóneo para que gentes de cualquier clase social con negocios turbios pudieran tratarlos de manera muy discreta.

Una sucia taberna situada en la calle más alejada del centro neurálgico de la Subura era el lugar donde Lucio Sura tenía su cita.

En cuanto traspasó el umbral, un fuerte olor a suciedad, sudor, vino y humedad inundó su nariz de manera contundente. Su cara mostró un mohín de asco, y su mano derecha buscó contener la reacción en la boca del estómago.

La oscuridad del local le impidió distinguir realidades de sombras. Apenas los perfiles de muebles e individuos, pero sin rasgos claros o perfiles nítidos.

Poco a poco, sus ojos se adaptaron a la poca luz, y rasgos y perfiles adquirieron mayor solidez visual.

El nerviosismo de las llamas de una decena de candiles hacía que el juego de luces y sombras fuera aún más confuso. Los portones cerrados de los dos únicos ventanucos impedían la honestidad de la luz diurna. Un mostrador, justo enfrente de la puerta de entrada, era lo más visible. Los cuatro candiles que había sobre la barra buscaban reclamar la atención de los consumidores. Dispersas entre la sala, tres de las ocho mesas, con las respectivas sillas, aguantaban los sinsabores de clientes de baja condición social.

—¡Cierra la puerta, imbécil! —Un grito desde uno de los rincones le alertó de que no llevaba distinción alguna sobre su condición de senador. A pesar del insulto, sonrió y cerró la puerta a su espalda.

Avanzó un par de pasos hasta hallar al hombre que buscaba. En el mismo rincón del que había surgido el grito unos momentos antes, junto a una mesa, se hallaba sentado quien estaba esperándole.

—Te habrás quedado a gusto —dijo Lucio mientras se sentaba junto al otro individuo.

Quinto Gabino Paulus sonreía mientras observaba a Lucio sentándose a su derecha. Patricio de Roma y senador, como el recién llegado, tampoco lucía los distintivos de la más alta clase social romana.

—No siempre se puede llamar imbécil a un Sura en público y poder sonreír después.

Lucio no pudo menos que asentir con un suave gesto. De un modo u otro, su prestigio estaba empezando a decaer aun cuando estuviera buscando lo contrario.

—Y si me has citado aquí es que la situación es realmente compleja, y un simple insulto no alterará tu estado de ánimo —acabó Gabino.

—Es lo bueno de la clase senatorial: nuestra inteligencia nos ahorra explicaciones y nos deja más tiempo para los temas importantes.

—Y te dejas lo mejor. Nos protege de fáciles halagos que podrían apartarnos de nuestra propia verdad.

Lucio hizo un gesto de aceptación con la cabeza. No era nada fácil convencer a un senador solo con palabras.

—La verdad, Gabino, es que, aunque en el pasado nuestras familias hayan tenido grandes diferencias, ha habido ocasiones en que la unión de nuestras fuerzas ha salvado a más de un cónsul.

Lucio hablaba buscando demostrar a su interlocutor firmeza y tranquilidad a partes iguales. Observaba a Gabino, pero de forma intermitente; la manera

justa para no parecer demasiado ansioso, pero mostrando interés en su interlocutor.

Una mirada de Gabino le dejó claro que allí no había rodeos posibles. Directo y al tema.

—Tengo un gran negocio entre manos. Una oportunidad única de multiplicar por diez los beneficios iniciales…

—Y necesitas inversores.

Lucio afirmó con un firme movimiento de cabeza, mirando a Gabino con idéntica firmeza.

—Nunca creí que un Sura tendría necesidad de buscar sestercios como un plebeyo.

Y en este punto apareció uno de los grandes talentos de Lucio.

Hizo un gesto casi imperceptible. Apenas un movimiento de cabeza fue suficiente para convencer a Gabino de una realidad totalmente ficticia.

—Entiendo, es un asunto de legalidad dudosa y no quieres arriesgar tu patrimonio. Muy típico de los Sura. ¿Y qué esperas de mí? ¿Que me juegue el cuello por ti?

—No. Necesito nombres de senadores con problemas financieros.

—Eso lo sabes tan bien como yo mismo. O mejor, incluso.

—Tienes razón al suponer que tengo información fidedigna sobre la mayoría de miembros del Senado. Pero no es a ellos a quienes necesito para mis negocios. Busco a patricios provinciales, a plebeyos ricos pero faltos de liquidez. Gente enriquecida dispuesta a enriquecerse aún más.

Gabino levantó la barbilla, en un claro gesto de haber entendido la idea de Lucio.

Capítulo V

CLAUDIA PULCHRA

La flexibilidad del hierro

Villa de Cayo Severo, en los alrededores de Pompeya
Otoño del año 70 d. C.

El color resultante de la labor del otoño en la naturaleza era, en opinión de muchos, el más bello que uno podía vislumbrar. Los que negaban esta opinión formulaban su defensa en la bella policromía de la primavera, producto de su enfervorizado despertar floral. Los primeros alegaban que esos colores primaverales eran demasiado vivos y rasgaban la armonía y la quietud del espíritu, y que esa paz y esa armonía, en cambio, quedaban totalmente salvaguardadas con los tonos cálidos del otoño.

El otoño mediterráneo salpicaba la campiña de marrones, rojos, amarillos, naranjas y algún verde ocasional. Las hojas de árboles caducifolios se secaban y caían, esparciendo esos tonos marrón según fuera el capricho del viento.

Claudia Pulchra, desde su elevada posición en la villa de Cayo Severo, muy cerca de Pompeya, al sur de Roma, disfrutaba de ese otoño como nunca lo había hecho. Aquellos colores, además, se combinaban con absoluta cordialidad con el tono azul del mar. Desde la exedra porticada de la villa la vista era impresionante, y lo invitaba a uno a dejarse llevar por la contemplación y la relajación.

La liberta estaba echada, como lo haría cualquier hombre, en un *kline*. Aunque era un mueble que el decoro había limitado a los individuos de género masculino, cuando estaba sola le encantaba tumbarse en el diván y, desde esa postura tan cómoda, disfrutar de uno de los múltiples placeres que otorgaba la villa.

Claudia estaba convencida de que algún dios se había enamorado de ella y la estaba recompensando de manera generosa. En estos últimos meses, disfrutaba de la vida como si fuera una ciudadana romana de clase patricia.

Desde la defunción de su esposo, Licinio Merula, y una vez superado el duelo por su muerte, todo parecía sonreír a la joven.

Las primeras semanas no fueron nada fáciles. Aunque siempre contó con la desinteresada ayuda de Cayo Severo, la soledad, el desamparo, el miedo a una nueva vida siempre son factores que crean inquietud. Pero ahora, estos últimos días, estaban siendo particularmente deliciosos.

Ahora, allí, en la espléndida terraza de aquella villa y frente a esa policromía que los dioses ofrecían durante el otoño, se dejó llevar por los recuerdos. Su vida parecía fruto del capricho azaroso de los hados del destino.

⁎ ⁎ ⁎

Según le habían contado, había nacido en Britania veinticinco años atrás, el mismo día que el Princeps Tiberio Claudio César Augusto Germánico, conocido simplemente por Claudio, conquistaba las islas. Y desde su nacimiento siempre fue una esclava.

Su madre también había sido una esclava, y murió al dar a luz a la propia Claudia. A los pocos días de nacer, cuando parecía condenada a una muerte prematura, los dioses se posaron sobre aquel inocente bebé.

La esposa de un patricio romano, recién llegada a las islas, perdió a su propia hija durante el parto, y en ese preciso momento fue cuando apareció la diosa Fortuna. Una madre sin hija y una hija sin madre son estructuras familiares tan opuestas que, en el círculo de la vida, cuando están la una junto a la otra no pueden hacer otra cosa más que atraerse.

Y así la niña fue criada casi como la propia hija de la familia de Pontius Lunaris. Con la importante salvedad de que siempre fue una esclava. Jamás le faltó comida y vestido, recibió una buena educación, y tampoco le faltó el cariño. Igualmente, jamás fue mancillada ni tomada por ningún hombre durante todo ese tiempo.

Creció hasta llegar a la edad de los catorce años, y en aquella época fue a vivir con los Lunaris a Roma. Para la familia, fue un regreso largamente esperado y añorado. Desde provincias, la ciudad fundada por Rómulo y Remo se convertía en casi un mito. Las gentes hablaban de la belleza de la urbe con tal pasión que casi parecía más la locura de un sueño que una realidad. La joven Claudia se imaginaba edificios de oro y plata. Con ventanas decoradas con cristales policromados y el sol entrando en las casas con un colorido indescriptible. Se imaginaba a la gente simpática y perfecta, en clara consonancia con aquella ciudad digna de los dioses.

Naturalmente, Roma no era como ella la había imaginado, pero no la defraudó. Vivía como las gentes privilegiadas, rodeada de lujos y con todos los caprichos siempre satisfechos. Una vida cómoda, a pesar de que continuaba siendo una esclava.

Y llegó el verano del año que cumplía los quince. Era ya toda una mujer, y su belleza comenzaba a ser el centro de muchas miradas. Una hermosura que algunos tildaban de clásica y elegante. Aunque ella, en esa época, no supiera si aquella descripción era buena o mala.

Durante aquel verano, Claudia fue vendida al senador Licinio Merula con la condición de que la convirtiera en su esposa. Merula se había quedado viudo unos años atrás, y no había vuelto a casarse. Cuando conoció a la joven Claudia, quedó prendado de su belleza y, a cambio de pagar una fuerte suma para cubrir las deudas de la familia Lunaris, la muchacha cambió de estado. De esclava que gozaba de muchos privilegios pasó a ser una liberta casada con un patricio de la clase senatorial.

A pesar de llevarse casi treinta y cinco años, Claudia podía decir que había sido relativamente feliz con Licinio Merula.

El senador era un hombre caprichoso y tenía sus rarezas, pero jamás la maltrató ni la dejó en evidencia por su pasado de esclava.

Con la muerte de su esposo, y sin hijos, Claudia heredó casi toda su fortuna; el resto, una pequeña parte, pasó al administrador del anciano, Gayo Sabacón.

La muerte de su esposo le dolió, pero la superó muy pronto. Jamás había sentido verdadero amor por aquel hombre anciano. Respeto y amistad, sí. Naturalmente, como esposa cumplía con sus deberes conyugales, y dejó de ser doncella. Aunque esa cuestión apenas tenía relevancia alguna en estos momentos. En cuanto se convirtió en una ciudadana libre y rica, dejó de tener importancia. Como viuda de un prestigioso senador, tenía multitud de puertas abiertas. No todas, por supuesto. Había algunas que permanecerían cerradas para ella durante el resto de su vida. Pero tampoco era una mujer de ambiciones excesivas.

Y lo que realmente ambicionaba no podían pagarlo los denarios…

Un carraspeo la sacó de aquella especie de trance y, al volverse, reconoció de inmediato al recién llegado.

—Calícrates… —dijo en un susurro.

—Discúlpame, *domina*. Busco a Cayo Severo. —Como era habitual en el heleno, se dirigía a ella con mucho respeto y la máxima educación. Llevaba unos papiros enrollados bajo el brazo izquierdo.

Claudia se puso de pie. A pesar de que este era un gesto muy poco habitual en una *domina*, lo hizo por comodidad. No le gustaba hablar con la gente estando echada, y, a pesar de ser una mujer que no tenía problema alguno en romper con ciertas costumbres latinas, su pasado como esclava aún seguía latente y prefería hablar con sus interlocutores en el mismo nivel.

—Cayo Severo ha tenido que salir. ¿Puedo ayudarte en algo? —A pesar del ofrecimiento, Claudia sabía que era poco probable que ella pudiera solucionar nada relacionado con los trabajos que estaba llevando a cabo el griego.

Desde su llegada, el arquitecto se había puesto manos a la obra con la ampliación de la zona sur de la villa. Y los primeros trabajos consistían en dibujar en distintos papiros los planos de aquella ampliación. Antes de dibujarlos, había miles de detalles que debían tenerse en cuenta; detalles relacionados con la funcionalidad, la estructura, la ventilación, el sistema de desagüe y un largo etcétera.

Además, Calícrates había resultado ser un profesional meticuloso, ordenado y previsor, al que no le gustaba dejar nada a la improvisación. Esa actitud gustó en extremo a Cayo Severo; el anciano senador admiraba la belleza de los pequeños detalles, y en eso el griego era un verdadero maestro.

—Es una consulta de carácter técnico. He hecho una modificación, y necesitaba saber su opinión.

—Como te he dicho, no está, pero puedo darte mi opinión.

Calícrates, con sumo cuidado, dejó los papiros enrollados en un banco de piedra situado en el interior de la exedra, bajo cubierto. Claudia observó sus gestos con atención. No parecía en absoluto disgustado por tener que explicarle aquello, pero le sorprendió la delicadeza con que trataba aquellos papiros, como si fueran un verdadero tesoro. El amor que aquel hombre ponía en su trabajo le pareció admirable, y ahora, a pesar de que debía saber que aquella charla apenas serviría de nada, el griego parecía estar lleno de paciencia y buen hacer.

—Verás, *domina*. Como sabes, la idea es construir un doble pórtico. Una hilera de diez columnas dividirá el pórtico. Con Cayo hablamos de construir, de forma paralela a esa hilera de columnas, una arcada con doce arcos en la fachada. Y yo me preguntaba…

—¿Si sería mejor poner columnas también en el exterior?

Calícrates se quedó con la boca abierta. Por un momento, pareció quedarse petrificado.

Claudia sonrió divertida.

—¿Tanto te sorprende que haya acertado?

Él se sonrojó ante aquel comentario, y ese azoramiento lo devolvió a la realidad, como si hubiera provocado una nueva circulación de la sangre.

—Bueno…, no, claro… En realidad, me refería a…

Claudia rio con toda la franqueza del mundo. De su garganta emanó una carcajada que incluso provocó la sonrisa de Calícrates.

El griego desvió la mirada al suelo y negó con la cabeza. Luego chasqueó la lengua y volvió a mirar a Claudia.

—Perdona mi estupidez.

Ella negó con la cabeza, quitándole importancia al tema.

—¿Estás casado, Calícrates?

—Sí, y mis dos hijas también son esclavas —respondió sin pensar, como si estuviera impulsado por el estallido de un volcán.

—Claro, y tu intención es comprar tu libertad y la de ellas y regresar a tu patria.

El griego se limitó a asentir, mientras mantenía los labios apretados con fuerza.

—Ellas no tenían la culpa de lo ocurrido. Son solo unas niñas, no es justo que hayan acabado así.

—¿Crees que las leyes de Roma no son justas?

Él la miró con inquietud, como si la pregunta tuviera una doble intención. Aunque no dudó ni un momento en su respuesta, pues era lo que creía realmente.

—No digo eso. Me equivoqué y debo pagar por mi error. Y si con ello he de dar los mejores años de mi vida, o mi vida entera, lo haré. Pero no me parece justo que también mis hijas tengan que sufrir por eso. Solo quería decir eso, nada más.

—Entiendo lo que quieres decir, Calícrates. Recuerda que yo también fui esclava. Aunque deberías pensar de manera positiva. La esclavitud, en algunos casos, puede llegar a ser beneficiosa. Imagínate por un momento que han conseguido llegar, juntas, hasta una buena casa. Aprenderán a desenvolverse bien en el mundo romano, serán bien alimentadas y no sufrirán vejación alguna. Tal vez incluso reciban una buena educación y se acaben convirtiendo en unas verdaderas damas romanas.

—No veo ventaja alguna en ello. Con su familia habrían recibido una educación excelente, y por supuesto no les habría faltado la comida. No soy un hombre rico, pero tengo un buen oficio y lo desempeño bien, pongo el máximo interés en ello.

—… A pesar de que ese interés y ese empeño te han conducido hasta la esclavitud.

Él guardó silencio. Levantó el mentón, y la miró con cierta desconfianza.

—Dime qué piensas —ordenó Claudia; a aquel dictamen le faltaba amabilidad y le sobraba potestad.

Como si la brisa se escapara a través de una grieta invisible, o como si de pronto algo se hubiera roto, Calícrates, de manera instintiva, dio un paso atrás. Quedaba claro que ella actuaba como *domina*, y que él no podía cruzar la línea que los separaba.

—No creo que la esclavitud tenga nada de positivo —dijo finalmente el griego.

No era una frase demasiado comprometedora, pero había sido pronunciada con la suficiente firmeza, y tenía la fuerza apropiada para dejar claro que eso era exactamente lo que pensaba.

—Bueno, es más positiva que otros castigos que imposibilitan recuperar la vida que uno había llevado hasta ahora, y que no dejan espacio a la esperanza.

—Hablas de cortar miembros cuando se hurta, supongo. —Aunque no era una práctica usada en Roma, otras culturas orientales seguían usándola—. Pero todo ser humano debería poder enmendar sus errores con la sociedad que le acoge sin que le vaya la vida en ello.

—Ah, buscas la perfección, el ideal…, como siempre haces. Pero nada es perfecto, Calícrates, ni la sociedad en la que vivimos, ni los hombres que la componen. Considero que ese es un comportamiento falto de madurez, casi infantil. El mundo no es así. Está lleno de matices, de imperfecciones. Aprender a enamorarse de esas imperfecciones convierte la vida en algo muy satisfactorio.

Calícrates ladeó la cabeza, y Claudia se dio cuenta de que el griego se refrenaba, como si fuera prisionero de sus propias ideas. Aquel hombre era ciertamente distinto a cuantos había conocido hasta ahora.

Tal vez no hubiera conocido a muchos hombres, pero sí a los suficientes como para conocer bien a los romanos. Y si algo tenía claro era que en Roma los hombres o se dejaban llevar por la ambición política y el deseo de poder, o, simplemente, disfrutaban de los placeres de la vida. Su difunto marido aspiraba a lo primero. Cayo Severo, en cambio, había gozado de lo segundo; y a eso continuaba aspirando, mientras le quedase salud y días para hacerlo.

Calícrates, sin embargo, parecía distinto. Muy distinto.

No había ambición política en él. No aspiraba a mandar legiones, ni a dirigir el destino de un pueblo. Tampoco lo veía como alguien que, de poder

hacerlo, pasaría el resto de su vida en un *kline*, reflexionando sobre el crecimiento de las setas o la forma que tenían las nubes.

Parecía que su única ambición era la perfección, el esmero en el trabajo bien hecho, el disfrute con la planificación y la posterior ejecución. Era un arquitecto por los cuatro costados.

Y en esa definición había un par de aspectos que no encajaban. O al menos eso pensaba ella.

¿Por qué un hombre así se había casado y formado una familia? ¿Tal vez por tradición familiar o social? No es que no pudiera hacerlo, claro que sí, pero un hombre tan entregado a su trabajo es un mal marido y un peor padre. Sin embargo, él parecía obsesionado por el mal que había infligido a sus hijas, y solo buscaba la forma de remediarlo. En cambio, casi nunca hablaba de su esposa, como si en su corazón solo tuvieran cabida las dos pequeñas.

El otro aspecto que no entendía era el rechazo de Calícrates por la esclavitud. Su nueva condición le había permitido entrar al servicio de un hombre como Cayo Severo y, aunque no podía estar segura de ello, Claudia estaba convencida de que el proyecto de ampliación de la villa de Cayo satisfacía mucho más al griego que cualquier otra construcción que hubiera ejecutado siendo un hombre libre. Era casi imposible disfrutar de más libertad creativa de la que le ofrecía el anciano senador.

Y no es que ella estuviera a favor de la esclavitud, ni mucho menos. Pero veía en esa institución aspectos positivos, al menos si uno tenía un poco de suerte y contaba con un buen señor. Todo dependía de quien fuera el dueño, ni más ni menos.

Para la gente de clase muy baja, los pobres o los que lindaban esa fatídica frontera, era una opción más que aceptable. Comida y manutención a cambio de trabajo y servidumbre.

Aquella reflexión apenas ocupó su mente unos instantes, mientras tenía al arquitecto delante.

—No creo que tener esa meta, la perfección, sea algo condenable. Sinceramente, pienso que eso debería ser a lo que todo ser humano, sea hombre o mujer, aspirase en la vida.

Había cierta amargura en aquellas palabras, casi sonaban a reproche. Había hablado como era habitual en él: con frases cortas y bien definidas, tal como se desempeñaba en su trabajo.

Y por su gesto quedaba claro que algo había molestado al griego. Ahora rehuía el contacto con sus ojos, dejando que su mirada se perdiera en la lejanía.

A Claudia le costaba entender a ese hombre. La primera vez que lo había visto en el Foro, quedó cautivada por aquellas palabras que aún resonaban en su mente.

«Vuestros rasgos, en conjunto, forman un hermoso rostro lleno de armonía y belleza».

Jamás le habían dicho nada tan bonito. Naturalmente que había recibido piropos. Era algo a lo que las mujeres más jóvenes estaban acostumbradas. El día que la conoció, su difunto marido mostró su admiración de inmediato, asegurando que su belleza era «clásica y elegante» delante de todos los presentes. Esos fueron exactamente los adjetivos usados: «clásica y elegante». Sin embargo, aun siendo sincero, aquel piropo le pareció vulgar y falto de cualquier originalidad para ser considerado agradable.

En cambio las palabras de Calícrates la inundaron de calor. Por un breve instante, sintió arder su pecho como nunca le había sucedido. Y no fueron solo aquellas palabras. Ciertamente, el atractivo del griego, a ojos de Claudia, era más que notable. Destacaban en él sus ojos y sus labios; los primeros de un tono verdoso y grandes, los segundos carnosos y muy sugerentes.

Durante estas últimas semanas, ella había intentado acercarse a él. No pretendía seducirlo, pero en cuanto tenía ocasión buscaba su conversación o, simplemente, su compañía. Claudia recordaba hasta media docena de conversaciones con él, aunque casi todas en presencia de Cayo. Esta de hoy era la segunda ocasión en que hablaban a solas.

Y, para según qué conversaciones, él parecía tan de mármol como las columnas que tanto adoraba.

Claudia tampoco tenía nada claro qué buscaba ella misma. Cuando accedió a ser *domina*, reflexionó sobre el poder que otorgaba aquel cargo. Con sus esclavos podía hacer lo que quisiera. Sabía incluso de *dominas* que compraban esclavos únicamente con el propósito de complacerlas sexualmente. Estos hombres aceptaban con facilidad los deseos de sus señoras, pues eran individuos sin gran capacidad para el pensamiento y faltos de toda educación.

A veces pensaba que le habría gustado disfrutar de ese poder. De hecho, estaba segura de que, sin mostrarlo claramente, la mayoría de las personas pensaban así. O al menos encontraba consuelo reflexionando de este modo. El dominio era algo excitante en sí mismo, aunque tenía muy claro que no había nada como sentirse enamorada y ser importante para otra persona. Sentirse amada de verdad… Sí, eso era todavía más excitante.

Aun así, en ocasiones se dejaba llevar por la imaginación: ¿y si se atreviera a disfrutar alguna vez de ese poder? ¿Sería capaz de obligar a un hombre a amarla?

Alguna noche, sola en su cama, había imaginado que un amante apasionado le mostraba su ardor y se entregaba a ella por voluntad propia. Y, tras una de esas noches, al despertar se había preguntado cómo sería Calícrates como amante… O como individuo sumiso.

Aquella idea ocupaba sus pensamientos.

El griego era un hombre educado y absolutamente correcto en sus palabras y en su forma de actuar. No podía reprochársele nada en ese aspecto. Aunque Claudia sabía que en el interior del arquitecto anidaba el alma de un rebelde, un hombre con una voluntad propia inflexible como el hierro.

Y eso la fascinaba aún más. Doblegar a alguien así podría ser tan excitante como el dominio absoluto o el amor verdadero.

Capítulo VI

CALÍCRATES

Una primera sacudida

Villa de Cayo Severo, alrededores de Pompeya
Otoño del año 70 d. C.

Calícrates se sentía afortunado.

Después de todo, habría sido injusto no percibirlo así. Tras lo sucedido las últimas semanas, no podía decirse que su desgracia fuera completa. Podría haber sido mucho peor.

Personalmente, la entrada al servicio de Cayo Severo era lo mejor que podía sucederle. El anciano era un hombre afable en extremo, cargado de paciencia y con el suficiente buen gusto e inteligencia para apreciar opiniones distintas a las suyas.

El proyecto tal vez no era de gran envergadura —un anexo en forma de pórtico en una villa rústica—, pero sí lo suficientemente atractivo como para disfrutar al máximo con su ejecución. Después, estaba seguro, ya vendrían otros proyectos. No creía que Cayo le pusiera a picar nueces en un rincón de las cocinas de la villa.

El único inconveniente era la *domina*, Claudia. Aquella mujer le ponía los pelos de punta.

Era inteligente, eso estaba claro. Y eso no era malo, ni mucho menos. Al contrario, las conversaciones que había mantenido con ella siempre habían estado llenas de ideas interesantes y de alternativas dignas de profundas reflexiones. El trato era amable y se sentía respetado por su trabajo y su propia manera de pensar. Quedaba claro que, aun siendo esclavo, el trato en absoluto era vejatorio e inhumano.

Pero había algo en la mirada de aquella mujer que lo desconcertaba por completo. Como si más allá de sus ojos se vislumbrara algo que no encajara del todo. Como si a una estructura ejecutada con la sobriedad y elegancia del

orden dórico se la manchara con capiteles llenos de volutas más propias del orden jónico.

No había maldad en ese fondo, pero sí algo que le producía escalofríos.

Cayo Severo y Claudia mantenían una relación de iguales, casi fraternal. El anciano mostraba un absoluto respeto por ella, casi como quien reverencia a una diosa o a una entidad superior. Apenas le discutía nada, y no le negaba ningún capricho que ella pidiera. Y con Claudia sucedía algo parecido. Ella respetaba al senador como si fuera un padre; atendía a todas sus peticiones, y siempre tenía una sonrisa amable para él.

Sin embargo, era una relación que Calícrates no lograba entender del todo.

En la villa vivían otros esclavos. Todos eran de clase baja y trabajaban en el cuidado y mantenimiento de la villa. Cocinaban, limpiaban, faenaban en las labores agrícolas… Incluso había un par de ellos que ejercían como guardias. La docena de personas que componían el servicio dormían en dos grupos: hombres y mujeres, de manera separada. Debido a lo específico de su trabajo, Calícrates dormía en una estancia que contenía el mobiliario ideal para dibujar sus planos y ejecutar aquellas labores más delicadas. Y debido a ese trato especial, el arquitecto no había llegado a intimar con el resto de la servidumbre. Su relación se limitaba a lo justo. Los otros esclavos no parecían verlo con muy buenos ojos. Él, siendo el último en llegar, recibía un trato privilegiado y muy distinto, y no hay pared con mayor grosor que la envidia.

Por esa razón, no tenía otra opinión más que la suya propia. Y la que le brindaban sus propios ojos.

Tras la conversación con Claudia, aquella misma tarde pudo hablar con Cayo del asunto de la sustitución de los arcos por columnas. Ambos estaban en el sitio justo donde se iba a construir ese pórtico.

El anciano esperó con calma y paciencia a que el arquitecto expusiera su nueva propuesta. En cuanto Calícrates acabó, Cayo estudió durante un par de largos minutos los nuevos dibujos que el arquitecto había elaborado para que el senador entendiera mejor de qué se trataba.

—Como te he dicho en varias ocasiones, Calícrates, hazlo a tu gusto y conveniencia. Quiero que quede lo más bonito posible. Pero recuerda que mi única condición es que el lugar quede a cubierto, aunque no cerrado. Quiero algo íntimo, pero con buenas vistas a Pompeya.

Sí, recordaba bien ese detalle. Y precisamente lo que el heleno quería que Cayo modificara era eso, ese detalle.

—El espacio intercolumnio no puede ser tapado por muro alguno. Tal vez…

Un temblor de toda la casa, de apenas cinco o seis segundos de duración, cortó la explicación de heleno.

—¡Un terremoto! —exclamó Cayo.

Calícrates jamás había experimentado un temblor de tierra. Atenas no era una zona especialmente expuesta a sufrir terremotos, y aunque sabía de qué se trataba, palideció al instante. Sus ojos miraban hacia las estructuras de la casa; sobre todo a las vigas que sostenían el techo y a las paredes maestras.

El temblor había sido breve, pero Calícrates no olvidaría nunca aquella sensación de estar expuesto al capricho de los dioses. Como si un cíclope comenzara a jugar con tu casa y no supieras qué acabaría pasando finalmente.

Aun así, el seísmo no había sido grave. Apenas un par de grietas se abrieron en el muro oriental; una pared que ya estaba dañada por el temblor que asoló la zona unos ocho años atrás.

Salieron al exterior, al igual que el resto de esclavos.

—¿Y eso? —preguntó el heleno señalando la enorme montaña que se alzaba a unas millas y que dominaba toda aquella zona: una tímida columna de humo emergía de su cima.

Cayo se colocó la mano derecha a modo de visera, y miró hacia donde señalaba Calícrates.

—El monte Vesubio… Y vuelve a humear…

No había temor en las palabras del anciano. Como quien comenta el vuelo de un gorrión, o el florecer de un almendro.

—Leí que albergaba cráteres de fuego…

Cayo miró al heleno y sonrió.

—Habrás leído a Estrabón, el griego —Calícrates lo miró con una sonrisa —. Un viajero con un gran sentido de la observación. No sé de dónde sacó eso de los cráteres de fuego; nadie, que yo sepa, lo ha visto jamás. La montaña apenas ha cambiado en los últimos cincuenta años; llevo viniendo por aquí bastante tiempo. Los más devotos la llaman la montaña de Hércules. Incluso hay una ciudad muy cerca de aquí que ha cogido su nombre, Herculano. Esos devotos la consideran una montaña sagrada y, cuando humea de ese modo, dicen que el semidiós está furioso.

Ambos se habían acercado a la balaustrada, y ahora contemplaban el paisaje que se extendía ante ellos.

—¡Bah! —Cayo hizo un gesto con la mano, como si apartara algo molesto —. Solo ha sido un terremoto pequeño, nada por lo que debamos preocuparnos. Creo que la villa ha aguantado bien.

Volvieron al interior.

Apenas habían transcurrido unos segundos, cuando apareció Claudia.

—¡Menudo susto! No me acostumbro a esos temblores, por muy insignificantes que sean.

—No es nada, querida. Ya pasó, todo ha vuelto a la normalidad. Y la casa no ha sufrido daños de importancia. Además, ahora tenemos entre nosotros a un experto en arquitectura para confirmar este hecho —comentó Cayo, mientras sonreía y miraba a Calícrates.

Claudia miró al griego y asintió satisfecha, y con un revuelo de su túnica se retiró de nuevo a las estancias interiores. Una vez solos, Cayo y Calícrates retomaron el hilo de su conversación.

—Ya sabes mis condiciones. Hazlo lo mejor que puedas. ¿Tienes alguna idea de cuándo podrá estar acabada la obra?

—Si puedo contar con la mano de obra adecuada, y si el material no escasea y el tiempo no es excesivamente malo, en la próxima primavera ya podrás disfrutar de paseos por el pórtico.

—El único imponderable que no controlo es el tiempo. El resto, lo tienes totalmente asegurado. Claudia posee la mejor cantera de travertino que existe en toda Italia, la de Tibur.

* * *

Una semana después, los trabajos de construcción ya se habían iniciado. El primer paso fue limpiar la zona y allanar el terreno. Aun siendo una estructura menor —apenas soportaría nada más que el peso del tejado que cubriría el pórtico—. Calícrates quería asegurar bien la obra, y por ello hizo cavar zanjas muy profundas buscando un lecho de roca natural.

El arquitecto tenía las ideas muy claras en ese aspecto. Las cimentaciones, aun siendo la parte menos visible de toda obra, eran una de las más importantes. Podían atenderse desde distintos puntos de vista, pero Calícrates siempre tenía en cuenta tres factores.

En primer lugar, la profundidad. No importaba el tiempo que se perdiera, encontrar roca natural y usarla como base era lo mejor; eso aseguraba una perfecta sustentación de todo aquello que se construyera encima. Sin importar el número de pisos, ni el peso acumulado. La experiencia del arquitecto le dictaba que no se fiase de las primeras intenciones; lo que ahora solo iba a ser un pórtico tal vez en el futuro fuera una estructura mayor, ya que las intenciones de los dueños eran imposible de prever.

La segunda cuestión que debía tenerse en cuenta era la planimetría. En función de ella, la cimentación podía ser lineal, discontinua, a base de

casetones, o lineal con uniones. Por eso era tan importante saber cómo sería finalmente la fachada. Si iba a haber una columnata, lo mejor era usar la discontinua; solo cimentación individual bajo cada columna: no era necesario que esta fuera lineal. Una buena fórmula también era la lineal con uniones, ya que de ese modo se compactaba mejor toda la estructura.

La tercera consideración dependía de la estructura. Para edificios de poco peso, era mejor usar piedras irregulares dispuestas en seco; aunque esa idea quedaba totalmente descartada. Ahora era habitual unir esas piedras con argamasa. Para construcciones más pesadas, lo habitual era usar grandes bloques escuadrados. También había un aspecto que Calícrates tenía en cuenta, lo último en tecnología del mundo romano: el *opus caementicium*, una mezcla de mortero con piedras de todo tipo, normalmente pequeñas. El heleno no estaba muy a favor de esa nueva propuesta, pero reconocía que la aplicación de ese nuevo material estaba llena de aspectos bastante sugerentes: hacía más ligeras las edificaciones, permitía todo tipo de formas y, según aseguraban sus defensores, era tan duradero como la misma piedra. Este último factor era el que más hacía dudar al arquitecto heleno. Calícrates no estaba en contra de las nuevas tecnologías, pero antes de usar esa novedad en algo tan importante como la cimentación le habría gustado que el uso del *opus caementicium* hubiera tenido un mayor recorrido temporal.

El equipo para ejecutar la obra constaba de dos *structores* —o maestros albañiles— y cuatro esclavos que harían de peones. Naturalmente, el arquitecto trabajaría codo con codo junto a ellos, ya que, aparte de su función como planificador y director de la obra, era habitual que también trabajase al mismo nivel que cualquier albañil.

Igualmente, un carpintero y su ayudante construirían las cimbras, andamios y todas las estructuras de madera necesarias para el buen desarrollo de la obra.

Al final, Calícrates encontró la solución al problema estético de las columnas y los arcos. Usaría una nueva estética, y confiaba en que el resultado final fuese el esperado. La idea era la siguiente: construiría el murete que quería Cayo para lograr intimidad y, a una distancia de poco más de medio paso, añadiría diez pequeñas columnas que sustentarían sendos arcos. De este modo, con esta combinación, todo quedaría mejor conjuntado.

* * *

Con la llegada del primer cargamento de piedra de travertino, comenzaron las hiladas de la cimentación. Las horas de excavación habían dado un buen

resultado, y se halló una excelente roca madre en la que asentar la nueva estructura.

A través de distintas rampas, se fueron depositando los bloques en aquellas cavidades.

Una semana después de haber iniciado las obras, Claudia apareció por allí. A pesar de que el otoño estaba avanzado, el día era cálido. La tarea de arrastrar los enormes bloques de piedra era dura, y todos, incluido Calícrates, trabajaban con el torso desnudo.

Cuando el heleno se dio cuenta de que Claudia estaba allí y lo miraba, sintió un estremecimiento.

—*Domina…*, ¿en qué puedo ayudaros? —Visitas como aquella no eran propias de una dama romana, y en absoluto eran habituales.

—Buenos días, Calícrates —dijo ella sonriendo abiertamente—. Quería asegurarme de que el envío desde mi cantera os había llegado en condiciones.

Ambos miraron hacia la docena de bloques de travertino que habían llegado aquella misma mañana. Los tres primeros bloques ya formaban parte de la cimentación, y ahora estaban arrastrando el cuarto.

A pesar de que el arquitecto se detuvo en su trabajo, el resto de operarios continuó arrastrando el bloque hacia su ubicación definitiva, ayudándose de troncos que iban colocando delante de la enorme pieza a medida que avanzaban.

—Sí, ha llegado con puntualidad. Vamos a necesitar dos envíos diarios. Tenemos espacio de sobra para almacenar todo lo que vaya llegando sin que moleste a nadie.

—Ya sabes que puedes pedirme lo que necesites…

El tono que usaba Claudia con él le ponía ciertamente nervioso. No era un hombre habituado a frases con doble sentido, y estaba claro que aquella lo tenía. Calícrates miró de reojo a los otros operarios; nadie los estaba observando, seguían empujando con fuerza y moviendo los troncos para prolongar aquel camino rodado.

Después pensó en la razón de aquel gesto. ¿Acaso temía que pensaran que él y la *domina* tenían una relación que iba más allá de lo estrictamente profesional o social? ¿Y por qué iba a temer eso?

—Gracias… —dijo de forma casi instintiva—. Por el momento, tenemos todo lo necesario… Ojalá no llueva estas próximas semanas, eso es lo único que temo.

—Sí, ahora empieza la época de las lluvias.

Calícrates se quedó mirándola, como si esperara que Claudia dijese algo más. Según acababa de decir, había venido únicamente a ver si faltaba algo. Una vez satisfecha esa cuestión, no tenía nada más que hacer allí.

—Me voy —dijo ella levantando ligeramente el mentón con cierto orgullo; había captado la mirada del heleno, y con aquel gesto mostraba la ofensa recibida.

Se dio la vuelta y volvió por donde había venido.

Mientras se alejaba, Calícrates no pudo evitar mirar la figura de Claudia. La brisa del oeste marcaba una parte de su glúteo y su muslo en los ropajes de su vestido.

Capítulo VII

CLAUDIA PULCHRA

Los caprichos de una *domina*

Villa de Cayo Severo, Pompeya
Primavera del año 71 d. C.

La apertura del buen tiempo y la llegada de la primavera tenían un curioso efecto sobre vegetales, animales y personas. Todos aquellos entes vivos reaccionaban casi de un modo idéntico: los instintos más primarios salían a relucir sin que el propio individuo fuera capaz de hacer nada por detenerlos.

Los latinos llamaron a aquel mes *aprilis*, como la puerta que se abre a la vida, indicando un nuevo renacer de lo que el frío invierno ha mantenido oculto. Y Claudia, como ser humano y mujer, también sentía ese despertar. No recordaba que antes hubiera sentido nada parecido, ni siquiera cuando era más joven. Hasta esa fecha, la primavera no representaba nada más que ver cómo la naturaleza estallaba de vida y color, mientras ella lo contemplaba a distancia, como lo haría una espectadora en el teatro.

Ahora, sin embargo, se sentía una parte más de ese despertar.

Llegó a esa conclusión tras ver el emparejamiento de las golondrinas, el florecer de las rosas o el nacimiento de los gusanos de seda. Y, sobre todo, al sentir ese fuego interior que parecía sumirla en la búsqueda del placer desde unas jornadas atrás, como si ahora un reloj biológico señalara que había llegado el momento de la reproducción.

La primera vez que sintió aquella sensación fue tan solo unas semanas atrás. Se despertó a medianoche, acalorada y con la entrepierna húmeda. Y lo primero en que pensó fue en ser tomada por Calícrates. Se imaginó que aquel hombre copulaba con ella de cara, mirándola a los ojos, pecho contra pecho. Y el hecho de pensar en su cuerpo sudoroso sobre ella y en el éxtasis final no hizo más que aumentar ese lúbrico ardor. Sus pechos, su cuello, sus nalgas y sus piernas…, todo parecía estar a punto de recibir placer. Unas leves caricias no hicieron más que alargar mucho más esa sensación.

Tenía veinticinco años, pero jamás se había sentido así. De su matrimonio con Licinio y sus actos de cópula apenas había gozado; él la tomaba muy de vez en cuando, y en ello había poco de satisfactorio. Claudia siempre supo que era su obligación como esposa y nunca se negó. Ciertamente, aun esperando que tal vez con el tiempo las relaciones mejoraran, se sintió muy defraudada. Y, como no mejoró con el tiempo, llegó a pensar que aquella devoción que la mayoría de gente sentía por el sexo era solo un aspecto que afectaba a la mayoría de hombres y a muy pocas mujeres.

Después, con la muerte de Licinio y la tristeza del duelo, se olvidó por completo del sexo. De hecho, nunca había sentido el deseo de ese modo. Al menos, no como ahora.

Lo ocurrido aquella primera noche se repitió bastante a menudo. Claudia se preguntaba por qué deseaba a Calícrates de aquella forma tan primaria. No era un hombre extraordinariamente atractivo, y sin embargo se despertaba cada mañana pensando en él. Llegó a la conclusión de que solo podía deberse a que él no la deseaba del mismo modo. Como si la falta de deseo por parte de él aumentase aún más la libido de ella.

El arquitecto era un hombre educado y honorable, eso estaba claro. Jamás, en los meses que llevaba con ellos, le había faltado al respeto o se había mostrado poco amable con ella. Aun así, jamás cruzaba la línea que separaba una *domina* de su esclavo, como si fuera un muro imposible de franquear. Y Claudia ya estaba harta de insinuaciones y coqueteos.

Al principio, la idea de conseguir que Calícrates se fijara en ella le pareció de lo más excitante, pero ahora, al ver que el arquitecto se mantenía ajeno a sus insinuaciones, y coincidiendo con la llegada de la primavera, Claudia había empezado a albergar nuevos deseos.

El deseo del dominio y la sumisión aumentaba la temperatura de esa calidez que ardía en su interior. No podía dejar de pensar en lo que hacían algunas *dominas* —o al menos en lo que se comentaba sobre ellas—, que compraban esclavos para utilizarlos únicamente como instrumentos de placer.

Claudia llevaba más de una semana resistiéndose a aquella tentación, y la villa de Cayo Severo le resultaba cada día más agobiante. El anciano senador se había ido a Roma durante unas semanas, y Calícrates solo parecía vivir para sus columnas y sus arcos de medio punto. Incluso las preciosas vistas del mar y de la primavera en plena ebullición habían dejado de ser emocionantes para ella.

No lo pensó mucho más. Era una idea que se había instalado de forma sólida en su mente, y estaba dispuesta a llevarla a la práctica.

Aquella mañana se hizo acompañar de los dos esclavos que la protegían y se dirigió a Neapolis, al norte. Una ciudad mucho mayor que Pompeya, más comercial y con un mercado de esclavos que hacía sombra al de la mismísima Roma.

No era la primera vez que visitaba Neapolis, y la encontró tal como la recordaba. A diferencia de Pompeya, las calles de aquella ciudad rebosaban de vida y gentío por los cuatro costados. Si uno buscaba tranquilidad, aquel era el peor de los sitios para hallarla. Pero si se pretendía llevar a cabo algún negocio o cualquier otra transacción que demandara un entramado social denso, ese era tan buen lugar como lo sería la propia Roma.

Neapolis era una ciudad moderna, y las calles se alineaban de manera eficiente en perfectas líneas paralelas y transversales que tejían una estructura urbana totalmente racional. En el justo centro, un enorme espacio abierto hacía las veces de foro.

Y en ese foro, los martes y los jueves el mercado de esclavos estaba a rebosar, tanto de productos como de clientes.

El día era espléndido. El sol lucía con fuerza y, a pesar de no hacer tanto calor como en verano, convertía a la primavera en la antesala del buen tiempo. Unas nubes blancas, pequeñas y algodonosas se mantenían quietas en el cielo, como si ellas también disfrutaran de la cálida tranquilidad de aquella jornada.

Claudia dejó el carro con el que se había desplazado desde la villa en un corral en la entrada de la ciudad, y alquiló un palanquín que sus dos guardias se encargaron de acarrear hasta el centro de la ciudad. Sus visillos la protegían de indiscreciones, y al mismo tiempo le permitían observar la calle de manera eficaz, pero había tanta gente que el paseo hasta el foro no fue ni rápido ni cómodo. En más de una ocasión, los esclavos tuvieron que apartarse para dejar pasar un carro de bueyes o algún vehículo de transporte de grandes dimensiones. Finalmente, el foro apareció tras los visillos. Para poder ver mejor los detalles, Claudia apartó un poco uno de aquellos finos cortinajes y observó con detenimiento. El mero hecho de pensar en lo que estaba a punto de hacer hacía que cualquier roce sobre su piel fuera de lo más excitante.

El palanquín se paró y Claudia se apeó del vehículo.

Evidentemente, lo que vio no la sorprendió en absoluto, pero verlo todo estando allí de pie era muy distinto a hacerlo desde el interior del palanquín. La gente llenaba aquella enorme plaza agrupándose aquí y allá, cada uno concentrado en aquello que más le interesaba. El mercado de esclavos se llevaba la mayor de las atenciones, pero también se vendía comida, ropa,

cerámica y joyas, calzado y casi todo aquello que pudiera comprarse con unos pocos sestercios.

Se detuvo unos instantes y disfrutó de la contemplación de todo aquello, intentando hacerse una idea de lo que se vendía en los distintos sectores del foro. Aun sin verlos, por el olor podía distinguirse la zona de la comida, o el lugar donde vendían perfumes y ungüentos, o también flores.

Rápidamente, detectó lo que buscaba: el mercado de esclavos.

En día normal, habría disfrutado paseando por los distintos tenderetes y comprando aquí y allá, más por capricho que por necesidad. Pero hoy no. Hoy su cuerpo ya no podía esperar más: su corazón latía con fuerza, empujado por la excitación de lo que estaba a punto de hacer.

Se encaminó hacia la zona donde se llevaba a cabo el mercadeo de esclavos, y sus guardias dejaron el palanquín allí mismo, en un espacio cubierto del foro, y la siguieron.

Las paradas de esclavos se distribuían de manera racional. En Neapolis, con la fama de su excelso mercado, no podía ser de otra forma. Había puestos en los que vendían esclavos para labores domésticas, otros donde proclamaban que sus «productos» tenían unas habilidades en algún oficio artesanal en particular, y otros que ofrecían esclavos con los conocimientos suficientes para realizar servicios de educación, recitados de poesía o música, por ejemplo. Y, naturalmente, estaban los esclavos cuya mayor virtud era simplemente su belleza física. Claudia se dirigió hacia allí.

Al caminar, el roce de sus muslos no hacía otra cosa que excitarla aún más. Su fuego interior se estaba avivando por momentos, y cada vez le resultaba más difícil apaciguarlo.

El puesto de los «esclavos de placer» no era de los más concurridos, ni mucho menos, y apenas se ofrecían una veintena de ejemplares, que se exponían con los típicos carteles colgados de sus cuellos. En ellos se indicaba la edad, la procedencia y si el individuo en cuestión sufría de alguna enfermedad o deformidad que no fuera apreciable a simple vista. En este tipo de esclavos esta información era básica. Tampoco había muchos clientes, aunque sí tantos hombres como mujeres.

Claudia sonrió al constatarlo; la homosexualidad no conocía fronteras ni estamento social, y estaba plenamente reconocida e integrada en las costumbres romanas. Algunos individuos afirmaban que quien conociera el placer sexual con otro hombre ya no volvía con una mujer.

Sin decir nada, la joven romana fue mirando uno a uno a aquellos esclavos. De los veinte, ocho eran hombres y el resto mujeres. Naturalmente,

Claudia se entretuvo en los hombres. Nunca se había sentido atraída por nadie de su mismo sexo y le gustaban los hombres, eso lo tenía muy claro.

Como era costumbre, aquel tipo de esclavos apenas llevaban otra cosa encima que un simple *subligaculum* que únicamente tapaba los genitales. El resto del cuerpo había sido ungido con aceite, y los músculos brillaban como si fueran de metal nuevo.

—¿Buscas algo en especial, *domina*? —el vendedor se acercó a ella al ver que se interesaba por su mercancía.

Claudia apenas lo miró, atenta como estaba a los ejemplares que vendía aquel hombre.

El primero era un chico que no tendría más de dieciocho años. Lucía un abundante cabello claro y ligeramente rizado, y sus grandes ojos azules parecían un pedazo arrancado al cielo. Tenía los labios finos y era imberbe y de complexión más bien delgada. Claudia lo consideró particularmente hermoso, pero no le atraía ese tipo de belleza. Cuando lo tuvo delante, casi lo consideró como un hermano pequeño, y no despertó en ella el menor deseo.

El segundo era un hombre adulto, aunque probablemente no llegaba a los treinta. Alto y fornido, era la antítesis del primer esclavo. Claudia estaba segura de que los habían colocado uno junto a otro para lograr acentuar más ese efecto. De cabellos cortos y oscuros, y mirada también sombría, lo más destacable era su cuerpo: era un tipo musculado y ligeramente velludo; parecía más un gladiador que un individuo que se vendiera por sus atributos físicos.

La *domina* quiso tocarlo. Aquel hombre era hermoso, y su piel brillante por el óleo resultaba muy atractiva. Sin embargo, cuando puso la mano en uno de aquellos hombros tan redondeados y fornidos fue como si tocara hielo. El contacto le disgustó tanto que incluso dio un paso atrás, instintivamente.

El esclavo la miró. Un vacío se reflejaba en aquellos ojos, un vacío profundo y sin alma; allí no había calidez, ni algo agradable, y tampoco, naturalmente, excitación.

El resto de esclavos no le agradaron por distintos motivos.

Ya no estaba excitada. Y aquella calidez la había abandonado. Como si la realidad fuera tosca y desagradable, y de un tono totalmente opuesto a como ella la había imaginado. Aun sabiendo que se trataba de seres humanos —ella misma había sido esclava y en absoluto los consideraba una subespecie humana, como sí hacían otros ciudadanos—, encontró en aquel contacto algo animal, primario y, sobre todo, repulsivo y falto de calor.

Se sentía profundamente defraudada.

De algún modo, se había dado cuenta de que aquella obsesión por el sexo no tenía sentido. Tenía ganas de sentirse viva, de saberse deseada, de ser una mujer. Y de poder saborear todos los placeres que ofrecía la vida.

Estaba a punto de abandonar el mercado, cuando oyó una fuerte discusión en un puesto cercano. Por lo visto, un vendedor y un cliente no se ponían de acuerdo por algo, y aquello había derivado en una disputa a pleno grito.

Claudia se acercó hasta allí empujada por la curiosidad. Observó que mucha gente hacía lo mismo, y pronto se formó una pequeña multitud que rodeó a los dos que discutían. El motivo de la disputa era algo que sucedía muy a menudo. Tras las pertinentes comprobaciones y después de haber pagado por un esclavo, el cliente había encontrado un «defecto» en la nueva adquisición y ahora quería echarse atrás. Naturalmente, el vendedor consideraba que el trato estaba cerrado y proclamaba, a los cuatro vientos, que él no compraba esclavos: solo los vendía.

El contingente de esclavos que ofrecía ese vendedor era de los considerados de alta categoría. Mujeres y hombres con grandes dotes intelectuales o con unas habilidades muy particulares. Eran los más difíciles de encontrar y, por supuesto, también los más caros de adquirir.

Y, de pronto, una mirada se clavó en el corazón de la *domina*. Una mirada de color miel, llena de calidez, se apropió de sus sentidos y encendió nuevamente aquel fuego que parecía haberse apagado de forma definitiva. Claudia se sintió trasladada a un mundo sin gravedad, a un espacio sin aire, a una tierra sin dureza, a un vacío sin miedo. Toda su piel sucumbió a esa posesión y se erizó en un escalofrío.

Buscó abrir un poco su campo de visión y ver de quién era aquella mirada.

Se trataba de un esclavo. Curiosamente, el mismo que había originado la disputa. Parecía ajeno a la discusión que enfrentaba a su vendedor con su nuevo dueño, pues miraba a Claudia como hechizado.

Era un hombre joven que apenas debía superar los veinte años. Alto, de cabellos castaños y con aquellos increíbles ojos color miel. De facciones suaves y bien proporcionado, labios finos, ojos grandes y nariz algo pequeña. Iba vestido con una sencilla subúcula de esclavo que impedía ver claramente su cuerpo, aunque se aventuraba como de estructura media.

Claudia avanzó hasta él.

Le gustaba sentir de nuevo aquella calidez. Mientras cubría los escasos pasos que la separaban del esclavo, se sintió muy *domina*, muy superior. Y aquel sentimiento le encantaba.

Cuando se puso ante él, apenas podía respirar. La mera cercanía de aquel hombre despertaba sus deseos más básicos. Necesitaba tocarlo, sentir el tacto de su piel y el calor de su cuerpo. Intentó disimular aquel frenesí que amenazaba con escapar a su control.

Leyó el cartel que colgaba del cuello de aquel hombre.

«Eudor, diecinueve años, griego, aedo. Sin defectos».

«Otro griego», pensó Claudia recordando a Calícrates, mientras acababa de leer las anotaciones en la tabla.

Eudor, pues así se llamaba el esclavo, no apartaba los ojos de ella. Aquellos ojos color miel parecían haberla atrapado con fuerza y no querían soltarse.

Claudia dirigió su atención hacia los dos hombres que discutían.

—¿Cuál es el problema? —preguntó ella con decisión. Los dos se volvieron hacia donde estaba ella.

—Este estafador me ha vendido un esclavo tarado. Dice que es aedo, y sin embargo es tartamudo. ¿Cómo va a recitar poesía, si no es capaz de enlazar dos palabras sin tartajear? Me dejaría en evidencia ante mis invitados.

—No es cierto. No está tarado. El esclavo es un buen aedo, es griego y está muy bien considerado en su comunidad. Su voz es inigualable.

El comprador rebatió aquellas afirmaciones de nuevo, y ambos se enzarzaron en otra discusión. Las frases iban aumentando de tono y estaban llegando al límite de la agresión física. Si no se llamaba a algún agente del orden, aquello acabaría mal.

—¿Cuánto pagaste por él? —preguntó Claudia al comprador, un ciudadano de aspecto noble, aunque parecía tener malas pulgas.

—¡Cuatro mil denarios! ¡Pero es una birria, no vale para…!

—Te los pago yo y me quedo con el esclavo. Así se acaba la discusión.

Ambos, comprador y vendedor, se miraron el uno al otro y después, al mismo tiempo, a Claudia.

El nuevo dueño del esclavo avanzó hasta ella.

—¡Hecho! —alargó la mano para coger la pequeña bolsa de cuero que Claudia le ofrecía y, tras comprobar que era la cantidad que decía, le entregó al esclavo.

—Discusión concluida —dijo el vendedor entregándole el contrato de compraventa—. *Domina*, acabas de hacer un excelente negocio.

Claudia apenas le hizo caso. Se dio la vuelta y regresó hasta su palanquín. Ahora no solo la seguían los dos guardias, Eudor también lo hacía.

⁎ ⁎ ⁎

Durante el viaje de vuelta, Claudia miró unas cuantas veces a su nueva adquisición. A través de las cortinas del palanquín podía ver perfectamente a Eudor, que la seguía como lo haría un perrito.

Si era sincera consigo misma, aún no sabía la verdadera razón por la cual había comprado a Eudor. Sí, podía argumentar que, al estar junto a él, sintió de nuevo aquella calidez que tanto le gustaba. Esa sería una razón sincera, y tal vez incluso cierta. Pero Claudia estaba segura de que había algo más. Algo que tal vez ni ella misma estaría dispuesta a reconocer.

Cuando llegaron a la villa de Cayo Severo, el día se acercaba a su fin y las estrellas más impacientes comenzaban a destacarse en el firmamento, como si empujaran al sol en su descanso diario.

Aquella noche, Claudia se sentía muy fatigada por el viaje y apenas quería otra cosa que retirarse dormir. Fue una noche plácida, dormida de un tirón. A la mañana siguiente, ordenó que llamaran a Eudor.

Y llegó la luz del nuevo día. Y Eudor con ella.

Claudia pidió que lo acompañaran hasta su alcoba. Aun siendo un lugar no muy grande, sí que era el más íntimo de la casa; una pequeña ventana proporcionaba una luz muy escasa, y siempre era necesario tener velas o candiles encendidos. Y el ambiente de irrealidad que ofrecía aquella media luz de las velas era perfecto para el fin que ahora buscaba.

Como era de esperar, el aedo llamó a la puerta, y solo entró en la estancia cuando oyó la voz de su *domina* diciendo que pasara.

Claudia ignoró su presencia intencionadamente, y siguió peinándose ante su tocador como si el joven no estuviera allí. Cuando miró de reojo al recién llegado, vio que mantenía aquella mirada perdida que le recordaba a un perrito faldero; la misma que había visto mientras seguía el palanquín el día anterior.

Era un hombre silencioso —algo un tanto extraño para un aedo—, y aún no había oído su voz ni una sola vez. Ahora tenía curiosidad por comprobar cuál de los dos hombres que discutían tenía razón.

—Buenos días, Eudor —dijo Claudia de forma limpia y clara, pero sin mirarlo; seguía acicalándose ante el tocador, como si aquella tarea tuviera mucha importancia.

—Hola…

La respuesta había sido breve y concisa. Incluso parecía que aquel «Hola» hubiera quedado suspendido como una mota de polvo en el espacio. ¿Timidez o ganas de esconder ese defecto?

Claudia dejó el tocador y se dirigió hacia la pequeña ventana, apartando un poco el velo de seda que hacía las veces de cortina. Allí pasó uno, dos y hasta cuatro minutos. El esclavo permanecía de pie, en la misma posición y sin parecer molesto o nervioso por la espera.

Claudia, en cambio, sí comenzaba a impacientarse, y mucho. Sentía como su corazón latía cada vez con más fuerza. Incluso temió que su agitada respiración pudiera percibirse en el leve temblor de sus pechos.

Algo molesta, se dio la vuelta y avanzó hasta situarse a apenas dos palmos de Eudor.

—¿Sabes por qué estás aquí? —se lo preguntó de manera firme y directa, mirándole a los ojos y con los brazos en jarras.

El aedo tardó unos segundos en responder. A la luz de las velas y candiles, Claudia pudo apreciar aquellos ojos color miel que tanto habían llamado su atención en el mercado de esclavos de Neapolis. Incluso en aquella semipenumbra, la mirada de aquel esclavo desprendía calidez, mucha calidez… Como si tuvieran luz propia.

—N-no lo sé, *do-domina* —respondió de forma claramente titubeante.

Claudia ladeó la cabeza y lo miró como quien observa un bicho raro.

—¿De verdad eres aedo?

Eudor afirmó con la cabeza, en silencio.

—Bueno, pues recita algo. Lo que quieras.

El aedo movió la mirada de manera nerviosa y se mojó los labios con la lengua. Tras inspirar ligeramente comenzó.

> *¡Hija de Rea, la de hermosa cabellera, soberana de Deméter! Tú lo sabrás, pues te venero con respeto y me apiado de ti al verte angustiada por tu hija, la de delicados tobillos. Ningún otro de los inmortales es culpable sino Zeus, amontonador de nubes, quien se la ha concedido a su hermano Hades para que sea su joven esposa; y Hades, después de raptarla, se la ha llevado en sus caballos al nebuloso mundo de las sombras, mientras ella gritaba con todas sus fuerzas. Pero, oh, diosa, haz que cese tu profunda pena: no hay razón para que sientas tal insaciable cólera, pues no es un yerno indigno de ti, ante los inmortales, tu propio hermano Aidoneo, que sobre muchos impera y es de tu mismo linaje; a quien le cupo en muerte, cuando en un principio se efectuó la división en tres partes, ser señor de aquellos entre los cuales mora.*

Claudia estaba sorprendida. La declamación había sido perfecta, impecable. El tono, el timbre, el ritmo, todo había sido recitado con tanta armonía y buen gusto que la voz no parecía la de un simple mortal, sino la de un dios o la de un ser que los dioses han tomado bajo su protección.

—No conozco eso que acabas de recitar.

—E-es de Homero, *do-domina*.

—Claro, algo griego, por eso lo desconocía. Personalmente, prefiero a los autores latinos. Sobre todo a Horacio. Sus Odas son estupendas. ¿Las conoces?

Eudor hizo un gesto de asentimiento. Ante el silencio de su señora, el joven entendió que deseaba oírlo recitar de nuevo.

Una vez más, Eudor repitió aquel breve ceremonial preparatorio, y recitó:

Yo he visto el Tíber, enturbiado de amarillo, llevando con violencia sus ondas por la ribera etrusca, irse a abatir el monumento de un rey y el Templo de Vesta; mientras que, demasiado celoso ante los llantos de Ilia de mostrarse vengador, el río, marido sumiso, vaga y se extiende por la orilla izquierda sin permiso de Júpiter.

—¡Maravilloso! —exclamó Claudia como si fuera una niña pequeña, al tiempo que aplaudía con verdadera devoción.

La voz del aedo desprendía el mismo color que sus ojos, aquella tonalidad melosa envolvía las frases recitadas y las convertía en algo digno de los oídos de los dioses.

Eudor sonrió de una forma un tanto tosca. Su sonrisa estaba totalmente desprovista de alegría o simpatía alguna. Ahora aquella mirada color miel emanaba miedo y angustia. Estaba asustado.

—No entiendo que cuando hables tartamudees tanto… El rostro del aedo se tornó serio y circunspecto. Bajó la vista hacia el suelo y se cogió ambas manos con timidez.

—Veo que te molesta hablar de ello. No entiendo por qué motivo.

Eudor seguía con la mirada perdida, como si buscara algo imperceptible en el suelo.

—No te compré porque fueras un recitador de versos, Eudor. —Ella avanzó hasta situarse a poco menos de un palmo de su rostro. La voz de Claudia había cambiado de tono; ahora era más suave y delicada, a la vez que dominante y cargada de seguridad.

El aedo no reculó, pero tampoco levantó la mirada; por un instante, su línea de visión tropezó con el cuerpo de la *domina*.

—Mírame —ordenó ella secamente.

Eudor obedeció y clavó aquella mirada llena de miel y dulzura en los ojos de Claudia. La *domina* aceptó con agrado el contacto visual. Lo acogió deslizándose en la profundidad de aquellos ojos y en la calidez que ofrecían. Una calidez que hizo renacer el fuego en las entrañas de Claudia, un fuego que ardía cada vez con mayor intensidad a medida que penetraba más y más en aquella melosidad.

El joven rapsoda percibió el deseo de su *domina*, y Claudia se excitó más aún cuando se dio cuenta de ello. Abrió la boca ligeramente, y soltó un gemido muy suave, casi imperceptible. Entonces la joven *domina* alargó la mano hasta su cuello y lo acarició con suavidad, levemente, casi como si no quisiera tocarlo. La piel no estaba fría, ofrecía cierta calidez. Aquel contacto la excitó aún más. Sintió cómo su entrepierna se humedecía poco a poco, y comenzó a bajar la mano hasta llegar a la túnica y notar aquel cuerpo tan distinto al suyo, más recio, más recto, más duro.

La excitación le resecó los labios, y se los mojó con un leve movimiento de la lengua. Un movimiento que encendió el deseo de buscar los labios del aedo. Llevó su mano hasta los labios del joven griego, y con el dedo índice le acarició la boca. Primero resiguió la parte externa de los labios con la yema del dedo y después buscó la zona más interna, allí donde se escondía la lengua. La lengua de Claudia no dejaba de mojar sus propios labios: la excitación los resecaba, como si su cuerpo quisiera con ello compensar las gotas que ya comenzaban a deslizarse más allá de su monte de Venus.

Con la otra mano cogió la nuca del aedo y lo acercó hasta ella. Con la cercanía, notó la respiración de él muy cercana, y la *domina* soltó un gemido mucho más audible. Los labios se tocaron, y aquello incendió de manera definitiva el alma de Claudia. Buscó la lengua de él y jugó con ella de manera agresiva; también su boca succionaba con decisión y firmeza.

Se apretó a él y ambos cuerpos se pegaron. Ella sintió el falo en su vientre; estaba duro, y deseó tenerlo dentro.

Claudia dejó de besarlo.

Bajó las manos y le quitó el cinturón. La túnica quedó suelta y ella introdujo ambas manos bajo la ropa y acarició su torso: era liso y sin apenas vello.

Claudia notó cómo una gota se escapaba de su sexo, resbalaba entre sus muslos y se deslizaba hacia las rodillas; aquella sensación la excitó aún más. Sus pezones, sin previo aviso, se pusieron duros y erectos, y tuvo ganas de que se los acariciara.

Sacó las manos del torso de Eudor y abrió el broche que sujetaba su propio vestido. La parte superior de sus hombros quedó desnuda, y sus excitados pezones sobresalían con fuerza como si buscasen ser liberados de su presidio.

Cuando vio cómo la miraba el esclavo le gustó; sintió el deseo de él, y le cogió la cabeza y la bajó hasta sus pechos para que los lamiera. Él obedeció, sumiso. Claudia cerró los ojos y se dejó llevar por la sensación de aquella lengua deslizándose por las aureolas y los pezones. Dos gotas más resbalaron a través de sus muslos. Deseaba ser penetrada con fuerza.

Él le acariciaba la espalda y la parte media del torso, al tiempo que seguía lamiéndole los pechos. La *domina*, con los ojos cerrados, comenzó a dejarse llevar por la imaginación. Se sintió trasladada hasta un diván, y allí, totalmente desnuda, una docena de manos empezaron a acariciarle el cuerpo. Sus ojos eran incapaces de ver a los portadores de aquellas manos; únicamente se dejaba llevar por la sensación de que todos sus puntos de placer estaban siendo acariciados de manera experta. Dedos que se introducían en su interior y que amenazaban con hacerla estallar de placer.

Sin poder reprimir un gemido de placer, abrió los ojos. Eudor seguía lamiéndole los pechos. Lo apartó con fuerza, y lo miró con dureza. Él, por un momento, pareció no entender qué sucedía.

Al ver el miedo en los ojos de su esclavo Claudia se excitó aún más. Sentía el dominio, la sensación de fuerza y de superioridad. Le dio un bofetón, fuerte. Antes de que Eudor reaccionara, lo cogió del pelo y le tiró la cabeza hacia atrás; comenzó a lamerle el cuello, mientras con las uñas le arañaba la espalda con fuerza.

La respiración de la *domina* era ahora entrecortada y casi gemía con cada salida de aire. Con otro movimiento brusco, rasgó la túnica completamente hasta dejar a Eudor solo con aquella pieza de ropa interior, el *subligaculum*.

Ahora podía acariciar su torso sin dificultad alguna. El joven no era un hombre musculoso, pero estaba en buena forma. Arañó los pectorales y bajó las manos hacia su vientre. En aquel punto, clavó su mirada en los ojos de él. En la mirada de Claudia había dureza y superioridad; la mirada de una *domina* ante su esclavo.

Las manos llegaron hasta la zona genital. El *subligaculum* estaba tenso debido a la excitación que sentía Eudor. Claudia sintió la dureza y la calidez de aquel miembro a través de la ropa interior, y con ambas manos lo acarició varias veces.

En un nuevo arrebato de dominio, le rasgó la ropa interior. Ahora tenía aquel miembro masculino ante sus ojos, y pudo disfrutar de su tacto y su calidez. Un ligero escalofrío recorrió su espina dorsal y llegó hasta su vagina; allí el deseo la estaba consumiendo. Necesitaba ser penetrada, no aguantaba más.

De manera brusca, tiró a Eudor a la cama y se quitó el vestido. Mientras su propia ropa caía al suelo, contempló el cuerpo desnudo del esclavo y su miembro duro; se relamió de placer, como una gata en celo.

Se sentó encima de él y, con una mano, se metió la verga en la vagina. La primera sensación la hizo gritar de placer.

Se sentía llena de vida, feliz de que los dioses la obsequiaran con todos aquellos oscuros placeres. Jamás había sentido tal sensación. Todo su cuerpo gozaba de aquella penetración: sus pezones, su cuello, sus muslos y sus labios, todo parecía estar conectado con su sexo para llenarla de placer.

Movió la cadera hacia adelante y atrás, y también hacia los costados, buscando nuevos puntos de contacto, nuevas sensaciones. Hasta que, sin apenas darse cuenta, algo muy íntimo estalló dentro de ella y el placer llegó al límite del dolor. Algo que costaba de aguantar, pero que no podía detener. Gritó como si el mundo se acabara.

Aquella sensación duró apenas unos segundos, y después comenzó a sentirse algo más relajada. Aún sentía la excitación en su cuerpo, pero ahora quería algo distinto.

Se apartó de Eudor.

—Levántate —ordenó de forma seca.

El joven rapsoda obedeció. Claudia observó su miembro de manera descarada: aún estaba duro, muy duro, pues no había eyaculado. Mejor que mejor, porque ella quería ejercer su dominio sobre aquel esclavo tanto como su deseo se lo permitiera.

—Ahora te vestirás y te retirarás. Te prohíbo que eyacules, ni con otra mujer ni en solitario. Si me entero de que lo haces, haré que te corten los testículos —hablaba con tal determinación que Eudor apenas pudo hacer otra cosa que tragar saliva—. Eyacularás cuando yo lo ordene, nunca antes, nunca después. Y no hablarás de esto con nadie, absolutamente con nadie. Quiero que, cuando me veas andar por la casa, te excites y me desees. Quiero mirarte y ver que te pones duro para mí, solo para mí.

Se apartó de él y se dirigió hacia la pequeña ventana.

—Ahora vete, esclavo.

Eudor se vistió como pudo y abandonó la habitación de su *domina*.

Claudia regresó a la cama y durmió profundamente hasta la hora de comer. Se sentía satisfecha y en paz como nunca lo había estado.

Capítulo VIII

JULIA BERENICE

Pequeñas victorias, grandes maldiciones

Roma

Primavera del año 71 d. C.

Apenas un par de semanas después de su llegada a la ciudad, la nueva vida en Roma era muy distinta a como ella la había soñado. Como hermana del rey de Judea, e hija del anterior rey —ambos llamados igual, Marco Julio Agripa—, ya estaba acostumbrada a ambientes principescos. Julia Berenice había sido esposa del rey Polemón de Cilicia, además de consorte de dos hombres más, de modo que los ambientes cortesanos en absoluto le eran desconocidos. Sin embargo, no se imaginaba que su vida en Roma iba a ser así.

Concubina. Esa era la palabra que mejor la definía. Era la concubina de Tito.

Y eso era algo que no le gustaba nada.

No es que no fuera cierto. De hecho, respondía a la verdad, pues compartía el lecho con el heredero del Princeps de Roma de un modo privado. No era su esposa de forma oficial y, aparentemente, nadie conocía su relación. De ahí que el concepto de concubinato fuera exactamente el que definiera su relación con Tito.

Lo que le desagradaba a Berenice era que ella deseaba ser la esposa del heredero de los destinos de Roma. Y el estrato del concubinato se alejaba, y mucho, de esa cúspide.

La princesa judía también sabía quién era el responsable de su situación. No era Tito, desde luego. El muchacho —como ella lo llamaba, pues tenía once años menos que ella— era adorable y fácil de manipular. Un verdadero encanto de hombre: cariñoso, amable y considerado, y siempre dispuesto a considerar de manera positiva todos los caprichos que ella le solicitara. Berenice estaba segura de que, el día que llegara a gobernar los destinos de Roma, el pueblo acabaría adorándole.

No, el problema no era el joven Tito, sino Vespasiano. Aquel hombre era todo lo contrario que su hijo, incluso resultaba difícil de creer que fueran de la misma sangre, porque no se parecían en nada.

El Princeps se negaba, de forma categórica, a que su hijo se desposase con la princesa judía. Y alentaba el concubinato como única manera posible de relación entre ellos.

El mismo Vespasiano, ahora viudo, usaba esa misma fórmula. Compartía cama con Caenis, pero nada más. Jamás aparecía con ella en público y nunca hacía comentario alguno sobre su relación, lo que la convertía, de hecho, en una sombra usada con el único propósito de calentar la cama del Princeps.

El principal argumento de Vespasiano era que una parte importante del Senado no vería con buenos ojos a una princesa extranjera como esposa del futuro director de los destinos de la sociedad más avanzada del mundo. El senador Cayo Licinio Marciano era un buen ejemplo de esa repulsa. Preconizaba hasta la saciedad la ética necesaria para que la clase patricia fuera un ejemplo para el resto de la sociedad romana. Y, por supuesto, una esposa extranjera con un posible hijo medio extranjero —que pudiera acabar convertido en Princeps— estaba fuera de los cánones idóneos.

Con el ejemplo de su padre, Tito no tenía alternativa alguna: o Vespasiano, o ella. Y la princesa judía era lo suficientemente lista para no tirar demasiado de la cuerda.

A sus cuarenta y cinco años, Berenice era ya una mujer de mundo. Sabía cómo funcionaban las cosas, y que una buena estrategia y la paciencia serían sus mejores aliadas.

Sin embargo, se sentía muy molesta por la actitud de repulsa de Vespasiano hacia ella. ¡Precisamente ella, que había gastado mucho oro en ayudar al ahora Princeps a llegar a ese cargo durante la guerra en Jerusalén! Convencida de que era el hombre idóneo, lo ayudó hasta el límite de sus propias finanzas. Y aquel oro, el propio Vespasiano lo había reconocido, había resultado fundamental y definitivo.

Y ahora ese hombre, convencido de ser casi un dios, le daba la espalda.

Pero Julia se consideraba una mujer inteligente, y no se dejaría llevar por rabietas inoportunas o enfados estúpidos que rompieran con todo lo conseguido hasta ahora. Estaba en Roma. Vivía en la Domus Aurea. Compartía cama con Tito.

Eso lo tenía en su regazo, y no estaba dispuesta a renunciar a esas pequeñas victorias. Aunque nadie en la ciudad, más allá de un muy reducido grupo de gente, supiera que la princesa judía vivía en la propia Roma.

Ahora Berenice estaba delante de un espejo, acabando de arreglarse. Tito no tardaría en aparecer, y quería estar radiante para él.

A sus cuarenta y cinco años aún era hermosa, y ella era totalmente consciente de eso. Apenas algunas arrugas cercanas a la comisura de los ojos denotaban su madurez. Sabía que sus mejores bazas eran sus labios, carnosos y sensuales, y sus ojos, grandes, oscuros y enigmáticos. Su cuerpo sí notaba el paso del tiempo, pero la ropa adecuada, una luz velada y unas manos hábiles hacían que esos pequeños defectos fueran casi imperceptibles. Además, contaba con la propia sensualidad oriental, tan apreciada e idolatrada por las gentes latinas. Esa era un arma muy poderosa en manos de quien supiera blandiría con eficacia. Y Berenice era toda una maestra en ese arte.

Sus estancias en palacio eran de tamaño medio, pero podían considerarse lujosas. El mármol brillaba en cada rincón donde uno mirara, y la decoración no era en absoluto sencilla. Los cortinajes procedían de telas de gran calidad, al igual que la madera de los muebles. La cama era grande, y el colchón, de plumas.

Berenice poseía dos esclavos propios, un hombre y una mujer. Se los había traído desde Judea, y no quiso ninguno más. A pesar de que Vespasiano intentó regalarle un par de hombres, «Para tu protección», dijo el Princeps, tenía claro que la misión de esos dos individuos se acercaría más al espionaje descarado que a la labor de guardaespaldas, de modo que los rechazó.

Sabía que podía confiar en sus dos esclavos, y eso la tranquilizaba.

Ahora estaba sola. Desde la habitación, podía oír cómo las pisadas de Tito resonaban en los pasillos marmóreos de la Domus Aurea, acercándose con decisión.

La puerta de sus dependencias se abrió, y el hijo del Princeps irrumpió en la estancia. No era un hombre atractivo, ni mucho menos. De corta estatura, pelo escaso y más bien rechoncho, destacaba más por su carácter y buen hacer que por tener un físico arrebatador.

—¡Estoy harto de todo este embrollo! —exclamó apenas hubo cruzado el umbral.

Berenice se levantó de la silla y avanzó un par de pasos hacia él. Tito recorrió el trecho desde la puerta en cuatro grandes zancadas.

—¿Ha ido todo bien? ¿Algún problema al final? —preguntó ella, mostrando un gran interés.

Tito la abrazó con fuerza y pasión, como si quisiera recuperar en ese cálido contacto la frialdad de la política. Tras un largo beso, él contestó.

—Sí. Todo como cabía esperar, nada se ha torcido más allá del guión previsto. —Parecía como si aquel beso hubiera aliviado la rabia que había mostrado solo unos segundos antes.

—¿Y tu padre? ¿Te ha dicho algo más? —Aquella pregunta estaba llena de temor.

Tito tardó unos segundos en contestar. El tema de fondo de aquella conversación era el chantaje que habían recibido al filtrarse la presencia de Berenice tanto en Roma como en la cama del heredero al principado.

—No —contestó Tito negando levemente con la cabeza.

—Pero no te lo perdona, ¿verdad?

La princesa de Judea sabía que aquello molestaba en extremo a su amante, pero creía necesario hablar del tema.

—Por su mirada, queda claro que no. Aunque, si te soy sincero, a veces me cuesta comprender sus reacciones. Ahora me nombrará jefe de la Guardia Pretoriana; no sé cómo tomármelo, la verdad…

Berenice arrugó la nariz. Tito tenía razón: su padre, en ocasiones, se comportaba de un modo complicado.

—Es un buen cargo. No me cabe duda de que piensa en ti como su sucesor, y que nada hará que cambie esa idea.

—La alternativa aún es peor. Mi hermano cada día bordea más la locura…

Domiciano, el hermano menor de Tito, era un hombre con las mismas rarezas de Vespasiano. Aunque, en lugar de ser ocasionales, eran permanentes. Ante la alternativa del hijo menor, Tito se convertía en un excelente heredero.

—Hoy necesitas un trato especial. Ven… —dijo ella de forma sensual.

Pasaron a una sala adyacente, también con suelos y paredes de mármol, pero con una pequeña piscina en el centro. Por la temperatura de la sala, quedaba claro que el agua de la piscina estaba caliente; un ligero vapor, a modo de neblina, aseguraba una buena calidez.

La esclava personal de la princesa de Judea estaba en un rincón con un diminuto instrumento de viento entre las manos. A una señal de su *domina*, comenzó a tocar una melodía sinuosa, en un tono tan bajo que parecía situarla muy lejos de allí.

Berenice le quitó la ropa a Tito, hasta dejarlo totalmente desnudo. Le miraba a los ojos con firmeza y descaro mientras abría los labios ligeramente, como si se sintiera excitada.

—Métete dentro del agua.

Tito obedeció sin rechistar, como un cordero. Berenice esperó a que se sentara dentro de la piscina y se pusiera cómodo.

Entonces ella comenzó a moverse, con sensualidad y evocando con sus gestos la misma melodía que tocaba la esclava. Fue quitándose la ropa poco a poco. Primero le mostró los hombros desnudos. Después, ambos pechos.

Dejó caer la parte externa de su vestido, quedando vestida únicamente con una camisola muy fina y transparente. Continuaba bailando. Se acariciaba y cerraba los ojos como si obtuviera placer en aquello. Los abría, mirando a Tito con deseo. Se mordía levemente los labios…

Con la camisola aún puesta, se metió dentro de la piscina. El agua pegó aquella fina tela a su cuerpo como si fuera una segunda piel, y Berenice se dio cuenta de que Tito estaba ya muy excitado: se acercó a él, y comprobó la dureza de su miembro con ambas manos, de una forma muy descarada. Se pegó a él como la misma tela que llevaba. Le besó con fuerza en los labios, incluso le mordió el labio inferior; él gimió casi de dolor, pero Berenice sabía cuánto le gustaba a Tito esa pequeña tortura.

Se sentó encima de él y se metió el falo en su interior. Tito se dejaba llevar, sometido por completo a su influjo. Ella empezó a moverse cada vez con más vigor, hasta que cabalgó como si fuera una yegua desbocada.

Le mordía la lengua, le arañaba el torso, le miraba con ojos de locura. Todo aquel tropel de sensaciones acabó en una explosión de placer, hasta que Tito pareció hallarse al borde de la locura. Después del orgasmo, ella continuó abrazada a él con el falo aún en su interior un buen rato.

⁎ ⁎ ⁎

—Esto cambiará cuando mi padre no esté, te lo prometo —le dijo Tito un rato después, tumbados ya en la cama.

Ella no respondió. Tenía la cabeza apoyada en el pecho desnudo del hijo del Princeps, y le miraba a los ojos.

—Te voy a convertir en la primera mujer de Roma, y la ciudad lucirá tu belleza con orgullo, como si fueras romana.

«Es un cielo», pensó Berenice. Si aquel hombre fuera capaz de cumplir sus promesas, ella se convertiría en todo aquello que había soñado, y todos sus esfuerzos habrían valido la pena.

—Tu padre tiene una salud de hierro. Pero mientras tanto, te tengo entre mis brazos. ¿Qué mujer del mundo entero no se sentiría dichosa? —A pesar de lucir una buena sonrisa, Berenice tiñó a propósito aquella declaración con un cierto color de tristeza.

El rostro de Tito dibujó un mohín y resopló de manera evidente.

—Aun siendo el jefe de la Guardia Pretoriana, jamás podría acercarme a mi padre para hacerle daño.

Berenice levantó la cabeza del pecho de su amado con la sorpresa en su rostro.

—¡Yo jamás te pediría eso! Y lo sabes bien, amor mío. Lo sabes muy bien.

—Sí, lo sé —repuso Tito con el rostro aún compungido.

—Si supiera que mi presencia aquí te hiciera daño, me marcharía para siempre y no me verías nunca más. Nunca más.

Él le cogió la cabeza con ambas manos y le dio un beso en los labios con más ternura que pasión.

—No podría dejarte marchar, amor mío. Si te perdiera, me convertiría en un muerto andante. Eres mi vida, Berenice. Sin ti no sería nada. Nada.

—Deberás tener paciencia con tu padre…

El malhumor volvió al rostro de Tito.

—No puedo esperar a que se muera para poder ser feliz a tu lado.

Durante casi tres minutos, ambos se mantuvieron en silencio. Las reflexiones sobre lo que no se había dicho parecieron materializarse ante ellos como si se tratara de estructuras sólidas.

Tito rasgó esas estructuras.

—Desde que mi padre es Princeps, han intentado acabar con su vida en dos ocasiones —Berenice vio que un nudo atenazaba la garganta de su amado —. En la segunda, casi lo consiguen; le fue de muy poco. El veneno en su copa actuó demasiado lento con su catador; apenas unos segundos más, y no lo habría contado.

La princesa judía levantó la cabeza y miró fijamente a los ojos del hombre que compartía su lecho.

—Creí que controlaba bien al Senado, y que su número de enemigos estaba disminuyendo…

—Sí, es cierto. Su control de la Curia es cada vez más sólido. Y, ahora, con mi nombramiento como jefe de la Guardia Pretoriana, busca un mayor control sobre toda Roma. Aun así, es difícil gobernar un imperio tan vasto como el que conforman Roma y sus provincias y no tener enemigos; diría que es incluso imposible.

—¿No se sabe quién estaba detrás de esos atentados?

Berenice vio cómo los ojos de Tito se movían de manera nerviosa, aunque solo fue durante un par de segundos. Después contestó con bastante calma.

—No, pero se está investigando a fondo. Y se ha redoblado la seguridad a su alrededor. Además, con la construcción del nuevo palacio, las medidas de seguridad serán aún más eficaces.

Tito le escondía algo. Esa fue la primera impresión de la princesa. Su amado ocultaba algo que temía mostrarle incluso a ella. Berenice entrecerró los ojos pensando en qué podría ser tan terrible, incluso más allá de atentar contra su padre, pues estaba convencida de que lo que le ocultaba no se limitaba únicamente a eso. Allí había algo más, mucho más.

¿Pero qué podía ser más grave que querer atentar contra la vida de tu propio padre?

No podía preguntárselo de manera directa, ni mucho menos. Sabía que, aun siendo Tito un hombre de carácter no muy fuerte, la capa del orgullo masculino tenía tal grosor que un simple intento de lacerarla sería doloroso y desagradable. Si Tito tenía que contarle algo, la intención tenía que surgir de sí mismo. Aunque Berenice podía darle un pequeño impulso a esa intención.

—Bueno… —dijo ella, de manera lenta y con largas pausas en sus palabras, haciéndose la inocente—, ya sé que tú nunca irías en contra de tu padre, y no estoy segura…

—No vayas con rodeos…

—Es que…, verás, hay cosas que un buen hijo jamás haría contra su padre. Ni siquiera las pensaría. Tal vez no sea correcto que te cuente…

—No soy tan buen hijo como piensas. Dímelo, por favor… —un empujón más, otro más.

—Sé que eres un buen hijo. Adoras a tu padre, eres un hombre de corazón suave, jamás harías algo malvado contra nadie, y menos contra tu propio padre.

Berenice vio cómo una gigantesca sombra cruzaba por la mirada de Tito. Era como si una espesa capa de nubes, muy densa y gris, cruzase por delante del sol estival, o como si la luna tapase el sol. Algo apuñalaba el dulce corazón de su amado, algo que iba más allá de la muerte de su todopoderoso padre.

La princesa se dio cuenta, además, de que sus palabras comenzaban a hacer mella; los ojos del hijo del Princeps se movían de forma nerviosa, como agitados por una maldad invisible.

—No soy tan bueno como crees, Berenice… Y no empieces con tus jueguecitos; ambos nos conocemos ya bastante bien —naturalmente, Tito no era tan estúpido.

—¿Qué te ocurre? Hay algo que te tortura… Algo maligno.

Él la miró con los ojos muy abiertos, como si el secreto mejor guardado hubiera sido descubierto. Berenice también vio cómo la frente de su amante adquiría un tono brillante por una transpiración que poco tenía que ver con el calor.

Tito apartó la mirada, escondiéndola.

—Hay algo, sí. Algo que no puedo compartir con nadie, y menos contigo. Si lo hiciera…, si lo hiciera, también tú sufrirías las consecuencias.

—No tengo miedo a nada. Y creí que me amabas lo suficiente… —Aquel «jueguecito» femenino era muy viejo, pero en muchas ocasiones aún resultaba útil.

—Es por mi amor por ti que no puedo decírtelo. Te amo demasiado…

—Pues no me ames tanto y déjame que comparta tu carga. Te sentirás mucho mejor. Y sabes bien que soy una mujer con muchos recursos…

Tito volvió la mirada hacia ella. Berenice vio ahora mucho miedo, muchísimo más que antes.

—No es cuestión de recursos, amor mío. —La voz le temblaba y la princesa pudo ver cómo los ojos de su amado se tornaban vidriosos—. No quiero que sufras…

—¿Que no quieres que sufra qué?

—La maldición… Si te hablo de ella, tú también la sufrirás —Tito se tapó la boca justo cuando la última palabra emergía de ella, en un vano intento de atraparla e impedir su fuga.

Berenice lo miró con cara de extrañeza. Aquello era toda una sorpresa, pues ella estaba convencida de que era algo relacionado con su padre. Tal vez, incluso, algo relacionado con la familia. Pero una maldición…

El cerebro de la princesa comenzó a trabajar buscando el posible origen de aquella maldición. No quería forzar más a Tito, pues estaba claro que el pobre estaba al límite de la desesperación. Y la inteligencia y la lógica eran armas que ella siempre había sabido usar bien.

Apenas fueron unos segundos, pero la respuesta apareció en su cabeza como si en realidad la estuviera viendo.

—La destrucción del Templo en Jerusalén —comentó Berenice en un tono alto—. Se trata de eso. ¿Qué ocurrió allí?

Tito escondió la mirada mientras negaba con espasmódicos movimientos de la cabeza. Berenice se sentó encima de él. Le cogió con ambas manos por detrás de la nuca y lo acercó a su propio rostro hasta casi tocarse la nariz.

—Algo ocurrió en Judea. Yo soy judía, Tito. Sé cosas que tú desconoces sobre mi tierra. Sé, por ejemplo, que hay maldiciones muy poderosas que

serían capaces de causar mucho daño. Pero también sé que, incluso esas, siempre tienen una salida.

Tito la miró con sorpresa, como si acabara de descubrir una verdad que le había sido velada. O como si atisbara el principio del fin de sus pesadillas más oscuras.

—¿Es posible deshacer una maldición por muy fuerte que esta sea? Tal vez buscando las *tabulae defixionis* y destruyéndolas… —susurró Tito con voz temblorosa.

En el mundo latino, las maldiciones se escribían en tablillas de plomo. Allí se pedía la ayuda a alguna divinidad para cumplir con lo escrito, normalmente una amenaza contra alguien determinado. Estas *tabulae* se colocaban en un lugar concreto para que fueran eficaces: un cementerio, un manantial sagrado o sitios donde se tenía la percepción de que los dioses habían dejado su sello. Si esas *tabulae* se destruían antes de tiempo, la maldición podía quedar sin efecto.

—Las fuerzas oscuras son muy poderosas —Berenice negaba con la cabeza, y comenzó a hablar con cierta prepotencia, mostrándose autoritaria—. Y aquí no hablamos de una maldición romana, donde todo queda reflejado en unas tablas que pueden destruirse. Una maldición judía pronunciada a pleno pulmón hacia los cielos es muy poderosa, pues es el mismísimo Dios, o Satanás, quien ha recogido la voz y quien retiene el mandato.

Tito escuchaba con la boca algo abierta, y sin mostrar el más involuntario de los parpadeos.

—Si realmente fue una maldición como esa…, ya que no puedo saber exactamente a qué te refieres —concluyó de manera seca la princesa.

Esa sequedad sacó al hijo de Vespasiano de su aturdimiento. Durante unos breves segundos, pareció estar valorando sus siguientes palabras. «Probablemente —pensó Berenice—, le será difícil reprimir las ganas de contarlo. Necesita compartir su angustia».

Tito comenzó a hablar. Lo hizo de manera lenta, como si cada palabra necesitase de todo su esfuerzo para salir de su garganta.

—Es algo complicado…, y ni yo mismo sé cómo empezó todo… —tragó saliva un par de veces antes de continuar—. Pero la primera vez ocurrió por la noche, mientras dormía. Fue unos días antes del asalto final a Jerusalén. Me fui a dormir, cansado. La jornada había sido dura. La maldita Fortaleza Antonia resistía y parecía que nunca iba a ceder. Mientras dormía, se me apareció un ser alado, sin sexo definido, pero era humano. Su voz era suave, aunque algo rasgada, como la de un chico adolescente en pleno cambio. Me

habló despacio, y me advirtió de los peligros que encerraba el asalto a Jerusalén. Y me aseguró que solo la salvaguarda del Templo podría salvarme también a mí.

Tito miró a Julia buscando cierta comprensión en aquello que decía.

—Recibiste la visita de lo que nosotros llamamos un ángel; un mensajero de Dios. Es normal que un pagano como tú desconozca estas cosas.

Su amante inclinó ligeramente la cabeza y continuó hablando:

—No sé qué hubo de real en todo aquello. Tal vez solo fuera un sueño, algún comentario que oí los días anteriores y que ahora…

—Recibiste la visita de un ángel de Dios, Tito —le cortó ella, buscando prolongar aquella especulación y evitando romper con el temor ante un castigo divino.

—Bueno…, es posible. El hecho es que me lo tomé muy en serio, y di órdenes muy explícitas para proteger, a toda costa, el Templo de Jerusalén. Hablé con mis generales, y desarrollamos una estrategia de asedio basada casi exclusivamente en la intención de proteger ese lugar sagrado…

Berenice sonreía para sus adentros; casi parecía que Tito se excusaba ante ella por aquella maldición, como si en las manos de la princesa estuviera la potestad para redimirlo. Ella, por supuesto, no lo sacaría de su error.

—Sin embargo, a pesar de aquellas medidas, algo falló. No sé qué pudo ser, pero la realidad es que al final, como sabes, el Templo acabó sucumbiendo a las llamas sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo…

Los labios de Tito temblaban ligeramente al recordar aquellos hechos. Julia vio claramente que aquella sombra lo había acechado durante estas últimas semanas, y que ahora, contándolo, parecía sentirse algo liberado, aunque el terror de la duda seguiría dentro de él.

—Después, en la explanada del Templo se me acercó una mujer muy vieja. No recuerdo haber visto nunca en mi vida a una persona tan decrépita como aquella anciana. Pero sí recuerdo bien sus palabras. Las tengo grabadas en mi cabeza como si estuvieran grabadas con un hierro candente: «Maldito serás hasta tu muerte, hijo del César. Has destruido lo más sagrado de esta tierra, has matado niños, mujeres, hombres del pueblo que Dios eligió como suyo. Y Adonai no te perdonará esta ofensa. Todo lo que toques y ames, desde ahora hasta el final de tus días, será maldito y sufrirá por tu culpa, por tu profanación y por tu codicia. Los tuyos te amarán y serás recordado entre los infieles como un hombre casi divino. Pero tus días estarán manchados con la sangre que tus dedos han arrancado de las entrañas del pueblo judío».

Tito miró a su amada, y añadió:

—No sé quién es ese Adonai. Creo que ese fue el nombre que usó…

—Sí —dijo Berenice—, es uno de los nombres por los cuales se nombra a Dios. De manera literal, significa señor, gobernante. Pero cuando se usa ese término es señal de que quien habla es alguien muy religioso y cercano a Dios. Solo un sacerdote usaría una palabra así.

—No, era una mujer —Tito no estaba dispuesto a que su recuerdo fuera puesto en duda—. Estoy seguro de eso. Y era vieja, muy vieja. Varios de mis generales también la vieron.

Berenice levantó el mentón y lo miró de manera condescendiente, conminándole a continuar.

—Después, durante el otoño e invierno que pasé allí antes de regresar a Roma, visité distintos puntos sagrados con la intención de asegurarme el favor de otros dioses más poderosos que el de los judíos.

Julia sonrió ante aquel intento tan romano de combatir a sus enemigos, fueran cuales fueran.

—Visité el oráculo de Apis, en Egipto, y ahora me ha llegado la noticia de que estas pasadas semanas una fuerte tormenta mató a varias personas allí y casi destroza el santuario. Por lo visto, Berenice, allí nunca se producen tormentas de ese tipo, jamás.

El rostro de Tito se volvió oscuro, como si un velo casi intangible lo cubriera de pronto.

—Casi me había olvidado de esa maldición, pero ahora me doy cuenta de que lo sucedido estos meses, desde mi llegada de Judea, no ha sido más que un cúmulo de desgracias —por un momento, Berenice vio que el rostro de Tito se ensombrecía aún más—; los intentos de asesinato contra mi padre, el hecho de que me impida tomarte como esposa… Todo cuanto toque estará maldito. Ahora, incluso tú, al habértelo contado, estarás tan maldita como yo…

Sin llegar a derramar una sola lágrima, Tito comenzó a sollozar de manera evidente. Solo aquella hombría que Vespasiano había troquelado en su hijo desde la más tierna infancia le impidió llorar de verdad. Tito hundió su rostro en la almohada para refrenar su miedo.

—Has tardado demasiado en contármelo.

Julia habló con frialdad, como lo haría un maestro ante un mal alumno o una madre severa ante un hijo demasiado inquieto. Durante unos segundos, ella no dijo nada más, esperando que los remordimientos de su amante trabajasen a su favor. Con cada segundo de silencio, el corazón del hijo del

Princeps latía con más fuerza y su mente se oscurecía más y más. Cuando él se incorporó, Berenice supo que había llegado el momento de volver a hablar:

—Aunque tal vez todavía estemos a tiempo de solucionarlo… —dijo casi de forma triunfal, mirando de manera directa a los ojos de su amante, con dureza pero al mismo tiempo con complicidad.

No sonrió, se mantuvo seria y circunspecta, intentando dar más dramatismo a una situación ya de por sí delicada. Tito la miraba como si fuera un perrito callejero abandonado pidiendo un poco de comida. Por un momento, Berenice estuvo a punto de sonreír, al imaginar que su amante llegaba incluso a menear la cola, como lo haría el solitario can.

—Pero necesito saberlo todo, conocer todos tus actos. Cualquier omisión o mentira que contamine ahora tus palabras me impedirá ayudarte a acabar con la maldición. —Aquello era toda una declaración de intenciones. No quería que Tito acabara ahora escabullándose de su lazada.

Y el hijo del Princeps se sometió a las astucias de la princesa judía. Tito se levantó de la cama y se puso una fina túnica blanca. Paseó por la habitación con las manos cogidas a la espalda y la cabeza gacha.

—No, no he intentado acabar con la vida de mi padre. Al menos, no lo he hecho de manera consciente. Los dos intentos de asesinarlo vienen de otra parte; yo no tuve nada que ver en ellos —Berenice le miraba fijamente, evaluando el más mínimo movimiento de los ojos del hijo de Vespasiano, buscando verdades ocultas y mentiras encubiertas—. Ahora, con el cargo de jefe de la Guardia Pretoriana voy a tener mucho más poder en lo que se refiere a su seguridad.

Parecía decir la verdad.

—¿Y qué te preocupa?

Apenas lo pensó un momento, como si fuera una respuesta que llevara mucho tiempo agazapada esperando el momento de salir a la luz.

—Que la maldición también lo alcance a él. Que yo sea el culpable de su muerte, a pesar de no ser quien esgrima el puñal o quien vierta el veneno en su copa. Tengo miedo de no estar a su altura, de no dar la talla.

Julia Berenice estuvo a punto de abofetear a aquel hombre tan estúpido. Parecía que apenas le importara que ella solo fuera su concubina, y que lo primero y más importante para él fuera salvar al Princeps, o al Emperador, como a él le gustaba llamarlo. Vespasiano había alcanzado la cima, era el hombre más poderoso del mundo, y en vez de pensar en sí mismo su hijo solo pensaba en protegerlo.

Era un hombre estúpido.

A pesar de estos pensamientos, Berenice sabía que debía jugar sus cartas adecuadamente. Sin que su amante se diera cuenta, dejó a un lado su rabia y le ofreció la mejor de sus miradas de aliento.

—No te preocupes, amado mío —Julia se levantó y se acercó a Tito; se había envuelto en la sábana de la cama, «solo» con la sábana—. Eres el hombre más generoso de Roma y el mejor hijo para un padre. Sé que jamás le harías daño, y que evitarás a toda costa que alguien pueda hacérselo.

Por un momento, al ver la reacción de Tito, Julia pensó que aquel hombre era capaz de leer sus pensamientos más ocultos, aquellos que ni los ojos son capaces de mostrar. Creyó que había valorado en poco la inteligencia de aquel romano. Pero fue solo por un instante. Después, el hijo de Vespasiano se mostró complacido por las palabras de su amada.

Se volvió hacia ella y la abrazó con ternura.

—¿Qué es lo que tu padre más teme en estos momentos?

—Creo que no tiene miedo de nada, ni de los mismísimos dioses —dijo Tito de manera un tanto socarrona.

—No, lo digo en serio, Tito —Julia se apartó un poco de él, apenas un par de palmos—, algo habrá que sea capaz de enturbiar su mente.

—¿Por qué me preguntas eso? —en los ojos de Tito había una mirada inquisitiva, al borde de la desconfianza.

—Si te preocupa el bienestar de tu padre —Berenice contestó de manera rápida, queriendo mostrar firmeza y seguridad en sus palabras—, deberás impedir que sufra ante aquello que más pueda disgustarle. Y conocer lo que más teme debería ser tu preocupación principal. Ya no solo como hijo, sino también como jefe de la Guardia Pretoriana.

Tito guardó silencio unos segundos, pensativo. Buscaba una respuesta que no era nada fácil.

—Mi padre adora el orden y la disciplina. Como comandante de las legiones, su trabajo ha sido ejemplar. Incluso antes de llegar a comandante, toda su labor en el ejército ha tenido esas premisas. Durante la invasión de Britania, con treinta y cuatro años recién cumplidos y el cargo de Legatus de la Legión II Augusta, mi padre se distinguió por su gran capacidad estratégica, pero la basaba en el orden y la disciplina. Consiguió grandes éxitos y convirtió a la legión bajo su mando en la mejor de todo el mundo romano; no en vano dicha legión recibió el sobrenombre de «La mejor vespasiana».

»Tras su éxito militar, consiguió el cargo de cónsul *suffecto*, pero solo para un par de meses. Disgustado por considerar que no se había premiado de

manera suficiente su gran labor en Britania, se retiró de la política. Regresó unos años más tarde al ser nombrado gobernador de la provincia de África. Allí fue en contra de aquello que se consideraba correcto. En lugar de lucrarse y hacer fortuna, buscó el buen gobierno. Hizo buenos contactos, y obtuvo gran cantidad de clientes que le sirvieron en el futuro. Naturalmente, no todo el mundo alabó su labor; aquellos que estaban acostumbrados a vivir de la corrupción de los gobernadores le criticaron de manera abierta, y él se enfrentó a varios de ellos. Se mostraba inflexible y muy seguro de su forma de entender la vida pública.

Tito miró a Berenice, que lo escuchaba con atención:

—Incluso pasó por grandes dificultades financieras, algo increíble para un gobernador. Ahí fue cuando le sobrevino el apodo de Mulio, porque reactivó el comercio de mulas para no quedar totalmente arruinado. Pero el orden y la disciplina siguieron siendo sus principales estandartes. Después cayó en desgracia. Lo obligaron a acompañar a Nerón en su periplo por Grecia, y ahí se demostró que la diplomacia no era para él. Mi padre es un soldado, un administrador. Nunca será un buen diplomático.

—¿Qué ocurrió en Grecia? —le preguntó Julia. Aquel episodio en la vida de Vespasiano era muy poco conocido, y si ahí podía encontrar una debilidad en él era interesante conocer bien la trama.

—Mi padre no habla mucho de ese tema. Sin embargo, por lo que sé, no mostró la suficiente atención hacia el Emperador, que en esos tiempos era Nerón. De hecho, parece que se durmió en una cena en la que el Emperador tocó la lira, algo que enojó mucho a Nerón.

—¡Eso no puede ser cierto!

—Nerón estaba loco, y era capaz de las más impensables barbaridades —Julia sabía del odio que padre e hijo profesaban por Nerón—. En cualquier caso, siendo eso verdad o no, la realidad es que mi padre cayó de nuevo en desgracia, y una vez más se retiró de la primera línea. Parecía que su vida política jamás volvería a levantar cabeza.

—Pero no fue así.

—No. Apenas un par de semanas después de aquel episodio, y estando aún en Grecia haciendo los preparativos para su regreso a Roma, estalló la revuelta judía.

La miró a los ojos, consciente del protagonismo de su amada en aquel asunto.

—Con Nerón en Grecia y sus generales esparcidos por medio mundo, el Emperador solo contaba con mi padre y su buena experiencia como militar y

buen administrador. Lo envió a sofocar aquella revuelta sabiendo que era una tarea muy compleja; tal vez pensara que un fracaso en su gestión hundiría a mi padre de manera definitiva. Nunca se sabe lo que puede albergar una mente poseída por la locura.

»Y conoces bien el final de todo. Dos años después, Nerón se suicidó. Y Roma entró en un período negro de guerra civil, con cuatro emperadores en un único año. Ahora, mi padre, como único gobernante de Roma, se ha empeñado en ordenar todo lo que estos turbulentos años han destrozado. Dejar una Roma limpia, aseada y ordenada parece ser su única preocupación. Y lo va a conseguir. Sin duda alguna, lo va a conseguir… —repitió en un tono bajo y apenado.

Era inconcebible que todo un Princeps de Roma, el hombre más poderoso del mundo, casi con el poder de un dios, tuviera esa mundana preocupación. «Pero así son los hombres —pensó Berenice—. Pretenden convencerse de que poseen la capacidad de discernimiento de los dioses, aunque en realidad son tan simples y vulgares como una insignificante piedra».

⁎ ⁎ ⁎

Al día siguiente, cuando Julia se despertó pensó que iba a ser una jornada perfecta para todo tipo de reflexiones.

Había conseguido mucha información, y habían transcurrido las suficientes horas para que su mente empezara a procesarla y a maquinar la mejor forma de usar todo lo que su amante, el hijo de Vespasiano, le había contado.

La revelación de que Tito no había participado en los atentados contra el Princeps no la sorprendió demasiado. Berenice sabía perfectamente que Tito era inocente de como mínimo uno de esos atentados, y lo sabía porque ella misma había sido la instigadora de ese intento de magnicidio.

Desconocía, sin embargo, el nombre de la persona que había orquestado el otro atentado. No era nada fácil averiguarlo. Como Princeps, Vespasiano tenía muchos enemigos que deseaban su muerte. Además, era un hombre muy poco diplomático en su trato con la gente, y eso no ayudaba a menguar esa cuota de rivales y oponentes.

Por otra parte, gracias a lo que Tito le había contado durante la noche anterior, Julia sabía ahora que Vespasiano se había convertido en un hombre duro y obstinado con un único objetivo, y que su obsesión por el orden y la disciplina lo habían llevado a ser tan inflexible como el más duro de los metales.

Luego estaba todo aquello de la maldición que acarreó la destrucción del templo en Jerusalén. Como judía, Berenice conocía bien el valor que tenían las maldiciones. Había visto muchas cosas en su tierra como para no hacer caso de ellas. Realmente, Tito estaba en una situación muy difícil, y Julia no sabía cómo podía ayudarlo. Por supuesto, no temía por sí misma, aunque estar tan cerca de Tito —y ser su amante— pudiera exponerla de algún modo a las iras de Dios.

Por último, estaba el hecho que Tito, por el momento, no se enfrentaría a su padre, por mucho que él afirmara lo contrario. No haría nada por acabar con aquel degradante concubinato y conseguir desposarse con ella.

De momento, Julia Berenice tendría que tejer sus estrategias desde las sombras de su privilegiada situación en Roma.

Capítulo IX

LUCIO SURA

Una idea colosal

Villa de Cayo Severo, Pompeya
Primavera del año 71 d. C.

Aunque el viaje hasta Pompeya era largo, Lucio no escatimó esfuerzos y pudo completar el trayecto en una única jornada, antes de que la luz diurna agotara su luminosidad. Esa noche no visitó a Cayo Severo —el objetivo de su viaje —, sino que pernoctó en la ciudad, a la espera de que el anciano senador aceptara recibirlo al día siguiente.

Por la mañana, tras haber recibido la confirmación de que Cayo Severo le recibiría, se acercó hasta la suntuosa villa, situada al noroeste de la ciudad. No le fue nada difícil encontrar la residencia del anciano senador: solo había que seguir la vía que comunicaba Pompeya con Herculano.

Una vez frente a la villa, se dio cuenta de que era inconfundible. La situación del lugar y la arquitectura del edificio hablaban perfectamente sobre los gustos de la persona que la habitaba. La especial sensibilidad de Severo para la belleza y su contemplación era conocida por todos en Roma. Los jardines que rodeaban la villa, aun no siendo especialmente grandes, lucían con armonía y sencillez. Una fuente en medio de un estanque circular, delante de la entrada principal, confería esa paz al espíritu que solo el sonido del agua es capaz de producir. Sin embargo, Lucio Sura no se entretuvo demasiado en observaciones arquitectónicas ni en la belleza del paisaje.

Otros asuntos reclamaban su atención.

Nada más llegar, un esclavo lo atendió y cogió su caballo, mientras otro sirviente lo invitaba a acompañarlo al pequeño vestíbulo, donde lo esperaba Cayo Severo.

—Ah, Lucio Licinio Sura…, sé bienvenido a mi villa —le dijo el anciano nada más verlo; le estrechó la mano y le sonrió levemente—. Nos hemos visto poco, pero te recuerdo bien.

—Tu memoria es mucho mejor que la mía, Cayo.

—Fue hace mucho, y en dos momentos puntuales, tampoco hay que darle más vueltas. Sí conocí bien, en cambio, a tu padre. Trabajamos codo con codo en los inicios del gobierno del Princeps Claudio. Unos tiempos tormentosos…, la verdad sea dicha.

Mientras el anciano hablaba, Lucio rebuscaba en los rincones más inaccesibles de su memoria sin lograr encontrar el momento en que él y Cayo habían coincidido. Cayo Severo no era romano en el más estricto sentido de la palabra. Nacido en la península Itálica, en Neapolis, había conseguido la dignidad de senador por su enorme fortuna y sus orígenes nobles; un ascenso solo habitual desde la época de Augusto. Y un caso muy parecido al de su propio padre. Pero Lucio era incapaz de recordar cuándo se habían conocido. Cayo Severo llegó a ser senador, aunque ejerció poco como tal. Y en los últimos quince años solo había aparecido por Roma de manera muy esporádica. En cualquier caso, Lucio sí que conocía, en cambio, la relación que tuvieron Cayo y su padre, el viejo Sura. Una relación que no acabó del todo bien.

Cayo lo acompañó hasta la parte trasera de la villa, allí donde estaba aquella terraza con la magnífica exedra y las vistas igualmente magníficas.

—Permíteme que te ofrezca mi hospitalidad —le dijo el anciano al tiempo que extendía el brazo derecho conminándole a echarse en un *kline*. Cuando Lucio se hubo tumbado, Cayo se acomodó en el otro. Frente a ellos, una pequeña mesa contenía frutas y diversos aperitivos, además de vino, agua e hidromiel.

—No puedo más que felicitarte por tu espléndida villa, Cayo. Disfruta de una ubicación privilegiada, y la vista desde aquí es digna del Princeps…, o de un distinguido senador itálico —sonrió ante esta última aseveración, dejándole claro quién era itálico y quién no.

—Sí, a un hombre viejo como yo pocas cosas le quedan, aparte de disfrutar de una vida relajada, llena de paz y alejada del mundanal bullicio de Roma o de Neapolis.

Cayo levantó ligeramente la cabeza y miró a Lucio. Había llegado el momento de que el recién llegado explicara el motivo de su visita. Lucio cogió aire, y empezó a hablar:

—Como sabes, Cayo, las cosas en Hispania han sido… bastante turbulentas en estos últimos años; de hecho, lo han sido tanto como en Roma. O como en muchas de las provincias. Vivimos tiempos convulsos para la paz, pero muy apropiados para hombres poderosos como nosotros. La Baética

sigue en estado de desorden. Cluvius Rufus, aunque gobierna como procónsul, lo hace desde Roma y sin la autoridad de la mayoría del Senado. Muchos pensamos que Vespasiano está detrás de todo.

Desde las reformas de Augusto, unas décadas atrás, Hispania había sido dividida en tres provincias: Tarraconense, Lusitania y Baética. Las dos primeras estaban bajo la protección del mismísimo Princeps, y él elegía a sus propios procónsules. La última, en cambio, era una provincia senatorial, de modo que era el Senado quien nombraba al procónsul para gestionar la administración de esta porción de Hispania.

Cayo aguardaba pacientemente a que Lucio fuera al meollo del asunto. Conocía perfectamente todo lo que le estaba contando.

—El tema de fondo son las minas de plata de la Baética…

Lucio se detuvo un instante, y observó al anciano senador con una ceja levantada, para ver cuál era su reacción. Cayo, sin embargo, se mantuvo en silencio y sin dar ninguna pista de su postura sobre este tema.

—Según parece —continuó Lucio—, la política de Vespasiano de intentar controlar al Senado pasará por promocionar a aristócratas provinciales como miembros activos de la Curia senatorial.

Cayó afirmó con un suave movimiento, pero sus ojos continuaban igual: impasibles y mirándole fijamente.

—Todos sabemos que, en cuanto disponga de esos nuevos senadores, tendrá el control de las provincias senatoriales. Solo es cuestión de tiempo. Y ahora estamos ante una gran oportunidad para hombres con una buena visión de futuro.

Era el momento.

—Hemos formado un grupo de hombres fieles a los principios republicanos. Nuestro propósito es contrarrestar la agresiva política del Princeps, anticipándonos a sus movimientos. El control económico de ciertos puntos estratégicos es clave para no sucumbir ante él.

Ni una palabra por parte de Cayo, ni un solo gesto.

—El primer paso es el control de las minas de plata de la Baética. Necesitamos que una docena de aristócratas fieles a la República se hagan con esas minas. Eso supondría una gran ventaja.

Aunque Lucio era un aristócrata provincial, quedaba bien claro que su objetivo no era ser fiel a su principal avalador. Al contrario, mezclarse con los patricios de la más vieja alcurnia se había convertido en su principal objetivo.

Cayo permaneció unos momentos en silencio, sin mover ni un solo dedo. Después, se puso de pie lentamente.

—Ven, Lucio, quiero mostrarte algo.

El invitado no dijo nada y cumplió los deseos del anfitrión. Cayo se internó por los pasillos de la villa, y Lucio, a su lado, le seguía sin saber cuál era el propósito del anciano senador.

Tras una serie de pasillos, la apertura de una puerta le mostró un pórtico en obras. Un pequeño grupo de hombres sudorosos movían unos maderos con gran esfuerzo.

—¿Dónde está Calícrates? —preguntó el anciano a esos hombres.

Uno de ellos dejó a los demás y se acercó hasta el dueño de la villa.

—Está en Herculano, señor.

—¿En Herculano? ¿Y qué hace en Herculano?

—Las *tegulae* que llegaron eran de distinto tamaño, y Calícrates en persona ha ido hasta el alfarero para seleccionar las que sean idénticas. También los *imbrices* llegaron mezclados; Calícrates los quiere todos de perfil laconio.

Cayo soltó una carcajada.

—¡Vaya con el griego! Este hombre no deja de sorprenderme —Cayo lo dijo mirando a Lucio, dejando de lado al tipo que le había contestado—. El arquitecto griego que compré para construir este pórtico es, sin duda, un profesional de los pies a la cabeza. Si Roma tuviera un hombre de su integridad al frente, ni la mejor de las repúblicas sería capaz de mejorar su gestión —y tras decir aquello, cogió del brazo a Lucio y lo invitó a acompañarlo—. Ven, Lucio, te lo ruego.

Ambos salieron de la villa a través del pórtico en obras. Apenas anduvieron unos quince pasos. Cayo se volvió en dirección a la villa, como lo haría quien buscase su contemplación.

—Esa es ahora mi máxima preocupación, la villa. Me quedan pocos años de vida, y los quiero disfrutar aquí, embelleciéndola y gozando con la contemplación de esa belleza. Además, no tengo la fortuna de antaño, ya que la he repartido entre mis hijos, y tampoco la villa es mía del todo, pues la vendí con la condición de usufructuarla hasta el día de mi muerte. —Miró a Lucio con una sonrisa, y añadió—: Lamento que hayas perdido el tiempo conmigo, joven Sura, pero no puedo participar en lo que me ofreces.

Se lo dijo mirándolo fijamente, con toda la sinceridad de la que era capaz y sin mostrar un ápice de titubeo en su voz.

Lucio sonrió mientras negaba con la cabeza.

—No te lamentes, Cayo, venir a tu villa ya vale todo un viaje desde la otra parte del mundo civilizado. Has sido muy amable y cortés conmigo, y solo

lamento haberte hecho perder tu tiempo.

Tras unas cuantas frases amables más, ambos se despidieron.

⁎ ⁎ ⁎

El regreso a Roma fue sombrío. La rapidez de la ida apenas quedó en un deseo, y una lluvia copiosa y persistente detuvo su viaje y consiguió ensombrecer aún más su ya oscuro estado de ánimo.

La llegada a la ciudad apenas mejoró nada. Al contrario, una nota del propio Vespasiano, convocándole dentro de dos días en los Jardines de Salustio, le puso de peor humor.

¿Qué querría ahora Vespasiano? ¿Tal vez había oído algún rumor de su afán por convencer a otros aristócratas provinciales y de la artimaña que había tejido para enriquecerse? Si fuera así, sería realmente difícil negarlo, y aunque su intención no era debilitar a Vespasiano, todas las pruebas apuntarían hacia ese punto… ¿O tal vez había descubierto que Lucio pretendía unirse a los patricios republicanos más extremistas y radicales dejando de lado a quien le había promocionado?

Fuera como fuese, y considerando cualquiera de ambas opciones, aquello iba a ser un verdadero desastre. Aunque tal vez hubiera otros motivos… Sí, esa era su única esperanza: verse sorprendido por algo distinto.

Aquellos dos días se hicieron largos e incómodos. Pero los minutos previos a la hora citada fueron mucho peores.

Los Jardines de Salustio estaban situados al noreste de Roma, tal vez en el punto más alejado de la zona noble por excelencia: el Palatino. Ahora propiedad del Princeps y, por extensión, del pueblo de Roma, fueron subvencionados por el gobernador de África Nova, Cayo Salustio, en el siglo anterior. Tiberio los adquirió para el pueblo, y desde entonces los distintos Princeps eran los principales usufructuarios.

Vespasiano, por ejemplo, recibía a la mayoría de ciudadanos en uno de los pabellones que se alzaban en los jardines.

Era un espacio enorme, casi completamente cuadrado, repleto de arquitectura vegetal: desde árboles frutales y plantas con frutos comestibles, hasta la vegetación que solo servía para aquietar el espíritu humano. Naturalmente, también existían construcciones hechas por el hombre. Apenas media docena de edificios: templos y un par de pabellones.

Un espeso seto rodeaba todo el conjunto, al que solo una entrada permitía el acceso.

Allí encontró Lucio a un servidor de Vespasiano que lo esperaba.

—Senador Sura, *domine*, el Princeps te está esperando. Acompáñame, si eres tan amable.

Sin mediar palabra alguna, Lucio siguió al tipo hasta el pabellón que usaba Vespasiano. Ya había estado allí en varias ocasiones. Naturalmente, no con Vespasiano, pero sí para otros asuntos relacionados con la política.

¿Para qué demonios lo habría citado allí Vespasiano? El malhumor era bien visible en su rostro, en el que se reflejaba la tensión. Las preguntas que se había hecho durante los dos últimos días no dejaban de atormentarlo una y otra vez, sin darle tregua alguna.

El servidor lo llevó hasta una pequeña estancia, detrás de la principal. Lucio jamás había estado allí. Un lugar solo para las reuniones más privadas.

Su corazón latía con fuerza, pero consiguió dominar los nervios. Debía mostrarse lo más sereno posible ante el Princeps.

Dos hombres más aguardaban allí. Uno de ellos vestía la túnica *laticlavia*, pero no era un patricio; probablemente, un nuevo senador provincial, como él mismo —promocionados recientemente por los últimos Princeps—. El otro, por su manera de vestir, pertenecía a la orden ecuestre. Hombres medianamente ricos que ocupaban cargos administrativos intermedios.

De los tres, Lucio era el de más noble cuna. Eso quedaba claro por el porte y la distinción. Las canas que empezaban a platear sus sienes parecían brillar de un modo especial, buscando emerger y mostrar la mayor dignidad del senador Sura. También era el más veterano; los otros dos superaban escasamente los treinta años cada uno.

Nadie dijo nada, pues unos segundos después aparecieron por otra puerta Vespasiano y su hijo Tito. Lucio se sorprendió al ver al joven Tito Flavio Sabino Vespasiano: por las últimas noticias, le hacía en algún lugar en Oriente recibiendo los honores por su triunfo en Judea. Habría llegado a Roma en estos últimos días.

Y allí, de pie ante ellos, Vespasiano empezó a hablar.

—Señores, os estoy agradecido por acudir a mi llamada. Esta es una reunión privada, y por ello os pido la máxima discreción. No es nada impúdico o ilegal el motivo de este encuentro, pero la prudencia nunca está de más.

No era la primera vez que Lucio veía a Vespasiano, pero sí la primera ocasión en que le tenía tan cerca y siendo tan pocos en el encuentro.

—Mi hijo Tito, recién llegado recientemente tras su magnífico triunfo en Judea, aún no ha sido presentado en los altos ambientes de Roma. Pero su presencia aquí es vital para el tema que nos ocupa.

La grave voz del Princeps resonaba con fuerza en aquella estancia de apenas veinte pasos cuadrados y con escaso mobiliario. Una ventana rectangular y que ocupaba casi enteramente uno de los cuatro costados dejaba entrar el calor y la luz primaveral.

—En los Idus de Iulius, Tito encabezará un Triunfo como pocos habrá visto la ciudad de Roma. Espléndidos tesoros y un sinfín de esclavos que la plebe podrá admirar para regocijo del pueblo. Ese día haré un regalo a nuestros ciudadanos: todo el tesoro será gastado para beneficio de las gentes de toda Roma. Lo que es de Roma, que sea para los ciudadanos de Roma.

«Muy propagandístico —pensó Lucio—, al Senado no le hará ninguna gracia».

—También devolveré el espacio que Nerón sustrajo a Roma. —Al pronunciar el nombre de ese Princeps, la voz de Vespasiano cogió un timbre especial, lleno de rabia—. Todo el espacio que acoge la Domus Aurea será entregado a la ciudadanía, para su mayor disfrute.

«Esto va a ser como una lluvia de *pilum* sobre el Senado —murmuró Lucio para sus adentros—. No va a gustar en absoluto».

—Es lícito que cada hombre tenga su manera de pensar —el monólogo de Vespasiano era enérgico, y ninguno de los otros cuatro se atrevió a interrumpirlo—, y fue voluntad de los dioses que Roma sea gobernada como una república de hombres sabios y dirigida por el más sabio de todos ellos.

»Vosotros tres representáis las distintas facciones de la nobleza de esa república. Más allá de la sangre o de los orígenes, sois hombres ascendidos por vuestros méritos y por vuestras fortunas. Distintos orígenes, distintas mentes, distintas ideas. Y ahora son vuestras ideas las que necesita Roma. Dentro de poco, uno de vosotros tendrá el honor de dirigir uno de los proyectos más grandes que haya visto el ser humano desde su andadura por la Tierra.

Aquello sí despertó el interés de los tres hombres que habían sido convocados a aquella reunión. Apenas respiraban para atender con las máximas garantías posibles a las palabras del Princeps.

—También entre padre e hijo las ideas pueden ser distintas —continuó Vespasiano—, pues las ideas nacen en el corazón de los hombres, y cada corazón pertenece a su propio cuerpo. Tito ha propuesto construir un edificio gigantesco de baños termales. Por mi parte, deseo recuperar Roma como una ciudad de mármol. Quiero que todos los edificios que han sufrido destrucciones estas últimas décadas recuperen su brillo, tal como hizo

Augusto en sus tiempos, y cuyo recuerdo aún permanece en la memoria de los hombres de hoy.

Quedaba claro que Vespasiano quería ser recordado como el nuevo Augusto. Paz y mármol habían sido las principales armas propagandísticas de quien era considerado el primero de los Princeps, y adorado casi más que un dios.

Y Vespasiano buscaba la paz y el mármol para imponerse a los que se mostraban contrarios a su gestión.

El Princeps continuaba hablando.

—Pero ninguno de los dos —hablaba de él y de su hijo, Tito— estamos totalmente satisfechos con estas propuestas. Querríamos algo más, algo más grandioso. Algo que los siglos venideros convirtieran en el ejemplo de nuestra brillante sociedad. Algo tan perdurable en el tiempo como colosal. Algo que las gentes de todas las provincias acaben queriendo imitar. Algo que el mundo entero admire hasta el fin de los tiempos…

»Y es ahí donde entráis vosotros tres. Quiero que penséis en ello. Asesoraos bien. Buscad a las mentes más brillantes del Imperio y encontrad aquello que dignificaría a Roma para siempre. Quiero que el día de los Idus de Iunius me presentéis vuestros proyectos, aquí mismo. El mejor se llevará el premio de poder dirigir la construcción de ese proyecto, con los beneficios que ello supone.

Lucio abrió los ojos como si fueran platos. Aun teniendo una gran capacidad para ocultar sus sentimientos, el encargo era demasiado impactante como para poder reprimir semejante reacción de asombro.

—Por último —dijo Vespasiano—, recordad mis palabras iniciales. Discreción, máxima discreción. Ahora, si tenéis alguna consideración…

La madurez de Lucio le otorgó más frescura para procesar la información de manera eficaz.

—Si debemos buscar el consejo de las mentes más brillantes de Roma, será complicado ofrecer la máxima discreción. La gente habla.

—Naturalmente que sí. Pero mientras sean habladurías, quedarán en eso y no harán ningún mal. Os ruego que seáis discretos, y que pidáis discreción.

Uno de los tres hombres convocados, el que no llevaba túnica *laticlavia*, también habló.

—Los tres que estamos aquí no partimos con las mismas condiciones. Es evidente que los senadores disponen de mucho más capital que un équite para acometer la búsqueda de ese proyecto.

—Cada uno recibiréis la suma de treinta mil sestercios para pagar los trabajos que deban realizar los profesionales que contratéis. Del mismo modo que yo, como Princeps, no recibo remuneración alguna por mi labor hacia el pueblo, vosotros tampoco debéis recibirla. El deber de los nobles es buscar siempre lo mejor para la plebe.

No hubo más preguntas ni más palabras por parte de Vespasiano.

Lucio abandonó los Jardines de Salustio con la esperanza de poder escapar del profundo pozo económico en el que estaba metido. Treinta mil sestercios eran una cantidad pequeña —era lo que gastaba con su clientela en pocos días—, pero si conseguía ganar el concurso tendría acceso a un tesoro de proporciones desmesuradas.

Tenía que ganar el concurso como fuera.

Capítulo X

JULIA BERENICE

Todo o nada

Roma, primavera del año 71 d. C.

Había algo que se le escapaba.

A pesar de ser ya una mujer madura con experiencia, la vida —o los dioses, o su dios judío, simplemente— parecía estar burlándose de ella. Y no es que los últimos acontecimientos fueran malos para sus intereses, todo lo contrario: eran mucho mejores de lo que ella hubiera imaginado.

El gran inconveniente es que llegaban en el momento menos adecuado. Y Julia sabía, mejor que nadie, el valor que adquiría una acción cuando esta llegaba en el instante más adecuado. O, todo lo contrario: esa misma acción perdía gran parte de su valor cuando acontecía fuera de los límites temporales idóneos.

Como en esta ocasión.

En los últimos días, había urdido una estupenda estrategia para incomodar a Vespasiano. Aquel era ahora su máximo objetivo: ir contra el Princeps, buscar aquello que más le molestaba y hurgar con toda la fuerza de la que fuera capaz. Vespasiano era el verdadero muro que se oponía a sus deseos, y, como derribarlo era difícil, verdaderamente difícil, la mejor solución era darle pequeños e invisibles golpes con la esperanza de que se debilitase con el tiempo.

Por supuesto, no iba a implicar a Tito en sus planes. Como hijo, resultaba fácil de entender que solo quisiera servir a su padre y ayudarlo en sus distintas empresas. «Como hijo y como hombre bobo que era», pensaba Julia, pues él no veía las trabas que su padre le imponía. Sí, por supuesto, era hijo del Princeps y heredero al cargo, a pesar de que esa última faceta era solo nominal, pues por lo visto en los últimos tiempos era muy fácil que un nuevo líder surgido del estamento militar se alzara contra el máximo gobernante de Roma y derrocara al actual. Sí, estaba claro que la situación de Tito se

sostenía con unos frágiles hilos, tan frágiles como los que sujetaban a Vespasiano.

El Princeps parecía haberse ganado a una buena parte del Senado —que pronto le adoraría por completo, casi como a un dios, si todo continuaba en la misma línea que hasta ahora—, pero un grupo de senadores de la vieja guardia aún se oponía al hombre que regía los destinos del mundo civilizado, y, por lo que Julia había podido ver en los últimos días, Vespasiano estaba muy preocupado por aquel grupo de senadores rebeldes. La derrota y la rendición eran palabras proscritas para el Princeps, pero ahora una larga sombra parecía oscurecer el rostro del hombre más poderoso del mundo.

Y aun así, aquella situación apenas había minado su salud: se lo veía tan enérgico y vital como siempre.

Julia había urdido un plan para debilitar a Vespasiano, pero al ver que los acontecimientos superaban a sus propios planes, decidió buscar otro punto de vista para elaborar una estrategia distinta, y aquella mañana, muy decidida, fue a ver a su hermano, Marco Julio Agripa.

Bisnieto de Herodes, llamado el Grande, e hijo de Herodes Agripa, Marco Julio había apoyado a Vespasiano en la guerra de Judea cuando este último no era más que el comandante de las legiones. Después, con el nombramiento del nuevo Princeps, Vespasiano le había recompensado con nuevos dominios en la provincia y con el nombramiento de pretor, cargo que podía ostentar en cualquier provincia que fuera dominada por Roma. Los nuevos dominios dieron mayores riquezas a aquella familia descendiente de reyes, pero el cargo de pretor lo situaba muy cerca de la élite romana, ya que ejercer una pretura equivalía a situarse justo debajo de la magistratura más elevada: la del cónsul. El pretor podía ejercer justicia en aquellos asuntos que no requerían el dictamen del cónsul o del Senado, es decir, en asuntos ordinarios y menores, aunque por supuesto la presencia del monarca judío en Roma no obedecía a la consagración de su alma a la noble tarea de impartir justicia, precisamente. Esa era una simple consecuencia de su paso por Roma, tal vez necesaria para conocer mejor los entresijos de la urbe. No, su objetivo era llegar a la cúspide del poder romano, estar junto al Princeps, formar parte de alguna especie de Consejo de Estado —si existiera—, o, en última instancia, situarse lo más cerca posible de allí donde se ejerciera el poder en Roma.

Esa era la versión oficial. La verdad era un tanto más complicada.

La vivienda de Marco Julio Agripa en Roma solo adolecía de un aspecto: falta de sencillez. Como la cuestión pecuniaria no era un problema, adquirió la *domus* más lujosa que fue capaz de encontrar dentro de los muros de la

ciudad. Situada en la zona del monte Caelio, no tenía que envidiar nada a las mejores de toda Roma, ni siquiera a la de los senadores más pudientes o con más renombre.

Como hacía siempre para evitar la embarazosa situación de tener que llamar a la puerta y esperar, Julia Berenice enviaba a un esclavo por delante de ella para que avisase de su llegada. Y en efecto, desde pocos pasos antes pudo ver cómo el portón de acceso estaba abierto y que dos de los sirvientes de su hermano salían a recibirla.

Apenas vislumbró la mansión, el rostro de Berenice se endureció. Siempre hacía lo mismo cuando visitaba a su hermano. Era la única forma de mantenerlo a raya.

Mientras cruzaba la puerta de entrada, y durante apenas la vida de un solo instante, multitud de imágenes cruzaron por la cabeza de la princesa judía. Imágenes en las que compartía cama con su hermano, como si fueran dos amantes alejados del parentesco de la consanguinidad. Recuerdos de calor y de complicidad. Recuerdos de escándalos por los rumores que corrieron cuando la noticia cruzó la puerta de la estancia donde ambos hermanos yacían. Y recuerdos de lo que ahora había entre ellos.

Julia era la única que sabía cuál era el principal motivo de que él estuviera en Roma. Marco Julio Agripa había estado y estaba enamorado de ella, solo de ella, y nunca había compartido su lecho con nadie más. Ni mujer, ni hombre. Incluso en los tiempos en que ella estuvo casada —en tres ocasiones —, él se mantuvo casto, protegiendo el deseo y el recuerdo de su hermana-amante. Julia había revocado legalmente los dos primeros matrimonios, y había abandonado de manera irregular al tercero y último de sus maridos para volver con su hermano.

Ahora, aunque se habían visto alguna que otra vez en Roma, por fin tendrían tiempo de hablar de su nueva vida en la ciudad. Julia, sin embargo, no pretendía en ningún caso justificar nada: su visita obedecía a otros motivos.

Su hermano la recibió vestido con una larga túnica de seda, a modo de batín. Su pelo oscuro y rizado y sus ojos grandes y negros en aquel rostro enmarcado por una barba perfectamente recortada le otorgaban un aspecto muy atractivo. Era alto, con el porte y la dignidad que únicamente los reyes poseían.

Marco sonreía, como si fuera un niño que recibe el juguete soñado. A pesar de tener solo un año menos que su hermana, parecía mucho más joven. Apenas alguna cana brillaba en su cabello y ninguna arruga —más allá de las

habituales al sonreír o mostrar contrariedad— presagiaba la madurez del rey de Judea.

Ambos se cogieron de las manos, mostrando un decoro ante los sirvientes que en privado tal vez no se hubiera dado.

—¿Qué tal estás, hermanita? Luces como una verdadera diosa…

Una fugaz sonrisa, nada más. Aquellas adulaciones ya no funcionaban con ella.

—Busquemos un lugar para hablar con tranquilidad…

Las palabras de la princesa podían interpretarse de distintos modos y, por la expresión de los ojos de Marco, quedaba claro que ambos hermanos pensaban en acciones totalmente opuestas.

Marco la llevó a las estancias privadas de la villa, tan recargadas y ostentosas como el resto de la casa. Cortinajes, muebles, murales y mosaicos, suelos… Apenas había resquicio alguno para nada que fuera más allá del lujo más excéntrico.

A pesar de que él se encaminó hacia la cama rodeada de sinuosos velos que bailaban al son de la brisa de la mañana, Julia se dirigió hacia el saloncito situado en el otro extremo de aquel enorme aposento —una estructura acorde con la cultura oriental y absolutamente alejada de todo lo latino—, y se sentó en uno de los divanes.

Marco levantó una ceja, mirando a su hermana, y negó de manera breve con la cabeza. Un leve gesto de contrariedad asomó en su rostro, pero no dijo nada y la siguió hasta el saloncito, acomodándose en el otro diván.

—¿De qué quieres hablar, Julia? —su tono cariñoso y amigable había desaparecido. Ahora la sequedad y la firmeza atenazaban sus palabras.

—Aunque llevamos poco tiempo en Roma, sé que has tenido tiempo para conocer a más gente que yo. Has recibido toda la atención de los aristócratas, y conoces a muchos senadores…

—Cierto, aunque tu nombre sea el más pronunciado por la plebe y algunos estamentos patricios —la interrumpió su hermano.

Ella sonrió, buscando aparentar cierta inocencia.

—Me interesan más los senadores que han venido a verte. Dime, ¿qué se cuece en el Senado? ¿Qué traman los opositores a Vespasiano?

A Marco pareció gustarle que su hermana fuera directa al grano.

—Están todos revolucionados. Al parecer, el Princeps ha lanzado una propuesta que ha polarizado aún más a toda la Curia. Algunos afirman que jamás el Senado estuvo tan dividido.

—¿Y cuál es esa propuesta?

—Quiere gastar el dinero expoliado a Judea en algo que muestre la grandeza de Roma.

—¿Otro arco de triunfo?

—Eso seguro que también, pero no, no se trata de un arco de triunfo. Al parecer, Vespasiano pretende construir algo mucho más grande y magnífico. Algo mucho más caro.

—Entiendo. La lucha es entonces por el uso de ese tesoro: por un lado están los que quieren enriquecerse con él, esos sin duda apoyan a Vespasiano; y por el otro, los que desean impedir que el Princeps haga un uso político de ese tesoro.

Marco asintió. De pronto, parecía contrariado, y apretaba los labios con firmeza. Julia conocía bien sus repentinos cambios de humor.

Por unos instantes, ninguno de los dos dijo nada.

—¡Debemos impedir que el dinero de nuestra gente se gaste en hacer todavía más grande a Roma! —exclamó Marco con verdadera rabia.

—O, en todo caso, conseguir que eso ayude a que Judea prevalezca y nuestra casa saque el máximo beneficio.

Marco levantó una ceja, mirándola de una forma extraña.

—Apenas llevas un tiempo aquí, y ya pareces una romana…

Ella soltó una carcajada.

—Pero hay algo más… —dijo Marco—, hay algo más…

Ahora Julia se puso seria.

—Es el momento de que Roma sepa que estoy aquí.

Marco casi se cayó del diván debido a la sorpresa que le produjo aquella declaración. De acuerdo con Tito, la propia Julia se había impuesto pasar desapercibida para no perjudicar al heredero del Princeps ni al mismo Vespasiano. Era una actitud prudente, y Marco se preguntaba qué había cambiado ahora para que su hermana quisiera arriesgarlo todo.

—Necesito un cargo público —continuó ella, negándose a responder a la pregunta que parecía asomar en el silencioso rostro de su hermano—, algo que me mantenga ocupada un par de horas a la semana.

Marco reaccionó por fin y formuló la pregunta.

—¿Y qué ha cambiado para que busques aparecer en público?

Ella sonrió abiertamente y lo miró a los ojos de manera agresiva y lasciva. Marco conocía bien aquella mirada: su hermana la usaba cuando no quería contestar a algo, buscando evocar recuerdos llenos de impudicia. Al mismo tiempo, Julia se mojó los labios con la lengua.

Marco comenzó a sentirse acalorado, y ella sonrió aún más al ver que todavía podía controlar a su hermano con aquel simple gesto.

—Un cargo público… —repitió ella en un susurro.

Quedaba claro que eso era lo único que le interesaba, y no tenía ninguna intención de ocultarlo: sabía que eso excitaba aún más a su hermano.

—Bu-bueno… Tal vez… —su voz no respondió las órdenes de su cerebro, y cuando lo hizo, actuó tarde y mal. Tras unos breves segundos, consiguió serenarse un poco y responder—. Tal vez podría nombrarte pretor *suffectus*, algo parecido a mi ayudante o mi sustituta. Podrías ocuparte de algunos casos de litigios no muy importantes.

Ella se puso seria, evaluando la propuesta. Sus cejas, ahora muy juntas, parecían concentrar sus pensamientos en un solo punto.

—Sí…, me parece bien. Algo así es justo lo que necesito.

—Apenas te hayas sentado en la silla curul, se van a levantar todo tipo de especulaciones sobre ti. Antes de que el juicio haya acabado, toda Roma sabrá quién eres, y Tito… —su voz se rasgó ligeramente al pronunciar aquel nombre—. Tito se preguntará por qué lo has hecho.

Julia apretó los labios con fuerza, confirmando las palabras de su hermano.

—No vas a contarme qué pretendes con ello, ¿verdad?

Ella se levantó del diván y caminó muy lentamente hasta llegar a la altura de su hermano. Allí se dejó caer el vestido, y quedó totalmente desnuda ante él.

—Hablas demasiado, y quiero tu lengua para otras cosas… —dijo en un susurro.

⁎ ⁎ ⁎

El palanquín la llevaba a través de la Vía Sacra, cruzando la parte más populosa de Roma, con los visillos totalmente abiertos y mostrando su rostro a todo aquel que quisiera mirarla. Su escolta y los que cargaban con el palanquín habían recibido la orden de ir despacio. Estaba segura de que las noticias irían más rápidas que los pies de aquellos hombres, pero quería asegurarse de que así fuera.

Y cada vez estaba más segura de ello por la forma en que los curiosos se congregaban a su alrededor. Era la primera vez que se mostraba en público, y todos sabían que era la amante judía del hijo del Princeps.

Un buen rato después llegó a la Domus Aurea, y allí, por supuesto, se encontró con Tito y su malhumor: en eso había confiado.

—¡¿Se puede saber a qué estás jugando?! —Era la primera vez que el hijo del Princeps le gritaba así.

—¿De verdad crees que estoy jugando? Qué poco me conoces… —dijo ella levantando el mentón, llena de orgullo. Avanzó los pasos que les separaban mirándole a los ojos, hasta ponerse a apenas un palmo de distancia.

Julia vio la duda en los ojos de Tito. Naturalmente, él habría esperado que la princesa judía bajara la vista y escondiese las manos buscando el perdón ante aquel «desliz». El desafío y la dureza de su mirada dejaron atónito al heredero de Vespasiano.

—Y no me hables de integridad. —También era la primera vez que ella se mostraba así de desafiante—. Un hombre que no cumple su palabra jamás puede hablar de integridad.

Tito retrocedió un paso, como si pretendiese alejarse de aquellas acusaciones.

—Dijiste que ofrecerías a mi hija para desposarla con tu hermano, y aún no lo has hecho —lo señaló con el dedo de manera acusatoria—. También dijiste que ibas a convertirme en la primera dama, y tu padre te da tanto miedo que no puedes ni replicar cuando él tose. Creo que todas las promesas que me hiciste fueron únicamente dictadas por el contenido de tus testículos, y que en tu cabeza apenas hay otra cosa que vacío.

Julia vio que Tito empezaba a sudar: unas gotas se deslizaron por sus sienes, brillando en su descenso hasta más allá del cuello. Sus ojos se movían de manera nerviosa, y parecía difícil que encontraran un fácil acomodo.

—Y ahora me hablarás de tu padre —continuó ella—. De lo que te ha dicho, de lo que te ha ordenado. De lo que es mejor para Roma, de lo que es mejor para tus dioses.

Tito dio otro paso atrás; esta vez fue más largo que el anterior.

«¡Qué cobardes sois los hombres cuando os plantan cara!», pensó Berenice.

—Y no sé hasta qué punto tendrás valor para replicar mis palabras —continuó clavando su daga en las zonas más dolorosas.

Otro paso hacia atrás. Julia salvó la distancia que los separaba con tres pasos firmes y llenos de decisión. Se situó ante él con la mirada llena de rabia.

—Estoy segura de que no tendrás el valor suficiente para decirme lo que tu padre te ha ordenado y, como siempre, tendré que tomar yo las decisiones.

Las gotas de sudor volvían a surcar los mismos caminos brillantes.

Julia se pegó a él, y con la mano derecha le cogió fuertemente la entrepierna.

—Me voy de Roma —dijo la princesa, en un susurro suave y lleno de lujuria—. Mi cuerpo seguirá deseándote, y ya sabes que no me gusta satisfacerme sola. Y supongo que no querrás que un esclavo me de placer…

Los ojos de Tito se abrieron de par en par. Ella notaba la creciente excitación del hijo de Vespasiano: un suave movimiento con los dedos ayudaba a que el miembro viril se hinchara.

Julia se separó y se dio la vuelta sin decir nada más, dejando allí a Tito, sin que pudiera siquiera replicar.

* * *

Pompeya.

Aquel había sido el destino escogido por la princesa judía para su exilio voluntario. Una ciudad lo suficientemente alejada de Roma como para que una visita fuera algo desagradable, pero lo bastante cerca para poder regresar a la urbe de manera rápida.

La *domus* que había adquirido era más bien sencilla. Sencilla, dentro de lo que era habitual en ella, aunque era una de las más espléndidas de la ciudad. Situada entre cuatro calles —la vía de la Fortuna y la de Mercurio, y las del Fauno y del Laberinto—, ocupaba todo el espacio que era habitual para tres o cuatro ínsulas y dos o tres *domus* de las más grandes. Con un largo de más de sesenta pasos y un ancho cercano a los veinticinco, podía competir en tamaño con la que tenía su hermano en Roma, aunque por supuesto no era tan opulenta ni lujosa como la de Marco.

Un pequeño ejército de esclavos, sirvientes y guardias intentaban que el exilio de la princesa judía fuera lo más cómodo posible.

Julia, en esos momentos, estaba disfrutando de los aromas y las vistas que le ofrecía el enorme jardín situado en la parte trasera de la *domus*. Pocas mansiones disponían de tanto espacio, y casi le parecía estar en pleno campo. Las flores, arbustos y distintos tipos de árboles llenaban de colorido y fragancias todos y cada uno de los rincones de aquel enorme espacio vegetal.

Por cuarta vez recibió un mensaje de Tito. Un sirviente del hijo de Vespasiano —el mismo cada vez— se había presentado con una nota y la esperanza de recibir una respuesta.

Y por cuarta vez, la princesa judía repitió lo mismo; previamente había tirado la nota al suelo sin leerla:

—Dile que no tengo nada nuevo que decirle. Nada que no le dijera la última vez que hablé con él.

Sabía que con aquella simple frase y el recuerdo de sus momentos íntimos dejaría a Tito lleno de inquietud. Conocía muy bien a su amante, y sabía cómo manipularlo. Sin embargo, al otro lado estaba Vespasiano, duro como la más formidable de las paredes e imposible de manipular por los medios habituales.

En cuanto el sirviente de Tito se retiró, Julia recogió el papiro enrollado y lo leyó con atención. Sabía cuál sería su contenido, pero le gustaba ver la elegante caligrafía de su amante y más aún disfrutar del deseo que en ella se entreveía.

Se repetían los mismos ruegos e idénticas peticiones. Tito le decía que deseaba estar con ella, que no podía dormir, que se moría por su ausencia, que le costaba incluso respirar. Sin embargo, nada decía de lo que ella le había exigido: ni pedía su regreso, ni que él iría a vivir con ella, ni siquiera que había hablado con su padre.

«Cuatro notas más. Requiere cuatro notas más y los mismos cuatro silencios, y vendrá como un corderito amaestrado», pensó.

Con la misma precisión que mostraban el deambular de las estrellas o el ciclo lunar, fueron necesarias cuatro notas más y las mismas respuestas —es decir, ninguna— para que Tito se personase en Pompeya.

Caía la tarde de una primavera que se agotaba día a día y que alargaba cada vez más la luz solar, cuando uno de los sirvientes le anunció la llegada del hijo del Princeps de Roma.

—Hazle pasar hasta el *triclinium* de otoño. Quiero que la mayoría de sirvientes se sitúen en el atrio, que continúen con sus trabajos, pero que lo hagan allí.

Le hizo esperar un buen rato. Desde el atrio se podía ver y oír todo lo que sucedía en el interior de ese *triclinium*, y la treintena de esclavos que se movían por allí pondría más nervioso aún a Tito.

Cuando Julia llegó al umbral del *triclinium* que se usaba en otoño, se quedó allí, con todo el trajín de los esclavos a sus espaldas.

En cuanto la vio, Tito, que se había echado en el diván, se puso de pie.

Como un corderito.

—¿Y bien? ¿Qué te trae a mi casa? —preguntó ella muy seria.

Julia tuvo que contener la risa. Tito parecía un alma perdida, un corderito extraviado que buscase al rebaño y al que los lobos quisieran devorar. Veía en sus ojos aquella mirada llena de temor y de dudas que tanto gustaba a Julia; en una ocasión, incluso llegó a considerar que fue aquella mirada lo que más le atrajo de Tito.

El hijo de Vespasiano no sabía qué hacer. Acercarse a ella, hablar, abrazarla. Todo allí parecía entrar en contradicción. A los deseos de él parecían interponerse todos los elementos que los rodeaban: la casa, los sirvientes, incluso —y sobre todo— la actitud de Julia.

La boca de Tito se abrió y cerró unas cuantas veces. Tal vez quería pronunciar un discurso ya ensayado, tal vez ahora ese discurso se le antojaba estéril y fuera de sentido, tal vez la simple presencia de aquella bella mujer retenía esas palabras e impedía que fueran pronunciadas.

—Mi padre… está de acuerdo —pudo decir finalmente—, y tu hija, Julia, quedará prometida a mi hermano, tal como te prometí que haría.

—Cumplir con lo dicho no es ninguna heroicidad, pero dice mucho de quien lo hace. —Ella estaba decidida a facilitarle el camino, aunque aún había algunas piedras que podían hacer caer a Tito.

—Supongo que sí… —él se mordía los labios y dudaba. Berenice jamás le había visto tan nervioso.

—¿Y bien? —le conminó ella.

—Estoy dispuesto a dejarlo todo. A Roma, a mi padre, a Italia si es preciso. —Había un buen desorden en sus palabras, pero quedaban claras sus intenciones. Hablaba en voz baja, temeroso de que los sirvientes le oyeran—. Pero no puedo vivir sin ti.

Aquella declaración hubiera sido suficiente para que Julia se lanzara a sus brazos y se olvidara de todo. Pero el ser humano tiene la mala costumbre de llenar la taza de sus recuerdos y no vaciarla nunca del todo.

Había que tirar un poco más de la cuerda, solo un poquito más.

—¿Y por qué crees que yo estaría dispuesta a dejarlo todo por ti? ¿Es que acaso tú también decides lo que yo quiero?

Aquello fue una verdadera bofetada en pleno rostro para Tito. Julia casi pudo ver cómo aquel hombre, que se había humillado como un perro, se tambaleaba. Era como si aquella bofetada hubiera sido real.

—No…, tienes razón. Que yo lo quiera, no significa que también sea tu deseo. Solo pretendía… —Julia pudo ver certeza en las palabras de su amante —, solo quería que supieras que estoy dispuesto a abandonarlo todo, si a ti te complace.

El pecho de Tito subía y bajaba con mayor intensidad: resultaba evidente que se había quitado un enorme peso de encima.

A pesar de que el tono de su voz no había sido muy elevado, estaba segura de que la mayoría de los sirvientes habían oído las palabras del hijo del Princeps. Con eso ya se sentía satisfecha.

—Ven —le dijo—, vayamos al jardín. Allí estaremos más cómodos.

El jardín estaba dividido en cuatro rectángulos por unas largas avenidas en forma de cruz. En el punto donde ambas calles confluían había una pequeña fuente, circular, de donde emergía un gigantesco pez: de su boca caían con gran elegancia media docena de chorros de agua sobre el agua estancada.

Los pinos y los cedros predominaban entre los demás árboles. También había mucha retama amarilla entre otros arbustos de flores.

Alrededor del jardín, un enorme peristilo —en sus cuatro lados— prolongaba la belleza del espacio verde con una doble hilera de columnas.

Era ciertamente un jardín muy hermoso, aunque Tito apenas lo disfrutaba. Julia sonreía para sus adentros al ver la angustia en el que fuera su amante. La princesa judía había jugado fuerte —dándose a conocer y marchándose de Roma—, pero la estrategia estaba dando el resultado esperado. Ahora era cuestión de que los acontecimientos se sucediesen como ella había calculado.

Capítulo XI

CALÍCRATES

La belleza de las formas más simples

Villa de Cayo Severo, Pompeya
Primavera del año 71 d. C.

No había sido un invierno excesivamente duro. Había llovido poco, y el frío no fue riguroso en absoluto. Solo hubo que lamentar pequeños retrasos debidos a un par de vendavales que sacudieron la villa como si el mismísimo Zeus hubiera estornudado, según había dicho el propio Calícrates a sus compañeros de obras.

Aun así, la nueva construcción estaba casi concluida y, como había prometido a Cayo, el pórtico estaría acabado durante esa primavera.

El mérito de poder terminar en la fecha señalada había que repartirlo entre todos. Tanto los esclavos como los dos *structores* habían demostrado ser gente competente. Aun sin ser excesivamente trabajadora, habían acompañado al arquitecto al ritmo de trabajo que les solicitó. También la calidad de su trabajo era destacable, y eso era lo más importante para el heleno. Prefería un retraso de algunas semanas a unos malos acabados o a una argamasa mal mezclada; y eso fue algo que ellos también entendieron y aceptaron. Además, el arquitecto no hacía trabajar a los suyos con gritos o a base de latigazos. Era más partidario de usar la razón y la lógica para explicar motivos y argumentos, y también dejaba hablar y escuchaba las propuestas de quienes trabajaban a su lado.

Igualmente notable fue la actitud de Cayo Severo. El anciano apenas los incordió con nuevas sugerencias o cambios de última hora, algo que era muy habitual en los trabajos para particulares, y que siempre acababa retrasando la fecha de finalización del proyecto en cuestión.

Tras consolidar los cimientos, se levantaron las dos estructuras que mantendrían la cubierta: las columnas y la arcada.

Se siguió el orden dórico para todo el conjunto. El peristilo de la villa estaba construido con ese orden, y Calícrates, un verdadero entusiasta de ese estilo, siguió la misma línea encantado. Según él, para dar continuidad a todo el conjunto. El orden dórico era el estilo heleno por excelencia. El más antiguo era también el más sencillo, con una acusada sensación de robustez; el más tardío, en cambio, era excelso y plenamente armonioso.

Se usó el travertino para el murete que sostenía la arcada y para las cortas paredes laterales. El techo lo sostenían una serie de vigas, dispuestas de forma transversal a las columnas y arcos. Estas vigas eran la base del armazón que era la base, finalmente, del tejado en sí, compuesto por las *tegulae*, de cerámica cocida y forma rectangular.

El suelo del pórtico se había decorado con unos mosaicos de motivos vegetales y geométricos. Dada la elegante sobriedad de ese nuevo espacio, Calícrates insistió en que se siguiera con esa misma sobriedad.

La pared interior del pórtico se había revestido con placas de mármol. A pesar de que no alcanzaba la belleza del pentélico, el mármol lunensis era muy apreciado en toda la península Itálica. Su tonalidad azul-grisácea, casi sin vetas, con grano fino de aspecto harinoso, le confería gran belleza. Incluso Calícrates estuvo de acuerdo en eso. El mármol se extraía de una cantera situada en los Alpes Apuanos, al norte de Roma.

El pórtico no era una estructura ni complicada ni difícil. Todo lo contrario, su sencillez lo obligó a dotarla de ligereza y sobriedad decorativa. Calícrates no pudo evitar sonreír al pensar que eso habría sido todo lo contrario de lo que un arquitecto romano habría hecho. Había muestras de esa forma de proceder en toda la península Itálica.

En aquel momento, estaban acabando de colocar las últimas piezas del mosaico. Después, habría que rellenar las juntas de las teselas para, finalmente, pulirlo todo con arena. Ese trabajo apenas ocuparía más allá de tres o cuatro días. Cuando lo hubieran acabado, ya se podría disfrutar del pórtico.

Más allá de su trabajo en la obra, Calícrates se extrañaba del comportamiento que últimamente mostraba Claudia, la *domina*. No acababa de entender del todo la actitud de esa mujer. Ni del todo ni tan siquiera de parte alguna. Su forma de proceder era todo un misterio para Calícrates.

Al principio, ella se mostró muy amable con él. Le hablaba como un igual, como si pretendiera dejar de lado su condición de esclavo, y, sobre todo, con mucho respeto.

Hubo algún momento en que pareció que ella se insinuaba, como si quisiera traspasar aquella línea roja que separa a una *domina* de un esclavo. Pero él tuvo miedo. Miedo por la incomodidad, y también por las consecuencias: podía estar equivocado, e interpretar incorrectamente lo que a él le parecían claras insinuaciones.

Apenas pensó en su esposa, que permanecía en Grecia. Ella probablemente estaría bien, y nunca sabría qué habría hecho él siendo esclavo. Además, como sirviente estaba obligado a acatar las órdenes de sus dueños.

Sin embargo, poco después la actitud de aquella mujer cambió por completo, como si algo se hubiera interpuesto entre ambos. Tal vez fuera el orgullo de ella, aunque podía deberse a cualquier otro motivo que él desconociera. El caso fue que su *domina* se distanció, y mucho, incluso podría decir que en exceso.

Calícrates se dio cuenta de que Claudia lo evitaba. En las contadas ocasiones en que coincidieron —algo increíble, viviendo ambos en la misma villa—. Claudia mantuvo un absoluto distanciamiento y no cruzó palabra alguna con él. Hablaba con Cayo o con otros esclavos, pero no se dirigía a él en ningún momento, como si el heleno fuera una sombra llevada por el viento.

Entre los esclavos incluso comenzaron a circular ciertos rumores. Era cosa bastante normal criticar a los *domini*. Los esclavos solían ensañarse con sus defectos o con aquellas cosas que se apartaban de la normalidad, y comenzaron a circular cotilleos sobre Claudia y el nuevo esclavo que la *domina* había adquirido, Eudor, el aedo. El silencio del muchacho cuando era requerido sobre ese particular no hizo más que aumentar los chismorreos.

Calícrates no sabía exactamente qué había entre aquel esclavo y su *domina*, pero sí tenía claro que la llegada del aedo había coincidido con su distanciamiento hacia él.

Ese distanciamiento golpeó su orgullo. Tal vez se había sentido incómodo con las insinuaciones de Claudia, pero su ego masculino estaba henchido y totalmente satisfecho. Ahora, en cambio, aunque ese orgullo había perdido todo su aire, se sentía más relajado.

Por eso, cuando aquella mañana Cayo lo mandó llamar, estaba tranquilo.

El anciano senador lo esperaba en la exedra, como era habitual, pero hubo un detalle que extrañó mucho a Calícrates: junto al anciano, esperaba también Claudia y… un desconocido.

⁎ ⁎ ⁎

Al llegar a la exedra, todos le miraron como si lo estuvieran esperando desde hacía rato…

O como si su presencia fuera la clave para resolver un problema complejo.

Cuando se acercó a ellos, Claudia evitó sus ojos y se dio la vuelta para mirar hacia el mar, como si estuviera buscando allí algo importante. Aun así, no pudo reflexionar mucho sobre aquel pequeño detalle, ya que Cayo enseguida se dirigió a él.

—Gracias por venir, Calícrates. Tenemos una cuestión que plantearte.

El heleno no entendía aquel agradecimiento. Él era un esclavo, y servir era su cometido. Aunque tenía que reconocer que su *dominus* no lo trataba como tal. Aun así, allí había algo extraño.

—No pongas esa cara, no es nada ilícito, ni mucho menos —el anciano sonrió ligeramente—. Nuestro invitado es Lucio Licinio Sura, un senador perteneciente a una distinguida familia hispana.

Calícrates saludó con una leve inclinación al recién llegado. Era un hombre de mediana edad, pero de su misma estatura. Tenía el pelo más oscuro que él mismo y los ojos más grandes. Lo que sorprendió al arquitecto fue que aquel senador lo saludó como haría con un igual, con un hombre de su misma clase. Y Calícrates no solo era un esclavo, sino que, según los parámetros de la sociedad romana, también era un plebeyo. Sabía que para ellos tal vez fuera un plebeyo que había estudiado y progresado gracias a su esfuerzo e intelecto, pero en última instancia siempre lo considerarían como un simple miembro de la clase baja.

Lucio lo miró a los ojos, y Calícrates sintió una mirada de reconocimiento, casi de admiración. Y supo que allí pasaba algo.

—El senador Sura ha venido desde Roma para solicitar un favor que te concierne a ti —dijo Cayo—. Desea proponerte algo.

El anciano le cedió la palabra a Lucio.

Capítulo XII

LUCIO SURA

Se busca una idea

Villa de Cayo Severo, Pompeya
Primavera del año 71 d. C.

Lucio Sura lucía un semblante completamente distinto.

Desde que el Princeps anunció el concurso, su cuerpo y su mente habían aunado esfuerzos, y ello mejoró sus perspectivas de futuro y su estado de ánimo. Lejos quedaban aquellos días en que su único objetivo era encontrar a un patricio ingenuo al que persuadir e involucrar en oscuros negocios.

Ahora, con el encargo del nuevo proyecto, Vespasiano había otorgado aquella pequeña suma de sestercios a cada uno de los tres hombres elegidos para que estos no tuvieran que pagar ni una sola moneda de su propio bolsillo. Por supuesto, los gastos serían mucho mayores, pero la recompensa era tan grande que merecía una buena inversión.

Eso pensaban al menos los tres elegidos, pues todos querían enriquecerse a costa del erario, o escalar posiciones en la cúspide. Tanto daba una consecuencia como la otra.

Lucio no se entretuvo en saber qué pensaban sus competidores, era algo más que obvio. Como todos, centró sus fuerzas en ofrecer un proyecto ganador para la fecha de los Idus de Iunius.

Pero, también como todos ellos, no tenía ni idea de qué proponer.

La primera semana habló con todo aquel que pudiera aportarle alguna idea. Sin embargo, ni sus clientes ni sus amigos más próximos, ni el asesoramiento de hombres de ciencia, de sacerdotes o incluso de alguna mujer, consiguieron ofrecerle una propuesta satisfactoria. La única idea que le pareció un poco original fue la de construir unas gigantescas termas abiertas a todos los ciudadanos de Roma, pero esa era precisamente la idea que Tito había planteado a su padre. Las otras propuestas o eran un disparate, o eran tan simples que no merecía la pena tenerlas siquiera en cuenta.

Cubrir el Circo Máximo, para mejorar la comodidad del público poniéndolo a salvo del fuerte sol veraniego, era una propuesta interesante.

Canalizar el Tíber para impedir las crecidas del río, tan habituales en otoño, fue una propuesta que descartó enseguida. Apenas tendría relevancia para Vespasiano.

Y la propuesta de llenar de prostíbulos toda Roma simplemente le hizo sonreír. Sobre todo por el argumento que recibió: así, con los años, Vespasiano dispondría de más romanos auténticos a quien otorgarles la gracia de la toga senatorial.

Eran las ideas más originales, pero también las más disparatadas.

Nada de eso era suficiente. Ninguna de aquellas propuestas cumplía con las condiciones que había impuesto Vespasiano. Condiciones complicadas de cumplir, pero imprescindibles para ganar el concurso.

Necesitaba un caballo ganador.

Los otros dos concursantes habían pensado y actuado de la misma forma, de modo que empezó a correr la voz y pronto aparecieron los típicos oportunistas que, a cambio de una buena suma de sestercios, ofrecían sus ideas. Eran perfectas, según ellos, para ganar el concurso. Pero en absoluto encontró lo que buscaba.

Seis días después de haberse reunido con el Princeps, Lucio comenzó a desesperarse. Las noches comenzaron a alargarse de manera agotadora y cruel. Las horas del día, al contrario, parecían menguar a simple vista, siendo siempre insuficientes para acometer todas las tareas programadas.

La desesperación hizo mella en él a partir del séptimo día. Como un león acorralado, se movía por Roma deambulando sin sentido. Tenía una meta clara, pero no sabía cómo llegar a ella.

La casualidad, o los dioses, o una mezcla de ambas cosas, hicieron que, en un rincón del Foro de César, escuchara retales de una conversación que cambiaría su vida para siempre. Fueron solo unas pocas palabras, pero suficientes para proporcionarle una salida, una manera de lograr su objetivo. «Grande», «arquitectura», «griego», «arte»… Más allá del contexto original, esas fueron las palabras.

Su mente se abrió y recordó su último viaje a Pompeya y la conversación que mantuvo con Cayo Severo, en la que le habló del talento de un esclavo griego para la construcción. Lucio pensó que tal vez un *peregrinus*, por mucho que ahora fuera un esclavo, pudiera aportarle una idea con la que avanzar.

Sin perder un momento, lo dispuso todo para viajar de nuevo a Pompeya.

A media tarde del día siguiente, cruzaba de nuevo aquel bucólico jardín de la villa rústica de Cayo Severo. Un jardín que apenas vio, pues su cabeza, todo su ser, estaba concentrado en el proyecto del Princeps.

Cayo lo recibió con la misma cordialidad de la vez anterior. Mostrando una educación y un respeto digno del más noble de los patricios, le ofreció la hospitalidad de su casa sin ningún comentario sobre el anterior encuentro.

Fue el propio Lucio quien cortó —casi al límite de lo que dictaminaba como correcto el protocolo— la conversación trivial en la que se habían embarcado.

—Esta vez, Cayo, no necesito ayuda pecuniaria. Es de otra clase.

El anciano patricio lo conminó a continuar. Ambos estaban tumbados en un *kline*, como era habitual entre las gentes de su clase.

—¿Aún tienes a ese arquitecto griego a tu servicio?

—Sí, las obras del pórtico están casi acabadas. Pronto tendré que buscarle una nueva ocupación, o darle la libertad que tanto se merece.

—Parece que lo tienes en alta estima.

—Es un buen profesional de su oficio. Y un hombre honrado. La condena que recibió no parece que fuera aplicada con la mayor de las justicias. Y si así fue, considero que ha pagado con creces su falta.

Lucio se quedó pensativo unos instantes.

—¿Acaso necesitas de sus servicios para ampliar tu casa en Roma? —dijo Cayo, interrumpiendo sus pensamientos.

—Estaba pensando… ¿De verdad estás decidido a darle la libertad? Tal vez podría comprártelo.

Cayo lo miró un tanto desconcertado.

—Lo cierto es que… Bueno, no creo que ese hombre merezca la esclavitud, Lucio. Sus ideas son muy originales, y es un excelente arquitecto. Desde luego, está destinado a algo más grande que…

—¡Perfecto! ¡Esa originalidad es precisamente lo que necesito! —exclamó Lucio sin pensar demasiado lo que decía, interrumpiendo de manera muy poco educada al viejo senador.

Estaba demasiado emocionado pensando en lo que aquel griego podía ofrecerle, y el hecho de que al parecer estuviera a punto de recuperar su libertad solo era un pequeño contratiempo.

En aquel momento, sin embargo, alguien apareció en la exedra e interrumpió su conversación con el viejo senador.

Capítulo XIII

CLAUDIA PULCHRA

Sombras en el sendero

Villa de Cayo Severo, Pompeya
Primavera del año 71 d. C.

No encontraba lo que buscaba.

De hecho, ni ella misma sabía qué buscaba.

¿Acaso tenía derecho a ser infeliz, cuando disfrutaba de una vida llena de lujos y sin preocupaciones? ¿Acaso podía quejarse de su suerte o de que los dioses no le hubieran sonreído?

Aun así, Claudia sentía un enorme vacío en su pecho, como si le faltase algo, como si alguien le hubiera arrancado un trozo de corazón…

Empezaba, eso sí, a tener las ideas algo más claras.

Lo de Eudor no la llenaba como ella hubiera querido. El joven respondía bien a las llamadas de su *domina* y aguantaba sin rechistar todos los caprichos que le imponía, pero no era suficiente y Claudia empezaba a cansarse de aquellos juegos sin sentido.

Había pensado muchísimo en todo aquello, y ahora sabía que en ningún caso la llevaría a la felicidad que buscaba.

Cuando estuvo casada, su anciano esposo la trató muy bien, pero había un estado de esclavitud encubierta en aquel vínculo matrimonial. Sí, era su esposa. Y era libre. Pero ella sabía que no podía negarse a yacer con él cuando se lo pedía. No es que eso ocurriera muy a menudo, pero en ocasiones le hubiera gustado poder decir que, simplemente, no tenía ganas. En alguno de esos «encuentros» íntimos, mientras él intentaba llegar a la eyaculación, ella se sentía una esclava, como si estuviera presa por unos lazos de seda invisibles. Se sentía una esclava sumisa.

Ahora, al contrario, era ella quien dominaba la situación. Una *domina* en la más pura acepción de la palabra.

Y sin embargo, Claudia seguía siendo infeliz y sintiendo ese vacío en su pecho. Estaba segura de que la felicidad existía. Conocía a mucha gente que era feliz, que disfrutaba de una felicidad palpable, tangible. Uno podía adivinarla en sus sonrisas, en sus miradas de satisfacción, en sus gestos…

Y sin embargo, ni su sonrisa ni sus miradas eran las de una persona feliz.

Después de pensar mucho en ello, llegó a la conclusión de que todo era culpa del dichoso griego. Su indiferencia con ella la hería como la más afilada de las lanzas.

Y ya no le ocurría solo cuando se cruzaba con él en cualquier lugar de la villa; el solo hecho de pensar en él le producía un agudo malestar. Una inquietud que, estaba segura, era el centro de todos sus males.

Después de valorarlo debidamente, por fin creyó encontrar la solución.

El primer paso era hablar con Cayo.

Llegó a esa conclusión a media tarde de ese mismo día, mientras estaba de visita en Pompeya, y al regresar a la villa lo primero que hizo fui ir en busca del anciano senador. Estaba segura de que lo encontraría en el mismo lugar de siempre a esas horas: en la maravillosa exedra de la casa.

No se dio cuenta de que el anciano no estaba solo hasta que ya era demasiado tarde.

—¡Pasa, Claudia, no te quedes a medio camino! —le dijo con cortesía Cayo Severo, levantándose de su *kline*.

Había otro senador junto a Cayo. Un hombre mucho más joven que debía rondar los cuarenta años, aunque su túnica le hacía parecer mayor. También, como Cayo, se puso en pie en cuanto Claudia entró en la exedra.

—Lamento… la interrupción, no sabía que estabas reunido —contestó ella, a modo de disculpa.

—Nada de interrumpir. Claudia, te presento al senador Lucio Licinio Sura —con un gesto señaló al invitado, y luego la presentó a ella.

Claudia miró a Lucio a los ojos. Era atractivo, alto y fuerte. Su mandíbula llena de líneas rectas acentuaba su fortaleza y virilidad. Sus ojos no destacaban en nada —eran pequeños y de color castaño—, pero su mirada era la de un hombre inteligente. La nariz, poderosa y firme, parecía garantizar una personalidad con idénticos atributos.

Él sonrió, mirándola también a los ojos.

La voz de Cayo separó ambas miradas.

—Acomódate con nosotros, querida —tendió la mano señalándole un tercer *kline*, y Claudia, dejando a un lado las costumbres sociales, se echó

como lo haría un hombre, apoyándose con el brazo izquierdo y mirando a sus compañeros de frente.

Ellos dos la imitaron, y ambos volvieron a acomodarse en los otros dos *kline*.

—Lucio —dijo Cayo—, puedes hablar con total confianza delante de Claudia, es como si fuera mi ahijada, y no tengo secreto alguno para ella. Además, es una mujer muy inteligente y seguro que podrá ayudarte.

Lucio Sura carraspeó de manera suave y empezó a hablar.

—Necesito ideas. Ni sestercios, ni fincas, ni minas, ni negocios complicados. Busco una idea para ganar el concurso al que nos ha conminado Vespasiano. He sido uno de los tres elegidos para dirigir el proyecto si consigo ganarlo. —Claudia se dio cuenta de que Lucio les preguntaba con la mirada si la noticia había llegado hasta ellos.

—Sí —respondió Cayo—, creo que el mundo entero está al corriente de ese disparate. Pero creí que era un rumor sin fundamento.

El «rumor» también había llegado hasta Claudia. De hecho, estaba segura de que en toda Italia no se hablaba de otro tema. El posible resultado de ese concurso se había convertido en el tema favorito de cualquier foro de toda la península italiana. Aunque la mayoría pensaba, como Cayo, que se trataba de un rumor sin fundamento.

—Y como me hablaste de la profesionalidad de ese arquitecto griego, he pensado que no estaría de más escuchar su opinión. También la vuestra, naturalmente.

—Le pediré que venga —dijo Cayo, levantándose y saliendo de la amplia terraza.

Claudia también se levantó. Se acercó a la balaustrada, y contempló la ciudad de Pompeya desde allí. Los edificios más altos se recortaban en aquel atardecer salpicado de colores amarillos, naranjas y rojos.

—La vista desde aquí es impresionante… —Era la voz de Lucio, que la había imitado y ahora estaba a su lado.

—Sí… —contestó Claudia lacónicamente.

Estaba furiosa. Una vez más, se trataba de Calícrates, claro que sí. Aquel hombre parecía siempre ser imprescindible para todos. Como si él fuera el único con capacidad para pensar.

Apretó los dientes con fuerza, mientras sus ojos entrecerrados se escapaban de aquella maravillosa exedra.

Capítulo XIV

CALÍCRATES

Nace la idea

Villa de Cayo Severo, Pompeya
Primavera del año 71 d. C.

Calícrates escuchaba con atención la propuesta de Lucio. Más bien era la propuesta del emperador de los romanos, aunque ahora era el senador quien la planteaba. El heleno ya conocía, también por rumores, el concurso de Vespasiano. De hecho, los hombres que trabajaban con él en el pórtico no hablaban de otra cosa.

—… Por tanto —decía ahora Lucio Sura—, tiene que ser algo original y digno para una ciudad como Roma. Algo grandioso, magnífico, y que se recuerde con el paso de los años… ¡Ah, y por supuesto algo que la plebe de Roma pueda disfrutar!

El arquitecto asintió levemente.

Cayo y Lucio estaban junto a él, de pie. Claudia, apoyada en la balaustrada, parecía abstraída de todo cuanto se hablaba allí, aunque Calícrates estaba convencido de que ella no se perdía ni un detalle de lo que se estaba diciendo.

Durante unos instantes, se sintió algo azorado. Todos esperaban que la idea surgiera de él, y eso atenazaba su mente. Necesitó unos segundos para comenzar a valorar todo aquello aplicando sus conocimientos de arquitecto.

—Descartemos el aspecto religioso… —empezó a decir el heleno para romper un silencio que empezaba a ser incómodo—. El pueblo de Roma es un fiel creyente de sus dioses, pero busca complacer su espíritu de una forma mucho más mundana y simple.

Lucio y Cayo lo escuchaban con atención.

—De igual modo, nos vemos obligados a descartar un edificio dedicado a los baños, pues, según dices, esa es la propuesta de Tito.

Claudia, aún en la balaustrada, apenas se movía, pero no se perdía una sola de las palabras que pronunciaba Calícrates.

—La manera más habitual de contentar a la plebe de Roma es con espectáculos —continuó el griego—. Conocéis de sobra la expectación que generan las carreras en el Circo Máximo. Nada en el mundo es comparable a eso. Tal vez… Quizá podría proponerse un edificio multifuncional… —dijo Calícrates deteniéndose de vez en cuando. De hecho, parecía estar pensando en voz alta—. Un edificio que pueda acoger distintos espectáculos al mismo tiempo, y que pueda contener de manera muy cómoda a una gran cantidad de público. El Circo Máximo es… Bueno, es… demasiado específico. Es muy difícil adaptarlo para otros eventos, más allá de las carreras.

Claudia se dio la vuelta y lo miró fijamente. Un escalofrío recorrió la espalda del heleno. Aquella mujer era capaz de desconcertarlo con una sola mirada.

—Calícrates —dijo ella—, acércate. Mira eso.

Señalaba con el dedo hacia Pompeya.

El heleno hizo lo que le pedía su *domina*. Cayo y Lucio avanzaron unos pasos y se quedaron detrás de ellos, que ahora estaban apoyados en la balaustrada.

—Aquel edificio de allí… —El perfil de la ciudad recortaba entre los cielos la silueta de un gigantesco círculo, situado al fondo de la urbe.

—¡Un anfiteatro! —exclamó Calícrates, con el tono de voz de alguien que acaba de hacer el descubrimiento de su vida—. ¡Claro! —se volvió hacia Lucio y Cayo, mirándolos con emoción—. Hace mucho que Roma no tiene un espacio fijo para las luchas de profesionales que tanto gustan a la plebe. Desde los tiempos de Augusto, todo se reduce a burdas estructuras desmontables de madera, en el mejor de los casos. De hecho, muchas ciudades ya poseen edificios como ese… Resulta de lo más curioso que en Roma aún no se haya construido uno…

Dio un par de pasos adelante, pensativo, y ni siquiera se dio cuenta de que Cayo y Lucio tuvieron que apartarse un poco para dejarlo pasar.

—Pero tendría que ser un anfiteatro gigantesco, de proporciones inigualables. Y con una belleza que asombre al mundo entero. Un edificio tan maravilloso que perdure eternamente.

—¡Sí, eso es! —exclamó Lucio entusiasmado—. ¡Toda Roma debe caber en él!

—Bueno, eso tal vez sea imposible. Roma cuenta con casi un millón de almas… Es imposible construir un espacio de esa magnitud, pero sí lo

suficientemente enorme como para que su monumentalidad jamás pueda ponerse en duda. Sin embargo… —Calícrates miró al joven senador—, antes de continuar, tengo unas condiciones innegociables.

Lucio levantó la barbilla con firmeza. Su alma senatorial le había preparado para afrontar multitud de negociaciones. Cayo, en cambio, parecía mucho más relajado.

Y Calícrates expuso sus condiciones.

Capítulo XV

CLAUDIA PULCHRA

La oscuridad de la mujer romana

Villa de Cayo Severo, Pompeya
Primavera del año 71 d. C.

Los tres hombres llevaban un buen rato hablando, casi olvidando su propia existencia. Algo muy propio del género humano.

—Sin esa condición, no os voy a ayudar en nada. Tengo buenas ideas para la concepción del edificio. Ideas que van a asombrar al mismísimo Vespasiano…

Calícrates se mostraba firme en sus peticiones.

El griego no solo había solicitado su liberación, sino también la de sus hijas, que habían sido convertidas en esclavas para pagar sus deudas. Además, quería tener a toda su familia con él en Roma. Al menos, mientras durasen los trabajos.

—Yo puedo continuar siendo tu esclavo hasta el momento en que Vespasiano emita su veredicto —el arquitecto miraba a Lucio fijamente—. Así tendrás la seguridad de que no me marcharé. Pero después quiero ser libre. En cualquier caso, tampoco sería lógico que un esclavo dirigiese una obra tan importante.

—Es un hombre de honor, Sura —Cayo intervino en favor de Calícrates —. Deberías aceptar su palabra sin más. Yo puedo liberarlo, pero tú deberías hacer lo mismo con sus hijas estén donde estén. Y después con él.

Claudia pudo adivinar el enojo en el rostro del joven senador. Aunque su expresión de disgusto fue tan efímera como un fugaz parpadeo, como si algo recóndito hubiera emergido para volverse a esconder. «Al fin y al cabo, es un senador —pensó—; sin duda está evaluando las distintas posibilidades».

Sin embargo, no conseguía entender a Calícrates. Si Cayo había decidido liberarlo, no había razón alguna para continuar siendo esclavo. A simple vista, podía parecer que la razón que lo llevaba a actuar así era la liberación de sus

hijas. Pero Claudia sabía, y estaba segura de que el griego también, que para un hombre libre era fácil conseguir la libertad de los suyos.

¿Tal vez buscara algo más? ¿O acaso el proyecto de Vespasiano le interesaba de verdad? ¿Tanto como para arriesgarse a perder incluso su propia libertad si su proyecto no era el escogido?

En cambio, entendía perfectamente a Cayo. El anciano buscaba siempre un equilibrio entre las distintas partes. Era un hombre de paz que prefería tender la mano y ofrecer su ayuda, antes que pensar en la confrontación o en la búsqueda de su propio beneficio.

La situación era muy clara. Lucio necesitaba desesperadamente conseguir un proyecto ganador, y aquella idea era muy buena. Y con un hombre idóneo para ejecutarla. Además, contaba con el apoyo moral de Cayo, un patricio provincial pero muy bien valorado por muchos senadores romanos.

Sin embargo, lo que más irritó a Claudia fue la apropiación de la idea. Había sido de ella, de la *domina*, pues era ella quien le había señalado el anfiteatro de Pompeya. Y ninguno de los tres —Cayo incluido— era capaz de verlo. Un simple agradecimiento habría bastado. Una única frase, un reconocimiento.

Así era la sociedad más avanzada del mundo. La mujer manejaba los hilos de todo, y los hombres se llevaban el reconocimiento.

Enfadada, los dejó discutiendo ciertos detalles. Al abandonar la exedra, pudo oír cómo Lucio aceptaba sin limitaciones la propuesta de Calícrates. Pero a ella aquello le importó poco. Era un detalle pequeño e insignificante.

Capítulo XVI

CALÍCRATES

Reencuentro familiar

Residencia de los Sura, Roma
Primavera del año 71 d. C.

Apenas diez días después de conocer a Lucio Sura en la villa de Cayo Severo, Calícrates ya estaba afincado en Roma. Se instaló en la *domus* de los Sura, y le dieron una buena habitación, con abundante luz natural, para que pudiera trabajar cómodamente.

Como el tiempo apremiaba, se había pasado los últimos días volcado en su proyecto. Lucio se encargó de que tuviera todo cuanto necesitara; incluso le adjudicó un par de esclavos, totalmente a su servicio, para que pudiera dedicar todo su tiempo a su proyecto.

La cuestión de la familia de Calícrates era compleja. El heleno deseaba recuperarlas de inmediato, y Lucio le explicó su preocupación: si el arquitecto las tuviera ahora a su lado, casi seguro que no terminaría el proyecto a tiempo, ya que Calícrates no podría dejar a sus hijas y su esposa de lado después de estar tanto tiempo separados.

El griego comprendía la lógica de Lucio, y pensó que tal vez tuviera razón. El problema era que, como apenas conocía a Sura —y sabía bien de las maquinaciones y trampas de muchas de las gentes de Roma—, no se fiaba de él. Después de varias propuestas y contrapropuestas, llegaron a una solución que asumía un equilibrio entre lógica y sentido común.

Fue Cayo, naturalmente, quien la encontró.

Se harían los trámites para la liberación de las hijas de Calícrates, y estas volverían a su tierra natal para reunirse con su madre. Solo cuando el proyecto estuviera acabado y los bocetos listos para su presentación, se buscaría el encuentro familiar con Calícrates. Lucio se mostró inflexible en la importancia de presentar el proyecto dentro de los plazos previstos. Cualquier retraso acabaría resultando en un fracaso de todos.

El reencuentro sería en Roma, pues Calícrates tendría que participar de manera activa en la presentación del proyecto delante del propio Vespasiano.

Tiempo. Un factor esencial en cualquier actividad humana.

—Antes de ponerme a diseñar el anfiteatro, necesito ver Roma detenidamente —comentó Calícrates el primer día de su llegada a la urbe.

—¿Roma? ¿Qué quieres decir? ¿Es que no has visto ya suficiente?

—Ni mucho menos. Llevo los últimos días meditando a conciencia sobre una cuestión que puede hacernos perder el concurso.

Esta última frase consiguió captar la atención del joven senador. El heleno prosiguió con su explicación.

—Mi concepción sobre la arquitectura y el arte está basada en muchos siglos de errores y aciertos de los mejores artistas de mi tierra. Sé perfectamente cómo construir cualquier edificio según los cánones de belleza helenos —Calícrates, como cualquier hijo de su patria, usaba siempre el apelativo «heleno»; el término «griego» era solo usado por los latinos, y de un modo un tanto despectivo—. Pero aquí se trata de seducir a romanos, no a helenos. Y vosotros los romanos sois muy vuestros. Sí, recogéis cualquier idea nueva, siempre que sea buena y adecuada para vuestros intereses, pero la adaptáis a vuestra forma de entender el mundo. Todo grande; cuanto más, mejor.

»Si diseño un edificio basado solo en los cánones de belleza helenos, no tengo ninguna duda de que acabaremos fracasando en el intento —había cierta tristeza en sus palabras—. Debo encontrar el máximo ejemplo de belleza romana, y darle un toque distintivo que la convierta en algo sublime.

Lucio mostró cara de sorpresa.

—Veo que el pragmatismo romano se ha impregnado ya en tu sangre —el senador sonreía satisfecho—. Tienes razón, hay que llamar la atención de Vespasiano con algo que ya conozca, pero que contenga algo distintivo, algo sublime —repitió los mismos adjetivos que Calícrates, como si fueran suyos.

—Necesito ver Roma. Y necesito hacerlo solo.

—¿Solo? ¿Acaso quieres visitar algún edificio pecaminoso para liberar tu libido? —había verdadera sorna en aquellas palabras.

Calícrates era un hombre que no bromeaba a menudo, y contestó de manera seria y firme.

—Necesito ir a mi aire y tomarme mi tiempo. Dos días. Necesitaré dos días.

El incendio que había sufrido Roma en la década anterior había dejado grandes secuelas en la ciudad. Sus huellas eran bien visibles en más de la

mitad de los catorce distritos. Aunque la energía de la sociedad romana remendaba sus efectos a gran velocidad, la crisis política del año 69 ralentizó ese efecto reparador. Ahora, con Vespasiano y la sensación de haber recuperado la estabilidad, seguro que en pocos años Roma volvería a lucir sus mármoles con todo el esplendor de que era capaz.

Dos fueron los edificios que Calícrates encontró inspiradores, y ambos eran teatros.

El anfiteatro era una creación bastante reciente. Hasta solo cien años atrás, los espectáculos de lucha no tenían un espacio específico. Solía adaptarse el circo o un lugar amplio, como el Foro, pero siempre de manera provisional y puntual para una celebración en concreto. Y no fue hasta los postreros decenios del siglo pasado —durante el consulado de Augusto— que Roma tuvo su anfiteatro, edificio que había sido destruido por el famoso incendio del año 64. Según algunas versiones, la adición de dos teatros móviles de madera (encarando a uno con el otro) dio lugar al nacimiento de la idea de aquel edificio.

Construido unos ciento veinte años atrás, el teatro de Pompeyo era un prodigio de belleza y majestuosidad. Más allá del enorme peristilo que alargaba el complejo teatral, la estructura era magnífica. Calícrates pudo observar la grandiosidad de la arquitectura romana. Los helenos, inventores del teatro y del espacio para representarlo, aprovechaban las laderas de un accidente geográfico natural. Los romanos también lo hacían. Pero cuando no existía ese recurso natural, los latinos levantaban el edificio con una sólida estructura artificial que lo sustentara. Esa estructura se sostenía con corredores abovedados, a los que se accedía desde el nivel de la calle. Una fachada semicircular permitía el lucimiento con arcos de medio punto y de distintos órdenes arquitectónicos integrados en los estribos. Un templo dividía en dos la fachada circular del teatro de Pompeyo, pero ese era un recurso más político que plástico, y disgustó sobremanera a Calícrates. En el interior, la acústica era impecable: el frente de escena cerraba un semicírculo perfecto.

El teatro de Marcelo era algo más pequeño, pero Calícrates vio ciertos detalles que lo cautivaron. Igual que el de Pompeyo, la fachada era impresionante, con aquella superposición de los órdenes jónico y un corintio latinizado que los romanos llamaban toscano. La gran diferencia era el material usado: en el de Pompeyo, el mármol brillaba de manera exagerada y se apropiaba de cualquier belleza arquitectónica; en el de Marcelo, en cambio, se había usado el travertino —la roca que se extraía de canteras como la de Claudia, muy utilizado en la mayoría de los edificios romanos—, con lo que

todo quedaba mejor conjuntado. El incendio de siete años atrás —en la época de Nerón— lo había dañado de manera bastante seria, y un sector se había derrumbado. La piedra aguantaba bien el fuego, pero los sillares estaban unidos con plomo fundido, y el calentamiento del metal había roto esas uniones y provocado el consecuente derrumbe. Necesitarían invertir una buena cantidad de sestercios para reconstruir el teatro, si querían que volviera a lucir la belleza de una obra bien acabada.

La tarde de aquel día y la jornada completa del siguiente las aprovechó para copiar algunos detalles que su memoria podría dejar escapar. Estaba contento con la visita: había sido muy fructífera. Dos días que no habían sido inútiles en absoluto. Y que después le sirvieron para avanzar en los bocetos de un modo firme y decidido.

Lucio tampoco le hacía perder demasiado tiempo visitándole. Solo de vez en cuando acudía a su lugar de trabajo, una habitación pequeña pero con una luz natural excelente que lo avanzado de la estación alargaba de manera idónea para ganar tiempo a la jornada. Se había dispuesto una gran tabla encima de unos caballetes, y el arquitecto la usaba como mesa de trabajo. Encima de esa mesa, repartidos de manera simétrica y sin ningún espacio para el desorden, distintos papiros —con sendas piezas de plomo en sus esquinas para impedir su natural posición de enrollado— comenzaban a estar llenos de líneas rectas, círculos, letras y números. Dos mesas pequeñas parecían montar guardia a ambos lados del tablón y los caballetes: compases, reglas, cálamos, *stilum*, esponjas, tinteros y un sinfín de cajas y otros útiles. Todo ello ordenado de manera perfecta, como si fuera un verdadero ejército en formación.

—¿Y esto? —preguntó Lucio en una de sus breves visitas; señalaba un tintero y un *stilus* de plata. Se veían relucientes y sin estrenar, pero estaban junto a los demás útiles.

—El regalo de boda de mi esposa —lo dijo en un tono bajo, casi un susurro, mostrándose algo molesto por la pregunta.

—Pero no está usado…

—No —respondió secamente Calícrates, y en un tono más alto. No le gustaba hablar de ese tema, y menos con un romano; ellos no entendían el valor de los pequeños detalles.

Lucio captó la indirecta.

—¿Estos son los papiros en los que presentaremos el proyecto?

—Hago los borradores en tablillas de cera —señaló una docena de tablillas apiladas en una de las mesas—. Después, lo paso a limpio y a tinta en

un papiro; aquí me resulta más fácil ver errores y corregirlos. Para la presentación, usaremos la tela sujeta en marcos de madera —señaló unos caballetes altos apoyados en la pared. Sostenían unos lienzos cuadrados con unas telas blancas—. El contraste del negro de la tinta con el blanco de la tela dará un toque muy efectista a nuestra presentación. Pocos arquitectos usan la tela para dibujar; su uso requiere una precisión muy alta.

Lucio avanzó hasta los lienzos. Casi con timidez, acarició las telas.

—¡Estás en todo, Calícrates! Cayo ya me advirtió de tu gran profesionalidad.

—Es el oficio de arquitecto; te hace pensar de un modo distinto.

—¿Cuándo crees que habrás acabado? —preguntó Lucio, un tanto inquieto.

—Pronto, muy pronto. Si puedo continuar sin excesivas interrupciones —una frase llena de ironía—, acabaremos a tiempo y aún nos sobrará. Les mostraremos una estructura como jamás se haya visto antes.

Lucio le entregó un papiro enrollado.

—Es el documento de liberación de tu familia. Y me han confirmado que están de camino a tu querida Grecia.

Calícrates cogió el papiro con rapidez, mostrando una impaciencia impropia de él.

Lo leyó con calma. En efecto, era una copia sellada de la liberación de sus hijas. Todo parecía correcto.

—Sabiendo la importancia que tiene esto para mí, ¿por qué has tardado tanto en dármelo? —Había cierto enojo en las palabras del heleno—. ¿Así pretendes que sea de fluida nuestra colaboración?

Calícrates miraba a Lucio con firmeza, directamente a los ojos. Por un momento, pudo ver algo de cólera en su interlocutor, casi enfado por aquel desafío. Pero el romano relajó el semblante rápidamente.

—Antes has dicho que el oficio de arquitecto te hace pensar de una forma distinta —contestó Lucio, en un tono calmado pero firme—. También mi condición de senador influye en mi forma de pensar y actuar. No pretendas cambiarme, y yo no lo haré contigo.

Calícrates, sin embargo, no se arrugó.

—Este es un proyecto de alta envergadura. Es posible que el mundo jamás vea algo parecido. Y para su correcto desarrollo, es necesaria una perfecta imbricación de todas las partes implicadas en su ejecución. Cualquier retraso, por ejemplo en la entrega de material por no haberlo encargado a tiempo, puede suponer un retraso en la obra de varias semanas o incluso meses. La

arquitectura es exactitud, Lucio, es limpieza, generosidad, nobleza, sinceridad… Si alguno de esos valores falla, el edificio se viene abajo.

—Tú ocúpate del anfiteatro y déjame todo lo demás a mí. Solo así funcionaremos bien como equipo. Si pretendes abarcarlo todo, acabarás sin controlar nada. Ahora más vale que te concentres en el proyecto y te olvides de disputas personales.

Sin dejar tiempo para la réplica, Lucio abandonó el espacio de trabajo de Calícrates.

El arquitecto sonrió y se concentró en el dibujo que tenía entre manos: un arco de medio punto; cogió el compás e instaló en él uno de los cálamos.

⁎ ⁎ ⁎

Cuatro semanas después, el proyecto estaba totalmente acabado. La fecha de los Idus de Iunius aún quedaba lejos —trece días—, y Calícrates exigió ver a Lucio.

—Debes cumplir tu palabra: ya puedes traer a mi familia a Roma. —El heleno fue muy directo en su petición. Estaba con los brazos cruzados, como quien espera a su oponente.

—¿Está…?

—Todo acabado y listo. No queda ni una tela por dibujar. Todo guardado y preparado, para que el día de la presentación no haya errores.

—Perfecto, pues. Enviaré de inmediato un barco a buscar a tu esposa e hijas. Con buen viento, tal vez antes de los Idus de Iunius ya estén aquí.

No vio falsedad alguna en la mirada del romano. Tal vez fuera su condición de senador y político —sin duda era un hombre habituado a enmascarar sus propios sentimientos—, pero el caso es que le pareció que sus palabras eran sinceras.

Aquellos días de espera los aprovechó para repasar todos los cálculos numéricos del proyecto. Naturalmente, no era el proyecto final. Era solo un esbozo para el concurso. Después, si resultara ser el ganador, comenzaría la ingente labor de la planificación global. El verdadero proyecto constructivo.

Una mañana, Lucio le informó de que al día siguiente su esposa e hijas llegarían al puerto de Ostia. Sin pensárselo un solo instante, Calícrates se preparó para ir a recibirlas. Aún quedaban tres días para la presentación ante Vespasiano.

Los momentos previos a la llegada del barco mercante estuvieron llenos de nervios y recuerdos para el arquitecto: el día en que conoció a su esposa, la boda, el nacimiento de sus hijas… Los enfados, los momentos felices, los

encuentros íntimos… Calícrates no había estado con ninguna otra mujer desde que había pasado a la condición de esclavo. Y ello a pesar de que, sin ser un hombre con una libido muy acentuada, sentía el deseo en su interior como cualquier otro.

Esperaba poder recuperar su vida normal pronto, en los próximos días. Después de todo, la vida en Roma no era tan mala.

Lucio insistió en que Calícrates llevara un par de hombres de armas como guardaespaldas. Se jugaban demasiado como para que un ladronzuelo lo echase todo a perder.

—Tranquilo —le dijo el arquitecto—, por el bien del anfiteatro procuraré que no me maten. Todo sea por el anfiteatro.

Apenas llevaba una hora esperando, cuando el perfil de un barco apareció en el horizonte. El corazón le dio un vuelco, como si una mano se lo estrujase con fuerza, y empezó a latir con más insistencia.

A medida que fue acercándose, el mundo que lo rodeaba comenzó a evaporarse. La imagen de ellas tres, idealizada, se imponía a cualquier realidad palpable. El barco estaba cada vez más cerca, pero sus perfiles, aparejos y velas apenas conseguían despertar al heleno de su ensueño.

Entonces las vio.

Estaban en la cubierta del velero. Damaris, su esposa, detrás, y sus dos hijas, Medea e Ione, delante. No estaba seguro de si las pequeñas lo reconocerían. Un año no era mucho tiempo, pero con cinco y tres años de edad, respectivamente, el paso del tiempo tenía efectos distintos a los de un adulto. Además, el tiempo pasado en esclavitud —apenas diez meses— tal vez podría haberse cobrado una factura emocional en ellas. Ese era el principal temor de Calícrates. En la nota que le entregó Lucio, se apuntaba que las niñas habían disfrutado de un buen trato, pero el heleno no se fiaba de los romanos, tan propensos a tergiversarlo todo en función de sus propios intereses.

La operación de atraque se le antojó muy lenta. Veía a Damaris y a las niñas a pocos pasos, y cada latido de su corazón era tan doloroso como un aguijonazo.

La colocación de la pasarela de madera —apenas tres maderos claveteados entre sí— fijó el punto final de aquella lenta operación.

En cuanto ellas pusieron los pies en el suelo, Calícrates las abrazó con fuerza.

—¡Por fin! ¡Por fin! ¡Por fin! —fue lo único capaz de exclamar. Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Se separó un momento de ellas y las contempló con emoción.

Damaris, su esposa, tenía los ojos enrojecidos y las mejillas húmedas. Apenas había cambiado, y no había huellas de sufrimiento en su rostro; al menos, no externamente. Las niñas, en cambio, habían crecido, y mucho. En doce meses, la pequeña Ione había dejado de ser el bebé que él había dejado atrás. La mayor, Medea, había crecido y adelgazado algo; sus mejillas habían dejado atrás aquella redondez tan típica de los primeros años de vida.

—¿Habéis estado bien? ¿Habéis sufrido mucho?

—Han estado juntas todo el tiempo… —contestó Damaris, mientras se secaba las lágrimas—. Y las han tratado bien. Pero es hora que te ocupes de tu familia.

Aquella última frase era un claro reproche. Además, usó un tono de voz algo más alto; su barbilla erguida subrayó la recriminación.

—No vamos a separarnos nunca más. Os lo prometo —lo dijo con la mano en el corazón. Damaris lo conocía de manera suficiente como para saber que haría honor a su palabra.

Durante el viaje de vuelta, Calícrates supo que su hija pequeña, Ione, había dejado de hablar doce meses atrás.

⁎ ⁎ ⁎

La familia del arquitecto fue alojada en la casa de los Sura, una magnífica *domus* situada en el Vicus Iugarius, una de las calles más antiguas de Roma. Muy cerca de la colina Capitolina, su situación y tamaño la convertían en el paradigma de las mansiones patricias más nobles.

El arquitecto y los suyos habitaban en la zona más íntima de la *domus*, la parte trasera, alejada del mundanal ruido que llenaba la casa por acción de la ingente clientela de los Sura.

La noche anterior a la presentación, el arquitecto se despertó a mitad de un agitado sueño. Con la azulada y tímida luz lunar, que conseguía atravesar los múltiples obstáculos hasta su cama, pudo ver el otro camastro de su habitación. Vacío.

Damaris y las niñas se habían instalado en el equivalente al gineceo heleno, la parte de la vivienda donde vivían las mujeres. Apenas lo hablaron, porque ella fue muy contundente al señalar que las niñas habían pasado mucho tiempo sin sus padres como para que fuera conveniente que durmieran solas. Calícrates no intentó convencerla para que cambiara de opinión. La comprendía demasiado bien.

El reencuentro con su esposa e hijas había sido muy frío. Las niñas estaban algo asustadas, y Damaris demostró tener bien cerrada la puerta de su corazón. Algo que no había cambiado mucho desde que se casaron; ahora, si ello era posible, aún se encontraba a más distancia de él.

Las dos últimas jornadas habían compartido muchos minutos. Junto a las niñas o solos. Se explicaron, respectivamente, cómo habían pasado el último año y cómo habían vivido la esclavitud.

Las niñas habían sido compradas por una anciana pareja latina afincada en la misma Hélade. Con los hijos ya mayores —y residiendo estos en la península italiana—, decidieron adquirirlas para tener compañía. En la misma casa vivía una nieta de sus dueños —cuyos padres habían fallecido el año anterior—, y el cuidado de esa niña fue el causante de la compra de la prole de Calícrates. Según le comentó su esposa, habían vivido bien. Sin duda podía haber sido mucho peor.

Calícrates les presentó a Lucio y les enseñó el que sería, de momento, su nuevo hogar.

Después, ya a solas con su mujer —y sin las niñas— le explicó el proyecto del anfiteatro. Ella al principio escuchó con la máxima atención. En silencio, sin interrumpirle. Solo cuando Calícrates acabó de explicárselo, Damaris habló.

—¿Y no vas a recibir nada por todo tu trabajo? ¿Es ese el gran proyecto de futuro para tus hijas?

Calícrates intentó explicarle su punto de vista.

—Es algo que va más allá del oro o la plata. Este proyecto trascenderá este momento y este espacio. Quedará para siempre en la retina de los hombres de este tiempo, y deslumbrará a los del futuro. Será uno de los máximos logros del hombre en muchos siglos, te lo aseguro.

Damaris era una persona de realidades más tangibles.

—¿Y te quedarás tan tranquilo mientras tú construyes tu teatro y tus hijas viven en casa de otro como esclavas? En nuestra patria, eras un hombre libre, alguien con un futuro. Aquí te has convertido en el servidor de gentes codiciosas que solo buscan su propio beneficio.

Calícrates respiró hondo. Era una discusión comenzada mucho tiempo atrás.

—Cuando termine el anfiteatro, vendrán nuevas ofertas de trabajo con las que ganarnos bien la vida.

—¿Y no vas a pedir al romano que te pague por tu trabajo?

Damaris se refería a Sura.

—Vuestra libertad fue mi estipendio. No sería honroso por mi parte pedir más. Además, sabiendo que estáis aquí y que sois libres, ya me siento más que pagado.

Una frase preciosa, pero que no logró conmover a Damaris.

Ahora, con la tenue luz de aquella luna romana, recordaba la conversación y, sobre todo, la expresión de Damaris cuando le respondía. Se la veía enfada, resentida. Aún no le había perdonado.

Calícrates sabía que su relación, por el momento, sería absolutamente distante y fría. Desde el abrazo inicial, no se habían vuelto a tocar.

⁎ ⁎ ⁎

Apenas hubo tiempo para nada más.

A la mañana siguiente, ambos, Lucio y Calícrates, estaban ante el Princeps y su hijo, Tito. Naturalmente, la exposición se celebró en el mismo pequeño salón del pabellón de los Jardines de Salustio en el que habían sido recibidos la primera vez. Allí se instalaron dos sillas, en las que Vespasiano y Tito aguardaban sentados a que empezaran; las sillas miraban hacia un extremo del salón, donde se había colocado una mesa y un caballete de preciosa madera labrada.

Serían los segundos en presentar el proyecto. Junto a ellos, el joven de la clase ecuestre esperó también su turno. El otro senador fue quien inició la rueda de las presentaciones.

Antes de entrar, Lucio y Calícrates se miraron un momento, de manera fugaz. Ambos se jugaban mucho en este envite, y ambos lo tenían muy claro.

Los dos esclavos adjudicados al heleno le ayudaron a acarrear unos enormes tableros de madera, que ahora estaban cubiertos con telas. Otros tres servidores acarrearon caballetes y un par de cajas de madera.

Todo estaba a punto. El momento decisivo había llegado.

Capítulo XVII

LUCIO SURA

Presentación

Jardines de Salustio, Roma
Idus de Iunius del año 71 d. C.

Como si un enorme enjambre de mariposas revolotearan en su estómago. Así era como se sentía Lucio ante la exposición que estaba a punto de comenzar.

No era por la explicación en sí que se sentía inquieto, sino por la trascendencia de lo que se derivaría tras la explicación. Era tan importante transmitir bien lo que se pretendía realizar como la manera en que se explicara. El Princeps era un hombre inteligente que sabría ver más allá de las simples palabras, y era obvio que una excelente oratoria vacía de contenido y sin un proyecto ganador detrás no tendría oportunidad alguna de convencer a Vespasiano.

El Princeps era la clave; solo a él había que convencerlo. Tito aceptaría la opinión de su padre, y dado que ambos tenían ideas muy distintas y no llegarían a ponerse de acuerdo, lo importante era conquistar al padre.

—Cuando queráis —dijo Vespasiano a Lucio, acompañando la expresión con un gesto de la mano.

—Gracias, Princeps —el heredero de los Sura cogió la palabra—. Y el agradecimiento no es solo por la oportunidad de permitirnos exponer nuestro proyecto. El hecho de haber merecido vuestra confianza para trabajar en algo tan magnífico ya es suficientemente satisfactorio. Y digo lo de trabajar porque hacerlo junto al hombre que me acompaña es un verdadero placer. Él es el verdadero protagonista del proyecto. Os presento a Calícrates, un brillante arquitecto griego que entiende bien la idiosincrasia de Roma, al mismo tiempo que mantiene ese arte y ese genio que siempre ha distinguido todo lo que llega de su tierra.

El arquitecto tomó la palabra. Lucio se hizo a un lado, aunque permaneció de pie, apoyado junto a la pared y algo alejado del campo de visión principal.

—Gracias. —El senador hispano notó que el griego estaba un tanto nervioso, pero era algo normal y estaba seguro de que, tras las primeras frases, se relajaría lo suficiente—. El senador Sura me encomendó la tarea de idear un proyecto que fuera espectacular a la vez que funcional. Según sus propias palabras, no era suficiente que fuera el más grande, el más hermoso o el mejor construido de los edificios. Tendría que ser una construcción que reuniera todo eso, y que a la vez demostrase la grandeza de Roma.

»Nuestra propuesta es construir un anfiteatro gigantesco y de una belleza perpetua. Sería el edificio más alto de Roma. Un espacio multifuncional, como explicaré más adelante.

»Existen anfiteatros en otros lugares de Italia. Algunos son de tamaño medio y otros podrían calificarse como grandes. Sin embargo, puedo aseguraros que jamás se ha construido un edificio como el que hoy os presentamos. Como heleno, he trabajado en edificios de toda índole, pero ni yo ni nadie ha construido nunca algo parecido a lo que os proponemos. Aun así, sé cómo llevar a cabo este proyecto, y sé que construirlo no supondrá dificultad alguna.

»Mi proyecto parte desde tres vertientes distintas. La perfección técnica, la total armonía de sus formas y el colosalismo.

Lucio miraba a unos y otros —orador y oyentes—, observando las reacciones de estos últimos ante las palabras del griego.

Calícrates mostraba su buen hacer con eficacia. Sus nervios iniciales habían desaparecido totalmente y hablaba con pasión, convencimiento y mostrando sus amplios conocimientos de arquitectura. Tito parecía estar complacido con las palabras del griego; estaba consiguiendo captar toda su atención. El Princeps, sin embargo, se mantenía imperturbable. No es que su rostro mostrase incomodidad alguna —de hecho, estaba muy atento a las explicaciones—, pero no parecía ni emocionarse ni disgustarse por los recodos de la oratoria del griego. Vespasiano era un hombre duro, y así lo manifestaba continuamente.

Lucio siguió escuchando las explicaciones del arquitecto.

—… La excelente calidad de los materiales y la buena manera de construir de los latinos van a acompañar la primera de esas vertientes. La idea es que el nuevo edificio dure eternamente con el mínimo de reparaciones durante los siglos venideros. Y que muestre para siempre la grandeza de Roma y el momento de paz en que está sumido el Imperio en estos momentos.

»La belleza. Esa será la argamasa que aglutinará la armonía que comentaba en la segunda vertiente. Integraremos todo el arte de nuestras

tierras, tanto de Italia como de la Hélade, en una única estructura, tal como harían un padre y una madre con sus hijos. Solo que esta vez seremos nosotros, y no los dioses, quienes elegiremos qué partes de cada progenitor nos interesan más. Buscando siempre la máxima virtud en todo aquello que hagamos, en aras de un resultado final muy brillante. No debemos conformarnos con mediocridades, pues el edificio representará a Roma durante los próximos siglos.

»Por último, el "colosalismo". Pretendo que su monumentalidad sea tal que su supremacía jamás pueda ser puesta en duda. Que las civilizaciones futuras lo nombren conforme a su colosal magnificencia. Que ese mismo "colosalismo" sea un recuerdo de los tiempos que ahora estamos viviendo. Unos tiempos de paz y gloria como jamás tuvo antes Roma.

Lucio y el heleno habían discutido sobre esas últimas frases, elegidas para satisfacer el ego de Vespasiano. Calícrates no era muy partidario de halagar de ese modo al Princeps, pero el senador hispano conocía bien la idiosincrasia romana y acabó convenciéndole.

Cuando el arquitecto terminó de hablar, descubrió una de las telas que había traído. Apoyada en uno de los caballetes, mostraba la sección de una estructura muy parecida a lo que sería la parte externa de la cávea de un teatro, pero el doble de alta de lo que era habitual en ese tipo de edificios.

Lucio seguía observando a los dos oyentes, y de un modo especial a Vespasiano. Tito se mostraba admirado al ver los dibujos del arquitecto, pero el Princeps se mantenía impertérrito, sin mostrar sus sentimientos en ningún momento.

Ayudándose ahora de esos dibujos, Calícrates siguió con la explicación más técnica.

—… Conformarían esa estructura tres anillos de arcos superpuestos con los órdenes toscano, jónico y corintio. Esos tres anillos, naturalmente, coincidirían con los tres graderíos internos; aunque la división real serían cinco sectores. Ganando uno en el subsuelo y otro encima de esos anillos, con un ático abierto únicamente con ventanas. Este ático sostendría una cubierta móvil: un conjunto de carpas plegables a través de cuerdas y mástiles.

»He estudiado muy bien la arquitectura romana, y para este edificio usaríamos los diseños de tiempos de Augusto…

«Bien, Calícrates», pensó Lucio. Augusto era visto por toda la sociedad romana como el modelo ideal de buen gobernante, y cada uno de los Princeps había buscado que el pueblo de Roma lo viera como a un nuevo Augusto.

—… Pero los adaptaríamos a estos tiempos más modernos; el clasicismo augústeo lleva impregnado todo lo bueno de ambos mundos, Roma y Grecia.

Después, ayudado por los esclavos, retiró la tela del siguiente caballete. Al quitarla, todos pudieron ver una estructura oval dividida en cuatro partes, cada una formando un ángulo de noventa grados.

—Estas son las etapas de la construcción, numeradas del I al V. Los procesos de cimentación, y los restantes tres anillos y el ático. En la arena se construiría una base sólida y adaptable a cualquier espectáculo que se desee, incluso la naumaquia. La entrada de agua también está prevista con estas canalizaciones laterales y unos desagües en ese subsuelo.

Guardó silencio un instante para tragar saliva. Lucio vio que el cuerpo del Princeps había cambiado de postura: ahora ya no estaba tan recostado en la silla, su espalda estaba más avanzada, al igual que su cabeza, como si quisiera estar más cerca del que hablaba.

«Eso —pensó el joven senador— es una buena señal».

—Y así termina mi exposición. Estoy a vuestra entera disposición para contestar a las cuestiones que consideréis convenientes.

Por un momento, pareció que nadie preguntaría nada. La explicación del heleno había sido detallada y minuciosa, pero aún era un simple proyecto, y era lógico que hubiera detalles por concretar.

Aquello, según la opinión de Lucio, no era bueno. Un buen proyecto debe impactar, sí, pero también debe llenar de preguntas a sus promotores, pues seguro que difería en algo de lo que habían imaginado ellos mismos. Era imposible que nadie acertara plenamente, ni el mejor de los arquitectos.

De pronto, Lucio oyó la voz grave de Vespasiano, y eso inicialmente lo tranquilizó.

—¿Cuántos espectadores podrá alojar ese anfiteatro tuyo, griego? —la suficiencia romana quedó plenamente constatada.

—Sesenta mil. De ellos, más de la mitad sentados, y el resto de pie, en las gradas superiores.

Padre e hijo se miraron un momento. Solo los circos llegaban a superar esa cifra de espectadores. Y ningún otro anfiteatro del mundo, es decir, de las provincias romanas, llegaba siquiera a la mitad.

Eso le gustaba a Lucio, y mucho. Esas miradas eran tan importantes como las mismas palabras del arquitecto.

Incluso el propio Vespasiano no pudo hacer otra cosa que asombrarse ante aquellas cifras. Abrió los ojos y, de manera inconsciente, se tapó la boca con

las manos, aunque disimuló el gesto casi imperceptiblemente, apoyando el mentón en ellas en actitud pensativa.

—¿Y cuánto tiempo se necesitaría para construir este gigantesco anfiteatro? —ahora era Tito quien preguntaba.

—En condiciones normales —contestó Calícrates—, la construcción de un recinto de estas dimensiones llevaría unos doce años, catorce para estar seguros.

—Demasiado tiempo —atajó de manera muy seca el Princeps—. Quiero tener el proyecto acabado como mucho en cinco años.

Lucio miró rápidamente a Calícrates; el senador se había puesto muy tenso, y un sudor frío empezó a empaparle la espalda. Esto podía suponer un freno a sus posibilidades de victoria. Sin embargo, viendo la tranquilidad del arquitecto el joven senador se relajó un poco.

—En condiciones normales, el tiempo estimado sería de unos doce años, pero he pensado en una nueva manera de trabajar que podría reducirlo hasta los cinco que solicitáis.

Vespasiano indicó con las manos que se explicara.

Rápidamente, el arquitecto pidió a sus ayudantes que descubrieran la última tela. Cuando la mostraron, un dibujo en planta del anfiteatro quedaba cortado por dos líneas, una horizontal y otra vertical, y dividido en cuatro secciones.

—Quitando algún apartado central y alguna entrada, el edificio consta de una total simetría. Si cuatro arquitectos trabajasen juntos, dividiéndose la obra entre cuatro grupos de trabajo distintos, se avanzaría mucho más.

—¿Como si fuera un queso y lo cortáramos en cuatro partes? —dijo Tito en voz alta.

—Sí, salvando las distancias, la idea sería esa. Cada uno se encargaría de su parte. Siendo el diseño el mismo, la obra final quedaría tan perfecta como si la hubiera llevado a cabo un único arquitecto.

—Eso, sin embargo, encarecerá el precio final —dijo Vespasiano, de manera seca y dura.

—Sí, naturalmente. Pero es el precio que habría que pagar por recortar hasta siete años la ejecución de un proyecto tan grande como este. Jamás, hasta la fecha, se ha hecho algo semejante. Y me cuesta imaginar que en un mundo futuro pueda llegar a hacerse algo así.

Sin darse cuenta, aquellas palabras habían impactado con fuerza en el corazón de Vespasiano. Mucho más que toda la explicación técnica y los dibujos. Tal vez Calícrates no se diera cuenta, pero Lucio fue totalmente

consciente de ello. Una sonrisa asomó de manera tímida en el rostro del patricio.

—Veo que has pensado en todo, griego —comentó Vespasiano.

—Es debido a mi oficio. Un arquitecto no solo debe ser previsor, también debe ser capaz de adaptarse e improvisar. Previsión e improvisación, aunque sean conceptos antónimos, son las claves de todo arquitecto que se precie.

Lucio pudo ver cierto orgullo en las palabras de Calícrates. Hablaba ante el Princeps de igual modo que lo haría ante el más desgraciado de los esclavos. Con respeto, pero con mucho orgullo.

Finalmente, la sesión se dio por concluida. Acabar de este modo era la mejor manera de hacerlo. El joven senador y el arquitecto se retiraron y dejaron al joven de la clase ecuestre presentando su proyecto.

Ahora caminaban juntos por los Jardines de Salustio.

—Parece que todo ha ido muy bien, Calícrates, lo has hecho estupendamente.

El griego bajó la cabeza de manera inconsciente, agradeciendo el cumplido.

—Había pensado —dijo el arquitecto— continuar trabajando en el proyecto del anfiteatro. Estos días, quiero decir, antes de saber si vamos a ganar o no.

—Claro, como quieras. De este modo, si nuestro proyecto resulta ganador, ya tendrás trabajo avanzado…

—Y si no es así, al menos no habré perdido el tiempo del todo. Entregaría mi trabajo al Princeps, por si lo considerase útil de algún modo.

«Así es la generosidad del *peregrinus*», pensó Lucio.

Capítulo XVIII

CALÍCRATES

El veredicto de Vespasiano

Roma, Idus de Iulius del año 71 d. C.

El día del Triunfo de Tito había llegado. La victoria en la guerra de Judea servía de excusa para que el pueblo de Roma buscara adorarse a sí mismo. Y lo sabía hacer muy bien. Tras siglos de experiencia y multitud de éxitos militares, la exaltación del propio orgullo no tenía parangón en ningún otro rincón del mundo conocido.

Era la primera vez que Calícrates veía una pompa de ese tipo. Naturalmente, había oído hablar mucho de esos desfiles, y con múltiples exageraciones, cuando estaba en la Hélade.

Pero se dio cuenta de que por mucho que uno intentara explicarlo, por mucho que exagerara, la realidad de lo que ocurría en esos desfiles era difícil de imaginar y de explicar. El cúmulo de sensaciones era imposible de relatar para que quien escuchara se hiciera cargo de lo que suponía en realidad. Tal vez no llegó a conmover al griego en ningún momento, pero era difícil no dejarse llevar por la exaltación y el entusiasmo del público.

Jamás creyó que hubiera tanta gente en el mundo. Aunque ese pensamiento tan provinciano se lo guardó para sí, pues sabía que los romanos se reirían. Aun así, por mucho que pudiera considerarse un pensamiento un tanto provinciano, no negaba esa verdad. Con la mayoría de la ciudadanía en la calle, además de infinidad de gentes de poblaciones vecinas o *peregrinus* que visitaban la capital, las vías por donde desfilaba la *pompa triumphalis* se habían quedado pequeñas. No había ni un solo rincón en todo el recorrido que no estuviera ocupado, y en la zona final, en el Forum Magnum y en los aledaños de la colina Capitolina, el paso de la comitiva habría sido imposible de no ser por el paso que la Guardia Pretoriana había abierto.

A pesar de que tenía motivos de sobra para estar contento y satisfecho, una cuestión le producía cierta congoja e impedía su felicidad total.

La ausencia de Damaris, su esposa.

Tras volver de la presentación, Damaris se mostró más distante y fría que nunca. Parecía casi ausente, y que lo único que existiera para ella en el mundo fueran las niñas. No le preguntó nada de la presentación ante Vespasiano, como si aquel hecho fuera algo intrascendente. Él intentó hablar con ella en dos ocasiones, pero fue inútil: su corazón parecía estar tan cerrado como la más gruesa y firme de las puertas.

Damaris había decidido no estar presente en la declaración de Vespasiano y se quedó en la residencia Sura con las niñas, y tampoco quiso asistir al desfile.

Situado en mitad de la colina Capitolina, Calícrates no estaba solo. Lucio lo acompañaba. También se encontraban allí Cayo Severo y Claudia Pulchra.

—Hasta los tiempos de Julio César —explicaba Cayo, con la paciencia con que lo haría un padre con un hijo—, el Triunfo era una ceremonia que buscaba agradecer al cónsul elegido por el Senado una gran victoria. También se aprovechaba para agasajar a los mejores soldados. No hay nada como un buen incentivo para que todo buen romano que se precie se lance a la guerra. Así es el generoso espíritu de Roma —la ironía estaba presente en las palabras del anciano senador.

Calícrates escuchaba con atención a su protector. Claudia y Lucio estaban un poco más allá, un tanto alejados de Severo y el arquitecto. Era evidente que juntos se sentían muy cómodos. Una vez más, el heleno percibió la frialdad de Claudia hacia él. Apenas lo saludó cuando se encontraron, y después no volvió a mirarlo ni una sola vez. Ni siquiera le dirigió la palabra.

¿Qué le pasaba con las mujeres? ¿Es que era incapaz de relacionarse con ellas de manera correcta sin ser menospreciado?

Debía intentar analizar esa cuestión con la frialdad y la lógica de la arquitectura. En teoría, era una ciencia universal y, por tanto, era útil para resolver cualquier problema que se presentara.

Para que una obra se sustentara, necesitaba unos buenos cimientos, un buen material para las paredes y una perfecta ejecución. Un trabajo armónico imprescindible si se pretendía conseguir una garantía total.

Lo mismo debía servir, pensó él, en una relación con una mujer. Un buen diálogo, un respeto entre las partes y un equilibrio entre el trabajo y la familia deberían ser garantes de una buena relación. Pero no, nunca era así. Había algo inescrutable en el mundo femenino, algo que él era incapaz de descifrar y entender. Y eso lo sacaba de quicio.

El griterío del pueblo romano lo sacó de sus pensamientos.

—Ahí llega la pompa del Triunfo —le comentó Cayo, señalando hacia el Velabrum, un barrio situado entre las colinas Capitolina y Palatina y la zona del Forum Magnum.

El Triunfo, tradicionalmente, se llevaba a cabo por un itinerario previamente estipulado: el mismo recorrido que hizo Vespasiano el año anterior, cuando desfiló como nuevo Princeps ante toda la ciudadanía romana. El Velabrum era uno de los barrios que cruzaba la pompa triunfal.

La gente se apiñaba en las calles, abarrotándolas hasta el extremo de impedir el paso. Pero ahí estaba la Guardia Pretoriana para despejar la vía.

Desde la falda de la colina Capitolina apenas se veían los detalles del desfile. Podía apreciarse bien la algarabía de la gente en los puntos por donde pasaba en cada momento, de modo que uno sabía bien a qué altura se encontraba el homenajeado.

Con la vista, Calícrates fue siguiendo la circulación del cortejo por el griterío que se alzaba entre la multitud. La comitiva llegó hasta el Circo Máximo y de ahí enfiló hacia el norte por la Vía Sacra. El monte Palatino tapó su visión, y solo podía adivinar a qué altura se encontraba por los gritos de la gente.

Poco después, al llegar a la zona del Forum Magnum, volvió a verlo. Allí, como centro neurálgico de la urbe, la gente se apiñaba de un modo exagerado. El suelo era imposible de ver, y de haber ocurrido una desgracia las consecuencias habrían sido catastróficas. Un pasillo abierto por un contingente de pretorianos dejaba una vía libre hasta los pies de la colina Capitolina.

La comitiva estaba ahora más cerca, y Calícrates pudo distinguir mejor los detalles. Los primeros componentes aparecieron ante ellos, y la multitud que los rodeaba empezó a alborotarse: más de seiscientos prisioneros caminando en silencio y con los rostros llenos de congoja constituían un soberano espectáculo en sí mismos. La mayoría serían puestos a la venta como esclavos, aunque algunos —los cabecillas de la rebelión— servirían como ejemplo y serían ejecutados.

La visión de los legionarios condecorados vestidos con suntuosas ropas escarlata y grana, cargados con joyas extrañas pero que relucían sobremanera, despertó la admiración de muchos ciudadanos. La mayoría de ellos lamentaban no pertenecer a esas legiones, y muchos se prometían ser ellos los próximos en poder desfilar cargados de gloria y fortuna.

También la visión de Vespasiano junto a sus dos hijos, Tito y Domiciano, con sus coronas de laurel y vestidos con sedas traídas de la provincia

conquistada, luciendo las prendas de honor, consiguió que la ciudadanía se enorgulleciera de pertenecer a ese pueblo que doblegaba al resto de civilizaciones del mundo conocido con decisión y buen temple.

Sin embargo, lo que más impresionó a la plebe fue ver los tesoros ganados en la conquista de Judea. Los más de doscientos carros cargados hasta los topes con riquezas inimaginables provocaron el asombro de todos y cada uno de los presentes. Oro, plata, metales, marfil y piedras preciosas fundidos y modelados como joyas de mil formas distintas fueron admirados tanto por su esplendoroso brillo, como por su suntuosidad e incluso por su rareza formal.

Dos elementos destacaban por encima del resto.

Una enorme mesa fundida totalmente en oro que, por su tamaño, podría suponer un peso de más de dos talentos. Con un objeto así, un plebeyo podría vivir cómodamente el resto de su vida.

También destacó, por ser una pieza extraña y de indiscutible procedencia judía, un enorme candelabro del cual sobresalían siete brazos como si fueran tentáculos o enormes arrejaques. Era una pieza legendaria, cuya fama se extendía a todos los rincones de la geografía romana, y ahora los orgullosos ciudadanos podían verla desfilando como una posesión más del Princeps.

Ambos objetos, decían, habían sido sacados del Templo de Jerusalén antes de que las llamas acabaran con todo el edificio, por lo que su valor era aún mayor, pues se trataba del último vestigio de una tradición que se perdía en la oscuridad de los siglos.

La comitiva era tan larga que, cuando los últimos carros aún circulaban por la Vía Sacra, los músicos que encabezaban la marcha ya enfilaban las primeras rampas de la colina Capitolina.

Calícrates, fascinado por todo lo que veía, se fijaba en los numerosos detalles.

—¿Nervioso, Calícrates?

Era la voz de Lucio, que se había situado a su lado. El griego comprendió enseguida a qué se refería el joven senador.

—Creo que ambos nos jugamos bastante hoy.

—He intentado sondear un posible resultado, pero Vespasiano es un tipo duro y no suelta prenda.

El arquitecto miró hacia Claudia. No se había movido de su anterior posición. Ahora, sola, contemplaba con cierto aire de ausencia la fiesta romana por excelencia.

La ascensión de la comitiva hasta la colina Capitolina le permitió observar los detalles aún más de cerca. Pasaron a pocos pasos de él.

La jornada era cálida, como no podía ser de otra manera a principios de verano, y el sol, a punto de llegar al mediodía, impactaba con fuerza en la cima más emblemática de Roma. Apenas soplaba la menor brisa, pero a pesar del calor nadie se marcharía de allí. Y menos ahora, con lo más jugoso de la fiesta a punto de comenzar.

En primer lugar, se sacrificaron los bueyes de rigor. Pero la multitud apenas se excitó con la sangre y los gemidos de aquellos animales. Y lo mismo ocurrió cuando prendieron fuego a los restos, junto a la corona de laurel, porque lo que venía a continuación era mucho más emocionante.

Tras agradecer a los dioses su ayuda en la campaña de Judea, el Princeps presentó a uno de los prisioneros, el único que habían llevado hasta la colina sagrada.

—Aquí está Simón, hijo de Giora, uno de los cabecillas de la rebelión. —La voz grave de Vespasiano, a pesar de la gran distancia, llegaba hasta buena parte del Forum Magnum—. En vuestras manos está decidir qué hacemos con él. Vosotros sois el pueblo de Roma, vuestro es el destino del mundo, ¡vosotros tenéis el poder de decidir sobre su vida!

Unos fuertes gritos llenos de malas palabras llegaron hasta la mítica colina. La gente no gritó al unísono, cada uno decía las palabras que mejor le parecían, pero quedó claro que se solicitaba la muerte del prisionero.

—¡¿Debe pagar con su vida por los romanos muertos?!

Un sí unánime resonó en el Foro. Un gran número de brazos se levantaron y se movieron como si fueran un extenso campo de trigo de mediados de junio.

—¡¿Será su vida suficiente para aplacar a los dioses y consolar a las madres de los romanos muertos?! —Un observador perspicaz se daría cuenta de que Vespasiano subrayaba el concepto de romanos muertos a propósito.

Una nueva respuesta unánime llegó hasta la explanada ante el Templo de Júpiter. Otra vez una multitud de brazos se levantaron.

Desde su posición junto al Templo de Júpiter, Calícrates observaba las reacciones de Cayo Severo y Lucio y, naturalmente, de Claudia Pulchra. Todos estaban contemplando al Princeps y seguían sus palabras con la máxima atención. Vespasiano parecía poseer el don de hechizar a quienes lo escuchaban.

—¡¿Es su muerte lo que deseáis?! —El grito a pleno pulmón de Vespasiano sacó a Calícrates de su ensoñación.

Ahora los gritos eran más uniformes y llenos de pasión. La multitud que se congregaba a los pies del Princeps estaba decididamente entregada.

Tras unos cuantos gritos de unanimidad, Vespasiano dio la señal, y tres oficiales se encargaron de colgar a Simón. El judío se contorsionó repetidamente en el extremo de la soga, hasta que su cuerpo quedó inmóvil.

El público siguió con entusiasmo cada uno de los espasmos del prisionero, y cuando su cuerpo quedó inerte todos aplaudieron con fervor.

Después, Vespasiano volvió a tomar la palabra.

Calícrates se mojó los labios. Había llegado el momento de saber cuál era la decisión del Princeps. Ahora Vespasiano buscaría el favor total del pueblo de Roma al prometerles gastar una buena parte del tesoro conquistado en beneficio del vulgo.

—¡Pueblo de Roma! —levantó los brazos al aire con fuerza y decisión, para que la multitud se apaciguara. El murmullo del gentío se fue apagando, como si una ola de silencio lo arrastrara—. Habéis visto las riquezas que he ganado para vosotros en la campaña de Judea. Vuestro es el botín, y vuestro será el beneficio. Si Augusto llenó de mármol la urbe, yo haré que os sintáis orgullosos de ser romanos. —Hizo una pausa cargada de dramatismo—. ¡Tres van a ser mis principios básicos! En primer lugar, la paz. Es hora de que disfrutéis de los beneficios de tantos años de luchas y de conquistas. Es hora de que tengáis la paz que tanto os merecéis. Es hora de que Roma sacie su hambre a costa de las tierras conquistadas.

Una ovación del público interrumpió al Princeps.

—En segundo lugar… —bajó los brazos de forma repetitiva para pedir silencio—. En segundo lugar, hay que reconstruir Roma tras estos últimos meses desastrosos —a lo largo del año 69, hubo hasta cuatro emperadores distintos. Había sido un período de auténtico conflicto civil—. Es una vergüenza que el Templo de Júpiter esté en este estado. Y os pido perdón por ello, pueblo de Roma…

La ovación aún fue mayor y más atronadora que antes.

—… Os pido perdón —repitió Vespasiano, pidiendo silencio una vez más — por no atender a las verdaderas necesidades del pueblo de Roma. No todos están a vuestro nivel —Lucio observó al Princeps, ¿tal vez se refería a los senadores?—, pero os aseguro que eso va a cambiar.

La multitud empezó a corear a su líder al unísono, alzando un ulular estremecedor:

—¡Princeps! ¡Princeps! ¡Princeps! ¡Princeps!

Vespasiano pidió silencio de nuevo.

—Y en tercer lugar, es preciso convertir al ciudadano romano en el paradigma del Imperio, en la idea que nos empuja a nuestros objetivos, de

modo que las conquistas y las buenas obras de los gobernantes reviertan totalmente en el pueblo.

Ahora ni el más fuerte de los truenos habría resonado con tanta sonoridad. El estruendo era ensordecedor.

—Para la primera cuestión, ordenaré construir un templo para la paz, aquí, en el Forum Magnum. Para que los dioses nos acojan y sepan qué deseamos.

Una nueva ovación interrumpió el discurso de Vespasiano.

—En segundo lugar, construiré una estatua de dimensiones titánicas del dios Apolo. Necesitamos que los dioses perdonen nuestras afrentas, y que no nos castiguen más.

La ovación que siguió tal vez no fuera tan sonora como las otras.

—Y finalmente, dos estructuras os recordarán que sois el pueblo elegido por los dioses para gobernar. La primera de ellas será un arco de triunfo que no solo nos recuerde esta espléndida victoria en Judea, sino que el mundo se ha quedado pequeño para Roma. ¡Apenas quedan ya provincias dignas de ser conquistadas!

La multitud volvió a vitorearlo:

—¡Princeps! ¡Princeps! ¡Princeps!

—¡Este arco…! —Vespasiano alzó los brazos de nuevo—. Este arco será en honor de mi hijo Tito, cuya labor en Oriente merece ser recompensada. Y después construiré la mayor obra que jamás haya visto Roma y el mundo entero —se hizo un silencio sepulcral, todos esperaban saber de qué se trataba finalmente—. Nuestra ciudad, nuestro Imperio, tendrá el mayor anfiteatro que el mundo haya visto y, desde su inauguración, se celebrarán cien días de juegos para que todos lo podáis…

Le interrumpieron con una brutal ovación. El anuncio del anfiteatro había gustado, pero acompañarlo con cien días de juegos era algo que extasiaba a los romanos.

Cuando por fin pudo volver a calmar a la gente, Vespasiano explicó mejor el proyecto del anfiteatro.

—Será algo realmente colosal. ¡Que el mundo nos contemple desde abajo! En nuestro anfiteatro tendrán cabida más de sesenta mil personas. El proyecto del senador Sura —señaló a Lucio, que sintió cómo todas las miradas de Roma se posaban en él, al mismo tiempo que su cuerpo sufría una elevación de la temperatura al sentir que acababa de ganar el proyecto— es espectacular. Aglutina la belleza del mundo griego con la sobriedad y seguridad del mundo latino. Una vez construido, el anfiteatro se convertirá en

el verdadero emblema de Roma. Todas las naciones nos recordarán por el símbolo que representará este colosal edificio.

»El lugar elegido para su construcción será el espacio que va desde el Palatino, hasta el Esquilino y el Celio. La Domus Aurea será derribada, y devolveremos el corazón de Roma a los ciudadanos. ¡Olvidaos de Nerón y sus palacios de *rex* oriental! ¡Es hora de devolver al pueblo lo que es del pueblo!

Aquellas frases finales, definitivamente, volvieron loca a la plebe, que esta vez comenzó a vitorear con fuerza el nombre de Vespasiano.

Calícrates sentía el calor de la gente, pero, sobre todo, la enorme satisfacción de triunfo. Su proyecto era el vencedor. Inmediatamente miró a Lucio. El hispano también lo estaba mirando, y Calícrates pudo ver una marcada satisfacción en los ojos del senador. Satisfacción, orgullo y, sobre todo, dignidad.

Ambos se sonrieron con complicidad. Más tarde ya se felicitarían y hablarían a fondo del tema. Ahora, con esa sonrisa, se sentían pagados y satisfechos.

Cayo Severo felicitó al arquitecto heleno. Estrechó su mano al mismo tiempo que le cogía por el hombro y le dirigía una cálida sonrisa. Claudia, en cambio, volvió a ignorar su presencia. Su mirada seguía clavada en la colina Capitolina.

LIBRO SEGUNDO

Capítulo XIX

CALÍCRATES

La base de toda buena obra

Roma, otoño del año 71 d. C.

Los primeros días tras la noticia de la aceptación de su proyecto por parte de Vespasiano fueron terriblemente complejos para Calícrates.

Alegría, responsabilidad, aturdimiento y orgullo se mezclaban a partes iguales en su mente como si una tormenta enviada por Zeus descargara su furia dentro de su cabeza.

La alegría era más que justificada, y obvia. Un proyecto como aquel era el sueño de cualquier profesional que se dedicara a la construcción. Allí se aunaban, a partes iguales, belleza, colosalismo y funcionalidad. Y el heleno vería, finalmente, su sueño realizado.

La responsabilidad era enorme. Todo, absolutamente todo, giraría en torno a él. Aunque la idea de despiezar el anfiteatro en cuatro partes y que cada una de ellas fuera construida casi de forma independiente con respecto a las otras era genial, él, aparte de construir su propia sección, tenía que revisar las otras tres para que nada ni nadie se alejara del plan original. Además, Vespasiano le había concedido el privilegio de dirigir el proyecto, pero Calícrates sabía que el Princeps era un hombre enormemente exigente y que no toleraría retrasos o imperfecciones. Esto último apenas preocupaba al heleno, pero que su sueño se llevara a cabo sin impedimentos era algo que únicamente los dioses tenían en sus manos asegurar.

Lucio había sido fiel a su palabra y, tras liberar a sus hijas, había hecho lo mismo con él. Con el papiro de libertad en sus manos, Calícrates había imaginado que se sentiría algo mejor, pero ni antes se había sentido como un verdadero esclavo —Cayo lo había tratado con tanto respeto como lo haría ante un igual—, ni ahora se sentía totalmente libre. Era prisionero de su palabra, de su oficio y del proyecto.

Un presidio a su gusto. Un presidio aturdidor.

El aturdimiento se debía a la cantidad de gente que fue a visitarlo a casa de Lucio Sura.

Jamás habría imaginado que su proyecto llegara a tener tanta repercusión en Roma. La mayoría de sus visitantes eran patricios que solicitaban sus servicios para cuando acabaran las obras, y ello a pesar de que sabían que dudaría cerca de cinco años. Le ofrecieron proyectos de todo tipo: construir una villa, reformar *domus* urbanas, idear un sistema de regadío para sus fincas rurales… Aunque también hubo algunos que lo amenazaron. El hecho de que fuera un *peregrinus* no gustó en algunos sectores más conservadores de la sociedad romana, sobre todo en los de clase alta. Consideraban casi un sacrilegio que alguien como él planificara y dirigiera las obras de un proyecto de aquella envergadura. Esos pocos incluso le pidieron que abandonara la ciudad sin dilación.

Aturdimiento, pero también orgullo.

El orgullo heleno. Eso henchía su pecho como nunca lo había hecho nada en su vida, ni siquiera el nacimiento de sus dos hijas. Sentía cómo sus propias raíces, sus antepasados, su cultura y todo lo que significaba la Hélade estaban conquistando a aquella ciudad conquistadora de todo el mundo conocido. Sin armas, sin sangre, sin muerte alguna. Solo a través del trabajo bien hecho, de la belleza, de la singularidad de aquello que produce la paz espiritual y la armonía con los dioses y la naturaleza. Los romanos, y el mundo entero, jamás olvidarían aquella belleza. Calícrates estaba seguro de que, dentro de unos años, todos dirían que algo tan bello solo podía ser romano, y aunque la Hélade quedara algo oscurecida, él sabría la verdad: la belleza era helena, únicamente helena.

El trabajo que Calícrates había realizado mientras esperaba el dictamen del Princeps había resultado ser muy fructífero. Eso le permitió presentar el proyecto definitivo en un tiempo récord. Su aprobación apenas tuvo complicación alguna. Otros arquitectos se encargaron de hacer las copias oportunas de todos y cada uno de sus dibujos, anotaciones y operaciones matemáticas.

El primer fruto visible que le permitió vislumbrar el verdadero alcance de aquello que tenía en mente fue la construcción de la maqueta. Ayudado por un grupo de siete personas —maestros carpinteros, aprendices, ebanistas y un par de esclavos—, la maqueta fue un presente que sorprendió a Vespasiano. Sí, a aquel hombre tan duro e impenetrable.

Una estructura de casi diez pies de largo por algo más de siete de ancho y tres de alto que casi llenó el salón de los Jardines de Salustio. Construida

enteramente de madera, Calícrates pudo ver en la mirada del Princeps la ilusión de un niño ante un maravilloso juguete.

—¡Es extraordinario! —exclamó un sorprendido Vespasiano.

—Externamente se parece un poco al teatro de Pompeyo… —comentó Tito, algo más serio y sin mostrar la sorpresa de su padre.

Calícrates respondió al hijo del Princeps.

—Sí, esa sensación la ofrece el diseño augústeo que os comenté durante la presentación del proyecto. Por suerte, no tiene nada que rompa la armonía, como ocurre con el templo que hay en el teatro. Dos entradas en los extremos más alargados del óvalo y dos tribunas, en el centro de este, que apenas rompen con la simetría del conjunto. Todo respeta la unidad y la coherencia del proyecto.

Tito afirmó con un simple gesto de cabeza; apenas un movimiento con los labios.

—El muñequito de la arena —el arquitecto señaló una figurita muy menuda, también de madera, que representaba un ser humano, situado en el centro justo de toda la estructura— representa la proporción del edificio respecto a un hombre de estatura media.

—Apenas parece mayor que una hormiga —dijo Vespasiano, exagerando la comparación. Era la primera vez que Calícrates veía al Princeps tan satisfecho con el anfiteatro, o al menos la primera ocasión que lo mostraba tan abiertamente, sin velo alguno.

A los pocos días, le fue presentado Druso Calpurnio, un *machinatorus* —ingeniero—, que sería su mano de derecha.

—¡Es un buen tinglado! —exclamó Druso al ver los planos del anfiteatro y la maqueta.

De más o menos la misma edad que Calícrates, Druso era un tipo delgado y nervioso. De baja estatura, pero con la mirada muy viva e intensa.

—Esa es la idea. Vespasiano quería algo extraordinario.

Las telas que usó para ganar el concurso estaban colgadas de la pared del estudio de trabajo de Calícrates. Ambos, ahora, se habían situado delante de ellas. La maqueta se guardaba en el salón de los jardines de Salustio, y los dos, arquitecto e ingeniero, habían ido ya a verla para que Druso pudiera hacerse una idea más exacta de las proporciones y elegancia del nuevo edificio.

—El asunto más complicado es conseguir que todos trabajen a la vez sin molestarse unos a otros —comentó Druso, ahora ante las telas—. Tener que levantar una mole así en cinco años es una tarea muy compleja. Y aunque

Vespasiano nos dé quince mil esclavos para trabajar, necesitamos una cantidad de profesionales y especialistas enorme.

—Llevo días dándole vueltas a una idea —Calícrates respiró hondo—. La manera tradicional de trabajar es dividir todo el trabajo en especialidades, con un *magister* al frente, sus ayudantes y esclavos. También es habitual tener un buen grupo de trabajadores libres, con la idea de ayudar allí donde sea necesaria una mayor operatividad temporal. —A medida que hablaba, el heleno iba mostrándole las distintas partes de los planos—. Para recortar el tiempo de ejecución, propuse la idea de dividir la obra en cuatro sectores. Cada sector tendría un equipo independiente; con su arquitecto responsable, su *machinatorus*, su grupo de trabajadores libres y todo lo necesario, pero, además, he pensado en darle una vuelta más a la idea. Preparar un quinto equipo sin ningún trabajo específico. Un equipo que únicamente se ocupe de dar apoyo a cualquiera de los otros, que podrá destinarse a resolver cualquier problema que pueda surgir, que seguro que los habrá.

Calícrates observó a Druso, que lo miraba un tanto sorprendido.

—¿Tan raro te parece? —preguntó el heleno.

—No. Lo que me parece raro es que hasta ahora no se haya usado para obras monumentales similares. Aunque tendrá que verse su eficacia.

El heleno sonrió por dentro. Era de esperar un poco de resistencia.

Durante los días siguientes, también tuvo diversas reuniones con Lucio.

—La logística va a ser básica para que se cumplan los plazos —dijo Calícrates. El joven senador estaba cómodamente sentado en la lujosa estancia que usaba para atender a sus clientes, en el atrio—. Calculo que en diez meses habremos acabado con la mayor parte de las existencias actuales de todos los alrededores de Roma; tanto de bloques de piedra, como de madera, metal, ladrillos, cal, cuerdas y herramientas. De modo que las canteras y todos los artesanos necesarios para este tipo de materiales deberán triplicar sus plantillas de trabajo para el año próximo y los siguientes. La cal, por ejemplo, necesita varios meses de apagado antes de su uso. He previsto unas zonas de almacenaje que deberían estar siempre llenas, si no queremos sufrir retrasos.

—Ese es mi cometido, Calícrates. —Había cierto orgullo en sus palabras. Quedaba claro que Lucio estaba acostumbrado a ser obedecido en todo, y a recibir pocas órdenes—. Tú ocúpate de tener suficiente espacio, pues el material nunca te va a faltar.

El arquitecto asintió, sin añadir nada más.

* * *

A la mañana siguiente del anuncio de Vespasiano, se comenzó con el derribo de la Domus Aurea, el palacio construido en el llano, entre las colinas Palatino y Esquilino. Pequeños grupos de especialistas, entre los esclavos que procedían al derribo, se encargaban de seleccionar aquellos materiales que podrían aprovecharse, como bloques de piedra, metal y madera. Por el momento, se almacenaban más allá de la zona destinada a la ubicación del anfiteatro.

Calícrates fue incapaz de contar los carros que participaban en la tarea de retirar los escombros. Un sinfín de animales, ruedas y hombres acarreaban restos y cascotes hasta más allá de los límites de la ciudad.

Se valló y cerró todo el espacio circundante, y se buscaron los mejores lugares para guardar todo el material que, en las próximas fechas, iría llegando. Se construyeron barracones y letrinas para los operarios, techados para los depósitos de cal, de arena y de grava, un enorme depósito para almacenar agua, y forjas para la elaboración del hierro junto a los depósitos de ese mismo mineral. Igualmente, se levantaron serrerías para el corte y preparación de la madera y de todo lo relacionado con las herramientas y el instrumental que se necesitara para llevar a cabo la obra.

Un centenar de guardias protegerían la zona de posibles altercados, robos y sabotajes.

El espacio que Vespasiano había escogido para edificar el anfiteatro tenía ventajas y también inconvenientes, como era de esperar.

La zona en cuestión la ocupaba un enorme lago artificial que Nerón había mandado construir unos años antes, como anexo a la Domus Aurea. Un lago artificial que antes había sido una laguna natural, y que suponía grandes aportes hídricos al subsuelo. Eso implicaba unos trabajos importantes de dragado y desecación, pero al mismo tiempo reducía enormemente las tareas de excavación para el subsuelo de la arena y los cimientos.

En aquel punto fue cuando Calícrates se dio verdadera cuenta de dónde se había metido realmente. Y cuando comenzó a valorar por qué aquellas gentes habían conseguido conquistar casi todo el mundo conocido.

El desecado del lago artificial impresionó a Calícrates. A pesar de que sabía cómo hacerlo y que, naturalmente, todo dependía del presupuesto destinado a la obra, ver cómo un gigantesco tornillo de Arquímedes giraba sobre sí mismo —gracias al esfuerzo de media docena de esclavos— con unas enormes palas que subían el agua y la soltaban en unas canalizaciones que la acarreaban hasta un depósito construido para tal fin, dejó en Calícrates la sensación de que jamás el mundo vería avances tecnológicos de aquella

índole. Aquella máquina llamada tornillo de Arquímedes era usada desde hacía tiempo, pero los romanos habían perfeccionado mucho el invento y le habían otorgado aquellas enormes dimensiones. Buen conocedor de los principios técnicos de aquella máquina, el heleno no pudo menos que sentirse impresionado al ver hasta cinco de aquellas máquinas trabajando al unísono en la extracción del agua del lago artificial.

El tornillo de Arquímedes era un ingenio gravimétrico helicoidal en forma de un largo tubo con un tornillo en su interior. Situado sobre un plano inclinado, permitía elevar cualquier tipo fluido situado por debajo del eje de giro, y usando como energía impulsora la fuerza esclava su utilización para el bombeo de agua fue muy aprovechada por todo el mundo Mediterráneo desde su invención.

Como con todo, los romanos le otorgaron aquel enorme tamaño que solo ellos eran capaces de concebir.

Apenas cuatro días después, el lago artificial de Nerón se había reducido a unos enormes charcos que el mismo suelo se encargaría de absorber.

Con el espacio despejado de edificios y muros, un pequeño ejército de *mensores aedificorum* y de *geometrae*, con Calícrates y Druso al frente, fueron quienes iniciaron los primeros trabajos de campo. Empezaron a trazar los ejes directores, y a medir distancias y alturas. A pesar del buen ojo del heleno, el uso de la *combate* fue imprescindible para conseguir una perfecta nivelación. Como edificio, el espacio sobre el que se actuaba era enorme. Calícrates jamás había trabajado con aquellas dimensiones, y probablemente nunca volvería a hacerlo después de construir aquel anfiteatro.

Los ejes finales serían de seiscientos cincuenta pies de largo, algo más de un estadio, por quinientos treinta y ocho de ancho, dando como resultado una arena con el tradicional ratio del 5:3 y unas dimensiones interiores de esta de doscientos ochenta y seis pies por ciento sesenta y cinco. La altura del anfiteatro superaría ligeramente los ciento setenta y dos pies.

* * *

Ocho eran los acueductos que recorrían las calles de Roma en aquella época. Desde distintos puntos cardinales —mucho más allá de la propia ciudad—, traían el agua necesaria para facilitar la vida a la ciudadanía.

En esencia, un acueducto no era más que una canalización. Arrancaba de un sistema de captación de agua, y esta pasaba de forma controlada a la conducción desde un depósito de cabecera. Después, un estudio minucioso del terreno permitiría escoger el trazado más adecuado para permitir una

pendiente suave y sostenida sin alargar en exceso el recorrido de la obra. Siempre que resultara posible, se usaban canales abiertos, y solo eran cerrados si la inclinación del terreno era demasiado abrupta. Cuando había que salvar una fuerte depresión, se recurría a la construcción de complejos sistemas de arquerías que sostenían el canal y lo mantenían elevado.

La intención final era llegar a la ciudad con la suficiente altura para que, con la propia inercia de la caída, se pudiera aprovechar esa fuerza para hacer llegar el agua hasta el interior de edificios, ya fueran casas particulares o instalaciones públicas.

El Aqua Claudia suministraba agua a la zona este de la ciudad. Acarreaba el agua desde una zona muy próxima al río Subiaco, a unas cuarenta y cinco millas de la urbe. El acueducto acababa poco después de entrar en la ciudad, a la altura del monte Esquilino.

En época de Nerón, se construyó un ramal secundario para abastecer de agua potable la Domus Aurea; el acueducto circulaba en paralelo a la Vía Esquilina, hasta llegar justo al costado del monte Celio, en su parte sur.

Calícrates y Druso estaban justo al pie de aquella gigantesca estructura; se veían como un par de hormigas ante esa mole de arcos y piedras.

—Lo mejor sería alargar el acueducto hasta el mismo anfiteatro; tendríamos más presión —comentaba Druso.

A Calícrates no le gustaba aquella idea.

—De ninguna manera, eso rompería toda la simetría del anfiteatro. Una de las condiciones innegociables es la unidad y la particularidad del edificio. Es preciso garantizar la estética del edificio, sumándole solidez y eficacia. Tenemos que buscar otras alternativas a la toma de agua del anfiteatro.

Calícrates lo había dejado dibujado en sus planos y escrito en la memoria del edificio. Naturalmente, Druso conocía ese detalle a la perfección.

—Sí, la conexión a las tuberías subterráneas es el sistema más simple. Aunque, como te comentaba, perderemos algo de presión.

—Apenas será notoria. Además —Calícrates tenía las ideas muy claras, y se mostraba intransigente cuando era así—, no necesitamos mucha presión en las zonas más altas; apenas el agua para las fuentes, y en los niveles más bajos, donde están las letrinas, la presión es más que suficiente para permitir una correcta evacuación de las aguas fecales.

Druso no replicó. Sabía que el griego tenía razón.

—De acuerdo, pero tendremos que hablar con el *praefectus fabrum* para que tenga en cuenta las necesidades acuíferas del anfiteatro.

Calícrates asintió.

—Es un tal… Marco Licinio —dijo Druso, haciendo memoria—. Miraré de concertar una entrevista con él.

⁎ ⁎ ⁎

Las obras en el anfiteatro le reclamaban de forma continuada. Se levantaba con el sol, y volvía a la residencia Sura con el ocaso.

—Voy a volver a Atenas, con mis padres —le comentó Damaris una noche, cuando las niñas ya estaban acostadas.

Lo dijo de manera decidida, como si fuera casi un hecho consumado.

Calícrates la miró. Ella escondió la mirada, buscando un punto inimaginable más allá de las cuatro paredes que los rodeaban.

—¿No estás a gusto en esta casa? Podría pedirle a Lucio una casa para nosotros solos. Y podrías tener tus propios servidores.

—No se trata de la casa —respondió ella de forma seca y concisa, aunque un tanto enigmática.

—¿Echas de menos a tus padres? ¿O es añoranza por nuestra tierra?

—Tampoco es eso.

Calícrates no entendía cuál era el problema. La familia se había vuelto a reunir y todos estaban bien. Ione aún no hablaba, pero él estaba convencido de que era solo cuestión de tiempo.

—Tendrás que explicármelo, Damaris.

Ella se sintió incómoda. Sus gestos la delataron enseguida. Un suspiro lleno de hastío acabó de confirmar lo que le ocurría.

—Nunca estás aquí. Apenas ves a tus hijas, y, cuando llegas, la mayoría de los días están ya acostadas. Luego te marchas al amanecer, cuando ellas aún duermen.

—Ahora el anfiteatro reclama toda mi atención. Los primeros días hay mucho que hacer. Todo está por planificar. Y siendo el responsable de la obra, todo pasa por mis manos.

Damaris había sido siempre una persona de pocas palabras, con lo que a Calícrates le hacía falta una extrema atención para captar el verdadero sentido de lo que decía. La capacidad de entender el espíritu femenino era, según palabras del propio arquitecto, una virtud que los dioses no le otorgaron.

Ahora ella se mostraba distante, esquiva e incómoda.

—No puedo dejarlo todo de lado, Damaris. Sería como renunciar a la vida misma. Sería como traicionar el don que los dioses me han otorgado. Además, mostrarme ocioso o ineficaz en el trabajo equivaldría a insultar a nuestra

tierra, a tus padres. Ellos esperan que cumplamos con nuestro deber, allí donde estemos.

Damaris no replicó, continuaba mirando al infinito, distante y ausente.

—Debo pedirte que no alejes a las niñas de su padre. Juraste ante los dioses tus deberes como esposa y madre el día que nos casarnos. Tu sitio está al lado de tu marido.

Ella no contestó. Se dio la vuelta y lo dejó allí, solo y de pie.

Durante las próximas semanas apenas cruzaron una palabra. Él intentó llegar más temprano para poder ver a sus hijas, pero solo podía hacerlo en contadas ocasiones.

Y su hija Ione continuaba sin hablar.

⁎ ⁎ ⁎

Tal como había escrito en la memoria de trabajo, lo primero que se construyó fue un sistema de canalización para obtener un buen drenaje y desviar las aguas freáticas y pluviales hacia el Tíber. Calícrates había estudiado bien la zona, y ese valle, entre los montes Esquilino, Palatino y Celio, era un lugar habitual de acumulación de aguas durante las tormentas o crecidas otoñales de los distintos cauces que afluían hasta el Tíber. Además, el anterior lago artificial tenía su origen en una laguna, con lo que el subsuelo era rico en aportaciones hídricas, y el lecho era arenoso, por lo que sería imprescindible un drenaje eficiente.

Durante ese proceso de canalización, Vespasiano en persona los sorprendió con una visita a las obras.

—No sabemos qué hacer con eso, Princeps —comentó Calícrates, señalando la colosal estatua de Nerón. Esa escultura medía algo más de treinta metros de altura, y estaba situada muy cerca de la planimetría que exigía el anfiteatro.

Vespasiano alzó la mirada y observó la parte más alta de aquella estatua.

A pesar de que el otoño comenzaba a manifestarse de manera evidente, el día era radiante. El sol no quería darse por vencido, como si añorara la calidez estival, y sus rayos deslumbraron al Princeps iluminando la broncínea cabeza. De manera instintiva, Vespasiano se cubrió el rostro con la mano y miró en otra dirección.

—Lo vamos a dejar en el mismo sitio —dijo el primer ciudadano de Roma—. Aquí no molesta, disponemos de espacio suficiente para construir más allá —Vespasiano ejercía de Princeps a todas horas y para todo, como si aquel mandato lo dotara de todos los conocimientos técnicos del mundo y la

razón absoluta—. Vamos a cambiarle la cabeza, eso sí. Antes prefiero ver a Helios que a ese loco de Nerón.

Calícrates solo pudo inclinar levemente la cabeza y asentir.

—Vamos a construir una vía que una este punto con Tibur, donde está situada la cantera de travertino, así no habrá problemas con el transporte de piedra —dijo Vespasiano—. Por esa vía podrán circular los vehículos rodados noche y día, siempre que estos trabajen para el anfiteatro. Así nos evitaremos problemas innecesarios.

El arquitecto no pudo más que sorprenderse; desde Roma hasta Tibur había, al menos, veinte millas. Construir una vía únicamente para ese propósito era algo que solo Roma podía permitirse.

—Quería preguntarte algo, griego —Vespasiano aún estaba lejos de tratarlo como a un ciudadano—, ¿no sería mejor buscar otra cantera, y trabajar con dos a la vez?

Calícrates no era estúpido. Sabía cuáles eran las intenciones del Princeps, pero él también tenía las suyas.

—Para conseguir una mayor rapidez, sí. Tienes razón, el suministro de piedra será lo que más demoras nos ocasionará. Aunque hay un problema que solo depende de tu decisión.

Vespasiano dejó de contemplar las obras para mirar directamente a los ojos al heleno.

—La coloración pétrea será distinta, y el anfiteatro perderá toda la belleza; se verá como si hubiera sido restaurado. Como si se nos hubiera caído a medio construir y se hubiera reparado de malos modos. Eso interpretarán los que nos visiten y las futuras generaciones.

El Princeps le miraba ahora con los ojos entrecerrados. Aquel hombre no había llegado a aquel cargo por casualidad, ni mucho menos. Le había entendido a la primera.

—Sí —dijo finalmente—, ese es un detalle importante, no cabe duda. Tal vez lo mejor será acelerar la extracción de piedra en la misma cantera. Quiero la exclusividad de extracción. ¿Quién es el propietario?

—Propietaria. Es la viuda del senador Merula, Claudia Pulchra.

—¿Merula? —se preguntó Vespasiano, levantando una ceja—. Sí…, ya recuerdo. —Un fugaz pensamiento pareció circular por la mente del primer ciudadano de Roma—. Tengo que revisar el contrato…

—Yo ya lo hice —apuntó con cierto orgullo Calícrates, a lo que Vespasiano respondió con una sorpresa en la mirada—. El acuerdo es

confuso; aunque parece que se hable de exclusividad, en esencia se pide la máxima colaboración, solo eso.

—Mal acuerdo, pues. Habrá que renovarlo.

—Conozco a la viuda. Era la ahijada de Cayo Severo…

—¿Era?

—Cayo falleció el mes pasado…

El rostro del arquitecto se ensombreció. La imagen y el recuerdo del sepelio del anciano senador acudieron a su mente. Lamentó profundamente su pérdida. Calícrates reconoció, aun siendo romano, la sensibilidad helena de aquel hombre que le trató con el máximo respeto, a pesar de que era su esclavo. De hecho, gracias a él estaba dirigiendo ahora la construcción de aquel monumental anfiteatro. Un proyecto con el que jamás habría llegado siquiera a soñar; un proyecto que equivalía a toda una eternidad.

—¡Vaya! Esa sí que ha sido para Roma una gran pérdida. Conocía bastante bien a Cayo. Su sensatez es algo de lo que el Senado no anda muy sobrado, precisamente. Y hoy en día necesitaríamos casi de tanta sensatez como de travertino.

Aquella forma de bromear era muy propia de Vespasiano, reconoció el heleno. Esa fina ironía que aparecía cuando uno menos lo esperaba.

—¿Qué tal es esa mujer?

—No sabría decirlo…

—¿No estuviste con Cayo? ¿No viviste en la misma villa con la viuda de Merula?

—La conoce mejor Lucio Sura, Princeps. Yo apenas tuve tratos con ella.

—Según tu opinión —Vespasiano habló despacio, como si lo hiciera con un niño—, ¿cómo es esa mujer?

—Una buena administradora, previsora e inteligente. Pero es algo…, extraña.

—¿Extraña?

Calícrates, por un momento, lamentó su sinceridad. Aquello podía pagarlo caro.

—Como decía, tampoco la he tratado de manera suficiente para juzgarla de manera justa.

—Explícate, griego, ¿en qué consiste su rareza? —Aquel hombre no iba a darse por vencido con facilidad.

—Parece que siempre actúe con una doble intención…, uno nunca está seguro de saber lo que piensa —dijo finalmente Calícrates.

—Bueno, eso es muy común en las mujeres —sonrió Vespasiano.

El heleno le devolvió la sonrisa. Con aquello pareció quedar satisfecho.

⁎ ⁎ ⁎

Durante los siguientes días, la zona donde se estaba construyendo el anfiteatro asistió a una verdadera riada de carros. Como si todos los bueyes y caballos de arrastre del mundo estuvieran a disposición del Princeps de los romanos, llegaban todo tipo de materiales que, tal como llegaban, se depositaban allí donde era necesario.

Solo para la piedra procedente de Tibur se dispusieron doscientos carros con sus respectivos bueyes.

Una mañana en la que Lucio visitó las obras, el arquitecto y Druso hablaron con él. De hecho, era el heleno quien quería exponerle sus ideas.

—Se me han ocurrido varias cosas, Lucio.

—¡Lo que no se te ocurra a ti! —sonrió Sura.

—Bueno, no se trata de inventos míos, ni mucho menos. De hecho, los latinos lleváis tiempo usándolos. Pero ahora creo que podremos enfocar ese uso de un modo distinto.

Lucio no lo interrumpió; las ideas de Calícrates siempre eran sorprendentes.

—Vamos a regular la construcción de diversos elementos, tales como ladrillos, bloques de piedra, incluso de los arcos. La intención es que todos tengan la misma medida y composición.

—No lo entiendo… ¿Es que no se trabaja así ya?

—Sí, pero yo hablo de un concepto más general. A ver, tenemos cinco hornos haciendo ladrillos; todos trabajan a buen ritmo y nos dan un buen volumen de producción. Pero ¿y si en lugar de tener cinco hornos tuviéramos veinte?

—¿Aún quieres más recursos?

—No hablo de tenerlos aquí, si no de que todos y cada uno de los hornos de Roma, o incluso de toda Italia, trabajen con la misma medida de ladrillo, y que se cortaran los bloques siempre con la misma medida, o que se construyeran arcos de idéntica morfología… Imagínate por un momento lo que podría suponer algo así.

—Jamás se me habría ocurrido.

—Solo Roma sería capaz de imponer una estandarización como esa. Pero eso no es todo, hay dos aspectos más que me gustaría incorporar.

Lucio lo miró fijamente.

—En primer lugar, el *opus caementicium*. He hecho diversas pruebas, y se puede mejorar de manera notable para que mantenga su fuerza y al mismo tiempo gane ligereza y pierda peso. En las faldas del Vesubio existe una ceniza que mezclada con cal, agua y restos de ladrillos viejos y machacados dan como resultado una pasta ligera a la vez que muy fuerte. Nos serviría para reducir hasta una tercera parte el peso de toda la estructura, al menos allí donde lo usáramos.

—No le digas a Vespasiano que lo unes a restos de ladrillos viejos. Ya sabes que él lo quiere todo nuevo.

—Bueno, ese es un matiz que podría formularse de un modo distinto… —sonrió el arquitecto—. Como te he dicho, aparte de la estandarización de medidas y ese nuevo *opus caementicium*, tengo una nueva idea.

Calícrates fue hasta un techado y cogió un ladrillo.

—Esto —era una pieza cuadrada de un color rojizo.

Lucio lo cogió. Aparte del color, no tenía nada de especial.

—Perdona —se disculpó el arquitecto, viendo la ignorancia del senador —. Te explico. Hace relativamente poco tiempo que en Roma se usa el ladrillo para levantar paredes, y aun así, solo lo empleáis para sitios con altos índices de humedad. Mi idea es cocerlo de una manera determinada y usarlo de forma masiva y sin miedo.

Lucio se encogió de hombros.

—Hay que cocerlos como si fuera cerámica, como si fueran *terra cotta*, como vosotros lo llamáis. Si les quitamos más humedad, se mantiene la resistencia y ganan en ligereza. Compara entre uno y otro —le acercó otro ladrillo de tonos más oscuros.

—Este, el rojo, pesa mucho menos.

—Y mantiene el mismo nivel de resistencia. La mejora es más que notable.

—¿Y bien?

—Ahí tienes que hacer tu trabajo, Lucio. Yo no puedo imponer mi criterio al Princeps y a toda Roma: solo tú puedes hacerlo. Tienes una ingente labor por delante: estandarización de medidas, esa ceniza del Vesubio y los nuevos ladrillos cocidos.

—Tal vez sería mejor que me acompañaras y lo explicaras tú mismo. Lo harás mucho mejor que yo…

—La verdad es que no ando muy sobrado de tiempo libre últimamente, pero tal vez yo pueda explicar la parte técnica algo mejor, es cierto.

Las explicaciones del arquitecto heleno resultaron tan convincentes que Vespasiano se ilusionó otra vez como si fuera un niño. El propio Tito nunca lo había visto tan contento y animado.

La reunión contó, además, con la presencia de los otros tres arquitectos que trabajarían en las otras secciones del anfiteatro. Viendo la cara de sorpresa de aquellos hombres y que ninguno de ellos era capaz de encontrar pega alguna, aun tratándose de profesionales que por oficio siempre se tropezaban con el fantasma de la dificultad, el Princeps decidió comenzar a dar las órdenes pertinentes para que todo lo estipulado por Calícrates se cumpliera sin concesiones.

La reunión, sin embargo, no acabó ahí.

Uno de los otros tres arquitectos, un tal Rabirius, reclamó la atención de Calícrates y Vespasiano sobre un punto en el que no estaba de acuerdo.

—Me gustaría saber cómo coordinarás la construcción de los cuatro segmentos del anfiteatro. Es realmente complicado que puedan coordinarse con exactitud, o que no se molesten los unos a los otros.

El heleno había estado observando a aquel hombre. Parecía un romano de pura cepa, altivo y seguro de sí mismo, y sin duda estaba molesto por el hecho de que fuera un *peregrinus* quien dirigiera la construcción de tan magno edificio.

—Habrá un quinto equipo —respondió, intentando dar a su voz la misma seguridad que mostraba el romano—. Un quinto equipo polivalente que trabajará en el sector que más lo necesite.

—Aun así, solo somos tres arquitectos y hay cuatro sectores.

—El cuarto sector lo dirigiré yo mismo.

—¿Al mismo tiempo que diriges el resto de la obra? Demasiado trabajo para un solo arquitecto. No podrás con ello.

—Apenas hubo dicho ese último comentario, el romano miró al Princeps, haciéndole notar ese defecto en la planificación.

Calícrates no quiso discutir. Eso era sin duda lo que Rabirius esperaba y deseaba. El heleno sabía que tenía la confianza del Princeps, y hasta que la perdiera podía estar tranquilo y trabajar según su planificación.

* * *

Una semana después, sucedió algo que pudo alterar esa confianza.

A media tarde, Vespasiano apareció en el recinto vallado del futuro anfiteatro acompañado de un hombre un tanto peculiar. Calícrates y Druso estaban juntos en ese momento, consultando los planos.

—Este es Petronio —dijo el Princeps dirigiéndose a ambos hombres—. Es el *curator* de la Cloaca Máxima. Tiene algo que deciros.

La Cloaca Máxima atravesaba Roma de norte a sur por la zona de los foros y el Velabrum, desembocando muy cerca del Foro Boario, en el Tíber. Construida, según la tradición, casi setecientos años atrás, fue fundamental para que Roma pudiera llegar a ser la mayor urbe del mundo. Su construcción permitió el drenaje de antiguas zonas pantanosas —donde ahora estaban el Foro y el Velabrum—, además de eliminar los desperdicios de una población urbana cada vez mayor. Era restaurada de manera periódica, y se había ampliado formando una extensa red de canales bajo el suelo que desembocaban en esa canalización mayor.

Petronio tomó la palabra.

—Se han derrumbado cuatro secciones del sistema de alcantarillado del este, y dos del colector principal de la Cloaca Máxima.

«Hombre de pocas palabras», pensó Calícrates. Aun así, no entendía el motivo de la queja. Con su sola mirada, quedó claro que el arquitecto del anfiteatro necesitaba más explicaciones.

—El movimiento de tierras por las obras en la zona de la Domus Aurea ha provocado esos derrumbes —dijo de forma concisa Petronio.

Calícrates miró a Druso, y este fue quien respondió. Él conocía mucho mejor la planimetría de toda Roma.

—Que los derrumbes de la Cloaca Máxima sean debidos a las obras del anfiteatro no parece tener mucho sentido. El monte Palatino separa ambos sectores. No pueden estar relacionados.

—¿Es habitual que haya derrumbes? —preguntó Calícrates ante la atenta mirada de Vespasiano.

Petronio contestó primero al heleno.

—Sí. Aunque el mantenimiento sea constante, es habitual que haya alguno aquí y otro allá. El tráfico rodado que soporta la ciudad por las noches actúa como si fuera un martilleo constante. Por eso precisamente —ahora miraba a Druso— creo que los derrumbes pueden estar relacionados con las obras y el transporte de materiales. Aunque haya tanta distancia y el monte Palatino esté entre los dos sectores, estoy seguro de que hay relación.

El ingeniero replicó, y el *curator* dio nuevamente sus razones. Aquello parecía que iba a eternizarse.

—Tal vez una buena solución —interrumpió Calícrates— sería reforzar esos sectores de la Cloaca Máxima y distribuir de manera más equilibrada el

desgaste que supone el tráfico constante. Podemos desviarlo, y hacerlo pasar por zonas donde no haya canales en el subsuelo.

Ambos hombres le miraron y se quedaron en silencio.

—Eso sí, primero tendríamos que echarles una mirada a esos derrumbes. Sin que eso signifique una intromisión en tu trabajo, Petronio.

—Nada de intromisiones —concluyó el Princeps, como dando por cerrada la discusión—. Todo aquello que sea bueno para Roma, es bueno para todos. Sea pues. Examinad esos sectores derrumbados.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, con una niebla espesa que cubría la Ciudad Eterna, Petronio los acompañó hasta sus dominios. Descendieron por el barrio del Velabrum, a través de una reja que se abrió tras un desagradable chirrido de sus goznes.

Calícrates tenía claro qué se encontraría allí. El olor pútrido que emergía de aquel pozo por el que entraron le hizo soltar una expresiva mueca de desagrado.

Petronio, sin la presencia del Princeps, era otro. Se lo veía más confiado, como si él fuera el verdadero rey del subsuelo. No dejaba de sonreír y mostrar una dentadura amarillenta y llena de agujeros.

Fue el primero que bajó a las entrañas de Roma.

La cloaca estaba sumida en las sombras, de modo que encendió dos antorchas y cedió una a Druso, que cerraría la marcha. La comitiva la formaban solo ellos tres, por el momento.

—Esto es como un laberinto. Uno se perdería completamente sin un buen guía —sonrió, dándoselas de hombre importante. La voz resonaba hasta perderse en aquella negrura fétida.

Estaban en el colector principal de la Cloaca Máxima. Con la iluminación de la antorcha se veía un largo túnel, coronado por una bóveda de cañón construida con sólidos y bien cortados sillares de piedra. El suelo estaba inundado por las aguas fecales y otras inmundicias. De vez en cuando, sorteaban la boca de un túnel de menores dimensiones, que arrojaba sus vertidos al más grande. A veces desde la derecha, otras desde la izquierda.

«Sería más práctico construir un pasaje en escalón en los laterales», pensó el heleno.

—En algunos sectores más modernos hemos construido un escalón en uno de los laterales —Petronio parecía haber leído el pensamiento del heleno—, y por allí uno puede circular sin mojarse. Pero esto vale una fortuna, y los Princeps solo quieren gastar en aquello que la gente puede ver. A nadie parece importarle que trabajemos con la mierda llegándonos hasta las rodillas.

—¡Aquí! —gritó Druso, haciendo que los otros dos se detuvieran.

Al ser el ingeniero el que iba el último, Petronio y Calícrates retrocedieron hasta llegar a su altura.

—Fijaos en eso —señalaba una zona de la bóveda, casi en la parte más elevada: una enorme grieta parecía amenazar con un desmoronamiento total.

—Bah, las grietas aquí abajo son lo más normal del mundo. Las hay a cientos. Arriba no paran de construir y construir, y eso no hace más que añadir más y más peso encima de mis cloacas.

«Mis cloacas. Petronio, el rey del submundo».

El *curator* les conminó a seguir adelante. Anduvieron un buen rato más, hasta llegar ante un gran desmoronamiento.

Una veintena de bloques se había desprendido de la parte más alta de la bóveda y formaban un obstáculo en el centro de aquel gigantesco colector. El agua circulaba por los laterales, y aún era posible cruzar andando al otro lado.

Calícrates trepó por los bloques caídos hasta llegar a lo más alto. Cogió la antorcha de Druso e iluminó el techo, allí donde se había desprendido la piedra. Apenas se veía nada. Con la otra mano palpó aquella superficie: tierra. Probablemente esta no se había desprendido porque el suelo, en el exterior, estaría adoquinado.

—Y hay otro derrumbe unos pasos más allá —señaló al otro lado de la montaña de bloques.

—¿Qué hay aquí encima?

—La parte sur del Foro, la Basílica Iulia, más o menos —contestó el *curator*.

Calícrates volvió a tocar la tierra; estaba húmeda. Uno de los bloques se desprendió sin previo aviso, y cayó a apenas dos palmos de donde estaba Druso.

* * *

Nuevamente ante Vespasiano. Y con un olor más civilizado.

—Antes de proseguir con las obras del anfiteatro —era Calícrates quien hablaba, en calidad de arquitecto y director de la obra—, es necesario reforzar a fondo la Cloaca Máxima y la red de canales secundarios. El peligro de otros derrumbes es muy alto en distintos sectores. La zona situada bajo el Foro es la más afectada, podría hundirse en cualquier momento.

—¿Y esos derrumbes se deben a las obras del anfiteatro? —El Princeps se dirigía a Calícrates, pero señalaba a Petronio.

—Digamos que es difícil afirmar que las obras iniciadas no tengan nada que ver. Sea como sea, es preciso arreglar el sistema de cloacas. Podría producirse un terrible desastre en cualquier momento.

Vespasiano le miraba fijamente, casi sin pestañear.

—Un desastre así no sería la mejor propaganda del mundo —añadió el heleno.

—¡Por los dioses que no! —La voz del Princeps casi llegó al grito, pero se calmó de inmediato—. ¿Qué aconsejas, Calícrates? —El hecho de que lo llamara por su nombre y el tono usado hicieron estremecer al arquitecto. Vespasiano empezaba a confiar en él.

—Ayudar a Petronio a reparar el sistema de saneamiento del subsuelo. Entregarle material y hombres para que las reparaciones se hagan de forma rápida y eficaz. Un trabajo bien hecho y con premura es lo más aconsejable.

El *curator* asentía, satisfecho. Calícrates sabía bien cómo tratar a aquellos hombres. Como reyes de sus dominios, había que otorgarles el máximo protagonismo en aquello que afectara a sus reinos, sin saltarse su autoridad. El heleno tenía muy clara esta premisa: toda obra, toda construcción, era siempre un trabajo de equipo. Y cuanto más unido estuviera ese equipo y más diera cada especialista de sí, mejor rendimiento se conseguiría.

Había aplicado aquella premisa en todas y cada una de las construcciones en las que participó. Su fundamento era que cuantas más mentes pensaran en mejorar lo que se tenía entre manos, mayor calidad en el trabajo resultante.

* * *

Apenas una semana después, el heleno volvió a bajar al subsuelo; naturalmente, Druso lo acompañaba. Y por supuesto era Petronio quien los guiaba por sus dominios.

El hombre se mostraba orgulloso y satisfecho. Calícrates observaba cómo cogía la antorcha con fuerza y la levantaba hasta lo máximo que daba el brazo. «Fuerza y una perspectiva amplia, signo de satisfacción y orgullo», pensó el heleno.

El descenso a las entrañas de Roma fue idéntico al de la primera vez. El olor seguía siendo tan pútrido como antes, y las sensaciones completamente desagradables.

Con Petronio encabezando la marcha, el heleno pensó en lo acostumbrado que estaría el *curator* a aquella irrespirable atmósfera. Así es el ser humano: capaz de adaptarse a todo cuanto le rodea, por muy repugnante y desagradable que fuera.

El ruido de los trabajos de reparación llegó hasta sus oídos enseguida. A pesar de que estaban lejos de la zona donde se estaban llevando a cabo las reparaciones, y de que no se veían debido a las curvas que trazaba bajo tierra aquel gigantesco colector.

Trabajar en aquellas condiciones no era bueno para nadie. Probablemente, sería muy difícil conservar una buena salud si uno respiraba aquel aire fétido de manera continua durante mucho tiempo. Pero era un servicio más a la Ciudad Eterna, y Roma lo necesitaba para continuar siendo la mayor ciudad del mundo.

Se cruzaron con varios esclavos que acarreaban distintos tipos de materiales: maderas, cuerdas, herramientas… También adelantaron a una veintena de hombres que, con la sola fuerza de sus brazos, transportaban uno de los bloques que se usarían para reparar el derrumbe. Un entramado compuesto por distintos travesaños de madera servía para acarrear ese sillar. Por suerte, se aprovecharían la mayoría de bloques caídos, pues solo tendrían que sustituirse aquellos que hubieran sufrido algún tipo de rotura o que presentasen grietas.

Unos cientos de pasos antes de llegar, empezaron a distinguir la iluminación de la zona donde se trabajaba: un extenso espacio iluminado por antorchas que rasgaba la oscuridad de aquel infecto lugar.

Cuando llegaron, vieron que se había montado un andamio muy robusto. En el suelo, bajo el agua, unos sillares servían de base para sustentar con solidez aquella estructura de madera. En paralelo, una cimbra —también de madera— marcaba la forma del intradós del arco que se iba a levantar; en este caso, una sección de una bóveda de cañón.

El trabajo era muy incómodo. En el exterior, sin el estorbo que significaba un techo, una grúa de poleas levantaría el sillar y lo colocaría con suavidad y precisión. La fuerza de media docena de esclavos sería suficiente, y no requeriría un esfuerzo excesivo. Pero ahí abajo eso era imposible. Era necesario colocar los sillares a base de fuerza bruta. Una minúscula grúa —apenas una polea montada en un madero robusto— elevaba el sillar hasta tres palmos de su lugar definitivo. Y a partir de ahí, la fuerza de los brazos de una decena de hombres lo colocaba en su sitio definitivo.

—Los trabajos van muy bien —comentó Petronio, levantando la antorcha aún más para buscar una mejor iluminación de la parte alta de aquel gigantesco colector—. Este primer sector pronto estará reparado. Y el segundo, donde hay una brigada de trabajo igual que esta, también.

Igual que sus gestos, la voz del *curator* estaba llena de satisfacción.

—De igual manera, en el alcantarillado de la zona este los trabajos avanzan a buen ritmo.

—¿Cuándo calculas que habréis acabado? —le preguntó Druso.

—En una semana, máximo, dos. Pero después tendréis que convencer al Princeps de que me dé más recursos y hombres. Es necesario reparar toda la sección de la Cloaca Máxima, y algunos ramales que están a punto de desmoronarse.

—El Princeps ya está convencido de eso, Petronio —replicó Calícrates—. Tu labor es muy importante, y en cuanto se hayan acabado las obras del anfiteatro, la siguiente tarea será la remodelación de todo el sistema de alcantarillado de Roma.

El *curator* se sintió algo contrariado al oír aquellas palabras, y Calícrates se dio cuenta.

—Sea como sea, Vespasiano está muy satisfecho con tu labor. Le hemos hablado muy bien de cómo llevas las cosas aquí abajo.

Aquello hizo desaparecer el gesto de desilusión y la sonrisa amarillenta volvió a brillar a la luz de las antorchas.

Capítulo XX

LUCIO SURA

Negocios turbios

Roma, primavera del año 72 d. C.

Un invierno suave dejó paso a una primavera poco lluviosa, pero con vientos moderados y persistentes. Nada que pudiera retrasar las obras u ocasionar algún tipo de molestia.

Las jornadas de Lucio no tenían fin. Ni siquiera cuando el sol se ocultaba al atardecer disminuían sus ocupaciones. Era tan ingente el volumen de trabajo de las primeras semanas, que apenas tenía tiempo para otra cuestión que no fuera preparar el cuerpo —comer algo y dormir— para la jornada siguiente.

Después, poco a poco, consiguió avanzarse a los trabajos que le concernían, y tuvo más tiempo para sus propias ocupaciones.

Vespasiano le había otorgado la magistratura de Edil Curul. Antaño elegido por el pueblo, y hoy por el propio Princeps, su cometido más básico era el cuidado de las finanzas públicas. Lucio conservó una parte de esa autoridad, aunque recortada en gran medida por Vespasiano. En esencia, el patricio controlaba las finanzas de la construcción del anfiteatro, aunque la importancia de su cargo podía suponerle una ventaja muy superior.

Y ahora haría uso de esa ventaja.

La casa de Marco Licinio era más bien sencilla en comparación con la residencia de los Sura. La familia de Marco era de origen plebeyo. Solo dos generaciones atrás, en tiempos de Augusto, el abuelo había servido bien al nuevo Princeps, y este le había concedido el cargo ecuestre, aún sin tener los condicionantes económicos necesarios: un mínimo de cuatrocientos mil sestercios de riqueza en forma de rentas u otros patrimonios.

La orden ecuestre fue reorganizada por Augusto. Con la idea de tener savia nueva en el Senado y a hombres leales a su servicio, el Princeps les dio dignidad y les confirió la mayoría de cargos y funciones administrativas del

gobierno de Roma. Más allá del Senado, todo el mundo sabía que un équite se debía al Princeps.

Y los choques entre équites y senadores de pleno derecho eran muy frecuentes.

—Anúnciame a tu amo, soy el senador Sura —dijo al sirviente que salió a recibirlo, justo en la entrada de la casa.

Aquella *domus* estaba en el Campo de Marte, casi junto al río, lo que reflejaba el origen humilde de aquella familia.

Poco después, apareció Marco Licinio. Era algo más joven que Lucio —apenas contaba con treinta años de edad—, y tenía cara de estúpido, según la valoración del patricio.

Lucio se sintió satisfecho cuando vio que su presencia causaba cierto nerviosismo en el joven équite. Eso jugaba a su favor.

—Tenemos que hablar —dijo el senador, de forma seria y contundente.

—Adelante… —Marco abrió la palma de la mano y le señaló el interior de su residencia.

Aunque de estructura muy parecida a la residencia de los Sura, la casa de Marco era mucho más pequeña y estaba amueblada de forma más sobria y modesta.

Le condujo hasta el *tablinum*, naturalmente. Una habitación situada en el centro justo de la vivienda y con la función de ser la oficina del *dominus*. También allí la decoración era sobria; apenas un busto del abuelo de Marco y unos cortinajes, aparte del típico altar familiar. El resto, vacío de encanto y personalidad.

Marco se sentó en la silla sin respaldo y esperó a que Lucio hablara.

—Vengo a presentarte una queja de la casa del Princeps por negligencias en tu cargo como *praefectus fabrum*.

El rostro del joven équite se sonrojó. En su rostro se dibujó una mueca casi de dolor.

El cargo de *praefectus fabrum* tenía su origen en épocas anteriores a Augusto, más allá incluso de Julio César. Antiguamente había sido el jefe de los ingenieros militares. Con el tiempo, acabó siendo el responsable del mantenimiento de los sistemas hidráulicos y de otras estructuras urbanas de las ciudades. Un cargo medio, pero una buena gestión podía encumbrar al poseedor a cargos superiores.

Lucio lo veía nervioso. Lo tenía justo donde él quería.

—Al parecer, hay un déficit de casi cien mil sestercios en tu administración.

El tipo no dejaba de morderse el labio y frotarse las manos de manera muy nerviosa. «Bien», pensó Lucio.

—Está en mis manos acusarte de robo al erario romano.

Se quedó callado unos instantes, y se echó las manos a la espalda mientras daba unos pasos en dirección opuesta al dueño de la casa. Después se volvió y le miró fijamente a los ojos.

—Además, hay otra cuestión aún más desagradable. Una cuestión…, digamos…, más personal.

Lucio miró a ambos lados del *tablinum*, como si quisiera cerciorarse de que estaban solos. Después disparó con la vista al joven équite.

—Tengo un documento que prueba que tu padre conspiró contra Vespasiano poco antes de morir. Eso demuestra que era un traidor, y que su muerte ha impedido que pague por su crimen.

El joven estaba a punto de desmoronarse, pero, por algún extraño motivo, aún se mantenía sentado.

—¿Vas… a matarme? —consiguió articular.

Lucio se tomó unos instantes para responder. Sabía que cada segundo de espera era una tortura para su interlocutor.

—No, de momento, no voy a matarte —dijo finalmente.

Aquello no tranquilizó en absoluto a Marco. En la vida había acciones mucho peores que la muerte.

—Vespasiano está muy ocupado con sus proyectos. El anfiteatro, el templo, y un largo etcétera de ocupaciones que le mantienen entregado en cuerpo y alma. Mi misión consiste en facilitarle las cosas y en hacerlo feliz. Su felicidad es la del pueblo de Roma.

—La del pueblo de Roma… —repitió Marco.

—Como Edil Curul, voy a hacerme cargo de parte de tus funciones. Como administrador de las obras del anfiteatro, voy a regularizar el acceso de agua a la ciudad. Daré mayor eficiencia a la distribución de agua, con lo que toda Roma saldrá ganando. —Lucio hizo una nueva pausa—. Y dado que tu ámbito administrativo ha quedado restringido, es lógico que solo necesites ciento cincuenta mil sestercios para continuar con tu labor. El resto, lo usaré para mejorar aquello que tu mala gestión ha empeorado.

—¿Solo ciento cincuenta mil? Pero…, si con esa cantidad apenas hay suficiente para mantener los acueductos y las fuentes…

—Olvídate del sistema hidráulico. Eso es cosa mía a partir de ahora. Tú te ocuparás del resto.

Clavó de nuevo su mirada en él, como antesala de lo que tenía que decir. Marco engulló saliva, muy nervioso.

—Tu eficiencia y discreción serán el garante de que el nombre de tu padre y tu propia vida queden a salvo —Lucio levantó casi imperceptiblemente la voz al pronunciar la palabra «discreción».

Al salir de la casa de Marco Licinio, el senador Lucio Sura se sentía satisfecho. Tenía casi medio millón de sestercios más en sus arcas. Por el momento, el sistema hidráulico de Roma tendría que cuidarse solo.

⁂

Unas semanas antes, Lucio había tenido que negociar con Claudia Pulchra un nuevo acuerdo sobre el suministro de travertino de la cantera de Tibur.

Tras haberse iniciado las obras, durante las primeras semanas el suministro de bloques de travertino había sido ejemplar, con más de doscientos carros tirados por bueyes que, como una riada, no dejaban de trasladar bloques pétreos desde la cantera hasta el corazón de Roma. Sin embargo, con la llegada del invierno las reservas almacenadas se habían agotado, y solo se acarreaban los bloques que los canteros eran capaces de extraer durante los días previos.

Vespasiano le había dicho a su Edil Curul que no había problema alguno que Roma no pudiera afrontar. Disponía de grandes recursos económicos, de un capital humano casi inagotable, y de los conocimientos que toda la cultura romana, desde siglos precedentes, habían dejado a la actual generación. ¿Que hacía falta algo? Pues se tomaban las medidas pertinentes para conseguirlo y ya está. No tenía por qué haber problema alguno con nada.

La nueva vía que Vespasiano había ordenado construir para unir Tibur y Roma era un buen ejemplo de ello, y ahora hizo posible que Lucio llegara más deprisa a su destino. Apenas se tropezó con una cincuentena de transportes que acarreaban bloques de piedra, en lugar de los más de doscientos que los primeros días trabajaron sin tregua. El Princeps le había dejado muy claro que tenía que solucionar cualquier dificultad que pudiera retrasar las obras, y al ver aquello Lucio tuvo claro que esa podía ser una de esas dificultades.

Claudia era una mujer que en los últimos meses había despertado el interés de Lucio. La primera vez que la vio, en la villa del ya fallecido Cayo Severo, se sintió atraído por ella. Era una mujer atractiva, de eso no había duda alguna. Pero además había algo en ella que escapaba a los sentidos más

primarios. Algo misterioso e indescifrable. Algo que la convertía en una mujer muy apetecible.

Claudia, por su parte, le había dejado claro —con gestos, insinuaciones, o simples miradas— que él no le era indiferente. Pero la *domina* siempre mantenía una cierta distancia. Una distancia que Lucio quería recortar. Y el encuentro de aquella mañana era una oportunidad perfecta para ello.

Al llegar a la cantera, Claudia ya lo estaba esperando.

El hecho de encontrarla allí, esperando, fue una contrariedad para él. Llegaba mucho antes de la hora convenida, pues quería tener el tiempo suficiente para visitar los lugares de almacenamiento con total libertad antes de encontrarse con ella.

Además, le pareció un tanto extraño. Allí pasaba algo.

Claudia lo recibió con cortesía; una sonrisa contenida y el trato correcto exigible. Parecía algo más fría que en anteriores encuentros; como si aquella reunión de índole estrictamente profesional ensanchara aún más la distancia que los separaba.

—En fin, ¿qué desea ahora el dueño de Roma de mi cantera? —le preguntó en cuanto dieron por terminadas las formalidades de rigor.

—Necesitamos que agilices el suministro, y que aumentes la producción. Es por eso que…

—Mis canteros trabajan al máximo de sus posibilidades —dijo ella interrumpiéndolo, con un tono algo arisco—. Si les exigís más, acabaréis matándolos. Y entonces sí que tendréis un verdadero problema de producción.

A Lucio no se le escapó que Claudia hablaba como si todo aquello no fuera un problema que la afectara a ella, sino a Vespasiano —el dueño de Roma—, y al propio Lucio. Como si no entendiera que el proyecto era algo global, para el pueblo de Roma, para todo el mundo.

Claudia avanzó un paso, acortando a apenas dos palmos la distancia física que los separaba. Lucio, a pesar de su experiencia, se sintió nervioso como un imberbe adolescente. Cogió aire para intentar calmarse.

—Te decía que necesitamos aumentar la producción… Pero también vengo a hacerte otras propuestas.

—¿Me las propones tú o eres un simple emisario de Vespasiano?

—Eso qué más da…

—Si las propones tú, podría hacerte unas condiciones especiales. Si se trata de algo que necesita Vespasiano, entonces no tendría piedad de ti. Y no me vengas con que se trata de las necesidades del pueblo de Roma ni cosas por el estilo.

Lucio se quedó sin palabras. Ella avanzó un poco más. Ahora estaba a apenas a un palmo.

Él tragó saliva y retrocedió imperceptiblemente.

—Hay varias cuestiones, Claudia. No se trata solo de extraer más piedra. Atiende, por favor.

Ella retrocedió un paso, se cruzó de brazos y miró en otra dirección, como si estuviera impaciente.

—Primero, la estandarización de los bloques. A partir de ahora, deberán tener unas medidas exactas, y tus operarios tendrán que ajustarse a ellas a rajatabla. No es algo que se haya hecho por capricho, y su aceptación no es negociable. Aquí te traigo el documento con los datos necesarios.

Ella cogió el papiro con desgana, como si aquello fuera una total pérdida de tiempo.

—Apenas son dos dedos de diferencia de como se corta ahora. ¡Vaya unas ganas que tiene tu Princeps de castigar a mis picapedreros! Pero si dices que es innegociable…

Lucio se acarició la nuca. Cada vez estaba más nervioso.

—Pero supongo que no habrás venido solo por eso… —continuó Claudia, con la misma actitud desafiante.

—No, hay más. Veamos… —consultó los papiros que traía, como si buscara alguna información precisa en ellos—. Sí, aquí está… También tendremos que revisar el contrato de explotación de la cantera. Hay algunos puntos que no están lo suficientemente claros, y que podrían dar lugar a desagradables malentendidos.

—Todo esto podríamos haberlo hablado con más tranquilidad en mi villa de Pompeya. Aquí estamos demasiado expuestos al sol.

Naturalmente, tres sirvientes acompañaban a la *domina*. Uno de ellos blandía un parasol que protegía a su dueña de los rayos solares.

Lucio miró a su alrededor, como si buscara un sitio más adecuado para seguir hablando.

—Bajo aquella encina tal vez estaríamos mejor… —señaló hacia un solitario árbol de casi veinte metros de altura y una redonda copa.

—No, da igual, aquí estamos bien. Sigue…

—Vespasiano quiere la total exclusividad de la cantera. Ahora, y durante los próximos cinco años como mínimo, necesita disponer de todos y cada uno de los bloques que tus artesanos sean capaces de extraer.

—Y claro, el precio será el que él dictamine…

—El que dicta el anterior contrato.

—¿Acaso crees que soy estúpida? Me impones unas condiciones inhumanas con el mismo precio que hasta ahora. ¡Me niego rotundamente! Ya puedes ir a hablar con tu jefe, y decirle que de ninguna manera va a imponerme lo que él quiera.

—Pero…

—Las leyes de Roma están para algo. Y la razón está de mi parte.

—Vespasiano acaba de promulgar nuevas leyes para favorecer el interés general del pueblo de Roma. En ellas se deja claro que cualquier entorpecimiento de ese principio supondrá el quebranto de dichas leyes, y por tanto será sancionable —Lucio pronunció aquellas palabras muy a pesar suyo; se sentía francamente mal hablando de esa manera a Claudia. Aunque ella tampoco se lo estaba poniendo fácil, ni mucho menos.

—Leyes que aún tienen que pasar por el Senado…

—Ayer fueron aprobadas en la Curia. Ya son oficiales.

—¡No sé a qué has venido! Me tenéis en vuestras manos de todas formas.

—Claudia… —Lucio bajó el tono de voz y buscó suavizar aquella exagerada tensión—, en primer lugar, me gustaría recordarte que he venido en nombre de Vespasiano. Mi cometido es renegociar un nuevo contrato contigo…

—¿Renegociar? De lo que se trata es de imponerme las condiciones de tu jefe.

—Escúchame, te lo ruego. Yo entiendo que tal vez dejes de ganar algunos sestercios. La venta a muchos particulares es mucho más lucrativa que la de una única venta al gobierno de la ciudad.

—Lo has dicho mal, querido Lucio —había una total ironía en aquella palabra cariñosa—. Voy a perder muchos sestercios, no a dejar de ganarlos.

—Es solo una cuestión de semántica…

—¡Es un atropello! Y una injusticia. Y tú deberías darte cuenta mejor que nadie.

Por unos segundos, reinó el silencio entre ambos. Fue Lucio quien lo rompió.

—Aunque habría una manera de que no perdieras dinero… Al contrario, podrías ganar mucho.

El patricio observó un gran cambio en el rostro de la liberta. Ahora lo miraba con interés.

—Pero, insisto, creo que este no es un buen sitio para hablar de ello. Necesitamos más… intimidad. —Era una clara referencia a los sirvientes de Claudia.

—De acuerdo, si te parece bien, te espero pasado mañana en mi villa en Pompeya; allí podremos hablar con tranquilidad.

⁎ ⁎ ⁎

Dos días después, ambos volvían a reunirse, en esta ocasión en Pompeya.

Lucio había pasado aquellas cuarenta y ocho horas previas ocupado en la logística del anfiteatro y visitando el espacio de las obras.

El terreno se había allanado, y apenas quedaba rastro de anteriores construcciones. También la desecación del lago artificial había llegado a su fin, con unas canalizaciones que se llevaban el agua procedente de distintos arroyos directamente hasta el Tíber.

El espacio había sido cercado con una valla, casi una empalizada similar a la usada por las legiones en sus conflictos bélicos. Una única entrada a ese espacio cerrado era custodiada por media docena de guardias pretorianos. En el interior, todo estaba distribuido en distintos espacios. El material se apilaba en las zonas más cercanas a la empalizada, y, junto a la zona de almacenes, los artesanos que trabajaban en la creación, mejora o manipulación del material de construcción habían instalado sus tiendas y talleres. Carpinteros, herreros, hornos de cal y de ladrillos, mamposteros y un largo anillo de especialidades. El travertino se apilaba en una zona muy cercana a la entrada. Como apenas se había usado —pues su colocación empezaría con las estructuras visibles más allá del subsuelo—, los bloques de piedra, perfectamente apilados, superaban la altura de la valla delimitadora.

Un verdadero ejército de hombres se movía por las distintas instalaciones, como si fueran hormigas a principio de otoño. Esclavos, operarios, oficiales y maestros, todos agrupados por sectores, oficios u ocupaciones.

El lugar donde se ubicaría la arena del anfiteatro se había delimitado con un sinfín de estacas, que formaban una enorme elipse. Y alrededor de ese óvalo se había excavado ya una amplia zona, a distintas profundidades.

En uno de los extremos de la elipse, Lucio pudo ver a Calícrates junto a su inseparable Druso. Ahora también Vespasiano se encontraba allí. Se dirigió hacia ellos.

—… como el lecho es arenoso y no hay roca madre, ha sido imprescindible hacerlo así. —Era Calícrates quien hablaba, respondiendo a una pregunta de Vespasiano.

—Pero cuarenta y cuatro pies de cimentación… —protestó el Princeps.

—Ten en cuenta que el edificio se elevará más allá de los ciento setenta y dos pies desde el nivel del suelo. Druso también opina como yo.

El aludido dio su opinión.

—Menos de treinta y cinco pies para tanta carga hubiera supuesto un riesgo. De haber encontrado roca madre, veinte pies hubieran sido suficientes. Pero no con un lecho tan inestable como este.

Lucio miró hacia el lugar que los tres hombres observaban atentamente. La profunda cimentación comenzaba a tener las primeras capas de *opus caementicium*. Los enormes pedazos de rocas labradas —procedentes de los escombros del derribo de la Domus Aurea— otorgaban mayor fuerza a dicha cimentación. Los distintos niveles servían de apoyo a tablones situados a modo de andamios. Desde esos tablones, y con la ayuda de carretillas, se echaba la argamasa del *opus caementicium*. En cambio, para las piedras más pesadas se usaban *machina tractorii*, unas grúas con poleas mediante las cuales —y gracias a la fuerza de varios esclavos— se levantaban o bajaban bloques de gran peso hasta un punto determinado.

—¿Cómo va el tema de la cantera de Tibur, Lucio? —le preguntó Vespasiano después de saludarlo.

—Mañana tendré el contrato firmado y podremos enviar más canteros para la extracción de más piedra —intentó mostrar firmeza, ocultando las grandes dudas que lo embargaban. No tenía asegurada la palabra de Claudia, pero confiaba en poder convencerla.

Vespasiano le dio un golpecito en la espalda, satisfecho.

Las horas de viaje hasta Pompeya solo le sirvieron para ponerse más nervioso. Con cualquier otro oponente, Lucio habría tenido todas las de ganar. Su posición social, el privilegio de su cargo al frente de la administración y la logística del anfiteatro y el apoyo del Princeps lo convertían en un hombre poderoso.

Pero con Claudia todo ese poder se desvanecía como la niebla ante una fuerte ventisca. Aquella mujer tenía algo que lo desconcertaba. Algo que no se podía percibir con los sentidos más simples. Algo que lo aturdía.

Ella lo recibió en una dependencia interior de la villa. El día era frío, como si el invierno hubiera regresado. La exedra no era el lugar más adecuado en aquellas circunstancias, y la prudencia aconsejaba un lugar cerrado.

Era un *triclinium*, usado habitualmente como comedor o sala de estar, pero con una destacada decoración pictórica en las paredes. Una amplia faja recorría toda la pared, ocupándola casi por completo; apenas quedaban un par de palmos en la parte superior e inferior. Una pequeña cornisa, de color verde, situada a los pies de esas pinturas, hacía que a uno le pareciera un escenario.

Sobre un fondo rojo muy vivo, un tropel de figuras se distribuía en diversas escenas. La viveza del color y el buen hacer del artista conseguían que los personajes parecieran estar presentes en la habitación.

Lucio quedó impresionado por la belleza de aquel salón. Entendía poco de pintura y de arte, pero tuvo que reconocer que aquel lugar era extraordinariamente hermoso.

—Quería que vieras estas pinturas —le comentó Claudia; estaba claro que quería impresionarlo—. La calidez que dan al *triclinium* es envidiable. Al estar encarado hacia el sur, lo uso en invierno; el sol penetra con tal fuerza que caldea la habitación de manera suficiente. A esta hora del mediodía, incluso hay que poner velos de seda en las ventanas para que la luz no sea excesiva. Hoy, con el frío y las nubes, no vamos a tener ese problema.

Se acercaron al triclinio, en cuyo centro había una mesita con fruta y frutos secos.

—Acomódate y come algo si te apetece.

Ambos se echaron en el triclinio. Lucio ya había visto en anteriores visitas que Claudia no tenía ningún reparo en saltarse esa norma social. Era una mujer distinta —pensaba él—, y era lógico que tuviera un comportamiento distinto.

—Cuando compré la villa, las pinturas ya estaban aquí —dijo Claudia, interrumpiendo sus pensamientos—. ¿Entiendes de arte, Lucio?

—No, la verdad es que muy poco. Pero sí me doy cuenta de lo que comentas sobre lo sobrecogedoras y cálidas que resultan.

Claudia pareció algo decepcionada por la respuesta. Cogió un par de nueces y las abrió lentamente para empezar a mordisquear su contenido.

Al ver la parsimonia con que se comportaba su anfitriona, Lucio empezó a ponerse un tanto nervioso. En aquella ocasión, sin embargo, estaba preparado para afrontar aquella actitud. Además, su madurez y estatus social, y su carácter, hacían que supiera desenvolverse en situaciones como aquella. Le seguiría el juego e intentaría relajarse.

—Fue una lástima lo de Cayo —comentó, buscando una conversación alejada del principal motivo que lo había conducido hasta Pompeya.

Ella asintió con un gesto suave, mientras terminaba de mordisquear una nuez.

—Me queda el consuelo de saber que fue feliz hasta el final. Morir así es lo que todos quisiéramos en esta vida.

—Supongo que sí… —se la veía muy segura de sí misma. Y hermética. Muy hermética.

—¿Tienes alguna intención con respecto a la villa? —otra pregunta para no estar en silencio.

—¿Acaso quieres comprarla?

—No. Para una persona que tiene su actividad principal tan cerca de Roma, vivir aquí es un contrasentido.

—El viaje, sin embargo, es agradable, y tiene una gran ventaja: da tiempo para pensar.

Claudia seguía mostrándose igual de relajada y confiada. Daba la sensación de que la cantera de Tibur y el tema del contrato apenas tuvieran importancia para ella. Tenía que buscar algo que la motivara, algo que la sacara de su caparazón. Pero ¿qué?

Como un rayo en el firmamento, una idea acudió a su mente.

Con seguridad y firmeza, se levantó del *kline* y avanzó hasta el diván de Claudia. Se puso de rodillas y la besó.

Por un momento, sintió la sombra del rechazo. Pero solo fue por un instante. Ella le devolvió el beso, dejando que él tomara toda la iniciativa. Daba la impresión de que estaba dispuesta a seguir hasta donde Lucio quisiera llegar.

Cuando sus labios se separaron, el senador miró a Claudia directamente a los ojos. Un brillo de satisfacción emergió como la espuma en la cresta de una ola, pero igual que había surgido se fundió bajo la humedad ocular. Claudia cogió otra nuez, dejando que su mirada se perdiera más allá del propio *triclinium*.

Lucio regresó a su diván e, igual que ella, cogió un par de nueces y se entretuvo en romperlas para juguetear con su contenido.

No podía más.

—No he venido hasta aquí para probar tus nueces, Claudia.

—Sería estúpido pensar algo así.

—Vespasiano me exige una solución con el tema de la cantera de Tibur.

—Yo no tengo ningún problema con mi cantera —resaltó el adjetivo posesivo con un tono de voz un tanto más alto.

—Ya discutimos sobre ello hace dos días. Creo que ha llegado el momento de tratarlo como si fuéramos dos hombres de negocios.

—Yo no soy ningún hombre, por si no te habías dado cuenta. —Aquello era un verdadero ataque a su virilidad, y ella dejó escapar una sonrisa ligeramente lasciva.

Lucio, sin embargo, no pareció sentirse ofendido por ese comentario. Sabía que un buen trato exigía resolución y firmeza en las propias

convicciones, y que debía dejar de lado posibles ofensas o sentimientos personales.

—Tenemos la oportunidad de ganar muchos sestercios con todo esto. —Aunque intentaba disimularlo, Lucio se dio cuenta del interés de Claudia al escuchar aquella frase—. Pero no nos conviene, a ninguno de los dos, cometer ningún error con tonterías infantiles.

Ella levantó la barbilla, mostrándose un tanto altiva. Pero no dijo nada. Esperó pacientemente a que él siguiera hablando.

Lucio miró más allá de la puerta de entrada; quería asegurarse de que nadie los escuchaba.

—Aparte de la demanda para la construcción del anfiteatro, tengo un par de hombres interesados en adquirir travertino. Y están dispuestos a pagar casi el triple del precio estipulado por Vespasiano.

Claudia abrió los ojos, sorprendida. Sabía que el precio que podía cobrar a particulares era superior. Esa era, al fin y al cabo, la principal razón de que se negara a conceder un monopolio de la explotación de su cantera a Vespasiano. Pero conocía la ilegalidad de esas transacciones. Su sorpresa, sin embargo, se debía a que fuera el propio Lucio quien propusiera un trato así.

—Como sabes —continuó el patricio—, soy el encargado de la parte logística y administrativa de la construcción del anfiteatro. Vespasiano apenas me impone condiciones, más allá de la rapidez en la ejecución de las obras. No quiere retrasos; prefiere pagar más que perder una semana. Como si el mundo fuera a acabarse dentro de cinco años.

Claudia ya no comía nueces. Lo miraba atentamente, casi sin pestañear. Lucio había logrado captar toda su atención.

—Debes ceder en lo que te pide Vespasiano. A cambio, te aseguro que ganarás una fortuna con otras transacciones.

—¿Y qué pide Vespasiano de mi cantera?

—Firmar un contrato de exclusividad en el que permitirás, además, el trabajo de canteros que procedan del gobierno de Roma. Tus hombres, por supuesto, podrán continuar trabajando, pero deberás aceptar que la extracción de bloques de piedra se acelere.

—Y cómo haremos… lo otro —vaciló ligeramente al usar la última palabra.

—Tú no tienes por qué preocuparte por eso. Solo dar tu consentimiento.

—¿Acaso me tomas por estúpida? —Lucio pudo ver el enojo reflejado en el rostro de la *domina*.

—Cuanto menos sepas, mejor.

—¿Mejor para quién? ¿Para ti? No voy a dejar que metas la mano en mi negocio sin conocer todos los detalles. Absolutamente todos.

Era lógico que pensara así, pero no sabía hasta qué punto podía confiar en ella.

—¿No confías en mí, Lucio?

Él sonrió. Sin habérselo dicho, ella había leído su pensamiento. «Es lista», pensó el senador.

—Lo cierto es que no me has dado motivos para que confíe en ti… —había llegado su momento.

Claudia lo miró fijamente, mientras le lanzaba una media sonrisa. Una sonrisa llena de picardía.

Capítulo XXI

CALÍCRATES

A ras de suelo

Roma, otoño del año 72 d. C.

Con el otoño, empezaba la época de las lluvias. Unas lluvias que, si eran copiosas, podían retrasar cualquier actividad que debiera realizarse al aire libre. Y por supuesto, unas obras como las del anfiteatro sufrirían idéntica suerte.

Y así ocurrió, efectivamente. Tres días seguidos de lluvia detuvieron los trabajos. El primer día solo se trabajó por la mañana. El segundo y tercero, sin embargo, la construcción del anfiteatro se detuvo por completo. Los esclavos se quedaron en sus barracones, y los hombres libres en sus casas o allá donde quisieran ir.

Calícrates no fue una excepción.

A pesar de que quedaban múltiples detalles que perfeccionar y labores que completar, sabía que si se exponía a la lluvia podría ponerse enfermo. Y eso sí que le impediría trabajar.

Durante esos dos días, pudo comprobar el perturbador silencio de una de sus hijas, Ione.

Era la más pequeña de las dos. Contaba con solo cuatro años de edad, y se pasaba el día en el más absoluto de los silencios. Apenas emitía algún sonido de queja —igual que lo haría un animalillo—, o algún lloro por los típicos motivos de la edad. Pero parecía ausente del mundo que la rodeaba.

La hermana mayor, Medea —de seis años—, tenía el comportamiento normal que se esperaría de una niña de su edad. Era muy movida, tal vez para compensar el hermetismo y la quietud de Ione.

Aquella tarde de cielo encapotado, con la lluvia azotando los tejados de la casa de los Sura, Calícrates se las llevó a su estudio. Apartó los papiros en los que estaba trabajando, para que no sufrieran ningún daño, y puso dos hojas

limpias sobre la mesa; luego colocó dos cajas de madera a modo de taburetes, y les dijo a las niñas que se sentaran sobre ellas.

—Dibujad aquello que más os apetezca —les dijo después de darles tinta y unos cálamos nuevos.

La mayor apenas tardó unos segundos en comenzar a llenar de trazos el papiro; sin gracia alguna, parecía disfrutar viendo cómo la hoja quedaba cada vez más negra y cómo sus manos se convertían en una prolongación del papiro. Incluso sus brazos y su rostro quedaron manchados de aquel negro tan oscuro.

Lo de Ione fue distinto.

Tardó un buen rato en darse cuenta de lo que hacía su hermana, y un rato más en interesarse por aquello que tenía delante. Aun siendo muy pequeña, Calícrates se dio cuenta de que procedía con mucho cuidado. Al principio, dos gotas de tinta mancharon el papiro accidentalmente, pero después vio que Ione conseguía su propósito de dibujar con extrema pulcritud.

Dibujó un círculo irregular con unas líneas que se prolongaban desde el exterior del círculo alejándose del centro de la figura geométrica, y también un enorme triángulo en el mismo centro del papiro. El arquitecto no supo cómo interpretar aquello, pues la niña se conformó con estas dos formas; dejó el cálamo y la tinta, y se quedó allí, sentada encima de la caja de madera.

No comentó nada de aquello con Damaris, su esposa. Su mujer apenas cruzaba con él una docena de monosílabos al día.

Un triángulo y un círculo. ¿Qué significarían?

* * *

La tormenta cedió su sitio a un día soleado y vigoroso. El cielo recobró aquel azul tan característico cuando está limpio de nubes, y la actividad volvió a la pequeña llanura donde se construía el anfiteatro.

—Acompáñame, Druso —le dijo a media mañana Calícrates a su mano derecha.

Arquitecto e ingeniero subieron hasta la cima del monte Palatino. Ocupada casi por completo por palacios gubernamentales, apenas había espacio para nada más. En la zona situada más al este, una cuesta llena de vegetación se convirtió en una atalaya provisional. Algún que otro curioso se sentaba allí, observando lo que, a nivel de suelo, impedía ver la empalizada.

Desde aquel punto, la visión global de la construcción era espléndida. Ni la empalizada ni el inmenso óvalo de la cerca de estacas impedían la visión de

lo que ocurría en el interior; la altura del monte Palatino superaba el obstáculo visual sin problemas.

En la zona más externa, los materiales se acumulaban, ordenados con meticulosa precisión: los más pesados y voluminosos, más cerca del centro; los más fáciles de transportar y manipular, más alejados. La futura arena constituía el epicentro de las obras: el espacio donde convergirían todas las miradas de los más de cincuenta mil espectadores que llenarían el anfiteatro cuando estuviera acabado.

Entre la arena y la zona de materiales, en el suelo, se dibujaba un gigantesco óvalo; corría paralelo al óvalo que formaría la arena, allí donde se levantaría la superestructura que sustentaría las gradas. Un bloque compacto y gris de *opus caementicium* emergía ligeramente sobre el nivel del suelo. En el espacio correspondiente a sus dos ejes, cuatro enormes muescas —desde el exterior del bloque hasta la misma arena— señalaban el punto donde se construirían los alojamientos que albergarían a los participantes en el espectáculo, así como las salidas a la arena.

Encima de este bloque, se dibujaba algo similar a una tela de araña. Unos pequeños cuadrados en la lejanía —bloques pétreos en realidad— se distribuían en forma de varios anillos casi paralelos que acababan convergiendo hasta el mismo borde de la arena. Esa tela de araña no era totalmente simétrica. La armonía quedaba rota por una distinta equidistancia: los accesos para los senadores y las estancias internas alteraban una simetría perfecta.

Desde allí, en las alturas, también quedaba muy claro la forma de trabajar. Los cuatro sectores —con sus respectivos equipos— estaban siendo construidos de forma independiente; las brigadas de trabajo eran perfectamente visibles desde allí.

Los bloques apenas se alzaban más allá de un par de palmos a ras del suelo. El resto de la superficie —donde se había construido la cimentación— estaba oculta por hombres, maderos, cuerdas, herramientas y todo aquello que era necesario para el levantamiento de los sillares y su posterior colocación.

—¿Qué quieres que veamos, Calícrates? —preguntó el ingeniero.

—Hay que buscar errores. Algo que hayamos hecho mal…

Druso lo miró, un tanto extrañado.

—Seguro que hay algo incorrecto, algún detalle que se aparta de los planos trazados —añadió Calícrates, respondiendo al interrogante dibujado en el rostro de su acompañante.

—Pero ¿se trata de algo concreto?

—No. Es solo un presentimiento.

—Estos días de lluvia he repasado los cálculos que hicimos al principio. Cargas de las bases, de los arcos, de los estribos. Nada está mal. Todo parece correcto. A menos que la ciudadanía de Roma engordara de manera exagerada y que cada romano pesara como un elefante. Entonces tendríamos motivos de preocupación. También he comprobado que los desagües funcionan de manera perfecta. Las lluvias de estos días apenas han dejado charcos, y ha sido una buena tormenta.

Calícrates negó con la cabeza. Había algo que se le escapaba. «Es como un cosquilleo en la nuca, como una presencia que uno no puede ver ni sentir, pero que sabes que está ahí», pensó el heleno.

—Eres un perfeccionista, Calícrates. Algo digno de elogio. Pero todo está bien, lo hemos revisado un millar de veces —le dijo Druso.

Calícrates asintió con un suave gesto.

«Tal vez Druso tenga razón —pensó el heleno—. Espero que solo sea eso».

—Druso…, ¿qué significan para ti un triángulo y un círculo? —dijo de pronto, cambiando de tema; pensaba en el dibujo de Ione.

—Mirando hacia arriba, me recuerdan al sol y al tímpano de un templo. Mirando hacia abajo, la estructura de una *machina tractorii*. ¿Por qué lo preguntas?

—Nada en particular. Cosas de mis hijas. Será mejor que volvamos.

Cuando empezaban a bajar del monte Palatino, un movimiento de tierra los tiró al suelo. Ambos cayeron al suelo y rodaron unos metros. Druso se golpeó contra un saliente, pero no se hizo daño.

—¡¿Un terremoto?! —preguntó el heleno.

—Sí, eso parece. Pero ha sido leve, muy leve.

Ambos miraron hacia los edificios más cercanos. La gente salía de ellos asustada y mirando al cielo, como si los dioses hubieran sacudido la Tierra. Algunos gritaban, asustados, pero poco a poco las exclamaciones y los gritos se fundieron hasta acabar en un sobrio murmullo generalizado.

Ahora le gente tendría algo de qué hablar durante al menos tres o cuatro días.

—No parece que haya ocasionado excesivos daños en los edificios circundantes —dijo Druso, clavando la mirada en un templo y una ínsula situados a pocos metros de ellos.

—Esa grieta en el tímpano creo que es nueva —Calícrates señalaba la parte superior del templo—. Debemos regresar a las obras, a ver si ha pasado.

Unos minutos más tarde, estaban de nuevo en el recinto empalizado.

Al cruzar el portón protegido por los guardias, pudieron observar que todo el mundo se había detenido.

Los hombres gritaban, y todos se dirigían hacia un punto concreto, donde ya se había congregado una pequeña multitud de trabajadores.

—¡Allí! —gritó Druso, señalando las pilas de travertino.

Los sillares formaban una mole mucho más alta que la empalizada que protegía el recinto, y esclavos y trabajadores se dirigían, como hormigas, hacia ese punto.

Ambos se unieron a la riada humana y, a codazos, se abrieron paso hasta llegar a la zona del desastre y situarse en primera fila.

—¡Cuidado! —Druso apartó a Calícrates con el brazo y lo echó atrás, tirándolo al suelo. Un bloque de travertino cayó desde lo alto de una de las pilas, y se estrelló a un par de palmos del heleno. De no ser por el oportuno empujón del ingeniero, el arquitecto habría recibido un impacto directo.

Calícrates se puso en pie y miró a Druso con agradecimiento. Después, ambos avanzaron hacia donde convergían todas las miradas, y por fin pudieron ver lo que había ocurrido.

Una de las enormes pilas de travertino se había desmoronado en parte, y varios bloques estaban en el suelo. Dos de ellos habían atrapado fatalmente a tres operarios.

Los accidentes eran habituales en cualquier obra. Desplome de andamios o de la misma estructura, rotura de aquellas gigantescas grúas y un sinfín de desastres que en muchas ocasiones se cobraban vidas humanas.

El causante, esta vez, había sido el terremoto; un accidente imposible de prever.

En cuanto se dieron cuenta de que no había nada que hacer con los tres desgraciados, hicieron regresar a todo el mundo a sus ocupaciones. Un grupo de esclavos retiró los sillares, y después se llevaron los cuerpos sin vida de sus compañeros de trabajo.

—Acompáñame, quiero comprobar algo —comentó Calícrates a Druso.

El bloque de cimentación estaba formado por dos enormes discos ovales, uno encima de otro, con un grosor de veinte pies cada uno. El más profundo estaba completo. En el de la superficie podían apreciarse ya las secciones, allí donde irían los dos ejes —aquellas enormes muescas— que cortaban el disco en cuatro porciones, como si se tratara de un pastel. Esas secciones formarían los corredores y túneles necesarios, y tendrían distintas funciones, como la entrada o salida de ajusticiados, luchadores, fieras o maquinaria diversa, pero

ahora eran muy útiles para acceder a las distintas partes de la obra sin el impedimento de los pilares u otros elementos estructurales que, como si fueran setas, comenzaban a brotar del suelo.

Arquitecto e ingeniero se detuvieron en medio de uno de esos corredores.

Ambos discos tenían el mismo grosor, veinte pies. Y allí donde faltaban las secciones del superior —en los extremos del óvalo—, el suelo de la estructura que soportaría las graderías quedaba muy por encima de las cabezas de Calícrates y Druso.

El heleno se acercó a la pared lateral, y comenzó a inspeccionarla de manera muy concienzuda.

—Creo que sé qué buscas —comentó Druso en tono jocoso—. Grietas, buscas grietas.

Calícrates no dijo nada y continuó con sus pesquisas.

Cuando hubo terminado con esa sección, se dirigieron a la siguiente para llevar a cabo la misma inspección.

—Nada, ni la menor rotura —añadió finalmente.

—Y ahora estarás preguntándote cómo estarán los desagües internos.

Calícrates lo miró y asintió al mismo tiempo. Como las arterias de un cuerpo humano, multitud de desagües recorrían el interior de aquel enorme bloque de *opus caementicium*.

—Debemos mirar todos y cada uno de los recodos del bloque de cimentación —siguió diciendo Druso—, y buscar grietas. Pero si no vemos ninguna, casi puedo asegurarte que la parte interior estará intacta y que no ha sufrido daño alguno.

Era casi mediodía cuando terminaron de repasar todas las partes del bloque de cimentación que eran visibles desde el exterior. No encontraron ni una sola grieta.

—Una última cuestión… —Calícrates parecía no darse por vencido.

El heleno condujo a su mano derecha hasta una de las hileras de bloques de piedra colocados en el suelo de manera radial. Cinco eran los bloques que se alineaban buscando el centro de la arena, pero aquellos radios se detenían casi a la mitad de lo que era la base de todo el graderío.

—Los dos últimos bloques deberían ser ya de travertino. No me fío de la toba, el ladrillo y el *opus caementicium* para soportar toda la carga estructural. No quiero que un futuro terremoto tire por tierra toda la cávea.

Era una discusión que habían tenido en repetidas ocasiones.

Los bloques se alineaban en dos sentidos: radial y anular. Los anillos exteriores tenían que soportar mucho más peso que los interiores —era por la

superestructura que iban a sostener—. Su disputa venía por el límite de carga: el travertino era más consistente, la toba —y el resto de material, ladrillo y mortero— era más fácil de trabajar y obtener, pero también más débil.

—¿Los siete de travertino? —preguntó Druso—. Ya sabes qué opino al respecto. No creo que sea necesario, y solo retrasaría la obra; su extracción es el principal punto débil de aprovisionamiento.

—Eso es algo que afecta a Lucio. ¡Que sea más eficaz! —su tono era de enfado—. Debemos construir un edificio sólido que aguante el paso de los años, de modo que, travertino hasta el séptimo pilar, este incluido —dijo con contundencia.

Druso no añadió nada más. Aceptó sin rechistar. Al fin y al cabo, el responsable directo era Calícrates, y él, solo segundo al cargo. Aquello supondría sin duda un retraso en la obra, pero mejoraba de forma notable la solidez del edifico.

⁎ ⁎ ⁎

De nuevo al pie del Arcus Neronianis —el ramal del acueducto Aqua Claudia construido por Nerón—. Calícrates y Druso estaban hablando con el *praefectus fabrum*, Marco Licinio; el encargado del mantenimiento de las obras hidráulicas dentro de la ciudad y de otras estructuras urbanas.

Un hombre curioso.

Así lo definía Calícrates.

—Tendréis que coger el agua de las tuberías que ya circulan por ese sector —Marco Licinio no parecía un hombre entusiasmado por su trabajo. O, al menos, le faltaba la ilusión para proponer ideas más ambiciosas.

—Ese no es el problema, Marco Licinio —dijo Druso, algo molesto por la actitud de aquel tipo—. Necesitamos que nos firmes el documento en el que te comprometes a suministrarnos la cantidad de agua necesaria.

El documento era una formalidad habitual. Aparte de usarse para lo que Druso había comentado, servía también como garantía en caso de algún percance.

—Necesitamos agua potable por un lado. Y, por otro, agua para la evacuación de las letrinas —comentó el arquitecto.

Había tres tipos de suministros de agua. Para el aprovisionamiento de monumentos y edificios públicos —sobre todo termas—, no era necesaria un agua de mucha calidad. Tampoco para las fuentes ornamentales y estanques de carácter decorativo; este suministro estaba separado del anterior para poder cortarlo en caso de una prolongada sequía. El uso doméstico y particular —

fuentes y casas— exigía el agua de mejor calidad; esta había sido filtrada por varias rejillas más.

En previsión de estas necesidades, Calícrates había dispuesto un doble circuito de entrada de agua y uno único de salida.

—Tenéis diversas posibilidades. Hay tuberías de agua potable al este y oeste. Y de agua para letrinas, al sur. De dónde la cojáis, es asunto vuestro.

Sin ganas ni ilusión alguna.

El tipo estampó su sello en la tabla encerada que le tendió Druso. En ella se especificaban las necesidades hídricas del anfiteatro de manera muy detallada.

* * *

Los cuatro equipos que trabajaban en cada sección lo hacían con eficiencia, y uno podía ver cómo el edificio iba alzándose día a día. Esas primeras hiladas eran muy vistosas. En una sola jornada los cambios eran muy significativos, y ello animaba a los trabajadores. Calícrates lo sabía bien.

Pero, como era de esperar, aparecieron nuevos problemas.

Una de las secciones iba demasiado deprisa; casi doblaba la altura de las demás.

—Es la sección que lleva Rabirius —le comentó Druso.

Rabirius era el único arquitecto que había cuestionado el trabajo de Calícrates delante del Princeps. Un hombre orgulloso de su trabajo que no se había mostrado muy amigable con el heleno. Que el director de la obra más importante de Roma en las últimas décadas fuera un *peregrinus* molestaba a más de uno.

—Deberíamos hablar con él —señaló Calícrates.

Fueron hasta ese sector en particular, y lo examinaron a conciencia.

Los pilares de travertino estaban perfectamente dispuestos, sin apenas un *digitum* de desviación. Como todos los demás, cada hilada de cada pilar estaba formada por tres o cuatro bloques de travertino.

En la primera hilada, eran tres los sillares y estaban dispuestos siguiendo la línea radial de todo el edificio. A continuación, encima del bloque más interior se colocaba otro igual. En cambio, el espacio encima del central y del exterior se llenaba con dos sillares alargados y dispuestos de forma transversal, esto es, siguiendo la línea radial. En el tercer tramo en altura, se repetía la estructura del primero. A continuación, en el siguiente tramo, eran cuatro los bloques usados; uno para la parte posterior, y los otros tres usando

el sistema de rotura de junta respecto a la hilada inmediatamente inferior, llenaban el espacio restante.

—El trabajo es perfecto —señaló Druso.

El pilar que examinaban tenía más de doce tramos construidos; el corte de los sillares, la alternancia y su colocación mostraban una obra de primer orden.

Calícrates no pudo más que admirar el riguroso trabajo de los romanos; incluso en algo tan repetitivo y funcional como un pilar, la maestría en su ejecución era máxima.

Mientras observaban el pilar, Rabirius se acercó a ellos. Ahora estaban en uno de los pilares interiores, apenas unos pasos más allá.

—¿Algún problema? —ni un saludo, ni nada que mostrase algo de cortesía. Más bien lo contrario, pues su pregunta había sido planteada en un tono altanero, acompañada de una pose algo chulesca.

Calícrates dio una suave palmada en el brazo de Druso; reclamándole la exclusividad de la respuesta.

—Contemplábamos la rigurosidad de tu equipo de trabajo. La ejecución de los pilares es admirable.

—¿Y bien? —tampoco era ningún estúpido. Era innecesario tratarlo como a Petronio, por ejemplo. Rabirius era listo, muy listo.

Cuanta más sinceridad, mejor.

—Tu sector va demasiado rápido, Rabirius.

—¡O los otros demasiado lentos!

—Naturalmente que sí. Pero debemos ir a la velocidad del más lento. Para ir todos a una, hay que saber trabajar en equipo.

—¿Pretendes acaso que mi sector sea el hazmerreír de la obra haciéndoles trabajar mucho más despacio?

—Tú diriges tu sector. No me voy a meter en cómo trabajas, siempre y cuando te ajustes a mis especificaciones.

—¡No encontrarás ni una desviación respecto a tus diseños!

—Eres un profesional excelente, quizás el mejor arquitecto de la obra, pero debes ceñirte a los tiempos de todos los equipos.

Calícrates vio cómo el hombre se relajaba. Un halago era igual de importante para un tipo idiota que para uno listo. Aunque en unos el efecto era más visible que en otros.

Pero el orgullo podía con Rabirius.

—Con el ritmo de trabajo de los otros equipos es imposible que se cumplan los plazos para el acabado de la obra. —El romano se inclinó

ligeramente en dirección al heleno, buscando imponer su criterio—. Jamás lo conseguirás, Calícrates.

—Bueno, eso ya se verá en su momento. Ahora debes ceñirte a mi dirección —basta de esconder el propio orgullo. El heleno quería dar un golpe de autoridad.

—Tal vez pretendas humillarme, griego, pero no vas a conseguirlo. Soy mucho mejor profesional que tú. Y además, soy romano, muy romano. Muchos de los edificios más elegantes y notorios de Roma han sido edificados bajo mi dirección. No pretendas humillarme y enseñarme cómo hacer mi trabajo.

Aquello parecía no tener fin. Era la opinión de uno contra la de otro.

La discusión comenzó a acalorarse. Ambos repetían una y otra vez los propios argumentos, sin que ninguno de los dos fuera capaz de aceptar la opinión del otro, o de hacerle cambiar.

Hasta que Druso intervino.

Haciendo caso omiso del gesto previo de Calícrates, que le sugería guardar silencio, el ingeniero entró de lleno en la discusión.

—¡Vamos, Rabirius! Todos nos conocemos desde hace tiempo. Yo soy tan romano como tú, o incluso más —realzó aquella última expresión, y Calícrates lo miró con extrañeza. No entendía aquello de que uno pudiera ser más romano que otro—. Todo buen profesional de la construcción sabe que debe ceñirse al plan original, y solo realiza cambios si los autoriza quien dirige las obras.

El heleno observó que el rostro del romano se ponía en tensión; las palabras de Druso habían hecho mella.

Pero fue el siguiente comentario el que lo hizo temblar.

—¿O tal vez prefieres que lo discutamos con el Princeps? Seguro que nos tacharía de críos si nos presentamos ante él con una discusión tan infantil como esta.

«Frena, Druso, o vamos a perderle para siempre», pensó Calícrates. El heleno no deseaba un enfrentamiento con nadie, y menos con uno de los otros tres arquitectos romanos que componían el equipo principal. La armonía y el buen hacer de todos los grupos era esencial.

El pecho de Rabirius se desinfló ligeramente, al igual que su orgullo.

—Os aconsejo que aceleréis al grupo más lento, o no se cumplirán los plazos prometidos. Por mi parte, trabajaré con la máxima eficiencia posible. No seréis capaces de encontrar una sola mácula en mi trabajo.

Igual que había llegado, se fue. Dio media vuelta, y regresó con su brigada de trabajo dejándolos allí plantados.

—Siento haberme interpuesto, Calícrates, pero parecía imposible que llegarais a un acuerdo.

—Has hecho bien. Mi origen de *peregrinus* pesa demasiado para él. Entiendo que un arquitecto romano se sienta como la cúspide del mundo.

—Los romanos valoramos muchísimo a los griegos, y lo sabes. No es eso. Rabirius es un tipo demasiado orgulloso.

⁎ ⁎ ⁎

Dos días después del terremoto, Calícrates se encontró con una sacudida bien distinta al llegar a la residencia Sura.

Damaris y las niñas se habían instalado en el piso superior de la *domus*, el lugar reservado a las mujeres. Nada extraordinario, salvo por el hecho de que era ya de forma definitiva. Naturalmente, Damaris era libre de hacerlo. La mayoría de las esposas optaban por esta fórmula cuando llegaban los primeros hijos. Dormir en el mismo cubículo solo era habitual en los recién casados, cuando la fogosidad es máxima.

Tras el reencuentro, Calícrates tuvo la esperanza de poder acercarse algo más a Damaris. Sin embargo, su relación, fría y sin apenas contacto, se restringía a compartir la paternidad de sus hijas. Buscando una auténtica reconciliación, el arquitecto había intentado ser amable con su esposa, y tratarla con cariño y respeto, pero nada de eso había funcionado. Y desde que él le recordó las obligaciones del matrimonio para frenar su deseo de regresar a Atenas, la frialdad de Damaris se había vuelto extrema.

Solo, en su cama, pensó en el significado de aquel círculo y aquel triángulo. Dos formas tan habituales para un arquitecto. Pero un verdadero misterio para aquel brillante profesional heleno.

⁎ ⁎ ⁎

Pasó el invierno y, con la llegada de la primavera, la vida volvía a abrirse como si reclamara a gritos su supremacía durante la estación en la que era la verdadera reina.

Aquel mes de abril extraordinariamente cálido y muy seco rompió el sueño de Calícrates. A pesar de que los días eran duros y llegaba al final de la jornada muy cansado, el bochorno nocturno rasgaba su sueño y convertía las noches en algo largo y muy pesado.

El heleno intentó varias estrategias para poder conciliar el sueño. Relajarse y no pensar en dormir era el primer consejo que todo el mundo le daba. Pero le resultaba imposible no pensar en dormir cuando su cabeza, llena de cálculos, le sugería el máximo descanso para estar fresco por la mañana. Con esto solo conseguía el efecto contrario: ponerse aún más nervioso y dormir menos.

La estrategia de ingerir comida o bebida con propiedades adecuadas para favorecer la somnolencia apenas tuvo resultados positivos. De hecho, producía también el efecto contrario: el ir y venir a la cocina tantas veces solo conseguía desvelarlo más.

La mejor solución la encontró en el peristilo, aquel espacio ajardinado con tan buen gusto y con exquisita decoración. Desde allí, a través de los árboles, el cielo se veía negro y las estrellas brillantes como si pugnaran por competir entre ellas por ser consideradas las más bellas.

Tendido en el suelo, con la hierba acariciándole la espalda, se sentía relajado. La contemplación de aquel celeste negro salpicado de vida y luz le traía una paz de la que pocas veces en su vida había disfrutado. Aunque aquella estrategia tampoco conseguía que durmiera mucho, sí que le otorgaba un dulce descanso; incompleto, sí, pero descanso al fin y al cabo.

Una noche, la tercera consecutiva sin poder dormir, una sombra se deslizó a su lado sin que él se diera cuenta; aquel estado de sopor, previo a la total somnolencia, había embotado parte de sus sentidos.

Cuando sintió aquella mano, acariciándole el brazo, el susto casi provocó que su corazón le partiera el pecho.

Abrió los ojos y volvió la cabeza hacia la mano que lo acariciaba.

Damaris estaba a su lado.

Silenciosa como siempre, su mujer se había echado en la hierba, y ahora se apoyaba en el hombro del arquitecto. Llena de ternura, le acarició el pecho con suavidad.

Un fuerte estremecimiento despertó totalmente a Calícrates. Sintió grandes deseos de tenerla más cerca aún, de poseerla. Fue en un solo instante, pero la excitación ya no dejó de acompañarlo.

Damaris siguió acariciándole el pecho con suavidad y paciencia. Sentía cómo la dulzura del tacto embotaba sus sentidos de nuevo, pero era un aturdimiento embriagador y meloso.

Miró a los cielos mientras disfrutaba de aquellas caricias.

La mano de su esposa buscó su cuello, y después su rostro. El contacto de los dedos con los labios obligó al heleno a cerrar los ojos para percibir mejor

aquella dulce sensación.

Apenas comenzaba a disfrutar del flirteo entre dedos y labios, cuando un contacto húmedo en su boca le excitó más allá del relax.

Damaris le estaba besando. Y era un beso lleno de pasión y deseo. Ella se puso entonces encima de él. Calícrates sentía cómo su excitación no paraba de crecer, y Damaris buscó el contacto de la virilidad de su marido con su propia entrepierna.

Calícrates la cogió con fuerza por la cabeza y la besó con mayor ímpetu. La abrazó con toda la pasión de que era capaz, y ambos rodaron, dando media vuelta por la hierba hasta que él quedó encima.

* * *

Al día siguiente, Calícrates tuvo la esperanza de que aquel encuentro nocturno significara un avance significativo en la mejora de su relación con Damaris.

Pero no fue así.

A plena luz del día, ya fuera mañana o tarde, ella continuaba igual de ausente. Delante de los demás apenas le dirigía la palabra. Y cuando él intentó hablar con ella a solas, tampoco consiguió arrancarle una sola palabra.

Lo complicado para él fue entender que aquella acción nocturna se repitiera varias veces. Hacían el amor con verdadera pasión, como si fueran dos auténticos desconocidos. Sin hablar. Sin mirarse a los ojos. Solo dejándose llevar por los sentidos más primarios y básicos.

El peristilo de los Sura, y las noches de insomnio, habían llenado la cabeza de aquel arquitecto de muchas preguntas. Preguntas de las que nunca obtuvo respuesta.

Capítulo XXII

CLAUDIA PULCHRA

Épocas de grandes beneficios

Ancona, Italia oriental, verano del año 73 d. C.

Ancona era una ciudad situada a orillas del mar Adriático, y una urbe con una pujanza económica notable. Su excelente situación —muy cerca de Dalmacia — hizo que su puerto fuera un punto comercial de primer orden dentro de las provincias romanas. Importación y exportación se mezclaban en una zona portuaria con un tráfico tan denso que podía competir con el de Ostia. Un puerto, el de Ancona, que necesitaba de mayor espacio vital para continuar creciendo.

Claudia y Lucio viajaron juntos hasta la pequeña ciudad del Adriático. Él, montado en su caballo negro. Ella, cómodamente instalada dentro de su carruaje. La vía Salaria comunicaba Roma con Castrum Truentinum, ya en la costa adriática. Después, una prolongación de la misma vía hasta Ancona completaba el viaje.

Un trayecto de tres días en el que Lucio no dejó de insinuarse.

Desde aquel beso en la villa de Pompeya, el senador no había vuelto a acercársele. Y el motivo fue el distanciamiento prudente que había impuesto Claudia. Sin decírselo claramente, ella se lo insinuaba con gestos concluyentes: un rostro que eludía todo contacto directo, unos ojos que evitaban sus miradas, un cambio del tema de conversación…

Cuando estaba sola, Claudia pensaba a menudo en qué sentía realmente por Lucio.

Era un hombre atractivo y con un estatus social y económico más que conveniente para una mujer como ella, y, a pesar de haber entrado ya en la edad madura, aquellas primeras canas de su cabello y la poderosa arruga de su frente le daban cierto encanto. Además, parecía estar claramente interesado en ella. Aunque Claudia dudaba de si era por su atractivo como mujer o por ser la dueña de la cantera de Tibur.

Lucio, además, también era inteligente. Muy inteligente. Y no parecía tener muchos escrúpulos para conseguir sus propósitos. Ese aspecto la tenía un tanto preocupada. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar el Edil Curul para llevar a cabo sus planes?

Aquel hombre le resultaba indescifrable y misterioso, lo que lo hacía aún más seductor.

Sus sentimientos hacia Lucio, sin embargo, encontraban siempre un obstáculo. Cada vez que pensaba en él, otro hombre se colaba en sus pensamientos como un muro: Calícrates. Sin saber la razón, Claudia no podía apartar al griego de su mente. Como si fuera un parásito de su alma o un ser divino omnipresente. Aquellas dudas la desconcertaban, y la *domina* no sabía qué camino tomar con Lucio.

Tras el fracaso con su esclavo Eudor, Claudia había decidido que no volvería a tener relaciones íntimas con un hombre si no sentía amor.

Y esos pensamientos entretuvieron su viaje hasta la llegada a Ancona.

Situada en un monte cuyas faldas conducían hasta la zona portuaria, la ciudad no tenía nada que ver con Roma. De hecho, ninguna urbe del mundo podía compararse a la dominadora del mundo conocido.

A través de los cortinajes casi transparentes del carruaje, Claudia pudo observar las primeras calles de la ciudad. Casas de clase media y gentes ocupadas en sus quehaceres diarios; nada del otro mundo.

La pequeña caravana se detuvo. Dos carros —uno más lujoso, en el que iba la propia Claudia, y otro con los enseres personales de Lucio y la *domina* —, y tres jinetes, además, de siete servidores de ambos ciudadanos.

La voz de Lucio resonó en el exterior, y ella corrió la delicada cortina.

—Esta noche descansaremos. Mañana será el momento de hablar de negocios.

Durmieron en una taberna de lujo, situada en un barrio periférico de la ciudad, lejos de ruidos y malos olores. Claudia durmió con su esclava personal, que se acostó a los pies de su cama, y el resto de los otros esclavos se instalaron en el pasillo, como era costumbre.

Al día siguiente, se preparó para el encuentro que había motivado el viaje hasta la costa adriática. Claudia alquiló un palanquín tirado por cuatro servidores, y con Lucio caminando a su vera llegaron hasta la zona portuaria.

—Hemos llegado, Claudia —al oír la voz del patricio, ella se apeó del palanquín. Estaban ante un edificio de dos pisos, parecido a un almacén. Tenía unas pequeñas ventanas en la parte superior y una estructura alargada sin demasiados artificios arquitectónicos.

Sin esperar invitación alguna, Lucio abrió la puerta y se metió en el interior. Claudia lo siguió.

En efecto, era un enorme almacén. Unas columnas en el centro exacto de la nave dividían el espacio en dos zonas. En una de ellas, muy cerca de la entrada, se apilaban los dos centenares de bloques de travertino traídos desde la cantera de Tibur.

Un hombre salió a recibirlos. Un tipo alto y delgado, que se movía de manera nerviosa.

—Lucio Sura, *domine*, señor, es un placer enorme recibiros en mi humilde establecimiento —hablaba deprisa, como si el mundo fuera a acabarse de un momento a otro.

Lucio no se molestó en preguntarle el nombre a aquel tipo y fue directo al grano.

—Veo que has recibido toda la mercancía —dijo señalando los bloques de travertino.

—Sí, *domine*, señor. Y además, el resto de encargos…

—Ahora estamos aquí para esto y solo para esto —cortó Lucio. Claudia se dio cuenta de que el patricio estaba metido en otros negocios. Y aquel comerciante parecía ser el centro de ellos—. Esta dama es mi socia, no hace falta que sepas su nombre —la señaló—. Ella es la propietaria de la cantera.

El tipo inclinó la cabeza repetidas veces, con gran rapidez. Ella no sonrió, se mostró seria y distante, como le correspondía por estatus.

El comerciante se excusó y desapareció unos instantes. Poco después, regresó con una bolsa de cuero.

—Aquí está lo acordado, *domine* —le entregó la bolsa a Lucio. Un tintineante contenido hizo dibujar una media sonrisa en el rostro de Claudia.

El patricio miró el contenido de la bolsa y se mostró satisfecho.

—Recibirás cinco veces al año un cargamento como este. Encárgate de mandarnos el oro. No será necesario que volvamos a vernos más —dijo secamente el patricio mientras conminaba a Claudia a salir de allí—. Cuanta más discreción en todo esto, mejor para todos.

Y ambos salieron del almacén.

En cuanto se hubieron alejado lo suficiente, Lucio pareció sentirse obligado a explicarle algunos detalles de aquella transacción.

—Sé que ha sido un viaje largo, Claudia, pero era necesario que vieras el negocio. Y que no te escondo nada —Claudia no lo miró, pero sabía que allí había algo más, mucho más—. Aquí está el equivalente a cinco veces lo que te paga Vespasiano. Cinco veces más. Como te dije, es un negocio redondo.

La clave está en tener a todos los canteros que puedas trabajando a la vez. Con un equipo que trabaje de manera independiente, es más que suficiente para ganar una fortuna al año.

—¿Y tú qué ganas con todo esto?

—El placer de servirte y de tu compañía, naturalmente.

«Sí, eso mismo», pensó Claudia con sorna.

* * *

Unas semanas después, Claudia ya tenía claro cuál era el juego de Lucio. Del tropel de canteros que la firma del contrato autorizaba a trabajar en Tibur en nombre del pueblo de Roma, al menos tres equipos trabajaban para el enriquecimiento personal del senador hispano. Eso sin contar con el que llenaba de oro a la misma Claudia.

Los cargamentos de travertino que escapaban al control de Vespasiano se transportaban de noche, eludiendo así miradas comprometedoras.

Claudia se convenció de que ella tenía un talento especial para los negocios, y pensó en distintas maneras de enriquecerse de manera rápida con todo lo que se necesitara en la construcción del anfiteatro. Esclavos, madera o cualquier tipo de material. Solo era necesario tener la visión y el valor suficientes para hacerlo.

Rápidamente, buscó la forma de mediar en la compraventa de esclavos.

Capítulo XXIII

CALÍCRATES

El azote de los dioses

Roma, primavera del año 74 d. C.

El progreso en la construcción del anfiteatro era ya bien visible.

Vespasiano, cuando sus obligaciones se lo permitían, no perdía la ocasión de visitar las obras. Y siempre se entrometía en todo aquello que no veía claro.

—No es nada personal contra ti, Calícrates —comentó Druso—. Vespasiano dirige Roma como si fuera su propia casa. Y el anfiteatro, ahora, es su mayor obsesión.

El ingeniero intentaba explicarle siempre las peculiaridades de la vida romana, consciente de que un *peregrinus*, un extranjero, podía tener ciertas dificultades para entender el modo de proceder de un ciudadano romano.

Todo el óvalo exterior a la arena parecía, en este momento, un bosque de pilares. Con las dos estructuras ya consolidadas —la radial y la anular—, el travertino se apilaba de manera muy precisa hasta los últimos sesenta y dos pies previos a la arena. Desde allí hasta el interior, los pilares hechos de ladrillo con núcleo de hormigón destacaban claramente por su tonalidad y falta de elegancia.

Ese bosque se elevaba hasta los casi cuarenta y cinco pies en los anillos con la base de travertino. En cambio, donde los pilares eran de ladrillo apenas llegaban a la mitad.

La estructura más alta empezaba a estar rematada por un sinfín de arcos de medio punto. Las cimbras, todas de madera, sostenían las dovelas hasta la colocación de la clave. Algunas de estas estructuras de madera se apoyaban en el suelo, otras lo hacían sobre las impostas en la base de los arcos.

Vespasiano, en ese momento, observaba a un maestro de la piedra colocando una de las claves.

—¿Cómo es que la clave no es curva? ¿Cómo logras que la estructura sea circular?

—Para ser precisos, la planta del anfiteatro es poligonal, no es exactamente un círculo. La cadencia es cada dos arcos rectos, el tercero tiene forma trapezoidal en su intradós; de esta forma los cuatro sectores adquieren esa curva tan amplia de manera rápida y efectiva.

Calícrates no se amilanaba a la hora de usar tecnicismos, aunque Vespasiano no los entendiera. Al fin y al cabo, era él quien preguntaba.

El Princeps asintió de forma silenciosa. Miró a un lado y a otro. Los arcos unían los pilares de forma anular, pero también radialmente, con lo que la proliferación de esas estructuras curvas se multiplicaba hasta casi donde alcanzaba la vista.

—Veo que aquí la estética de los pilares deja mucho que desear —Vespasiano señaló dos pilares en concreto.

Contando desde el exterior hasta la arena, siete eran los pilares de travertino situados de forma radial. Los que mencionaba el Princeps eran los situados en cuarto y quinto lugar.

—Desde el tercer pilar hasta el sexto van los pasillos de acceso al primer graderío y las cajas de escaleras para los pisos superiores; unos muros de ladrillo unirán estos pilares. Es un labrado que quedará oculto a la vista, y por tanto no es necesario un trabajo de embellecimiento.

Vespasiano asintió de nuevo.

—Enséñame la zona asignada a los senadores.

Como era habitual en los teatros y demás edificios destinados a celebraciones lúdicas, las distintas zonas de la cávea estarían distribuidas en función de las clases sociales romanas. La parte más próxima a la arena —la de mejor visión— estaría destinada a la clase senatorial, la flor y nata de Roma. A continuación, más arriba, los aristócratas —gente noble pero sin llegar a pertenecer a la Curia— disfrutarían también de una espléndida visión. Seguidamente, y siempre ascendiendo, la ciudadanía media; plebeyos ricos y comerciantes, sobre todo. Después estaba la zona de la gente más pobre, en la parte más alta y por tanto de acceso más lento. Finalmente, en el ático se ubicarían las mujeres de las familias más humildes y los esclavos.

Vespasiano, Druso, Calícrates y dos escoltas del Princeps —que no se separaban de él ni un solo instante— avanzaron hasta llegar a la misma arena.

—Aquí irán cinco hileras de asientos destinadas a los senadores —señalaba justo encima de los pilares y muretes de ladrillo y toba más próximos a la arena—. Debajo de ellos, hemos previsto instalar unas letrinas,

de modo que tengan todas las comodidades posibles. También instalaremos fuentes por todo el anfiteatro.

Vespasiano se mostraba serio. Satisfecho, pero serio.

—¿Cuántos de cada clase social van a caber?

—En el primer anillo, el más cercano, hemos calculado un espacio para unas seis mil personas, entre senadores y sus familias. En la zona destinada a los nobles van a caber unas doce mil. Luego viene la línea con cabida para veinte mil ciudadanos libres. Y en el espacio para la gente con menos recursos cabrán unas doce mil personas más.

—¿Cincuenta mil? ¿He sumado bien?

Calícrates le confirmó la cifra.

—Dijiste que podrían ser casi setenta mil —pareció recriminarle Vespasiano.

—Los cálculos de cincuenta mil espectadores están basados en otorgar algo más de dos pies por ocupante. Si la gente se aprieta un poco más, podríamos superar los sesenta mil.

Vespasiano se entretuvo unos instantes, calculando.

—Cincuenta mil serán suficientes, tienes razón. No quiero que maldigan mi nombre por estar demasiado apretados. Esto acabaría siendo un contrasentido… Una última cuestión…

Con el índice señaló hacia el exterior, y los cinco se dirigieron con pasos enérgicos hacia allí.

En aquella zona, las grúas estaban ancladas en puntos muy cercanos a la mampostería; los estayes contrarrestaban el esfuerzo, amarrados como estaban a unos anclajes varias decenas de metros más allá.

Con cuidado para no quedar debajo de una de las enormes grúas —los trabajos no se interrumpían por la presencia del Princeps, ni mucho menos—. Vespasiano señaló la incipiente fachada del anfiteatro, que por supuesto ocuparía todo el perímetro. Apenas había allí una hilera de arcos que trazaban aquel gigantesco óvalo.

—No me gusta el labrado, es muy tosco.

En la parte exterior, el trabajo en la piedra era idéntico al resto de arcos internos.

—Eso lo dejaremos para el final —contestó Calícrates un tanto molesto —. El grosor aquí es ligeramente superior al resto de bloques usados en la parte interior. Unos especialistas desbastarán la mampostería hasta darle la máxima belleza. El travertino lucirá mejor que el mármol.

—Entiendo. Así se evita que un golpe o un accidente estropee toda esa belleza antes de tiempo.

«Sí —pensó Calícrates—, exactamente eso».

—¡Qué pesado! —exclamó Druso cuando el Princeps hubo abandonado el recinto de las obras.

—Lo cierto es que empezaba a perder la paciencia.

Justo en aquel momento, tres capataces se acercaron a ellos.

—Hay un centenar de esclavos enfermos y casi una docena de operarios y maestros en idéntica situación —dijo uno de ellos.

En los barracones donde dormían y comían los esclavos, siempre había hombres enfermos o heridos. Entre una multitud de siete mil trabajadores, un par de centenares sin poder trabajar era una cifra habitual y no muy alta, en comparación con otras obras.

Pero el capataz se explicó mejor.

—Aparte de las cifras habituales, esos han caído hoy. De golpe.

Una epidemia era algo también habitual entre multitudes apiñadas en poco espacio. Las enfermedades se transmitían mejor cuando los hombres estaban hacinados.

Aquellas fueron, sin embargo, las cifras del primer día.

Al tercero, más de mil quinientos hombres enfermos llenaban los barracones.

⁎ ⁎ ⁎

—Es una plaga de la enfermedad del pantano —dijo uno de los sanadores a Calícrates, mientras le administraba un jarabe a base de tomillo—. El mejor remedio son las purgas, las sangrías y provocar el vómito. Después, con el estómago vacío, estos jarabes son muy útiles para impedir que la enfermedad se vuelva mortal.

También el arquitecto había sucumbido a la enfermedad, como muchos de los técnicos de la obra del anfiteatro.

Ahora, acostado en un camastro en el barracón de los esclavos —junto a todos los enfermos—, contemplaba aquel primer piso del anfiteatro como si solo fuera un espectador lejano. La fiebre era alta y tenía los sentidos embotados. Tenía la sensación de que un ser interior se hubiera adueñado de su esencia y la estrujase a su voluntad.

Miró a su alrededor. Los camastros estaban llenos. Los enfermos se movían poco, y los lamentos no dejaban de oírse. Era como si los hombres quisieran compensar la falta de movimiento con aquellos quejidos. Esclavos y

hombres libres. Romanos y *peregrinus*. Oficiales y operarios simples. Ahí no había distinciones posibles, y ante la enfermedad, todos eran iguales. Los dioses no tenían en cuenta ni rangos, ni oficios, ni orígenes.

Para impedir la propagación de la epidemia, no se dejó salir a nadie más allá de la empalizada que delimitaba la obra. Los que trabajaban dentro —incluso sin estar enfermos— continuaban con sus labores, y dormían y comían en otro barracón.

Los rumores casi eran peores que los propios efectos de la enfermedad. Algunos enfermos comentaban que la mayoría de ciudadanos de Roma había fallecido, y que la urbe se había convertido en una ciudad fantasma, llena de muertos. Otros decían que la enfermedad no había ido más allá del recinto, y que la empalizada había impedido la propagación de la epidemia.

Calícrates empezó a sufrir por su familia. ¿Estarían bien? ¿Se habrían contagiado? Su relación con Damaris no había mejorado en absoluto, a pesar de aquellos encuentros esporádicos en el peristilo de los Sura.

Pero su principal preocupación era por las niñas. El aislamiento forzoso le impedía tanto recibir noticias como mandarlas.

Al menos, desde el barracón tenía una buena perspectiva de lo que sucedía con el anfiteatro. Las obras apenas avanzaban. Los cuatro grupos de los respectivos sectores se habían visto diezmados por la enfermedad. Uno de ellos apenas contaba con una docena de hombres. Cada equipo, en condiciones normales, contaba con un núcleo básico de ciento cincuenta operarios que trabajaban directamente en la construcción de la obra. Además, cada equipo era abastecido por un número ingente de esclavos y hombres libres, que transportaban hasta donde fuera necesario el cemento, la madera, los bloques de piedra y un largo etcétera.

El quinto equipo que servía para contingencias varias era el que más afectado se había visto por la fiebre del pantano. Casi había desaparecido.

—El edificio está maldito —dijo uno de los tipos echado al lado de su camastro. Era un esclavo, que poco tenía que perder excepto una vida, ahora en manos de los dioses—. Todos vamos a morir.

Unos postes clavados en el suelo sostenían los toldos que los protegían de manera mísera del sol y la lluvia. Aquel barracón contenía una hilera interminable de camastros, ahora abarrotados de gente enferma. La suciedad se imponía por doquier. Apenas quedaban hombres que se encargasen de los enfermos, y menos aún de limpiar los barracones infectados.

—¿Por qué dices que está maldito? —preguntó el arquitecto.

—Es un edificio para matar, para asesinar. Vuestros dioses no pueden estar de acuerdo.

—¡Qué sabrás tú de los dioses! —exclamó un hombre libre, el del camastro situado a los pies de Calícrates—. No eres más que un esclavo; no sabes ni pensar siquiera.

—Tal vez un esclavo piense distinto de un hombre libre. Jamás he disfrutado de ese estado, de modo que no puedo saberlo —comentó el aludido —. Pero construir un edificio tan alto no puede ser del agrado de ningún dios. En una ocasión, en Oriente, al principio de los tiempos, un dios castigó a los hombres por construir un edificio tan alto como este. Los mató a todos. ¿Por qué creéis que ahora va a ser distinto?

—¿Acaso eres cristiano? —le preguntó el hombre libre.

—Solo soy un esclavo —respondió, agachando la cabeza y quedándose en silencio. Desde la época de Nerón, los cristianos no estaban bien vistos. Según aquel loco Princeps, ellos habían sido los culpables del incendio que casi asoló a toda Roma. Y aunque muchos no habían creído a Nerón, otros tantos habían alimentado un odio absoluto hacia los cristianos.

«Un edificio maldito», pensó Calícrates. Naturalmente, era consciente de la función principal y última del anfiteatro: luchas, ajusticiamientos y diversión para el público romano. Habría muchas muertes en la arena. Pero el arquitecto contemplaba el edificio desde su vertiente arquitectónica. Le ocurría lo mismo con las basílicas: allí se juzgaba a los hombres, se los sentenciaba a muerte, pero eran edificios maravillosos llenos de formas muy hermosas.

Tampoco había hablado con Druso desde el día en que cayó enfermo. Le había visto alguna vez, desde lejos, deambulando entre los arcos, pero por supuesto el ingeniero no se había acercado a los barracones de enfermos. Por lo que podía ver, Druso no había sucumbido a la enfermedad. Al menos, él podría encargarse de continuar aquello que los hombres disponibles fueran capaces de realizar.

El paso de los días, la falta de noticias sobre su familia y las muertes de sus compañeros de camastro lo debilitaron tanto como propia enfermedad.

Catorce jornadas después de contraer la enfermedad, se dio cuenta de que apenas entraban nuevos enfermos en los barracones, como si la epidemia se hubiera detenido de golpe. Algunos, muy pocos, se habían recuperado totalmente y se reincorporaron a los trabajos, previa confirmación por parte de los sanadores.

Otros, la mayoría, eran retirados tras haber fallecido.

Quedaba bien claro que esa era la disyuntiva: o muerte o restablecimiento.

Calícrates no estaba muy convencido de que el tratamiento de los sanadores fuera eficaz. Aun sin ser un hombre de fe, sí que creía que los dioses podían hacer mucho más por mejorar la salud y salvar la vida de los hombres que aquellos sangrados, vómitos y jarabes. A pesar de ser un hombre de ciencia, no confiaba en aquellos que ejercían la medicina.

Fue una tarde, después de comer y de dormir una larga siesta, que advirtió en sí mismo una clara mejoría. Aquella sensación de embotamiento había menguado y ya no tenía la misma fuerza de los primeros días. Tampoco el trayecto hasta las letrinas se convertía en un esfuerzo titánico que le dejaba agotado y sin resuello.

Y por fin, al decimosexto día, los sanadores le confirmaron su total restablecimiento.

Abandonó el barracón sintiéndose sucio. Necesitaba darse un baño y cambiarse de ropa, y sobre todo tener noticias de Damaris y sus hijas. Pasó muy cerca de los anclajes que sujetaban los estayes de las grúas, pero no se detuvo en las obras.

A pesar de estar relativamente cerca de la residencia Sura, le pareció que el trayecto duraba una eternidad. Roma, a simple vista, no parecía sufrir en exceso por la epidemia que había asolado a los trabajadores del anfiteatro. Las calles, al menos, seguían tan llenas como era habitual.

Apenas cruzó un saludo con el esclavo de la puerta de la *domus* de Lucio. Entró como una exhalación y se dirigió a las escaleras del piso superior.

Moira, una de las pocas esclavas a la que conocía bien —una mujer de mediana edad, de rubios cabellos y ojos muy claros— lo detuvo en el peristilo.

—Las niñas siguen enfermas. Mejor que no entres; los sanadores lo han prohibido.

—¿Y Damaris? ¿Dónde está?

Moira se mojó los labios y parpadeó de manera nerviosa.

—¡Habla! —le gritó el arquitecto.

—Murió… hace tres días.

El mundo de Calícrates se derrumbó. De pronto, se sintió mucho peor que en el momento álgido de la enfermedad. La casa, las paredes, todo comenzó a dar vueltas a su alrededor, como si un travieso terremoto agitase el mundo de forma alocada.

Sintió que la oscuridad lo envolvía.

Cuando volvió a abrir los ojos, Moira estaba a su lado.

—Damaris… —fue lo único que pudo articular.

La voz de la esclava, intentando calmarlo, sonaba como un eco lejano, apenas audible pero presente.

—¿Ha…? ¿Ha sufrido mucho? —Necesitaba saber más sobre el final de su esposa, pero apenas era capaz de hablar.

—El embarazo la debilitó demasiado, y los primeros síntomas acabaron con sus fuerzas.

—¿Embarazada? ¡¿Estaba embarazada?!

El rostro de Moira se volvió pálido como el de los muchos cadáveres que últimamente había visto Calícrates.

—¡Por qué no me lo dijo! —gritó mirando a lo alto, hacia aquellas estrellas que ahora se mantenían ocultas tras el sol diurno—. ¿Por qué no me dijo nada…? —repitió en un tono más bajo, mirando al suelo, derrotado.

—Creí… Creí que lo sabías…

Calícrates negó con la cabeza.

—Estaba solo con tres faltas, su barriga apenas lo demostraba —susurró la esclava.

—Deberías habérmelo dicho… —No hablaba con Moira, eso quedaba claro. Su voz quería llegar más allá, allí donde fuera que estuviera Damaris en ese momento.

—Debes calmarte. Has adelgazado mucho y aún estás débil. Necesitarás todas tus fuerzas cuando Medea e Ione se pongan bien. Ahora te debes a ellas. Te necesitan, Calícrates… Medea e Ione te necesitan…

Al oír el nombre de sus hijas el heleno volvió poco a poco a la realidad.

—Los sanadores… ¿Han dicho los sanadores que se recuperarán? —balbuceó mirando fijamente a Moira.

—Están en la fase final de la enfermedad. Todo hace pensar que la superarán sin ningún problema.

—¿Puedo verlas? Necesito verlas…

—Mañana, tal vez. Primero deben superarla totalmente, y tú debes recuperarte. Podrías volver a contagiarte.

Moira lo acompañó a la cocina, y Calícrates comió sin hambre y bebió con mucha sed. Después se aseó en una pequeña estancia, ayudado por dos esclavos. El lugar habitual para la higiene eran las múltiples termas que había por toda Roma, pero con la epidemia muchas de ellas estaban cerradas para impedir una mayor propagación. Los romanos, o se aseaban en sus domicilios —si eran de clase alta, tenían espacio y podían permitírselo—, o iban sucios.

También se afeitó, y otro esclavo le cortó el pelo.

Después se sintió mucho mejor. El aseo pareció reactivarlo.

Aquella misma tarde, Lucio regresó a su residencia poco antes del anochecer.

Ambos se encontraron en el peristilo de la *domus*, aquel espacio rectangular, rodeado de columnas y con dos fuentes en el centro, además de plantas y otros adornos. Había allí dos bancos de mármol, frente a frente, que se utilizaban para disfrutar de la paz de aquel lugar íntimo de toda *domus* que se preciara. Un lugar que Calícrates conocía bien, y que ahora llenaba su tristeza de dulces y dolorosos recuerdos.

—Veo que te has recuperado del todo —le dijo Lucio, sentándose en uno de los bancos, junto a Calícrates.

—Uno nunca se recupera de algo así… —su voz sonaba fúnebre, triste, de otro mundo.

—Lamento lo de tu esposa, Calícrates —Lucio parecía ser sincero en sus palabras—. No te preocupes por tus hijas. Les asignaré a Moira y a dos esclavas más para que cuiden de ellas. Estarán bien.

—Mis hijas no necesitan el cuidado de esclavas. Es a su padre a quien necesitan. A su padre y a su familia.

—Deberás encontrar más tiempo para ellas…

—Me voy de Roma, Lucio. Para siempre. Regreso con los míos a Atenas.

La contundencia de sus palabras dejó en Lucio la sensación de que ni el mismo Vespasiano sería capaz de hacerle cambiar de opinión.

Capítulo XXIV

JULIA BERENICE

La primera dama

Roma, verano del año 74 d. C.

Era el momento del triunfo.

Tras largos meses de gestiones y un buen desembolso de oro, era tiempo de recoger los frutos del éxito.

El décimo día antes de las calendas de septiembre se celebraba la festividad dedicada al dios Vulcano, la Vulcanalia. El dios del fuego era temido por las gentes de Roma durante todo el año, pero sobre todo en el mes de agosto. El grano acumulado, la escasez de lluvias y el calor ofrecían una fatal combinación, y solo la protección de Vulcano era capaz de mantener alejado al fuego. Sacrificios y ritos religiosos buscaban contentar a la divinidad.

Era fiesta en Roma, y Julia Berenice lo aprovechó para entrar en la ciudad como lo haría un Princeps victorioso.

Con Tito al frente —lo había convencido de que fuera a recibirla a Ostia — y un grupo de pretorianos como guardianes, la escolta, cargamento y sirvientes de la princesa judía formaban una procesión que se alargaba algo más de medio estadio. El palanquín en el que viajaba iba con los cortinajes abiertos, con la clara intención de que todo el mundo viera a su ocupante.

Una sonrisa permanente y sus mejores galas se convirtieron en su mejor presentación. Además, todos los sirvientes vestían a la moda judía, no a la romana, y ello distinguía a la comitiva de una forma clara.

El principal obstáculo que impedía su relación con Tito había desaparecido. El senador Cayo Licinio Marciano había muerto en fechas recientes. Tras siete intentos de asesinato, el octavo fue el definitivo. Aquel hombre, representante de la tradición romana más rancia, estaba en contra de la unión de patricios romanos con gentes de provincias. Según él, ello daría

como resultado una generación de mestizos, y por lo tanto racialmente inferiores a los descendientes de patricios romanos más puros.

En opinión de Julia, las ideas de Cayo Licinio Marciano eran las de un idiota. El mismo Augusto había promocionado a multitud de aristócratas provinciales con la clara intención de renovar la sangre del Senado, corrupta y excesivamente endogámica y anclada en el pasado. La muerte del anciano senador había eliminado al principal defensor de esas tendencias tan conservadoras. Ahora, aunque aún quedaban algunos que defendían esas ideas, nadie se atrevería a levantar la voz en contra de la relación del hijo del Princeps con una aristócrata judía.

El día era caluroso en extremo, pero, a media mañana, las calles de Roma estaban abarrotadas. Como era de esperar. El paso que abría la Guardia Pretoriana creaba la expectación que Julia deseaba.

⁎ ⁎ ⁎

—¿Y por qué hemos de vivir aquí, como simples ciudadanos?

El enojo de Julia hacía referencia a la *domus* donde vivía Tito. Una casa enorme, de las más grandes de toda Roma, pero lejos de la ampulosidad de la zona palatina o de la Domus Aurea.

—Ordenes de mi padre —contestó Tito escuetamente.

—¡Órdenes de tu padre! ¡Vaya una tontería!

—Opina que debemos alejarnos de las locuras de Nerón, y que el pueblo debe vernos vivir con la misma sencillez que el resto de ciudadanos. Además, yo solo soy el cónsul y el prefecto de la Guardia Pretoriana. Residir en un lugar como este es más acorde con mis cargos.

Julia intentó calmarse. De nada serviría un enfrentamiento con Tito. Era cuestión de tirar los dados en el momento oportuno, cuando tuviera la seguridad de ganar.

—La zona del Palatino —prosiguió Tito— está siendo remodelada a conciencia. Se está construyendo un palacio para las funciones públicas del gobierno, pero solo para eso. Mi padre sigue residiendo en su *domus* de siempre, y lleva a cabo la mayor parte de su acción gubernativa en los Jardines de Salustio.

Berenice se acercó hasta quedar a apenas unos centímetros de Tito. Desde aquella posición le habló casi en un susurro.

—Aquí, al menos, tendremos más intimidad para nuestras cosas… Y cuando tú seas el Princeps, podrás vivir como corresponde a tu cargo, no como un soldado sujeto a la correa de su general.

Julia arrastraba consigo un verdadero ejército de sirvientes, además de un nutrido grupo de personas libres entre guardianes y cortesanos judíos —estos últimos, apenas media docena—. Instalarlos a todos dejó la residencia de Tito algo pequeña; como medida provisional, se alquiló un almacén cercano donde dormirían algunos de los esclavos.

Una vez instalada, Julia quiso ofrecer un banquete a la alta aristocracia romana. A pesar de que Tito intentó sacarle esa idea de la cabeza, al final consiguió que «solo» seis fueran las familias invitadas.

Una preciosa tarde estival que convidaba a lucir al máximo el suntuoso peristilo de la *domus*; un triclinio de verano presidía la zona de recreo más íntima de la casa romana. De hecho, era un triclinio abierto al jardín. Frente a la estancia, una fuente de base semicircular se convertía en el punto de mira de la zona ajardinada. Cuatro árboles —dos olivos y dos manzanos— ejercían un agradable contraste con las columnas que envolvían aquel espacio rectangular. Cuatro bancos de mármol bellamente labrados invitaban a la contemplación y al relax. Distintos tipos de plantas, flores y setos se esparcían y llenaban de elegancia la parte trasera de la casa.

Los *kline* estaban tapizados con una brillante y preciosa tela azul celeste, con cojines amarillos, uno para cada comensal. Las paredes contenían dos escenas policromadas: Teseo liberando a los jóvenes atenienses del Minotauro, por un lado, y una ménade y un sátiro danzando de manera desenfrenada por el otro. La pared del fondo estaba decorada con motivos arquitectónicos; columnas y cortinajes que daban una sensación de amplitud a los comensales.

Julia mandó colocar un centenar de lucernas y lámparas. A pesar de que la cena empezaba cuando el sol aún estaba alto, la previsión era que se acabara bien entrada la noche. Además, quiso oscurecer los pasillos internos del peristilo para dar mayor luz y realce a la zona donde estarían los invitados.

Junto a los árboles, ocho sirvientes deleitarían a los comensales con una agradable música de fondo; flautas, panderetas y liras llenarían los incómodos silencios iniciales.

Las seis familias invitadas eran las más selectas y distinguidas de la aristocracia romana. Mario Acilio Aviola, con su esposa e hija, fue el representante de los Acilios. Había sido cónsul en el año 54, y actualmente ostentaba el cargo de *curator aquarum*. Mario Casio Querea, con sus dos hijos, era originario de la *gens* Casia, familia patricia pero que acabó mezclada con la plebeya. Gayo Auficio Baso y su esposa acudieron como los aristócratas más destacados de los Aufidios. Lucio Cornelio Félix, con su

esposa y cuatro hijos, era descendiente de la *gens* Cornelia, pura historia de Roma. Finalmente, el representante de la *gens* Julia: Sexto Julio Frontino, pretor en el año 70 y uno de los más firmes candidatos a ejercer un próximo consulado.

Una a una, las familias fueron llegando. Naturalmente la de más prestigio lo hizo en último lugar. El *nomenclator* anunció la entrada de los Julios con toda la pompa de que fue capaz, y un aplauso de todos los invitados acompañó a los recién llegados hasta sus *kline*.

Tito y Julia los esperaban de pie y los recibieron, llenándolos de amabilidades y frases vacías.

Fue idea de Julia mezclar a la gente por los distintos divanes. Quería separar a las familias, de modo que hombres y mujeres pudieran hablar entre sí. Esto último era una moda traída de Oriente.

Ella se echó junto a Sexto Julio Frontio y Marco Acilio Aviola, en el centro de toda la fiesta. Tito, en cambio, quedó a la derecha de la entrada, junto a las esposas de Sexto y de Marco.

Un grupo de esclavos comenzó a lavar las manos a los invitados; el agua perfumada con pétalos de rosas impregnó todo el ambiente de un aroma delicioso.

Antes de comenzar a servir la comida, un toque de cultura. Un esclavo muy bien vestido y con el pelo y la barba canosos, pero muy bien recortados, comenzó a recitar unos versos en latín y en griego. En el idioma de los romanos, a Lucano; con unos versos de *La Farsalia*, la guerra civil que enfrentó a César y Pompeyo. En griego, unos versos de Apolonio y sus famosas *Argonáuticas*; un esbozo de mitología griega.

Tras esta breve intervención y los merecidos aplausos, los sirvientes comenzaron a traer unas bandejas que contenían unos humeantes conos algo panzudos.

—¡Ubres de cerda con erizos de mar! —exclamó la esposa de Marco Acilio, una mujer algo pasada de peso, ante uno de los platos más de moda en la ciudad que gobernaba el mundo civilizado.

Julia sabía bien que hablar de política durante la cena era algo inconveniente. Además de ser casi algo blasfemo, tenía a su alrededor a los distintos partidarios de las diversas voces en el Senado, por lo que tomar partido por una opinión u otra era un problema grave. Ella, sin embargo, como hábil cortesana que era, hallaría el modo de conducir la conversación hacia su terreno.

—¡Delicioso! —exclamó Marco tras el primer bocado de las ubres de cerda.

Sexto era el más joven de los tres, con apenas treinta años y acumulando una gran carrera militar y política. Marco, en cambio, era el mayor. Tenía más de sesenta años, y estaba claro que había asistido a numerosos banquetes; su abultada panza era una buena muestra de ello.

—Están cocinados con el agua que traen tus acueductos —dijo Julia en tono muy informal y próximo.

Sexto no pudo evitar soltar una carcajada, mientras Marco sonreía de manera franca.

—¡Qué más quisiera él, que fueran sus acueductos! —exclamó Sexto.

—Soy extranjera y llevo poco tiempo en Roma —se excusó Julia con una fingida inocencia—, pero creí que eras el *curator aquarum*.

Aquel cargo tenía como finalidad el abastecimiento de agua a la ciudad y, por tanto, la gestión del mantenimiento y construcción de los acueductos. Un alto cargo estatal con más de setecientos esclavos a sus órdenes, y con un presupuesto anual sufragado íntegramente por la cancillería del Princeps. Una responsabilidad grande solo confiada a un hombre con una probada experiencia y capacidad.

—Sí, soy el *curator aquarum*, pero los acueductos no son míos —afirmó Marco con delicadeza.

—Un hombre con semejante responsabilidad ha de ser alguien especial. Alguien poderoso… —Quedaba claro cuál era el objetivo de Julia.

—Eso decían cuando era más joven —replicó el patricio, esbozando una sonrisa irónica.

«Parece un hombre difícil de engatusar —pensó Julia—. Tendré que probar otras argucias».

De manera muy natural, se dirigió a Sexto.

—¿Qué opina del binomio poder y juventud un hombre joven como tú, Sexto?

A pesar de su edad, el joven patricio tenía cierta experiencia en esa clase de juegos sociales. Sabía que no debía mostrar sus cartas abiertamente, y su voz sonó confiada y sensata.

—Opino que el objetivo de todo hombre es buscar la felicidad de quienes le rodean.

—¡Ah! —contestó Marco—, esa es una respuesta sacada de los escritos de Séneca o de algún filósofo griego. Pero también son palabras muy propias de la juventud y la inexperiencia.

—¿Qué mal puede haber en buscar la felicidad de las personas amadas? —Julia no quería quedar al margen de aquella discusión, ni que el tema se fuera por otros derroteros que no fueran los elegidos por ella.

Naturalmente, Marco reaccionó vivamente.

—Cuando se dice que se busca la felicidad de los otros, en realidad se busca que, a la larga o a la corta, esos otros te devuelvan la felicidad otorgada. Los favores o regalos son un método muy habitual en las sociedades civilizadas. También el clientelismo, o el sexo, son canales habituales de devolución.

—¿Y qué más da la devolución de favores si uno hace feliz al prójimo? —replicó Sexto—. ¿Acaso no hacemos sacrificios buscando el favor de los dioses? Los dioses no nos juzgan en función de los motivos, sino de los hechos.

Julia estaba atenta a cualquier oportunidad:

—Según tus palabras, Sexto, ¿sería honroso que Marco se aprovechara de su posición buscando una ventaja que fuera más allá del propio cargo?

—Si su cometido es el correcto y las funciones que demandan su cargo están cumplimentadas del modo correcto, incluso me parecería aconsejable hacerlo.

Marco no dijo nada. Se limitó a asentir ante cada una de las palabras del representante de los julios.

Era el momento de avanzar más allá, un pasito más.

—Pongamos un ejemplo, pues —dijo Julia—. El cargo de Marco, *curator aquarum*, tiene como principal objetivo el suministro de agua a la ciudad. Para asegurar ese suministro, dispone de un presupuesto adecuado a lo estimado… —ambos hombres asintieron sin decir nada—. Ahora supongamos que Marco es un hombre realmente brillante, y no digo que no lo sea —le hizo un guiño de complicidad—. Un hombre brillante que es capaz de conseguir lo mismo con la mitad de ese presupuesto. ¿Qué sería más lícito? ¿Devolver ese excedente de sestercios al erario del Princeps? ¿O quedárselo para él?

Ambos hombres fueron a responder a la vez, pero fue Sexto —por la mayor jerarquía de su estirpe— quien acabó exponiendo sus razones.

—La felicidad del Princeps, y de todo el pueblo de Roma, radica en que cada cual sepa cumplir sus funciones para beneficio de toda la ciudadanía. Con asegurar el suministro de agua de manera regular, Marco ya conseguiría ese objetivo y, por tanto, daría felicidad al resto de sus conciudadanos.

—Al mismo tiempo —continuó Marco—, ese excedente de sestercios podría ayudar a mejorar la gestión. Y si consigo que, con menos sestercios, fluya de manera correcta el agua a la ciudad, demostraré una brillantez que merecería ser recompensada. Sin duda, el hecho de poder recibir un premio por su brillantez estimula la creatividad de los hombres. Con ello es toda la ciudadanía quien gana. Y Roma es la que se hace más grande y poderosa.

—Es así como hemos hecho de Roma la nación que gobierna el mundo —concluyó Sexto—. Y esa es la explicación de que su civilización y cultura se impongan sobre cualquier otra forma de civilización.

«Sí, y el empleo de las armas y las legiones no tiene nada que ver», pensó Julia con ironía. Pero no era el momento de la ironía. La conversación había llegado a un punto óptimo; la ocasión de poner la guinda.

—¿Y si fuera el caso de que se recorta el dispendio solo para enriquecerse y se descuida la labor que uno tiene asignada?

Sexto respondió de manera rápida.

—Juicio, sentencia y ejecución. Así funcionan las leyes de Roma para quienes no son capaces de ser buenos gestores.

—¿Aunque fuera… el propio Princeps? —preguntó Julia con una media sonrisa en los labios.

—Rotundamente sí —respondió nuevamente Sexto.

La rotundidad del miembro de la *gens* Julia era un claro recuerdo a la pésima gestión de ciertos miembros de su propia estirpe; Calígula y Nerón, sobre todo. Una rotundidad que mostraba la intención de alejarse de aquellos hombres infames.

Por el silencio de Marco y cierta inquietud en los movimientos de sus manos y boca, Julia se dio cuenta de que al veterano patricio le incomodaba aquella parte de la conversación.

—Por tanto, Marco —el aludido casi se sobresaltó al escuchar su nombre —, la buena gestión de los recursos de Roma es el principal objetivo de todo ciudadano romano.

—En efecto… —Sabía que detrás de aquella aseveración habría algo más, y estaba esperando qué era.

—¿Y cómo aceptáis sin más la construcción de ese gigantesco teatro? En la conquista de Jerusalén, y en el expolio de su tesoro, participó una buena parte de la ciudadanía romana —Julia miró a Tito. Sin duda era a quien ella estaba aludiendo ahora, pero estaba totalmente absorto conversando con sus compañeras de cena—. ¿No hubiera sido más lógico que el Senado se

impusiera a Vespasiano y buscara algo… no tan propagandístico? ¿Algo más acorde con la tradición romana más pura?

Por unos instantes, ni Sexto ni Marco dijeron nada. Julia había planteado una cuestión que acarreaba no pocos disgustos al conjunto de senadores y patricios.

Fue Sexto quien respondió.

—La construcción del anfiteatro viene a cubrir una necesidad de Roma. Las luchas han tenido un carácter ancestral que…

—¡No excuses a tu Princeps, Sexto! —atajó Julia—. Hasta los *peregrinus* saben cuál es la finalidad de que quiera construir ese anfiteatro. Y quién recogerá los principales frutos del tesoro expoliado a mi pueblo. Y, sí, la ciudadanía recibirá un buen beneficio, pero todos sabemos para qué servirá realmente.

Sexto levantó el mentón queriendo mostrar cierto orgullo. Marco, sin embargo, parecía querer esconderse bajo su espesa papada.

—La casa del hijo del Princeps no es el mejor lugar para abordar este tema —dijo Julia, como si estuviera leyendo el pensamiento de ambos senadores—. Lo sé. Lo tengo claro. Como también tengo claro que el valor y el honor de la ciudadanía romana no quedarán ensombrecidos por la cobardía o el temor.

La celada estaba tendida, pero, una vez más, Sexto demostró ser un hombre astuto.

—Es la misma idea que he planteado antes —dijo Sexto—. Felicidad y devolución de favores; poco importan los motivos, mientras los hechos queden claros. No queda la menor duda de que Vespasiano será quien recogerá los mayores frutos de la conquista de la provincia de Judea. —A Julia le molestaba mucho la nueva disposición política de su querido Reino de Israel—. Pero también el pueblo de Roma gozará de la buena gestión de esa conquista.

—Sí, pero te desvías de la cuestión principal, Sexto —era el momento de llegar hasta el fondo—. Lo que se destina a la construcción de ese diabólico edificio es casi la totalidad del tesoro de un reino más antiguo que la propia Roma. Alguien se está enriqueciendo a costa del trabajo de toda la ciudadanía y, también, a costa del propio Princeps… —Julia alzó su copa, un gesto que, de hecho, le sirvió para detener la réplica del patricio—. Sí, Sexto, ahora alegarás que, si ese… anfiteatro —la nueva palabra se le atragantaba— se construye y cumple su función, el coste apenas tendrá importancia.

Sexto afirmó con la cabeza apretando con fuerza los labios.

—Pero, y si además hubiera sestercios para construir otro edificio que no se está construyendo. Un edificio más acorde a las necesidades de la ciudadanía romana y a las costumbres más ancestrales de tu pueblo. Entonces, y solo entonces, no hay ningún argumento que pueda convencerme de que ahora se está robando al pueblo de Roma.

Marco frunció el ceño y las arrugas de su frente cogieron mayor relieve. Julia observó cómo ambos hombres se miraron brevemente, aunque guardaron silencio.

* * *

Tres días después de aquella conversación, Julia accedía al recinto donde se estaba construyendo el anfiteatro. Lo hizo junto a Tito, en calidad de compañera —casi esposa— del hijo y heredero del actual Princeps de Roma.

Tras las felicitaciones sinceras de los invitados a la cena, se convenció de que el conocimiento de la sociedad romana y sus costumbres era básico para integrarse en Roma. Integrarse con un único objetivo: el de tejer sus hilos en las tareas gubernamentales y acabar recogiendo los frutos de esa labor.

La conversación con Marco y Sexto había derivado en otros senderos más simples. Julia notó que ambos hombres se sentían cada vez más incómodos, y la princesa judía demostró ser una perfecta anfitriona. Buscó temas más cómodos y adecuados para el ego masculino romano.

Eso había sido tres días antes.

Ahora estaban frente a aquella obra que había de revertir políticamente en beneficio de Vespasiano.

El recinto donde se construía el anfiteatro los recibió de forma calurosa. Era la primera vez que Julia traspasaba aquella empalizada. Había visto, desde lejos, aquella muralla de madera que escondía la obra con la que Vespasiano pretendía ganarse a la plebe de Roma y al mundo entero.

El magnífico edificio, sin embargo, ya superaba la altura de la cerca. A poca distancia del recinto podían observarse ya perfectamente los semicírculos de los arcos, y cómo una multitud de operarios rellenaban con *opus caementicium* la parte superior del edificio. Una espesa maraña de estructuras de madera —entre andamios y grúas— impedía ver con nitidez el detalle de los bloques de travertino.

En cuanto cruzaron el recinto vallado, un grupo de cuatro hombres salió a recibirlos. Hombres bruscos que intentaban mostrarse amables y agradables, pero que apenas servirían como esclavos domésticos, pensó Julia.

Tito, como actual cónsul de Roma, era tratado del mismo modo en que tratarían a Vespasiano. Naturalmente, cuatro miembros de la Guardia Pretoriana se habían convertido en sus sombras, y los acompañaban a todas partes.

Un tal Druso, uno de los ingenieros, fue quien puso al día de las obras a los recién llegados.

—Con la epidemia, hemos sufrido un considerable retraso —explicó el romano—. Además, hemos perdido a muchos hombres, que difícilmente podremos reemplazar.

—Pero ¿podrán cumplirse los plazos? ¿Estará terminado en la fecha señalada? —preguntó Tito.

—Difícil, muy difícil.

Julia observaba la obra. Ella apenas sabía nada de arquitectura o ingeniería, y, a sus ojos, la función de todas aquellas estructuras de madera era un misterio indescifrable.

—¿Y el oro? —preguntó al ingeniero.

—¿Oro? ¿Qué oro? No os entiendo, *domina*.

Aquel ingeniero parecía estúpido.

—Un edificio que vale el precio de todo un reino debe de estar construido en oro, por lo menos. Tal vez la plata también tenga cabida.

Un estúpido, estaba segura. Por la cara que puso, no podría definirlo de otra forma. Y su contestación, evidentemente, fue la de un idiota.

—El único metal que empleamos aquí sirve para unir los sillares de travertino o de toba. Todo el anillo exterior estará finamente trabajado y…

—¡¿Será solo de piedra?! ¿Todo de piedra?

—En el interior, la cávea estará terminada con un precioso mármol veteado. Eso le dará un brillo especial. —A aquel hombre se lo veía nervioso y poco seguro de sí mismo. El brillo del sudor comenzó a llenarle el rostro.

—¡Vaya una tontería! Apenas se verá cuando la gente ocupe sus localidades. ¿De verdad que el resto será todo solo de piedra?

—Llenar de artificios el travertino sería como…, como…, —se estaba quedando sin palabras.

—¿Y dónde está Calícrates? —interrumpió Tito—. Calícrates —le explicó el hijo de Vespasiano a Julia— es quien ha ideado y diseñado todo el anfiteatro. Es un hombre genial. Él, mejor que nadie, te explicaría todos y cada uno de los detalles de la obra.

Miró a Druso, buscando una respuesta.

—Está… ausente. Ha sufrido la pérdida de su esposa y… Él mismo cayó enfermo… Tal vez…

El tipo estaba nervioso y apenas conseguía acabar las frases.

—Pero tengo entendido que se ha recuperado bien. Que está bien de salud, al menos —preguntó Tito mostrando cierta preocupación.

Julia apenas escuchaba lo que decían aquellos dos hombres. Sus pensamientos estaban más allá. Mucho más allá.

⁎ ⁎ ⁎

Aquella misma tarde, la princesa judía volvió a encontrarse con su hermano.

Además del regente del antiguo Reino de Israel, también estaban presentes unos veinte hombres más. Eran nobles judíos, pertenecientes a las familias más antiguas y distinguidas de los sucesores de Abraham.

Su hermano, Marco Julio Agripa, desempeñaba diversas funciones. Cuando estaba ante el pueblo de Roma, y en calidad de pretor, ejercía de juez y de hombre distinguido y honorable. Ante los judíos, en cambio, era visto como el rey de las tierras que Dios había otorgado al elegido pueblo de Israel, y por tanto, el rey con más derecho al gobierno bajo el mandato de Dios.

Pero no todos los judíos lo veían de la misma forma.

Desde casi ciento cuarenta años atrás, cuando los gobernantes de Israel se subordinaron a Roma y se convirtieron en verdaderas marionetas de los césares, una parte de Israel buscaba el regreso a un estado independiente. Esta facción de gentes más rebeldes ocasionó la así llamada Rebelión judía. Roma no desaprovechó la ocasión: destruyó el reino, Jerusalén y el Templo. Además, se apropió de todo el tesoro. Finalmente, convirtió al legendario Reino de Israel en una provincia más de Roma.

Todos aquellos judíos asistentes a la reunión en casa de su hermano aceptaban de buen grado la sumisión al Imperio. Habían sido favorecidos con tierras, cargos y honores. No se volverían contra quien los mantenía en el cargo, y menos aún contra el hombre que los había hecho más ricos.

Sin embargo, más allá de riquezas personales, había algo que ningún judío aceptaría jamás: el expolio de las pertenencias de un pueblo elegido por Dios para ser su elegido en la faz de la Tierra. Precisamente ese era el motivo de la reunión. Una reunión casi clandestina.

Marco estaba sentado en su trono, que se alzaba sobre una tarima tras media docena de escalones. El salón era de tamaño medio. No era tan grande como una basílica o como la Curia, pero tenía el espacio suficiente para albergar a una treintena de personas. Estaba decorado en un estilo a medio

camino entre Roma y Judea, y el resultado era una profusión de cortinajes de colores oscuros, brillos dorados de distintos objetos suntuarios y ausencia de pintura alguna en las paredes vacías.

Los hombres llevaban un buen rato discutiendo, y Julia era la única mujer. Ella sabía que aquella reunión apenas serviría de nada. Todos eran unos cobardes cuya única pretensión era mantener el estatus que ya tenían. Como máximo, aspiraban a aumentar esa riqueza, y por supuesto no harían nada que pudiera hacer que esta peligrara.

Ella era la única que haría todo cuanto fuera posible por lograr el objetivo que se había marcado. Incluso usar su propio cuerpo, si con ello podía salirse adelante.

—Tienes que hacer entender a Vespasiano que los judíos estamos en contra de que se malgaste el tesoro de nuestro Reino en semejante barbaridad. —El que hablaba con tanta falta de respeto a su hermano era uno de los más veteranos, un tipo llamado Samuel, con los cabellos totalmente blancos y largos—. Tampoco nos gustaría un templo pagano, ni una estatua dedicada a algún dios extranjero.

—Vespasiano no escuchará mis palabras, Samuel —contestó Marco—. Está obsesionado con el anfiteatro, y no va a cambiar de opinión solo porque yo se lo diga.

—Pues hay que buscar el modo de que se detengan las obras —el que habló era otro tipo más joven, Ezequiel—. De la forma que sea.

«Sí, pongámonos a rezar y que Dios lance un rayo y destroce el teatro ese», pensó Julia casi sonriendo ante esa ocurrencia.

Todos empezaron a hablar a la vez, proponiendo mil maneras de destruir el anfiteatro: un incendio provocado por la noche, una flecha incendiaria lanzada desde mucho más allá de la empalizada, sobornar a algún esclavo para que provocara alguna catástrofe.

Cuando Marco habló, todos callaron y escucharon.

—Habláis de destruir algo en lo que se ha gastado ya parte de todo el tesoro de nuestro pueblo. Un montón de ruinas no devolverá la gloria de Israel. Hay que mirar el problema con el punto de vista de Roma.

Julia vio complacida que todos guardaban silencio. Su hermano los tenía absortos.

—La intención de ese anfiteatro es mostrar la grandeza de Roma al mundo, tanto en el presente como en los siglos venideros. Ninguna cultura sabe tanto de política y de cómo sacar beneficio de la propaganda como la

romana. Lo sé porque me he criado aquí, entre ellos. Es hora de ser más listos que Roma. Hora de aprender y de sobrevivir. Hora de vencer.

Se calló un momento, para crear más expectación.

—Mi propuesta es que este anfiteatro sirva para mostrar el orgullo judío. Que todos sepan que es una obra pagada con la riqueza de nuestro pueblo. Hay que convertirla en una obra que venere a Dios por los siglos de los siglos. Que los cristianos se unan a nosotros, cada cual con su fe, pero unidos en este propósito.

Julia observaba a los asistentes. Todos aceptaban como buena la idea de su hermano. Pero ninguno de esos hombres sabía cómo poner en práctica aquellas ideas.

Ninguno de esos hombres, pero ella sí.

Y aunque la propuesta de su hermano era atractiva, ella tenía una idea mucho mejor. Una idea nacida durante la cena ofrecida a los patricios romanos, gestada en su visita a las obras del anfiteatro y confirmada ahora mismo.

Era hora de buscar corruptos, quitarlos de en medio y buscar gente más adecuada para satisfacer sus propósitos.

Capítulo XXV

CALÍCRATES

Sin rumbo

Roma, primavera del año 75 d. C.

Las primeras semanas, tras conocer la muerte de Damaris, Calícrates vagó como un alma en pena por el mundo. Apenas daba un paso correcto. Primero, dejó de acudir a las obras. Después, renunció a su trabajo como arquitecto.

La vida había sido muy severa con él. O, mejor dicho, los dioses le habían castigado de manera excesiva por sus pretensiones de perdurar en la memoria de los hombres. Tal vez los dioses de sus padres habían advertido que él aspiraba a convertirse en uno de ellos, y no quisieron admitirle en sus reinos. Y más allá de esa negativa, ahora pretendían castigarlo con aquello que más dolía a los hombres: sus seres más queridos, los más vulnerables.

Todo era debido a su codicia, a sus pretensiones de dejar inscrita su huella en la historia. A su afán de alcanzar la inmortalidad. Cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba. Solo los dioses eran inmortales. Quererse igualar a ellos había sido una falta imperdonable; una falta que Damaris había pagado con la vida, y que sus hijas estaban pagando con lágrimas.

Pero él era el culpable. El verdadero causante de todo.

Sus amplios conocimientos de arquitectura no le servirían para aplacar la furia de los dioses. Y tampoco le eran útiles para encontrar una solución, una salida.

Calícrates veía una tristeza muy profunda en las miradas de sus hijas, y sabía que no podía hacer nada por aliviarla. De igual modo, todos sus conocimientos como arquitecto eran inútiles para tratar con algo tan simple como un niño.

Sabía que, por la propia conexión de la naturaleza, las entidades naturales se atraían o se repelían en función de su proximidad a los cuatro elementos básicos: agua, tierra, fuego y aire. Igualmente, un hijo se siente más atraído por la persona que lo ha gestado, pues una parte del ser gestante ha sido

transferida a él. Después, la convivencia, el cariño o el amor pueden llegar a igualar esa atracción. Pero un padre difícilmente puede superarla jamás.

El heleno tenía claro que para las niñas la muerte de su madre sería una tragedia insuperable. Podrían llegar a convivir con la pérdida. Tal vez incluso llegar a ser felices más adelante, cuando algunos aspectos de la vida pudieran mitigar esa sensación de vacío. Pero ahora, aquellas primeras semanas serían terriblemente duras para las dos niñas.

Él, que era capaz de solucionar cualquier problema al que se enfrentara en su trabajo, se sentía totalmente inútil en su intento de encontrar un poco de alivio para sus hijas.

Medea, la mayor, parecía esforzarse al máximo en romperlo todo y en ser un verdadero desastre. Apenas atendía cuando le hablaban, y contestaba de manera enérgica y mostrando un carácter rebelde.

Ione aún se volvió más taciturna e introvertida. Antes, a pesar de no hablar, todavía era capaz de sonreír o asentir cuando se le preguntaba. Ahora, en cambio, todo parecía haberse quedado en su interior. Su boca aparecía quieta, inmutable, sin apenas abrirse más que para respirar o comer. Parecía como si la muerte de su madre se hubiera llevado una parte de ella.

Calícrates intentó estar más cerca de sus dos hijas, pero desistió al octavo día. Medea contestaba y gritaba como poseída por algún dios maligno. Ione vagaba por la casa como si fuera un muerto viviente.

El arquitecto apenas era capaz de pensar. Como si un espeso nubarrón se hubiera instalado en su cerebro de forma permanente. Esa fue la razón de su fuerte discusión con Lucio.

—¡No puedes dejarlo todo y marcharte a Atenas! —El patricio reaccionó de manera muy violenta cuando el arquitecto le expuso su intención de abandonar Roma definitivamente.

—Estoy vacío como una cáscara de nuez. Mi presencia aquí no tiene ningún sentido para nadie.

—¡De ninguna manera! Tu presencia aquí es imprescindible para que todo continúe como hasta ahora.

Calícrates no vio otra intención en esas palabras más que un intento de convencerlo. Tal vez si no hubiera tenido los sentidos tan embotados hubiera visto algo más.

—Tenéis muy buenos arquitectos. Ya está todo en marcha y solo es necesario continuar como hasta ahora. Mi presencia ya no es necesaria.

—No puedes irte. ¡Malditos sean los dioses del Hades! —El arquitecto pudo ver cómo los ojos de Lucio estaban encendidos, como si unas brasas

candentes ardieran en el interior del senador hispano.

—No puedes impedirlo. Además, aquí solo sería un estorbo. Es el momento de estar con mis hijas. Y Atenas es el sitio más adecuado para ellas.

Durante unos instantes, Lucio no dijo nada. Estaba pensando qué decir. Parecía buscar un argumento para convencer al heleno.

Finalmente, Calícrates pudo ver cómo el romano cogía aire antes de comenzar a hablar.

—Si te vas ahora, te acusaré de negligencia en tu trabajo y de incumplir el contrato. Volverás a ser un esclavo, igual que tus hijas.

El heleno reaccionó como si le hubieran dado una bofetada cuando uno está medio dormido.

—No… No serás capaz de hacer tal cosa…

—Me aseguraré de que tus hijas acaben en el peor de los lupanares, te lo juro por mis dioses lares. ¡No me pongas a prueba, griego!

El tono de voz era duro y enérgico, cargado de voluntad. Reflejaba una resolución inquebrantable.

¿Con qué tipo de hombre estaba tratando? ¿Qué clase de ser era Lucio? ¿Realmente sería capaz de cumplir sus amenazas?

Un torbellino de adjetivos, todos negativos, acudieron a la mente del arquitecto. Delante tenía a un ser despreciable que era capaz de cualquier acción para satisfacer sus deseos. Cualquier acción. Hasta ensañarse con inocentes, con los más débiles.

Aquel tropel de pensamientos, sin embargo, se quedó en el interior del heleno. Si se atrevía a expresar lo que pensaba, condenaría a sus hijas a la peor de las esclavitudes.

Eso era Roma. Y hasta ese extremo era capaz de llegar un romano.

* * *

El regreso a las obras apenas representó satisfacción alguna para el arquitecto. Lo que solo unas semanas atrás lo habría llenado de energía, lo habría puesto de mal humor o inundado de ideas nuevas, ahora era como una vaga sombra circulando rápidamente, como las nubes en un día ventoso.

El ritmo de trabajo en el recinto del anfiteatro había bajado de manera considerable. Poco a poco, el número de trabajadores volvía a igualar el de los días precedentes a la epidemia que asoló el interior de la empalizada. Llegaron gentes de las distintas provincias romanas; muchos de ellos esclavos, pero también había tantos otros trabajadores libres. Gente cualificada en las distintas tareas de la construcción. El capital humano que se

había llevado la epidemia tal vez nunca sería igualado, pero los hombres que cubrían ahora aquellas vacantes ofrecían cierta garantía de éxito.

Druso estrechó los antebrazos del heleno cuando se encontraron en el interior de la empalizada.

—¡Me alegra tu retorno, amigo! —sus ojos parecían estar llenos de sinceridad—. Y lamento mucho lo de tu esposa…

Calícrates atendió las buenas palabras del ingeniero con un simple gesto de asentimiento. No tenía ganas de hablar de ello. Sus ojos buscaron la altura de los arcos en busca de defectos constructivos o detalles por pulir.

—Rabirius ha dirigido las obras en tu ausencia. Otro arquitecto, mucho más joven, ocupa el lugar de tu sector.

Rabirius… Era lo que ese hombre había deseado desde el principio: poder construir el anfiteatro y ser recordado hasta el fin de los tiempos como el hombre que lo había erigido.

Fueron a hablar con él.

—Aquí nos encontramos de nuevo, Rabirius. Estoy totalmente recuperado y voy a continuar como antes de la epidemia. —A pesar de intentar otorgarle firmeza a su voz, el romano percibió el desencanto y la falta de confianza en las palabras del griego.

Lo miró con el rostro desencajado. Por supuesto estaba disgustado: aquel griego le estaba robando su dulce.

—No parece que estés preparado para asumir esa carga. He conseguido armar nuevamente a los cuatro grupos, tal como ordenaste en tus diseños —había cierta sorna en sus palabras—. Y el trabajo va recuperando su ritmo de antes.

—Magnífica labor —un halago falto de emoción y brillo que se perdió antes de llegar a su destinatario.

Los cuatro grupos que trabajaban en los otros tantos sectores en que se había dividido el edificio estaban casi totalmente recuperados. El número de efectivos era el mismo, pero los artesanos no tenían la misma experiencia y ello quedaba patente en el desarrollo de esos distintos sectores. El situado más al sur, el más cercano al monte Palatino, llevaba un considerable retraso.

El primero de los cuatro niveles estaba prácticamente acabado. Desde el anillo más exterior hasta el que estaba más cerca de la arena, pilares, muros, arcos y bóvedas se alineaban de forma paralela cuando la dimensión era anular, y concéntrica cuando el sentido era radial.

La construcción de las bóvedas obligó a retirar la mayor parte de las grúas. Las cimbras y los andamios comenzaban a llenar los pasadizos

interiores. Las escaleras de acceso a los pisos superiores aún no se construirían, pues en este momento solo entorpecerían el paso del material.

Andamios y caballetes se acumulaban en los pasillos como lo harían las cañas a la vera de un río.

Por fortuna, estas últimas semanas habían sido las que habían necesitado menos mano de obra especializada. Amasar mortero en fosos adyacentes al edificio, trasladarlo hasta el punto exacto y rellenar el lugar donde irían las bóvedas solo necesitaba de una gran coordinación. La clave en este momento era la velocidad, antes de que el mortero fraguara dentro de los mismos cubos donde se transportaba.

Los cinco pasillos anulares, todos los corredores radiales y la zona donde irían las escaleras estaban ya coronados por bóvedas de hormigón. Las tres primeras bóvedas anulares —contando desde el exterior— estaban diseñadas de modo que se pudieran hacer con cimbras autoportantes; así quedaba espacio debajo para el tránsito de hombres y material. El cimbrado se había diseñado para poder construirlo y colocarlo de manera muy rápida: eran estructuras casi semicirculares de madera colocadas transversalmente a intervalos regulares alrededor del anillo, entre las cuales se añadía un entrevigado de tablas siguiendo la dirección del mismo corredor.

El olor a mortero fresco resbalando de los cubos al ser izados llegó hasta Calícrates y, por un instante, le trajo una sensación agradable, de trabajo, de paz.

Los gritos de los capataces buscando mayor velocidad en el transporte, el de los hombres que izaban los cubos mediante ganchos y poleas, con aquel ruido tan característico de la cuerda rozando con la madera, el golpeo de martillos… Todo le traía la sensación de bienestar y tranquilidad que tanto necesitaba, como si todos sus problemas quedasen ocultos detrás de aquellos sonidos.

—En algunos sectores radiales interiores —le explicó Druso—, ya se puede comenzar el inclinado de los graderíos.

Calícrates asintió con un simple gesto.

Aquella era una tarea muy compleja, y requería la máxima precisión y pericia.

Debido a la forma ligeramente en cuña de los corredores y a la inclinación de las escaleras y las gradas, no se trataba de bóvedas de cañón corrientes. Además, la inclinación —en ese preciso sector— tenía que ser de treinta grados; era el cálculo de Calícrates para una perfecta visión. En graderías

superiores, esa inclinación sería algo más acusada, pero apenas un par de grados.

Druso le enseñó un papiro, con el dibujo de un arco. Estaba algo sucio, ya que se utilizaba en plena obra.

—Según lo planeamos —le comentó el ingeniero—, dispondremos tres guías para el perfecto nivelado de la bóveda; dos para marcar los límites superior e inferior del intradós de la bóveda, y la tercera, en la parte superior, para el extradós de la bóveda, con el objetivo de lograr un correcto espesor del hormigón.

Era una idea que el propio Calícrates había previsto, y que Druso había mejorado buscando una mayor eficacia y la máxima precisión. Ante la infinidad de sectores radiales, todos tenían que estar unificados; de lo contrario, toda la estructura se convertiría en un auténtico caos.

Dos de los cuatro sectores independientes ya tenían el alzado suficiente para empezar a trabajar en las graderías inclinadas. Calícrates y Druso se separaron para dirigir los primeros compases, siempre los más difíciles.

El heleno ascendió por el andamio hasta quedar de pie en la cresta del muro. Una docena de operarios, entre oficiales de carpintería y esclavos —que actuaban como ayudantes—, colocaban tablones y tablillas construyendo el cimbrado que serviría como soporte para el mortero que acabaría de componer la bóveda.

—Hay que situar las guías antes de colocar ese travesaño —comentó Calícrates al que llevaba la voz cantante en la colocación de las cimbras; en la obra, todos conocían al arquitecto; para él, en cambio, con tanta gente nueva, la mayoría eran perfectos desconocidos.

—No conocía el sistema de las guías, lo siento —respondió de forma breve el aludido.

—¿También eres heleno? ¿Del Peloponeso? —El acento era inconfundible.

—Soy Aetos, carpintero; llegué a la obra hace un par de semanas —respondió afirmando con la cabeza y sonriendo levemente.

Calícrates observó el cimbrado. No era de buena calidad; las maderas estaban mal unidas y tenían un corte irregular, en el mejor de los casos.

Volvió a mirar a Aetos sin decirle nada.

En otras circunstancias, Calícrates habría echado a su compatriota de la obra acusándolo de incompetente. Pero el destino que le esperaría a aquel tipo en Roma sería peor que la muerte; lo dejó pasar. Al fin y al cabo, la única

misión de las cimbras era sostener el hormigón fresco hasta su secado; después se eliminaría todo el entramado de madera.

Le indicó dónde tenía que colocar las guías para que el mortero adquiriera el grosor idóneo.

Por la tarde, ya comenzaron a echar mortero encima de las cimbras. Estas gruñían por el esfuerzo a que eran sometidas; era algo habitual. El mismo Aetos echaba el mortero, junto a un par de esclavos más, mientras un oficial albañil con una paleta evitaba grumos y esparcía la pasta de manera uniforme.

Calícrates, apoyado en la parte más alta —tenía a la vista el hueco en forma de cuña ahora relleno de mortero—, pudo supervisar toda la operación.

De pronto, en cuestión de pocos segundos, toda la estructura se vino abajo. Un estallido sacudió toda la obra, seguido de unos gritos de dolor y un silencio de muerte.

El propio Calícrates tuvo que sujetarse a una cornisa exterior con ambas manos, y a punto estuvo de precipitarse desde una altura de más de cuarenta pies.

Cuando bajó hasta el nivel del suelo, vio lo ocurrido.

El cimbrado había cedido y cuatro hombres habían muerto, entre ellos el propio Aetos. Además de tres heridos de gravedad que no sobrevivirían a las heridas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó un jadeante Druso, que llegó corriendo al percatarse del accidente.

—No doy una, Druso. Debería retirarme antes de que mate a más gente.

—No digas eso, hombre. Un accidente así es muy común y puede pasarnos a todos.

—Debería haber muerto yo. Así evitaría matar a nadie más. Soy un peligro, no debería estar aquí.

* * *

Durante los siguientes días, apenas era consciente de qué hacía realmente. Como si una densa niebla lo envolviera de forma continua, ruidos, imágenes, olores y sensaciones quedaban oscurecidos y diluidos; apenas se daba cuenta de nada.

Solo la voz de Druso conseguía devolverlo a la realidad.

El arquitecto se había sorprendido a sí mismo buscando rebanar un grueso tablón de madera con una azuela, con las manos ensangrentadas y las mejillas llenas de lágrimas. O intentando romper un bloque de travertino a golpes, con

un pequeño martillo de carpintero. O haciendo nudos a unas cuerdas para volverlos a deshacer poco después.

—¿Estás casado, Druso? —le preguntó un día, durante la parada que solían hacer para comer, justo al mediodía. Aunque llevaban muchos meses trabajando juntos, pocas veces hablaban de temas personales.

—No. Aprendí el oficio de mi padre, y después me alisté en el ejército. Pensé que allí cogería experiencia, y que me sería más fácil poder trabajar para la casa del Princeps, y no para particulares.

—¿Estuviste en el ejército? —A pesar de que lo había dicho con claridad, la pregunta de Calícrates buscaba una respuesta más amplia.

—Sí, participé en el sitio de Jerusalén. Naturalmente, con el grupo de ingenieros. Torres de defensa, balistas, arietes, túneles subterráneos…

Calícrates asintió.

El heleno sabía que muchos ingenieros iniciaban su carrera en el ejército para adquirir experiencia. Se convertían en excelentes profesionales, dadas las grandes necesidades técnicas en las guerras que emprendía Roma.

—Regresé a la ciudad hace pocos meses, y, por recomendación de Tito, conseguí este puesto.

—Un puesto bien merecido —Calícrates le puso la mano en el hombro—. ¿Te recompensaron de alguna manera?

Cuando el ejército conseguía un éxito, todos y cada uno de los hombres que habían participado en la contienda recibían una recompensa. Lo más habitual era un trozo de tierra en el lugar conquistado. Pero también era normal recibir una compensación pecuniaria. O incluso algún cargo en una magistratura.

—Sí, solicité un pedazo de tierra en Hispania. Me la concedieron.

—¿Hispania? ¿Qué se te ha perdido por allí?

—Aparte de un oficio, me gustaría legarle algo más a mi hijo. Hispania es un lugar de buenas oportunidades para el futuro. Una buena tierra para trabajar.

—¿Un hijo? ¿No me habías dicho que no estabas casado?

—Y es cierto, no estoy casado. No tengo tiempo para cortejar a nadie ni quiero órdenes al llegar a casa. De momento, estoy mejor así. Pero tengo claro que en un futuro tendré hijos. Y mi primogénito será ingeniero, como su padre.

El heleno asintió.

—Y tú, Calícrates, ¿estás pensando en volverte a casar?

Aquella ocurrencia hizo sonreír al heleno.

—Eso es lo último que tengo en mente. Sufro por mis hijas. No consigo quitármelas de la cabeza.

—Yo soy romano y tú eres griego…, o heleno, como os gusta a vosotros. Pero hay consejos que son universales. Mi abuelo, también ingeniero como mi padre e igual que yo, me dijo una vez que cada hombre solo puede vivir una vida, y que de él se espera que sea ese hombre, no ningún otro.

El arquitecto miró a Druso con el ceño fruncido. No entendía muy bien adonde quería ir a parar.

El ingeniero se lo aclaró.

—Significa que tú eres Calícrates y debes vivir como Calícrates. Pon todo tu empeño en aquello que se espera de ti, y no busques nada más.

—¿Significa eso que debo renunciar a ser padre? ¿Que solo tengo que ser arquitecto?

—En estos momentos, no eres ni un buen padre ni un buen arquitecto. Deberías empezar por aquello en que realmente eres bueno.

—¿Para seguir matando gente?

—Para ayudarme a levantar este monstruo. Al menos, si no quieres hacerlo por ti, ni por tus hijas, hazlo por mí. Necesito tu ayuda, esto es demasiado grande para mí.

—¡Bah! Roma lleva toda la vida haciendo edificios impresionantes, y lo seguirá haciendo hasta el fin de los tiempos. No es cuestión de un hombre u otro. Nadie es imprescindible.

—Para Roma, nadie es imprescindible, pero para tus hijas, su padre sí lo es.

—Un padre que se pasa el día fuera de casa y que, cuando regresa, ya están acostadas…

—Un padre que cumple con su labor de arquitecto para conseguir su libertad y poder regresar a su patria.

—Hablas como si yo todavía fuera un esclavo.

—No conozco los pormenores de tu relación con el anfiteatro, pero no eres libre de ir donde te plazca. Está claro que algo te mantiene atado a este lugar. Y solo cuando esté acabado, serás libre de verdad.

Calícrates respiró hondo y no miró a los ojos de Druso. Su vista se desplegó hasta el barracón donde comían los esclavos; allí donde casi pierde la vida por culpa de la epidemia.

Capítulo XXVI

CLAUDIA PULCHRA

Las oscuras intenciones de una mujer

Roma, finales del verano del año 75 d. C.

Los negocios habían convertido a Claudia en una mujer mucho más rica. La cantera de Tibur continuaba generando excelentes rentas. Solo con lo que servía a Roma, ya generaba suficientes sestercios para situarse en la élite social romana. Pero esas rentas se convertían en insignificantes al lado de los pingües beneficios que generaba la gestión al margen de la ley dictada por Vespasiano.

El tráfico de esclavos resultó ser el más lucrativo. La leve plaga que azotó Roma el año anterior había requerido casi un millar de esclavos para reemplazar a los fallecidos, y todo en el plazo de unas pocas semanas. Al aumentar la demanda, los precios se dispararon; una previa compra a bajo precio le había generado unos beneficios extraordinarios.

La madera, los ladrillos y algunos enseres de lujo no resultaron tan lucrativos, pero también le aportaron una cantidad extra de sestercios.

Hubo momentos en que estuvo tentada de contratar a un administrador. Eso habría aligerado su carga de preocupaciones, pero también la cantidad de sestercios. Aunque el precio tal vez hubiera valido la pena. Sin embargo, parte de sus actividades eran ilegales, lo que habría convertido a su administrador en un testigo de primer orden. Y, como le había comentado Lucio en una ocasión, en este mundo uno no puede saber nunca en quién confiar.

Ahora empezaba a sentirse un tanto agobiada con la administración de tantos negocios. Tal vez fuera el cansancio —hubo noches en que le costó incluso conciliar el sueño—, o la falta de estímulos —con lo ganado hasta ahora podría vivir tres o cuatro vidas más—; fuera por lo que fuera, la realidad era que el mundo de los negocios no llenó aquel vacío interior que sentía crecer semana tras semana.

Hubo momentos en los que pensó que quizá Lucio podría llenar ese vacío. Era un hombre atractivo, maduro, inteligente… Tal vez le faltaba algo de nobleza… De lo que sí estaba segura era de que le sobraba confianza en sí mismo. Pero había algo que le impedía dar el paso definitivo. Había algo que la hacía dudar de que él fuera capaz de colmar su vacío.

Se sentía muy a gusto cuando estaba con Lucio. Pero solo durante un rato. No mucho. Después, al separarse, ya no volvía a pensar en él hasta que se volvían a ver.

Últimamente habían coincidido en gran cantidad de ocasiones. Casi siempre para hablar de negocios, pero también un par de veces para compartir algunos placeres. En los negocios, él la trataba como a un igual; con ciertos miramientos y siendo galante, pero de forma muy parecida a como lo haría ante otro hombre de negocios. En cambio, cuando fueron juntos a las carreras en el Circo Máximo o a ver luchas en el anfiteatro de Pompeya, era mucho más considerado y la trataba como a una mujer.

Vacía.

Así se sentía. El mundo de los negocios y Lucio no eran capaces de llenarla. Al contrario, hubo momentos en que prefería la soledad a cualquiera de esas dos cosas. Y era entonces, en medio de esa soledad, cuando el rostro de Calícrates aparecía una y otra vez.

Al principio, se resistió. Buscó odiar a aquel hombre que la había rechazado. El odio, sin saberlo, no hizo más que intensificar las apariciones en su mente. Hubo momentos en que se encontró llorando de manera desconsolada, sin ninguna razón aparente.

Cuando fue capaz de dejar a un lado el odio y disfrutar de esos pensamientos, las lágrimas desaparecieron, al mismo tiempo que el vacío de su corazón se hacía más grande y oscuro.

Los rumores que llegaban hasta sus oídos eran constantes. Rumores de todo tipo. Intrigas políticas en palacio, ecos de la sociedad romana… Y también de lo que acontecía en la construcción de aquel gigantesco anfiteatro.

El rumor de la muerte de Calícrates y su esposa la alertaron hasta tal punto que fue hasta la misma Roma a cerciorarse de la veracidad de aquellas noticias. Como ocurría a menudo, había una parte de realidad y otra de ficción. La esposa había muerto, pero él, Calícrates, seguía vivo.

Aunque, según pudo saber, el griego había cambiado mucho. Ya no era aquel hombre tan recto y disciplinado. Apenas era una sombra del arquitecto que asombró al mismísimo Vespasiano. Algunos decían incluso que había

provocado la muerte de varios operarios debido a su ineptitud. Otros, que los muertos eran cientos.

Aquellos rumores la pusieron muy nerviosa y desvelaron su sueño por las noches. Durante el día no era mucho mejor; en muchas ocasiones se quedaba muy quieta, como si el mundo que la envolvía hubiera desaparecido, y solo pensaba en él. Se quedaba de pie y ausente, y únicamente se daba cuenta de su estado cuando algo o alguien la hacía volver en sí.

Y no había día en que no pensara en ir a verlo.

Buscó excusas. Pensó en cómo hacerlo y en qué haría si lo tuviera delante. Qué le diría. Casi siempre que pensaba en ello, se daba cuenta de que sería incapaz de pronunciar palabra alguna. Solo de pensar en tenerlo delante la dejaba atónita.

Hasta que un día no pudo más y pidió ir a ver las obras del anfiteatro con Lucio. No era una petición extraña. Ella era la propietaria de la cantera de la que extraían los bloques pétreos de travertino que sustentaban toda la estructura, y era algo lógico que quisiera ver lo que todos y cada uno de los ciudadanos de Roma —provincias incluidas— deseaba poder contemplar.

Naturalmente, Lucio aceptó encantado.

El día anterior, Claudia se instaló en Roma. Lucio le ofreció acomodo en su casa, pero ella se negó. Aunque hubiera sido ideal para poder hablar con Calícrates, temió que el heleno pensara que Claudia y Lucio eran amantes…, o algo peor. Además, el señor de la casa podría malinterpretar su presencia y no quería verse arrastrada por un torbellino de líos amorosos.

Alquiló un apartamento en un primer piso de una ínsula de verdadero lujo, ubicada cerca de los foros. Desde allí, tanto la casa de Lucio como la zona donde se construía el anfiteatro estaban muy cerca.

El otoño parecía querer avanzarse al calendario, y aquella mañana el día despertó con fuertes rachas de viento. Sin ser extremadamente fuerte, sí que era muy incómodo para circular por la calle. Y no es que hiciera frío, pero aquel viento convertía la jornada en desapacible.

«Mejor —pensó Claudia—, así no podrá estar tan pendiente de las obras y me prestará más atención».

A pesar del viento, las calles de Roma seguían tan atestadas como siempre. Un ir y venir de un gentío que más parecía una riada que un grupo de seres humanos. Aunque la mayoría eran esclavos o servidores, con aquel viento todos parecían tener una prisa exagerada; y lo mismo les sucedía a ella y Lucio. Claudia no cogió un palanquín. El viento hubiera levantado los

cortinajes y la estructura cuadrada del vehículo pondría en peligro a su ocupante, así que fueron caminando hasta el incipiente anfiteatro.

La empalizada fue bien visible desde lejos. Y, por encima de ella, ya se veía emerger aquello que sería la base del anfiteatro. Grúas, andamios y hombres destacaban también en lo alto de la parte ya construida. En el exterior de la empalizada había gente, mucha gente.

Atraídos por la magnitud de aquellas obras, ciudadanos romanos desocupados —la anona de los Princeps habían llenado las calles de vagos, como comentaban los patricios entre ellos— buscaban echar un vistazo a través de las múltiples grietas que presentaba la empalizada de troncos. Algunos de aquellos troncos presentaban desconches ocasionales producidos de manera «totalmente fortuita». Ninguno de los presentes reconocería nunca haber mellado la empalizada o ensanchado esas pequeñas aberturas.

La presencia de Lucio aceleró y posibilitó la entrada en el recinto.

Dentro, la multitud de trabajadores superaba con creces a la que se amontonaba en el exterior. Una verdadera maraña humana se movía de un lado para otro sin cesar. En las zonas más cercanas a la empalizada, los materiales se acumulaban o se fabricaban. Desde allí se trasladaban hasta el punto exacto de la obra en el que eran necesarios. La barahúnda era infernal: golpes, voces, herramientas, cuerdas y un largo sinfín de ruidos de todas clases.

El espacio central lo ocupaba el primer piso ya construido del anfiteatro. Ahora, una muralla de andamios rodeaba la fachada y ocultaba los nítidos perfiles de los arcos. Viendo aquella construcción —y era solo el primer piso —. Claudia se sintió pequeña e insignificante.

El viento, muy molesto, obligaba a muchos operarios a caminar inclinados cuando soplaba de cara. Por las caras que ponían muchos de aquellos hombres, la incomodidad era absoluta.

—Mira, allí se acumula el travertino de tu cantera —Lucio señaló hacia el otro extremo del anfiteatro.

Ella asintió. Una pila enorme de los sillares cortados de manera ruda en su cantera, y trasladados hasta aquí, era retocada por artesanos más diestros. A simple vista, contó una docena de hombres trabajando en otros tantos bloques, ayudados por un nutrido grupo de esclavos.

—Tal vez deberíamos volver otro día. Este viento no hace nada seguro este lugar —comentó Lucio.

Claudia miró hacia los andamios. El viento los hacía bascular de forma pesada y lenta, casi perezosa. Daba la impresión de que una racha solo un

poco fuerte podría tumbar aquellas estructuras provisionales de madera.

—No, hemos venido hasta aquí y me gustaría echar un vistazo. Es muy interesante —mintió ella. En realidad, empezaba a ponerse nerviosa; Calícrates no aparecía por ningún lado, y pensó que tal vez no estuviera en las obras aquel día.

Lucio torció el gesto, buscando complacerla.

—Mandaré llamar a Druso. Él nos explicará mejor cómo funciona todo y nos acompañará hasta el interior; la parte más interesante.

—¿Druso? ¿Es quien manda ahora? ¿Ya no se ocupa Calícrates?

—Calícrates no está pasando por el mejor momento. Druso es su mano derecha. De hecho, no es arquitecto, es ingeniero, pero al parecer se trata de un hombre muy cualificado.

Druso. Y Calícrates seguía sin aparecer por ningún lado.

El ingeniero vino poco después. Apenas despertó la atención de Claudia. Sus ojos buscaban entre la multitud los rasgos del arquitecto griego.

Acompañados por Druso, se metieron en las entrañas de aquel monstruo en construcción. Claudia apenas prestaba atención. La voz de Druso se perdía entre el ruido de los martillos, el gemido de las grúas y los gritos de los capataces azuzando a sus hombres.

Y por fin lo vio.

Estaban justo en el centro de lo que sería la arena. Ahora aquel espacio elíptico estaba lleno de tornos con cuerdas que mantenían alzadas las grúas del primer piso del anfiteatro. Cada torno tenía un grupo de cinco esclavos que tensaban o aflojaban los estayes según las necesidades de cada grúa.

Calícrates apareció de entre un grupo de aquellos esclavos.

Claudia no pudo apartar la vista de él.

Su corazón se empequeñeció al contemplar su deplorable estado. Por un momento, sintió la necesidad de correr hasta él y abrazarlo, besarlo, darle todo el cariño de que era capaz.

Aquel tipo mal afeitado, sucio, con el pelo descuidado —largo y enmarañado— solo le recordaba vagamente al hombre brillante con el que había convivido en la villa de Cayo Severo. Aquel arquitecto que los había conquistado a todos…

Su forma de andar también delataba su sufrimiento. Aquellos pasos firmes y enérgicos se habían transformado en un caminar vacilante, parecido al de un hombre ebrio por un exceso de vino.

La cabeza gacha y la mirada ausente completaban el retrato de un hombre perdido. Alguien a quien el destino había golpeado más allá de su propia

resistencia física y mental. Cuando Calícrates la miró, por un momento pareció como si aquellos ojos recuperaran algo de fuerza, algo de cordura. Pero fue solo un destello, apenas una chispa. Aun así, fue suficiente para que Claudia se convenciera de que aquel hombre sentía algo por ella. El corazón de la *domina* le impuso una cadencia algo mayor, y ella sintió una mayor presión en todo el pecho.

Claudia sonrió levemente. Tal vez pudiera encontrar la manera de que él reaccionara, de que volviera a ser el hombre que había sido. Conocía bien a los hombres, y sabía cómo funcionaba el mundo de la seducción. No sería difícil.

—Veo que, poco a poco, vas recuperándote, Calícrates —mintió Lucio cuando el arquitecto se reunió con ellos.

Apenas contestó. Ladeó la cabeza ligeramente, como si no pudiera aceptar el cumplido del patricio. Druso pareció darse cuenta, e intervino de inmediato:

—Les estaba comentando, Calícrates, que estamos empezando el segundo nivel.

El heleno le hizo un gesto para que continuara él con la explicación.

Fue entonces cuando Claudia puso en marcha su plan.

—Druso, ¿cómo es que no habéis usado travertino para el acabado de la cávea? —preguntó ella mirando fijamente al romano.

—Bueno…, hemos usado mármol… mármol. —La intensa mirada de Claudia lo ponía nervioso, saltaba a la vista—. Aparte de una mayor comodidad para los espectadores, ofrece un resultado mucho más estético…

Claudia sonreía al verlo sudar.

—¿Acaso insinúas que mi travertino no es bonito? —le lanzó una sonrisa engatusadora.

—Claro que sí… ¡Por supuesto que sí! De hecho, todos los pilares exteriores hasta la cávea de los senadores son de travertino. Es una piedra extraordinaria.

—Pero no es tan bonita como el mármol, ¿no? —concluyó ella.

Druso sudaba como si estuviera levantando todo el peso del mundo con sus brazos. Se lo notaba incómodo. «¿Acaso le incomodo yo?», pensó Claudia.

Mientras el ingeniero buscaba palabras para disculpar esa posible torpeza, Claudia, de forma muy fugaz, miró a Calícrates; de hecho, deslizó su mirada por el mármol de la cávea y, finalmente, la posó sobre el arquitecto con dulzura.

La estaba mirando como si fuera un conejillo indefenso. Con los ojos tristones y aquella barba tan descuidada, parecía muy frágil.

Más. Era el momento de darle más celos.

Se dirigió hacia Druso y lo cogió del brazo. Lo apartó del grupo, dando la espalda a Calícrates, para que los viera alejarse. Señaló hacia uno de los extremos de la elipse del anfiteatro.

—¿Y para qué sirven esos agujeros?

Un espacio sin construir, al borde mismo de la arena.

—Son los dos accesos para los gladiadores —dijo Druso, señalando la parte contraria, justo a la espalda de Calícrates—, uno a cada extremo.

Claudia se volvió y pudo ver el rostro del heleno. Su semblante no había cambiado; continuaba mostrándose triste y desvalido, como si fuera un perrito faldero.

—Allí se construirá el palco para el Princeps y su familia —continuaba Druso; parecía complacido y se le notaba cada vez más tranquilo y cómodo.

Claudia tiró del ingeniero buscado separarse un poco más del grupo.

—¿Y no habéis pensado en algo para proteger a la gente del sol? El calor en Roma puede llegar a ser insoportable, y a pleno verano sin duda será imposible de aguantar.

Druso la miró, casi sorprendido.

—¿Y esa mirada? ¿Por qué me miras así? —preguntó Claudia, viendo que el romano se sorprendía de que hiciera preguntas pertinentes.

—Lo hablamos hace tiempo, pero no tenemos las ideas claras. Precisamente esta noche he soñado con una cubierta para el anfiteatro. Será algo parecido a la cubierta de un teatro, pero ovalada, como corresponde a la forma del anfiteatro.

—¡Lo contenta que debe de estar tu esposa con esos sueños! —repuso Claudia, con una picara sonrisa.

—No… No tengo esposa.

—¿Y cómo es posible que un hombre como tú no esté casado?

El ingeniero se sonrojó de manera evidente, como si fuera un adolescente ante el beso de su primer amor. Ella no pudo hacer otra cosa más que sonreír, divertida.

Druso le caía bien. Era un hombre simple y transparente, pero parecía un buen tipo. Un hombre ideal para tener como amigo y con quien compartir confidencias.

* * *

Los Ludi Romani eran la fiesta religiosa más importante de la capital del mundo civilizado. Se celebraban durante quince días entre el segundo día antes de las nonas de septiembre y el decimotercer día antes de las calendas de octubre. Y siempre bajo la advocación de Júpiter, el padre de todos los dioses y los hombres.

La costumbre dictaba que, durante esas jornadas, el trabajo debía de reducirse en lo posible. Se buscaba el favor del dios, y una ofensa a sus fiestas podía desembocar en un terrible desastre que no compensaría haber trabajado esos quince días.

Eran jornadas donde religión y fiesta se daban la mano, sin saber dónde acababa uno y otro aspecto. Naturalmente, en una sociedad tan politizada como la romana se aprovechaba para sacar el máximo partido a esos actos sociales. Y cada uno, dentro de sus posibilidades, hacía lo posible por destacar entre sus iguales.

Algunos comentaban que era tal la sabiduría de Júpiter que esas fiestas equiparaban a toda la ciudadanía. Los muy ricos gastaban mucho y, en cierto modo, acababan siendo un poco menos ricos. Y ese gasto repercutía directamente en el pueblo llano, que gozaba de esos beneficios. Era una forma de verlo.

El Princeps también participaba en las fiestas. Y, de la misma forma, buscaba afianzar sus contactos y mejorar las relaciones que le eran más esquivas. Precisamente para agradecer el esfuerzo y los progresos —y también para que Júpiter los protegiera—. Vespasiano obsequió a todos los hombres libres que trabajaban en la construcción del anfiteatro con una sesión teatral. La invitación también se extendía a aquella gente que participaba de forma indirecta en la construcción de aquel majestuoso edificio.

Claudia también fue invitada. Del mismo modo que el suministrador de madera, de cuerdas, de ladrillos y de todo aquello que tuviera alguna relación directa con las obras.

El teatro de Pompeyo era el lugar escogido por Vespasiano. Situado en el Campo de Marte, el edificio fue construido más de un siglo atrás, pero aún conservaba el esplendor de sus mejores tiempos. Era el mayor de los teatros de Roma, y el más lujoso y cómodo. Tenía una estructura muy curiosa, y dos eran los elementos alejados de los cánones habituales de un teatro.

En medio de la cávea, en la zona más alta, un templo de dimensiones generosas dedicado a Venus Victrix ejercía un dominio sobre todo el teatro; una escalera, situada en el eje simétrico de la cávea, en forma de exedra e integrada en la misma gradería, permitía el acceso hasta el citado templo. Ello

dividía la cávea en dos mitades, y aun así dejaba espacio para unos veinticinco mil espectadores.

Más allá del frente de escena, en el lado contrario al templo, un generoso peristilo rectangular permitía disfrutar de espacio suficiente para estirar las piernas en los intermedios de las obras teatrales. En el extremo más opuesto del templo, se había tapiado un edificio de ingrato recuerdo para la ciudadanía romana: en la llamada Curia Pompeii fue asesinado Julio César más de cien años atrás. Ahora ese espacio permanecía cerrado a cal y canto.

Hasta que se inició la época de los césares, la rigidez romana estructuraba la sociedad de manera inamovible. Ello quedaba claro en la situación de la gente, por ejemplo, en los teatros. Los mejores sitios eran siempre para los senadores y patricios. A continuación, se situaba la clase ecuestre. Más arriba, los comerciantes y la clase media. Y en las zonas más altas, los más pobres, los esclavos y las mujeres. Pero los tiempos modernos comenzaban a alterar esas rígidas costumbres, y eran sobre todo las mujeres las que, buscando el protagonismo que merecían, rompían con ellas. Al margen de su género, algunas se mezclaban con los hombres con quienes compartían clase social.

Claudia, naturalmente, era una de esas mujeres. Su condición social le permitía sentarse en la zona media; junto a comerciantes y plebeyos adinerados. Además, el hecho de ir de la mano de Druso y Calícrates hizo callar alguna que otra boca.

Las tres últimas veces que había visto a Calícrates, Druso también estaba con ellos. Claudia tenía claro que su estrategia le estaba dando buenos resultados. Según sus propias valoraciones, el griego la miraba de manera muy tierna; aquellos pequeños ojos, además de inteligencia, irradiaban mucho cariño. Pero la actitud del arquitecto seguía aún muy lejos de lo que esperaba Claudia. Solo su mirada reflejaba su deseo interior, o al menos eso pensaba la *domina*. Estaba segura de que aún necesitaba un pequeño empujón más, el definitivo. Aquel que lo dejaría totalmente a su merced.

Y hoy, en el teatro, estaba convencida de que llegaría el momento de dar fuerza y contenido a ese pequeño empujón.

Druso se había convertido en un buen amigo. Ella se había dado cuenta de que era un hombre culto, educado y con un sentido de la cultura muy próximo al de la propia Claudia. Ambos compartían un interés especial por los escritos de Séneca y, precisamente, la obra teatral que Vespasiano les regalaba era de ese autor latino. Seguro que sería una tarde deliciosa y fascinante.

El acceso al teatro siguió los rigores de costumbre. Al llegar con poca antelación, la gente se acumulaba en las puertas de acceso. Por fortuna, Druso

era un hombre precavido y tenía ya en sus manos las tres fichas de madera que permitían la entrada y que indicaban el lugar donde debían sentarse. La entrada era siempre gratuita, pero los espectadores que quisieran asistir estaban obligados a reservar sus localidades, así como a indicar su condición social.

—Tenemos sitio junto a la escalinata. ¡Es un lugar excepcional! —dijo Druso mientras los accesos iban engullendo la cola de gente. Los tres se habían encontrado unos minutos antes para entrar juntos.

Calícrates seguía como hipnotizado. Claudia estaba segura de que acudía al teatro casi por imperativo legal, como si estuviera obligado a ello por su trabajo. De hecho, estaría muy mal visto por los propios compañeros rechazar una invitación del Princeps sin un motivo claro. Además, si su rechazo llegara a oídos del hombre que dirigía los destinos de Roma y del mundo, podría tener malas consecuencias para él.

Los arcos de acceso al teatro eran muy parecidos a los que construían en el anfiteatro.

—¿Están hechos con travertino? —preguntó Claudia a sus acompañantes. El objetivo era provocar a Calícrates y hacerlo hablar, pues se mostraba tan silencioso como las mismas piedras.

Sin embargo, fue Druso quien contestó, con su habitual vivacidad.

—Solo las semicolumnas. Los arcos son de un tufo volcánico muy resistente —viendo que Claudia no entendía bien, se extendió más—. El travertino como base para pilares lo usamos desde hace relativamente poco tiempo. Ahora las estructuras más modernas precisan de un material de primerísima calidad y la máxima resistencia. Tu cantera proporciona unos bloques perfectos. —La gentileza de Druso parecía no tener fin.

Se fijó un poco más. Y sí, era cierto, se apreciaba alguna diferencia entre los arcos y las semicolumnas por el distinto tipo de piedra usado.

La cola no se prolongó mucho más. Traspasaron el arco correspondiente y, con Druso como guía, subieron dos tramos de escaleras y accedieron a la cávea por uno de los numerosos vomitorios; unos pasillos que terminaban de forma abrupta en plena gradería.

—¿Es tu primera visita al teatro? —le preguntó Druso al ver la cara de sorpresa de Claudia. El espacio era magnífico, generoso y elegante. El mármol y el *scaenae frons* generaban una sensación de suntuosidad que quitaba la respiración.

—Sí. He asistido a bastantes representaciones en Pompeya, pero es la primera vez que vengo aquí.

Druso hinchó el pecho.

—Cuando has visto el Teatro de Pompeyo, cualquier otro siempre se queda pequeño. Jamás verás un teatro tan elegante como este.

Druso miró a Calícrates, que parecía negar con la cabeza, aunque no decía nada.

—Él no está de acuerdo —susurró el ingeniero a Claudia, señalando al arquitecto.

—El templo desgarra el diseño —dijo al fin Calícrates.

Claudia observó el templo citado por el griego. Ciertamente, era un concepto original y rompedor de acuerdo con las líneas más puristas.

—Yo lo encuentro encantador —contestó ella, buscando llevar la contraria a Calícrates para obligarlo a continuar la conversación.

Pero se quedó con las ganas. Una vez más, fue Druso quien respondió.

—Es un debate imposible de solucionar. Busquemos nuestros asientos…

Los condujo hasta unos pocos pasos a la derecha.

—Sesenta y cinco, sesenta y seis y sesenta y siete. Estos son —miraba las fichas de madera y los números apuntados allí.

Una vez sentados, Claudia se dio cuenta de que aquel era un lugar excelente para ver la obra. Casi en el centro exacto de la cávea —tanto en sentido radial como anular—, la visión del escenario era perfecta.

—Casi prefiero estar aquí arriba que allí abajo, junto a los senadores —dijo Druso, adivinando qué pensaba Claudia.

—Esto es como la fábula de la zorra y las uvas —replicó Claudia.

Druso asintió, sonriendo. La moraleja hacía referencia a despreciar aquello que es inalcanzable para el ser humano, dando más importancia a aquello que se tiene.

—Es de un autor griego, ¿no, Calícrates? —preguntó ella.

—Sí, Esopo —contestó de forma lacónica y muy fría.

Druso rompió el silencio que quería imponer el griego.

—No he visto actuar nunca a este grupo teatral. Se llama Compañía de Andronicus. Según parece, buscan mantener el espíritu trágico más ancestral.

—Yo los vi actuar en Pompeya —repuso Claudia, llena de orgullo—. Y son realmente buenos.

—¿Ya has visto esta obra? —Druso abrió los ojos un tanto sorprendido.

—Vi el *Festín de Thiestes*, pero con otra compañía, no con esta. —El *Festín de Thiestes* era la obra que se iba a representar en los próximos minutos. Una obra trágica de Séneca con un fuerte doble sentido moral y ético.

—¡Menos mal! Me gustaría que vieras algo que te sorprenda —respiró Druso aliviado, entonces extrajo algo de su bolsa de piel—. He traído unas uvas recién vendimiadas. Son excelentes. ¡Pruébalas!

Calícrates seguía impertérrito a su lado. Claudia se daba cuenta de que él la miraba de vez en cuando, pero sin decir nada.

—Excusadme —dijo el griego antes de levantarse y abandonar la cávea —. Vuelvo enseguida.

Se metió en el vomitorio del que habían salido y desapareció. Iría a las letrinas, seguramente.

Claudia iba saboreando las uvas que le había ofrecido Druso y estaba a punto de decir lo bien que le sentaban a esas horas, cuando su compañero le habló en un tono muy serio.

—Claudia. Llevo días pensándolo y creo que estamos hechos el uno para el otro. Cuando estoy a tu lado, soy un hombre feliz. Eres… Eres una mujer extraordinaria, culta y hermosa…, como te he comentado en más de una ocasión.

Claudia empezó a ponerse tensa. Aquello solo podía tener un final.

Druso continuó hablando.

—Ambos estamos solteros y sin hijos —cogió aire, como si ahora llegara un momento especial—. Me gustaría que fueras mi esposa.

Claudia estuvo a punto de atragantarse con una uva. Por suerte, el fruto estaba masticado de forma suficiente y descendió por su tráquea sin mayores problemas.

—Sé que es precipitado —continuó Druso, al percatarse de su sorpresa—, y no tengas prisa alguna en contestarme. Pero me gustaría mucho que lo valoraras de manera seria.

Claudia estaba a punto de contestar, cuando regresó Calícrates. Druso había aprovechado la ausencia del griego para hacerle la proposición, naturalmente.

Durante unos minutos, los tres estuvieron en absoluto silencio. El bullicio de la gente, ocupando sus asientos, impedía una incómoda ausencia total de sonido.

Claudia no sabía qué hacer ni qué decir. Sin Calícrates, ya habría sido complicado ofrecer una respuesta. Pero con él al lado, aún lo era más. Mucho más.

Hasta que una luz se encendió en su mente. Tal vez era el pequeño empujón que necesitaba el griego para reaccionar. Era un riesgo, pero valía la pena correrlo.

Cogió algo de aire y comenzó.

—Calícrates —lo dijo en voz alta y clara, para que sus dos acompañantes le oyeran bien—. Tú eres un hombre recto. Sabes distinguir bien entre aquello que es correcto y lo que no lo es. A ver si eres capaz de ayudarme en una cuestión que acaba de plantearme Druso. Él opina que, cuando un hombre y una mujer se llevan bien, aunque solo tengan una buena amistad, deberían casarse —Claudia los miraba a ambos, alternativamente—. ¿Crees que la amistad es suficiente para contraer matrimonio?

Ella estaba segura de que diría que sí; en la sociedad romana los matrimonios acordados eran muy habituales y, al principio, los cónyuges apenas eran otra cosa que recién conocidos, o amigos, en el mejor de los casos. El amor llegaba o no, pero el matrimonio debía engendrar hijos y consumarse.

Al terminar de hablar, se fijó en exclusiva en Calícrates. Quería ver su rostro, su reacción. De ella extraería más información que de las palabras que pronunciase.

El griego se volvió y la miró con aquella cara de lástima. Apenas se atisbaba otra cosa: una pena infinita más allá de cualquier sentimiento. Un brillo parecía querer emerger, pero se mantenía preso bajo la sombra de la tristeza y el frío de la pena.

Finalmente, contestó.

—La base de toda relación es el respeto mutuo, y lo mismo ocurre en el matrimonio. Siempre que haya respeto, y la amistad es una forma de respeto, el matrimonio funcionará. —Una frialdad absoluta acompañó estas palabras. Sin pasión, sin energía, sin vida.

¿Qué pensaría él realmente? ¿Le daba igual si ella se convertía en la esposa de Druso? ¿A eso se reducía lo que sentía por ella? ¿Una simple indiferencia?

Se sintió ofendida. Tuvo ganas de darle un fuerte y sonoro bofetón. Apretó los dientes, conteniéndose. «Estúpido hombre, ¿es que no puede sentir nada? ¿Acaso es de piedra su corazón?».

Levantó el mentón, orgullosa.

«Si es eso lo que quieres, hombre estúpido, eso tendrás».

—Druso —lo dijo de forma alta y clara, con el mismo tono en que había hablado al buscar la opinión de Calícrates—, acepto tu propuesta. Seré tu esposa.

El ingeniero se puso en pie y abrió los brazos.

—¡Ha dicho que sí! —gritó a la gente, muy contento—. ¡Claudia va a ser mi esposa!

Todos los que le oyeron irrumpieron en una cerrada salva de aplausos.

Todos, salvo dos personas. Claudia, enrojecida de vergüenza. Y Calícrates, en riguroso silencio.

* * *

Apenas unos minutos después, comenzó la obra. Un actor apareció en la escena en medio de un silencio sepulcral.

La *orchestra* estaba ocupada por medio centenar de individuos, cómodamente sentados. Lucían la toga *praetexta*, y sus esposas iban engalanadas con sus mejores vestidos y peinadas hasta el máximo artificio. Junto al *pulpitum*, media docena de músicos esperaban el momento para hacer sonar flautas y panderetas.

—Tántalo —susurró Claudia en dirección a Druso.

El ingeniero asintió en silencio.

En el prólogo de la obra, Tántalo es expulsado del Hades por la Furia y conminado a permanecer en su propia *domus* para instaurar para siempre el horror y el crimen en su descendencia.

—Odio, crueldad, venganza, luchas… —Druso le hablaba a Claudia al oído—, los transmite a sus hijos. Una discusión interesante de sostener: ¿es un hijo deudor de los delitos del padre?

—En la obra queda claro que sí. Y se transmiten de generación en generación.

—Yo creo que un hombre…

—… O una mujer —apostilló Claudia con una sonrisa.

—Un hombre o una mujer, bien. Yo creo que un hombre o una mujer tiene en sus manos la capacidad de cambiar su destino en función de cómo actúe.

Claudia miró a Druso. Un hombre cultivado y con opinión.

El prólogo acabó con la intención inicial bien conseguida: sembrar en los espectadores la semilla de los horrores más bajos del ser humano.

Ahora comenzaría la obra en sí.

Se retiraron los dos actores que representaban a Tántalo y la Furia, y otros nuevos aparecieron en escena. Uno representaba un soldado, que iba equipado con armadura, escudo y lanza.

—El otro es Atreo, el rey atormentado y con el orgullo herido —dijo Claudia en un susurro.

El diálogo con el soldado era una manifestación de la personalidad del rey y sus deseos de venganza.

—Esta es mi frase favorita —dijo Claudia.

—¡He conocido el duro ingenio de este hombre, no puede ser doblegado: ha de ser quebrado! —declamó el actor.

—Es una manera de justificar sus posteriores acciones macabras —añadió la *domina*.

—Otro debate interesante. La necesidad de justificar una acción, ¿es para convencer a quien escucha? ¿O para afirmar la idea de quien la proclama?

—Lo hablamos después —le contestó Claudia en un susurro.

Los actores actuaban bien. Se movían con soltura y naturalidad. Y sus voces eran claras y nítidas.

Claudia miró a Calícrates; sentado a su lado. El arquitecto estaba entretenido contando.

—¿Qué haces?

El griego la miró con mala gana.

—Calculaba cuánto espacio necesitan los espectadores para estar cómodos.

—Deberías estar atento a la obra: es magnífica.

El arquitecto le contestó con un rápido movimiento de los hombros.

Claudia lo dio por inútil. Ese hombre era imposible. Parecía no querer entender nada de lo que ella sentía.

En el escenario, el actor que interpretaba a Atreo relataba en qué consistiría su venganza. Atormentado, no solo deseaba acabar con su hermano, pretende destruirlo por dentro. Tiestes es el hermano de Atreo, condenado al exilio y a la pobreza. Pero esta primera venganza no ha sido suficiente.

Atreo explicaba que no es la muerte lo que prepara, ya que esta representaría un rápido alivio.

—¡En mi reino, la muerte se suplica!

Acusaba a su hermano de haberse acostado con su esposa y de robarle el reino, esto último gracias a la sustracción del carnero de oro. Ambos crímenes le afectan como rey.

El primero, la corrupción de su esposa, afecta sobre todo a la incertidumbre acerca de su descendencia. El segundo es un ejemplo de las luchas fratricidas por la exclusividad del poder.

Atreo hablaba ahora de la terrible sospecha de si sus propios hijos pueden ser, en realidad, hijos de su hermano Tiestes.

El soldado le pide algo de piedad. El rey ordena a la piedad alejarse para siempre de su casa.

En un acto salvaje y al borde de la locura, Atreo explica en qué consistirá su venganza. Ofrecerá un banquete a su hermano, con los manjares más suculentos. Le hará comer de ellos hasta llenarlo por completo. Después, verá cumplida su venganza: le dirá que las carnes ingeridas son, en realidad, los hijos de Tiestes, asesinados y cocinados para satisfacer los deseos vengativos del rey.

El primer acto acabó con los músicos entonando una melodía, la retirada de los actores y el aplauso del público.

—¡La representación es magnífica! —Druso parecía ilusionado como un niño; Claudia vio que sus ojos brillaban a causa de la emoción.

—Sí, es estupenda, hay que reconocerlo. Ahora viene el acto que más me gusta.

Él la miró y sonrió. Una sonrisa de complicidad.

«Es un buen hombre, un buen amigo. Estaré muy bien con él».

Claudia. Incluso ella se daba cuenta de que estaba buscando una justificación a la respuesta dada a Druso. Aun así, aunque solo fuera un argumento para convencerse de que su decisión era acertada, también era cierto.

Unas nuevas notas musicales alertaron a los espectadores de que el segundo acto estaba a punto de comenzar.

Dos actores aparecieron en escena. Tiestes y su hijo, Tántalo.

Tiestes ha recibido la invitación de su hermano para una fingida reconciliación, y el desterrado duda de que esas sean sus verdaderas intenciones. El hijo, Tántalo, lo convence de que acuda a la cita, aludiendo a los grandes beneficios de que la ira sea enterrada para siempre.

—Aunque sea un personaje secundario —le decía Claudia a Druso—, es la clave de todo. Que el nombre del hijo sea Tántalo, el mismo del hado expulsado del Hades, explicita el propósito de este muchacho: la maldición tantálica, la apetencia de poder, se ha apoderado para siempre de la estirpe.

Druso la miró un momento, sorprendido.

—¡Ahora lo comprendo! ¡Por Júpiter! Thiestes intenta alejarse de todo aquello que sea ostentación, riqueza y poder. Pero es por la intervención de su hijo que acepta ir a la reconciliación con su hermano. Su hijo busca ser considerado de sangre real y obtener los beneficios que de ello se deriva.

—¡Muy bien! —le dijo Claudia con un tono de voz demasiado alto.

«Un hombre que acepta con tanta alegría la opinión de una mujer, es un hombre distinto. Un hombre capaz de conseguir la felicidad de una mujer».

La obra continuó con una segunda parte de ese segundo acto: el encuentro de ambos hermanos.

Atreo ofrece al desterrado el perdón y compartir el reino. Tiestes se humilla arrepentido por sus pasadas culpas, y acepta de buena fe los buenos deseos de su hermano. Con ambos sentados a la mesa, dando cuenta de un suculento banquete, acabó el segundo acto.

El tercer acto era el más pobre de los cuatro. Al menos para Claudia.

—Séneca se equivocó al escribirlo así. Solo a las mentes más retorcidas les interesa saber cómo mató Atreo a los hijos de Tiestes y cómo los cocinó. Supongo que la idea es satisfacer a todos los espectadores.

Druso sonrió ante ese comentario.

—Deberías animarte tú y escribir algo. Seguro que se te daría bien.

Claudia sintió una cálida emoción que llenaba poco a poco su pecho y lo henchía al máximo.

Su mirada se posó en los labios del ingeniero.

«Ahora moriría por un beso tuyo, Druso».

Estuvo tentada de dárselo, pero se contuvo. No era el sitio adecuado. Y ambos lo sabían.

La obra continuaba.

En el último acto, Atreo hace cumplimiento de su venganza explicándole a Tiestes que se ha comido a sus propios hijos. Con Tiestes derrotado y hundido, había acabado la obra.

En un momento de ese último acto, el ingeniero le cogió la mano. Ella se sorprendió al notar el primer contacto, pero después apretó con fuerza y ganas aquellos dedos encallecidos por el trabajo en la obra.

«Sí, con él seré feliz. Muy feliz».

Capítulo XXVII

CALÍCRATES

Las grúas del segundo piso

Roma, principios de otoño del año 75 d. C.

Diez días antes de las calendas de octubre, la intensa actividad constructiva había regresado a la zona del anfiteatro. Los quince días festivos debidos a los Ludi Romani habían supuesto una gran mejora para el estado de ánimo de los trabajadores libres. Los esclavos habían continuado trabajando en la producción de ladrillos, el amontonamiento de sillares de travertino, el fundido del metal y otros aspectos similares.

El primer piso ya estaba acabado; al menos aquello que se había previsto para este período. Quedaban infinidad de detalles que, solo una vez completada toda la estructura, se acabarían. El mármol de los asientos de la cávea, por ejemplo, era uno de estos detalles.

Cada piso nuevo representaba volver a comenzar. Las fases del desarrollo eran siempre idénticas: marcado horizontal de la zona donde se elevarían los pilares y, a continuación, en vertical, de la zona donde subían los inferiores; elevación de los nuevos; construcción de los arcos, tanto de líneas anulares como radiales; erección de los muros de ladrillo para marcar los pasillos radiales y anulares; sistemas de suministro de agua y letrinas, así como desagües de lluvia y de aguas sucias; completar el murario con una inclinación de treinta grados allí donde iría la cávea; construcción de bóvedas en los respectivos pasillos, y, finalmente, alzamiento de escaleras.

Según lo planificado por Calícrates, esta última parte se reservaba siempre para el momento más cerrado del invierno, o para días lluviosos o de condiciones ingratas para estar en el exterior. Era una forma de aprovechar el tiempo durante una época, el invierno, en que la mayoría de actividades al aire libre quedaban necesariamente interrumpidas.

A medida que el edificio iba progresando en altura, la construcción tenía que ser más ligera. El travertino solo se usaría para los pilares y los arcos. El

resto, o sería de toba, o bien de ladrillo con un interior de mortero. Esta idea era muy obvia y cumplía un doble cometido. En primer lugar, y el más importante, no cargar en exceso los pisos inferiores de peso innecesario. Después, otro más funcional: cuanto más ligeros fuesen los materiales, más rápido sería elevarlos hasta su lugar de colocación. Los ladrillos, por ejemplo, pesaban mucho menos que los sillares regulares de travertino, y podían subirse en cantidades menores. Como parte negativa, estos materiales más ligeros generaban mayor movimiento que la piedra. El trabajo avanzaba deprisa y requería mayores cantidades de materiales en un tiempo menor. El mortero, por ejemplo, debía aplicarse fresco y llegar en cantidades pequeñas y frecuentes. Los ladrillos debían ajustarse en el mismo espacio constructivo. Las espuertas habían de llevarse a hombros. Los cubos, cargados e izados. Todo ello en el mismo sitio donde se estaba construyendo o en zonas muy próximas.

La estrategia constructiva era la clave de todo el proceso. Grúas y andamios tenían que progresar al unísono, sin molestarse los unos a los otros. También el trabajo de los hombres debía cumplir esa doble función: trabajar y dejar trabajar a los demás. Aun siendo un edificio enorme, los espacios de trabajo eran cada vez más reducidos, siendo idéntica la labor que debía llevarse a cabo.

Calícrates tuvo que reconocer que Druso era un verdadero genio en medir los tiempos de trabajo. La eficacia constructiva era ejemplar. El diseño del heleno era bueno, pero necesitaba una ejecución de idéntica calidad para un buen progreso. Y Roma contaba con excelentes profesionales.

Calícrates tuvo que reconocerlo. La urbe no había conquistado el mundo entero por casualidad, ni mucho menos. La eficiencia romana era extraordinaria. El heleno llegó a pensar que jamás en la historia del mundo otra cultura sería capaz de igualar aquella pericia. Tal vez Roma durara incluso para siempre.

En esos momentos, la carga hasta el segundo piso de los bloques de travertino era el trabajo más delicado. Elevados con grúas, debían izarse con suavidad y evitar todo balanceo. La fachada, a pesar de que aún no tenía los delicados acabados que la embellecerían, podría sufrir un serio revés si un bloque oscilaba en exceso o se rompía una cuerda, o si se aflojaba una grúa. Había más de treinta de esas grúas, y evitar un accidente era casi una quimera. Y era ahí, precisamente, cuando Calícrates veía la gran categoría constructiva romana. Cada capataz, cada artesano, cada operario daba lo mejor de sí mismo, ya fuera dirigiendo, empujando o haciendo palanca, o todo aquello

que fuera necesario para que la labor que ejecutaban en aquel momento tuviese la mayor precisión.

Aun así, se habían dejado unos andamios estrechos que circundaban toda la fachada, para evitar un fatal accidente. Un bloque de piedra caído desde una buena altura sobre los bloques que ya estaban colocados podía hacerlos trizas al impactar contra ellos. La madera no evitaría totalmente el golpe, pero sí detendría el impacto directo de piedra contra piedra. O, al menos, tendría alguna posibilidad de hacerlo.

Situado junto a una de las grúas de izado de bloques de travertino, Calícrates observaba cómo los esclavos accionaban las ruedas que impulsaban la ascensión de la piedra.

Las grúas eran, básicamente, dos mástiles de buena madera unidos en su parte superior y separados en la base. Unos estayes amarrados en la parte superior contrapesaban la fuerza de subida; estas cuerdas se alargaban hasta un torno situado en la arena o en el exterior del edificio. La misma fuerza de subida del bloque aseguraba aún más los travesaños en el suelo, y un eje de metal situado en la zona baja —a escasos cinco pies del suelo— sobresalía de los travesaños con unas pequeñas ruedas y unas manecillas que permitían que los esclavos izasen el peso con la ayuda de una polea situada en la parte superior.

Y en ese punto era básico el trabajo de un capataz. Un esclavo agotado o enfermo era un problema muy grave en el izado. Todo hombre que trabajase en una grúa debía estar en perfectas condiciones físicas. De lo contrario, el desastre estaba muy cerca.

Con la construcción del segundo piso, el trabajo de ascensión de los materiales suponía, obviamente, el doble de esfuerzo. El primero era llegar hasta la planta de ese segundo piso. De allí había que trasladarlos hasta el lugar requerido para su colocación y, lógicamente, volver a subirlos hasta su lugar definitivo.

En la segunda fase de ascensión, las grúas eran algo más pequeñas y trabajaban por parejas. Situadas de manera transversal al muro que se trabajaba, y una en cada extremo de ese mismo muro, iban colocando los paramentos de ladrillo y los bloques de dentro hacia afuera, así no se molestaban la una a la otra.

Aquí era imprescindible una excelente coordinación entre los distintos grupos de trabajo. Trabajar y dejar trabajar era la fórmula más adecuada ante el cuantioso volumen de tareas que debían llevarse a cabo.

Calícrates buscaba la máxima concentración en su trabajo. Tenía claro que había sido un gran profesional debido a su total implicación en la construcción en particular y la arquitectura en general. Y que solo en sus manos estaba el volver a serlo.

Pero era muy complicado. Había días en que estaba convencido de que tal labor era imposible. Como el agua que se lleva un río y se desvanece en el desierto, parecía que todo su caudal de conocimientos había abandonado su cuerpo para perderse más allá de lo tangible. O como la arena que se escapa de entre los dedos. En cambio, otras jornadas parecía capaz de recuperar parte de lo perdido. Solucionaba problemas complejos en la obra y se sentía útil y realizado.

También concluyó que pensar demasiado en sus hijas o en Claudia no era positivo para él. Jamás superaría del todo la muerte de su esposa Damaris; aquella era una carga que llevaría consigo el resto de su vida.

Damaris.

No dejaba de pensar en que fue él quien la obligó a quedarse en contra de su voluntad. Ella estaba decidida a marcharse de Roma y regresar a casa. Calícrates hizo valer sus derechos como esposo para imponerle el deber marital: ella debía quedarse junto a su marido. Algo lógico, teniendo en cuenta las costumbres habituales en su Hélade natal. En Roma estaban mucho más avanzados en ese aspecto. Cualquiera de los dos esposos, hombre o mujer, podía solicitar el divorcio y volver a quedar libre. Por ley, podía aplicarse a todas las provincias romanas, pero las costumbres tenían mucha más fuerza que una ley extranjera; sobre todo en los territorios con una fuerte cultura propia.

Además, estaba el hecho del embarazo de Damaris.

Un hijo. Después de tener dos niñas, la perspectiva de tener un varón se había convertido en algo deseable para ambos. Antes de que Calícrates fuera convertido en esclavo, los dos lo habían hablado. Y el arquitecto deseaba un niño que pudiera continuar con su oficio. Muchos decían que, para un padre, tener un hijo era como prolongar su propia vida, vivir más allá de la propia existencia. Sobrevivir a la muerte, incluso.

Un hijo lo habría colmado de felicidad.

¿Por qué no le había dicho Damaris que estaba embarazada? ¿Qué razón tenía para ocultárselo? Eran cuestiones que una y otra vez se retorcían por los rincones más visibles de su mente. Intentaba responder a esas preguntas con la lógica. Tal vez, pensó, ella lo supo justo antes de que la enfermedad asolara la ciudad y de que él quedara aislado tras la empalizada del anfiteatro. Tal

vez, incluso, esperaba estar segura antes de decirle nada, y no halló el momento adecuado para hacerlo.

Su relación había acabado siendo un tanto peculiar. Apenas hablaban de otra cosa más allá de las niñas. Su estatus matrimonial parecía quedar restringido a aquellos actos sexuales en el peristilo de los Sura, bajo la tenue luz de las estrellas. Y de eso tampoco hablaban, como si fuera un tema prohibido.

¿Por qué no se lo había dicho? La pregunta le trepanaba el cráneo como si fuera un taladro.

Nunca sabría, por boca de su esposa, la verdadera razón de aquel silencio. Podría imaginarlo, podría suponerlo, podría barajar distintas razones, pero jamás tendría ninguna certeza absoluta.

¿Por qué no se lo había dicho?

La muerte de Damaris era culpa suya. El arquitecto no dejaba de pensar en eso una y otra vez. Estaba convencido de que era así. Toda su educación como arquitecto lo llevaba a esa conclusión.

Él era el culpable.

Y las que más sufrían eran las niñas. Ahí su dolor era más fuerte aún, si ello era posible.

Moira cuidaba muy bien de Ione y Medea. La esclava se desvivía por ellas, y Lucio no reparaba en gastos y cubría cualquier necesidad que tuvieran. Aunque Calícrates tenía claro que la generosidad del senador hispano se debía únicamente a que necesitaba al arquitecto para la construcción del anfiteatro, no podía dejar de agradecerle que sus hijas estuvieran tan bien cuidadas.

Sin embargo, esos buenos cuidados no podían suplir a una madre. Su amor era insustituible.

Y la ausencia del padre tampoco ayudaba. Calícrates se refugió en su trabajo. Se impuso una intensa jornada en las obras. Incluso más allá de la puesta de sol, continuaba trabajando a la luz de un candil, solucionando problemas a través del estudio de sus planos o la elaboración de nuevas secuencias constructivas.

El peculiar carácter de cada una de las niñas se había ido acentuando. Medea, la mayor, se mostraba aún más inquieta, y con siete años recién cumplidos protestaba y se quejaba por todo. Ione, que tenía ya cinco años, continuaba sin articular palabra; solo algún ruido ocasional emergía de su garganta, pero parecía más el sonido de un animalillo salvaje que el de un ser

humano. Y en su estado, Calícrates no había podido afrontar de una manera decidida aquel problema. Además, no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Y después, estaba Claudia.

Aquella mujer era un verdadero quebradero de cabeza para el arquitecto. Cuando la conoció, se dio cuenta de lo difícil que le resultaba entender a las mujeres.

Druso y ella se habían casado la semana pasada. Eran, pues, marido y mujer tanto a los ojos de los dioses como de los hombres. Quedaba claro que el ingeniero estaba loco por ella. Y Claudia parecía corresponderle.

Ya que todo apuntaba a esta realidad, ¿quién era Calícrates para oponerse a la felicidad de la pareja? Druso era un buen profesional y un buen tipo. Un hombre honrado, trabajador y muy noble. Además, se había convertido en un buen amigo para el heleno.

Pero más allá de esa cuestión, Claudia seguía comportándose de un modo extraño con él.

No la entendía.

A pesar de poner todos sus sentidos en intentar comprenderla, había algo que estaba más allá de su propio conocimiento e inteligencia, algo imposible de discernir.

Antes de la boda con Druso, hubo momentos en que Calícrates llegó a pensar que Claudia sentía algo especial por él. Sus gestos y miradas lo confundían y, en alguna ocasión, él las interpretó de manera errónea.

Sin embargo, otros gestos y otras palabras le hacían concluir que allí no había nada de nada. Era una mujer extraña que solo lo trataba con cierto aprecio, nada más.

Por otro lado, el heleno estaba convencido de que Druso y ella estaban hechos el uno para el otro. Las conversaciones que ambos mantenían sobre Séneca se hacían interminables y eran muy aburridas para él. Entendía bien la lógica del escritor latino, o eso creía, pero es que los recién casados parecían encontrar dobles o triples significados en cada frase ingeniosa de cualquier escrito de Séneca. Calícrates supuso que, en el fondo, era una excusa para estar juntos, una forma de buscar complicidades y puntos en común.

En cualquier caso, él no se entrometería. Se los veía felices, y él solo ayudaría a mantener esa felicidad. Aunque ello supusiera tener que mantener las distancias con Claudia y tratarla lo menos posible.

Druso se merecía ser feliz. «Es un buen tipo y se merece la felicidad», pensó.

Capítulo XXVIII

JULIA BERENICE

Efectos de Primera Dama

Roma, primavera del año 76 d. C.

Su estatus social en Roma parecía ascender de forma imparable.

Julia lo veía así.

Su relación con Tito era cada vez mejor. Él la idolatraba como si fuera una verdadera diosa, y le concedía cualquier capricho que ella solicitara de inmediato.

La dificultad estaba siempre en los temas políticos. Ahí la oposición de Vespasiano representaba un grueso muro que derribar. El Princeps era un hombre duro, un déspota sin escrúpulos, según palabras de la propia Julia, y era muy difícil manipularlo.

Ni con razones ni con la fuerza.

Lo primero, era imposible. Él tenía su forma de ver el mundo y solo su opinión era válida. Los demás parecían estar solo ahí para hacer posible esa forma de concebir el mundo. No aceptaba, de ninguna de las maneras, otra opinión que no fuera la suya.

Y con el uso de la fuerza, parecía más imposible aún. Julia había intentado ya acabar con su vida en seis ocasiones. Veneno en su comida, animales letales en su alcoba, asesinos pagados a sueldo… Nada parecía funcionar. Como si algún dios malicioso velara por la vida de aquel hombre, todos y cada uno de los intentos fallaron. Unas veces por acierto del propio Vespasiano debido a unas buenas medidas de seguridad. Otras, por errores de planificación por parte de Julia o por verdadera mala suerte.

Parecía que iba a vivir para siempre.

Pero ella era una mujer que no se rendía fácilmente, y lo seguiría intentando una vez y otra hasta que se saliera con la suya.

Naturalmente, Tito no sabía nada de estos intentos. Él admiraba y amaba a su padre a partes iguales, y con gran intensidad. Julia pensó que jamás un hijo

había adorado así a su progenitor.

Ella, mujer inteligente, evitaba en la medida de lo posible que Tito tuviera que elegir entre ella y su padre. Buscaba el modo de que Tito no se sintiera presionado en exceso; solo un poco, de vez en cuando.

La cena que sirvió para establecer puentes con los sectores más influyentes de la alta sociedad romana tuvo un gran éxito. Semanas después, fue invitada a distintas recepciones, fiestas o cenas, de las familias más pudientes. Y pocos meses más tarde ya conocía a la mayor parte de los miembros de los linajes más distinguidos de Roma.

Ahora estaba segura de que había muy poca gente en la urbe que no la conociera o que no hubiera oído hablar de ella.

Aquella mañana, acudió a la Basílica Julia, en el Foro, ataviada con sus mejores joyas y ropas. El día era precioso: un cielo azul, muy limpio, contrastaba vivamente con el blanco del suelo del Foro y de los edificios adyacentes. Los mármoles y estatuas brillaban mucho más con el sol impactando en ellos de forma directa.

La entrada al Foro fue espectacular. La acompañaba un séquito de más de veinte hombres. Dos de ellos hacían sonar unos ruidosos instrumentos de percusión, y conseguían captar la atención de cualquiera que estuviera en la zona. Una docena de hombres de armas aseguraban su integridad física; eran pretorianos, de la guardia de Tito. El resto de su séquito acarreaba el palanquín: ocho esclavos, de alta estatura, cargaban sobre sus hombros aquel vehículo.

A un par de pasos de la escalinata de la Basílica Julia, la comitiva se detuvo. Dos de los esclavos colocaron un escabel en el suelo con una alfombra encarnada, y Julia Berenice, la princesa judía, la «casi esposa» de Tito, descendió con la máxima suntuosidad.

Se detuvo unos instantes, como si estuviera evaluando la situación. En realidad, se estaba haciendo más visible para la gente. Como una de las mujeres de la casa gobernante de Roma, y como exótica princesa judía, era el referente para otras damas en cuanto a peinados y ropa. Un tocado original o un color llamativo de su ropa podían convertirse en todo un reto para el resto de féminas romanas; sobre todo para las pertenecientes a la aristocracia o para las esposas de comerciantes enriquecidos. A Julia le encantaba ser ese referente.

Para hoy había elegido un peinado muy complejo. Dos postizos daban volumen a todo el conjunto: uno situado en la parte delantera —en la zona más alta de la frente— formaba rizos perfectos hasta llegar a la altura de las

orejas; el otro, en la coronilla, no tan rizado pero más voluminoso aún, se alargaba de forma cónica. En medio de los dos postizos, una diadema de seda de color azul, incrustada de lágrimas de oro y algún brillante, ocultaba su verdadero cabello.

Lucía un vestido a juego con la diadema. Azul y de idéntica seda, con un fajín blanco veteado del mismo azul. Brazos y manos brillaban por la acumulación de joyas de oro y plata, y algún brillante también azul.

Julia había estudiado bien la zona de los foros, y parecía estar totalmente integrada a aquel entorno.

Levantó el mentón, orgullosa por ser el centro de las miradas, y, satisfecha, entró en la basílica.

Dos eran las mayores basílicas del Foro romano. La Emilia y la Julia compartían protagonismo y funciones. La primera era la más antigua, pero se había quedado pequeña. Con lo que la Basílica Iulia se había convertido en el principal referente en cuanto a administración de justicia de lo civil. Era la sede permanente de los Centunviros, los jueces-ciudadanos que asistían al pretor urbano en la tarea de acelerar los procesos judiciales.

El edificio era imponente. Una majestuosa basílica con una fachada estructurada en dos pórticos con sus respectivos pisos, con arcos y medias columnas adosadas a sus pilares. Amplios ventanales en la parte superior ofrecían suficiente luz para iluminar buena parte del interior. Dentro, una nave central y cuatro laterales —dos por costado— albergaban multitud de salas separadas por paneles practicables de madera.

Y también había estatuas. Muchas estatuas.

Julia sonrió al recordar su primer pensamiento al ver esa profusión de imágenes pétreas. «Muy mal debe de estar la conciencia romana si estas estatuas tienen que recordarle el recto camino de la ética». Fue un pensamiento derivado de un aparatoso diálogo con un senador que pretendía justificar la excesiva proliferación de estatuas en el Foro romano.

La basílica se sustentaba sobre un elegante basamento alzado, en su parte más externa, sobre seis escalones. Seis escalones que rodeaban todo el edificio. Aun siendo cuatro los accesos —uno por cada lado— el más notorio y principal era el de la fachada que daba al centro del Foro, situado en uno de sus costados más largos.

Solo dos de sus esclavos y cuatro guardias pretorianos la acompañaron al interior.

Como era habitual, la zona del Foro, y la basílica en particular, era un hormiguero de gente. La justicia en Roma era lenta, y los procesos, muy

numerosos. Como cultura civilizada, la ley romana buscaba la verdad y la equidad más allá de la propia realidad social del individuo. Eso era así al menos en teoría. En la práctica, parecía ser bastante distinto.

Uno de los esclavos de Julia había sido letrado tiempo atrás. Ahora, por avatares de la vida, era esclavo de la casa del Princeps pero con unas funciones acordes a su formación.

Le indicó cuál era el lugar asignado.

Ella asintió con un breve movimiento de cabeza. Hacia la derecha.

El suelo marmóreo de la basílica parecía brillar con luz propia. Las suelas de cuero resonaban al repicar, y el eco llenaba de ruido el espacio circundante. En el interior, los dos pisos solo tenían un techo y se convertían en una única planta. Mirando hacia arriba, los dos niveles de arcos acababan en un espacio murado —correspondiente a la nave central— lleno de ventanales, a través de los cuales el sol se colaba hacia el interior.

Y dentro de los arcos superiores, como si tuvieran la función de hornacinas, había más estatuas. Estatuas y más estatuas.

Fue conducida hasta una de las esquinas, en la nave más externa de las cinco que componían toda la estructura.

Allí se estaba celebrando un juicio. El público, los miembros del tribunal civil y los letrados se levantaron cuando Julia hizo acto de presencia. Como pretor *suffectus* de su hermano, ella era la jueza que dictaminaría la sentencia final.

La división de la sala era la acostumbrada. En uno de los costados se sentaban la decena de hombres que componían el tribunal. En el otro, los dos abogados, el defensor y el fiscal. En el tercer costado la esperaba la silla curul, con respaldo y brazos. Y finalmente, junto a la entrada —y cerrando el cuarto costado— estaba el público, muy numeroso y expectante. Julia sabía bien que las otras salas no estarían tan llenas de gente: era su presencia la que atraía a tanto público.

Se sintió satisfecha.

Con gran majestuosidad, ocupó la silla presidencial. Los romanos tenían un terrible pánico a las monarquías —sobre todo a las orientales—, pero Julia sabía bien que las multitudes adoraban todo aquello que era extranjero y exótico. Y ella simbolizaba perfectamente ambas concepciones.

Tras los primeros actos formales —fue anunciada como la esposa del cónsul Tito y se le otorgó el estatus de pretor *suffectus* urbano—, fue puesta en antecedentes del juicio.

Se acusaba a un magistrado de prevaricación, robo y corrupción. Según constaba en el papiro que le pasaron, el jurado había encontrado culpable al acusado y aconsejaba la máxima pena que establecía el código consuetudinario. El acusado había ocupado el cargo de edil curul y se enriqueció de una manera exagerada. Al pertenecer a la clase ecuestre, el juicio se celebraba en la Basílica Iulia. Si hubiera sido un senador, el lugar de la vista habría sido la Curia senatorial.

Según otra nota, la causa era enjuiciada bajo el derecho penal, como dictaban las tablas VIII y IX de la Ley de las Doce Tablas. Tres eran las penas que podían ser aplicadas: una pecuniaria, que desaconsejaba plenamente el tribunal; el exilio, la mejor vista por la mayoría de la sociedad romana, y la pena capital, la recomendada por el grupo de hombres que siguió el juicio desde el principio.

Prevaricación, robo y corrupción. Pena capital.

Estos conceptos vagaron por la mente de Julia.

* * *

Aquel episodio en la Basílica Iulia, junto a toda la información que había recabado anteriormente, había abierto la puerta a un camino que Julia quería recorrer hasta el final.

Mientras Vespasiano estuviera vivo, el anfiteatro solo se construiría para dignificar su figura. Ni Roma, ni la plebe, ni mucho menos el pueblo judío, serían tenidos en cuenta. Ni siquiera serían recordados en su decoración o en las lápidas conmemorativas construidas al efecto. Todo el tesoro de su pueblo robado y malgastado para satisfacer el ego de un hombre malvado, cruel y despótico.

Dos eran las opciones que contemplaba Julia.

Primero era preciso eliminar a Vespasiano. Una vez que Tito ocupara el cargo de Princeps, Julia se aseguraría de que aquella obra solo recordase la antigüedad y la cultura del pueblo judío. Pero eliminar a quien sería su suegro era la parte más difícil. El Princeps era un viejo zorro, y sus intentos de magnicidio habían servido de bien poco hasta ahora.

La otra opción era interrumpir de algún modo las obras del anfiteatro. Buscar un motivo legal y prolongar esta ilegalidad el tiempo suficiente para que Tito llegara a ocupar el cargo de Princeps.

Estaba segura de que los hombres que dirigían las obras del anfiteatro se estaban lucrando a costa del erario público.

Y hasta cierto punto, Roma aceptaba esa usura. Como había comprobado en sus charlas con senadores y gentes de ley, el lucro era un buen incentivo para buscar una mejora de la productividad. Así había funcionado Roma desde siempre, y así continuaría con el paso de los siglos, según decían estas mismas gentes. Pero todo tenía un límite. Y cruzar ese límite era muy fácil para quien busca el oro de manera desaforada.

Julia sonrió al llegar a esa conclusión.

Roma era muy dura para quien se saltara sus normas. Y ella, con el cargo de pretor *suffectus* urbano, podía indagar mucho más allá que como esposa o amante de Tito.

Se puso a ello de inmediato.

Consiguió una lista de todos los magistrados que podían tener algo que ver con el anfiteatro, Casi más de cien nombres. Atendiendo a criterios lógicos, descartó a más de la mitad, hasta quedarse con una veintena. Una nueva criba dejó en siete los tipos que podían estar lucrándose de manera exagerada.

Aunque más que a un especulador, Julia buscaba una cabeza visible. Alguien cuya responsabilidad en la construcción del anfiteatro fuera tal que su juicio obligara a la detención de las obras.

Dos nombres destacaban con luz propia.

Marco Licinio y Lucio Licinio Sura.

El primero ejercía la magistratura de *praefectus fabrum*, encargado del mantenimiento y suministro del agua dentro de la urbe. Un hombre joven, que últimamente parecía haber abandonado su correcto cumplimiento del deber. Pertenecía a la clase ecuestre, y por tanto no era un hombre poderoso y solo la magistratura que ocupaba le daba cierta distinción.

El segundo hombre era distinto. Lucio Licinio Sura pertenecía a la más alta clase social romana. Los Sura eran aristócratas provinciales. Gente muy rica y poderosa que, con las reformas de Augusto, había conseguido una plaza en la Curia senatorial. Ello dio más poder a los Sura y los puso a la altura de los patricios de más rancio abolengo. En cualquier caso, el senador Lucio era un tipo de alta alcurnia y su recusación sería compleja. Ahora ejercía la magistratura de edil curul, de modo que dirigía la parte logística de la construcción del anfiteatro.

Por orden de dificultad, en primer lugar hizo llamar a Marco Licinio.

Como pretor *suffectus* y esposa de Tito, había conseguido un espacio en la Basílica Iulia que usaría a modo de despacho. Allí sus pesquisas resultarían

mucho más fructíferas al venir de un cargo oficial y ser arbitradas desde un lugar oficial. Tiempo tenía de investigar por otras vías más discretas.

Puntual a la citación que le envió el día anterior, el sirviente anunció la llegada de Marco Licinio. Julia no le hizo pasar de inmediato. Sabía que aquel hombre estaría algo inquieto por la citación de la pretor *suffectus* a la mismísima Basílica Iulia.

Unos minutos después, le hizo pasar. De hecho, la oficina no era más que un espacio acotado entre paneles de madera para obtener una mayor intimidad. Una pequeña mesa tras una silla era todo el mobiliario; funcional y práctico. «Muy romano», pensó ella.

En cuanto lo vio, a Julia casi se le escapa una carcajada. El hombre estaba nervioso como las aguas del mar durante una terrible tempestad. Además de balancear su cuerpo de un lado a otro, tenía el rostro cubierto de sudor y no paraba de morderse disimuladamente el labio inferior.

Julia volvió a bajar la vista, como si estuviera muy ocupada leyendo el papiro que tenía delante. El tipo no dejaba de moverse; eso era bueno, muy bueno.

—Bien —dijo finalmente Julia—. Tú debes de ser… —consultó el papiro. Conocía perfectamente el nombre, pero darle tanta importancia tampoco era bueno—. Marco Licinio.

El hombre asintió, pero sin decir nada.

—Según tengo entendido, actualmente ejerces la magistratura de *praefectus fabrum*.

Un nuevo asentimiento.

—Estoy aquí en calidad de representante del propio Vespasiano —odiaba decir eso, pero para los hombres de Roma la autoridad del Princeps significaba casi tanto como la misma voz de los dioses que tanto idolatraban —. Me ha encomendado una tarea compleja.

Miró al tipo directamente a los ojos.

—Tengo que buscar ladrones que roben al Princeps.

Ella estaba sentada y él, de pie, pero parecía que Julia fuera un gigante y que Marco estuviera menguando a ojos vista. Observó cómo la palidez en el rostro del magistrado parecía conducirlo hasta la muerte, allí mismo.

Sin levantarse, Julia guardó silencio unos instantes y volvió a consultar el papiro. «Despacio, más despacio. Hay que dar tiempo a que el miedo se apodere de él. Ya está en tus manos, parece a punto de desmoronarse», pensaba Julia.

—¿Tienes algo que decir?

Él se mojó una vez más los labios, pero ahora de manera contundente; se preparaba para hablar.

—No… Yo no estoy robando… nada —balbuceos y tartamudeos acompañaban a cada palabra—. Tengo pocos medios…, y trabajo mucho y bien.

—¿Pocos medios? —preguntó ella levantando una ceja; después miró al papiro—. El montante para tu magistratura es de seiscientos cincuenta mil sestercios. Eso no es disponer de pocos medios, ni mucho menos.

Más pálido, más nervioso.

—En realidad…, dispongo solo de… ciento cincuenta mil —lo dijo con las máximas dificultades vocálicas posibles, como si aquellos sestercios salieran todos a la vez de su boca.

—Eso es un error. Las cuentas son claras —repuso ella con voz firme.

Este hombre tiene miedo de otra cosa. No es de mí que surge su temor. Algo mucho peor que yo y mi cargo estrangula su corazón.

Se levantó de la silla y caminó hasta situarse junto a él. Cerca, muy cerca.

—No debes temer nada, Marco. Yo solo quiero ayudarte, nada más.

Aquel tipo seguía sudando profusamente. De hecho, empezaba a ser algo de lo más desagradable.

Él apartó la vista de la mirada escrutadora de Julia y miró al suelo. Como si buscara algo de fortaleza entre los mármoles brillantes.

—Fui despojado de parte del… presupuesto. Ahora solo dispongo de ciento cincuenta mil sestercios, y hago todo lo que puedo con ello —habló de forma algo más firme, como si la cercanía de ella le hubiera otorgado mayor seguridad en sí mismo.

—No se me ha informado de tal acción. Ni consta en la contabilidad de la urbe.

Algo esconde. Algo lo atemoriza. Necesito saber qué es.

—Mira, Marco. Si no me dices la verdad, no tendré más remedio que acusarte de malversación de fondos. Y eso solo será el principio. Después, incluso podría pensar que estás actuando contra Roma. Ya sabes cómo se sanciona esa falta.

—El resto de… El resto de sestercios fue desviado para mejorar su eficiencia… y para el anfiteatro —expulsó el aire de sus pulmones con la última declaración, como si con ello expiara una culpa que le atormentara durante años.

El anfiteatro.

«¿Acaso Vespasiano no tiene bastante con el tesoro de Jerusalén, e incluso desvía fondos del mantenimiento del agua para Roma? No es lógico. Él no es así», pensó Julia.

Volvió a sentarse en su silla. Aquel tipo no hablaría mucho más. Y no quería cortar por completo aquella fuente de información. Podría volver a sacar más de él si fuera necesario. «Ahora, a por el siguiente».

⁎ ⁎ ⁎

Siguiendo idéntico procedimiento, hizo llamar a Lucio Sura, que acudió a la Basílica Julia dos días después. Aunque había sido citado la jornada anterior, su liberto de confianza contestó a Julia alegando que su amo se hallaba fuera de Roma.

Era muy distinto a Marco.

En primer lugar, no esperó fuera. Entró en la oficina sin atender las explicaciones de los sirvientes de Julia. Y estaba hecho una furia.

Cuando estuvieron frente a frente, Julia lo observó. Él estaba de pie, ella sentada. Lo encontró un hombre terriblemente atractivo y con una personalidad muy marcada. Sus canas, que empezaban a aflorar en su cabello, su piel curtida y madura y su intensa mirada acentuaban aún más ese atractivo. Era algo mayor que ella, pero no mucho más, y resultaba muy seductor.

También él, cuando la vio, refrenó su furia. Los pasos enérgicos y la voz autoritaria ante los esclavos cedieron de inmediato y se quedó quieto y mudo ante la esposa de Tito.

—Me imagino que debes de ser el senador Sura; mis esclavos no han tenido tiempo de presentarte —ironía en sus palabras.

—Sí, la eficiencia de los esclavos de hoy día ya no es lo que era antes.

«Y encima es juguetón».

Ella se puso de pie. Allí eran necesarias unas armas totalmente distintas a las empleadas contra Marco. Aquel hombre no era ningún estúpido, eso quedaba claro.

—Siempre he pensado que la educación de los romanos estaba muy por encima de sus conquistas militares.

—Cuando hay algo que conquistar es mejor lanzarse a por ello sin dilación. Es por ello que Roma se ha convertido en la cuna del mundo civilizado.

Julia dio otro paso, acercándose de manera peligrosa al senador.

—¿Y Roma siempre busca conquistar aquello que ya ha sido conquistado por otros? Tal vez no sea una postura muy inteligente.

—Si el botín vale la pena, cualquier riesgo es asumible.

—¿Hasta perder el cuello?

—Un cuello que sostiene una cabeza sin honor no merece tal función.

«Muy juguetón».

Ella se dio la vuelta. El vestido que llevaba mostraba el primer palmo de su espalda; un escote trasero muy sugerente y elegante. Era un detalle que ella misma había diseñado.

Caminó hasta su silla, y se sentó de nuevo tras la mesa.

Cogió el papiro. Con él debería usar armas distintas, muy distintas.

—¿Qué es lo que necesita de mí la esposa del hijo del Princeps?

Julia sonrió por dentro. Era un hombre, al fin y al cabo.

—¿Qué hace todo un senador dirigiendo unas obras como si fuera un simple liberto?

Lucio soltó una carcajada. Su actitud era firme, y sus movimientos bien estudiados. Se le veía muy seguro de sí mismo. Julia tenía claro que un tipo como aquel era capaz de manipular a la gente para su propio beneficio.

«Un rival duro».

—En este momento no estoy dirigiendo nada. He sido llamado aquí sin saber muy bien para qué.

Un hombre que no respondía a las preguntas formuladas de manera directa, y que se iba por las ramas según sus propios intereses. Un hombre político, sin duda.

Tendría que buscar otras maneras de interrogarle.

Capítulo XXIX

LUCIO SURA

Parches

Roma, primavera del año 76 d. C.

Aquella mujer era muy lista. Demasiado.

Aun sin dar a conocer los verdaderos motivos de la entrevista, Lucio tenía claro que alguien se había ido de la lengua.

La concubina oficial de Tito sabía mucho. Y no es que ella hablara demasiado.

Lucio asistía con cierta regularidad a la Curia haciendo uso de su plaza como senador. La experiencia y la herencia de sangre lo habían convertido en un hombre político. Más allá de las palabras o los gestos, sabía cómo interpretar la realidad del oponente. Un tenue brillo en los ojos, un movimiento determinado de los párpados o un ligero temblor en la comisura de los labios podían decir mucho más que el simple verbo.

Y, por lo visto hasta ahora, aquella mujer dominaba con verdadera maestría la comunicación más allá de las palabras.

Tendría que andarse con extremo cuidado.

Ella se negaba a darle los motivos de la entrevista. Se escabullía como una pantera, deslizándose de entre sus dedos, sin que él pudiera atajarla. No podía bajar la guardia.

—En calidad de pretor *suffectus* te pido que contestes a mi pregunta —un tono serio y, en cierto modo, amenazante.

Aunque la magistratura de edil curul era más alta que la de pretor, el hecho de que ella compartiera lecho con el hijo del Princeps igualaba los cargos. Y, según cual fuese el motivo de la entrevista, situaba a Julia Berenice muy por encima de Lucio.

Alerta.

Basta de juegos.

—Sirvo al Princeps, de la misma forma que tú. —Sin faltarle al respeto, le dejaba claro que no se doblegaría a la voluntad de Julia.

Aun siendo una mujer madura, desprendía una aureola que la convertía en una mujer muy deseable. Emanaba un intenso erotismo capaz de hechizar al hombre más frío. Lucio la había visto con anterioridad, pero siempre en situaciones de lejanía y de manera pública. Ahora, aquí, en cuanto la tuvo a apenas un par de pasos de distancia, sintió una gran atracción por aquella mujer; si ella quisiera, le sería muy complicado ofrecer resistencia alguna.

—Lo entiendo, pero yo no dirijo, además, las obras del nuevo anfiteatro.

—En realidad, llevo la parte logística. Un senador lleva en la sangre unas dotes de mando y de organización que le vienen de sus antepasados, de su nobleza como estirpe —tenía que dar una lección de romanidad a una extranjera—. Es por esta razón que el Princeps siempre nos encarga las tareas más complejas; dirigir una legión, conducir una negociación muy difícil o levantar un edificio de estas características.

Ella afirmó apretando ligeramente la mandíbula inferior, pero sin dejar de mirarlo directamente a los ojos. Quedaba claro que lo estaba escrutando; cada gesto, cada pestañeo. No cabía duda de que la esposa de Tito conocía bien el lenguaje de los gestos.

Ella pestañeó ligeramente. ¿Un cambio de pensamiento? ¿Una idea nueva? No tardó en saberlo.

—¿Tienes algún tipo de relación contractual con Marco Licinio, el *praefectus fabrum*?

Aun sin quererlo, todo el vello de la nuca se le erizó. ¿Cómo podía haber relacionado aquella mujer a Lucio con Marco? ¿Acaso aquel estúpido había hablado? ¿Qué investigaba realmente Julia Berenice?

Esperó que su aturdimiento momentáneo no fuese percibido por la pretor *suffectus*. Aunque estaba acostumbrado a ocultar bien sus emociones, aquella mujer era una verdadera serpiente.

—Lo conozco. Hemos hablado un par de veces, pero nuestros cargos son totalmente opuestos. Desde el punto de vista contractual, no tengo ninguna relación con él.

La mirada de Julia lo escrutaba con mayor atención aún; si ello era posible. Como si los ojos quisieran penetrar a través de los suyos y buscar en el interior de su mente.

De hecho, hasta ahora Julia no le había mostrado de manera clara cuál era el propósito de la entrevista. Dos únicas preguntas y ninguna acusación.

Aquella mujer sabía algo.

⁎ ⁎ ⁎

La entrevista no se alargó mucho más. De hecho, tras la última respuesta de Lucio, ella lo despidió de manera fría.

El senador cruzó la zona del Foro de manera enérgica y a gran velocidad. Sin correr, sus largos pasos le llevaron hasta una taberna en uno de los callejones cercanos al centro neurálgico de Roma. Necesitaba tiempo y espacio para pensar.

Lucio ya había estado en ese establecimiento en distintas ocasiones. De hecho, el local era muy concurrido por senadores y gentes pudientes. La calidad y precios de los vinos lo convertían en prohibitivo para las clases medias o bajas.

Había un mostrador en forma de «ele» —con la parte corta mirando a la calle— a la derecha de la entrada. Más allá, mesas y sillas se esparcían como si fueran flores en medio de un jardín. Una mujer tras el mostrador era quien servía las bebidas. Lucía un escote demasiado generoso que insinuaba unos grandes pechos. Quedaba claro que era una atracción más para los visitantes.

—¿No está Agripino? —preguntó Lucio a la mujer, refiriéndose al dueño del local, que era quien servía habitualmente a los clientes.

—Ha salido. Desde hace una semana trabajo aquí. ¿Puedo servirle en algo, *domine*? —En aquella voz había algo más que una sugerencia vinícola.

—Una jarra de vino de la Tarraconense. Tráeme también algo de comer.

Lucio se sentó en un rincón del establecimiento.

La entrevista con Julia Berenice había abierto su mente. Estaba claro que alguien se había ido de la lengua, y que sus trapicheos estaban siendo investigados.

Desde que se puso al cargo de la logística del anfiteatro, Lucio había saneado totalmente su economía. Los seis millones de sestercios que había ganado —entre lo que había sustraído y lo que ganó con buenas transacciones — los había invertido en la compra de tierras, que ahora le ofrecían unas buenas rentas. Sin ser de los hombres más pudientes de Roma, ahora podía mantener su elevado nivel de vida sin problemas.

Todo lo había hecho de manera perfecta… O al menos eso pensaba hasta ahora. No podían relacionarlo con nada ilegal, más allá de la consabida apropiación de unos miles de sestercios, tan habitual en cualquier magistratura. Había algunos cabos sueltos que podían delatarlo, pero era cuestión de tiempo que todo quedara oculto.

Lo que ahora le preocupaba era saber cómo había llegado Vespasiano a conocer los hechos. Lucio estaba convencido de que la investigación de Julia

era una orden directa del Princeps. Una mujer como ella, sin un mandato de su suegro, jamás se interesaría por temas de esa índole. Algo sabían, y Lucio no entendía cómo era posible.

Estaba ensimismado en esos pensamientos y el vino, cuando la mujer que servía se le acercó.

—Agripino ha vuelto, *domine*. ¿Me preguntaba si estás satisfecho con todo? ¿Puedo ayudarte en algo más? —Tenía apoyada la mano en una cadera y se contoneaba de manera muy sugerente. Un pequeño mordisco en el labio inferior y una mirada provocadora despertaron el deseo del senador.

Julia Berenice lo había encendido, y necesitaba apagar esa llama.

Lucio aceptó el ofrecimiento de la mujer, y ambos se fueron hasta el piso superior de la taberna. Allí había una habitación modesta pero limpia. Una nueva forma de ganar unos cuantos sestercios de más por parte de Agripino, algo muy habitual en la mayoría de locales de Roma.

Cuando penetró a aquella mujer, en pleno coito, pensó en Julia Berenice y, cerrando los ojos, se imaginó que la poseía a ella. También le vino a la mente una idea: tenía que eliminar uno de los cabos sueltos para borrar cualquier pista que pudiera llevar a Julia hasta él.

Y el nombre de esa variable era Marco Licinio.

Capítulo XXX

CALÍCRATES

Agua

Roma, primavera del año 77 d. C.

Acarrear bloques de travertino hasta el tercer nivel era un trabajo extremadamente delicado. Cualquier error que acabara con la caída de uno de esos bloques desde aquella altura podía convertirse en una verdadera tragedia. Y no solo para la fachada del edificio o para la parte externa de la cávea si cayera en esa dirección. La verdadera catástrofe sería la pérdida de vidas humanas.

Ahora la cantidad de gente trabajando al mismo tiempo era verdaderamente exagerada. La última visita de Vespasiano a las obras, un mes atrás, lo había cambiado todo.

—Se acaban los plazos, griego —le dijo nada más llegar y sin apenas otro intercambio de palabras previo—. Se cumplen los cinco años que prometiste, y quiero inaugurarlo durante los Ludi Romani de este año.

Septiembre de aquel año. Poco más de cinco meses.

Acompañaban al Princeps su hijo Tito, Lucio Sura, media docena de senadores y un grupo numeroso de guardias pretorianos.

Todos ellos estaban en medio de la arena; los tornos que servían de anclajes a los estayes de las numerosas grúas dejaban poco espacio en el centro, pero suficiente para aquel selecto grupo.

Desde allí, las graderías de los dos primeros niveles ya permitían vislumbrar la magnificencia de aquel edificio, pero aún faltaban por completar dos niveles más.

Druso también estaba allí, aunque por supuesto era Calícrates, como arquitecto de la obra, quien debía rendir cuentas a Vespasiano.

—Y cinco serán los años de construcción —respondió el heleno—, teniendo en cuenta que debemos descontar el precioso tiempo que perdimos debido a la epidemia.

Vespasiano lo miró como si fuera un bicho raro, levantando una ceja.

—¡Eres muy listo, griego! Sin llevarme la contraria de forma clara, eres capaz de decirme que estoy equivocado al mismo tiempo que me das la razón. ¡Deberías formar parte del Senado! —El Princeps acabó la última exclamación con una sonrisa llena de cinismo.

Calícrates no mostró ningún sentimiento, solo asintió con un gesto apenas perceptible.

—¿Cuánto tiempo calculas que necesitarás para acabarlo?

—Dos años más. Y eso si la lluvia no nos obliga a interrumpir los trabajos externos.

—¡Por Júpiter! ¡¿Dos años más?!

Vespasiano parecía claramente contrariado. Puso los brazos en jarras mientras oteaba la elipse que lo rodeaba.

—Debemos encontrar la forma de acelerarlo.

Continuaba mirando a su alrededor, dando vueltas lentamente sobres sí mismo.

—Veo que dejas para el final los detalles más externos; tanto en la fachada como aquí —señalaba los graderíos.

—Sí, en eso estoy de acuerdo con Druso, el ingeniero jefe. Es mejor esperar a que las *machina tractorii* ya no estén subiendo bloques. O, al menos, a que ya no necesitemos el máximo número de ellas.

—¡Vamos a ganar seis meses de tiempo! —gritó el Princeps, como si hablase al anfiteatro.

Vespasiano se volvió hacia Calícrates, mirándole fijamente a los ojos.

—Voy a traerte trescientos operarios más y otro millar de esclavos…

«¿Y eso de qué servirá?», se preguntó el arquitecto.

—… Mientras suben los bloques del tercer y cuarto piso —siguió diciendo el Princeps—, terminarán la fachada y pondrán el mármol de toda la cávea. Con ello ganaremos seis meses de tiempo.

—Imposible —respondió de forma lacónica el heleno.

—Muchas cosas se reputan como imposibles antes de haberse realizado.

Una frase que parecía sacada de un escrito filosófico, pero que Calícrates jamás había oído antes.

—Esa frase no es mía —dijo Vespasiano viendo la duda en los ojos del heleno—, es de Plinio, un hombre sabio que estudia las verdades del mundo.

¿Plinio? No lo conocía.

Antes de que pudiera rebatir, el Princeps cogió a Calícrates de un brazo y se alejaron de los demás. Con una simple mirada al tribuno de la Guardia

Pretoriana, quedó claro que quería estar a solas con el arquitecto.

Unos pasos más allá y, lejos de los oídos de los demás, le habló en un tono bajo y más amigable. Era la primera vez que Vespasiano le hablaba así.

—Me queda poco de vida, Calícrates. Han intentado asesinarme en más de una docena de ocasiones y, al final, alguien lo conseguirá —estaba situado frente a él, y le cogía los hombros con ambas manos—. Ver terminada la obra de su vida es lo único a que puede aspirar un hombre al que la muerte le ronda de ese modo.

El que hablaba ahora no era el Princeps, sino un hombre resignado. Como si estuviera condenado a la pena capital por un tribunal y supiera la fecha exacta de su muerte. Sus ojos le miraban con firmeza. Había mucha sinceridad tras ellos.

—Por favor…, intenta conseguir ese imposible para mí.

Calícrates no pudo más que conmoverse ante aquel acto de súplica. Aunque conocía la habilidad política de Vespasiano —e intuía que aquello era una treta para obligarlo a cumplir con sus deseos—, no cabía duda de que el hombre más poderoso del mundo le hablaba con cierta sinceridad.

—Un accidente podría arruinar todo el trabajo…

—¡No! Malogrará solo una parte del trabajo; un desprendimiento puede dañar una parte de la fachada o de la cávea, pero no toda. Y repararlo solo te llevará el tiempo de unos operarios que ahora no tienes. No te va a hacer perder tiempo.

El razonamiento de aquel hombre era lógico. Era romano.

—¡Y tal vez los dioses nos bendigan y no haya ningún accidente, hombre! —le sonrió como lo haría un amigo a otro. No cabía duda de que sabía ganarse a la gente.

Desde aquel día, la cantidad de gente trabajando al mismo tiempo era inmensa. Y el ruido, ensordecedor.

Calícrates ascendió por el andamio de una zona específica de la fachada y se encaramó hasta el segundo piso. Unos pasos más allá, tanto a su izquierda como a su derecha, operarios de cantería daban forma a los detalles pétreos.

Medias columnas encuadraban los arcos; columnas que, según el piso, se integrarían en tres órdenes arquitectónicos distintos. Por desgracia, el más bello de estos, el dórico, no estaría presente. Los romanos tenían su punto de vista sobre la belleza de las cosas, y en eso eran bastante inflexibles.

Habían alterado los órdenes con que los helenos asombraron al mundo en el pasado. El dórico y el corintio romanos eran ahora tan distintos, que era

casi una obscenidad darles el mismo nombre. Solo el jónico mantenía la elegancia que consiguieron los helenos, aunque con ciertas modificaciones.

Precisamente, en el segundo nivel, el fuste había sido tallado según ese orden arquitectónico. La basa estaba apoyada sobre tres molduras. El fuste presentaba las típicas acanaladuras separadas por finos filetes longitudinales. El collarín separaba el fuste del capitel. Este, por suerte, mantenía las dos volutas, aunque se lo había dotado de detalles que recordaban la vegetación. Sin embargo, eran tan pequeños que, desde el suelo, apenas se distinguirían.

Desde el andamio, acarició con las yemas de los dedos la superficie labrada. A aquella corta distancia, se hacía evidente lo poco adecuado que era el travertino para los detalles. No tenía la exquisitez del mármol ni permitía un trabajo en que la finura fuera lo más sobresaliente. A pesar de la excelente labor de los tallistas romanos, los detalles eran bastos; un acabado similar, en un material más noble, daría la impresión de estar hecho por un aprendiz o un operario incapaz. Pero con el travertino el mérito era grande.

Ascendió por el andamio para poder tocar las volutas. El espiral estaba bien realizado, y todo convergía hasta el punto central.

El contacto con aquel detalle columnario lo llevó a recordar los días vividos en su querida Hélade. Su juventud y sus primeros trabajos. Una época de inocencia donde parecía que todos los sueños del mundo fueran posibles. Momentos de mayor paz que los actuales.

Un gruñido del andamio lo trajo de vuelta a Roma. Uno de los operarios pasó caminando junto a él, y la estructura de madera gemía bajo su peso.

—¿Algo no va bien? —le preguntó el tallista.

—Todo correcto. Salvo algún fuste que no está perfectamente encuadrado dentro de la basa. Señaló dos fustes más allá.

Ambos recorrieron ese corto camino.

—La diferencia es mínima, pero puede apreciarse que el eje central del fuste se aleja del mismo eje de la basa.

El tallista ladeó la cabeza, claramente contrariado.

—La diferencia es mínima… —repitió las palabras del arquitecto—, pero está claro que hay una ligera desviación. Iremos con más cuidado.

Nada molesta más a un maestro tallista que recibir una crítica negativa por su trabajo, aunque se formule de forma delicada. A Calícrates, sin embargo, no le preocupaba caer simpático a nadie, solo que todo el mundo fuera lo más eficaz posible.

* * *

Los arcos del tercer nivel comenzaban a coger forma, y fue en ese punto cuando Druso y Calícrates tuvieron una discusión de graves repercusiones futuras.

La cuestión que trataban era la instalación de las tuberías de plomo que abastecerían de agua las diversas fuentes del interior del anfiteatro.

—El esquema que dibujé era perfecto. No entiendo el cambio que propones —Calícrates tenía fe en sus ideas, y las defendía a capa y espada.

—El cambio que propongo busca la mayor eficacia posible…

—¡Pero el planteamiento original ya lo es!

—No, y siento contradecirte, pero no es así. En un espacio circular, la estructura simétrica es la idónea; todos los puntos de distancia, desde el centro, son idénticos, y requieren una perfecta simetría. Pero esto es una elipse. De hecho, son dos mitades de una elipse, y la estructura arbórea que propongo es mucho más eficaz.

Druso le hizo un esquema en el mismo suelo de la arena.

—El tercer pilar, contando desde el exterior, es desde el que emergen todas las tuberías de plomo. Se dividen en dos ramas al llegar a la plataforma. Una sigue dentro del mismo muro…

—… Y la otra también debe…

—¡No! Déjame acabar. La otra se desarrollaría de forma circular e iría serpenteando hasta la parte más externa.

—Es una estupidez y lo sabes.

Druso lo miró, incrédulo. Era la primera vez que Calícrates tildaba de estúpida una propuesta del ingeniero.

Pero Calícrates no quiso disculparse. Estaba convencido de que tenía razón. La propuesta de Druso no tenía lógica alguna.

—Mi estructura de árbol es mucho mejor. Distribuye mejor el agua y no deja espacios negros.

—¡Pero es ilógica! No respeta los cánones de la simetría. ¡Es un verdadero despropósito!

—¡Al cuerno los cánones de la simetría! Aquí debe buscarse la máxima eficacia; deja la belleza para la parte externa.

—¡No te atrevas a decirme cómo debo hacer mi oficio! —el heleno se mostró enfadado ante aquella falta de respeto.

Druso se puso de pie; se había puesto en cuclillas para dibujar la estructura arbórea idónea con el fin de distribuir el agua hasta las distintas fuentes.

—Sé que estás aún afectado por la muerte de tu esposa, pero debes…

—¡No te atrevas a juzgarme! Desde que te has casado das lecciones a todo el mundo. ¡Hasta creo que te atreverías con Vespasiano y su forma de gobernar Roma!

Calícrates se volvió y buscó refugiarse en una tarea que lo alejara de Druso.

* * *

Una semana después, la discusión se agravó.

Calícrates se dio cuenta de que los plomeros distribuían las tuberías en el tercer nivel sin seguir los dictámenes de sus diseños.

—¡Esto está mal! —gritó al operario—. ¡¿Es que acaso no sabes leer mis especificaciones?! —le mostró el dibujo del papiro con la distribución simétrica que proponía.

El plomero era un hombre ya veterano; con más de cuarenta años, lucía la experiencia de su oficio en su cuerpo. Manos callosas y requemadas, rostro curtido, espalda ligeramente encorvada…

—Druso me indicó que debía hacerlo así.

—¡Maldito sea Druso y sus estupideces! ¡Soy yo quien dirige las obras! Hazlo como te digo.

En ese momento, el ingeniero apareció por allí; había oído las últimas frases. Cogió al heleno del brazo y lo llevó hasta un lugar más apartado.

—¡Basta de comportarte como un chiquillo, Calícrates! Pareces un viejo carcamal —Druso le hablaba con firmeza, pero sin llegar a gritar—. He consultado con otros arquitectos, y todos están de acuerdo en que mi esquema arbóreo es mucho más eficaz que el tuyo. Podemos hablar con ellos, si te place.

Calícrates estalló.

—¡Haz lo que te dé la gana, pero déjame en paz!

Le dejó allí, solo.

Calícrates ascendió por el interior de la estructura. Pasó por escaleras ya acabadas, por distintas rampas y también por un par de andamios, hasta llegar a la parte más alta del anfiteatro: el tercer nivel que estaban levantando. Allí, en un lugar solitario, sin operarios ni esclavos cerca, se sentó encima de uno de los arcos recién construidos.

La vista de Roma desde allí era impresionante; los edificios más importantes de la urbe se habían convertido en meros juguetes. Hasta la colina Capitolina parecía haber menguado su altura e importancia. Desde allí, el mundo era distinto.

Y allí, en las alturas, Calícrates comenzó a llorar de manera desconsolada.

⁎ ⁎ ⁎

La primavera llegaba a su fin, y el estío significaba un buen avance en las obras. Se avecinaba la época más seca del año, con lo que las lluvias no podrían interrumpir los trabajos exteriores.

Los cuatro equipos de trabajo levantaban ahora la estructura a un ritmo bastante parejo. En ocasiones, un equipo ayudaba a otro que llevaba algo de retraso. También la idea del equipo auxiliar había demostrado su excelente eficacia, ya que mejoraba la velocidad del grupo que llevara algo de retraso sin impedir el avance de los otros.

Las materias primas llegaban de manera continuada y sin interrupción. Los grupos de trabajo adyacentes a la obra acumulaban los materiales acabados y listos para su colocación. Los equipos de transporte mostraban una buena eficiencia, sin excesivos embotellamientos y sin dejar sin trabajo a los operarios que esperaban el material.

Los últimos días habían sido lluviosos, y la tierra estaba empapada. El río Tíber mostraba un buen caudal, fruto de la aportación de los múltiples arroyos que confluían en él. También la saturación de los acuíferos ayudaba a que el cauce fluvial fuera tan majestuoso.

Habían llegado noticias de que las lluvias en los Apeninos habían sido aún más intensas que en la propia urbe. El pueblo romano, tan habituado a cohabitar durante tantos siglos con una cuenca fluvial, tenía la experiencia suficiente y estaba preparado para una segura crecida del río y un más que posible desborde de su cauce habitual.

Julio César, Augusto y Tiberio habían intentado encontrar la forma de minimizar los riesgos de una crecida del Tíber. El primero pensó en enderezar los meandros, pero su asesinato impidió realizar el proyecto. Su sucesor, Augusto, fue el más eficiente; hizo limpiar el alvéolo y creó una magistratura específica para este cometido: *Curatores alvei et riperum Tiberis*, la llamó. Finalmente, Tiberio propuso rebajar el cauce del Tíber desviando uno de sus afluentes hacia otra cuenca, pero una fuerte oposición, debida principalmente a factores económicos, consiguió detener el proyecto.

El agua era un factor económico muy importante. Aparte de servir como vía de comunicación, el desvío del cauce de agua suponía cruzar tierras que sufrirían una notable pérdida productiva. Los patricios propietarios de esas haciendas lucharon con todas sus fuerzas para conservar esas rentas.

Y así el río Tíber no pudo ser domesticado totalmente. Aunque al llegar a Roma el Tíber tenía puentes, muros de contención y otras construcciones afines, una fuerte crecida era imposible de detener.

La Cloaca Máxima, construida con el objetivo de drenar lo que antaño fueron las numerosas zonas pantanosas —principalmente el pequeño valle entre la colina Capitolina y el monte Palatino—, corría peligro de quedar desbordada y tener un efecto contrario al esperado.

Y ante la reciente posibilidad de crecida, toda la población de Roma se puso alerta.

La zona del anfiteatro no fue una excepción. Se procedió a aislar del suelo aquellos materiales susceptibles de ser dañados por el agua. Los andamios fueron reforzados en sus bases para evitar, en la medida de lo posible, su desmoronamiento. Algunas grúas se desmontaron y se guardaron en las zonas más altas del anfiteatro.

Calícrates y Druso vivieron aquellas jornadas con verdadera angustia. El temor a un retraso de las obras solo era comparable al temor a cerciorarse de lo adecuado de los drenajes y desagües. Lo primero sería pésimo —Vespasiano no admitiría un nuevo aplazamiento para la inauguración—, y lo segundo —en el caso de que las previsiones no fueran las adecuadas— podría provocar una catástrofe en el edificio.

Ahora, con el tercer piso en construcción, habían empezado a manifestarse las ya sabidas tensiones internas del propio edificio. El anfiteatro aguantaba bien, hasta ahora, las cargas estáticas; la elevación del último piso —el más ligero de los cuatro—, supondría la prueba definitiva. En cambio, las fuerzas dinámicas eran harina de otro costal; el movimiento de las grúas y el arrastre de materiales por los pisos superiores suponían una verdadera preocupación para Calícrates, ya que los bloques eran unidades de muchísimo peso. Los cálculos habían sido pensados para el movimiento y acomodo de espectadores, unidades múltiples de poco peso que, además, se repartían de manera uniforme a lo largo, lo ancho y lo alto del edificio. Ahora, si el agua inundase la parte baja de la estructura, un simple error en los cálculos podría echar todo el edificio al suelo.

Solo si había un error de cálculo, pues Calícrates sabía que la construcción era impecable y totalmente de acuerdo con sus especificaciones.

La crecida se esperaba durante las próximas cuarenta y ocho horas; si después de aquel tiempo el caudal se mantenía, no habría inundación. El Princeps había dispuesto un servicio de observadores y mensajeros en las

primeras millas río arriba. Cualquiera que detectase un desborde del cauce debía informar de inmediato.

El día era plomizo, y un color gris quebradizo enturbiaba la tranquilidad celestial. Algunas gotas se escapaban de las nubes, como si estas fueran incapaces de retenerlas en su seno. Una brisa proveniente del mar llegaba cargada de humedad, como si también quisiera colaborar a aquel posible desastre.

Y la angustia se había esparcido, como la harina en un día ventoso, entre toda la gente que trabajaba en la construcción de aquel colosal edificio.

Nadie, absolutamente nadie, había abandonado la zona de trabajo. La incertidumbre de lo que sucedería finalmente —y la posibilidad de necesitar mucha mano de obra en un determinado momento, y que ello pudiera suponer tanto una salvación del edificio como, en un efecto contrario, la muerte de mucha gente— no ayudaba a tranquilizar a nadie. El anfiteatro, pues, tanto podía convertirse en una obra divina, como en una tumba. Aunque esta última posibilidad estaba siempre presente en todos los edificios construidos desde el principio de los tiempos.

Al mediodía, la lluvia arreció de forma considerable. Las nubes se convirtieron en densos y oscuros nubarrones, y empezaron a desangrarse. Como si los dioses se dedicaran por capricho a poner a prueba la consistencia del edificio, el agua empezó a caer en espesas cortinas que convertían el paisaje en una amplia paleta cromática de múltiples tonos de gris. El ruido de la ciudad quedó ahogado por un siseo continuo, como si un millón de gigantescas serpientes estuvieran celebrando un tumultuoso festival. El agua y el ruido habían conquistado las calles de la urbe, obligando a sus habitantes a recluirse en sus hogares.

Calícrates y Druso, todavía distanciados por sus cada vez más notables diferencias, se encontraron inspeccionando los desagües del anfiteatro ante lo que ya era una fuerte tormenta.

—No se acumulan charcos más allá de la arena —observó Druso de manera impersonal y fría, sin mirarle a la cara, como si solo hablara para sí mismo.

Ambos estaban en el tercer piso, junto a algunos bloques por colocar y bajo los arcos a medio completar con las cimbras aún puestas. Estaban empapados hasta los huesos; la humedad pegaba las túnicas a sus cuerpos, y los goterones resbalaban en sus cabellos ya empapados. El agua se acumulaba en el suelo del hasta ahora piso más alto del anfiteatro; con el techo sin

acabar, la lluvia caía a placer en un suelo que, en un futuro, habría de estar seco si los desagües trabajaban con la eficacia esperada.

—Los charcos de esta zona son debidos a que las canalizaciones de este piso aún no están completas. —El heleno le hablaba como si Druso fuera un extraño y no conociera nada sobre el edificio.

El grito de un hombre consiguió ser audible y destacar entre aquel ejército de trabajadores. Todos, absolutamente todos, oyeron la voz.

—¡El Tíber se desborda!

La frase más temida aceleró los corazones de casi todos los hombres. Calícrates y Druso se miraron de forma fugaz uno al otro. Apenas fueron unos segundos, pero suficientes para saber que la hora de la verdad había llegado.

Durante aquellos breves instantes, la mente del heleno barajó lo que podría ocurrir con el edificio en su momento actual de construcción. La adición de diversos pisos lo había dotado de consistencia, pero, al mismo tiempo, de una mayor debilidad. Su idea estructural era que, con el último nivel —compuesto por un casi cerrado anillo construido con un muro de bloques de travertino—, se acabara de asentar todo el edificio. Aquel último nivel anular ligaría toda la estructura buscando una mayor cohesión de la integridad de las partes.

Pero aquel último piso no estaba construido aún.

No tenía ni idea de qué podía hacer el agua acumulada en exceso. Un par de palmos no resultarían peligrosos en absoluto. Tal vez incluso hasta que el agua no llegara hasta la mitad del primer nivel no podría hablarse de una situación de riesgo.

Ambos bajaron por distintos tramos de escaleras —algunas recién construidas, apenas rampas aún; otras totalmente acabadas— y en un momento llegaron hasta el nivel de suelo.

La fuerte lluvia había convertido la zona de tránsito entre el edificio y la empalizada en un barrizal. Los charcos comenzaban a crecer.

Si ahora el suelo ya estaba empapado, con la llegada de la crecida el efecto podría ser catastrófico. Aunque el Tíber estaba muy lejos de las obras, las canalizaciones para drenar lo que antaño había sido un lago natural y luego uno artificial dejaban bien claro que el agua era el peor enemigo de la localización donde se levantaba el anfiteatro.

El nivel del agua crecía por segundos, como si se estuviera llenando con un gigantesco recipiente. Aquello era imposible con solo el agua de la lluvia que estaba cayendo: sin duda era un efecto de la crecida del río. El agua

buscaba recuperar su antiguo lugar: aquella laguna natural que el ser humano le había arrebatado.

En cuanto pisaron el suelo, comprobaron que el nivel del agua les llegaba hasta las rodillas. Ambos se miraron. Por un momento, parecía que las diferencias quedaban atrás; como si el desastre que se vislumbraba fuera capaz de limar, de golpe, las diferencias que los habían separado.

Solo fue un instante.

—¡La tapa del colector norte! —dijeron ambos al unísono, señalando la misma zona.

Dos tipos de conductos se encargaban de evacuar el agua del anfiteatro. Dos anillos concéntricos —uno, justo en el exterior del edificio, y otro en el mismo borde de la arena— estaban conectados por cuatro tuberías transversales a estos. Estas tuberías estaban a siete pies bajo el suelo.

Pero a veinte pies más abajo, una tubería mucho mayor recogía el agua y la evacuaba, por el lado sur, buscando la salida hasta el río.

Se habían instalado cuatro trampillas que servían para acceder hasta el interior de estos enormes desagües; una en cada punto cardinal.

La trampilla del norte estaba en reparación. Un accidente ocurrido durante la semana pasada había desplomado dos arcos de la fachada, con el consiguiente arrastre de los andamios más cercanos. Un centenar de esclavos habían trabajado duro para despejar aquella zona de cascotes, pero el trabajo de limpieza aún no se había completado.

Calícrates y Druso no tenían ni idea de cómo trabajaba en este momento ese colector. Tal vez estuviera totalmente obstruido y no fuera capaz de absorber ni un sextario de agua.

Arquitecto e ingeniero se desplazaron hasta la zona norte atravesando el anfiteatro por la arena; la distancia más corta. El agua les llegaba hasta casi la cintura cuando atravesaron el óvalo central de todo el edificio y se pusieron a cubierto. Los túneles artificiales bajo la cávea los protegían de la lluvia, pero al agua se acumulaba al mismo nivel que en la calle. Parecía no haber barrera humana capaz de impedir el paso del agua.

El heleno caminaba, con Druso al lado, buscando vencer la resistencia del agua; casi hubiera sido más rápido nadar.

De nuevo bajo cubierto, el arquitecto miró hacia el techo, buscando escuchar el sonido de los múltiples desagües que conducían el agua que caía de la lluvia. El siseo de la tormenta pareció aumentar de intensidad. Tal vez se debiera solo al hecho de que estaban en el interior de un edificio aún sin acabar: los múltiples ecos solo hacían que magnificar los distintos sonidos.

—El agua ya no sube más —la voz de Druso lo devolvió a la húmeda realidad. El agua les llegaba hasta la cintura, pero no parecía que el nivel de inundación siguiera aumentando.

No pudo hacer más que dar la razón al ingeniero con un tosco asentimiento.

Cuando llegaron hasta el punto indicado, el nivel del agua había descendido hasta las rodillas.

—No desagua debidamente… —susurró Druso.

Calícrates y el ingeniero romano, empapados de agua y barro, vieron cómo la trampilla mencionada estaba totalmente cubierta de deshechos de obra. El agua cubría los primeros palmos, pero más allá de esta emergía una montaña de escombros justo sobre la trampilla.

—¡Ve a buscar ayuda! Yo comenzaré a limpiar esto —gritó Calícrates. El ingeniero no perdió el tiempo discutiendo. Sabía que necesitaban más brazos.

El heleno comenzó a quitar escombros con las manos. Tenía la túnica empapada, y el agua resbalaba por su cuerpo a chorretones.

La lluvia se detuvo de repente, y el cielo se abrió. Era como si los dioses quisieran observar al heleno esforzándose en retirar aquellos escombros. Los rayos del sol traspasaron el grueso de nubes y llenaron de luz y color el recinto del anfiteatro.

El agua acumulada estaba turbia y llena de desechos. Calícrates tuvo que esquivar un madero que, siguiendo la corriente del agua, flotaba junto a ramas y diversos objetos.

—Hacia el Tíber… La corriente se aleja en dirección al río… —El edificio le tapaba la visión hacia el sur, donde estaba el Tíber.

Dejó de pensar en ello y se concentró en limpiar la trampilla.

Cuando llegó Druso con media docena de esclavos, la boca del desagüe seguía sin tragar agua: la trampilla estaba aún tapada. El nivel del agua había bajado un poco, pero el barro se había compactado, convirtiéndose en una masa casi impenetrable.

Uno de los esclavos se metió dentro del conducto y, con ayuda de un pico, extrajo más escombros del desagüe; una cuerda atada a su cintura y sujetada en el exterior por sus compañeros impedía que fuera arrastrado hacia la oscura boca del sumidero.

Al poco rato, el agua fluía de manera efectiva y al mismo ritmo que en los desagües del resto del anfiteatro. El sol no conseguía imponerse a las nubes, pero la lluvia se había detenido.

—Esto no ha acabado, Calícrates.

El heleno lo miró con cara de sorpresa.

—La inundación la ha provocado una avenida de agua proveniente de los ríos y riachuelos que confluyen hacia el Tíber, pero el cauce principal no se ha desbordado aún.

—¿Desbordado? —El heleno no conocía las particularidades del cauce fluvial alrededor del cual había crecido Roma.

—Con toda el agua que llega al Tíber, el río no tardará en subir de nivel y volverá a inundarlo todo.

Ambos caminaron un trecho en dirección oeste, rodeando el anfiteatro.

Multitud de pequeños riachuelos discurrían por todas partes abriéndose camino hacia el Tíber. Algunas de las calles de Roma se habían convertido en un inmenso lodazal salpicado con infinidad de arterias de agua que se arrastraban llenas unas a otras con viveza y alegría, como si estuvieran satisfechas de haber arrancado aquel espacio al hombre, aunque fuera solo por unos días. Sin embargo, no todas las calles habían sido tomadas por el barro; la mayoría brillaban bajo la limpieza que otorgaba el agua de la lluvia y aquel posterior sol vivificador.

—¿La colina Palatina no hará las veces de dique ante una crecida del río? —preguntó el heleno.

—Sin duda impedirá que la avenida llegue directamente hacia nosotros, pero el agua acabará llegando de todos modos. Nada puede detener el agua. Nada.

Calícrates, por supuesto, conocía esa particularidad. Era una cuestión que todo arquitecto debía tener en cuenta. Pero también sabía que no había desagüe posible ante una inundación de grandes magnitudes.

Las nubes fueron desapareciendo poco a poco, y el azul del cielo comenzó a ganar terreno.

La gente empezó a llenar las calles otra vez. Todo el mundo miraba hacia arriba y señalaba las nubes como si el propio Júpiter las estuviera apartando a manotazos.

Llegaron hasta la fachada sur del Circo Máximo. Muchos curiosos se habían congregado en ese punto para ver lo que ocurría, con la esperanza de poder presenciar algo que mereciera la pena y que luego pudieran contar a sus amigos y conocidos.

—Desde aquí veremos la crecida —comentó Druso.

Calícrates estuvo a punto de protestar. Si en algún sitio tenían que estar, era junto al anfiteatro, planteándose posibles soluciones. Sin embargo,

inmediatamente pensó que nada podría detener la crecida de un río como aquel.

Desde esa zona, la vista del Tíber era perfecta. El Circo Máximo recibiría el primer impacto de la avenida. Después, el agua llegaría hasta los aledaños de la colina Palatina. El cerro desviaría las aguas hasta el *velabrum*, al norte. Al sur, el monte Aventino y el Circo Máximo actuarían de canalizadores, y desviarían el agua hasta el sureste.

En ese momento, el río ya se desbordaba e inundaba amplias zonas más allá de su cauce habitual. La isla Tiberina apenas era un diminuto espacio entre aquellas aguas de color marrón que arrastraban fango, tierra y otros desechos.

Una parte del agua proveniente de la zona del anfiteatro se había acumulado en la zona del Foro Boario —a muy pocos pasos del lugar donde aguardaban ellos—, y allí formaba un ensanchamiento exagerado del río. Casi parecía una laguna.

Calícrates observó que la gente también contemplaba todo aquello desde las zonas más altas de las ínsulas, esos edificios de hasta cuatro pisos llenos de ventanas y balcones. Multitud de cabezas contemplaban el espectáculo desde allí, y pocos se atrevían a bajar hasta la calle. Al menos en esa zona de la ciudad.

—Ya llega —comentó Druso, señalando con el índice hacia la parte este del río.

Una enorme lengua de agua se arrastraba como un deforme reptil por encima del cauce fluvial, ocultándolo a su paso. Silencioso, con aquel rumor apagado del agua desplazándose, avanzaba imparable buscando la salida hacia el mar, muchas millas más adelante.

Arrastrando restos vegetales y diversos objetos, el agua estaba colmada de barro y se veía turbulenta y sucia. La espuma aparecía allí donde un obstáculo se oponía a la corriente.

—¡Deberíamos buscar un lugar más alto! —gritó Calícrates por encima del rugido de las aguas.

Druso ni siquiera le contestó. Ambos se dieron la vuelta y buscaron la altura del monte Palatino.

El acceso a la cima no fue nada fácil. La tierra, empapada y convertida en un lodazal, estaba resbaladiza. Ambos, ingeniero y arquitecto, estaban empapados y llenos de barro. De hecho, sus figuras se confundían perfectamente con aquella ladera fangosa.

Druso ayudó a Calícrates en los últimos compases de la subida: alargó la mano para tirar del heleno.

Una vez arriba, contemplaron la crecida de las aguas.

Casi como por arte de magia, el agua comenzó a inundar las calles de Roma. Poco a poco, el mármol y las losas de las calzadas quedaron ocultas bajo el barro y el agua turbia. La gente buscó también la seguridad de las zonas más altas, esperando ver qué acabaría ocurriendo.

Lo mismo sucedió en la zona del anfiteatro. Los conductos que servían como desagües funcionaban ahora en sentido contrario, y el agua de la avenida llenó las tuberías e inundó la superficie colindante y toda la zona baja del edificio.

Un estruendo en el corazón de la ciudad los alertó.

—Un edificio se ha desplomado… —susurró Druso—. Probablemente una ínsula. Y no creo que sea el último.

—Seguro que ha sido un edificio construido con la máxima calidad edilicia —replicó Calícrates con sorna y una media sonrisa.

—La máxima calidad que puede encontrarse en esos edificios es el ahorro de sestercios en su construcción —contestó el ingeniero devolviéndole la sonrisa.

Durante la hora siguiente, oyeron tres estruendos más.

Ambos estaban nerviosos e inquietos, ante el temor de que el siguiente edificio en caer fuera el anfiteatro.

Se dirigieron hacia la parte norte de la colina. Desde aquella posición podían ver el anfiteatro perfectamente.

El agua ocultaba el suelo, e infinidad de residuos y escombros flotaban de manera inerte. Se mecían al son que marcaba la corriente del agua, y se golpeaban unos con otros: maderos, estructuras de andamios, sogas, ropa…

Naturalmente, el agua también había llegado hasta la arena. Esta era ahora invisible, y formaba un todo con el agua del exterior del edificio; una base de color marrón claro salpicada de espuma, escombros y desperdicios.

La crecida se prolongó hasta la mañana siguiente. Cuando el caudal del Tíber comenzó a menguar y el cauce original volvió a ser visible, el anfiteatro volvió a quedar libre de agua.

El barro dejó marcado el límite de la crecida, pero era una huella efímera que una rápida limpieza eliminaría para siempre.

—Felicidades, señor arquitecto. Su edificio ha aguantado de manera excelente una catástrofe como esta. Tiene un diseño perfecto —dijo Druso.

Calícrates lo miró. Era sincero en su felicitación.

—El diseño es correcto, pero también está muy bien construido. Ahí tú tienes el mérito.

Sin embargo, fue una réplica fría y sin excesivo entusiasmo. La paz entre ellos aún estaba lejos de ser una realidad.

Capítulo XXXI

CLAUDIA PULCHRA

Felicidad

Roma, verano del año 77 d. C.

Jamás creyó que la palabra «felicidad» pudiese acarrear esa sensación.

Durante mucho tiempo, en el pasado, Claudia había pensado mucho en qué era exactamente la felicidad. Un estado que todo el mundo perseguía, del que todo el mundo hablaba, pero que casi nadie parecía ser capaz de describir por experiencia propia.

Y buscando el valor de una voz autorizada —la de un hombre sabio—, las palabras de Séneca la habían marcado de manera profunda. Según el filósofo latino, todas las gentes del mundo desean ser felices, pero el principal escollo para alcanzar la felicidad es la propia ceguera de las personas al no saber qué las hace felices en realidad. También afirmaba que, cuanto más se buscaba esa felicidad, más lejos estaba el ser humano de encontrarla.

Ahora, con la felicidad hallada, Claudia entendía mejor que nunca las palabras de Séneca. Y eso significaba que solo cuando se encontraba era cuando se comprendía y valoraba en su justa medida.

Claudia había buscado de manera desesperada ser feliz. Sin embargo, la riqueza, el lujo, el sexo y el poder o la verdadera libertad solo fueron obstáculos para conseguir esa felicidad. Y cuanto más la buscó entre esos caminos, más desgraciada y desesperada se sentía.

Incluso el desprecio de Calícrates estuvo a punto de convertirla en una verdadera miseria humana.

Como advertía Séneca, Claudia había buscado en la senda más transitada, la menos aconsejable, y siguió al rebaño sin hallar la dicha en ninguno de esos caminos. Según el filósofo latino, la felicidad era como una fuente que nacía en el interior de cada ser humano y, de igual modo, tenía un caudal, un sentido y un sabor único. Solo buscando lo mejor de cada uno, y no lo que satisfaga a la mayoría, uno podrá encontrar la felicidad.

Había una pregunta que Séneca siempre lanzaba al aire.

¿Por qué el hombre no busca lo bueno simplemente porque es bueno, y no solo para aparentar bondad?

Una pregunta inquietante, y llena de verdad. Pero ¿cómo saber qué era realmente lo bueno? ¿Qué sentido tenía llenarse de inquietud durante la búsqueda entre aquello que se consideraba bueno o aquello que era malo? De hecho, la consideración de bueno o malo, ¿en qué se basaba realmente? ¿En la condición de cada uno? ¿O en los dictámenes de la mayoría?

Si uno despreciaba los dictámenes de la mayoría, como aconsejaba Séneca, ¿esto no lo convertía en un ser señalado como extraño ante el prójimo?

Un gran número de preguntas que Claudia solo pudo responderse cuando vio a su hijo por primera vez.

La maternidad la liberó de todas aquellas dudas y le dio a conocer el verdadero aspecto de la felicidad.

La primera vez que pudo coger a su bebé, la dicha la embriagó como el más dulce de los vinos y sus ojos se llenaron de lágrimas. Aquel ser pequeño, indefenso, una parte de ella misma, la llenó por completo. Como si estuviera poseída por alguna especie de semidiós, su corazón se llenó de amor y comprendió los principios de los que hablaba Séneca.

El niño fue llamado Druso, como su padre, y ahora ya tenía casi un año.

El matrimonio con el ingeniero había sido un acto espontáneo, casi un accidente. Ella era consciente de que, en un primer momento, había aceptado a Druso por despecho hacia Calícrates, sin pensar demasiado en las consecuencias. Claudia estaba segura de que, de haberlo pensado dos veces, no se habría casado con él. Habría encontrado mil razones para no entregarse a aquel hombre. Y, al contrario, las favorables apenas habrían tenido peso.

¿Por qué?

Porque sabía que no estaba enamorada de aquel hombre.

Lo apreciaba y sabía que era un hombre de buen corazón. También tenían cierta afinidad. Compartía gustos y aficiones con él, y las conversaciones que mantenían, sobre todo al principio, eran muy profundas. Con el tiempo, llegó a quererlo como a un buen amigo.

Durante los primeros meses, después de la boda, ella se sentía incómoda. Era consciente del amor que Druso sentía por ella, pero también de que ella no sentía lo mismo. Era un hombre sencillo, encantador y muy atento. Respetaba a Claudia y no le imponía nada. Al contrario de lo que hacían la mayoría de los romanos, muy seguros de sí mismos y siempre

vanagloriándose de que Roma era el máximo exponente de la civilización, pero tratando a las mujeres como aún lo hacían los bárbaros, más allá de Germania, Druso la trataba como a una igual.

Ella pudo continuar con sus negocios, sin que él se entrometiera o la obligara a otra cosa. Claudia se sentía muy amada, pero era consciente de que ella no le correspondía del mismo modo. Druso también lo sabía, y aun así jamás, ni una sola vez, se lo recriminó.

Finalmente, con el nacimiento del pequeño Druso, Claudia alcanzó la verdadera felicidad y pudo compartirla con su marido.

Dejó los negocios.

Lo vendió todo y se dedicó a ser feliz. Solo conservó la villa de Pompeya y la cantera. Ambas posesiones eran administradas por un pariente de Druso, un hombre que parecía de confianza.

La pareja se instaló en la misma Roma. Compraron una casa de tamaño medio, y la reformaron y decoraron sin tener que pensar en el dinero.

Aparentemente, vivían como una típica familia de clase media, pero su casa tenía todas las comodidades de la clase alta. Una veintena de esclavos les hacían la vida más cómoda.

En cuanto nació el pequeño Druso, Claudia se instaló en la zona alta de la casa. Esa era la costumbre. Además, su marido trabajaba duramente en la construcción del anfiteatro, y era necesario que descansara bien, y con un niño pequeño las noches no eran precisamente un remanso de paz.

Desde el día de la boda, Claudia no había vuelto a ver a Calícrates. El griego se había vuelto huraño y taciturno, según le comentaba Druso en las pocas ocasiones que hablaba de él. Ella sabía que habían tenido una fuerte discusión que los había alejado. Claudia solo conocía la versión que le había contado Druso, pero su marido era un hombre sencillo y sin pretensiones, y no tenía razón alguna para desconfiar de él.

Aunque intentaba convencerse de que Calícrates era agua pasada, de vez en cuando su recuerdo acudía a su mente, como si los dioses quisieran impedir que lo olvidara. En esas ocasiones, Claudia se sentía muy incómoda, incluso se molestaba con ella misma. Por fortuna, solo le sucedía de vez en cuando. De vez en cuando…

Claudia sabía que su vida actual era perfecta, y no quería ponerla en peligro.

Perfecta… Eso era, al menos, lo que se decía a sí misma una y otra vez.

Capítulo XXXII

LUCIO SURA

El retorno del pasado

Roma, verano del año 78 d. C.

La construcción del anfiteatro iba por muy buen camino. El propio Vespasiano lo había felicitado por la organización y la logística. Claro que eso fue poco antes de que le reprochara el considerable retraso ante la previsión inicial de cinco años, ahora ya seis, y que seguramente acabarían siendo siete. Aunque el propio Vespasiano tenía que ser consciente de que él no tenía ninguna culpa de ese retraso. Factores como una epidemia o aquella inundación, que se comieron unos cuantos meses, eran imposibles de prever, y menos aún de controlar.

Además, ahora estaba plenamente concentrado en la construcción de ese edificio. Atrás habían quedado aquellos días en que, de forma subrepticia, se lucraba con su cargo. Al fin y al cabo, ya había logrado unas rentas que le aseguraban el mantenimiento de su estatus social para siempre.

Sus jornadas eran muy intensas.

Las mañanas siempre eran idénticas. Madrugaba para atender a sus clientes en la *domus* Sura, y después iba a la zona del anfiteatro y se quedaba allí hasta el mediodía. Por la tarde, en función de las necesidades de las obras, sus ocupaciones podían llevarle a cualquier sitio de la ciudad de Roma o de más allá de sus límites.

Las obras del anfiteatro habían sufrido un considerable retraso debido a la inundación del año anterior. Fueron varias las semanas que necesitaron para que todo volviera a la normalidad. Además, era imprescindible que el suelo estuviera bien seco, porque el amarre de los cabrestantes de las grúas necesitaba ser fuerte y sólido, y el barro no era el mejor de los estados para que el suelo tuviera aquellas propiedades.

Aunque Lucio no se lo comentó en ningún momento a Vespasiano, el estado de Calícrates también supuso un retraso. O más que un retraso,

impedía recortar plazos.

El arquitecto era un tipo brillante, de eso no cabía ninguna duda. Pero la crisis personal en la que se había visto sumido tras la epidemia y la pérdida de su mujer había menguado esa brillantez. Como una vela consumida sobre sí misma, solo quedaba un leve rastro de aquel hombre que había asombrado al propio Princeps con sus brillantes ideas.

Las diferencias entre Calícrates y Druso también habían llegado a su conocimiento. Ambos parecían haber entrado en una especie de eterno enfrentamiento que les impedía ponerse de acuerdo en nada. Si antes de esa discusión, las ideas de ambos hombres parecían manar de la misma fuente, ahora parecían tener unos orígenes tan distintos como el agua y el fuego. Sus continuas disputas también retrasaban las obras. En más de una ocasión, se rehízo un trabajo, ya rehecho antes y que se reharía de nuevo bajo las respectivas órdenes de arquitecto e ingeniero.

Por suerte para el anfiteatro, Druso era un magnífico ingeniero. Además, en los equipos de construcción estaba la flor y nata de los mejores profesionales de toda la península Itálica.

Una mañana, Vespasiano lo convocó a los Jardines de Salustio. El Princeps aún recibía a la gente allí. Aquel pabellón se había convertido en la oficina desde la que se gobernaba Roma y todas las provincias.

Aquel día Vespasiano estaba solo. Es decir, sin Tito, pues un nutrido grupo de la Guardia Pretoriana no lo dejaba jamás. También lo acompañaban una decena de esclavos. Una cifra baja, comparada con el séquito que arrastraban tras ellos la mayoría de patricios y senadores.

Cuando llegó al pabellón, Vespasiano, como siempre, fue directo al grano:

—Lucio, tengo dos cuestiones de las que quiero hablarte. Siéntate, acomódate.

Le ofreció una silla plegable a su lado. El Princeps estaba sentado en una idéntica, e igual de incómoda también.

—El primero es de índole personal, de modo que pido la máxima discreción por tu parte.

Lucio asintió con un breve gesto. Vespasiano continuó.

—La victoria de mi hijo Tito en Jerusalén fue brillante, muy brillante. Además de conseguir otra provincia para Roma, consiguió demostrar al mundo entero que no hay reino que pueda resistirse al avance civilizado de Roma. Y no cabe duda de que esta victoria merece ser recordada. ¡Tiene que ser recordada! —El Princeps pronunció esta última frase con pasión—. Como ya anuncié el día del Triunfo, voy a construirle un arco de triunfo. Sus

dimensiones serán modestas, sin embargo quiero que sea un arco de triunfo elegante al mismo tiempo. Y aquí es donde entras tú.

«A ver qué me pide esta vez», pensó Lucio.

—Quiero que hagas una provisión de materiales; travertino y mármol, sobre todo. Y guarda esa provisión en un lugar muy específico dentro de la empalizada que rodea el anfiteatro. Mis arquitectos ya están trabajando en el diseño, y en cuanto pueda enviaré a Tito a un asunto oficial fuera de Roma. A su regreso, tendrá la sorpresa del arco que habré construido para él. —El Princeps miró a Lucio directamente a los ojos—. Te pido la máxima discreción. Habla con el griego y su ayudante, que estén enterados y busquen un sitio para los materiales necesarios, pero que no cuenten nada.

—No habrá ningún problema con eso —contestó Lucio, que acompañó sus palabras con un gesto tranquilizador con la mano.

Su breve respuesta y el silencio posterior invitaban a Vespasiano a continuar hablando. El segundo tema.

El Princeps se levantó. Fue hasta una pequeña mesa situada en un rincón y se sirvió algo de vino en una copa metálica. Bebió un sorbo, y después regresó junto a Lucio.

—La otra cuestión es de índole… más general. Marco Licinio ha muerto.

—¿Marco Licinio?

—Según parece ha sido asesinado. Un intruso lo ha degollado mientras dormía. Un trabajo profesional que estamos investigando a fondo. Por las pruebas vistas hasta ahora, hubo un desvío de sestercios y la labor como *praefectus fabrum* no se realizó de manera eficiente. Hemos encontrado brechas en diversos acueductos, y muchas reparaciones por efectuar en las canalizaciones de agua de distintos lugares de la ciudad. El motivo parece ser económico.

Lucio se estremeció ante aquellas palabras. Intentó disimular su congoja, pero no estaba seguro de haberlo conseguido.

—Mientras buscamos al culpable y un sustituto idóneo para el puesto, te agradecería que te hicieras cargo de la magistratura de *praefectus fabrum*.

Lucio estaba a punto de replicar, pero Vespasiano se lo impidió hablando de nuevo.

—Sé que las obras del anfiteatro ocupan la mayor parte de tu tiempo, pero es una emergencia. Y eres un hombre capacitado para hacer ambas tareas a la vez de manera eficiente.

Lucio tardó unos buenos segundos en responder. Demasiada información en tan poco tiempo, que su cabeza procesaba tan rápidamente como podía.

Marco Licinio asesinado. Y Vespasiano sospechando que el motivo era la sustracción de sestercios de su presupuesto como *praefectus fabrum*. Un escalofrío recorrió de nuevo la espina dorsal de Lucio. «Con Marco muerto, sin embargo, no podrán tener ninguna prueba que me incrimine. Debo tranquilizarme, lo que hice en su momento no ha dejado huella», pensó Lucio.

Cogió aire de manera bien visible, y respondió a Vespasiano.

—Hablé en un par de ocasiones con Marco, y parecía un buen hombre. Lamento su muerte. Ahora lo más importante es que sus asesinos paguen por este crimen. Las magistraturas de Roma son tan sagradas como nuestros dioses, y deben estar protegidas. Por mi parte, intentaré cumplir con mis dos tareas. De hecho, las obras del anfiteatro están lo suficientemente avanzadas como para que pueda ocuparme de mis obligaciones como *praefectus fabrum*.

* * *

A partir de aquel día, las jornadas de Lucio se convirtieron en extenuantes. Ya que sus cargos eran dos, dividió también en dos su horario. Por las mañanas, se ocupaba de las obras en el anfiteatro: asegurar un flujo constante de materiales y que siempre hubiera para las próximas dos semanas. Por las tardes, ejercía como *praefectus fabrum*. Contrató a dos hombres de confianza para que supervisaran a las brigadas de restauración y limpieza, y él se encargó simplemente de cuestiones más puntuales.

Un día después de la reunión con Vespasiano, se reunió con Calícrates y Druso.

—Es un tema que pide la máxima discreción, y os pido que no lo habléis ni siquiera con vuestros familiares. ¿Cómo andáis de travertino?

Para Lucio, esta última pregunta era meramente retórica. Los bloques formaban un inmenso e inacabable muro, con lo que el suministro parecía estar más que asegurado.

—Por ahora, bien. Pero no vamos sobrados —contestó Calícrates.

—¡Pero si jamás hasta ahora la pila ha sido tan alta!

—La construcción del ático va a exigir una cantidad extraordinaria de bloques. Se trata de todo un muro circular con apenas un pequeño ventanuco cuadrado de vez en cuando. No habrá ningún arco. Es todo macizo, excepto por las ventanas que te he señalado.

—Aun así, para un arco de triunfo de tamaño medio tampoco es necesaria una cantidad exagerada de bloques —ahora fue Druso el que habló—. Creo que podremos mantener intacta aquella pila de allí —señaló una zona al este —, y dar las oportunas órdenes para que nadie toque nada.

—¡Excelente! —comentó Lucio, satisfecho—. ¿Cómo va la colocación de los mármoles en la cávea?

Druso le señaló con un gesto de la mano que fuera él mismo quien se respondiera a esa pregunta echando un vistazo.

Los tres se dirigieron hasta el centro de la arena.

El sol brillaba con fuerza, y el mármol colocado, que serviría de asiento para los espectadores situados en las zonas más bajas, senadores y patricios, brillaba como si no hubiera un mañana. A medida que la vista ascendía, el brillo quedaba escondido bajo la línea visual, pero el impacto era más que notorio.

—¡Cómo contrasta con el travertino! —exclamó Lucio.

A pesar de que el travertino era un tipo de roca bastante elegante, cuando se colocaba al lado del delicado mármol siempre tenía las de perder.

—Las paredes vistas también estarán cubiertas de mármol —comentó Calícrates, señalando las paredes desde donde arrancaban los distintos graderíos; muros totalmente verticales y bien visibles desde la arena.

—¡Quedará muy impactante! —Lucio parecía un niño que estrenara calzado.

Desde el centro de la arena, podía ver cómo el tercer nivel empezaba a terminarse. Ahora se rellenaban aquellos huecos trapezoidales con las cimbras y toda la estructura de madera que serviría para sostener y configurar las bóvedas.

—Tenemos un desacuerdo —dijo Druso mirando de reojo a Calícrates, pero hablando directamente con Lucio.

El senador le escuchó con atención.

—El último nivel, el reservado a las mujeres y los esclavos. En los diseños iniciales de Calícrates, figuraba una pequeña gradería de ladrillo y hormigón, como el resto. Hemos decidido que sería mejor aligerar peso; la estructura ya es lo suficientemente pesada, y si podemos evitarnos un susto, mejor que mejor. Y tenemos dos ideas bien distintas.

»Calícrates propone montar una cávea de madera, que incluso pueda desmontarse en caso de necesidad. Esto tiene ventajas e inconvenientes; mayor comodidad para los espectadores, pero también menor capacidad. Mi idea es dejarlo libre de cualquier estructura. Esclavos y mujeres pueden ver el espectáculo de pie. Con eso ganamos un aforo de casi cinco mil personas más, y reducimos algo el tiempo de construcción del anfiteatro. Además, siempre estaremos a tiempo de montar esa cávea de madera después, cuando el edificio ya esté inaugurado.

Lucio afirmó con la cabeza. Ahora entendía la disputa. Ambas ideas eran excelentes. Una buscaba la comodidad, y la otra un mayor aforo.

—¿Y ese mayor aforo no supondrá un exceso de peso?

—Al estar repartido de manera uniforme a lo largo del anillo exterior, no supondrá una gran diferencia. Es muy parecido, en cuanto a peso, a tener la estructura de madera.

—Comprendo…

Valoró unos instantes ambas propuestas. Finalmente respondió:

—Creo que haremos un mejor favor a la ciudadanía permitiendo que más gente vea el espectáculo. Que estén de pie. Al fin y al cabo, son esclavos y mujeres.

Lucio observó el semblante de Calícrates. El griego aún mostraba esas sombras bajo los ojos, y su rostro era el de un hombre falto de viveza y ánimo. Las palabras del senador parecieron ensombrecer más aún el rostro del arquitecto.

* * *

Un verano muy caluroso sacudió la ciudad de Roma. Un estío muy habitual en toda la zona mediterránea, pero que, de vez en cuando, sobrepasaba los límites de lo soportable. A lo largo de aquellas olas de calor, las calles de Roma quedaban vacías durante las horas centrales del día. La gente se refugiaba de ese sol abrasador. La actividad solo recuperaba su dinamismo habitual con la llegada de la tarde.

Lucio se sentía muy satisfecho. Casi podía decir que estaba en el momento culminante de su vida. Lucía con orgullo dos magistraturas —Vespasiano aún no había buscado un sustituto definitivo para la baja de Marco Licinio—, y en ambos cometidos sus resultados eran inmejorables.

En el aspecto más personal, tenía el convencimiento de que se había ganado la admiración del Princeps de Roma. Había dejado muy de lado los asuntos de la urbe en la Curia senatorial, y ello le había apartado de sus compañeros de clase. En más de una ocasión, algún que otro senador se lo reprochó, alegando que Vespasiano no cejaba en su empeño de sustraer poder a los senadores mediante el control de la fuerza militar —legiones y Guardia Pretoriana—, la promoción de aristócratas provinciales a senadores de Roma y la captación de las voluntades de algunos patricios a su causa.

Tal vez ello fuera cierto.

Pero ahora el poder de Roma estaba en manos de un solo hombre. Los tiempos del gobierno de la República habían quedado atrás. Aun siendo Roma

formalmente una República, quedaba claro que esta contaba con la protección de un único individuo. Protección que servía también para poner los grilletes a la Curia senatorial.

Lucio se había subordinado de manera voluntaria al hombre más poderoso del mundo. Tenía un linaje que mantener y promocionar. Y, hasta ahora, sus compañeros de casta no habían hecho nada para ayudarlo cuando su economía cayó en picado; aunque tampoco es que fuera algo de conocimiento público.

Vespasiano, en cambio, había confiado en él, y Lucio pudo volver a recuperarse. Gracias, también, a sus trapicheos y negocios fuera de la ley. Pero aquello era agua pasada y ahora podía disfrutar de un presente lleno de buenas perspectivas.

Alcanzar una magistratura elevada era ahora su principal objetivo. Ser elegido cónsul, por ejemplo, al lado de Tito, sería una excelente recompensa y devolvería el orgullo a sus antepasados, los Sura.

Pero antes debía llevar a buen puerto las dos tareas que el Princeps le había encomendado.

La tarde, como era habitual, la ocupaba en arreglar lo que aquel inútil de Marco Licinio había estropeado con su negligencia.

El acueducto llamado Aqua Marcia era el más largo de Roma. Construido más de doscientos veinte años atrás, había sido restaurado durante la época de Augusto. El agua llegaba hasta la colina Capitolina, el monte Celio y el Aventino procedente de una fuente del río Annio. Pequeños movimientos de tierra, la inundación del año anterior y la falta de un mantenimiento acertado habían provocado la disminución de su caudal de entrada a la ciudad. También unas grietas en varios de sus arcos obligaban a una buena restauración.

El ingeniero que dirigía una de las brigadas de trabajo le estaba explicando cómo estructurar mejor los arcos, construyéndolos más pequeños y con otro piso más, cuando tres pretorianos y un civil llegaron hasta ellos.

—Lucio Sura —preguntó el que acompañaba a los pretorianos sin mostrar una interrogación clara. Por su voz y su manera de hablar, quedaba claro que era un funcionario.

—Yo mismo —se acercó hasta ellos.

—En nombre de Vespasiano, Princeps de Roma, estás acusado de corrupción, robo y asesinato —le mostró un documento firmado por el propio Vespasiano—. Desde ahora mismo, dejarás todas tus atribuciones y quedarás confinado en tu casa. Estos tres soldados de la Guardia Pretoriana se encargarán de tu custodia hasta que seas llamado a juicio.

La palidez de Lucio al oír aquellas acusaciones casi lo convirtió en un cadáver viviente.

Capítulo XXXIII

CALÍCRATES

El atico

Roma, verano del año 78 d. C.

El izado de los fustes enteros de las columnas que sustentarían el techo del ático era todo un espectáculo. El último nivel del anfiteatro tenía una estructura totalmente distinta al resto de niveles. Hasta la fachada exterior era diferente. Sin un solo arco, un muro sólido de bloques de travertino —con pequeñas ventanas cuadradas situadas a intervalos regulares— envolvía toda la parte superior del anfiteatro como si fuera un gigantesco anillo. Igualmente de distinta era la parte interna, la que miraba a la arena. En lugar de continuar con una última porción de la cávea, se diseñó una estructura sin un solo arco; un suelo plano, con una cubierta plana —y ligeramente inclinada— sustentada por columnas de mármol mirando hacia la arena. El espacio interior, tal como había aconsejado Lucio Sura, se dejaría vacío para aumentar la capacidad total del anfiteatro.

El izado de los fustes era un trabajo delicado y espectacular. Superando la visión de la empalizada por la altura, un gran número de espectadores observaban detenidamente el izado de cada columna. Cada uno de aquellos tipos, creyéndose la máxima eminencia en cualquier materia del conocimiento universal, aconsejaba a los demás la mejor manera de hacerlo y criticaba cualquier oscilación que pudiera acabar con el fuste por los suelos o con un andamio destrozado. El abundante tiempo, las escasas ocupaciones y el reparto de trigo y pan de forma gratuita a la masa plebeya romana ejercían de *magisters* para aquellos verdaderos sabios.

Calícrates, encaramado al último nivel, lo veía todo de un modo distinto, naturalmente.

Elevar a más de cuarenta metros de altura aquellos fustes con un peso de nueve toneladas, además de los sillares para el entablamento y las basas y capiteles, no era ninguna broma, ni ofrecía motivo alguno para tomárselo a

risa. Desde el punto de vista estratégico, era el momento más delicado de toda la construcción. Casi todos los principales elementos estaban ya colocados, y algunos de ellos incluso completamente acabados. El ejército de operarios y esclavos que envió Vespasiano a última hora habían acelerado esos acabados de un modo casi milagroso.

La colocación de toda la columna debía hacerse en un orden concreto y un ritmo constante. Sin apenas espacio para la acumulación de materiales —pues las grúas y los hombres necesitaban ese espacio en su totalidad—, el orden era imprescindible.

En primer lugar, se izaba la basa. Esta se colocaba en su posición y se anclaba con metal. A continuación, se elevaba el fuste, toda una estructura cilíndrica con el peso ya sabido de nueve toneladas. Se colocaba con la inserción de grapas de hierro y el subsiguiente vertido de plomo en caliente. Después, encima del fuste, se anclaba el capitel del mismo modo, con metal. Finalmente, cada dos columnas, se colocaba, en sentido anillar, el entablamento.

Y todo eso a más de ciento cuarenta pies sobre el nivel del suelo.

Las grúas instaladas eran las más potentes; las capaces de aguantar mejor el máximo peso. Los estayes que sostenían las distintas grúas se alejaban en dos únicas direcciones; o hacia la arena, o hacia el exterior del edificio.

También la coordinación entre los distintos equipos de trabajo había de ser perfecta. El plomo tenía que ser fundido allí mismo y vertido en pocos segundos, justo en el instante en que fuera necesario.

El momento más delicado era cuando el fuste llegaba hasta la cima. Las grúas no podían girarse, únicamente izaban los materiales en sentido ascendente, desde su misma vertical. Una vez arriba, el mayor número de hombres posible debía trasladar aquel cilindro tan pesado hasta la vertical de otra grúa que la colocaría en su lugar definitivo, encima de la basa.

Cada columna demandaba el cambio de grúas correspondiente y la misma eficacia.

Ocho equipos distintos trabajaban al mismo tiempo. Cada uno de ellos trabajaba de manera independiente cubriendo su propio espacio asignado y sin molestar o entorpecer a los demás. Ahora que el trabajo en la cávea había finalizado, se disolvieron las cuatro brigadas de trabajo y se convirtieron en ocho equipos con idéntico número de operarios.

De igual modo, ocho equipos más trabajaban allí donde ya habían acabado los primeros. Tras la erección de toda la columna, era el momento de levantar el muro que daba al exterior del anfiteatro. El izado de los bloques de

travertino —rectangulares y en distintas medidas— acaparaba la mayoría del espacio y trabajo de los operarios. También allí era necesario calentar el plomo para verterlo y unir los distintos bloques.

Calícrates y Druso trabajaban muy duro. Ambos se multiplicaban entre los dieciséis grupos de trabajo buscando soluciones a los problemas puntuales que pudieran surgir. Soluciones o ayuda en forma de brazos o dirección de un izado, por ejemplo.

Entre los dos, la situación no había mejorado en absoluto. Parecía increíble que un tiempo atrás ambos hubieran conseguido llevarse bien. Ahora la relación adolecía de la gran diferencia cultural que separaba sus mundos originarios. El heleno siempre abogaba por la elección más elegante y formal, con la base de la seguridad ante todo. El romano buscaba la eficiencia y la sobriedad por encima de cualquier otro aspecto; solo coincidían en la seguridad.

Además, estaba el aspecto personal.

Calícrates estaba convencido de que el matrimonio con Claudia había trastornado a Druso. Aquella extraña mujer, de algún modo, le había vuelto extraño a él también. Sin culpar a Claudia de forma directa, sí que estaba convencido del efecto negativo que había tenido el matrimonio en Druso.

No en su eficiencia, por supuesto. El ingeniero era tan buen profesional como antes. Tal vez ahora se impusiera con mayor energía que antes. La crisis del heleno había demandado una mayor energía y responsabilidad en Druso, a la que ahora parecía no estar dispuesto a renunciar. Algo lógico, pensó Calícrates.

Pero, aun así, aquel hombre sufría de un claro engreimiento, pensaba el heleno. El típico carácter romano: sabios en nada y erráticos en todo.

El arquitecto temía acabar siendo igual que los romanos. O que sus hijas, por el hecho de pasar tanto tiempo entre latinos, también tuvieran esos defectos. Calícrates tenía claro que su futuro estaba en regresar a la Hélade en cuanto las obras hubieran acabado. No se quedaría en Roma ni una hora más de la necesaria.

A pesar de todo, sus hijas habían empezado a superar la ausencia de su madre. Medea aún seguía igual de tremenda, pero se la veía feliz; una niña normal, en definitiva. Ione, en cambio, continuaba igual: apenas decía nada más allá de un simple monosílabo; en eso había mejorado un poco. La pequeña mostraba unas habilidades extraordinarias para el dibujo y las matemáticas, pero si continuaba sin hablar eso le serviría de bien poco.

No las veía demasiado. Todas las horas del día las pasaba en la obra. Y al anochecer, al llegar a casa de los Sura, apenas podía estar unos minutos con ellas.

Pero habían mejorado, después de todo.

Y Calícrates también mostraba claros síntomas de recuperación. Aun sin ser el hombre que fue al comenzar las obras del anfiteatro, sí que se sentía mejor. O, al menos, había momentos en los que le parecía sentirse mejor. Durante esos momentos, las ideas y las soluciones desfilaban por su cabeza con luminosidad y eficacia, y el heleno notaba cómo su cerebro volvía a funcionar. Pero también había ocasiones en que se sentía abatido por el malhumor, y en esos momentos su cerebro parecía negarse a solucionar los problemas a los que se enfrentaba.

Sin embargo, consiguió encontrar una forma de superar ese estado. Abandonaba el anfiteatro y se dirigía hasta el monte Palatino. Desde allí, en el mismo lugar en el que se sentó al principio de las obras con Druso, contemplaba el maravilloso edificio que había construido.

Si diseñar algo era maravilloso, verlo ejecutado de manera hermosa y brillante era aún más extraordinario. La contemplación henchía su satisfacción y alejaba aquellas nubes tan oscuras que oscurecían su semblante.

Sentado allí, en la falda de la colina, pensó que tenía que reconocer el mérito de la cultura romana al menos en un aspecto. Calícrates tenía muy claro que toda la experiencia constructiva y artística de la Hélade hubiera sido insuficiente para construir un edificio como aquel. Y el pragmatismo romano había sido la clave de todo.

El pragmatismo y los sestercios. Sin ese exagerado capital, el pragmatismo solo no hubiera sido suficiente para levantar un edificio hasta los casi cincuenta metros de altura. La grandiosidad de Roma se manifestaba de manera más evidente cuando el proyecto era de gran envergadura. Una vía, un acueducto o un edificio de dimensiones mayúsculas contaban con los mejores profesionales, una cantidad inacabable de esclavos, un torrente continuo de materiales y toda la maquinaria suficiente.

No era de extrañar que hubieran conquistado el mundo. Demostraban una eficiencia más que notable, sobre todo en aspectos relacionados con la organización y el trabajo en equipo. Ahora, desde lo alto de la colina, todos esos aspectos se ponían plenamente de manifiesto.

* * *

Calícrates volvió al trabajo un poco más animado, y subió al último nivel para supervisar a los distintos equipos.

Un fuste estaba siendo izado, desde el nivel del suelo, hasta la posición donde se encontraba el arquitecto. El capataz ordenaba, con un sonido rítmico de su voz, la cadencia con que los esclavos debían girar las ruedas que elevaban la pieza en cuestión. Era una grúa enorme que necesitaba de ochos esclavos para generar la fuerza motriz y de otros dos como elementos de apoyo; estos dos se encargaban de trabar las ruedas con sendas barras de hierro cuando era necesario llevar a cabo la habitual parada a media subida. El esfuerzo era tan grande que los esclavos necesitaban un descanso durante el trayecto de izado; situar a su lado a otros tantos operarios para sustituirlos hubiera sido la mejor solución, pero el espacio era insuficiente para albergar a tanta gente.

El fuste llegó hasta más allá del tercer nivel y fue depositado con gran delicadeza en el suelo. Con las barras de hierro trabando las ruedas, los ocho esclavos y el capataz se encargaban de montar la grúa que situaría al susodicho fuste en su lugar definitivo. Dos artesanos de la piedra estaban junto a la basa, esperando el momento preciso para intervenir.

Calícrates observó que los dos esclavos que estaban al tanto del fuste —aún amarrado a la grúa y, en parte, sostenido por ella— eran dos muchachos muy jóvenes; apenas tendrían quince años cada uno.

Demasiada juventud para tanta responsabilidad.

Él mismo se situó junto a ellos y tocó el fuste. La base estaba bien apoyada en el suelo, y no habría problemas si nadie le daba un golpe o lo movía. El fino tacto del mármol era parejo a su belleza. Calícrates contempló la pieza de arriba abajo, y se maravilló del excelente trabajo del artesano que lo había pulido.

Un esclavo llegó hasta él casi sin respiración. Sin duda había subido corriendo.

—Se le solicita abajo —dijo el recién llegado.

—¿Quién?

—Druso también está. Son soldados pretorianos.

Calícrates levantó las cejas, sorprendido.

Dejó el fuste, los esclavos y el cuarto nivel, y descendió. Escaleras por acabar al principio, otras casi terminadas después, y las totalmente finalizadas al final. En muy poco tiempo estuvo abajo, a nivel de suelo. El esclavo iba delante de él. Le señaló el lugar en el que le esperaban.

En efecto, tal como le había dicho, tres soldados de la Guardia Pretoriana y otro tipo aguardaban su llegada. También estaba Druso.

—¿Calícrates? —preguntó el civil que acompañaba a los pretorianos.

El heleno afirmó con la cabeza, invitándolo a continuar.

—En nombre de Vespasiano, Princeps de Roma, estás acusado de corrupción y robo —le mostró un documento firmado por el propio Vespasiano—. Desde ahora mismo, dejarás todas tus atribuciones y quedarás confinado en la residencia de los Sura. Estos tres soldados de la Guardia Pretoriana se encargarán de tu custodia hasta que seas llamado a juicio.

El arquitecto se quedó helado y fue incapaz de reaccionar. Aunque su corazón quedó paralizado como el mármol al oír las siguientes palabras dirigidas a Druso.

—Druso Calpurnio, ingeniero. Tu esposa Claudia Pulchra está acusada de corrupción y robo al Estado —igualmente le enseñó otro documento con la rúbrica del Princeps—. Igualmente se te confina en tu casa, junto a tu esposa, en espera de que ambos seáis llamados a juicio.

LIBRO TERCERO

Capítulo XXXIV

JULIA BERENICE

Pesquisas

Roma, verano del año 78 d. C.

Había sido un trabajo lento pero bien hilvanado. Sin prisas, pero sin pausa alguna. Más que el tiempo o la premura, el objetivo había sido dar un golpe definitivo. Un golpe que fuera imposible de detener.

Ahora las obras de aquel edificio demoníaco habían sido interrumpidas, y sobre el futuro del anfiteatro nadie sabía nada. Era posible que en un mes se reemprendieran las obras, tal vez lo hicieran en medio año, o quizá nunca. Pero cada día que pasaba era un gran éxito para Julia. Y un gran éxito para toda la comunidad judía, según creía ella.

No había nada peor para la construcción de un edificio que el hecho de que se detuvieran las obras. Eso lo sabía todo el mundo. Los operarios y artesanos libres tenían que comer, y buscarían nuevos empleos si la situación duraba demasiado. Y algo parecido sucedería con la mano de obra esclava. No podía mantenerse indefinidamente en los barracones, sin hacer nada. También los materiales acumulados se irían deteriorando.

Era probable que con el tiempo se reanudara la actividad. Muy probable. Pero el simple hecho de contrariar a Vespasiano ya era toda una victoria.

Julia se sentía muy satisfecha.

O al menos, bastante satisfecha. Vespasiano aún continuaba con vida. Aquel hombre parecía haber hecho un pacto con sus dioses paganos. Todos y cada uno de los intentos de asesinato habían fracasado. En ocasiones por acierto de los guardias del Princeps de Roma, otras por la ineptitud del asesino, y algunas por verdadera mala suerte. El caso es que aquel hombre seguía con vida.

Pero eso era solo cuestión de tiempo. Si Julia tenía una virtud, era la de la constancia. Mientras le quedara una gota de sangre en las venas, mientras sus

pulmones fueran capaces de aspirar aire, ella no se rendiría. Sabía que tarde o temprano se saldría con la suya.

De la misma manera, el propio Vespasiano estaba convencido de que un día u otro uno de esos intentos de asesinato tendría éxito. Así se lo había comunicado a Tito, que por supuesto se lo comentó a la propia Julia. El Princeps estaba realmente muy preocupado por el tema, y apenas podía conciliar el sueño.

El dueño de los destinos de Roma había montado un denso entramado defensivo a su alrededor, buscando alargar la vida al máximo. Noche y día, allí donde dormía, descansaba o paseaba, en Roma o fuera de ella, las medidas de seguridad eran muy estrictas.

Julia estaba muy tranquila. Era imposible que Vespasiano conociera su responsabilidad en esos actos. Estrictamente hablando, la mente ejecutora de esos intentos de asesinato era un grupo de senadores contrarios a su gestión.

Apenas había resquicio alguno que lo ligara a ellos. Aunque era Julia quien había organizado al grupo y la que dictaba las acciones, a través de la voz de uno de los senadores.

La concubina de Vespasiano, Cenis —una liberta que calentaba la cama del Princeps desde después de la viudedad de este, casi diez años atrás—, fue la que sufrió en sus propias carnes una de esas tentativas. La liberta ingirió el vino envenenado destinado a Vespasiano. A pesar de que este suceso llenó de tristeza y rabia a su amante —y alegró el corazón de Julia—, era un fracaso en toda regla. Solo la muerte de Vespasiano podría acabar con aquel ostracismo.

La consideración sobre el ostracismo de Julia arrancaba con el hecho de no poder ser la esposa de Tito de manera oficial y, con ello, de quedar relegada a una especie de mera concubina, como lo había sido Cenis para Vespasiano. Naturalmente, Julia no estaba satisfecha con aquella posición: su objetivo era conseguir que Tito sucediese a su padre tan pronto como fuera posible, y ser convertida en la primera dama de Roma. Situarse como la esposa del Princeps le otorgaría un poder solo comparable al del mismísimo Princeps, pues estando Tito en el redil que significaban sus muslos ella controlaría el rumbo de la mayoría de las grandes decisiones políticas y, con ello, la dirección del mundo entero.

Pero antes tenía que acabar con Vespasiano como fuera.

La interrupción de las obras del anfiteatro era más una cuestión de índole patriótica. O, mejor dicho, para continuar siendo a ojos de los suyos la Princesa de Judea. Si Julia se desentendía demasiado de los asuntos de su

tierra, la gente que la vio nacer se olvidaría de ella de forma rápida y buscarían a alguien que sí se preocupase por Judea.

Además, se lo debía a su hermano. Marco Julio Agripa era, a todos los efectos, el verdadero rey de Judea. Pero había ciertos sectores judíos que ponían en duda esa cuestión, y esgrimían con fuerza esa oposición alegando que Marco Julio era más romano que judío. De hecho, aquello tenía algo de cierto: el hermano de Julia se había criado en Roma. Esos mismos opositores también afirmaban que el descendiente de Herodes el Grande e hijo de Herodes Agripa apenas sentía la cultura de sus antepasados, y menos aún sus creencias religiosas.

Las palabras de Marco Julio no fueron suficientes. A pesar de que argumentó con solidez que la sangre de los antiguos reyes judíos corría por sus venas, le recriminaron que, en toda su vida, apenas había hecho nada por su pueblo. Lo insultaron diciéndole que se había vendido a los romanos por un palacio en Roma y una vida de lujo y comodidad.

En realidad, Marco Julio siempre había sido una persona frágil. Una persona frágil necesitada de la ayuda de los seres más próximos y queridos. Desde su más tierna infancia, apenas había tenido que hacer otra cosa más que comer y respirar. En el momento en que se convirtió en un hombre, Julia comenzó a amarle como tal, tanto en alma como en cuerpo. Necesitaba seguridad en sí mismo, y ella se la procuraba.

El tema del anfiteatro era una buena prueba, ante el pueblo judío, de las intenciones de su verdadero rey de recuperar la libertad de Israel. Marco Julio necesitaba que ese demoníaco edificio llevara la impronta de Judea, la misma patria que había pagado todos y cada uno de los bloques de piedra sobre los que se sustentaba.

Encontrar a los tres culpables para conseguir detener las obras no fue tarea fácil, ni mucho menos. Aunque algunos indicios fueron muy claros desde el principio, no eran suficientes para acusar a nadie. Roma permitía la corrupción y el robo del erario hasta cierto punto, y hallar las pruebas claras de haber superado ese punto fue su principal caballo de batalla.

La casualidad la llevó a descubrir el tema de los acueductos y una grave falta en su mantenimiento. Ahí la dejadez de Marco Licinio y la sospecha sobre Lucio Sura fue más que manifiesta. Pero el senador había hecho las cosas muy bien. Marco Licinio, en cambio, apenas era otra cosa más que una marioneta; un hombre débil que, ante la más mínima amenaza, temblaba como una hoja otoñal bajo un vendaval. El tipo se negó a hablar —al parecer, las amenazas que le hizo Julia no fueron suficientes para obligarlo a hablar—,

de modo que fue necesario asesinarlo. Junto al cadáver se dejaron unas cuantas pruebas que incriminarían a Lucio Sura.

El senador había sido muy limpio y cauteloso. Solo cuando Julia pudo descubrir su implicación fue capaz de ligarlo todo, y aun así, las pruebas de ciertas acciones eran confusas. Pero eso no tenía importancia. Aunque el senador Lucio contara con una buena defensa, la incriminación en la muerte de Marco Licinio que Julia había preparado adecuadamente era tan clara que era imposible que se librara de la pena máxima.

Además, el grupo de senadores contrarios a la gestión de Vespasiano se mostraron encantados ante la perspectiva de poder librarse de un fuerte rival en la Curia senatorial. Una argucia legal comentada por uno de estos hombres podría resultar clave para lograr la acusación de los tres imputados.

El segundo de ellos era una mujer, Claudia Pulchra. Sin ser acusada de asesinato, la estafa a Roma era un delito lo suficientemente grave como para que la sentencia fuera dura. Esta mujer se había lucrado de manera muy evidente haciendo un uso fraudulento de su cantera en Tibur, además de estar implicada en otros negocios dudosos, como la venta de esclavos. En todos estos casos, se había aprovechado de su calidad de propietaria de la cantera para, en perjuicio de Roma, conseguir unos espléndidos beneficios económicos.

Había otro detalle que debía ser tenido en cuenta. Aparentemente solo era un detalle, pero con unas consecuencias magníficas para los planes de Julia. Claudia Pulchra estaba casada con el ingeniero jefe del anfiteatro y, según pensaba la princesa judía y algún que otro senador del grupo de conspiradores, no cabía duda de que el tipo también estaría implicado en algún que otro delito. Ambos habían tenido un hijo, eran vulnerables, y por tanto susceptibles de ser coaccionados para conseguir ventajas durante el juicio.

Además de tener dos pruebas muy claras del delito de esta mujer, Julia consiguió falsear una más. Esta era tan clara que un jurado imparcial no dudaría en condenarla de por vida. La princesa judía tenía a una parte de los senadores de su lado, y conseguir que una pequeña parte del resto —para sumar una mayoría— fallara a su favor durante el juicio solo era cuestión de más oro.

El tercero en discordia era el arquitecto que había diseñado el edificio y dirigía las obras del anfiteatro. Un griego que llegó a Roma como un esclavo y que, gracias a ciertos informes confusos, logró recuperar la libertad. Un hombre que se había hundido tras perder a su mujer en la epidemia que asoló

a Roma y que lo había convertido en una verdadera ruina humana, como aseguraban algunos de sus colaboradores más cercanos. Tenía dos hijas, y servirían de estímulo para coaccionarlo en caso de que fuera necesaria una declaración conveniente. De hecho, este hombre parecía íntegro, y era su actual presunta incapacidad la que sería evaluada durante el juicio.

Habían asegurado a Julia que encontrar un sustituto de su talla no sería fácil. Aunque el anfiteatro estuviera en los compases finales de su ejecución, un desplome debido a un accidente podía poner en duda la integridad de todo el edificio. Algunos senadores afirmaban que pagar a diversos arquitectos latinos, para que certificasen que el anfiteatro era un peligro desde el punto de vista estructural para todos los espectadores, sería muy sencillo. La contratación de un *peregrinus* para la labor de diseñar y dirigir un proyecto de esa envergadura había provocado una encendida opinión negativa en contra del Princeps.

Fuera como fuese, y más allá de ser o no culpable, sus hijas lo convertían en un hombre manipulable. Y su testimonio podría ser muy útil en caso de necesitar una declaración que resultara decisiva…, aunque esta no fuera del todo cierta.

No era un tema personal, por supuesto. Julia solo conocía a Lucio Sura, y muy poco, pero eliminar a esos sujetos del tablero de juego era crucial para llevar a cabo sus planes. Siendo los máximos especialistas y los dirigentes de las obras, encontrar unos sustitutos acordes a su calidad no sería nada fácil para Vespasiano. Y si uno de los próximos intentos de asesinato diera resultado, ella ya se encargaría de que Tito no tuviera ninguna prisa en reemprender las obras.

Capítulo XXXV

CALÍCRATES

Miserias humanas

Roma, verano del año 78 d. C.

Debido a su acusación, Calícrates no podía entrar en la zona del anfiteatro. Aquella era una de las condiciones inscritas en el papiro que lo acusaba. Sin embargo, a pesar de que se le recomendaba permanecer en su vivienda habitual —en este caso, la residencia de los Sura—, nada le impedía pasear por Roma. Pasear por la ciudad o sentarse en la colina Palatina para reflexionar, como había hecho otras veces, como hacía ahora.

Desde allí, la vista del anfiteatro era muy hermosa.

Desde los aledaños a la empalizada, el edificio sobresalía por encima de la valla y era perfectamente visible, pero el primer nivel permanecía parcialmente oculto. En cambio, desde la colina más cercana —la Palatina— la estructura podía contemplarse en toda su integridad.

Era un edificio impresionante, no cabía duda.

Aun repleto de andamios y con todo su perímetro exterior lleno de materiales de obra, los arcos de la fachada lucían de manera soberbia.

Sin embargo, la obra, detenida, parecía muerta.

Calícrates siempre había pensado que una obra era como un ser humano. Y la sangre que la mantenía viva serían los trabajadores. Sin esa masa de gente, la obra semejaba a un ser humano sin vida, sin sangre.

El movimiento, los ruidos, los gritos de los capataces… Todo se había detenido. Según pudo saber, los tres primeros días aún llegaron materiales procedentes de distintas partes de la península Itálica. Pero ahora ese flujo se había interrumpido también.

Muerto, el anfiteatro era como el cadáver de un hombre.

Calícrates había construido diversos tipos de edificios durante su vida. Ayudó en un templo, y levantó viviendas, almacenes y algún que otro pórtico. El destino de sus construcciones siempre fue variado: un hombre adinerado,

un hombre de clase media o algún dios. Pero siempre había un nexo común en todas esas obras: la gente, el ser humano. El universo jugaba a favor del ser humano. Este se había convertido en su verdadero centro. El hombre era causa y motivo de todo. Guerras, paz, amor y odio, nacimiento, muerte. El hombre siempre estaba ahí, tanto para bien, como para mal. Para construir o destruir. Para vivir o morir. Para sonreír o llorar.

Así, con esta premisa, la ausencia de hombres, como sucedía ahora con el anfiteatro, convertía en vacía e inútil cualquier obra que se realizase.

Inútil.

Desde la colina Palatina, el heleno reflexionaba sobre su situación actual.

El último nivel, el que se correspondía con el ático, estaba por concluir. Algunas columnas estaban completas, con su basa, su fuste y su capitel. En otras, en cambio, apenas se entreveía la basa. De manera rápida, hizo un cálculo: una cuarta parte de las columnas estaban completas incluso con los sillares de mármol que servían de entablamento entre dos columnas. Otra cuarta parte pertenecía a las que aún no presentaban nada construido. Las restantes, estaban a medias, entre las distintas fases constructivas.

El viento era el único que se atrevía a moverse por aquel ático. Un viento más corpulento que una brisa, que se colaba por todos los recodos y levantaba polvo con sus esporádicas sacudidas. Su aullido apenas era escuchado por nadie.

Los artesanos y hombres libres estarían en sus casas o ya habrían encontrado nuevas ocupaciones. Los esclavos ejercerían su función de herramientas hablantes en otro lugar, allí donde Roma tuviera más necesidad. Solo una veintena de pretorianos custodiaban la obra; soldados que, agrupados en los cuatro puntos cardinales, impedían el acceso de cualquier extraño a la obra.

El objetivo de todo edificio era hermanar a los hombres. Desde la casa más sencilla, hasta la estructura más colosal, la función de cualquier obra era hacer converger la mejor ciencia y sabiduría del ser humano para provocar la unión y la admiración de este. Cuanto más hermoso era el edificio, más cumplía esas funciones. En el caso del anfiteatro, de haberse acabado, uniría a mucha gente —más de cincuenta mil almas— y provocaría la admiración de muchísimas más durante todo el tiempo que permaneciera en pie. Sí, era cierto que era un edificio donde mucha gente moriría, pero eso ya era una convención cultural en la Roma de los tiempos que le tocó vivir. Nada tenía que ver con la belleza de la estructura.

Ahora, sin embargo, aquel edificio cuyo propósito más profundo era unir a la gente y provocar admiración había acabado siendo todo lo contrario. Ahora estaba vacío y sin alma, y solo el viento gritaba un lamento sordo al que nadie era capaz de responder. Y no solo eso: el anfiteatro se había llevado lo mejor de quienes habían participado en su construcción.

Al heleno le había robado el alma.

Un alma perdida para siempre y que jamás podría recuperar. Juventud e ilusión habían sido engullidas del mismo modo que unas míseras gotas de agua entre las espesas arenas de un cálido y voraz desierto. Imposible de recuperar.

Igual que la vida de Damaris, engullida de forma salvaje por las ansias divinas del anfiteatro. La vida perdida de un ser inocente, solo vinculada al edificio por su matrimonio con el arquitecto. «Sí, esa había sido la falta de Damaris: casarse conmigo, Calícrates», pensaba ahora el heleno. Además, tiempo atrás, ella había querido irse a su tierra natal. Y él, su marido, se lo impidió recordándole sus deberes maritales.

Sus hijas también habían sufrido por ese colosal edificio. Un sufrimiento interior, sordo y apenas tangible, pero aún más doloroso y duradero. Probablemente, lo arrastrarían el resto de sus vidas.

Una lágrima resbaló por su mejilla y se detuvo en sus labios. Calícrates se acarició la barba que se había dejado crecer estas últimas semanas. Había perdido incluso las ganas de afeitarse.

Se sentía egoísta. Egoísta y sucio.

Vacío…

Tal vez lo sucedido era lo mejor. Tal vez era un castigo de los dioses. Detener la construcción del anfiteatro era lo más lógico si uno se detenía a reflexionar sobre ello. La soberbia humana. La vanidad del hombre. La suficiencia latina. Sinónimos para definir una misma cuestión: la falta de humildad ante esa obra.

Recordó una leyenda que servía de base a una religión oriental. Quizá se trataba del judaísmo u otra distinta, no estaba seguro. Según aquella leyenda, los hombres de antaño habían construido un edificio de tal envergadura que un dios los castigó de manera muy severa: los esparció por la superficie de la Tierra, creando una gran confusión al otorgarles lenguas distintas a todos ellos. Según ese credo, era el origen de la multiplicidad de lenguas.

Tal vez ahora sucedía algo parecido.

El latín se estaba convirtiendo en una lengua demasiado común entre todos los hombres. Una lengua que les servía para ser más poderosos y

desafiar las leyes de los dioses. Desafiar las leyes para desafiarlos a ellos y tratarlos como iguales. Entendido así, todo esto era un castigo de lo más lógico y merecido.

El hombre debía ser humilde. Humilde en su pensamiento y en la construcción de ese pensamiento. Humilde en sus aspiraciones y hasta en su generosidad con el prójimo.

Y en la construcción de su anfiteatro la humildad no aparecía por ningún lado. No había ni un solo arco, una única pared o un simple ladrillo que hubiera sido colocado con ánimo de sencillez o con espíritu de humanidad.

Era un castigo de los dioses.

Un castigo de los dioses…

⁎ ⁎ ⁎

El descenso de la colina Palatina fue lento. Sus piernas apenas le impulsaban, la misma ley de la gravedad fue quien lo condujo hasta muy cerca de la empalizada.

No la miró.

Eran simples troncos de madera sin ningún atractivo.

—¡Calícrates, el griego! —una voz, a su derecha, hizo que mirara en aquella dirección.

Un guardia pretoriano avanzaba hacia él; era quien lo había llamado.

—¿Eres tú el arquitecto?

Asintió con un silencioso gesto.

—El Princeps te llama.

El heleno lo miró a los ojos, buscando saber más.

—Los Jardines de Salustio —el pretoriano señaló una biga, un carro con dos caballos.

Le siguió como un cordero. No sabía qué era lo que quería Vespasiano. Y estaba seguro de que el pretoriano, tampoco. Y aunque fuera así, no le habría dicho nada.

El viaje fue muy rápido. El pretoriano se alejó de las calles más transitadas y buscó la velocidad por encima de la distancia.

Al llegar frente a la entrada de los jardines, un esclavo se hizo cargo de la biga. Calícrates, con el pretoriano como guía, llegó hasta el pabellón donde lo esperaba Vespasiano.

El Princeps no estaba solo.

La sorpresa para el heleno fue ver que Rabirius, aquel arquitecto romano tan orgulloso, estaba al lado de Vespasiano.

Las miradas de ambos arquitectos se cruzaron. Calícrates pudo apreciar aquel orgullo tan romano en su mirada.

—Griego —Vespasiano había dejado atrás la familiaridad de otras ocasiones—, ya conoces a Rabirius —con la mano abierta señaló al romano, a su lado.

Calícrates no dijo nada. Solo asintió con un suave gesto.

¿Qué pasaba allí? ¿Una artimaña de Rabirius para deshacerse de él? ¿Es que acaso Roma no tenía bastante con arrebatarle su trabajo y ahora pretendía quitarle su honor?

—La interrupción de las obras del anfiteatro suponen una verdadera tragedia para nosotros —Vespasiano abandonó la compañía del arquitecto romano y se paseó por la sala con las manos a la espalda y sin mirarlos—. Más allá de las verdades o mentiras de la acusación de todos los implicados, la honradez de la cabeza directora del proyecto ha sido puesta en duda. Y las obras se han detenido…

Aquella palabra suponía un verdadero disgusto para el Princeps. Cada vez que la pronunciaba, parecía caer sobre él un halo de tristeza.

—Se han detenido… Un proyecto de esta envergadura —siguió, dejando atrás aquella melancolía— merece a los mejores profesionales de Roma y sus provincias. No solo es un proyecto para Roma. Es un proyecto para el mundo, y todo el mundo debe colaborar. Fue por eso, griego, que no me importó que un *peregrinus* estuviera al frente. Tu pueblo siempre ha sido maravilloso en el arte. La arquitectura, la escultura, la pintura y la cerámica y todo aquello que viene de Grecia tiene el influjo de la belleza. Pensé que mezclar esa belleza de tu pueblo con la robustez y eficacia de Roma dotaría al edificio de una majestuosidad que jamás podría ser igualada.

Miró a Calícrates, que seguía con atención sus palabras.

—Rabirius me propone acabar él solo el anfiteatro. Dice que en pocos meses podría inaugurarse, y así podríamos entregar al pueblo de Roma esa felicidad que tanto se merece.

Vespasiano miró ahora al arquitecto romano. Según pudo observar Calícrates, la falta de confianza llenaba esa mirada.

—No es que desconfíe de él. Sé que es un excelente profesional y que sabría cumplir con su trabajo tan bien como tú mismo, griego —ahora la mirada de Vespasiano volvió a Calícrates—. Pero no me gusta la idea de que algo que ha de perdurar a través de los siglos no sea comenzado y acabado por la misma persona. Sería… Sería como comerse una manzana a medio morder.

El símil era poco afortunado, pero Calícrates entendía bien qué quería decir Vespasiano. Si la historia explicaba que una obra de esta categoría había sufrido tanto que necesitó de dos o más directores para su ejecución, perdería parte de la majestuosidad para la que había sido diseñada.

Esa era la sensibilidad de Vespasiano. Un hombre con poco tacto para ciertos asuntos, pero muy brillante como Princeps y con esa sensibilidad tan especial.

—Te preguntarás qué haces aquí. Para qué te he mandado llamar.

«Sí, eso mismo», se dijo Calícrates.

—La ley no me permite hablar contigo del juicio. Seré juez en el litigio, y tú eres uno de los acusados. Pero más allá de la Curia, y siempre que no hablemos del juicio, sí que se nos permite dialogar.

Calícrates asintió.

—Griego, quiero oír de tu propia boca si ves a Rabirius preparado para acometer esta empresa. Él solo, con el equipo que forme.

A primera vista, parecía una petición infantil, como si le faltara inteligencia. Inteligencia y tacto, pues el arquitecto romano estaba ahí mismo, con ellos. Pero tras valorarlo unos instantes, se dio cuenta de que no era así. Tras aquella pregunta, había varios mundos de profundidad.

Abordó la respuesta bajo ese prisma.

—Rabirius es un excelente profesional, de eso no puede haber duda alguna. Su trabajo como director de uno de los cuatro sectores es impecable. Organizado, hábil en la búsqueda de soluciones y perfeccionista hasta lo inteligentemente correcto. Poco de malo puedo decir de él.

El romano lo miraba con incomodidad. Todos eran adultos y sabían que antes de comentar algún aspecto negativo, acostumbraba a prologarlo uno de positivo. Y lo que acababa de decir era lo bueno.

—Si yo fuera quien hubiera ordenado la construcción de un anfiteatro como este, no dejaría que nadie, más allá de la persona que ideó y diseñó el edificio, se hiciera cargo de él. Y por supuesto no digo esto con la intención de poner al Princeps y a Roma con la espada al cuello. No, se trata de algo más lógico y simple.

Calícrates miró a Rabirius, y acto seguido al Princeps.

—La arquitectura es, básicamente, el arte de planificar y resolver problemas, *a priori* impensables, mediante una ordenada improvisación. Esa improvisación es la clave de todo: de ella depende el resultado final. Nuestro edificio, como el Princeps bien ha comentado, tiene una base grecorromana.

Y esa unión es la que le da ese brillo distintivo que lo convierte en algo tan único y especial.

No quiso decir nada más. Era lo único que tenía que decir, e insistir en ello hubiera sido incluso negativo para él mismo.

Ahora todo dependía de la decisión del Princeps.

* * *

Cuando volvió a la residencia de los Sura, encontró a Lucio y Druso reunidos en el *tablinum* junto a un tipo que no había visto en su vida.

—Bienvenido, Calícrates —lo saludó Lucio, conminándole a sentarse con ellos.

Junto a la mesa habitual que presidía el *tablinum*, un banco de madera permitía el asiento de tres o cuatro hombres; ahora, solo dos lo ocupaban.

Lucio se levantó de su suntuoso sillón.

—Este es Larcio Licinio —señaló al tipo con la palma de la mano abierta —. Ha sido propretor en Hispania, y será quien lleve a cabo nuestra defensa en el juicio.

Calícrates miró brevemente al tipo. Era un hombre entrado en años, delgado y con los huesos perfectamente marcados en su rostro, cuya pálida piel colgaba flácida en una tímida papada.

—Saludos, arquitecto. Llevo ya unos días en Roma, y he tanteado las distintas opiniones. Veo complicada una resolución favorable si nos atenemos solo a los cauces ordinarios, como ahora mismo les estaba comentando al senador Lucio y al ingeniero jefe…

No cabía duda de que era un hombre práctico, pues había ido directo al grano, sin más preámbulos que ese «Saludos, arquitecto». La resolución y personalidad de aquel hombre se alejaban totalmente del aspecto de fragilidad que mostraban su rostro y su cuerpo.

—Habrá que seguir… caminos paralelos a la justicia ordinaria —continuó Licinio mirando a Lucio, mientras este asentía con convicción—. Vete preparando medio millón de sestercios, será necesario gastarse bastante para conseguir opiniones favorables.

«Sobornos, querrás decir», pensó Calícrates.

Druso, sentado al lado del abogado, apenas le dijo nada. Entre los dos aún se levantaba algo más tangible y grueso que el más ancho de los muros.

El heleno se sentó para escuchar lo que tenía que decir aquel hombre.

—He revisado bien las acusaciones de cada uno —Larcio miraba ahora a Calícrates—, y en tu caso no hay nada de que acusarte. Aunque pueda parecer

que intento tranquilizarte, es al contrario. Mantén la guardia alta, aún no sabemos qué quieren de ti.

«Peor que ahora no puede ser», pensó el heleno.

—Podrían intentar coaccionarte de algún modo —ahora era Lucio el que hablaba—, con la intención de que declares en el juicio en contra de nosotros.

El arquitecto apretó los labios con fuerza.

—Apenas hay nada que pueda decir sobre esto. Y yo no he hecho nada ilegal.

Druso intervino desviando el tema de conversación.

—¿Se sabe quién está detrás de todo esto?

—Todo lo que sé hasta ahora es que viene de la casa del Princeps.

—¿Vespasiano? —preguntó Druso con sorpresa. También Calícrates se sorprendió ante aquella afirmación.

—La casa del Princeps —repitió Larcio—. No he podido llegar más a fondo por el momento. Es una acusación de Roma contra vosotros.

—La peor acusación posible —comentó Lucio—, y sin un oponente contra el que luchar de forma directa.

Calícrates sonrió por dentro con ironía. El senador y aristócrata hispano entendía como «lucha» la capacidad de atacar al adversario por detrás y con todos los trucos posibles. Soborno o amenaza eran los más habituales. Pero había otros. Otros más contundentes, como el asesinato.

—Por esa razón os comentaba que, ante un caso así, lo más acertado es buscar más opiniones favorables. Del modo que sea y cuesten lo que cuesten. Incluso ante una claridad manifiesta de pruebas, la opinión de toda la Curia senatorial puede obligar a Vespasiano a emitir una sentencia de inocencia.

«¿Y qué hay de la verdad? ¿A nadie le importa?».

Roma era un gigantesco monstruo. Su cultura y civilización se habían esparcido por los cuatro costados del mundo. De la misma forma, los propios romanos sabían encontrar la manera de saltarse sus propias leyes, dentro de los cauces que marcaban estas. Complejo y laberíntico, así era el sistema legislativo romano. Un camino difícil de transitar para un hombre no versado en esa tupida red; por esa razón, era imprescindible el concurso de un buen abogado, de un especialista.

—¿Qué dices de todo esto, Calícrates? —La pregunta de Lucio le sorprendió.

Tomó aire y respondió.

—Creo que la clave de todo es poder encontrar la manera de seguir con la construcción del anfiteatro. Y, por supuesto, que seamos nosotros los

ejecutores de las obras. —Él ya había plantado la semilla de esa idea esa misma tarde ante Vespasiano, aunque no tenía claro si había conseguido un resultado positivo.

Los otros tres se quedaron en silencio.

Continuó.

—Vespasiano se muere de ganas de poder inaugurar el anfiteatro y proclamarse como un verdadero dios. Él es el principal perjudicado en este juicio. —Calícrates se dio cuenta de que Druso estaba a punto de protestar: eran ellos quienes se jugaban la vida y, por tanto, los más perjudicados—. Mi opinión es esta: buscad el camino que nos facilite volver a nuestras ocupaciones, y tenemos el juicio ganado.

Lucio le miró con cara de incredulidad. Al igual que Druso.

Larcio, en cambio, parecía estudiar su propuesta con total seriedad. Se sujetaba la barbilla con los dedos índice y pulgar de la mano derecha, mientras acariciaba su papada con el dedo corazón.

El patricio y el ingeniero empezaron a valorar la propuesta de Calícrates. Ofrecieron múltiples argumentos contrarios, intentaron convencerle de ellos, pero el heleno se mantuvo en sus trece.

Hasta que, tras escucharlos brevemente, el letrado tomó la palabra de nuevo.

—Tu opinión tiene su lógica, Calícrates —miró a Lucio y a Druso, conminándolos a escuchar y callar—. Vespasiano será quien presidirá el juicio; es posible que en alguna sesión sea Tito, pero es muy poco probable. Y el Princeps debe cumplir su promesa al pueblo de Roma. La gente tiene buena memoria, y un abandono de las obras es la peor propaganda que puede gestarse el gerente de Roma. Sus enemigos jugarán a nuestro favor. Y todos sabemos que los tiene, y muchos.

»Más que otra cosa, hay que intentar convencer a Vespasiano de que es imprescindible que se acabe el anfiteatro. No sé… Se podría alegar…

Calícrates le ayudó a terminar.

—Que si lo concluyen otros, el anfiteatro habrá perdido parte de la belleza para la que fue diseñado. Y si buscaba ser efectista en su inauguración, el estropicio provocado por un mal acabado puede dañar su imagen para siempre.

—Sí. Eso mismo —concluyó el abogado.

Druso y Lucio se miraron poco convencidos de esa estrategia.

* * *

La conveniencia de trazar una buena estrategia conjunta provocó que Druso visitara a diario la residencia de los Sura. En una de esas ocasiones, Claudia acudió junto a su esposo, llevando a su pequeño.

Desde la distancia, Calícrates observó cómo sus hijas jugaban con el pequeño y, por primera vez en mucho tiempo, las vio felices de verdad. Incluso Ione parecía dispuesta a emitir algo más que simples monosílabos.

El arquitecto también observó a la esposa de Druso.

Parecía algo aturdida por todo lo que estaba sucediendo, pero, aparentemente, lo llevaba bastante bien. Sonreía y se la veía satisfecha viendo cómo las dos niñas jugaban con su hijo.

Claudia y el pequeño repitieron la visita varias veces. Ella y Calícrates apenas se dijeron nada. Solo en un par de ocasiones se saludaron educadamente, obligados por la situación. Sin embargo, solo intercambiaron frases vacías, sin ningún ánimo de entablar una verdadera conversación.

Ambos parecían querer esconderse el uno del otro.

⁎ ⁎ ⁎

Y llegó el día del juicio.

Escoltados por un contubernio de la Guardia Pretoriana, los cinco —Lucio, Druso, Claudia, el abogado y el heleno— acudieron al lugar de la cita.

La Curia senatorial.

El verano tocaba a su fin, y algunas hojas de los árboles caducifolios comenzaban a amarillear, tal vez en un vano intento de suplir el declive de la luz solar.

La mañana no se presentaba tan cálida como era habitual en pleno estío. Una ligera brisa del norte refrescaba, desde el día anterior, la ciudad de las Siete Colinas. A pesar de eso, el bullicio en las inmediaciones de la Curia caldeaba el ambiente como si aquel fuera el momento más tórrido del verano.

Un juicio era un espectáculo sumamente atractivo para los romanos, cuyo pasatiempo favorito era disfrutar de las desgracias ajenas.

Normalmente, la mayoría de los procesos se celebraban en las basílicas construidas en los foros, y especialmente en el foro que el Princeps Augusto mandó construir para tal efecto. Sin embargo, cuando esos juicios afectaban a senadores todo el espectáculo se trasladaba a la Curia. Los miembros de la clase social más alta de Roma disponían de medios para contratar a los mejores hombres de leyes, y el enfrentamiento de dos buenos letrados era tan espectacular como las mejores carreras del circo. Al menos, así lo valoraba una buena parte del pueblo de Roma.

Incendiada durante la época de Nerón, la Curia había sufrido graves desperfectos. Durante los primeros tiempos, la acción senatorial se trasladó a una de las basílicas, la Emilia. Pero los senadores romanos, sobre todo aquellos patricios procedentes de los linajes más antiguos de Roma, clamaron por recuperar aquel espacio tan sacro para ellos. Aunque aún estaba a medio restaurar y las huellas del incendio todavía eran bien visibles en el exterior, la parte interior ya estaba habilitada adecuadamente.

La Curia era un lugar pequeño, y, a pesar de sus nobles y correctas dimensiones, en eventos de aquel tipo quedaba colapsada. La Guardia Pretoriana había formado un muro para impedir excesivas aglomeraciones, de modo que el público pudiera disfrutar el espectáculo sin temor a altercados.

El mismo Vespasiano actuaría como juez, asesorado, eso sí, por la totalidad de los miembros del Senado. Todos conocían el carácter de Vespasiano: era duro, inflexible y estaba considerado un hombre justo. Además, su hijo Tito, en calidad de cónsul, ejercería como abogado encargado de la acusación.

Naturalmente, cuando los acusados y su abogado llegaron, el juicio aún no había comenzado, pero el lugar estaba tan lleno como si el proceso llevara dos horas de trayecto. La Guardia Pretoriana, con sus escudos y sus lanzas, imponía el orden y cerraba la entrada a los recién llegados.

Ocho columnas sostenían un tejadillo y configuraban un pequeño pórtico. El acceso hasta el interior de la Curia era a través de unas pequeñas escaleras laterales que desembocaban en este pórtico.

La Guardia Pretoriana se había situado en la calle, ante las escaleras de acceso.

El pórtico, como pudo ver Calícrates desde el exterior, estaba completamente abarrotado. En una situación normal, hubiera sido casi imposible para ellos acceder al recinto, pero el contubernio de la Guardia Pretoriana que les servía de escolta les facilitó un cómodo tránsito hasta el interior.

Ambos batientes de la puerta estaban abiertos de par en par, para que la vista pudiera ser oída por el máximo de gente posible.

El ruido era ensordecedor. La vista aún no había comenzado, pero los susurros, habladurías y comentarios adquirían un colorido distinto en la excelente acústica de aquel magno edificio.

Una vez dentro, Calícrates pudo observar la sencillez de la construcción. Apenas una sala vacía de columnas u otros elementos decorativos. Un rectángulo en el mismo centro era el lugar donde convergían todas las

miradas. En los largos escalones —a modo de graderíos— que se prolongaban de forma paralela a los costados más largos de ese rectángulo central, se sentaban los senadores en sus sillas plegables.

Las paredes aún mostraban las huellas del incendio de la época de Nerón. Bajo el rastro ennegrecido de las llamas, la antigua decoración parecía haber sido castigada por los excesos de aquel loco Princeps. A pesar de haber sido parcialmente habilitado, el edificio aún demandaba una restauración que se hacía esperar en exceso.

En un extremo del rectángulo, en la zona baja, Vespasiano presidiría el juicio. Estaba sentado en una silla colocada frente al Altar de la Victoria, que parecía protegerlo. Era como si el altar emanara los beneficios necesarios para que ejerciera su labor de juez de la manera más ecuánime posible.

A la izquierda del juez esperaba, vacío, el banco de los acusados, apenas un sencillo mueble de madera.

A la derecha de Vespasiano, en sendas sillas, se situarían los dos hombres que ejercerían de abogados. Ahora —con la llegada de Larcio— ambos permanecían sentados, uno junto al otro, en espera de que diera comienzo el litigio.

En los largos escalones usados a modo de graderío estaba reunido un grupo de más de trescientos senadores. Pocas veces la Curia se vestía de ese modo: la mayoría de los senadores habían acudido a la cita. A pesar del verano y el calor, las togas *praetextas* lucían al máximo; ningún senador llevaba solo la túnica *laticlavia*. Las líneas color púrpura que delimitaban las togas rasgaban las tonalidades blancas de los ropajes senatoriales; un distintivo que diferenciaba a los senadores.

Ellos actuarían como asesores del juez.

Guardias, asistentes y media docena de esclavos ayudarían a que la ejecución del proceso se llevara a cabo con las debidas garantías.

El público, por otro lado, serviría como acicate para premiar con sonoros aplausos o repetidas pitadas las intervenciones de los abogados.

Un funcionario se dirigió al rectángulo central, y desde allí conminó a los presentes a guardar silencio. En pocos segundos, el silencio impregnó la Curia de tal forma que solo se oía el ruido proveniente del exterior. También allí los guardias dieron voces para que todos se callaran.

Vespasiano se levantó y se encomendó a la diosa Victoria. Después, como era costumbre y siguiendo la tradición, ofreció a los dioses el sacrificio de las ánades. El olor de la sangre llegó a todos y cada uno de los rincones de la sala. En el pasado, aquellos sacrificios se hacían con animales mucho más

grandes —cerdos, corderos y hasta bueyes—, pero el olor que se desprendía tras la matanza de aquellos animales era tal que toda la Curia quedaba impregnada durante varios días. El espíritu pragmático de Roma concluyó que el juez recibiría igualmente la sabia ayuda de los dioses aunque el sacrificio fuera de un animal de menor tamaño.

Acto seguido, Tito, el hijo del Princeps, que actuaba en calidad de abogado acusador, tomó la palabra. Se puso en pie y se situó en el justo centro de aquel rectángulo de la zona más baja de la Curia.

—Señor juez, desearía obtener ocho clepsidras para exponer el caso. —Aunque literalmente una clepsidra era un mecanismo que servía para medir el tiempo, el uso del término ya se aplicaba a conceptos meramente temporales.

Un rumor de sorpresa se extendió por toda la sala. No era muy habitual pedir tanto tiempo al juez para exponer el caso en la primera tanda de acusaciones. Sin embargo, se trataba de un proceso complejo, con varios acusados al mismo tiempo, y por ello Vespasiano lo autorizó.

—Se acusa nominalmente a los sentados en el banco, los imputados: el senador Sexto Lucio Licinio Sura, los plebeyos Druso Calpurnio y su esposa Claudia Pulchra, y el *peregrinus* Calícrates. Todos, aunque en la misma sala y en el mismo proceso, están acusados de distintos delitos pero con idéntica raíz. Estoy convencido de que, con el esclarecimiento de los hechos, se hallará la culpabilidad de cada uno, y el juez tendrá toda la información necesaria para emitir la sentencia que a cada cual le corresponda.

Calícrates escuchaba a Tito, como todos los asistentes. Esos primeros minutos siempre eran los mejores para todos. No estaban cansados y la impaciencia por comenzar favorecía una quietud, un silencio y una atención que solo un par de horas después serían totalmente imposibles de lograr.

Tito no era el mejor orador del mundo, ni mucho menos. Hablaba con rectitud y método, pero sin salirse del guión ni un ápice. Al menos eso parecía, pensó Calícrates.

El hijo del Princeps empezó a narrar los hechos. Claudia era poseedora de la cantera en Tibur. Lucio el encargado de la construcción del anfiteatro. La nueva ley de Vespasiano subordinaba todas las acciones comerciales al interés del pueblo de Roma. Y ese era el quid de la cuestión. Pulchra había vendido material extraído de su cantera a un particular. Además de lucrarse con otros negocios derivados de la construcción del anfiteatro, usando el nombre de Roma para ello.

Calícrates miró a Claudia. La *domina* parecía estar sorprendida ante aquella acusación. Como si fuera la primera vez que oyese algo similar.

Tito mostró un documento en el que se hacía mención a una compra de un centenar de sillares a la cantera de Tibur, en fechas recientes; Claudia Pulchra había autorizado la venta. También expresó que tenía preparados hasta media docena de testigos para esclarecer la acusación.

—Por lo tanto, aquí ya se demuestra un primer atentado contra la legalidad romana más ancestral —concluyó Tito.

Por sus palabras, todo parecía indicar que había acabado su primera exposición. Calícrates calculó que no había necesitado el tiempo que había pedido inicialmente, pues apenas habrían transcurrido cinco clepsidras de tiempo.

Pero aún no había concluido.

Continuó con la exposición de los delitos atribuidos a Lucio. Aquí la lista fue más larga. Asesinato, soborno y robo al erario romano. Igualmente, presentó varios documentos sobre los que respaldaba su acusación. De igual forma, expuso que disponía de casi una docena de testigos en condiciones de aclarar mejor la acusación.

Después le tocó el turno a Druso.

—Como ingeniero jefe de la obra, y siendo la acusada Claudia Pulchra su esposa, es obvio que su participación es implícita a su estado. Se le acusa de connivencia y ocultación de pruebas, como también demostraremos a este tribunal. —Tito alternaba la mirada entre el juez máximo, Vespasiano y el resto de senadores, como si quisiera obtener la máxima atención de cada uno de ellos.

Finalmente, se refirió al propio Calícrates.

—Por la relación personal con todos ellos y su vinculación como arquitecto del anfiteatro, el griego Calícrates también se ha hallado culpable de ciertos delitos.

Se detuvo unos momentos, buscando entre varios papiros.

—Aquí está. Se le acusa de encubrimiento de asesinato y de encubrimiento de robo. En referencia, claro está, al delito que se atribuye a Lucio Sura. Y, al igual que Druso, la ocultación de pruebas y la connivencia son hechos consumados con las pruebas que presentaremos durante las próximas sesiones de este juicio.

Tito se sentó. Un pesado murmullo recorrió toda la sala.

La exposición había sido correcta, igual que el uso de la oratoria. Los hechos quedaron bien explicados.

Ahora llegaba el turno del abogado defensor.

Capítulo XXXVI

LUCIO SURA

La pequeñez del acusado

Roma, verano del año 78 d. C.

Lucio se sentía incómodo y estaba molesto. La noche había sido muy larga a causa del insomnio, y apenas había dormido un par de horas, las previas a la salida del sol. Su estado no era el mejor para afrontar un día como aquel, ni mucho menos.

Calícrates y los demás lo esperaban en el atrio de su casa, junto al contubernio de la Guardia Pretoriana que los escoltaría hasta la Curia. Todos se dieron cuenta de que parecía agotado. Su andar era firme, pero sus hombros caían ligeramente hacia adelante, como si un excesivo peso en la espalda quisiera doblegarlos.

El recorrido hasta la zona del Foro no fue largo —su casa estaba próxima al centro neurálgico de la urbe—, pero el hecho de ir escoltados era un inconveniente más, y toda la gente reunida allí los siguió con la mirada. Sin esos soldados abriendo paso ante ellos, su llegada apenas habría sido percibida por nadie.

La zona del Foro estaba llena hasta los topes, como en los mejores días. De hecho, la hora quinta era el momento del día más bullicioso, pero aquel día, aun siendo todavía la hora *tertia*, la multitud invadía el corazón de Roma. La noticia del juicio se había extendido por la ciudad como el viento, y a la ciudadanía le encantaban aquellos eventos. Lucio vio enseguida que la gente los miraba como si fueran una atracción de circo, señalándolos y estirando el cuello para verlos mejor.

Y esto era aún más humillante para el senador Sura.

Era el primero de su linaje que tendría que pasar por la humillación que suponía un juicio con cargos tan importantes en su contra. En los anales de la historia de su familia, los Sura siempre se habían distinguido por sus méritos

como aristócratas dominantes y, como mucho, el peor pecado de alguno de sus antepasados había sido el de pasar desapercibido.

Ningún Sura había sido sometido a juicio jamás, y eso lo avergonzaba.

La preocupación por la resolución del juicio no era extrema. Al contrario, estaba convencido de que el Senado no abandonaría a uno de sus miembros a la vergüenza de un destierro o al desastre que supondría una ejecución. Esas eran las penas máximas. Vespasiano, en cambio, era harina de otro costal: era un hombre recto como la línea del horizonte y —Lucio estaba convencido de ello—, si la acusación era capaz de probar los delitos, el Princeps no dudaría un instante en condenarle con total contundencia. Él había sido un hombre en el que Vespasiano había puesto toda su confianza, pero eso no le serviría de mucha ayuda. Más bien al contrario, para Vespasiano sería todo un ejemplo condenar a uno de sus mejores servidores si se demostraba que había cometido un delito.

La mancha al apellido Sura sería un estigma que lo acompañaría durante toda su vida y hasta más allá de su muerte. Sus sucesores le recordarían como alguien que intentó engañar a la misma Roma. Era el único descendiente directo de la línea principal del linaje, y, aunque tenía primos y parientes más o menos lejanos, él y solo él era el portador de aquel *cognomen* tan ancestral. Y en sus manos estaba proseguir con esa tradición.

El acceso a los aledaños del edificio de la Curia fue el peor de los momentos. En aquel preciso instante, sintió el enfado de Roma sobre su piel: algunos plebeyos incluso se atrevieron a lanzarles gritos de asesinos y ladrones, pidiendo sus cabezas sin inmutarse. El senador no podía creerse lo que estaba viviendo.

Lucio estaba acostumbrado a lidiar con astutos senadores y a rebatir opiniones contrarias, y como mucho había soportado en alguna ocasión las invectivas dialécticas de alguno de sus rivales. Pero sentir como la plebe lo humillaba de ese modo fue más de lo que podía soportar.

En ese momento, justo antes de entrar en la Curia, se sintió dominado por una extraña ansiedad. Como si faltara aire en el ambiente. Como si el espacio también hubiera menguado de forma considerable y todo fuera más estrecho, más pequeño. Como si su condición aristocrática hubiera perdido todo su valor.

Y no le gustó.

El acceso se le antojó lento, muy lento. Los gritos —esporádicos, eso sí— no dejaron de acompañarlos hasta las mismas puertas del edificio senatorial.

Cuando subía por las cortas escaleras, Lucio miró a sus compañeros de acusación. No parecían percibir el griterío de la gente. Tal vez sus mentes estuvieran ocupadas en sus propias preocupaciones. De hecho, dos eran plebeyos y el otro un simple *peregrinus*. Era imposible que entendieran lo que él estaba viviendo en ese momento. Y menos aún, que sufrieran como él.

En cuanto cruzó la puerta, se sintió algo mejor. Aquel edificio representaba a la más alta dignidad romana, y Lucio formaba parte de ella. Había acudido a innumerables sesiones del Senado, y las horas transcurridas en su silla plegable eran más incontables aún.

Aunque esta vez era distinto, todo era distinto.

No ocuparía la zona del graderío, sino el banco de los acusados. Y en esta ocasión sería su vida la que estaría en juego. No se trataba solo de participar en una decisión que concerniera a la ciudad, no iba a participar en una simple comisión o a decidir el destino de otro senador.

La intervención de Tito, como fiscal de Roma, no había sido extremadamente brillante. Se limitó a cumplir su cometido de manera eficaz, solo eso.

De hecho, aquella parte solo servía para sentar las bases a partir de las cuales se desarrollaría el juicio. Ninguna de las dos partes mostraría sus verdaderas intenciones o sus bazas más importantes. Al menos en teoría.

Cuando el hijo de Vespasiano acabó su introducción, llegó el turno del abogado defensor, Larcio Licinio.

Lucio sabía que era un buen letrado. Un hombre con gran experiencia que no dejaría un solo cabo suelto. Cada recodo legal sería tenido en cuenta hasta lograr su objetivo. Sin embargo, a pesar de confiar en él, Lucio tenía claro que detrás de todo aquel teatro legislativo se escondía algo más.

Aún no habían conseguido averiguar quién había formulado la acusación. Solo sabían que era alguien de la casa del Princeps.

Lucio había intentado entrevistarse con Tito, pero todo fue inútil. La negativa del hijo de Vespasiano fue rotunda. Como fiscal de Roma, solo podían hablar en el recinto del Senado. Aunque Lucio sabía, por experiencia, que la mayoría de juicios no se resolvían entre las paredes de una basílica o de la Curia. El acuerdo privado entre las distintas partes o entre cada uno de los miembros del tribunal era básico para lograr una sentencia favorable. Más allá incluso de las mismas pruebas, de una oratoria brillante por parte de un letrado, o incluso de la opinión del juez máximo. Una buena cantidad de sestercios inclinaba la balanza de un modo decisivo.

Eso lo sabía también Larcio Licino, todos los senadores de la Curia, Tito y el Princeps.

En cualquier caso, ambas partes habían de teatralizar el litigio siguiendo las formalidades legales. Era importante que desde la más alta alcurnia romana se lanzara un mensaje de respeto por unas leyes que eran el orgullo del mundo civilizado.

Larcio Licinio se situó en medio del rectángulo central y, tras solicitar la venia del juez principal, comenzó su discurso de introducción para la defensa.

—El fiscal ha presentado la acusación de manera formal. Y parece que, aun sin las pruebas que justifiquen dicha acusación, él ya ha dictado sentencia… —Con aquellas simples palabras, Lucio y todos los asistentes pudieron darse cuenta de la profesionalidad de Larcio: era un experto en leyes, y sin duda mucho mejor orador que Tito. Su aplomo era absoluto.

El silencio era mayúsculo. Apenas nadie movía un músculo. El olor de las aves sacrificadas flotaba aún entre los asistentes. Hacía calor. Pero nadie se movía.

Larcio prosiguió.

—Espero que este augusto tribunal siga las costumbres de nuestros antepasados y sea totalmente imparcial, y que ejerza la justicia tal como dictan nuestras leyes. Las mismas leyes que nos han conducido a ser la civilización que ha conquistado el mundo conocido.

El letrado pronunció estas últimas palabras mirando directamente a Vespasiano. Con fuerza y rigor, y sin temor alguno.

—En efecto. Han sido nuestras leyes las que han permitido que Roma se imponga con justicia a las otras civilizaciones. La fuerza de los ejércitos ha sido la semilla, pero las leyes han sido el agua y el sol que la han hecho crecer y mantener su superioridad sobre el resto.

»Y son las leyes el máximo garante de la libertad del pueblo de Roma. El acero o la espada solo nos hubieran convertido en algo parecido a una monarquía oriental al uso —ahora miraba hacia la puerta, buscando llenar, con su retórica, el corazón de la plebe—, pero nuestras leyes han hecho que Roma sea el pueblo, y que el pueblo sea Roma.

Todo el mundo seguía guardando un silencio absoluto. Por el momento, el letrado no había dado ninguna pista del modo en que ejercería su defensa.

Lucio observó a Tito y a Vespasiano. El Princeps escuchaba con atención al abogado defensor, sin apenas pestañear. Serio pero concentrado. Tito, en cambio, parecía buscar la forma de no verse hechizado por aquel oponente tan

cualificado. Su mirada se perdía entre la multitud, más allá de las puertas que aún seguían abiertas de par en par.

Sin previo aviso, de manera casi desafiante, Larcio se volvió hacia Vespasiano. Clavó su mirada en el Princeps, que se mantuvo impertérrito.

—Un hombre es esclavo de sus palabras, siendo las promesas las argollas de esa subordinación —Larcio continuaba hablando con extrema firmeza en sus palabras y mirando a Vespasiano, incluso parecía desafiarlo—. Solo un rey oriental viviría cómodamente sentado en su trono sin cumplir sus promesas, sin velar por el bien de su pueblo.

Vespasiano permanecía impasible.

—El pueblo de Roma ansia saber cómo va a cumplir el Princeps las promesas que les hizo. Un pueblo que no entenderá, de ninguna de las maneras, un quebranto de esas obligaciones contraídas por él tras la conquista de Jerusalén.

La tensión podía cortarse con una espada. La atmósfera creada por Larcio era tan asfixiante como el calor que amenazaba con ahogar a la Curia. El silencio era tan absoluto que parecía que todos llevasen horas aguantando la respiración.

Larcio se volvió entonces hacia la puerta, buscando la complicidad de la plebe y dando la espalda al Princeps.

Otro desafío.

—¡Sí! Argumentarán que se busca lo mejor para Roma. ¡Sí! Nos tomarán por estúpidos al tratar de convencernos de que la justicia y el bien están incluso por encima de las promesas que se han hecho al pueblo. ¡Sí! Usarán múltiples argucias legales para sustraer al pueblo aquello que, por derecho, pertenece al pueblo.

El letrado se volvió ahora hasta quedar encarado a uno de los graderíos.

—¡No! Senadores, no permitáis que se pisoteen vuestros derechos. ¡No! Patricios de Roma, garantes de la libertad, que no os arrinconen. ¡No! Que las luchas políticas no contaminen a la República romana.

Se dio la vuelta de nuevo hasta quedar frente a Vespasiano. Era el momento de echar el resto, de mostrar su estrategia. Había conseguido captar la atención de todos los asistentes, y se imponía recoger los frutos de esa previa tan enérgica.

—¡El pueblo de Roma, amado Princeps, desea saber cuándo se va a inaugurar el anfiteatro que vuestra autoridad prometió a Roma! ¡El pueblo de Roma, amado Princeps, desea conocer cómo se podrá completar ese edificio si los constructores son víctimas de las luchas internas de la política corrupta

de las altas esferas romanas! ¡El pueblo de Roma, amado Princeps, quiere saber cuál es el verdadero motivo de este juicio!

Larcio Licinio no dijo nada más. Se sentó junto a Tito, a la vera de Vespasiano.

Rápidamente, un rumor creciente se apoderó de la sala. Los murmullos del público y senadores convirtieron aquella augusta sala en un verdadero gallinero. En pocos instantes, el caos más absoluto se había adueñado de la Curia.

Lucio observó a Larcio. El letrado se sentía satisfecho de su labor. Ahora, sentado, miraba hacia la lejanía, esperando los frutos de su intervención.

Vespasiano y Tito se miraron en un par de ocasiones sin saber muy bien cómo actuar a continuación. El abogado defensor había roto el protocolo habitual. Tras la acusación del fiscal, la fórmula más habitual usada por la defensa consistía en argumentar la falsedad de las acusaciones. Tal vez incluso en mostrar parte de su estrategia.

Pero volcar aquella retórica de preguntas y acusaciones al Princeps, juez máximo del proceso, iba contra toda costumbre.

Siguiendo la tradición secular, ahora sería el turno del fiscal. Este tendría que replicar a la defensa.

Lucio miró a Tito. Este apenas sabía qué hacer, y miraba con nerviosismo a su padre, conminándole a encontrar una solución.

La experiencia de Vespasiano vino en su ayuda.

El Princeps se levantó y anduvo unos pocos pasos hasta quedar en el justo centro del rectángulo de la Curia. Como lo haría un simple letrado, habló para todos. Tampoco aquello era habitual. El juez no tenía nada que defender ni nada que acusar. Su labor consistía en presidir el juicio —velando por su buen desarrollo— y dictar sentencia una vez valorados los argumentos de ambas partes y la opinión de todos los senadores.

—La grandeza de Roma, es cierto, no solo se mide por el tamaño de sus ejércitos. La grandeza de Roma no tiene nada que ver con la longitud de sus vías. La grandeza de Roma no se debe solo a la cantidad de provincias que posee. La principal medida de la grandeza de Roma es cómo todo este conjunto de bienes repercute en la felicidad del ciudadano romano. Sin esa felicidad, poco importan los ejércitos, poco importan las vías y poco importan las provincias.

Lucio se sintió algo más tranquilo. La estrategia de Larcio estaba dejando de lado el juicio y el nombre de los acusados. Vespasiano se veía obligado a ejercer de político, más allá de la magistratura que ocupaba. Ahora tenía que

demostrar su idoneidad en el cargo de Princeps. Y eso convenía, y mucho, a los acusados.

Vespasiano siguió hablando.

—El abogado defensor ha incidido en un tema muy delicado. En verdad, la construcción del anfiteatro constituye el espejo de mi gestión como máximo dirigente de Roma, como primer hombre de Roma. Será mi legado, una vez que me haya convertido en un dios y vague por la inmensidad del Elíseo.

»Pero más allá de gestiones o legados, el anfiteatro representa devolver al pueblo de Roma aquello que siempre le ha pertenecido. Desde el infausto recuerdo de Nerón y su Domus Aurea, era imperativo que aquello que era de Roma fuera devuelto a Roma.

»A pesar de la claridad de las acusaciones, también queda claro que el gran perjudicado en todo este asunto es el pueblo. La interrupción de esa magna obra le perjudica de manera notable.

»Propongo, senadores de Roma, detener el juicio una semana para poder estudiar mejor las pruebas y decidir después. Pero me gustaría contar con vuestra opinión.

Vespasiano se sentó en su lugar, y esperó a que alguno de los senadores hablara.

Lucio sabía, como todos, que el Senado estaba dividido. Por un lado, los que estaban a favor del Princeps, y por otro, los que abogaban para que este devolviera más poder al Senado. Los primeros, de manera obvia, harían todo aquello que fuera imprescindible para contentar a su superior; la mayoría de ellos le debían su cargo. El resto lo formaban los senadores de las familias de más rancio abolengo; aquellos que buscaban recuperar el brillo que hizo ilustres a sus antepasados.

Al igual que ocurría con los abogados, esas dos facciones luchaban por imponerse a sus rivales con una estrategia bien definida. Tampoco ahora lanzarían los dados. No era el momento. Tocaba esperar la ocasión más propicia para que el impacto fuera mayor.

Capítulo XXXVII

CLAUDIA PULCHRA

Estrategia arriesgada

Roma, verano del año 78 d. C.

Apenas recordaba nada de la primera sesión del juicio en la Curia. Para ella, aquellas horas habían transcurrido como si un espeso velo cubriera su rostro y apagara sus sentidos. Ni oyó ni vio nada. Como si fuera un simple objeto, se dejó llevar hasta el lugar, permaneció allí donde la habían sentado, y volvió a dejarse guiar de regreso a su casa.

Así de simple.

Después, los comentarios que le hizo Druso hicieron que se encendiera una pequeña luz en su memoria, y solo entonces fue consciente de la mayor parte de lo ocurrido dentro de aquel edificio. Y fue en ese preciso instante cuando se dio cuenta del peligro que corría.

Sintió temor. Temor y miedo.

Un miedo y un temor que iban más allá de ella misma y de su integridad. Lo que pudiera sucederle a ella podía asumirlo perfectamente. Era una mujer adulta y con recursos; saldría adelante de una forma u otra.

No. El miedo que sentía era por su hijo.

¿Qué le ocurriría a aquel pequeño si lo separaban de ella? ¿Y si ambos eran esclavizados, como le había ocurrido a Calícrates? ¿Podría seguir cuidando de su hijo? ¿Les permitirían seguir juntos? ¿O no volvería a verlo en toda su vida?

Más que por su destino final, su principal congoja se debía a las innumerables preguntas que se acumulaban en su mente. Preguntas sin respuesta que, como una peonza, giraban en su cerebro sin atisbo alguno de que pudieran llegar a detenerse nunca. Al contrario, cada vez que miraba a su pequeño Druso, más y más preguntas de aquel tipo la sumían en una especie de trance del que parecía quedar esclavizada.

En aquellos momentos, la mejor solución era abrazarse con fuerza a su pequeño hijo. El calor que le transmitía el bebé alejaba aquellas tormentas interiores y le devolvían algo de paz. Al niño le encantaban aquellos abrazos. Se quedaba callado, quieto, satisfecho de prolongar el contacto con su madre.

Séneca no hablaba de eso. El filósofo no había podido engendrar un hijo por sí mismo, y desconocía esos intangibles vínculos que unían a una madre con su hijo. Aquella era la única debilidad de una madre, lo único que la hacía vulnerable: la protección de su hijo.

La valentía de una mujer se evaporaba como si nunca hubiera existido, y se veía sustituida por el temor materno. El sufrimiento por el destino y la felicidad de los hijos acompañaba a una madre para siempre. Por muy mayores que estos se hicieran, por muy fuertes que fueran, ese temor siempre estaría ahí.

Era consciente de que un padre nunca podría sentirlo de ese modo.

Druso era un buen hombre. El ingeniero apenas había cambiado desde que se casaron. Durante los primeros meses de matrimonio, sus conversaciones filosóficas fueron abundantes y de lo más estimulantes. Claudia se sentía atraída por ese torrente de satisfacción y deseo que le ofrecía su marido. Dejarse llevar por aquellas sensaciones fue muy fácil. Y de esa satisfacción nació el pequeño Druso.

Después, haciendo honor a la costumbre, Claudia y el pequeño se instalaron en la zona de la casa destinada a las mujeres, y su marido se dedicó con más ímpetu si cabe a las obras del anfiteatro. Aquello enfrió su relación y convirtió su matrimonio en algo mucho más formal. Ahora parecían ser solo buenos amigos que compartían preocupaciones.

A ella le gustaba esperar el momento en que Druso llegaba a casa, al atardecer, y le explicaba lo ocurrido durante el día. Pero en cuanto acababan de cenar, cada uno se retiraba a su habitación. Y lo mismo ocurría al día siguiente, como si fuera un fiel reflejo del anterior.

Aquella situación no la dejó insatisfecha. Al contrario, el amor que recibía de su pequeño era tal que la colmaba de felicidad. Su marido, además, no era exigente ni caprichoso, y le dejaba espacio y tiempo para sus cosas.

Claudia dejó los negocios para convertirse en aquello que su corazón reclamaba a gritos. Su labor de madre la llenó de dicha y se sintió más feliz que nunca.

Hasta que llegó la noticia del juicio y aquellas acusaciones.

En ese momento, su tranquilidad, su paz y su felicidad quedaron totalmente rasgadas, rotas para siempre. De aquel espíritu satisfecho y pleno

apenas quedó otra cosa más que ese temor permanente.

Un temor que duraría para siempre.

Claudia se reconocía como culpable. En el pasado, había robado a Roma. Se había lucrado con actividades ilícitas, y ahora Roma, esa bestia insaciable que siempre cobraba sus deudas, había puesto sus garras sobre ella. No saldría libre de aquella situación.

La vuelta a la esclavitud solo la preocupaba hasta cierto punto. Su principal preocupación era el destino de su hijo, como esclavo o lejos de ella.

⁂

Una semana después del aplazamiento que había sugerido Vespasiano, el juicio se reanudó. Y en aquella ocasión Claudia fue plenamente consciente de todo cuanto sucedió.

El pequeño Druso quedó al cuidado de la esclava de Lucio Sura, Moira, que cuidaba también de las hijas de Calícrates. Entre los tres niños había una buena sintonía, y Claudia estaba muy tranquila en ese aspecto.

La llegada a la zona del Foro, con los gritos de la gente y aquel calor tan sofocante, la incomodó de verdad. Apenas pudo disfrutar de la belleza de los mármoles, de las columnas y de todo aquel blanco tan puro y tan hermoso. El brillo del centro neurálgico de Roma no resplandeció para ella.

La entrada a la Curia y el hecho de encontrarse con Calícrates y Lucio supuso para ella otra incomodidad. No porque tuviera nada personal contra ellos, sino porque en aquel momento se dio cuenta de que todo estaba ocurriendo de verdad.

El reencuentro con Lucio le recordó su pasado delictivo. Sus negocios ilegales, que la convirtieron en una persona mucho más rica, también habían manchado su integridad. Lucio y ella compartían delitos, y ambos lo sabían. Ella comenzó a preocuparse más al darse cuenta de qué sucedería si tuviera que declarar en contra de Lucio. Si decía la verdad, hundiría para siempre a quien fue su amigo. Si mentía, se convertiría en alguien indigno para su hijo.

Se sentía atrapada.

En cuanto a Calícrates, el griego apenas la miró. Se lo veía algo aturdido, pero Claudia pudo ver en él signos de recuperación. Su mirada y sus movimientos ya no eran los de un hombre sin vida paralizado por el resentimiento y el dolor. Más allá de la preocupación por el juicio, parecía estar mucho mejor. Y eso era bueno.

Ella sintió un pequeño sofoco al notar esa mejoría en el arquitecto.

«Tal vez sea porque me alegro de que un amigo esté mejor», pensó, buscando una explicación que la satisficiera.

La sala estaba hasta los topes. Los senadores llenaban los graderíos con sus togas blancas y sus bandas de color púrpura. El público llegaba hasta casi la misma zona del rectángulo central, y una muralla de soldados pretorianos protegía el resto de la sala.

Nuevamente fue Vespasiano quien abrió la sesión. Aunque esta vez no había nada de formal en su intervención. Al contrario, rompía el protocolo habitual.

Con los abogados y los acusados sentados en sus respectivas banquetas, el Princeps se levantó y ocupó el lugar central del rectángulo. Allí aguardó unos segundos para conseguir la máxima atención.

Esta vez, Claudia era perfectamente consciente de todo.

Aquel hombre emanaba una seguridad y una aureola que le otorgaban una dignidad especial, como si hubiera nacido para ser el Princeps de los romanos.

—¡Augusto Senado! —empezó Vespasiano, apagando los últimos murmullos entre los senadores—. Una semana después, abro una nueva sesión de este proceso judicial tan complejo como delicado. Más allá de saber aún si los acusados son culpables o no de los hechos planteados, la defensa dejó en nuestras manos una cuestión que deberá ser tenida en cuenta a partir de ahora. ¿Es lícito impartir justicia, si ello va en perjuicio del pueblo de Roma? ¿Qué es más importante, la justicia o el bienestar de los ciudadanos? Una cuestión que aún permanece abierta, y que se intuye como la gran fuerza tractora de todo este proceso judicial.

Hablaba pausadamente, pero de manera enérgica, subrayando aquellas palabras que resultaban clave para su mensaje. Quedaba claro que era un hombre acostumbrado a los discursos y a las arengas militares, aunque no tenía la elegancia discursiva de un experimentado senador.

—La diosa Iustitia siempre lleva una balanza en su diestra. Dando a entender de forma clara que el equilibrio es la esencia de todo proceso cuyo objetivo sea la búsqueda de la verdad.

»Bien es cierto que las verdades son múltiples y que anidan en el corazón de cada hombre. Pero hay una verdad universal, una verdad indiscutible: es aquella que satisface a la mayoría de hombres. Ese debe ser el objetivo de la justicia, determinar qué hace más feliz a más hombres.

»Tenemos la opinión de nuestros antepasados, hombres sabios que solucionaron sus problemas con ejemplar eficacia y nos legaron esa sabiduría

a través del Derecho Consuetudinario.

»E igualmente es nuestro deber actuar de forma sabia, resolviendo los desafíos de este mundo moderno que Roma dirige, legando nuevas directrices a nuestros sucesores.

Claudia observaba a los miembros del Senado. Algunos de ellos se movían con inquietud en sus sillas. Uno podía adivinar fácilmente quiénes estaban a favor del Princeps y quiénes en contra. Estos últimos, aun guardando un respetuoso silencio, parecían querer demostrar con sus gestos su disconformidad con las palabras de quien regía los destinos de Roma.

—En la primera sesión de este juicio, el fiscal expuso los cargos contra los acusados, pero la defensa nos sorprendió con un dilema sorprendente. Un dilema que hasta ahora nunca se había planteado en juicio anterior alguno, y del que por tanto no se guarda ningún precedente en el que podamos apoyarnos.

»Nunca habíamos tenido que plantearnos una situación en la que el hecho de impartir justicia pudiera ir en detrimento del bien común. Siempre habíamos pensado que ambos aspectos eran indisociables, o, más que indisociables, que justicia y bien común eran principios que emergían del mismo dios.

»Estas últimas jornadas, he celebrado múltiples reuniones con algunos de vosotros —se refería a los senadores, sobre todo a quienes le apoyaban de manera ciega—, y también con letrados de distinta procedencia. Las opiniones son tan dispares que encontrar un punto medio parece una tarea que ni el mismísimo Hércules sería capaz de llevar a cabo. Es por ello que se impone buscar y encontrar una nueva solución. Una solución que legitime hasta tal punto nuestro proceder que se convierta en un precedente para futuros casos con acusaciones similares.

»Los acusados deben ser juzgados, pues el Derecho Romano que nos hace a todos iguales ante la justicia, y que ha hecho que nuestra civilización sea un referente en todo el mundo, así lo exige. Al mismo tiempo, el anfiteatro ha de ser acabado en busca del bien común, de modo que el pueblo de Roma disfrute de los homenajes y la felicidad que tanto merece tras buscar con tanto ahínco lo que ha dado en llamarse Pax Romana.

Según pudo observar Claudia, Vespasiano pronunció esa última frase con una pasión especial, como si hubiera algo personal en ello. Quedaba claro que la estrategia de Larcio Licinio había hecho mella en el corazón del Princeps.

Ahora todos estaban expectantes. Todos querían saber cuál sería la solución que propondría el Princeps de Roma.

—Este magno edificio, este anfiteatro que se alzará como un símbolo de nuestra cultura y nuestra civilización y que perdurará más allá de los siglos venideros, debe acabarse con las mismas mentes y manos que lo iniciaron. Un proyecto de esta magnitud no puede ser acabado de cualquier forma. Todos conocemos la importancia de los acabados finales en toda obra destinada a ennoblecer el corazón de los hombres.

Vespasiano miró a los senadores, como si quisiera retarlos a mostrar su oposición a lo que acababa de decir. Ninguno de ellos movió un músculo o pronunció palabra. Satisfecho tras aquel desafío, el Princeps dio entonces dos pasos hacia el sillón donde se sentaba durante la presidencia del juicio y, de una mesita situada justo a la derecha, cogió un pergamino, lo consultó brevemente y habló con voz alta y firme.

—Lucio Sura y Claudia Pulchra continuarán con la orden de alejamiento del anfiteatro. Ellos dos son quienes tienen las pruebas más claras en su contra, y quienes merecen toda la atención de este augusto tribunal.

»Por el contrario, los artífices materiales de la obra, Druso Calpurnio, en su calidad de ingeniero jefe, y el griego Calícrates, en la función de arquitecto, deberán seguir con la obra. Su juicio se aplazará hasta la finalización del anfiteatro, prevista para dentro de muy pocos meses. Sin embargo, en caso de encontrarse pruebas muy concluyentes de su culpabilidad, serán llamados a juicio de forma inmediata.

»La justicia jamás puede ser burlada, pero la felicidad del pueblo de Roma, tampoco.

Vespasiano concluyó su discurso y se sentó en el lugar que le correspondía como juez.

⁎ ⁎ ⁎

Más tarde, casi de noche, los cuatro encausados y el letrado Larcio Licinio hablaron de esa sesión del juicio en la residencia de los Sura. Claudia reconocería después que había sido una conversación muy interesante.

—Tu estrategia no ha sido buena, Larcio. Tienes que reconocerlo —Lucio hablaba llenando de rencor todas y cada una de sus palabras.

—Bueno, pero… —comenzó a decir el veterano letrado.

—¡Nada de peros! No solo continuó encausado, sino que ahora el fiscal lo tiene mucho más fácil para centrar sus esfuerzos en mí. Al reducirse la cantidad de acusados, los argumentos serán menos complejos. Claudia y yo hemos salido perjudicados, y con ello hemos perdido todos.

Claudia veía mucho egoísmo en las palabras del patricio. Quedaba bien claro que lo único que le preocupaba era su propia suerte. Como si el juicio solo sirviera para acusar a Lucio.

Sin duda, el senador tenía claro, además, que iba a salir de aquella causa como culpable.

Naturalmente, ni Druso ni Calícrates dijeron nada. Ninguno de los dos podía competir con el estatus del patricio o con su poderío económico y político, por lo que su silencio era lo más aconsejable.

Claudia tampoco dijo nada. ¿Para qué? Su marido y Calícrates habían sido liberados, y podrían disfrutar de esa libertad terminando la obra que tanto llenaba sus corazones. Además, si ella resultase acusada, Druso tal vez podría hacerse cargo del pequeño, y su hijo no sufriría tanto por la falta de su madre. Se daba perfecta cuenta de que aquello solo era una posibilidad remota, pero al menos le daba una leve esperanza y servía para consolarla.

Solo Larcio Licinio, el letrado, tenía voluntad y capacidad para rebatir las palabras del aristócrata. Eso también lo tenía claro Lucio, y por esa razón se encaraba directamente con él.

—Tienes una visión extremadamente reducida de la situación… —replicó el abogado.

—¿Reducida? No sé si me habré equivocado contratándote…

Aquellas palabras, a juicio de Claudia, no parecieron afectar a Larcio. Era un hombre experimentado, y parecía estar curtido en mil batallas.

—Contratar a un nuevo hombre de leyes no haría más que perjudicarte, y lo sabes. Ahora es el momento de mostrarse más fuerte. Tu debilidad es la que desean tus adversarios.

Lucio mostraba su desacuerdo con cortos y enérgicos movimientos de cabeza.

—Estás en tu derecho legal de buscarte otro abogado. Haz lo que quieras, pero esto solo dará más fuerza a tus enemigos. Sin embargo, hagas lo que hagas, decídete y pronto.

Claudia estuvo a punto de sonreír. Y lo hubiera hecho, pero era consciente de que su situación era tan comprometida como la del senador.

Lucio no sabía qué responder. Miraba al letrado de forma altanera y desafiante, y todo su cuerpo se inclinaba imperceptiblemente hacia el abogado, como si no pudiera reprimir su frustración.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó el senador hispano, dándose por vencido.

Capítulo XXXVIII

CALÍCRATES

El triangulo y el circulo
Roma, verano del año 78 d. C.

El retorno al trabajo fue una auténtica bocanada de aire fresco para Calícrates. Como si todo su ser recibiera una bocanada de aire divino, se sintió renacer. Su ánimo mejoró, al igual que su estado de salud. Volvía a sentirse lleno de energía. Los primeros días apenas se avanzó nada.

Volver a contar con todos los artesanos, que se habían dispersado por los distintos confines de la península Itálica y, en más de un caso, por algunas provincias romanas, fue algo complejo. Y no solo los artesanos: recuperar a los peones —esclavos y hombres libres— fue una tarea más ingente aún.

Los que iban llegando fueron destinados a revisar los cordajes de los andamios y todo aquello que pudiera haber sufrido algún tipo de deterioro.

Por suerte, la vigilancia constante del recinto llevada a cabo por un contingente de la Guardia Pretoriana había salvaguardado la mayor parte del material almacenado, aunque no toda. Un par de tormentas habían arrancado toldos protectores, y la lluvia había arruinado gran cantidad de la cal almacenada y de otros materiales.

El edificio, por supuesto, no había sufrido desperfecto alguno. Construido de manera muy sólida y para aguantar el paso de los siglos, el transcurso de unas semanas no había alterado su belleza y su magnificencia.

Calícrates y Druso apenas hablaban más allá de lo estrictamente necesario para continuar con los trabajos del anfiteatro. Su amistad parecía haberse roto de manera definitiva. Ninguno de los dos tenía intención de esforzarse en recuperar aquello que parecía haberse perdido para siempre.

El heleno llegó a pensar que tal vez la amistad de meses atrás no había sido tal. Si hubieran sido amigos de verdad, las discusiones o diferencias profesionales no hubieran hecho mella en su relación. Aun así, Calícrates empezaba a sospechar que Claudia estaba en el centro de todo aquello.

Tal vez ella no fuera consciente. No veía mala fe en aquella mujer. La consideraba un tanto extraña, y sin duda impredecible, pero no creía que fuera una mala persona. El hecho de haberse casado con Druso los había alterado a todos. Por un motivo u otro, eso había creado una tensión que había desencadenado las discusiones entre arquitecto e ingeniero. Calícrates estaba convencido de que Druso había cambiado. Antes era un hombre de trato sencillo y fácil, pero ahora parecía haber perdido toda su humildad. El matrimonio lo había convertido en un tipo algo arrogante, como si estuviera convencido de tener razón en todo aquello que pensara.

Y el heleno tenía muy claros algunos conceptos. Un buen profesional —del sector que fuera— debía tener siempre la mente abierta y buscar distintas opiniones a las suyas. Un hombre que solo se centrara en demostrar que era el mejor, el más listo o el más brillante nunca llegaría a ser un buen profesional.

En su trabajo, solo la obra importaba, y a ella debían subordinarse todos los demás aspectos personales.

Y Druso parecía haber olvidado esa máxima tan simple. Claro que el romano no era arquitecto. No era más que un simple ingeniero.

No fue hasta veinte días después que el operativo estuvo totalmente completo y se reanudaron las obras allí donde se habían detenido.

Las distintas partes de la mayoría de columnas estaban ya en su sitio. Desde la arena, la visión de toda aquella elipse columnaria en las alturas era muy efectista. Su superficie de mármol lucía sobremanera, y se igualaba con el resto de la cávea. Los sillares de mármol que servían como entablamento se convertían en un anillo gigantesco que parecía estar sujeto por la mano de los dioses. Los encajes de ese anillo entre las cuatro partes eran perfectos, y desde la arena era imposible distinguir el menor signo de discontinuidad en aquel óvalo.

Calícrates lo recorrió visualmente dando una vuelta sobre sí mismo. Era hermoso. El azul del cielo y la blancura del mármol le otorgaban un aire divino.

Solo los dioses podían haber sido capaces de otorgar el don de aquella belleza a los hombres.

Calícrates apretó las mandíbulas con fuerza, orgulloso del trabajo bien hecho. Satisfecho.

Dejó el centro de la arena y el interior del edificio, y se encaminó hasta el exterior. Se alejó al máximo de la fachada, buscando una mejor perspectiva. Con la espalda pegada a la empalizada, contempló la altura del anfiteatro. Los andamios y las cuerdas que sujetaban los bloques que las grúas acarreaban

hasta el ático, impedían una perfecta visión de la fachada, pero ya se vislumbraba lo que sería un orgullo para Roma durante los próximos siglos… Y tal vez eternamente.

«Mientras el anfiteatro se mantenga en pie, Roma lucirá con orgullo su cultura, y las demás naciones del mundo solo podrán hacer otra cosa que admirarla», pensó Calícrates.

Orgulloso de su obra, se dirigió hacia la parte superior para ver dónde era necesaria su ayuda.

⁎ ⁎ ⁎

Uno de los esclavos fue a buscarlo hasta el ático: Vespasiano en persona lo esperaba en la arena.

Calícrates se volvió hacia allí y lo vio. Naturalmente, no estaba solo. Una veintena de hombres lo acompañaban, casi todos soldados de la Guardia Pretoriana, aunque también había un par de civiles con él. Desde la arena, el Princeps de Roma lo saludó levantando la mano. Calícrates devolvió el gesto y bajó para reunirse con él.

Problemas. Siempre que Vespasiano acudía a las obras los problemas se multiplicaban. El Princeps era un hombre que buscaba eficacia por encima de cualquier otra cosa. La belleza, para él, era solo un valor añadido.

Era la primera vez, desde que los cuatro fueron acusados, que Vespasiano lo visitaba en privado. Si es que aquella visita podía tacharse de privada.

Llegó hasta la arena.

—¿Cómo van las obras, Calícrates? —Aunque lo había llamado por su nombre, su timbre era más frío de lo que era habitual.

—La interrupción nos ha costado cara. Hemos perdido un tiempo precioso, y apenas hemos empezado a trabajar con el ritmo de antes. Pero ahora todo comienza a ir mejor.

—¡Perfecto! Quiero que sepas que estoy aquí como Princeps. Mi labor como juez en el juicio no tiene nada que ver con esta visita.

Calícrates asintió. Eso lo tenía muy claro.

—Además, todo mi interés se centra ahora en el edificio y en que esté terminado cuanto antes, para que el pueblo de Roma pueda disfrutarlo por fin.

También eso lo tenía claro.

—He nombrado un nuevo administrador que suplirá a Sura. ¿Cómo van los suministros?

—Hay suficiente material para los próximos tres meses, por lo menos. Pero no deberíamos descuidar el acopio de bloques de travertino y de madera.

—Este es Petronio Cástulo. Desde ahora será quien te suministre los materiales. Cuando me vaya, podrás ponerlo al corriente de la situación y decirle lo que necesitas.

Un tipo muy serio lo saludó secamente. Era uno de los civiles que acompañaba a Vespasiano. Calícrates le devolvió el saludo mostrándose igual de distante y frío.

—Veo que estáis en el último piso…

—El ático, así lo llamamos. La parte interna está acabada. Ahora izamos bloques cuadrados de travertino para la pared de la fachada.

A una señal de Vespasiano, todo el grupo salió hacia el exterior del anfiteatro. Su intención era inspeccionar la fachada.

—¡Esto está casi acabado! Lástima que para los Ludi Romanorum de este año no pueda estar listo —apenas faltaban dos semanas—. Tendremos que esperar al año que viene…

—El anillo exterior que estamos construyendo exige un trabajo muy delicado. Va a llevarnos varios meses.

Vespasiano lo miró como si fuera un bicho raro.

—¿Delicado? No te compliques la vida. Desde esta distancia apenas se ven los detalles. Una pared lisa y punto.

Calícrates estuvo a punto de protestar. Aquel hombre apenas tenía gusto y sensibilidad para apreciar la armonía de la auténtica belleza. Estaba a punto de replicarle, cuando Vespasiano habló de nuevo.

—Los graderíos del interior del… ático, ¿serán de madera?

—Lucio decidió que no hubiera graderíos en el ático; así se consigue aumentar el aforo del anfiteatro.

El Princeps se detuvo a pensar un momento. El gesto de tocarse la barbilla era muy característico en él cuando reflexionaba.

—No —dijo de pronto—. Nada de vacío. Hay que construir un graderío. La gente me amará si está cómoda.

Calícrates estuvo a punto de sonreír. «Aquí cada uno piensa en lo suyo», pensó. Pero el heleno no dijo nada.

—¿Qué tipo de graderío habías previsto en tu proyecto inicial? ¿Uno de madera? Me parece recordar que era así.

—Sí, de madera, y que pudiera retirarse en caso de necesidad —quedaba claro que Vespasiano tenía buena memoria.

—Supongo que habréis tenido en cuenta una cubierta para el sol.

—Por supuesto. Será parecida a la del teatro de Marcelo o el de Pompeyo. Usaremos el mismo sistema. Unas ménsulas situadas hacia la mitad de la

fachada exterior del ático serán el apoyo de los mástiles.

Le contestó de manera fría, sin apenas emoción y ganas de alargar la explicación más allá de lo más básico.

—Espero poder verlo acabado —dijo Vespasiano justo antes de despedirse y dar una orden a su séquito para salir de allí.

Aquella respuesta dejó helado a Calícrates. Y no por lo que significaba, algo ya sorprendente, sino sobre todo por el tono de su voz y por la convicción con que pronunció aquellas palabras: aquel hombre parecía convencido de que su muerte estaba cerca, casi como si se hubiera resignado a ello.

* * *

Los bloques de travertino eran izados por las grúas, de igual modo que todos los elementos de las columnas del ático. Sin ser tan delicados como estos últimos, los andamios que cubrían la fachada exterior no servirían de mucha protección, y si uno de estos bloques se escapaba acabaría destrozado.

La proliferación de equipos convertía aquel izado en casi una constante. No había un minuto en que un bloque no estuviera ascendiendo. Cada equipo tenía instrucciones claras y muy detalladas de cómo proceder en la construcción de esa última parte de la fachada.

Una pared ciega y tupida con unos ventanucos cuadrados situados a intervalos regulares. Alineadas con las semicolumnas de los niveles inferiores de la fachada externa, unas pilastras sobresalían y rompían la monotonía de esa pared. Las ventanas se habían insertado a intervalos regulares: una, mayor, en la zona alta; otra, en el siguiente intervalo, más pequeña y a ras del suelo de ese nivel.

Calícrates no le había comentado nada a Druso sobre las nuevas instrucciones de Vespasiano. Cuando el Princeps volviera a visitar el anfiteatro —esperaba que fuera muy tarde—, aquella parte de la fachada ya estaría finalizada. Estaba seguro de que entonces recibiría la felicitación por el trabajo realizado.

Las pilastras, las ménsulas —justo por encima del nivel superior que marcaban las ventanas más grandes— y la última cornisa tendrían su propia decoración. Sin ser excesiva, sí que se integraría junto al resto de los elementos decorativos del anfiteatro. Por mucho que Vespasiano dijera, de lejos sí que se apreciaría la belleza del conjunto.

El resto del muro sería liso y sin decoración alguna. Con ello se conseguía que la elegancia de aquellos elementos más bellos y elegantes destacara más.

Tres días después de la visita de Vespasiano, tuvo una breve conversación con Druso. Fue el ingeniero quien lo buscó para hablar con él. Calícrates, el día anterior, le había comentado la orden directa del Princeps: el graderío del ático debía construirse, siguiendo los planes del proyecto inicial. Druso no pareció alterarse ante aquel nuevo cambio. Lo aceptó porque venía de Vespasiano, y ya está. Así de simple.

Ahora era preciso empezar a resolver la estrategia de la construcción del graderío del ático.

—Habría que empezar a subir los tablones y maderas para construir el graderío interior; después, con la colocación del techo, ese trabajo sería mucho más complejo y peligroso.

Calícrates apenas lo miró.

—No. Abarrotaríamos un espacio necesario para el trabajo de construcción del techo. Subiremos las maderas cuando el techo esté acabado.

—Me gustaría saber cómo pretendes hacer eso. —Había cierto aire de desafío en esa pregunta sin entonación interrogativa.

—El techo no se terminará del todo. Se dejaran dos espacios abiertos por sector. En esos espacios, se colocarán las grúas. La madera entrará en el ático a través de las ventanas más grandes; no es un peso excesivo y puede hacerse en pequeñas unidades.

A Calícrates le pareció que Druso estaba a punto de protestar. Pero no tenía ningún sentido hacerlo. La idea tenía unos argumentos impecables: seguridad, eficacia y rapidez eran los valores que mejor avalaban el plan.

Había otra opción, pero restaba eficacia a la original. Terminar el techo completamente, e izar toda la madera a través de unas poleas situadas en los extremos de unos tablones que sobresaldrían por las ventanas más grandes.

—Utilizaremos la misma estrategia para izar los mástiles y todo el velamen que protegerá a los espectadores del sol —añadió el heleno.

Druso no puso objeciones, asintió y se alejó de allí en silencio.

* * *

Dos días después, Calícrates fue hasta la zona de los tallistas de piedra, cuyos talleres estaban en la parte norte, junto a la empalizada.

Los bloques de travertino destinados al muro exterior del ático apenas requerían trabajo extra alguno. Los elementos destinados a la decoración, sin embargo, eran harina de otro costal, sobre todo los semicapiteles de las pilastras, las ménsulas y, especialmente, los elementos que formarían la cornisa final.

Para estos últimos eran las instrucciones que el heleno quería darles a los tallistas. Buscó al capataz que los dirigía.

—Esta es la plantilla para el hueco de los bloques de la cornisa —Calícrates le mostró un trozo de cuero cortado formando un círculo perfecto. Medía doce *digitus* de diámetro—. Manda hacer varias copias idénticas. Por ese orificio deben pasar los mástiles que sujetarán toda la estructura del velamen.

El capataz asintió con un simple gesto de la cabeza. No dijo nada.

Calícrates observó, durante unos instantes, el trabajo de los tallistas. Apenas había esclavos allí. La mayoría eran hombres libres, artesanos de gran categoría. También había aprendices, apenas muchachos. Cualquier lugar era bueno para formar a futuros profesionales.

Una buena escuela.

El heleno observó a uno de aquellos chiquillos; apenas tendría diez años. Cogía el cincel y el martillo con suma habilidad, y usaba herramientas de pequeño tamaño, adecuadas a su edad, y solo para pequeños detalles.

El arquitecto se agachó para observar mejor el resultado final. El muchacho se sonrojó y se detuvo al sentirse observado.

—Sigue, sigue, lo estás haciendo muy bien —dijo Calícrates para tranquilizarlo.

El chico trabajaba en uno de los elementos de las pilastras de la fachada superior externa; una pieza de apenas dos palmos con una nervadura sobresaliente en su parte exterior. El muchacho movió un poco la pieza para encontrar un mejor ángulo de trabajo.

—¿Qué es…, qué es esto de aquí? —Calícrates le señaló unos símbolos en la parte interior; una zona que quedaría oculta, cubierta por otras piezas. Ahí el chico había dibujado unas pequeñas figuras haciendo simples incisiones con el cincel.

El aprendiz se puso más colorado aún, como si aquello representara una falta grave.

—No es para reprenderte nada, tranquilo. Me interesa mucho el significado de estos símbolos —un triángulo equilátero y un círculo dispuestos de una manera determinada. Un dibujo y una disposición que su hija Ione había plasmado unos años atrás, y cuyo significado aún no había conseguido averiguar.

—Si mi maestro lo ve me castigará, señor. —El chico estaba azorado y empezaba a sentirse incómodo.

Calícrates se acercó un poco más a él y le habló casi al oído.

—Será nuestro secreto —y le guiñó un ojo.

Aquel gesto pareció tranquilizar al muchacho.

—Es mi casa, una representación de mi casa.

—¿Tu casa?

—Sí, el triángulo es el tejado. El círculo es el sol de la mañana, que sale por ese lado.

Calícrates abrió los ojos mostrando una enorme sorpresa. Jamás lo habría imaginado.

Se despidió del muchacho con una sonrisa y otro guiño de complicidad.

Capítulo XXXIX

LUCIO SURA

La incompetencia del letrado

Roma, otoño del año 78 d. C.

Como le había comentado a Larcio, Lucio consideraba que la exclusión temporal de Druso y Calícrates del juicio le había perjudicado notablemente. Ahora, el fiscal —Tito— lo tendría mucho más fácil para presentar pruebas que los inculpasen. Como exmilitar, Lucio tenía claro que cuantos menos rivales tuviera un enemigo mejor para este último. Y al revés, para vencer a un enemigo, lo mejor era multiplicar a sus oponentes.

¡Aquel carcamal era un incompetente! Por su culpa podían llegar incluso a condenarlo. Claro que, en el fondo, sabía que la culpa era suya… ¡por haberlo contratado!

Estuvo valorando la posibilidad de despedirle y buscar un nuevo letrado. Incluso llegó a sondear a algunos conocidos sobre posibles abogados con capacidad suficiente para defenderlo con éxito. Fue un fracaso.

Los que tenían posibilidades de aceptar el caso, o eran muy jóvenes, o apenas tenían algún éxito notable en los tribunales. Y aquellos más idóneos, por experiencia o brillantez, rechazaron su oferta de forma fulminante. Y eso que solo había sido un simple sondeo.

El juicio se había reanudado de manera formal, con él y Claudia como únicos acusados. Y desde el principio se vio que el fiscal era mucho más duro con ellos.

El día, lluvioso y plomizo, había restado espectadores. La gente no quería quedarse en la calle, mojándose, de modo que solo aquellos que pudieron entrar en el edificio se quedaron allí, expectantes. El resto se marchó.

Una fina y persistente lluvia resonaba en el interior del edificio. Las gotas que repiqueteaban en el techo y los goterones e hilos de agua que caían a la calle parecían murmurar en un lenguaje desconocido.

Ese sonido de fondo los acompañaría durante casi toda la jornada.

—Augusto Senado —Tito era quien hablaba ahora—, a pesar de la multitud de delitos de los que acusamos a los procesados, voy a iniciar esta exposición solo para demostrar el asesinato de Marco Licinio por parte del acusado, Lucio Sura. Más adelante, expondremos las pruebas necesarias para demostrar que el mismo acusado incurrió en los delitos de robo, malversación de fondos públicos y usura. Dentro de esta segunda exposición, veremos cómo Claudia Pulchra participó también en algunos de estos hechos delictivos.

Se aclaró la garganta un par de veces. Quedaba bien claro que Tito no era un abogado experimentado. Era el hijo del Princeps y, además, un aristócrata, y eso le otorgaba suficiente categoría para desempeñar aquel cargo, pero le faltaba el oficio que solo proporciona la experiencia.

—Llamamos a declarar a Petronio Escarpio, liberto de confianza del asesinado, Marco Licinio.

Un hombre algo mayor caminó hasta el centro del rectángulo; solo él y el fiscal estaban de pie. Petronio había sido un tipo alto, pero los años habían encorvado esa estatura y encogido al hombre. Apenas un poco de cabello blanco en las sienes rompía con una calvicie casi completa. Una nariz pequeña y unos labios casi inexistentes dejaban más protagonismo a unos ojos grandes y saltones. Su rostro lleno de arrugas apenas conseguía disimular una palidez casi enfermiza.

Uno de los secretarios le hizo jurar ante los dioses.

—¡Por Júpiter! —exclamó el recién llegado, mientras levantaba ambas palmas de las manos para complementar su juramento.

Era una forma de asegurar la veracidad de quien testificaba en un juicio. En caso de mentir, el testigo se las tendría que ver con el mismísimo Júpiter.

—Petronio Escarpio, para que el Senado se sitúe, ¿eras el liberto de confianza de Marco Licinio?

—Sí, domine.

Lucio no recordaba a aquel hombre. El día de su visita a la residencia de Marco Licinio, tenía asuntos más importantes en los que fijarse que en un liberto. Pero supuso que sería quien decía ser. Miró a su abogado, Larcio Licinio, que observaba en silencio, sentado junto a Vespasiano, al primer testigo de la acusación.

—¿Desde cuándo estabas al servicio de Marco Licinio?

—Fui esclavo de su padre; llevo más de sesenta años al servicio de los Licinio, *domine*.

—Sesenta años… —repitió Tito con voz alta y clara—. Tiempo suficiente para demostrar honradez y fidelidad a la casa Licinio, sin duda. Otra pregunta más, Petronio. ¿Viste alguna vez al acusado, aquí presente, Lucio Sura?

Tito señaló hacia el banco donde estaban sentados Lucio y Claudia; el anciano se fijó en él. Lucio le miró con rabia, intentando ponerle nervioso. Aquel hombre apenas pestañeó.

—Sí, lo vi una vez en casa de mi *domine*.

—Lo viste una vez… —repitió el fiscal alto y claro—. Ahora, explícanos, Petronio, ¿qué recuerdas de la ocasión en que viste a este hombre?

—Fue hace bastante tiempo, seis o siete años atrás. Vino a ver a mi *domine* en la residencia Licinio.

—¿Cómo es posible que recuerdes esa visita, seis años después? —inquirió el fiscal.

—Oí cómo el… acusado… amenazaba a mi *domine*. Le exigió la mayor parte del presupuesto de su función como *praefectus fabrum*.

Lucio respiró hondo y estiró algo la espalda, como si buscase una mayor seguridad en sí mismo.

—¿Le amenazó de alguna forma? —preguntó el fiscal.

—Sí… —el hombre se aclaró la garganta, como si lo que fuera a salir de ella fuera algo sucio—, le dijo que tenía pruebas de que el padre de mi *domine* había conspirado contra Vesp…, contra el Princeps, y que, si no le daba esa parte del presupuesto, lo haría público.

—¿Cómo reaccionó Marco Licinio?

—Aceptó darle los sestercios.

—¿Lo aceptó? ¿Así sin más?

—Mi *domine* era una buena persona, con un buen corazón, pero no era un hombre fuerte. Además, Sura se mostró muy agresivo.

Aquel anciano miró a Lucio. Había cierto temor en los ojos de aquel hombre, pero también un profundo convencimiento.

—Agresivo… —dijo Tito—. Entiendo.

El fiscal se acercó hasta su silla, y de la mesita que había al lado cogió un objeto. Volvió al centro de la Curia.

Durante ese corto espacio de tiempo, un leve murmullo se había extendido entre los senadores. Algunos de ellos hablaban en susurros con sus vecinos más próximos. Unos asentían. Otros negaban. La mayoría guardaba silencio, a la expectativa.

—¿Reconoces esto, Petronio? —Sin hacerlo visible para el resto de asistentes, Lucio pudo ver cómo le entregaba un pequeño objeto metálico; el

brillo del sol al impactar en ese objeto confirmó que era de oro.

—Es la hebilla que había junto al cuerpo de mi difunto *domine* el día que lo asesinaron.

Tito volvió a coger la hebilla, y en esta ocasión la mostró a los asistentes, sosteniéndola en lo alto.

—Esta hebilla fue hallada junto al cadáver, aún caliente, del asesinado Marco Licinio. El grabado muestra que pertenece a la casa Sura. Para quien quiera comprobarlo, dejaré la hebilla en manos del juez de este tribunal —lo dijo en aquel tono alto y claro que usaba para dirigirse a los senadores.

Lucio se quedó boquiabierto. Instintivamente, su mano fue hasta la hebilla que sujetaba su toga. La presencia de ese objeto no lo tranquilizó. Tenía varias, la mayoría iguales, y todas ellas con idéntico grabado.

Tito se acercó hasta su padre y le dejó la hebilla.

—Pido al acusado, Lucio Sura, que se acerque hasta el juez y le muestre la hebilla que lleva ahora.

Lucio miró a Larcio, buscando una solución a aquella desgraciada pesadilla. Pero el letrado se mantenía inmóvil y con el semblante relajado.

Naturalmente, hizo lo que el fiscal le pidió. Al situarse ante Vespasiano, este apenas le miró a los ojos; comparó ambas hebillas y se limitó a asentir. Lucio también vio el objeto: era una de sus hebillas.

¿Cómo era posible? ¿Qué mano negra se ocultaba detrás de todo aquello? Lucio tenía claro que había robado al erario público, que había hecho negocios de forma ilegal, pero también que él no era un asesino: no había matado a Marco Licinio. Alguien intentaba librarse de él. Ahora lo tenía más claro que nunca.

Pero ¿quién? ¿Y cuál era el motivo? ¿Quién podía odiarlo tanto como para montar un tinglado como aquel?

Paseó la vista por toda la Curia, buscando la identidad de quien pudiera estar detrás de todo aquello.

Entre los senadores tenía algunos enemigos. Muchos de ellos harían lo que estuviera en sus manos para acabar con él, pero esa maniobra estaba ejecutada con tal maestría y precisión que era necesario disponer de un talento especial. Un talento que sus enemigos no poseían.

Conocía a todos los senadores y, tras eliminar a la mayoría de candidatos, los restantes tampoco daban la talla.

Después fijó su vista en la presidencia. Vespasiano era un hombre demasiado íntegro. Era lo suficientemente inteligente como para maquinar un

plan como aquel, pero su integridad se lo impediría. Sí…, demasiado íntegro…

Y Tito menos aún. Sin ser tan íntegro como su padre, el actual cónsul de Roma parecía empeñado en querer gustar a todo el mundo. Tampoco veía a Tito capaz de orquestar una maquinación de ese calibre.

No quedaba nadie más…

Miró a su lado. Claudia sufría, como él, los temores del juicio. Durante la primera sesión parecía ausente, como si la cosa no fuera con ella. Pero ahora mostraba su lado más humano.

Naturalmente, era imposible que hubiera sido Claudia.

La voz de Tito lo sacó de aquella especie de trance; el fiscal regresaba al centro del rectángulo, donde Petronio permanecía en pie.

—Finalmente, expongo una tercera prueba —en su diestra mostraba un papiro escrito que enseñaba a toda la Curia—. He aquí un documento que demuestra la veracidad del testimonio de Petronio Escarpio. Es un recibo extendido por la víctima, Marco Licinio, al acusado, Lucio Sura. Medio millón de sestercios es la cifra apuntada. Además, existen tres recibos más idénticos a este; solo difieren en el año en que fueron extendidos.

Tito entregó el recibo a Vespasiano, y el Princeps lo dejó en la mesita para que el senador que quisiera pudiera examinarlo.

El fiscal se sentó, y Lucio observó a Tito. El cónsul de Roma se veía satisfecho de su exposición. Sin haber sido brillante, había cumplido su labor con creces.

Vespasiano, en cambio, no mostraba atisbo alguno de emoción en su rostro. Su rostro era el de un hombre firme e imparcial. Un juez.

—Si la defensa tiene alguna cosa que decir…

El Princeps miraba ahora a Larcio Licinio. El abogado asintió y se levantó para dirigirse al centro del rectángulo.

—Recuerde que solo tiene derecho a tres intervenciones —añadió Vespasiano.

—Me hago cargo —dijo Larcio mientras se situaba junto al liberto de Marco Licinio.

Lucio, como toda la Curia, se dio cuenta de que el letrado defensor cojeaba de manera ostensible. De hecho, se ayudaba para caminar de un bastón. Sura no entendió qué le había sucedido. Había venido con él apenas un par de horas antes, y caminaba perfectamente.

Con una mueca, como si cada paso le produjera un dolor imposible de dominar, el letrado se situó junto al testigo.

Le sonrió con cierta complicidad, pero aún no dijo nada. Durante unos instantes, la tensión de los presentes casi podía percibirse físicamente. El silencio era absoluto. Lucio observó cómo los senadores apenas se movían, expectantes.

Al fin Larcio Licinio habló:

—¿Sesenta años al servicio de los Licinio?

Petronio asintió, mirándolo con cierta sorpresa en los ojos.

—Te felicito por esa fidelidad. Y más aún cuando ya eres un liberto y podías escoger libremente.

Petronio lo miraba ahora con aire desconfiado.

—No me cabe duda de que la muerte de tu *domine* habrá supuesto un terrible golpe para ti.

—Como he dicho, era un buen hombre.

—Me imagino que te sentirás muy apenado por su pérdida.

Petronio no contestó, lo miró sin saber muy bien qué decir.

Lucio no entendía qué pretendía su abogado. Parecía querer acabar con la paciencia de toda la Curia.

La lluvia, en el exterior, continuaba como si los dioses pretendieran limpiar todos los males de los hombres. El murmullo del agua parecía crecer en intensidad bajo el silencio de los senadores y el público asistente.

El letrado defensor dio unos pasos, rodeando al testigo como si fuera un ave de rapiña. De vez en cuando, un gesto de dolor cruzaba su rostro.

—¿Marco Licinio tenía hijos?

—No.

—De modo que no tenía a nadie de su misma sangre que heredara sus bienes…

Lucio observó cómo el testigo se sentía como el lobo que cae en la trampa.

—Y la ley de Roma es muy estricta en lo que se refiere a herencias. ¿No es cierto, Petronio?

El aludido no respondió. Lo miraba con gran desconfianza, como si temiera que de un momento a otro pudiera saltarle al cuello y arrancarle las entrañas.

—¿Quién controla ahora esa herencia, fiel Petronio?

El aludido respondió con voz trémula.

—Como administrador en vida de Marco Licinio, yo controlo esa herencia.

—Así pues, el asesinato de tu *domine* ha supuesto un gran beneficio para ti.

—¿No pretenderá decir que yo he matado a mi *domine*? ¡Yo jamás haría algo así!

—No te pongas nervioso, fiel Petronio. No creo que tú lo hayas matado, pero en Roma es muy fácil alquilar de manera anónima los servicios de una buena espada… Si no me equivoco, hay muchos exlegionarios deambulando por las calles de la ciudad en busca de fortuna.

Antes de que Petronio pudiera contestar, el letrado pidió examinar la hebilla que el fiscal había presentado como prueba.

—Sí, una hebilla grabada con las iniciales de los Sura… —la mostró de nuevo, alzándola en el aire—. Sin embargo, si uno se fija bien, parece que estas impresiones sean muy recientes. En cambio, el resto de la hebilla parece mucho más vieja. Un detalle curioso, cuando las hebillas se entregan a los clientes ya grabadas, como todo el mundo sabe.

Entregó la hebilla a un senador sentado en la primera hilera, junto al rectángulo central.

—Haz el favor, senador, de ir pasando la hebilla al resto de los miembros de la Curia, para que hagan su propia interpretación del asunto.

Un murmullo recorrió la sala mientras la hebilla iba de mano en mano.

En cuanto vio que había logrado su propósito, el letrado continuó su defensa del acusado.

—Además, señores senadores, ¿no encuentran ustedes de lo más extraño que un miembro de su misma clase, inteligente como ustedes mismos, dejase allí, junto al cuerpo del delito, una hebilla con sus iniciales? ¿O es que acaso ustedes no alquilarían los servicios de un asesino para ejecutar a alguien?

»Tal vez el fiscal lo vea distinto, pero yo no me imagino a ningún miembro de este ilustre Senado manchándose las manos de esta forma… ¡Cuando es tan fácil pagar a una espada anónima!

»¿De verdad alguien puede creer que el acusado dejaría al lado de la víctima una prueba como esta, que lo inculpa directamente?

El letrado carraspeó de manera ostensible.

—¡¿Acaso no es un insulto a la inteligencia de los senadores suponer algo así?! —lo dijo gritando, como si todos los senadores estuvieran hablando al mismo tiempo, cuando en realidad todos estaban en absoluto silencio.

Lucio se quedó anonadado. Como el resto de senadores, eso saltaba a la vista. Había bocas abiertas por doquier.

La hebilla volvió a su mano.

—Señor juez, le devuelvo esta burda falsificación.

Vespasiano se puso en pie.

—Letrado, no convierta este juicio en una obra de teatro. Este lugar es demasiado sagrado como para mofarse de él.

—Intento demostrar que todo ha sido una manipulación para perjudicar a mi defendido. Si algo ha hecho grande a Roma, es nuestra civilización y nuestro sistema legislativo. Es mi deber como letrado defender a mi cliente hasta donde lo permitan nuestras leyes.

El abogado repetía las muecas de dolor, como si su pierna lo atormentara.

—Está bien —contestó Vespasiano—, pero, como le he dicho, no convierta esta sala en un teatro.

Larcio hizo una leve reverencia, aceptando la amonestación del juez. Cogió el recibo que antes Tito había mostrado como prueba, y se situó en el centro del rectángulo, de nuevo junto a Petronio.

—¡Un recibo, es cierto! —lo dijo en voz alta y alzando el documento para que todos pudieran verlo—. Sin embargo, esto no prueba absolutamente nada.

»El senador Lucio Sura ejercía la magistratura de edil curul en ese momento. La víctima, la de *praefectus fabrum*. Encuentro muy lógica la unión o la distribución de recursos entre esas dos magistraturas. Un recibo de este tipo, o tres, o cuatro, no demuestran de ningún modo que mi defendido sea un asesino.

Larcio carraspeó, mientras una nueva mueca de dolor asomaba a su rostro.

—Creo que ha quedado bien claro que las pruebas presentadas por la acusación no demuestran la inculpación de mi defendido, el senador Sura. Es más, está claro que hay un intento de inculpar al senador por motivos aún desconocidos.

»Si se me permite tal osadía, creo que, en lugar de buscar la manera de hundir a mi defendido, un hombre que por lo demás ha demostrado su valía en todos los cargos que ha ostentado, deberían investigar quién intenta acabar con el senador Sura. La labor de la justicia de Roma es defender la verdad y el honor de sus ciudadanos. No hundirlos buscando un beneficio de quien se esconde en la sombra, y que nada tiene que ver con la civilización que tan dignamente…

Se detuvo. Como si el dolor lo atenazase de tal forma que le impidiera continuar hablando.

—… Perdón… Discúlpenme. Que tan dignamente, decía, hemos edificado.

⁎ ⁎ ⁎

Aquella misma tarde, cuando el sol se escondía ya tras el horizonte y las sombras empezaban a ganar la partida a la luz, Lucio Sura, Druso, Claudia y el letrado estaban cenando en el peristilo de la residencia Sura.

—¿De modo que todo ese cuento del bastón y el dolor era en realidad…? —preguntó Claudia.

—Una artimaña para ganarse las simpatías de los senadores —respondió Lucio. Fue lo primero que había preguntado a Larcio en cuanto estuvieron solos, al acabar la sesión del juicio.

—¿Cómo puede eso ganarse las simpatías de alguien? —otra pregunta de Claudia.

Esta vez fue el propio Larcio quien respondió.

—El Senado está dividido en tres facciones…

—Creía que eran dos —dijo Druso, interrumpiéndole.

—Tres facciones —continuó Larcio—. Las dos que tú conoces, los favorables al Princeps y los más tradicionalistas o republicanos, y otra más, la de los indecisos.

—¿Indecisos? —preguntó Claudia.

Fue Lucio quien respondió ahora.

—Sí, aunque es poco conocido, un grupo de senadores se mueve entre ambas facciones. Los motivos de ese tránsito son bien distintos; orígenes, falta de lealtad a una causa determinada o gentes que se venden al mejor postor.

—Y este tercer grupo —siguió Larcio—, aunque se las dé de independiente, es mucho más voluble que los otros dos.

Druso no dijo nada, pero asintió con la cabeza para dar a entender que comprendía la situación. Igual que Claudia, que cogió un racimo de uvas sin dejar de mirar al abogado.

Lucio se daba cuenta de que Larcio se sentía muy satisfecho de su actuación. Su orgullo de aristócrata le impedía reconocer totalmente el mérito de su abogado defensor, pero reconocía que el viejo le había sorprendido. Y no solo por esas jugarretas de viejo zorro. La refutación de las pruebas presentadas por el fiscal fue perfecta.

Y la cerrada ovación con que la mayoría del Senado premió la intervención del letrado era la mejor prueba de lo acertado de su intervención. Naturalmente, el juicio no estaba ganado, ni mucho menos, pero sí que habían dado un puñetazo encima de la mesa y ahora el fiscal tendría que cambiar de estrategia.

—Además, con cada prueba presentada que consiga anular, el fiscal perderá más credibilidad —le comentó Larcio—. Pero no nos podemos confiar.

Ahora, echados en los *kline*, parecían estar disfrutando de los frutos de la victoria.

Capítulo XL

JULIA BERENICE

La ascensión de una reina

Roma, primavera del año 79 d. C.

Aquel año los calores del verano habían llegado muy pronto. Más allá de lo que marcaba el calendario astronómico, la climatología imponía su particular punto de vista y alteraba la vida de las gentes.

Un mes de mayo extremadamente cálido avanzó el estío. Y también cambió las costumbres de Vespasiano.

Cada año, cuando el calor estaba en su punto más álgido, el Princeps se alejaba de Roma para combatir las altas temperaturas. Desde el principio de su reinado, había elegido una villa como segunda residencia junto a las termas de Aquae Cutiliae, y la había acondicionado de manera adecuada para que pudiera acoger a toda la escolta que siempre lo acompañaba. El agua era abundante, y la tranquilidad mucho mayor que en la urbe. Desde aquella villa, y a otro ritmo, también se dirigían los asuntos de Estado.

Y esta vez sí funcionó.

El veneno esparcido en una de las comidas fue ingerido por Vespasiano, y el Princeps falleció a causa de una descomposición intestinal. Según los médicos, fue una simple enfermedad la que acabó con el Princeps de los romanos.

Solo Julia Berenice conocía la verdad.

Aunque a ella la verdad le traía sin cuidado. Había conseguido eliminar a su máximo oponente, y ahora tenía el camino libre para cumplir todos sus propósitos.

Era solo cuestión de tiempo que el Senado eligiese a Tito como Princeps y máxima autoridad de Roma. Según había prometido él mismo, se casarían enseguida. Y siendo la primera dama de Roma de manera oficial tendría un poder casi ilimitado. Ella sería ahora quien dictaría el bien o el mal, y quien

tejería los hilos de todo cuanto se cociera en la ciudad que regía el mundo conocido.

El funeral de Vespasiano. El consecuente duelo. La proclamación de Tito como nuevo Princeps. Todo pareció suceder con extrema lentitud para Julia, como siempre ocurría con aquello que uno más deseaba. Parecía que los dioses romanos se hubieran aliado para detener el tiempo.

Y cuando llegó el momento, se dio cuenta del error que había cometido.

—Ha llegado la hora de anunciar al pueblo de Roma las dos cuestiones —le dijo a Tito en uno de sus momentos más íntimos, el lugar ideal para hablar de política.

Él no contestó, y dejó que ella se explicara.

—En primer lugar, acabar de una vez por todas con ese juicio. Hay que condenar a los cuatro acusados y detener las obras de una vez por todas. El anfiteatro debe dignificarte a ti, amor mío. A ti y a la campaña de Jerusalén, que de manera tan brillante conquistaste.

»Después, hay que anunciar nuestra boda. El nuevo Princeps de Roma debe proclamar a los cuatro vientos sus esponsales y dar una gran fiesta al pueblo. Eso te convertirá en alguien querido por todos. Te amarán para siempre, tal como te mereces.

El silencio de Tito anunciaba la presencia de unos oscuros nubarrones en aquel cielo azul y despejado que Julia había dibujado para sí misma.

El nuevo Princeps estaba tumbado en la cama. Se incorporó.

—Si Roma tiene algo verdaderamente sagrado son sus leyes, Julia. Ya deberías ser consciente de eso. Nadie puede burlarlas.

—¡Las leyes de Roma son un fraude! Un buen saco de sestercios es capaz de comprar a cualquier jurado.

—Cierto, pero siempre dentro de la legalidad. Roma espera que aquellos que sean declarados culpables paguen por sus faltas del modo que sea. Pero primero hay que determinar su culpabilidad de un modo correcto. Nada de dictaduras al estilo Nerón o al de los reyes orientales. Eso ya lo sabes.

Ella se mantuvo seria, esperando a que él acabara con todo su argumento.

—Por otra parte, me gustaría que el anfiteatro fuera un homenaje a mi padre. Él creía en ese proyecto, y es más que justo que mantenga el recuerdo de su memoria.

Tito era hombre de explicaciones cortas. Apenas daba rodeos cuando hablaba de temas serios.

—En cuanto a nuestra boda, nada deseo más en estos momentos. Pero primero debo ganarme al pueblo de Roma. He de conseguir que me adoren

como si fuera un dios, y que cada uno de mis actos sea vitoreado por la plebe como algo que busca el bien común.

—¿Y cómo piensas conseguir eso? —seria y molesta, la pregunta mostraba su contrariedad.

—Proclamando la gloria del Princeps durante la inauguración del anfiteatro. Regalaré unos juegos a la plebe que no olvidarán mientras vivan. Serán unos juegos que durarán… ¡cien días!, por lo menos.

—Y mientras tanto, te doblegarás a la voluntad del Senado…

—No me doblegaré, le daré el respeto que se merece. Solo así conseguiré que ellos me respeten a mí. No puedo enfrentarme al Senado, Julia, sería un suicidio político. No pienso ser un reyezuelo como Nerón.

Falta de carácter. Ese era el principal problema de Tito, según pensaba Julia. Tenía tantas ganas de gustar a los demás, a los extraños, que era capaz de dejar de lado a los suyos, a aquellos que más le amaban.

La princesa judía intentó convencerlo de todas las maneras que se le ocurrieron. Pero Tito también era un hombre obstinado.

Sin embargo, había conseguido algo que la alegró.

Con Vespasiano fallecido, Tito ocuparía su lugar como juez en el juicio. Era el Princeps de Roma quien debía ocupar ese cargo. Y Julia ejercería como fiscal, ahora que el puesto quedaría vacante.

Era una victoria menor, muy pequeña. Pero menos era nada. Y ella era una mujer que sabía esperar el momento oportuno.

* * *

El juicio se reanudó con los cambios previstos. Tito estaba sentado en la silla que otrora ocupara su padre, pero le faltaba la dignidad y la personalidad de su progenitor. La sorpresa en la Curia saltó cuando el juez pronunció el nombre del fiscal y Julia apareció en la sala.

Con lentitud, para que todos la pudieran ver con el máximo detalle, avanzó hasta la silla que le correspondía como fiscal, pero al llegar a su altura la señaló y un par de esclavos cambiaron la silla por un sillón más cómodo con un par de cojines.

Julia se había vestido de manera radiante para la ocasión. Esta vez el color predominante era el rojo; un color llamativo y que destacaría entre la mayoría de asistentes al juicio. El vestido era en realidad blanco, pero estaba repleto de detalles en rojo; además, Julia lucía casi todos los complementos de ese color tan vistoso.

Se mantuvo con la cabeza muy erguida en espera de que llegara Tito y diera por comenzada la sesión.

Aun sin haber asistido a las otras sesiones, Julia sabía muy bien cómo se habían desarrollado. El abogado defensor era un verdadero zorro y se había ganado las simpatías de muchos senadores. No solo había desbaratado todas y cada una de las pruebas de la primera acusación de la fiscalía, la de asesinato, sino que además consiguió anular la segunda acusación, la de robo al erario romano. Aquel anciano parecía tener un conocimiento tan extenso de todo cuanto rodeaba el oficio de abogado que usaba multitud de tretas ante las cuales Tito había sido incapaz de reaccionar.

Julia tenía claras las limitaciones como fiscal del ahora Princeps de Roma. Le faltaba carácter y firmeza. Y tampoco iba demasiado sobrado de autoconfianza. Vivir a la sombra de un padre tan duro y exigente no había dado los resultados que el progenitor había esperado.

Además, Tito no era muy inteligente.

Aun así, era un buen hombre. «Aunque tiene sus limitaciones…, como todos los hombres», pensó Julia, sonriendo para sí misma.

Tito caía bien a la gente, esa era su principal virtud. Él lo sabía y aprovechaba esa cualidad tanto como podía. Intentaba contentar a todo el mundo, deseando que la gente lo amara de manera infinita.

Ahora, sentado en el sillón como juez supremo, no tendría tantas dificultades como ejerciendo de fiscal.

A Julia, en cambio, la silla de la acusación le sentaba muy bien. Aun sin ser una conocedora de la totalidad de las leyes romanas, poseía todo un cúmulo de virtudes que la ayudarían a vencer a aquel viejo letrado. Además, el hecho de ser mujer le otorgaba una ventaja de la que también sacaría provecho.

El día era radiante. El verano mediterráneo, seco y con muchas horas de sol, se había asentado con fuerza en la ciudad de las Siete Colinas. El calor, tórrido, caía como si fuera plomo y convertía la vida de los ciudadanos de la urbe en algo muy incómodo. Aquella incandescencia climática penetraba en la mayoría de edificios, y solo los más altos y con paredes más gruesas y menos ventanas resistían el avance imparable de la alta temperatura estival.

En el edificio del Senado, el calor era insoportable. Una ligera brisa entraba por los ventanales abiertos, pero era del todo insuficiente. Era por esa razón que se habían adaptado los horarios: en las siguientes sesiones, se empezaría más pronto —en la hora secunda— y se acabaría antes de que el sol llegara a su cénit, la hora sexta. Por la tarde, no habría sesión.

Tito, como nuevo juez, se levantó de su sillón e hizo un parlamento muy protocolario. Sin grandes alegrías, señaló que ocuparía el lugar de Vespasiano como juez de aquel litigio que afectaba a un senador.

El Senado, que ya lo había confirmado como Princeps, igualmente proclamó su adhesión al nuevo juez. También sin grandes euforias ni ovaciones, pero sí con gran unanimidad, mayor quizá que cuando confirmó a Vespasiano.

Julia valoró como muy positiva aquella aprobación tan general; era bueno para Roma, para Tito y para ella.

Después, el juez cedió la palabra a la acusación.

Había llegado el momento.

Julia se puso en pie y se encaminó, con lentitud, hasta situarse en el justo centro de la Curia, en el rectángulo en el que los oradores hablaban a senadores y público.

Esperó unos segundos para conseguir captar la atención de todos y cada uno de los asistentes. El silencio era absoluto.

—Señores senadores. Un nuevo juez preside este juicio, y también hay una nueva fiscal. Intentaré retomar el juicio desde el punto en que el anterior fiscal lo dejó. Hasta ahora no hemos sido capaces de demostrar la culpabilidad de los acusados. Aunque tenemos pruebas más que suficientes, la defensa ha ejercido su trabajo de manera admirable y ha anulado parte de nuestras argumentaciones.

Miró a los acusados. Lucio Sura y Claudia Pulchra se mantenían serenos, confiados en la brillantez de su abogado. Julia estaba segura de que no tenían la menor idea de lo que ocurriría a continuación. Fue por ello que los miró fijamente cuando pronunció las palabras que, a pesar del calor, helaron sus corazones.

—Es por ello que se ha buscado una nueva manera de demostrar la culpabilidad de los acusados —Julia miró hacia las puertas de acceso a la Curia—: La acusación llama a declarar a Calícrates el griego, el arquitecto responsable de la construcción del anfiteatro.

Capítulo XLI

CALÍCRATES

Las verdades de un dios

Roma, verano del año 79 d. C.

Los trabajos en el anfiteatro estaban casi acabados.

Casi.

La fachada del edificio aún seguía cubierta por aquella frágil muralla que formaban los andamios y que impedía disfrutar de la belleza de los cuatro niveles ya acabados. Apenas unos meses más de trabajo, y se podría inaugurar con toda la pompa que deseara el Princeps de los romanos.

La muerte de Vespasiano, sin embargo, había interrumpido cualquier actividad en Roma.

La costumbre y la ética imponían rendir el postrero homenaje a quien había dirigido los destinos de la urbe.

Fue una ocasión idónea para que Calícrates pasara algo más de tiempo con sus hijas.

Druso y Claudia acudieron juntos al funeral de Vespasiano acompañados por Calícrates. Moira, la esclava de la casa de los Sura, iba con ellos, y se encargaba de cuidar a las dos niñas y al pequeño Druso, a los que también llevaron al funeral.

El Foro estaba a reventar. La multitud lo había ocupado desde el día anterior, buscando un sitio idóneo para no perderse ni un detalle de toda la ceremonia. La Guardia Pretoriana había abierto un amplio paso para permitir el tránsito del cortejo fúnebre, pero ello contribuyó más aún a la incomodidad del público, si ello era posible. Aquella multitud llenaba incluso las calles aledañas al núcleo de la ciudad, y el acceso hasta ese punto central era ciertamente muy complicado en los instantes previos a la ceremonia.

Fue por ese motivo, y por el hecho de ir con los niños, que el grupo de Calícrates decidió situarse en el Campo de Marte, en la ladera de la colina Capitolina que daba a esa zona de la ciudad.

En época republicana, el Campo de Marte estaba situado en el exterior de la ciudad, más allá de la primitiva muralla serviana. En aquellos tiempos, era utilizado como lugar de esparcimiento y para usos militares. Los soldados acampaban allí hasta el momento de poder celebrarse el Triunfo. Con la llegada de los Princeps y la Pax de Augusto, el tramado urbano de Roma había empezado a extenderse hacia esa zona. Los mismos dirigentes de la urbe habían levantado numerosos edificios, y el lugar acabaría convirtiéndose en otro barrio densamente poblado.

Situado en la parte interna del mayor meandro del Tíber, la zona norte más cercana al río apenas estaba edificada. Igualmente, se había reservado un generoso espacio en el centro para ceremonias muy específicas, como la incineración de los difuntos.

Desde la ladera norte de la colina Capitolina, Calícrates pudo observar que la gente había empezado a llenar también la zona del Campo de Marte. Por el momento, no era una multitud tan numerosa como la del Foro, pero mucha gente estaba dirigiéndose hacia allí en ese momento al ver que no podía acceder al lugar central de la ceremonia.

La Guardia Pretoriana protegía el espacio por donde circularía el cortejo fúnebre. Al final de ese pasillo, se levantaba una sencilla estructura de madera donde se colocarían los restos de Vespasiano para su incineración.

Todo el grupo de Calícrates se había situado en un punto en el que la zona del Foro también resultaba parcialmente visible. Sin poder observar todos los detalles, sí que al menos podrían ver qué ocurría a cada momento.

El arquitecto no pudo evitar mirar hacia el anfiteatro.

Los dos últimos niveles se veían perfectamente. Aquella mole se había convertido en el edificio más alto de toda la ciudad, y solo los templos y palacios que se alzaban en las colinas podían rivalizar en altura con su anfiteatro.

Calícrates sentía un verdadero orgullo de padre. Los arcos del tercer nivel, aún con el revestimiento casi etéreo que significaba la proliferación de andamios, se veían muy hermosos. Igualmente, aun siendo el último nivel el menos artístico, lucía de manera espectacular; incluso las cornisas que el fallecido Vespasiano había ninguneado se entreveían elegantes y llenas de gracia.

El heleno recorrió con su mirada los tejados de buena parte de la ciudad. No había ningún edificio que rivalizara en altura con la mole de su anfiteatro, y ello le llenó el corazón de orgullo.

Un silencio fúnebre, en la zona del Foro, llegó hasta ellos. Todos se volvieron en aquella dirección. La comitiva con el cuerpo yacente de Vespasiano hacía su entrada en el corazón de Roma.

Abrían el cortejo una docena de hombres, que llevaban las insignias y estandartes de Vespasiano. Desfilando en una columna de a dos, acarreaban unos mástiles de los que colgaban los distintivos del anterior Princeps.

A continuación, rodeado por una cincuentena de guardias pretorianos, apareció un carruaje con el cuerpo sin vida del homenajeado. Estaba echado sobre un lecho que, desde la distancia, se veía muy suntuoso. Parecía como si estuviera construido en oro y marfil.

Detrás del carruaje, un numeroso grupo de músicos —con distintos instrumentos de viento— anunciaban a todos la llegada de la comitiva. Más que música, eran sonidos marciales, marcando el ritmo al que se movían los soldados. Ese sonido rasgó el silencio que la entrada del cortejo había creado.

Tras los músicos, un grupo de actores representaban a los antepasados del difunto. En riguroso silencio, imitaban sus gestos e intentaban extender la memoria de Vespasiano. También vestían como él.

Después, la familia del Princeps al completo, con Tito al frente, caminaba al ritmo que marcaba la tristeza del momento.

Detrás de ellos, casi un centenar de carros y esclavos acarreaban ofrendas que los distintos pueblos habían enviado para mostrar sus condolencias. Todos ellos se movían con la lentitud que imponían sus precedentes.

Finalmente, y cerrando el cortejo, sacerdotes, vestales, senadores, magistrados y militares aportaban a la comitiva el carácter público que el fallecido merecía.

Al llegar delante de la Curia, el cortejo se detuvo. Allí, se había instalado una tarima de madera, y el mejor de los oradores de la época pronunció un sentido discurso. El grupo de Calícrates no pudo entender sus palabras, porque la voz del orador apenas llegaba hasta ellos.

Una vocecita enterneció el corazón del arquitecto. Sonó a su espalda.

—Drusito, bonito. ¡Qué guapo es Drusito!

Era la voz de Ione, y el arquitecto se olvidó por completo de lo que ocurría en el Foro y se acercó hasta su hija pequeña. Sin molestarla ni preguntarle nada, se quedó allí, observando cómo jugaba con el pequeño Druso y cómo lo colmaba de atenciones. Ione no hablaba mucho, pero sí de manera suficiente. Repitió las mismas palabras media docena de veces.

El pequeño Druso ya andaba. Tenía poco más de un año, y sus pasos eran algo patosos aún, de modo que solía dejarse caer y gatear sobre la tierra.

Naturalmente, Ione era su mejor amiga, y viceversa. La niña también gateaba cuando lo hacía el pequeño Druso. Lo seguía a todas partes.

Moira detuvo aquel desastre. Ambos se habían ensuciado las ropas y parecían un par de mendigos, y, según las palabras de la esclava, algún dios bajaría de los cielos a castigarlos por su mal comportamiento.

Calícrates no pudo menos que sonreír. Estaba emocionado.

—No me habías dicho que mi hija ya hablaba —le dijo después a Moira, regañándola.

—Apenas lo hace —contestó la esclava sin sentirse molesta por aquel tímido reproche—. De vez en cuando suelta un par de frases, pero solo cuando habla con el chiquitín.

—Tenme al corriente de todo lo que diga, te lo ruego.

Moira asintió con una sonrisa de aceptación. Siempre le había gustado cómo la trataba aquel griego.

Dejó a los niños jugando, y volvió a centrar su atención en la ceremonia.

* * *

Cuando acabaron los días de duelo, Roma recuperó su actividad habitual.

La zona del anfiteatro volvió de nuevo a la vida para dar un último impulso y acabar las obras en las próximas semanas.

Calícrates y Druso, multiplicándose allí donde era necesario, apenas se veían. No habían conseguido recuperar la buena sintonía que los había unido al iniciar la construcción de aquel coloso.

Un esclavo se presentó ante el heleno.

—Mi *domina*, Julia Berenice, consorte del Princeps, pide hablar contigo.

Calícrates observó al recién llegado. Apenas tendría diecisiete años, pero era alto y espigado.

—¿Hablar conmigo? —No fue una pregunta dirigida al esclavo, sino más bien un pensamiento expresado en voz alta. ¿Qué podía querer de él la consorte del Princeps?—. Está bien, vamos allá.

Siguió al esclavo, que lo acompañó a la residencia de Tito.

El nuevo Princeps se había instalado en el monte Palatino. Allí había un complejo palaciego que, desde Augusto hasta Nerón, los distintos Princeps habían usado como zonas de residencia y como edificios públicos. Solo Vespasiano había abandonado aquel lugar.

Un complejo palaciego hermoso y bien construido. Columnas y entablamentos eran la base de esos edificios, y había también algún arco, pero tampoco estos abundaban en exceso.

Apenas pudo valorar nada más, porque la mujer que compartía el lecho con el Princeps lo estaba esperando. Calícrates la tenía vista —como casi toda Roma—, pero nunca había hablado con ella.

Era una mujer algo mayor que él, pero que se arreglaba muchísimo, como si ese fuera su único objetivo en la vida. Aun sin los colores llamativos de las meretrices, sus ropas lucían de manera suntuaria.

Por unos instantes, Calícrates pensó que el motivo de su visita sería la construcción de un nuevo palacio. Tal vez una nueva residencia para la dinastía Flavia. En Roma no se hablaba de otra cosa en los últimos días. Y ahora que el anfiteatro estaba a punto de completarse, parecía lo más lógico.

Solo cuando las formalidades iniciales dejaron paso a una conversación más directa comprendió lo equivocado que estaba.

—¿Cómo van las obras, griego? —le hablaba con distancia, y con un tono a medio camino entre la indiferencia y la superioridad de quien pregunta.

—A punto de acabarse —contestó de forma lacónica.

—Pues cuando hayan acabado, tendrás que reincorporarte al juicio. Supongo que ya lo sabes.

Ese fue el momento en que supo cuán equivocado estaba.

Asintió con la cabeza; un simple gesto.

—Roma es terrible con la gente que ha intentado engañarla —añadió la dama.

—Yo no he engañado a nadie. Y menos a Roma.

Julia sonrió de manera traviesa, como si aquello fuera la respuesta esperada, como si la presa hubiera caído en la trampa.

—Claro que no. Nunca he visto a nadie que se declare culpable sin que lo presionen.

—¿Qué hago aquí? —tal vez se saltara el protocolo, pero estaba seguro de que no tenía nada que perder. Aquello que la concubina de Tito había decidido era ya un hecho consumado.

Sentada en un lujoso *solium*, Julia Berenice se puso en pie. Anduvo cuatro pasos hasta él y se detuvo a apenas un par de palmos de su rostro.

—¿Quieres mucho a tus hijas? —El tono de su voz, más que aquella terrible pregunta, le provocó un escalofrío que recorrió toda su espalda. Su mano derecha empezó a temblar.

Instintivamente, el heleno dio un paso atrás.

—¿Deseas que vuelvan a ser esclavas, griego?

Medio paso atrás. Ella recortó distancias.

—¿O tal vez estarían mejor en el lupanar más infecto de la Subura?

Basta de retroceder y tener miedo. Lo que aquella mujer tenía en la cabeza estaba más que decidido.

—Observo que, en el poco tiempo que llevas en Roma, has captado perfectamente la manera romana de actuar.

Julia sonrió abiertamente, mostrando una dentadura blanca y perfecta.

—Esa es una ciencia universal, nada tiene que ver con Roma o con Judea.

—¿Vas a decirme qué hago aquí? ¿O disfrutas más amenazándome con torturar a unas inocentes niñas?

Una nueva sonrisa. Aquella mujer parecía complacida con aquel sanguinario juego. Pero finalmente habló.

—El juicio contra Sura y esa mujer, Pulchra, necesita un pequeño empujón. Apenas nada, pero sí con la fuerza suficiente para desatascarlo.

Julia hizo una pausa. ¡Vaya una forma de hacerse rogar y buscar una mayor atención!

—La justicia necesita que hagas una declaración.

—¿La justicia? ¿O tú?

Ella volvió a sonreír.

—¿Acaso hay alguna diferencia?

⁎ ⁎ ⁎

Naturalmente, la Curia Iulia apenas había cambiado desde la anterior ocasión que estuvo allí, justo un año antes. Solo sintió una mayor sensación de sofoco y bochorno debido al intenso calor. La mayoría de senadores llevaba pequeños flabelos de mano que usaban de manera mecánica; a un observador lejano le hubiera parecido una bandada de gigantescas mariposas.

Tito y Julia —Juez y fiscal, respectivamente— eran abanicados por un par de esclavos con flabelos de tamaño medio.

A Calícrates le habían ordenado situarse en un rincón de la Curia. Alejado de la mayoría de miradas, solo haría su aparición cuando fuera llamado a declarar. Desde la distancia, podía ver a Claudia y a Lucio sentados en el banco de los acusados.

Se mordió el labio, incómodo.

Incómodo y sucio por dentro.

Ante las amenazas de aquella loca mujer, no pudo decirles nada el día anterior, cuando recibió la «propuesta» de declarar en el juicio como testigo. La amante de Tito fue muy clara en la discreción, y nuevamente amenazó a las hijas del arquitecto si este no cumplía escrupulosamente sus instrucciones.

Calícrates estaba convencido de que las amenazas no podían ser reales. No podía creerse que aquella mujer fuera capaz de ensañarse con unas inocentes niñas. Aun así, sabía perfectamente que los hombres, cuando se sentían acorralados, eran capaces de las acciones más salvajes. Eso era una evidencia, y había múltiples ejemplos de ello todos los días.

La clave estaba en saber si Julia Berenice se sentía acorralada hasta ese punto.

El juicio comenzó con la intervención del juez —Tito—, y después tomó la palabra la fiscal, Julia. Cuando oyó su nombre y avanzó hasta el centro de la Curia, sintió como si todos los ojos del mundo estuvieran clavándose en él.

Al recorrer los últimos pasos, miró a Claudia y Lucio. No hizo gesto alguno. Se mostró firme pero frío, con los labios apretados y la mandíbula tensa.

En medio del rectángulo, él y Julia empezarían un diálogo que podía tener consecuencias nefastas para los acusados… O para las hijas del arquitecto.

—Calícrates, griego, arquitecto en jefe en la construcción del anfiteatro —Julia pronunciaba esas palabras con lentitud, pero de manera contundente para que quedara bien clara su identidad—. Estás acusado de corrupción y robo al erario romano. Por una dispensa del anterior juez, tienes el privilegio de ver aplazado tu juicio en espera de acabar las obras que tanto bien han de hacer al pueblo de Roma.

El arquitecto la miró, sorprendido ante aquellas últimas palabras. Y por un momento todo se hizo más claro para él.

Princesa de Judea. Relación con Tito. Recursos expoliados a su pueblo durante la conquista de Jerusalén, en el año 70 d. C. Financiación del anfiteatro con esos recursos…

Y una firme oposición de la princesa judía a la construcción del anfiteatro.

Ella estaba detrás de todo. Todo encajaba como si fueran sillares perfectamente recortados. Ella era la instigadora de todo el embrollo del juicio. Y no era por un motivo egoísta. Era por patriotismo. Por amor a su tierra, a su cultura y a su Dios.

Siendo muy joven, Calícrates había estudiado una curiosa teoría. Provenía de una cultura oriental, más allá incluso de la lejana Persia. Según esa creencia, el valor del ser humano es proporcional al del círculo al que se proyecta. El primer círculo es el de uno mismo. El segundo pertenece a su familia. El tercero, a su comunidad. Y el cuarto, al resto del mundo.

Así, los hombres que solo atendían a las necesidades del primer círculo eran unos desgraciados, poco menos que bestias y totalmente alejados de los

dioses. Al segundo pertenecían la mayoría de individuos, y ese círculo era el motor de casi toda la Humanidad. ¿Quién no se movía por defender a su familia? En el tercer círculo se inscribían esos hombres notables, líderes de grandes comunidades o culturas, gentes que alcanzaban reconocimiento y dejaban su huella en la historia. Finalmente, al último círculo pertenecían aquellos hombres que alcanzaban la eternidad. Eran los elegidos, los hombres que cambiaban el curso de la historia y el destino de sus semejantes, como Alejandro Magno.

El error de apreciación en el que había caído Calícrates podría haberle costado muy caro. Había situado a Julia Berenice en el primer círculo. La consideraba una mujer egoísta, que actuaba siempre de mala fe y buscando el beneficio propio, sin escrúpulo alguno. De pronto, se había dado cuenta de que debía circunscribirla al tercer círculo. Aquella mujer velaba por toda su comunidad, y faltaba ver cuáles eran realmente sus verdaderas intenciones.

La miró de nuevo.

Por un brillo especial en sus ojos, Calícrates se dio cuenta de que ella había percibido un cambio en la mirada del arquitecto. ¿Tal vez una especie de respeto?

—Aun en tu calidad de *peregrinus*, debes jurar ante Júpiter por la veracidad de tus declaraciones —fue Tito quien, como juez, le hizo jurar ante el máximo dios de los romanos.

Julia comenzó su interrogatorio.

—Calícrates, ¿desde cuándo estás al frente de la construcción del anfiteatro?

—Desde el principio.

—¿Tú y el acusado, Lucio Licinio Sura, ganasteis el concurso?

—Sí.

—Por lo tanto, ¿puedo suponer que trabajasteis juntos cuando se iniciaron los trabajos más importantes?

Calícrates tardó unos segundos en responder. No sabía hasta dónde quería llegar la fiscal, pero, por el momento, no veía nada malo en contestar positivamente a la pregunta.

—Sí.

—¿Y la comunicación entre vosotros era buena?

—Naturalmente.

Julia fue hasta el lugar donde estaba su silla y cogió un papiro de la mesita. Regresó hasta el centro de la Curia.

—¿Has visto antes este documento? Responde sí o no.

Ahora comenzaban los problemas. Aquello no era tan sencillo.

El documento lo había visto el día antes, en el palacio del monte Palatino, por lo que su respuesta tenía que ser positiva. Pero sabía que era una falsificación, y eso, ella, no lo había preguntado. Afirmarlo sin más sería mentir, aunque fuera verdad.

—Es muy sencillo, ¿sí o no? —le requirió ella, con un tono de voz más elevado.

—No es tan sencillo.

—Claro que sí.

—No hay nada que solo sea bueno o malo, blanco o negro, o caliente o frío. La vida no es tan simple como eso. Los detalles, los matices, son los que dan valor a cada objeto, a cada situación.

—No pretendas dar lecciones a esta augusta sala; hay gente con sangre muchísimo más noble que la tuya que podría darte esas lecciones a ti. Solo tienes que responder sí o no.

Ambos se miraron fijamente. Ella, con una mayor intensidad en los ojos, le conminaba a responder. En su último encuentro, Julia Berenice le había dicho qué quería que respondiera exactamente.

—No… No puedo.

—¡¿No puedes?! ¿Y tú eres el arquitecto en jefe de esa maravilla que Roma va a legar a la Humanidad? Espero que a la primera ventisca todo el edificio no se venga abajo.

Una sonora carcajada proveniente de muchos de los senadores resonó en toda la sala.

Calícrates apretó la mandíbula con fuerza. Poner en entredicho su capacidad como arquitecto era, después del ataque a sus hijas, lo que le causaba más dolor. Pero tenía claro que esa sería la estrategia de Julia: presionarlo para que dijera aquello que fuera más conveniente para la acusación.

—Como he dicho, esta respuesta requiere una explicación más detallada que un simple sí o no.

—Háblanos, pues, de la vida y de Grecia, ya que parece que a los griegos solo os gusta filosofar y hacer perder el tiempo a la gente.

»Para que este augusto Senado lo tenga en cuenta, el documento que obra en mis manos es una autorización firmada por el testigo, Calícrates, para permitir que los guardias de la empalizada que rodea la zona del anfiteatro dejasen salir los cargamentos que fueran necesarios —la fiscal blandió el

documento ante los senadores—. Repito, para que dejasen salir los cargamentos que fueran necesarios.

Calícrates miró a Lucio y a Claudia. Ambos se mostraban perplejos ante aquella prueba presentada por la acusación.

—Ahora, si el señor arquitecto griego tiene la bondad —aquellas palabras estaban llenas de sarcasmo—, le agradeceríamos que nos dijera si había visto o no antes este documento. Aunque tal vez no sea necesario…

El heleno la miró, sorprendido.

—¿Es tu firma la que consta aquí?

—Sí, es mi firma —tuvo que admitir.

—Pues, augustos senadores, este documento se ha hallado en posesión de Lucio Sura, uno de los acusados, y fue usado por Claudia Pulchra de manera habitual. Hago entrega de él al juez, de modo que, si algún senador así lo desea, pueda examinarlo con tranquilidad.

Se acercó a Tito y le dio el documento. Luego volvió al centro de la Curia.

—Ahora, pasemos a otros aspectos.

Las cuestiones que abordaron a continuación llenaron a Calícrates de sombras y dudas. Preguntas irrelevantes, profundizando en detalles totalmente irrelevantes para el tema que se estaba juzgando.

«¿Adonde quiere llegar esta mujer?».

Intentó aplicar sus conocimientos como arquitecto, pero le resultaba imposible entender lo que pretendía la fiscal. El oficio de arquitecto tenía oscuros recodos donde la luz de la lógica más pura parecía tener la entrada prohibida.

«Hasta ahora, estas preguntas apenas le darán ventaja alguna en el juicio. ¿Por qué estoy aquí? ¿Cuál es el propósito de Julia Berenice?», se preguntaba Calícrates.

Aquello no parecía tener ningún sentido.

«Todas estas respuestas no merecen que mis hijas vean amenazadas sus vidas. Apenas he tenido que acusar a nadie en falso. ¿A dónde quiere llegar?».

De la misma manera, los senadores comenzaban a revolverse inquietos en sus sillas, como si mostraran una clara impaciencia. Hasta el silencio, que se había mantenido sólido, comenzó a verse roto por leves susurros y alguna pequeña carcajada. El interior de la Curia Iulia parecía una colmena de abejas.

Si Calícrates se daba cuenta de la inutilidad de las preguntas, y los senadores también, a buen seguro que Julia lo sabía. ¿Era, tal vez, una estrategia? El arquitecto había estado en muy pocos juicios, y desconocía la

mayoría de tretas que usaban los letrados para llegar a un fin específico. Había oído comentarios, como muchos ciudadanos, de las luchas dialécticas que llenaban las basílicas de curiosos, y suponía que en la Curia Iulia las cosas serían muy parecidas, o incluso de superior magnitud.

Tras un nuevo ir y venir por el rectángulo del centro de la sala por parte de la fiscal, Julia empezó a proponer lo que parecía un nuevo turno de preguntas.

—Dejando a Calícrates, el arquitecto, como testigo principal —lo mostró a los senadores, conminando al heleno a quedarse allí—, pido la presencia del sacerdote del Templo de Esculapio, en la isla Tiberina, el Flamen Esculapio Vibio Fundano Celer.

Aquella solicitud silenció el susurro que se extendía por los graderíos senatoriales. Las palabras «templo», «Esculapio» e «isla Tiberina» hicieron más efecto que si el propio Princeps hubiera hablado.

Un hombre se situó junto a Calícrates. El heleno lo observó detenidamente.

Vestía con la toga *praetexta*, y la llevaba con mucho orgullo. Lo más distintivo era el gorro blanco de lana que le cubría la cabeza, dejándole las orejas al descubierto. Formaba parte del típico atuendo de los sacerdotes.

Un aristócrata. Un hombre ya veterano con el pelo canoso y escaso. Delgado de facciones y bastante alto. Su prominente nariz otorgaba carácter a un rostro cuyas arrugas empezaban a cincelar una curtida experiencia.

—Gracias, Flamen Esculapio, por venir a ofrecernos vuestra luz en este turbio caso.

El hombre apenas hizo un gesto de aceptación, como si calculara hasta el menor de sus movimientos.

—Permítame, antes que nada —Julia se dirigía al recién llegado, pero en voz alta y clara para que todos pudieran oírla—, que ponga a los senadores y al juez en situación, explicando los pormenores del tema desde el principio.

»Más allá de si es el autor del asesinato de Marco Licinio, ha quedado demostrado que el acusado, Lucio Sura, redujo el presupuesto del *praefectus fabrum*, y que de ello se resintió el suministro de agua de toda la ciudad.

Calícrates y todos los presentes en la sala sabían que ese había sido el único hecho demostrado.

—Esta falta no es grave en sí misma. En distintas ocasiones, aun con una gran partida presupuestaria, Roma ha sufrido por el mantenimiento de sus instalaciones hídricas. Son las consecuencias para los ciudadanos de Roma las que aquí nos interesan de verdad.

Julia sonreía muy satisfecha, como si ahora estuviera a punto de dar la puñalada final. Calícrates ya no sabía qué esperar.

—Flamen Esculapio. Sois el sacerdote encargado del Templo de Esculapio, situado en la isla Tiberina. —Esto era tan obvio para todos que su única utilidad era darle más realce aún—. ¿Habéis hecho algún tipo de sacrificio para conocer las verdades de Esculapio en temas de salud pública?

—En efecto, así es —conciso y breve.

—¿Y seríais tan amable de compartir con este augusto Senado esas verdades del dios de la medicina?

Calícrates observó a aquel tipo. Se mantenía erguido y lleno de orgullo, con el mentón ligeramente levantado y la cabeza algo echada hacia atrás. Se tomó sus buenos segundos en responder.

—Sí, claro que sí. Esculapio no es un dios de muchas palabras, pero, cuando habla, cuando se leen sus mensajes en las entrañas de un animal o en una bandada de pájaros, sus lecturas son extremadamente claras, muy claras.

Seguía con calma, muy despacio.

—La epidemia que asoló Roma cinco años atrás es un tema que ha costado muchas horas y sacrificios ante Esculapio. Jamás, en estos últimos tiempos, una consulta fue tan compleja y delicada…

Calícrates comenzaba a ponerse nervioso, como el resto de senadores. Aquel tipo parecía estar disfrutando de la atención que recibía de los asistentes. El arquitecto, además, no entendía qué tenía que ver el juicio con la epidemia que acabó con la vida de su esposa y con tantos de los trabajadores del anfiteatro.

—… Pero, como he dicho, Esculapio es un dios que emite mensajes muy claros cuando habla: la causa de la epidemia fue el mal mantenimiento de los acueductos, de ese mensaje no hay duda alguna.

Un clamor de sorpresa recorrió la Curia Iulia. En una sociedad tan práctica como la romana, las creencias en los dioses ofrecían un contrapunto idóneo cuando se trataba de entender aquello que la ciencia no podía explicar. Los sacrificios a los dioses, buscando aquella información que solo una divinidad era capaz de ofrecer, eran tan habituales que hasta todos los Princeps habían ejecutado acciones políticas a partir de esos consejos divinos. Y si el jefe del gobierno romano seguía los sacrificios y los augurios de sus dioses, el resto de la sociedad lo hacía de una forma más ciega aún.

El mismo Calícrates, cuando por fin encontró el vínculo de aquel mensaje divino con el juicio, no pudo hacer otra cosa más que mirar a Lucio.

Ese hombre, Lucio Licinio Sura, era el responsable de la muerte de su esposa. Y con cada segundo que transcurría el odio hacia él solo hacía que crecer y crecer.

Capítulo XLII

LUCIO SURA

Aliados

Roma, verano del año 79 d. C.

Aquella mujer rompía con todos los preceptos de la abogacía.

Lucio Sura no era letrado, pero había ejercido como tal en varias ocasiones. El trabajo de un senador, sobre todo al principio, cuando uno busca ascender de forma rápida en el Cursus Honorum, era ser reconocido por el máximo de gente posible. El ejército era una plataforma idónea para ello, la mejor. Tenía sus riesgos, pero la eficacia de las legiones romanas, un buen uso de las estrategias bélicas y una tecnología mucho más avanzada que la del enemigo habían dado a Roma el control de casi todo el mundo conocido. Después, al regresar de una victoria era cuestión de asegurar el nombre y ascender a través de las distintas magistraturas. El objetivo era siempre el consulado. Soñar con el puesto de Princeps era algo poco realista para los veteranos patricios romanos. Podía llegar o no, pero era realmente muy difícil. Y, siendo solo un senador de origen provincial, el puesto más alto del gobierno de Roma era imposible.

A pesar de que Lucio no había ejercido la abogacía de manera permanente, tenía la suficiente experiencia como para reconocer cuándo había algo que se salía de la normalidad.

Y Julia Berenice era una fiscal que utilizaba otras armas y recurría a otras argucias.

En primer lugar, aquel mismo día la fiscal había hecho testificar a Calícrates. Ello, en sí mismo, no tenía nada de extraño. Como arquitecto en jefe de la obra, cualquier circunstancia anómala o ilegal que tuviera que ver con la construcción del edificio y fuera susceptible de ser llevada ante la justicia, justificaba su presencia en el juicio. Lucio sabía que el griego era un hombre recto e insobornable. Al menos, nada podía conseguirse de él con oro

o sestercios. No, su familia era su única debilidad, y el senador lo sabía bien, por eso sus hijas estaban bajo la protección de la casa de los Sura.

A Lucio le costó mucho entender el verdadero juego de la concubina del Princeps. Había malgastado casi toda la mañana en una serie de preguntas que no parecían tener mucho sentido. Lucio lo percibió, al igual que muchos de los senadores que atendían el desarrollo del juicio.

La fiscal pareció perderse en argucias y trucos simplones, pero nada parecía salirle bien. Calícrates se había mostrado inflexible y muy seguro de sí mismo. Aunque eso, que en un principio era excelente para convencer a los senadores de su honestidad, podría volverse en su contra.

Como ahora.

La llamada para que testificara el Flamen Esculapio había sorprendido a todos. No era nada habitual que un sacerdote se viera implicado en un juicio político, más allá de vestales acusadas de crimen *incesti*.

Y más que la palabra de un sacerdote honorable y poco proclive a ser sobornado, la sorpresa fue que el juicio contaba con el testimonio directo de Esculapio, el dios de la medicina. Ofender la palabra de un dios, incluso el simple hecho de ponerla en duda, podía ocasionar graves perjuicios a quien se atreviera a hacerlo. Y no solo al individuo en cuestión o a su familia: el vecindario o Roma entera podía sufrir una terrible plaga que diezmara la población si un dios sufría una ofensa.

Si el dios Esculapio hablaba, había que hacerle caso y aceptar su verdad. No había alternativa.

Cuando el Flamen Esculapio hubo acabado de hablar, Lucio se volvió para observar a los senadores que tenía a su espalda. Aquello había impactado de pleno, como lo haría el dardo lanzado por un *scorpio* al pecho de un hombre a pocos pasos de distancia.

Después, cuando se volvió, la mirada de Calícrates solo podía compararse al puñal más afilado.

Lucio no entendía por qué lo miraba de aquella forma. Había odio y rabia en aquellos ojos.

¿Por qué? ¿Qué se había perdido?

Sura miró a su derecha. Ahí estaba Claudia, sentada como acusada. Al notar su mirada, su compañera de juicio quiso sacarlo de su ignorancia.

—Te cree culpable de la muerte de su esposa. Murió durante la epidemia… —le susurró al oído.

La sorpresa se manifestó en su rostro arqueando las cejas como los arcos pétreos que conformaban la fachada del anfiteatro. Se quedó boquiabierto, sin

saber qué decir. Aunque tampoco podía decir nada en pleno juicio, si no tenía la palabra.

Instintivamente, negó con la cabeza e intentó balbucear algo. Las palabras estaban presas en su corazón, y más allá de él no había expresión posible.

El griego continuaba mirándolo. Toda la expresión de su rostro reflejaba tensión.

Lucio se sintió preso de aquella mirada. Como si un lazo invisible lo sujetara con mayor fuerza que la más gruesa de las sogas. Parecía imposible desasirse de esas ataduras, a menos que el arquitecto lo dejara libre.

La voz de Julia Berenice despidiendo al Flamen Esculapio apenas alteró aquella mirada de odio. La fiscal hizo un recordatorio —totalmente injustificado e innecesario— sobre la irresponsabilidad de dudar de la palabra del sacerdote y del dios de la medicina. El propio Tito, como juez, fue tajante en ese aspecto, y sentenció que la responsabilidad de la epidemia caía única y exclusivamente en el acusado, Lucio Sura, pues había desatendido el mantenimiento de los acueductos.

La fiscal reclamó entonces la atención de Calícrates, y este por fin dejó libre a Lucio de su presidio.

Durante los primeros instantes, el senador acusado apenas pudo pensar en nada. Se llevó la mano a la frente y dejó que su mirada vagara por las losas de mármol del suelo, como si necesitara ocultarse unos instantes para pensar.

Solo entonces reaccionó. Su experiencia como senador encendió una luz en su mente.

Aquello no era más que una argucia de Julia Berenice para sacar de sus casillas al arquitecto, nada más que eso. Probablemente lo había coaccionado amenazando a sus niñas, y aun así Calícrates se había mantenido firme, sin apartarse un *digitum* de sus convicciones. Ahora, sin embargo, cuando la coraza de la educación y la cultura había sido traspasada, quedaban solo los instintos más primarios, aquellos que un hombre solo usa para sobrevivir en condiciones extremas.

Aquellos que igualaban a hombres y bestias, y que alejaban a los primeros de los dioses.

La estrategia de Berenice parecía clara. En primer lugar, mostrar al griego —ante los senadores— como un hombre íntegro e insobornable. La multitud de rodeos y preguntas innecesarias habían convencido al jurado de la rectitud de aquel hombre.

Ahora, cualquier cosa que dijera el arquitecto sería totalmente creíble. Aun cuando hablara llevado por el odio provocado por la declaración del

Flamen Esculapio.

—Ahora vamos a retomar el testimonio de Calícrates, el griego —dijo Julia Berenice en voz alta y muy clara para que todos pudieran oírla bien. El silencio en la sala volvió a hacerse absoluto.

El calor golpeaba cada vez con mayor fuerza y amenazaba con acabar con la resistencia de más de uno. La sesión estaba avanzada, no podía faltar mucho para que Tito la diera por terminada, aunque Lucio tenía claro que Julia Berenice no la detendría aunque hubiera llegado el momento de hacerlo.

La fiscal se tomó su tiempo y empezó a hablar lentamente, como si quisiera saborear aquel instante de placer.

Un golpe seco y unos murmullos la detuvieron. Todos miraron hacia el origen del ruido, igual que Lucio.

En algún lugar del tercer y último graderío, en las zonas más elevadas de la Curia Iulia, uno de los senadores más ancianos se había desmayado.

—¡Es debido al calor! —gritó en dirección al centro de la Curia uno de los vecinos del senador desmayado.

—¡Hemos superado con creces la hora sexta! —gritó otro.

Todas las miradas se dirigieron hacia el juez. Tito buscó ayuda mirando hacia el esclavo que se encargaba de la clepsidra.

—¿Cuántas? —preguntó el Princeps.

—Ocho, Princeps —contestó el encargado del reloj de agua.

Ocho clepsidras significaban poco más de cuatro horas. Aquello confirmó que había pasado la hora sexta.

Antes de que Tito pudiera decir nada, la voz de Julia Berenice resonó por la sala.

—Augusto Princeps, la declaración de Calícrates, el griego, es vital para la defensa. Una interrupción en este momento le haría un flaco favor a la causa que defiendo. Le agradecería que me diera otra clepsidra más.

La caída de otro senador y los consecuentes gritos de sus vecinos solicitando el fin de la sesión resonaron con más fuerza y contundencia que la voz de la fiscal.

Tito, muy a su pesar, se vio obligado a finalizar la vista del día, y anunció que la siguiente sesión sería dentro de una semana.

* * *

Cuando llegaron a la *domus* de los Sura, Lucio buscó a Calícrates para hablar con él. El griego quería regresar al anfiteatro, pero el senador se lo impidió, ordenándole que se quedara.

Se lo llevó al *triclinium* de invierno, un lugar cálido y oscuro, pero lo suficientemente íntimo para conversaciones alejadas de oídos indiscretos.

Calícrates entró en la estancia muy serio, con pocas ganas de hablar. Lucio, por su parte, no pensaba rebajarse con súplicas vanas. Él era un aristócrata, un senador, y el griego un simple *peregrinus*, de modo que fue directo al grano, sin perderse en circunloquios que buscaran ganarse el favor o la comprensión del griego.

—Todo ha sido una jugarreta de esa meretriz de fiscal, debes entenderlo, Calícrates. No te dejes llevar por sus burdas tretas.

El griego no decía nada. De pie, miraba a Lucio mostrando cierta impaciencia y esperando a que el romano acabara. Estaba claro que quería que aquel encuentro fuera lo más breve posible.

—Reflexiona. Eres un hombre instruido, inteligente. Sabes muy bien cómo funciona un juicio. Es como un campo de batalla brutal y salvaje donde todo vale. Hay unas normas de cortesía mínimas para guardar las apariencias, pero la política en Roma es tan salvaje como los bárbaros que hostigan nuestras fronteras.

Calícrates continuaba impertérrito. No parecía importarle lo que tuviera que decirle Lucio, como si todo aquello no fuera con él. Se cruzó de brazos y suspiró de manera exagerada.

Pero el senador no se inmutó. Tenía algo que decirle, y hasta que no lo hubiera hecho no lo dejaría marchar.

—Solo lo diré una vez. Después tendrás que decidir por ti solo.

Inspiró profundamente y, mirando a Calícrates a los ojos, sentenció:

—Yo no maté a tu esposa. Por mucho que el Flamen Esculapio o el mismísimo Júpiter lo digan: yo no tuve nada que ver con eso. No pueden cargarme con la responsabilidad de una epidemia, eso es algo totalmente descabellado, Calícrates. Un hombre como tú sin duda lo entenderá. Esas cosas suceden porque suceden, nada más.

Calícrates continuaba sin decir nada.

—Tal vez me haya lucrado de forma ilícita. Roma solo puede juzgarme por eso, aunque todo el mundo sabe que quien ejerce una magistratura también busca su beneficio. Forma parte del juego. Ahora, vete con tus ladrillos, y comparte tu conciencia con la argamasa y las piedras.

Lo despidió con un gesto despectivo.

* * *

Decían que el Foro era el centro neurálgico de la política en Roma. Allí se concentraban la mayoría de edificios administrativos: las basílicas, la Curia, el Tabulario o la Rostra… La actividad política de Roma no podía entenderse más allá de aquellas construcciones.

Los foros adyacentes, el de César y el de Augusto, prolongaban ese espacio político, diversificándose en aras de su funcionalidad. Sin embargo, eran estructuras edilicias pensadas para la vida ciudadana, para la política, y ese era su uso.

Al menos, eso era lo que pensaban la mayoría de ciudadanos romanos y la gente de provincias que visitaba la Ciudad de las Siete Colinas.

Pero la realidad —como en tantas otras cuestiones— era bastante distinta.

Como ocurría en el teatro, la función se representaba de cara al público, pero antes siempre se efectuaba algún que otro ensayo y un trabajo muy importante más allá de las miradas de los espectadores. Durante esos ensayos, la obra que iba a representase se pulía o se mejoraba. Y algo muy parecido ocurría con la política: la gran parafernalia que significaba el recinto de los foros no era nada más que una prolongación de la escena de un teatro. Eran otros los lugares donde se cocinaba la verdadera política.

Y los senadores más veteranos y algunos de los más jóvenes sabían qué lugares eran esos.

Lugares invisibles como hacedores políticos, pero extremadamente funcionales para esos cometidos.

Lucio Sura, ahora, estaba en uno de esos lugares. Detrás de la Basílica Iulia, se abría el barrio del Velabrum. Una de las principales vías de Roma —el Vicus Tuscus— atravesaba esa zona para conectarla con el Foro Boario, el foro comercial por excelencia. Y minúsculos callejones se abrían desde el Vicus Tuscus, conformando un complejo y abigarrado laberinto.

Aun sin ser el «segundo callejón», en Roma todo el mundo lo llamaba así. Era fácil de encontrar: «Tras el segundo callejón», «A la vuelta del segundo callejón…». No había sido necesario renombrarlo nunca.

En el Segundo Callejón se encontraba la taberna donde aguardaba Lucio Sura. Era el mismo establecimiento donde había pasado tan buenos ratos con Drusilla, la camarera de Agripino.

Al entrar, el dueño lo saludó con una amplia sonrisa.

—¿Has dado fiesta a Drusilla? —preguntó Lucio.

—Sí, estos días ha ido a visitar a su madre, en Pompeya. Pero volverá pronto. —La sonrisa se mantuvo ahí, ancha y generosa.

—Quiero una mesa discreta. Estoy esperando a un senador.

Agripino le señaló un rincón del establecimiento; un lugar sin mucha luz —a pesar de ser casi la hora sexta—, pero con la adecuada discreción que pedía Lucio.

En cuanto tomó asiento, Agripino le sirvió el mejor de sus vinos. Poco después, entró el hombre que esperaba. Lucio le hizo una señal, y el recién llegado se acercó y se sentó frente a él, al otro lado de la mesa.

—Este no es un buen lugar, Sura. Puede vernos cualquiera, y lo sabes. ¿A qué estás jugando?

—Juego a algo llamado sobrevivir. Y en ese juego todo vale —el tono de respuesta era amenazante—, senador Póstumo Macrinio Avito.

—¡No hables tan alto! —exclamó en un susurro de alarma.

Macrinio era un senador ya veterano. Con más de cincuenta años, su principal pasión era el buen comer y disfrutar de los placeres más mundanos de la vida. Su aspecto de tonel, bajo pero muy ancho, confirmaba esos gustos.

—¿Cómo está el Senado? —Aquella no era la pregunta que parecía. A Lucio no le interesaba para nada el estado de salud del resto de senadores, ni si eran felices o estaban tristes.

—Muy dividido, como pocas veces antes.

—¿No hay ninguna tendencia clara?

—No.

—¿Cuántos están disponibles?

—Muy pocos. Apenas media docena.

—¡¿Media docena?! —su tono fue demasiado alto, y alertó tanto a Macrinio como al resto de los clientes.

El local estaba bastante lleno. De la veintena de mesas, solo cuatro estaban libres. La gente charlaba de manera animada, influida por el alma de un buen vino.

—¡Más bajo, por Júpiter! ¿Es que pretendes convertirte en el centro de atención?

Lucio se contuvo.

Macrinio le debía más de media docena de favores. Tal vez no fuera totalmente de fiar —¿qué senador romano lo era?—, pero sí uno de sus principales aliados dentro de la Curia.

—Tu situación es muy complicada, Sura.

—Eso ya lo sé.

—Los republicanos quieren una completa derrota de la acusación, pero eres un senador tan próximo al Princeps que no te consideran uno de ellos, y algún voto vas a perder por ese lado. Y, al contrario, los nuevos senadores

votarán todo cuanto les pida la fiscal, casi sin plantearse siquiera que se está acusando a uno de los suyos.

—¿Y los indecisos?

—La mayoría están siendo comprados a un alto precio. Jamás hasta ahora se habían pagado estas cantidades por un solo voto. La verdad, ¡no sé a dónde iremos a parar!

—¿De dónde sale todo ese oro?

—Es un verdadero misterio.

—Pero, están siendo comprados para votar en mi contra. Debe de ser alguien de la casa del Princeps.

Póstumo bebió un poco de vino; una gota le resbaló por la comisura de la boca y cayó hasta su toga, manchándola.

—¡Por los dioses! —exclamó, contrariado por esa mancha.

—¡Olvídate de tu estúpida toga! Es mi vida la que está en juego aquí.

Un pequeño eructo se escapó de la boca de Macrinio. El viejo senador intentó impedir su fuga situando la mano delante de la boca.

—¿Y me dices que solo hay seis senadores disponibles?

—Sí. Son gente afín a tu causa que se negarán a ser sobornados por la acusación. Aun así, necesitarán una gratificación para recordárselo.

Lucio levantó el mentón, ladeó ligeramente el rostro y miró a Macrinio.

—¿Son seis sin contarte a ti?

—Seis, contándome a mí.

Lucio frunció el ceño, mostrando su contrariedad ante aquellas noticias. Esperó unos segundos hasta que habló.

—Bueno, si la votación está tan ajustada, tal vez seis sean suficientes para romper esa igualdad.

—No te confíes, Sura. Conoces bien cómo funciona el sistema. Nada es seguro hasta el día de la votación.

—Nada es seguro cuando hay tanta igualdad. En la mayoría de ocasiones, los bostezos son tan llamativos como las manos alzadas en el momento de la votación.

—Pues vivan los bostezos, ¡por Júpiter!

Capítulo XLIII

CALÍCRATES

El objetivo del conocimiento

Roma, verano del año 79 d. C.

El trabajo en la obra era un regalo de los dioses. Cada día que transcurría, Calícrates se daba cuenta de la verdad de esa frase hecha. En cientos de ocasiones se había reído de una parecida, «El trabajo diviniza al hombre», pensando que era una burda forma de animar a los trabajadores a ser más eficaces en su trabajo, alentados por quienes deseaban obtener más rendimiento de ellos. Como situar alfalfa delante de un asno.

Pero ahora la frase había adquirido un significado totalmente nuevo para él. Volver a la rutina de la obra lo libraba de la angustia de la Curia Iulia. La piedra, el ladrillo, la argamasa, la cal, el *opus caementicium*, todos se convertían en un verdadero elixir para el alma. La dureza de sus cantos o el peso de los bloques resultaban más suaves y livianos cuando pensaba en lo acontecido en el juicio.

Aquello, para Calícrates, había significado un paseo por el mismísimo Tártaro, el abismo de los Titanes. Nunca se había sentido más alejado del género humano. Por supuesto que los senadores romanos no eran el mejor ejemplo de ello, pero sí que —siendo Roma la capital del mundo, y ellos la parte más civilizada de la urbe— significaban un buen testimonio. Cualquier perro, gato o animal que vagara sin rumbo parecía merecedor de mayor confianza que esos hombres.

La verdad había dejado de tener importancia alguna para ellos. No era ya un motivo por el que luchar, por el que morir o por el que vivir. La verdad era solo algo que podía ser comprado con oro, y que después servía para unos fines egoístas. Nada más que eso.

¿Era esa la Roma que pretendía civilizar al mundo con sus leyes? ¿Era esa la civilización cuyo poder, prestigio y legislación iban a ser eternos? ¿Ese era

el mundo que iban a heredar los hijos de esos hombres que se consideraban a sí mismos los adalides de la civilización?

De pie, junto a los andamios de la fachada del anfiteatro, su mente estaba llena de preguntas que jamás tendrían respuestas.

En la Curia Iulia no encontró a nadie que se salvara. Ni hombres, ni mujeres. Ni acusación, ni defensa. Ni Princeps, ni senadores. Ni letrados, ni testigos.

Él también era culpable. Participaba de aquel teatro sin hacer otra cosa más que quejarse interiormente de las perversidades del mundo romano. Pretendía que todo cambiara, pretendía defender la justicia y la verdad, pero no hacía nada. ¿A qué esperaba? A que algún dios se apiadara de él y mandara unos rayos vivificadores y transformadores.

Aquel era el mal que ataba a la gente sencilla: la inacción. El no hacer nada. El esperar a que todo se solucionara por sí mismo.

A veces, Calícrates tenía la sensación de que limitándose a cumplir con su deber como arquitecto no hacía otra cosa que dar continuidad a ese mundo corrupto y cruel. Él era una pieza más. Una pieza que, con su mísero esfuerzo, ayudaba a mantener aquella inmundicia.

Dejó de pensar en ello.

Viendo lo que tenía delante, era un sinsentido pensar así.

El anfiteatro era un edificio muy hermoso. El arquitecto estaba seguro de que él jamás construiría algo tan magnífico. Era imposible.

Y no solo por su belleza, sino también por su monumentalidad. Una monumentalidad que, en este caso, estaba totalmente al servicio de la belleza.

Era elegante, armonioso, eufónico. Aquel monumento tenía todas las virtudes que podía expresar la arquitectura. Todas.

Ahora, solo un detalle preocupaba al heleno. Un detalle que no dejaba de atormentarlo.

Por un momento, temió que jamás pudiera ver el anfiteatro totalmente acabado. Sin los andamios, sin los materiales acumulados a su alrededor, sin la empalizada.

Con la gente que lo llenaría en el futuro, con los vítores… ¿Y si nunca llegara a experimentar por sí mismo la funcionalidad para la que había sido construido?

El principal temor de un arquitecto.

Los planos y las maquetas, los esbozos… Todo tenía el sentido de plasmar un modelo para construir aquello que se había imaginado en la mente. Pero el máximo deseo de todo arquitecto era ver su proyecto totalmente finalizado y,

sobre todo, en pleno funcionamiento. Solo entonces se despejarían definitivamente las dudas de si todos aquellos problemas previstos inicialmente se habían acabado solucionando.

Pero verlo acabado iba más allá de aquellas cuestiones prácticas. Verlo acabado era algo que henchía de orgullo a cualquier arquitecto.

Allí, de pie, negó con la cabeza y miró al suelo.

El acto reflejo de bajar la cabeza, tan cerca de uno de los andamios, centró su atención en un detalle que, al principio, parecía algo nimio. Un fino polvo amarillento rodeaba los maderos de los andamios.

Se acercó algo más y se agachó.

¿Termitas?

Se incorporó y tocó uno de los maderos horizontales del andamio que tenía justo delante. Dio un par de golpes con los nudillos, y una pequeña nube de polvo lo hizo estornudar.

Termitas, no había duda.

Comprobó toda la estructura de madera de arriba abajo, y luego llamó a Druso. No era conveniente dejar pasar aquello.

Serio, el ingeniero se acercó hasta el arquitecto. Este le señaló el polvillo. Druso llegó a la misma conclusión.

—Habría que renovar todos los andamios —dijo el heleno.

—Estamos acabando, en pocas semanas tendremos que desmontarlos de manera definitiva. Y si ahora hay que quitar y volver a montar una estructura así en toda la fachada del anfiteatro, los plazos se alargarán unos meses más.

Calícrates valoró aquella opinión durante unos instantes.

—Me preocupa que pueda venirse abajo. A pesar de que las termitas necesitan años para debilitar la madera de forma clara, la elevación de las estatuas exigirá que todos los elementos de soporte estén en óptimas condiciones. Además, los andamios están llenos de gente.

—No se vendrá abajo —contestó Druso de manera firme.

De haberse mantenido la amistad que los unió cuando se iniciaron las obras, Calícrates le habría replicado con total confianza; casi con el ánimo de charlar un poco más. Pero ahora no insistió. Él era el ingeniero, y aquellas cuestiones afectaban de lleno a sus competencias.

Druso se alejó, dejándolo solo.

Calícrates negó con la cabeza y miró de nuevo hacia arriba.

Entró en el anfiteatro y ascendió hasta el último nivel. Algunos de aquellos pasillos internos tenían poca luz, pero durante el día era suficiente. En ese momento, las paredes de esos pasillos no tenían decoración alguna;

apenas el revestimiento para ocultar el ladrillo que había debajo. Y, al contrario, allí donde el travertino era el protagonista, este lucía al máximo sin nada que lo cubriera.

Se detuvo un instante, y palpó la rugosidad de la piedra de uno de los múltiples pilares que sostenían toda la estructura. Estaba bien elaborado, firme, recto, equilibrado. Comprobó la colocación de los bloques pétreos de arriba abajo. Perfecta.

Siguió subiendo, y llegó hasta el último nivel.

El ático estaba casi acabado. Las columnas, las paredes de la fachada y los techos… Todo completado. Ahora los operarios montaban la estructura de madera de lo que sería una pequeña gradería.

Sacó la cabeza a través de una de las ventanas cuadradas abiertas en la fachada. Desde aquel lugar, la visión de Roma era maravillosa. La Ciudad de las Siete Colinas quedaba empequeñecida desde esa altura, y sus edificios más importantes parecían meras maquetas o juguetes para niños.

Los gritos y ánimos de los capataces no dejaban de oírse.

La estructura principal estaba totalmente acabada. Ahora se terminaban los últimos detalles decorativos. En los ciento sesenta arcos que conformaban la fachada de los dos niveles centrales se estaban colocando estatuas. Una por arco. Personajes ilustres de Roma, dioses y héroes legendarios estarían representados a través de esas imágenes pétreas. Todo para dar mayor realce a aquel edificio.

El velamen del techo también se estaba colocando, pero se trataba de materiales relativamente ligeros —en comparación con los bloques de travertino o las piezas de mármol de las columnas—, de modo que izarlos hasta allí no suponía ningún problema.

Un estruendo le cortó la respiración. Al mismo tiempo, percibió una sacudida del suelo que hizo temblar todo el edificio. Al estar en el nivel más alto, aquel temblor pareció de mayor intensidad. El ruido llegó desde su izquierda, y una gigantesca nube de polvo en esa dirección le confirmó que algo había ocurrido.

Bajó corriendo las escaleras hasta llegar al nivel de suelo.

Jadeando, salió del edificio, y por fin pudo ver lo que había ocurrido.

Uno de los andamios se había desplomado.

* * *

Confusión, gritos, desorden, caos… Los accidentes casi estaban a la orden del día. En ocasiones, era un simple mástil o una pequeña placa de mármol que se

desplomaban sin provocar apenas un solo rasguño. Pero otras veces el accidente era más grave, y se cobraba un número grande de víctimas.

En esta ocasión, el percance había sido toda una catástrofe, y probablemente habría muchas víctimas mortales.

Calícrates se unió a los operarios que ya habían llegado al lugar del accidente, y empezó a retirar troncos y maderos rotos. Al tratarse del desplome de un andamio, no había cascotes ni escombros de obra.

Druso había ideado un sistema muy ingenioso, de modo que si un andamio se desmoronaba no arrastraba a los adyacentes, aun formando todos ellos una única estructura alrededor de la fachada. Eso supuso que muchos esclavos y operarios no perdieran la vida, ya que los andamios estaban a rebosar de trabajadores.

—¡Cógelo por aquel extremo y tira fuerte!

El arquitecto daba órdenes para retirar los maderos a la mayor velocidad posible. Los gritos de los hombres que acudían a ayudarlos ahogaban los lamentos que salían de aquella montaña de troncos destrozados.

Una montaña tan alta que llegaba hasta los bordes del segundo nivel.

—¡Ve a buscar a Druso! ¡Rápido! —ordenó a uno de los esclavos que lo ayudaban a retirar maderos.

Fueron retirando maderos rotos, y empezaron a aparecer heridos y muertos. Algunos de los primeros salieron por su propio pie, gateando o arrastrándose. Otros tenían heridas graves y fue necesario ayudarlos. Los que no se movían ni gemían, en cambio, eran extraídos con sumo cuidado: era posible que solo estuvieran heridos de gravedad, y un trato adecuado podría salvarles la vida.

Algunos de ellos, sin embargo, tenían tales heridas que no cabía dudar de que estaban muertos.

El esmero era máximo. Todos conocían la importancia de darse prisa en casos así. Cada minuto de más podía significar la muerte.

Aun así, tenían que ir con cuidado: la estructura que se había desmoronado era un verdadero caos de tablones, vigas, postes y puntales, y naturalmente aquella montaña de escombros no tenía ninguna estabilidad, de modo que podía seguir desmoronándose, segando nuevas vidas.

Eran sobre todo los esclavos los que más duro trabajaban. La vida de compañeros suyos pendía de un hilo, y ellos eran los que lucharían con más ahínco por salvarlos.

Cada vez llegaban más hombres, y aquella montaña de muerte se iba reduciendo a pasos agigantados.

Era una verdadera tragedia.

Por el momento, había más de veinte cadáveres. A ellos habría que sumarles una treintena más con heridas muy graves.

—¡Debimos cambiar los andamios! ¡Debimos haber cambiado los malditos andamios! —repetía una y otra vez Calícrates.

El arquitecto era un hombre que velaba de manera algo exagerada por la seguridad de sus operarios en la obra. Procuraba siempre planificar cualquier trabajo pensando en los menores riesgos para quienes trabajaban con él.

Aun siendo algo habitual y normal —dadas las condiciones en que se trabajaba—, el heleno se sentía responsable de cada muerte o herida grave.

¿A qué se debía la tardanza de Druso? ¿Por qué no estaba allí ese maldito ingeniero obstinado? ¡Él siempre era de los primeros en acudir cuando sucedía un siniestro de ese tipo! En lo concerniente a la seguridad, Calícrates y él eran iguales.

—¡Ve a buscar a Druso, maldita sea! ¡Que venga de inmediato esté donde esté! —ordenó a otro esclavo, viendo que el primero no conseguía dar con él.

La acumulación de gente fue tal, que todo lo que extraían del derrumbamiento era almacenado de inmediato en el lugar donde estaba la serrería. Allí seguro que aprovecharían mucha de aquella madera. Se aprovecharía o, en caso de que estuviera en muy mal estado, se usaría como combustible en los hornos.

Calícrates vio por el rabillo del ojo a un hombre que aguardaba. Era el primer esclavo que había mandado a buscar al arquitecto.

—¡¿Dónde se ha metido?! —preguntó gritando.

«Algunos tipos, a veces, parecen estúpidos de verdad», pensó el heleno.

—Se… según parece…, estaba en esta zona de aquí.

Calícrates se quedó paralizado. Un escalofrío helado recorrió su espalda. ¿Druso estaba aquí?

Ni una estatua hubiera sido capaz de permanecer más quieta que él en esos momentos. Su mente se sumergió en un torbellino de imágenes: desde la primera vez que vio a Druso, sonriéndole y ofreciéndole la mano para saludarlo, hasta el día en que se casó y las múltiples discusiones que originaron el final de su amistad.

Los hombres, a su alrededor, se movían con rapidez y extraían maderos, cuerdas, cuerpos y heridos. De vez en cuando sacaban también alguna estatua que estarían izando en el momento del derrumbe.

El esclavo que le acababa de dar la noticia le tocó el hombro, y aquello lo devolvió a la realidad.

—¡Druso! —gritó desesperado, antes de lanzarse a los escombros para empezar a arrancar troncos y maderos como un salvaje.

Las manos le temblaban y sentía un sudor muy frío por todo el cuerpo. Se temía lo peor. Cada vez que alguien sacaba un cuerpo, él corría hacia allí con angustia para ver si se trataba del ingeniero.

Treinta cadáveres recuperados y unos cincuenta heridos de gravedad. Aquel estaba resultando un accidente importante y muy serio. Parecía un castigo de los dioses. Aquel mismo día, Calícrates se había dado cuenta del mal estado de los postes que sostenían la principal estructura de los andamios, pero habían decidido no hacer nada.

Nada…

Levantó la vista y miró hacia la gigantesca estructura de andamios que reptaba a través de la fachada como si fuera un enorme reptil.

«Habrá que desmontarlos todos, no podemos correr tantos riesgos». Hablaba consigo mismo, buscando la manera de perdonarse la negligencia que provocó aquel fatal accidente.

Un nuevo cuerpo asomó entre dos gruesos maderos. Otro cadáver. Calícrates se dirigió de inmediato hacia allí y, ayudado por tres esclavos, sacó uno de los maderos.

Druso…

El cuerpo del ingeniero apareció boca arriba. Estaba inerte. No parecía tener ninguna herida externa, pero estaba claro que uno de los travesaños mayores le había partido la columna vertebral. Sin duda habría muerto casi al instante.

Con la ayuda de los dos esclavos, retiró el cuerpo del ingeniero y lo llevó junto a los demás fallecidos en el accidente. Alguien lo cubrió con una lona, como había hecho con los otros cuerpos que yacían allí.

Multitud de pensamientos acudieron a la mente de Calícrates.

Habría gente que sufriría de manera especial la pérdida de aquel hombre.

El primero, el niño que dejaba atrás. El pequeño Druso jamás se acordaría de su padre, no podría disfrutar de sus consejos ni aprender el oficio directamente de su progenitor. Solo sabría de él por lo que le contaran los demás.

Y Claudia…

Cuando recibiera la noticia, Claudia quedaría destrozada. Estaba claro que ella y Druso eran un matrimonio feliz. Se llevaban bien. Calícrates se había convencido de que estaban hechos el uno para el otro. Cuando hablaban de

filosofía o de literatura, parecían más helenos que latinos: se escuchaban, a pesar de la pasión con que hablaban, y sabían aprender el uno del otro.

Y también para él mismo aquella pérdida sería irreparable.

Apenas habían transcurrido unos minutos, y ya lamentaba aquel absurdo enfado que los había distanciado durante los últimos años. ¡Años! Ese pensamiento le producía un vacío en el estómago, un vacío que parecía retorcerse hasta convertirse en un nudo que casi lo ahogaba.

¿Qué había ocurrido para que esa amistad se desvaneciera de ese modo? ¿Cuál fue el verdadero motivo de su mutua hostilidad? ¿Tozudez? ¿Orgullo?

Y ellos, dos hombres tan inteligentes y brillantes, ¿no habían sido capaces de resolver esas diferencias? ¿Es que acaso el conocimiento no tenía la virtud de ennoblecer a los hombres y alejarlos de aquellos instintos más primarios?

Pensaba en todo aquello mientras clavaba su mirada en los restos del pobre Druso. Tendido allí, alineado junto a los otros cadáveres, parecía uno más. Solo un cuerpo más. Todos sus conocimientos, sus inquietudes, su talante, su amabilidad… Todo se había evaporado, como robado por algún dios que envidiara la bondad de aquel hombre.

Druso Calpurnio. Pobre Druso…

Roma también lamentaría su pérdida. El ingeniero era un excelente profesional que honoraba a la ciudad y la cultura que lo vio nacer. Las grandes conquistas romanas —más allá de las militares o las políticas— en el campo de la arquitectura, la ingeniería o el arte se debían a hombres tan talentosos en sus oficios como lo era Druso.

Druso.

Capítulo XLIV

CLAUDIA PULCHRA

El castigo de los dioses

Roma, verano del año 79 d. C.

Quedaba claro que su vida había entrado en un peligroso descenso.

En los últimos días, Claudia pensaba que ya era imposible ser más desgraciada, y de pronto ocurría algo que dejaba en insignificante lo sufrido con anterioridad.

El juicio le parecía ahora una nimiedad. Poco menos que un simple inconveniente que había adquirido un carácter rutinario, circunstancial. Sus temores iniciales por el proceso habían desaparecido prácticamente por completo. De hecho, el juicio parecía estar totalmente estancado. Nadie podía saber qué dirección tomaría durante las próximas sesiones.

La declaración de Calícrates se antojaba definitiva. Y no porque el griego tuviera nada importante que declarar, sino porque la suya era sin duda la última flecha que le quedaba a la defensa, y si con ella no lograba convencer a la mayoría de senadores de la culpabilidad de los acusados, estos últimos quedarían impunes y libres.

Ahora, sin embargo, todo aquello le parecía lejano, como si estuviera ocurriéndole a otro. Como si fuera un mal sueño.

La muerte de Druso era algo que, simplemente, le parecía imposible de digerir.

Y no es que no hubiera pensado a veces en aquella posibilidad. Al contrario, Claudia conocía bien los riesgos del oficio de su marido. La obra era un sitio peligroso. Los accidentes eran muy habituales, igual que las malas heridas y las muertes.

Y aun así, Claudia no podía creer que eso le hubiera sucedido al padre de su hijo. Escondida detrás de una ilusión, estuvo convencida durante mucho tiempo de que Druso estaba protegido por algún dios misericordioso. Tanto el

ingeniero, como toda su familia. Un pensamiento habitual en la mayoría de gente.

Hasta que se dio cuenta de lo falsa que había sido esa convicción.

Los dioses la estaban castigando. Eso estaba claro.

Las faltas que cometió años atrás —buscando enriquecerse por encima de cualquier otra circunstancia— le habían retirado el favor de los dioses, que ahora parecían empeñarse en lastimar a todo aquel que ella amase.

El pequeño Druso.

Con los ojos llenos de lágrimas, miraba a su hijo y no sabía cómo le afectaría todo el mal que había hecho su madre.

¿También lo castigarían los dioses por sus faltas?

El pequeño Druso era un verdadero encanto de niño. Tan perfecto en sus formas, con aquella sonrisa tan contagiosa… Uno no podía hacer más que reír y sentirse feliz al contemplarlo. En más de una ocasión, Claudia pensó incluso que su hijo había sido bendecido con el don de la felicidad.

Ahora, con el pequeño al cuidado de Moira, Claudia podía permitirse el lujo de llorar abiertamente la muerte de su esposo.

Un esposo al que llegó a apreciar de verdad. Un buen marido, un buen padre y un buen hombre.

Los últimos días, justo antes del accidente que le costara la vida a Druso, Claudia había pensado mucho en su matrimonio.

En su matrimonio y en la felicidad.

La vida con Druso la había hecho feliz. Se sintió querida y respetada, tanto como mujer como ser humano. El nacimiento de su hijo la había llenado plenamente, y jamás como hasta entonces había conseguido palpar la felicidad como en aquel momento.

Pero aquellas últimas jornadas había llegado ya a la conclusión de que no amaba a Druso como una esposa enamorada amaría a su marido. Su relación parecía más bien el resultado de un acuerdo idóneo para ambas partes: cada uno otorgaba al otro aquello que más necesitaba. Era un pensamiento íntimo y que jamás compartió con Druso. A él lo veía feliz con su matrimonio, su hijo y su trabajo. Los hombres rara vez se daban cuenta de lo que sentía una mujer. Apenas las miraban a los ojos, y así era imposible conocer a nadie de verdad.

Las costumbres romanas la ayudaron a mantener en secreto sus sentimientos. Ella no quería que Druso se diera cuenta. Cuando la mujer era madre, normalmente comenzaba a vivir en un lugar destinado en exclusiva a las mujeres. Una zona casi privada que los hombres apenas visitaban. Y

aquella circunstancia, finalmente, había resultado una bendición, porque Druso había muerto feliz, sin ser consciente de que ella no lo amaba.

Había sido un buen amigo, además de un excelente padre. Ahora, el pequeño Druso tendría que criarse sin la compañía y los consejos de su progenitor.

⁂

El funeral duró cinco días.

La costumbre extendía el plazo entre los tres y los nueve. En función del estatus de la familia, de su clase social y el poderío económico, el funeral era más corto o más largo. También había ocasiones en que los familiares más próximos tenían suficiente con el mínimo de tres días y preferían celebrar la incineración cuanto antes.

El banquete en conmemoración de Druso, el ingeniero, fue el acto que cerró los cinco días que duró el rito funerario.

Atrás había quedado la parte más íntima, la celebrada en casa. Claudia pudo despedirse de él y contarle toda la verdad de sus sentimientos. Esperaba que él pudiera entenderla. Lavó y vistió su cuerpo, y lo llamó tres veces para asegurarse de que había muerto.

Después, llegó el momento de abrir el funeral al público. El cortejo por las calles de Roma, el paso por el Foro, el discurso de aquellos que lo admiraron y la quema en la pira.

El último acto fue el banquete.

Druso era un hombre de clase media. Sin ser rico, su oficio de ingeniero le había otorgado una excelente reputación y era bastante conocido en Roma. Claudia, sin ser tan popular, era muy rica. Esta particularidad le permitió ofrecer un gran banquete para despedir al padre de su hijo.

Naturalmente, estaban todos los amigos y conocidos de Druso. Muchos de los oficiales que trabajaban en el anfiteatro también asistieron. Las obras se habían detenido para poder despedir a todos los que habían fallecido en aquel trágico accidente.

Lucio Sura insistió en ceder su *domus* para celebrar aquel banquete. Los espacios eran grandes, y la gente estaría más cómoda. Y por supuesto, el senador hispano también asistiría al convite.

Calícrates se presentó bastante tarde.

Y cuando lo hizo, solo se acercó a Claudia para darle el pésame, y luego se mantuvo apartado de los demás. La viuda lo seguía con la mirada y lo observaba desde la distancia, y se dio cuenta de que el heleno parecía ausente,

como si cargara una enorme culpa sobre sus espaldas. Se lo veía envejecido y cansado. Ahora estaba solo, sentado en un rincón del peristilo apenas iluminado, y Claudia se acercó a él.

—Roma no parece habernos sentado bien, Calícrates…

El griego apenas se volvió. Su perfil de hombre triste se vislumbraba en las sombras de la pared del fondo.

—No doy la talla para Roma, Claudia —dijo en un tono tan oscuro como aquel rincón.

Se lo veía tan triste y deprimido que Claudia sintió grandes deseos de consolarlo. Y eso que la viuda era ella, y que el funeral en el que estaban era en honor de su marido.

—Debemos levantarnos por nuestros hijos, ellos se lo merecen.

El griego afirmó con un gesto muy tímido, solo cerró los párpados un momento.

—Nuestros respectivos hijos… —puntualizó el arquitecto—. Sí, tienes razón, ellos se lo merecen. Lo que no tengo tan claro es si mis hijas se merecen un padre como yo. Tampoco doy la talla como padre.

—La paternidad es una labor para la que no hay estudio posible. Ninguna enseñanza te otorga una licencia para ser padre…

—Druso murió por mi culpa, Claudia… —el heleno la miró directamente a los ojos.

Una tristeza profunda, limpia y desgarrada se vislumbraba en el corazón de aquel hombre. El arquitecto que conoció en el Foro —cuando fue adquirido por el senador Cayo— parecía haberse evaporado. Entonces ella había visto a un hombre inteligente, íntegro y muy seguro de sí mismo. Ahora esa inteligencia quedaba apagada tras la tristeza, la integridad parecía haberse derrumbado junto a los andamios que acabaron con la vida de Druso, y la seguridad se había perdido entre la argamasa que sirvió para construir aquel gigantesco anfiteatro.

—No me vas a convencer de eso, Calícrates.

—Si yo le hubiera…

—¡No seas niño y reacciona como un adulto! Los accidentes son muy habituales en las obras. Podías haber muerto tú en lugar de él… O los dos, incluso.

—Podía haberlo evitado.

—Las cosas suceden por designio de los dioses y ya está.

—Por designio de los dioses… No sabía que fueras tan creyente.

—Cuando digo dioses, digo destino. Es lo mismo. ¿Si tengo fe en ellos? Creo que nos han castigado en exceso por querer comportarnos como romanos sin serlo. Habremos molestado a algún dios.

Calícrates esbozó algo parecido a una sonrisa. Apenas una mueca, pero pareció que por un momento sonreía.

—Roma es para los romanos, ¡que se la queden!

—¡Que se la queden! —repitió Claudia.

Esta vez sí que Calícrates sonrió abiertamente.

—Has cambiado, Claudia.

—Ahora soy una viuda. Soy madre. Claro que he cambiado.

—No tiene nada que ver con tu maternidad o con que ahora seas viuda. Antes eras una mujer… extraña.

Ella estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Extraña? ¿Extraña por qué?

Dejó que Calícrates tuviera tiempo para pensar la respuesta. Tenía muy claro que, si había un hombre con verdaderas dificultades para tratar con las mujeres, ese era el arquitecto.

—No sabría cómo definirlo. Extraña e inescrutable —afirmó de nuevo—. Antes el diálogo contigo era imposible. Ahora no pareces la misma. Has cambiado. Eres más directa. Más… sincera.

La llegada de Lucio hasta ellos interrumpió la conversación.

Claudia pudo ver cómo Calícrates se puso tenso, y aquel sosiego que había parecido conseguir por unos instantes desapareció por completo.

—Desearía hablar con él, Claudia —le estaba pidiendo que se fuera, que los dejara solos.

Una lástima. La conversación comenzaba a ponerse interesante.

Claudia se alejó de allí, pero se situó en un lugar del peristilo desde donde pudiera verlos. No podía oír las palabras que se decían, pero sí observaba sus gestos.

El que hablaba era Lucio. Calícrates se limitaba a replicar con gestos muy puntuales, acompañados de monosílabos, generalmente negaciones.

Capítulo XLV

JULIA BERENICE

Políticas

Roma, verano del año 79 d. C.

Aquello no estaba saliendo como ella habría esperado.

No solo el juicio, que ahora estaba aplazado hasta la primera semana de otoño. El accidente en el anfiteatro no dejó otra alternativa. Uno de los cuatro acusados había muerto, y en Roma tenían una fijación especial por prolongar de manera casi indefinida las exequias por los difuntos.

«Quizá les iría mejor si se fijasen más en los vivos», pensó Julia.

No solo el juicio.

Su relación con Tito no funcionaba como cabría esperar.

El ahora Princeps se comportaba de un modo distinto a cuando era solo el heredero. Era bastante lógico que fuera así; ahora era un hombre con mayores responsabilidades, y ello hacía que valorara las cosas de otro modo.

Julia había esperado que sus relaciones íntimas no cambiasen tanto. Y con eso no se refería solo al sexo, sino a su relación como pareja, más allá de que fueran Princeps y concubina. Pues ella continuaba siendo la concubina de Tito, ahora el primer ciudadano de Roma. Ni esposa ni primera dama, solo una simple concubina.

Aunque Tito no se lo había dicho de manera clara —de hecho, él pocas veces hablaba de manera clara, y siempre intentaba posponer cualquier decisión unas horas más, un día más—. Julia era consciente de que Tito no pensaba precipitarse con aquella cuestión.

Tampoco sabía cuál sería su papel al lado de Tito. ¿Acabaría siendo una concubina más? ¿O adoptaría el papel de primera dama en la sombra, como había hecho Antonia Caenis con Vespasiano? Aquella mujer consiguió una cuota de poder muy importante, y tratándose de Vespasiano eso tenía mucho mérito.

Tito era distinto a su padre. Muy distinto.

No tenía el fuerte carácter de su progenitor. En un primer trato, incluso parecía un hombre fácil de convencer y de manipular. Pero era una falsa impresión. Todo era producto de las ganas de Tito por agradar a todo el mundo. No le gustaba imponerse de manera pública y pocas veces negaba nada delante de la gente. Era después, en privado, cuando tomaba las decisiones finales.

Y Julia perdía todo su influjo sobre él cuando la decisión era privada.

No supo en qué momento había ocurrido, y menos aún a qué se debía, pero ya no tenía ninguna duda de que Tito se había distanciado de ella. Aunque seguía buscando su cama —ella se cuidaba bien de tenerlo satisfecho y deseoso al mismo tiempo—, ya no le preguntaba nada sobre ningún asunto importante. Ya no buscaba su opinión.

Julia se sentía decepcionada. Aquel hombre que parecía un juguete cuando era solo el heredero de su padre, se había convertido en un felino sigiloso e inalcanzable al ser nombrado Princeps. Como si uno de los numerosos dioses romanos lo hubiera tocado con su dedo para transformarlo en un ser distinto.

Todos sus trucos de mujer comenzaban a fallarle. Después de todos aquellos años a su lado —a punto de cumplir once—, cada vez era más difícil encontrar nuevas sorpresas con las que seducir a Tito. Y también comenzaba a sentirse cansada de tener que tratarlo con tantos miramientos. Ella quería que la consintiera, y que todos sus deseos fueran cumplidos incluso antes de ser formulados.

Llegó a la conclusión de que hasta ella misma comenzaba a estar algo cansada de todo.

De igual modo, el juicio no discurría por buen camino. Totalmente estancado, nadie era capaz de predecir qué sucedería al final, aunque todos tenían claro que los acusados eran culpables de corrupción, en uno u otro grado. Tal vez el arquitecto griego era el único que no se habría beneficiado con acciones ilícitas, pero los otros dos seguro que sí.

La clave estaba en la cantidad. Roma consideraba lógico que un magistrado se enriqueciera mientras ejerciera su cargo. El quid de todo radicaba en hasta qué punto se habían enriquecido.

Y cuando se hablaba de cantidades, Roma lo tenía muy claro: era cuestión de pagar en oro una mayor o menor cantidad, pero pagar.

Julia se lamentó. Después de tantos esfuerzos, lo único que iba a conseguir era que los acusados pagaran una multa.

El intento de que Lucio Licinio Sura cargara con el asesinato de Marco Licinio había sido todo un fracaso. El abogado defensor había tumbado todas y cada una de las pruebas que incriminaban al senador hispano. Aquel viejo zorro sabía muy bien cómo hacer su trabajo, y con su actuación como lisiado se había ganado las simpatías de muchos senadores. Pero lo peor de todo era que había conseguido demostrar que las pruebas contra Lucio estaban manipuladas. Un viejo zorro, con todas las de la ley.

En las últimas semanas, Julia se había preguntado incluso si tenía sentido continuar con aquel juicio.

Las causas que la habían empujado a iniciarlo parecían estar perdidas.

Sería imposible detener de nuevo las obras del anfiteatro, que además estaba casi acabado. En pocas semanas, se procedería a la retirada de la empalizada y a la limpieza final, y ya solo quedaría buscar la fecha para la inauguración. Intentar detenerlas ahora era tan estúpido como inútil.

Tito había decidido que la gloria de aquel edificio fuera para Vespasiano. Que le honrara hasta el fin de los tiempos como la obra de un gran Princeps que amó al pueblo de Roma más que a sí mismo. Un Princeps que devolvió a los ciudadanos aquello que les había sido sustraído por gobernantes tiránicos.

La gloria de Judea se había extinguido con la guerra contra Roma. Las profecías sobre la destrucción de Jerusalén se habían cumplido al pie de la letra, y apenas quedaba piedra sobre piedra. El tesoro de su pueblo se había gastado en las obras de aquel odioso edificio y en toda una serie de monumentos y templos. Desde Nerón hasta el año de los cuatro Princeps, la urbe había sufrido distintos incendios y la destrucción de edificios muy emblemáticos, que ahora habían sido restaurados.

Así había acabado la gloria del Reino de Judea: difuminándose en la restauración de edificios quemados en Roma. Nada podía ser más humillante para el pueblo judío. Algunos de los partidarios más fanáticos aconsejaron a los suyos dedicarse de lleno a ganar oro de manera sistemática como una forma de vengarse de aquella cultura que les había robado solo para conseguir unas mejores condiciones políticas. Los préstamos siempre serían necesarios, y el precio que pagar por el oro podría ser lo suficientemente alto para obtener unos buenos beneficios.

Entonces, ¿qué impulsaba a Julia a continuar con el juicio?

Algo tan simple como la obstinación. Desde niña, Julia había sido una persona muy testaruda. Sus deseos tenían que cumplirse siempre, sí o sí. Por las buenas o por las malas, no dejaba de luchar por un propósito hasta que este se había cumplido.

La madurez la convenció de la idoneidad de esa virtud, dada su condición de aristócrata gobernante. Un rey o príncipe tenía que ser obstinado para imponer su ley a sus súbditos y a otros reyes. Un individuo débil y capaz de ser convencido fácilmente jamás sería un buen rey o un buen gobernante. Esa era una verdad universal.

Durante los últimos días estuvo valorando seriamente la posibilidad de declarar nulo el juicio y abandonar. Apenas tenía interés alguno en seguir: ni para ella, ni para los senadores, ni para la mismísima Roma. Prolongarlo así, sin ningún sentido, parecía más bien el producto de una mente enfermiza al borde de la locura.

Su educación.

Esa fue la palanca impulsora para no abandonar. Esa fe del gobernante en no dejarse vencer, en continuar hasta el final. Toda su familia había sido educada bajo esos principios. Y a Julia solo le quedaba eso: principios.

Cuando tuvo claro que debía continuar, buscó qué podría obtener con todo ello y cuál sería la mejor forma de conseguirlo.

* * *

Tenía al griego delante de ella de nuevo, y en el mismo sitio que la primera vez que hablaron.

En su última entrevista privada, la amenaza sobre sus hijas fue solo un motivo para arrastrarlo hasta el rectángulo central de la Curia Iulia. Que declarara aquello que convenía a Julia era otra cuestión.

Aquel tipo también era una persona obstinada. Pero ella lo era más, mucho más.

La estrategia de Julia en el juicio se había visto truncada por aquel calor insoportable y la debilidad de algunos de los senadores. Tito no tuvo más remedio que dar por cerrada la sesión ante el desmayo de varios miembros de la sala debido a las altas temperaturas.

Aquella interrupción había llegado en el peor de los momentos. La declaración del Flamen Esculapio había dado de lleno en el blanco, y Julia tenía al arquitecto donde quería. Había conseguido mostrarlo como una persona ecuánime y decente, demostrar que su sentido de la moral era inquebrantable, y, sobre todo, generar en él un odio irrefrenable hacia el senador Lucio, al hacerle creer que era el responsable de la epidemia y de la muerte de su mujer.

Sí, una declaración en aquellas condiciones habría resultado explosiva, dijera lo que dijera.

Ningún ser humano se comporta de manera racional cuando es el odio el que lo sujeta y lo mantiene en pie. Y menos aún un hombre.

Ahora, con el paso de las jornadas, aquel odio que había conseguido insuflar en el griego podría haber germinado hasta ser incontrolable, o apagarse poco a poco como una brasa incandescente que no recibe el alimento de las llamas. Ambas alternativas eran posibles.

Además, Julia no podía obviar que el griego quizá se hubiera dado cuenta de la estrategia de la fiscal.

No cabía ninguna duda de que ese griego era un hombre íntegro. Durante la primera entrevista, intentó usar un par de artimañas femeninas para ver cómo reaccionaba ante las insinuaciones de una mujer. Pero no funcionó. Aquel griego apenas se dio cuenta de nada. O le gustaban solo los hombres, o tenía una libido tan apagada que no había insinuación capaz de encenderla.

Una tercera probabilidad era que aún siguiera enamorado de su difunta mujer. Eso, poco probable después de tanto tiempo, solía darse muy de cuando en cuando.

Julia había estudiado bien al arquitecto.

—¿Vas a amenazarme de nuevo con matar a mis hijas? ¿No tienes nada mejor que hacer en la vida? —fue lo primero que dijo Calícrates apenas estuvo frente a ella. Descarado y sin miedo, aquel tipo era impredecible.

Ella sonrió, buscando ofrecer una imagen de superioridad y confianza. Ahora no convenía mostrar debilidades.

—La amenaza de matar a tus hijas siempre estará presente durante nuestras conversaciones, griego. Ya sea aquí o en la Curia. Ten eso presente siempre que hables con la mujer del Princeps o con la fiscal que te acusa.

Apenas hubo cambio alguno en la expresión de Calícrates. Parecía como si aquel hombre no tuviera nada que perder.

Era listo.

Con él era necesario un cambio de estrategia. Los trucos habituales no darían resultado. Se imponía la sinceridad. Una sinceridad contenida, por supuesto.

—Como sabes, griego, el juicio se encuentra en un punto complicado. Es aquel punto en que la balanza de vuestra diosa, Iustitia, no tiene claro hacia dónde decantarse. Más que ciega, en este momento vuestra diosa está llena de dudas.

El griego la observaba pero se mantenía en silencio. Era un hombre acostumbrado a tener paciencia y a esperar. Un tipo que buscaba siempre el trabajo bien hecho.

—Ambos somos *peregrinus*, no nacimos en Roma y nuestra cultura de origen es muy distinta. Pero los dos vivimos en la ciudad que domina el mundo y sabemos cómo funcionan las cosas aquí.

»Roma es sinónimo de política. Y una política entendida de un modo distinto al que idearon tus antepasados, griego. Aquí no se busca lo mejor para la ciudadanía o engrandecer la ciudad. No, esos conceptos no han sido los que han hecho grande a Roma.

»Roma es la cultura del pacto. El buen acuerdo que contente a ambas partes. Un acuerdo que no tiene por qué significar necesariamente un bien social o político. Sabes muy bien, griego, que aquí todos buscan enriquecerse.

—Y no condenarán a nadie que esté acusado de enriquecerse cuando todos lo están haciendo —dijo el griego de manera punzante.

—Muy bien —ella sonrió mientras bajaba los párpados al afirmar la verdad de aquella respuesta.

Julia se mojó los labios y le miró fijamente, muy seria.

—Es hora de que tú también llegues a un pacto político, griego. Un pacto que permita salvar a tus hijas y a tus amigos. Pero alguien tiene que pagar, y no voy a ser yo, Calícrates. No voy a ser yo.

Capítulo XLVI

CALÍCRATES

La esencia de la arquitectura

Roma, verano del año 79 d. C.

El calor no era tan exagerado como el día en que se decretó la suspensión del juicio. El otoño estaba muy próximo, y parecía llegar con las ganas suficientes para imponerse a cualquier locura estival.

Los ventanales de la Curia se mantenían abiertos por las noches para que la brisa otoñal se llevara el bochorno que aún se resguardaba en los rincones menos ventilados, y era cuestión de días que las cosas cambiaran.

La reanudación del juicio no sorprendió a nadie. Calícrates, a pesar de estar en el mismo rincón apartado, a la espera de ser llamado, ya no pasó desapercibido para nadie. Lucio y Claudia lo miraron: el primero de manera fría y distante, la segunda con una sonrisa en los labios.

Los primeros minutos estuvieron llenos de los formalismos habituales.

La fiscal pidió la palabra y tiempo para que su último testigo pudiera exponer algo que, según ella, podía resultar clave en el desarrollo final del litigio. La firmeza de las palabras de Julia Berenice pareció despertar del sopor a más de un senador.

Aunque todos estaban cansados de aquel juicio, estaba claro que llegaba a su fin y todos estaban atentos. A la defensa aún le quedaba una última oportunidad para replicar, pero el litigio no podía alargarse mucho más.

Cuando oyó su nombre, Calícrates se dirigió, con parsimonia, hasta el rectángulo central.

Julia volvió a presentarlo, usando las mismas palabras que en la anterior sesión. Aquel era otro de los formalismos romanos.

Antes de que cediera la palabra a Calícrates, ambos, fiscal y testigo, se lanzaron una última mirada. En ella no había complicidad, no había odio y tampoco aprecio. Era solo una mirada que servía de recordatorio de lo que habían hablado.

El heleno comenzó a hablar.

—Romanos, comparezco ante vosotros interpelado por la fiscal, como bien sabéis. Se espera de mí que dé un testimonio que ofrezca algo de luz a esta lúgubre acusación. Soy aquello que vosotros llamáis un *peregrinus*, un extranjero a vuestros ojos. Vengo de la ciudad en la que se inventó la democracia, el gobierno del *demos*, del pueblo. Atenas me vio nacer y en la Hélade me crie. Así es como llamamos a mi tierra, aunque vosotros os empeñéis en llamarla Grecia o la provincia de Acaya.

»Las leyes de Roma me convirtieron en un esclavo. Y esas mismas leyes me devolvieron mi libertad. Así llegué a vuestra ciudad: por la esclavitud, por una falta cometida en mi tierra patria.

»No soy un letrado, ni pretendo serlo —miró al abogado defensor, y no pudo evitar que su mirada se desviara hasta Lucio y Claudia. Los dos lo miraban expectantes, como toda la sala—. Es un oficio que no va con mi forma de ser. No soy un buen orador, ni tampoco pretendo serlo.

»Soy arquitecto, y ese es un oficio que sí va con mi forma de ser. La arquitectura es una ciencia que bebe de muchas otras disciplinas, conocimientos y ciencias. Al juicio de esta ciencia son sometidas las obras de las otras artes. Soy, por tanto, más un juez que un letrado.

»Dos son las virtudes necesarias para ejercer la arquitectura. La primera de ellas es la práctica. Ejecutada con las manos, es una continua y expedita frecuentación del uso. La segunda es la teórica. Ejecutada con las palabras, sirve para explicar y demostrar con la sutileza y las leyes de la proporción la obra, el edificio o monumento que se va a construir.

»Ambas virtudes son complementarias y absolutamente necesarias en mi oficio. Un arquitecto que no disfrute de alguna de esas dos virtudes no debería ser nombrado como tal.

»Además, el arquitecto deberá estar versado en multitud de ciencias. Literatura, Dibujo, Geometría, Óptica y Aritmética, Historia, Filosofía, Música y Medicina, Astronomía…

»La Literatura es necesaria para poder asegurar sus estudios en la memoria de la construcción; sin una literatura clara y precisa, el edificio podría estar mal construido, venirse abajo y morir mucha gente. Igual ocurre con el Dibujo. Sin una gran exactitud y una mejor claridad, no podrá exponer a los oficiales qué se propone construir.

»Así, del mismo modo, la Geometría auxilia al arquitecto con el uso de la regla y el compás, instrumentos que permiten describir mejor las plantas de los edificios en los planos. Con la Óptica, se consigue que los edificios tengan

las mejores luces y de mejor parte. Gracias a la Aritmética es posible calcular el presupuesto que será necesario afrontar. Igualmente, permite resolver las medidas y complicados problemas con las proporciones.

»Ahora viene la Historia. Un arquitecto debe conocer el arte que han sido capaces de crear todos sus antepasados. Solo así será capaz de recurrir a él de forma correcta, ya sea para seguirlo fielmente o para crear a partir de él. Sin esa corrección, la obra estaría mal equilibrada y la inarmonía lo rasgaría de igual modo que un terremoto.

Calícrates se aclaró algo la voz y miró a los senadores. A todos los senadores, pues se dio la vuelta completa.

—La Filosofía hace magnánimo al arquitecto, e impide que este sea arrogante. Lo convierte en alguien más flexible, leal —pronunció esa palabra con un tono más alto de voz— y justo. No habrá avaricia en un arquitecto, pues no puede haber obra bien hecha sin lealtad y entereza. No será codicioso, ni amigo de recibir regalos.

Sin ser un buen orador, el silencio de la sala era una excelente señal de que su mensaje estaba llegando a los senadores. Aunque había mucho público de la calle, la gente apenas tenía interés para él. Era vital convencer a los hombres que vestían la toga *praetexta*.

Siguió hablando.

—Igualmente, el arquitecto debe tener amplios conocimientos musicales, para entender las leyes del sonido y las matemáticas, y para saber dar la debida tensión a las ballestas, catapultas y escorpiones, pues en los capiteles de estas máquinas están los agujeros de los mismos sonidos. Esos conocimientos también son necesarios para poder construir los teatros, con una excelente acústica. Si un arquitecto no ha comprendido los principios básicos de esta ciencia, el sonido se perdería en resonancias insondables y el edificio sería poco menos que inútil.

»Un buen arquitecto necesita también entender de Medicina. Debe conocer las variedades climáticas, las cualidades del aire y de las distintas regiones del mundo. Distinguir entre las que sean saludables o pestilentes. Es imprescindible también un buen uso de las aguas. Sin estas precauciones, una casa o un espacio arquitectónico pueden llegar a ser insalubres.

El siguiente punto era complicado, pero imprescindible. Era esencial que quedara claro que un arquitecto ha de tener conocimientos de Derecho, aunque hablar de ellos en aquel lugar, lleno de letrados, legisladores y juristas iba a ser difícil para él.

—Un buen arquitecto deberá tener también conocimientos de Derecho. Conocer las leyes de desagües compartidos, paredes comunes y otros aspectos que afecten a la comunidad vecinal y evitar futuros pleitos es una labor de todo arquitecto que se tenga como tal. Así, dejando muy claros los derechos y deberes de cada vecino, se evitarán futuros engaños.

Respiró hondo. Era un tema delicado y había pasado por encima de él de puntillas. Ahora tocaba proseguir.

—La última de las ciencias que debe dominar un arquitecto es la Astronomía. Distinguir entre Oriente y Occidente, entre equinoccios y solsticios, conocer la constitución de los cielos y el curso de los astros.

Quedaba el colofón. Aquello que daría sentido a toda la explicación teórica de las ciencias necesarias para ser un buen arquitecto.

—Jamás podrá llamarse arquitecto aquel que, desde la niñez, no haya escalado, sin pausa alguna, hasta llegar al sublime templo de la Arquitectura. Son tantas las ciencias que uno debe dominar, tan enormes los campos que ha de conocer y tan compleja la erudición que debe alcanzar, que solo una perfecta y disciplinada vida dedicada al estudio podrá ascender al profesional hasta las máximas cotas del conocimiento de su ciencia.

»Pithio, un antiguo arquitecto constructor del Templo de Minerva en Priene, afirmaba que el arquitecto debe superar en todas las artes y las ciencias a aquellos que, por separado, les dieran contenido y brillo. Y que solo un matemático dotado de un excepcional talento puede llegar a superar a un arquitecto. Algún escéptico podrá creer que el dominio total de tantas ciencias es una quimera, algo imposible. Si uno reflexiona bien, se dará cuenta de que todas las ciencias forman un único conocimiento. Todas tienen una conexión recíproca. Parten del mismo lugar.

»Es la llamada disciplina encíclica; un cuerpo formado por varias partes. Y desgraciada la sociedad futura que no sea capaz de aglutinar todos esos conocimientos en una mente. La disgregación del conocimiento supondrá la pérdida de la humanidad. El hombre solo verá una parte de la verdad, y eso lo convertirá en un esclavo de poderes políticos egoístas.

Se aclaró la voz y tomó aire de nuevo.

—Muchos os preguntaréis el motivo de esta larga exposición. Aclararé, en primer lugar, que mis palabras no son las locas ideas de un griego trastocado por unos ideales fanáticos. Fue un arquitecto romano, Marco Vitruvio Polión, quien las escribió para su posterior divulgación. No me cabe la menor duda de que la mayoría habréis oído hablar de él. Es uno de los vuestros. Un romano.

Queda claro, pues, que el arquitecto no entiende de fronteras, ni de provincias, ni de política.

Ahí quería llegar. Aquel era el punto de inflexión.

—Senadores de la Curia, yo, Calícrates, me declaro culpable —lo dijo alto y claro.

El silencio de senadores y público se rasgó ante esa afirmación. Los susurros se extendieron como el calor de la anterior jornada; parecía que ningún rincón se libraba de ellos.

—Nunca he sido soldado y nunca he matado a nadie, y por tanto, soy inocente de ese cargo —con sus palabras volvió a imponer el silencio—. Mi culpa es de una índole muy distinta.

Miró al juez y después a los senadores de ambos lados.

—Soy culpable de ser extranjero, un *peregrinus*, como vosotros decís. Soy culpable de no haber nacido en Roma y de ignorar vuestra forma de ser. Desde la Hélade no somos conscientes de cómo sois los romanos. Se tiene una vaga idea, pero es totalmente errónea.

Levantó el mentón, con orgullo.

—Soy culpable de no conocer vuestras reglas. Soy culpable de querer enriquecerme, aunque no con la misma riqueza que vosotros. Soy culpable de buscar la inmortalidad, la mayor riqueza que existe. Soy culpable por ser egoísta y pensar solo en mi orgullo, antes que en mi bolsillo.

Su tono era cada vez más alto.

—Me acuso de no tener en cuenta la política, de pensar solo en mi propio prestigio como arquitecto. Me acuso de todos los cargos que este multitudinario tribunal desee otorgarme. De todos ellos soy culpable, pues soy un *peregrinus*, un individuo ignorante de vuestras costumbres y un paria para Roma.

»Condenadme a la justicia de vuestras leyes, pues las he infringido al no conocer vuestras costumbres. No es oro lo que llena mi bolsa. No hay papiros que me otorguen magistraturas. Lo único que poseo es mi orgullo por el trabajo bien hecho.

»Condenadme al exilio, a las mazmorras de vuestros calabozos, a la muerte, a todo cuanto fuera necesario para que vuestra civilización quede intacta y pueda continuar así durante muchos siglos. Pues es mucho más fácil culpar a un extranjero por lo que desconoce, que corregir lo que empobrece a uno mismo.

»Consideradme culpable por no hallar en el mundo un espejo lo suficientemente grande para reflejar las virtudes que hacen de Roma la capital

del mundo.

»Soy culpable de ser solo un arquitecto y de querer continuar siendo solo eso. Un arquitecto.

Se quedó callado. Bajó la cabeza sin buscar las miradas de los senadores, de la fiscal, del juez o de los acusados.

Durante unos instantes, la incertidumbre se apoderó de la Curia Iulia. Como si el camino de un juicio ordinario se hubiera extraviado y nadie fuera capaz de reconducirlo por la senda más correcta.

Calícrates tenía la mirada clavada en el suelo. Poco le importaba lo que hicieran a partir de ahora. No vio las caras ni los gestos. Únicamente escuchó las palabras.

Fue Tito, Princeps y juez, quien habló; aunque de forma torpe y sin gracia alguna.

—He… Hemos escuchado la declaración del testigo. Ahora, si la acusación no tiene nada más que decir…

Aunque tardó unos segundos en responder, la voz de Julia Berenice resonó en la sala. Pero su tono de voz era ahora bajo, sin mostrar la confianza que había demostrado con anterioridad.

—Con la declaración de Calícrates, el griego, la defensa concluye su exposición. Es hora de que sea el tribunal quien decida el destino de los culpables. Y que el juez dicte la sentencia más justa.

Fue Tito, nuevamente, quien habló.

—A la defensa le queda un último turno. ¿Desea hacer uso de él? —al juez se lo notaba nervioso e inseguro. Calícrates lo miró.

Tito parecía tener algo en mente, y ello le causaba temor. Pánico incluso.

Pero fue la voz de Larcio Licinio la que se impuso en la sala.

—Sí, la defensa agotará el turno que le queda —la voz de aquel hombre continuaba mostrando la misma firmeza y seguridad.

Calícrates observó las miradas que se cruzaron Julia y Larcio al pasar el uno al lado de la otra. Ella permaneció sentada, el letrado se situó al lado del arquitecto. Miradas de victoria y de derrota, de humillación y de venganza, de odio y de rabia.

—En primer lugar, distinguido y augusto jurado, hemos de felicitar a este hombre —señaló al testigo, aún en el mismo centro del rectángulo de la Curia Iulia—. Ha pretendido darnos una lección de cómo vivir en Roma. Ha usado muchos tecnicismos con los que ha adornado su explicación y ha ocultado el verdadero propósito de sus palabras.

»¿Es que acaso estamos ciegos y no nos damos cuenta? Este *peregrinus*, señores senadores, se ha mofado en nuestras caras de lo que significa ser romano. Nos ha tachado de superficiales, de intransigentes. Ha buscado ofender la gloria de Roma.

»Y no busquéis verdades ocultas en su mensaje. Ni siquiera os lo planteéis. No os pongáis a su nivel.

»Prestad atención solo al insulto que ha dirigido a Roma. Juzgad la veracidad de su mensaje solo en función de cómo ha insultado a la ciudad que dirige los destinos del mundo. La ciudad que legará su cultura y sus leyes al resto de la Humanidad para el resto de los siglos.

Calícrates veía un claro doble sentido en aquellas palabras. Miró a los senadores. La mayoría fruncían el ceño convencidos de las palabras de aquel veterano letrado. No había enfado por las palabras de Larcio Licinio, había convencimiento y orgullo.

—Augusto jurado. Son las leyes romanas y nuestra forma de vivir lo que verdaderamente está en cuestión en este juicio. Ni asesinatos, ni corrupción, ni estafa, ni robos. ¡Nada de eso!

»El verdadero enfrentamiento es Roma contra el resto del mundo. Como queda claro en la composición de acusación y defensa: romanos contra extranjeros.

Calícrates entrecerró los ojos intentando captar qué buscaba el letrado con todo aquello. El heleno miró a Tito y después a Julia. El primero no comprendía demasiado bien de qué iba toda aquella retórica, como la mayoría de senadores. A Julia, en cambio, se la veía disgustada. Ella parecía captar perfectamente el pleno sentido de las palabras del abogado defensor.

Aunque era difícil discernir adonde quería llegar el letrado.

—De acuerdo con nuestras leyes y costumbres —siguió Larcio—, lo primero que hay que hacer es declarar culpable al testigo —Calícrates veía cómo el dedo índice del letrado lo señalaba a él—. Después, que el juez dicte una sentencia justa acorde con todas sus culpas.

«¿Los motivos para declararlo culpable?». «¿De verdad era necesario explicar una vez más a los senadores las razones de su supuesta culpabilidad?», pensaba Calícrates.

—¿Acaso estamos ciegos y sordos? Dudar de la capacidad de Roma para razonar. Insultar la inteligencia de las leyes latinas que tanto han dado al género humano. Intentar obligar al Senado a poner en tela de juicio al sistema.

El arquitecto miró al abogado. Aún cojeaba y hacía muecas de dolor, como si apenas pudiera soportarlo. Aunque estaba claro que aquello era

fingido, no parecía importarles demasiado a la mayoría de senadores.

—Aquí concluye mi intervención. Comencé con cuatro acusados. Ya solo queda uno, el ahora testigo. Él mismo se ha declarado culpable. Les pido que sean justos y actúen en consecuencia: como romanos.

Larcio Licinio abandonó el rectángulo central y se sentó junto a Julia Berenice, allí donde le correspondía como abogado defensor.

Calícrates quedó en medio de la Curia, en pie y solo. Sin saber muy bien qué hacer, miró a Tito, esperando sus palabras.

Los senadores comenzaron a murmurar moviéndose hacia quienes tenían al lado, delante o detrás. Hablando en susurros. Afirmando o negando con la cabeza.

El heleno miró al letrado defensor.

«Muy listo —pensó—. Eres un viejo zorro, Larcio, un verdadero zorro».

Rompiendo el protocolo, Tito, el Princeps, se puso en pie y avanzó hasta Calícrates.

Los senadores, al ver al primero de sus ciudadanos detenido justo en el centro de la Curia junto al testigo que ya consideraban culpable, se quedaron en silencio.

Tito miró a Calícrates, dando la espalda a una parte de los senadores. El heleno se dio cuenta de que la mirada del Princeps era nerviosa e insegura.

¿Qué ocurría allí? ¿Qué ponía tan nervioso a Tito?

De forma fugaz, Tito miró a Julia. El heleno captó cierto temor en aquella mirada. ¿Declararía en contra de su consorte? ¿Era aquello lo que suscitaba temor en el Princeps de todos los romanos? ¿Actuar en contra de su concubina?

Las próximas palabras lo sacarían de esas dudas.

Tito se alejó de la mirada de la fiscal y se encaró hacia los senadores. Con solo aquel gesto, consiguió que el silencio volviera a reinar en la sala. Toda la atención de los asistentes estaba en su poder.

—¡Augustos senadores! Hemos escuchado a acusación y defensa. Ambos han hecho un buen uso de sus tiempos y el juicio llega a su fin. —Era un timbre distinto a cuando era fiscal. Había más autoridad, más firmeza. Aunque al mismo tiempo, y aunque pudiera parecer contradictorio, le faltaba algo de confianza—. Un litigio comenzado en tiempos de mi padre y en el que parece imposible encontrar una solución justa. Una solución basada en la Iustitia y en su ciega buena voluntad.

»No me gusta imponer mi voluntad a nadie, y menos aún al pueblo de Roma. La felicidad del Senado es mi máxima prioridad. Y la voluntad de los

senadores, la directora de mis acciones. Es imposible que yo sea insultado o ultrajado de alguna forma. Yo no hago nada malo que merezca ser censurado. Y no me importan demasiado las falsedades que puedan escribirse de mí, más allá de este juicio o de su resolución. Y en cuanto a los tiranos, emperadores o Princeps que me precedieron, ya se vengarán ellos mismos en caso de verse difamados, que demuestren que son semidioses o poseen alguna voluntad.

Calícrates, como el resto de la sala, no sabía adónde quería llegar el Princeps. Había usado el concepto militar de tirano para referirse a los anteriores gobernantes. Se refería, sin duda, a aquellos déspotas como Calígula o Nerón. En efecto, aquella palabra fue nuevamente usada por Tito, y con la idea que había pensado el heleno.

—No voy a ser un tirano al uso. Yo poseo todas las virtudes de un Princeps, un primer senador. Ante todo soy un romano, y después soy un latino.

»La Ley de Maiestas se promulgó para poder acusar de traición a aquellos que perjudicaban a Roma, ya fuera a la gente, a los senadores o al mismo Princeps. Una ley ambivalente y con unos usos pasados que han oscurecido la figura del Primer Senador de Roma.

»Nerón y Calígula usaron esa ley para justificar sus reinados de cariz oriental. Con la ley en la mano, ajusticiaron a todo aquel que se oponía a sus criterios.

«¿Y qué tiene que ver esa ley con el juicio que se disputa aquí?».

Calícrates, y la mayoría de senadores —por no decir todos— seguían sin entender adonde quería llegar el ahora Primer Ciudadano de Roma.

—No voy a ser un tirano al uso —repitió con más fuerza que antes. Aquel hombre parecía obsesionado con esa palabra y con que se lo relacionara con ella—. ¡No lo voy a ser! ¡Ni ahora ni nunca! No se recordará a Tito como un tirano. No sé qué memoria guardará el futuro sobre mí, pero seguro que jamás se hablará de mí como alguien despótico y repulsivo.

»Desde ahora mismo, pido que sea derogada la Ley de Maiestas, para proteger a los senadores y buscar una sociedad pura y sin traiciones, sin juicios sumarios, sin asesinatos.

»Ningún senador podrá ser acusado de traición y juzgado en la Curia Iulia. La sangre romana más ancestral será garante suficiente para demostrar la buena voluntad de los hombres que sirven a Roma con el único propósito de hacerla grande.

Una cerrada ovación detuvo su discurso. La totalidad de los senadores se había puesto en pie y aplaudía la decisión del Princeps. Con aquellas palabras,

se había ganado a toda la Curia, tanto a los partidarios del Princeps, como a aquellos que aún abogaban por un retorno a las esencias más básicas de la República.

La mirada de Calícrates se clavó en Lucio. El hispano sonreía abiertamente. Claudia, a su lado, no acababa de entender muy bien de qué iba todo aquello.

Después, el arquitecto miró a Julia. Se la veía enfadada y decepcionada. Una mujer que lucía el orgullo atado a su elegancia, parecía haber perdido toda su prestancia con el vendaval que significaban las palabras de Tito.

Palabras que aún no había acabado y que terminarían por hundir a la fiscal.

—Con efecto retroactivo de la derogación de la Ley de Maiestas, declaro este juicio nulo y que todos los acusados, senadores o no, sean liberados de las acusaciones que los han conducido hasta la Curia Iulia.

»El arquitecto, Calícrates, será olvidado por todos. Se lo condena a destierro perpetuo, y jamás podrá volver a Roma. Su nombre, como constructor del anfiteatro, será borrado de todos los documentos para que no pase a la historia. Mi padre, el augusto Vespasiano, será considerado el ejecutor del edificio que dará una nueva dimensión a Roma.

Una nueva ovación, más cerrada aún, amenazó con reventar las estructuras arquitectónicas de aquel edificio.

«Por mucho que aplaudan, no conseguirán que esto se hunda», sonrió Calícrates.

Ahora sí, Lucio se puso en pie mientras aplaudía a Tito. También Claudia hizo lo mismo.

Calícrates miró a Tito. El orgullo y la satisfacción penetraban por sus oídos hinchándolo como lo haría un pellejo de vino al ser llenado.

Una ovación que se alargó un buen rato.

Julia, muy molesta, abandonó la Curia sin decir nada. Pero todos continuaron aplaudiendo con ganas.

«¿Qué sentido ha tenido celebrar este juicio? Detener las obras del anfiteatro, crear tanto malestar… Hacer perder el tiempo a los senadores, a los abogados. ¿Para qué? ¿Para acabar así? ¿Con un final carente de toda lógica?».

«Lógica».

«La historia se revuelve de manera compleja y resuelve de manera sorprendente los destinos de las gentes».

Calícrates sonrió ante esos pensamientos.

Miró a los senadores.
«No han entendido nada. No han entendido nada».

Capítulo XLVII

CLAUDIA PULCHRA

La felicidad de Seneca

Roma, otoño del año 79 d. C.

El otoño se manifestaba con una excelsa policromía. Rojos, pardos, amarillos y un sinfín de tonos cálidos se esparcían por toda la península Itálica. Como si quisieran contrarrestar el largo período de hibernación que tenían por delante, los árboles mostraban su vitalidad en un último y colorista esfuerzo. Enormes bandadas de golondrinas se encaminaban hacia latitudes más meridionales, en busca de la calidez veraniega.

Tres meses después de acabar el juicio, en Roma todo seguía igual.

Las calles eran un verdadero bullicio de gentes circulando de forma caótica en todos los sentidos posibles. Hombres libres y esclavos, plebeyos y patricios, hombres y mujeres, adultos y niños; cualquier combinación era posible. De la misma forma, la variedad de razas y culturas era considerable. Gentes de tez oscura provenientes de las provincias del sur, otras con distintivos raciales totalmente distintos venidos del norte, y así con las diversas variedades que se encontraban a lo largo de las provincias romanas.

Cada uno iba a lo suyo, sin apenas reparar en el destino del vecino o de los otros transeúntes.

La ley que impedía circular a los vehículos durante las horas diurnas conseguía que el caos circulatorio no fuera absoluto. Había sido una medida impuesta casi cien años atrás, y nadie se podía imaginar qué sucedería por las calles de Roma si ahora, a pleno día, comenzaran a circular vehículos rodados.

Solo cuando el sol comenzaba a decaer, el tráfico rodado volvía a las calles. Los transeúntes se refugiaban en sus casas para la cena y las calles quedaban libres para que carros y demás vehículos se adueñaran del entramado urbano.

Algunos conseguían alguna dispensa por parte gubernamental, gracias a la cual podían transitar con sus vehículos por las calles a pleno día. Pero era un mal negocio: la densidad era tan alta que cruzar la Vía Sacra, por ejemplo, podía durar casi un par de horas.

Delante de la *domus* de los Sura, siete carros se preparaban para partir. El sol comenzaba a declinar, y las sombras se alargaban de manera interminable. Situada en el barrio del Velabrum, entre las colinas Capitolina y Palatina, la calle era suficientemente ancha para permitir una correcta circulación peatonal a pesar de los carros.

Dos adultos libres, tres niños y seis servidores serían los ocupantes de aquellos carros.

El anfitrión de la *domus*, Lucio Licinio Sura, estaba en la puerta, despidiéndose.

—Es una lástima que tengáis que abandonar Roma… —decía el senador hispano.

Claudia fue la que respondió.

—Roma no nos quiere, y lo mejor que podemos hacer es irnos para siempre.

Era una despedida fría. Marcharse al amparo de la noche y en silencio parecía un acto furtivo, pecaminoso, casi al margen de la ley. Además, no recibirían la calidez de la ciudadanía romana; prácticamente nadie se daría cuenta de aquella huida obligada.

Un frío apretón de manos entre Lucio y Calícrates sentenció la despedida.

⁎ ⁎ ⁎

La vía Ostiensis comunicaba la urbe con la ciudad costera de Ostia. Era una vía muy corta, de apenas veinte millas, pero muy usada. Otra vía circulaba paralela a la Ostiensis, era la Portuensis, que desembocaba directamente en Portus, el puerto de mar usado por Roma. Esta segunda era muy transitada para quienes llegaban en barco y querían entrar en Roma. La primera, en cambio, aunque no comunicaba de forma directa con el puerto, se usaba para quienes salían de la urbe al atardecer. La ciudad de Ostia disponía de excelentes posadas donde pasar la noche y, así, a la mañana siguiente, se podía tomar un barco en la dirección que más conviniese al viajero.

La caravana que salió de la *domus* de los Sura tomó la vía Ostiensis. El Foro Boario fue lo último que vieron de Roma, antes de cruzar las murallas.

Claudia observó a Calícrates que, sentado a su lado en el pescante del carro y estando al cargo de las riendas del vehículo, miraba hacia atrás.

—Pareces apenado.

Él chasqueó con la lengua.

—Resulta curioso. Fue lo primero que vi al llegar a Roma, y será lo último que vea de la ciudad.

Claudia se volvió para mirar en la misma dirección que el arquitecto.

Las murallas servianas se alzaban como bloques majestuosos junto a la Puerta Trigémina, con los tres elegantes vanos que la componían. El Tíber discurría paralelo a esa entrada-salida de la ciudad; en medio del río, en la isla tiberina, se alzaba el templo dedicado a Esculapio, cuyo recuerdo hizo sonreír a Claudia. Tras las murallas, se alzaba, a media distancia, la colina Capitolina, con el majestuoso Templo de Júpiter Optimo Máximo, restaurado solo cuatro años atrás por Vespasiano.

«Roma y sus edificios espléndidos», pensó Claudia.

Con la mirada perdida aún entre las murallas de Roma, buscó en el perfil celeste una estructura en especial.

El anfiteatro era muy visible desde casi cualquier punto de dentro de la ciudad, y también desde fuera de ella. Una mole enorme emergía de entre los otros edificios, como si quisiera ridiculizarlos. Aún sin luz diurna, los arcos de los niveles superiores se alzaban orgullosos y se convertían en los ojos con que Roma miraba al resto del mundo. Desde arriba, como un ente superior.

Pronto se inauguraría, y Calícrates no podría verlo. Era una lástima, una verdadera lástima.

Miró hacia adelante, dejando atrás la imagen del anfiteatro.

Apenas un par de calles más, y la vía Ostiensis se abrió ante ellos. Una vía sin nada de extraordinario, pero que los llevaría directamente a Ostia.

Media docena de hombres a caballo los escoltaban. Lucio Sura había insistido en ello, y se negó a discutir nada. Eran gente armada de su confianza que los protegería de cualquier percance que pudiera surgir hasta llegar a Ostia.

—La noche de Roma nunca es segura —sentenció el senador hispano.

Por suerte, no componían una estampa especialmente distinguida. Una caravana de seis carros era algo muy habitual en las vías más cercanas a la ciudad.

Pasaron prácticamente desapercibidos.

—Los niños se han dormido —le dijo Claudia mirando hacia el interior de la caja del carro que conducía el propio Calícrates.

Medea, Ione y Druso estaban sepultados bajo un par de mantas y apenas se movían; solo sus cabecitas, ligeramente asomadas, daban fe de que estaban

allí. Al lado de ellos, también medio dormida, Moira daba cabezadas. Lucio se la había regalado a Claudia, y la esclava seguiría al cuidado de los niños.

Claudia sonrió.

—Al menos, cuando duerme, Ione no habla.

Calícrates asintió con una sonrisa.

—¡Tan preocupado que estabas por ella, y ahora no calla ni un momento!

El arquitecto la miró.

—¡Tanto misterio y era tan simple! —repuso—. En cuanto le dijimos que volvíamos a casa, cambió de la noche al día. Solo quería eso: un hogar.

Calícrates le había hablado del dibujo que la pequeña repetía una y otra vez, como si fuera la única realidad que existiera para ella: un triángulo y un círculo. El arquitecto llegó a obsesionarse con aquello. Hasta que al final aquel joven aprendiz le dio la solución: era un dibujo muy simple, el esquema de un hogar, el de una casa en la que sentirse en familia.

La pequeña percibió la *domus* Sura como algo eventual, y la ausencia de su madre acentuó aún más esa sensación.

Claudia miró hacia adelante. Los seis hombres a caballo acarreaban sendos candiles encendidos. Aparte de abrirles paso, y cerrar la comitiva, iluminaban de manera tenue el trayecto.

—Lucio al final se ha portado bien —comentó Claudia.

Calícrates la miró con una ceja levantada.

—Remordimientos de conciencia, eso es todo.

Ella soltó una carcajada, que reprimió enseguida para no despertar a las niñas.

—Nunca se lo perdonarás, ¿verdad? —A pesar de no ser un hombre extremadamente devoto de los dioses, Calícrates llegó a la conclusión de que los auspicios del Flamen Esculapio eran ciertos. El afán de enriquecerse llevaron a Lucio a provocar aquella epidemia en la que tantas personas murieron, entre ellas, Damaris, su esposa.

Pero él no dijo nada. Siguió mirando hacia adelante, muy serio.

—Roma se lo ha perdonado —dijo Claudia—. Y tú deberías hacer lo mismo. Tito le ha dado un puesto de confianza otra vez y, con la lección aprendida, no creo que vuelva a robar al erario público.

—Lo creeré cuando lo vea. Quien robó, volverá a robar. Eso dicen en mi tierra.

—¿También lo dices por mí? No olvides que yo tampoco fui una diosa de la inocencia precisamente.

—Tú eres distinta, muy distinta.

—No soy tan distinta como crees.

—¡Claro que sí! No eres romana, con eso queda todo dicho.

Claudia sonrió. Calícrates se había convencido de que todo aquello que era romano era nefasto y dañino para el resto de mortales. Y cuando una idea se le metía en la cabeza, era el más terco de los hombres.

—Julia Berenice no es romana y no es que sea la bondad personificada —le contestó ella.

—En todas partes hay gente buena y gente mala…

—Excepto…

—… En Roma, donde todos son malos —remató él, sonriendo. Era un juego que repetían a menudo. Cuando hablaban de Roma, esa frase siempre cerraba su discurso, fuera cual fuera la cuestión.

—He oído rumores acerca del destino de esa mujer.

—¿De la judía?

—Sí. Según parece, al no conseguir ninguno de sus propósitos amenazó a Tito con irse de su lado. Ella se marchó, convencida de que él acudiría como un perrito faldero. Pero se ve que el nuevo Princeps piensa más en sus súbditos que en su amante.

—¿Y ahora dónde está?

—Nadie lo sabe con certeza. Algunos dicen que ha vuelto a Judea. Otros que está en Egipto. Por lo visto, algunos la llaman la nueva Cleopatra. Incluso hay gente que jura haberla visto en Roma por las noches, ofreciéndose como una vulgar meretriz por un par de ases.

»El caso es que nadie la ha visto desde que acabó el juicio.

—Pues, a pesar de sus cosas, es una mujer muy inteligente —dijo Calícrates.

Claudia le golpeó con el codo en el costado.

—¡Y ahora también dirás que muy guapa!

—No, eso no lo diré. Cogerías uno de esos candiles y me quemarías vivo con su aceite hirviendo.

Ella soltó una carcajada.

—Pero es una patriota —continuó él—. En el fondo no es más que una patriota dispuesta a todo por la tierra que la vio nacer. Tal vez le faltaba algo de ética. No tenía una idea muy precisa del Bien y el Mal. Pero la considero una luchadora, una gran luchadora.

—Veo que te ha fascinado.

—¿Fascinado? No en los términos que tú piensas, pero admiro a una persona cuando lucha hasta el fin por unos ideales que van más allá de lo que

significa uno mismo.

Claudia no respondió.

—No sé —continuó el arquitecto—, tal vez es debido a su religión judía. O a la cristiana. No sé si era creyente ni cuál era su credo, pero sí que es una persona entregada en cuerpo y alma a una causa.

—Hablando de cuerpo y alma, ¿puedo preguntarte algo?

Él afirmó con un simple movimiento de cabeza.

—En el juicio, cuando te declarabas culpable, ¿eras consciente de que podían acabar condenándote, como así ocurrió finalmente?

Él gruñó de manera incómoda, moviendo la mandíbula inferior de un lado a otro.

—Sé poco de oratoria. Solo soy un simple arquitecto, Claudia. Quería demostrarles a todos que la arquitectura es la ciencia suprema y que va más allá de Roma, donde, como tú y yo sabemos, todos son malos.

Ella sonrió.

—Más allá del enriquecimiento, del oro, de la fortuna personal, está la gloria de la Humanidad. La huella que dejaremos en la Historia. El recuerdo de un trabajo bien hecho, que perdure durante muchos siglos. El legado que podamos dar a nuestros hijos va más allá del oro que nosotros podamos acumular. En el juicio, mi intención era hacerles ver todo esto. Pero fracasé, no soy un buen orador. Y todo acabó saliendo al revés de como lo tenía previsto.

—Pues a los ojos de todos has quedado como un hombre muy inteligente que supo dar la salida más acertada al monumental atasco en el que estaba sumido el litigio. He oído comentarios acerca de lo buen senador que serías.

—¿Yo un senador? Pero si en Roma…

—… Todos son malos.

—Sí, eso.

—¿Y estás seguro de que Grecia es un buen destino? ¿Acaso allí no hay corrupción?

—Hay buena gente en la Hélade, y también mala, por supuesto, como en todas partes. Pero aún no ha alcanzado el grado de corrupción que hay en Roma, a pesar de que ahora también es una provincia romana.

Claudia se quedó en silencio unos momentos.

—¿Puedo preguntarte otra cosa más?

—Claro.

—La primera vez que me viste en el Foro, cuando eras esclavo…, lo que me dijiste, ¿lo pensabas de verdad?

—Claro que sí. No tenía ningún sentido mentir.

—¿Y por qué te ha costado tanto darte cuenta de que te gustaba?

Él la miró sin entender muy bien adonde quería llegar.

—Si te gustaba entonces —le explicó ella—, ¿cuál fue la razón de que no lo mostraras abiertamente?

—Estaba casado y debía respetar la promesa dada a mi mujer.

—Pero me dijiste que te casaste por un acuerdo entre familias, que jamás llegaste a estar enamorado de ella.

—La respetaba. Habíamos firmado un acuerdo matrimonial, y teníamos dos hijas. Además, me sentía frustrado por mi destino. De algún modo, puede decirse que las defraudé al permitir que me estafaran y que me condenaran a la esclavitud. Pensaba que le debía algo más que la lealtad por matrimonio.

—¿Y jamás me deseaste?

—Me estás poniendo nervioso con tantas preguntas.

Ella soltó una carcajada, divertida. Cuando Calícrates se hallaba fuera de su ámbito habitual, era tan ingenuo como un perrillo.

Él no parecía estar dispuesto a entrar en detalles de ese tipo.

—¿Me deseaste alguna vez o no?

Calícrates la miraba de reojo. Se lo veía nervioso, casi asustado. Tardó unos segundos en contestar.

—Claro. Claro que te deseé.

Ella lo abrazó con fuerza, satisfecha.

—¡No sabes cuánto te quiero! —le dijo Claudia.

—¿Y qué tiene que ver el alma con todo esto? —preguntó Calícrates; ella había abierto ese turno de preguntas a través de la expresión «en cuerpo y alma».

—Nada. Era una manera de cambiar de tema. Me estaba poniendo nerviosa tu admiración por Julia Berenice.

—Tú y tus cosas de mujeres…

—¿Cosas de mujeres? —Claudia se picó, juguetona—. ¿No te he dicho nunca que quienes inventaron el término economía fueron las mujeres griegas de tu tierra? —preguntó.

—No me lo has dicho, pero seguro que lo harás ahora.

Ella sonrió.

—Claro que sí, y vas a tener que aguantar toda la explicación. El viaje es muy largo. Fueron las mujeres de Esparta…

Mientras hablaba, apoyó la cabeza en el hombro de su marido. Roma los contemplaba a medida que se alejaban hacia aquel mar que los conduciría

hasta su nuevo hogar.



JORDI NOGUÉS (Artesa de Segre, Lleida, 1968). Actualmente reside en Valls, Tarragona. Estudió Historia en la UNED, cursando además itinerarios de Filosofía Clásica, Antropología, Historia del Arte y Geografía. Crítico literario para el portal web de literatura *Fantasymundo* y articulista en distintos medios digitales, actualmente la escritura y el estudio histórico llenan su quehacer diario. La saga de fantasía histórica, *Íroas, Hijos de los Dioses*, en la que se relaciona el mito de la Atlántida con la Grecia Arcaica del siglo VIII a. C., significó su debut literario con la edición de *Tres Profecías* (2011) y *Éter* (2012). *Colosseum* es su primera novela histórica.

Índice

LIBRO PRIMERO
- Prologo
- Capítulo I
- Capítulo II
- Capítulo III
- Capítulo IV
- Capítulo V
- Capítulo VI
- Capítulo VII
- Capítulo VIII
- Capítulo IX
- Capítulo X
- Capítulo XI
- Capítulo XII
- Capítulo XIII
- Capítulo XIV
- Capítulo XV
- Capítulo XVI
- Capítulo XVII
- Capítulo XVIII

LIBRO SEGUNDO
- Capítulo XIX
- Capítulo XX
- Capítulo XXI
- Capítulo XXII
- Capítulo XXIII
- Capítulo XXIV
- Capítulo XXV
- Capítulo XXVI
- Capítulo XXVII
- Capítulo XXVIII
- Capítulo XXIX
- Capítulo XXX
- Capítulo XXXI
- Capítulo XXXII
- Capítulo XXXIII

LIBRO TERCERO
Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Capítulo XXXVI
Capítulo XXXVII
Capítulo XXXVIII
Capítulo XXXIX
Capítulo XL
Capítulo XLI
Capítulo XLII
Capítulo XLIII
Capítulo XLIV
Capítulo XLV
Capítulo XLVI
Capítulo XLVII